

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY



ESTADO MAYOR DEL EJERCITO
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS HISTORICOS
"DIVISION HISTORIA"

BOLETIN HISTORICO DEL EJERCITO

NROS. 193 - 196



MONTEVIDEO

1977

Comandante en Jefe del Ejército
Tte. Gral. Gregorio C. Álvarez

Jefe del Estado Mayor del Ejército
Gral. Manuel J. Núñez

Jefe del Depto. de Estudios Históricos
Cnel. Wálter Gulla

Jefe de la División Historia
May. Ángel Corrales Elhordoy

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY



ESTADO MAYOR DEL EJERCITO
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS HISTORICOS
"DIVISION HISTORIA"

BOLETIN HISTORICO DEL EJERCITO

Nos. 193-196



MONTEVIDEO

1977



BOLETIN HISTORICO

del

ESTADO MAYOR DEL EJERCITO

Dirección Postal, colaboraciones y canje: JOSE MARTI 3379

GARIBALDI 2313

MONTEVIDEO, REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

pág.

EDUARDO ACEVEDO DIAZ Y LOS ABORIGENES del URUGUAY

(conclusión) * José Joaquín Figueira 5

* La primera parte de este trabajo está publicado en el Boletín Histórico del Ejército Nros. 189 - 192.



A P E N D I C E S

-Caracú.- Pierna. China de Arias. Es palabra guaraní-tica: médula, tuétano. La única expresión, junto con **Gualiche**, de las atribuidas a los charrúas, que ha pasado al habla común uruguaya. Mucho más difundida **caracú** que **gualiche**, porque lo gastronómico ha entrado más que la superstición, sobre todo en los medios ciudadanos.

[.....]

-Gualiche.- Espíritu maléfico. Brig. Gral. Antonio Díaz (1812); Eduardo Acevedo Díaz. 1ª ed. en libro de "Nativa" (1890) únicamente. Además, en "La Boca del Tigre" ("La Epoca", agosto de 1890) habla varias veces de **gualiche**, lo que suprimió posteriormente. V[éase]. también la nota a **GUALICHE** al final de su/ documentado escrito "Etniología Indígena" (1891) (J[osé]. J[oaquín]. F[igueira].); José H[enriques]. Figueira (1892); R[u-dolf]. R[iemel] Schuller (1904), etc., etc. Expresión que aparece en muchas lenguas indígenas americanas (J[osé]. J[oaquín]. F[igueira].).

(De "Las lenguas indígenas del Uruguay" por Juan Carlos Sábat Pebet y José Joaquín Figueira. Montevideo, 1965 y 1969.).

INTRODUCCION

Al reproducir la documentación que sigue y a que hiciéramos especial referencia a lo largo de todo nuestro trabajo, sólo nos resta puntualizar debidamente:

1o. Que aunque nuestro malogrado amigo el Prof. Dr. Paul Rivet haya hablado desde el año 1930 de "Los últimos charrúas" y Angel H. Vidal en 1932 pusiese sobre todo en duda su condición de miembros de ese agrupamiento indígena, nosotros, por el contrario, creemos que **etnográfica**, **lingüística** y aún **antropológicamente** eran, sin lugar a dudas, charrúas.

En lo que no estamos de conformidad y acuerdo es en admitir o suponer que fueran en realidad "los últimos", porque los hechos han demostrado abundante y claramente, desde hace un tiempo a esta parte, todo lo contrario.

Así, por ejemplo, nos lo demuestra y prueba, entre muchos otros, el siguiente documento, poco conocido y divulgado, que exhumáramos hace años y por vez primera difundiéramos en una conferencia que tuvimos ocasión de dictar en el correr del año 1967.

"Departamento de Paysandú.

"Julio 10 de 1833.

"Los Charrúas con los Sarachos, padres e hijos, se abrigan en el territorio de entre el Arapebí y Cuareim, de donde vienen a robar caballos y yeguas para vender a los brasileiros [sic] en la costa del Cuareim, cuyo gefe, el coronel Bento Manuel Rivero, es uno de los que compran a los bandidos, y aun se dice que los induce y protege para venir a robar a este Departamento. Por un individuo que los bandidos han llevado prisionero en su última incursión, se sabe que la caballada y llegada que arrearon del Tapebí hacia el Norte, le acaban de vender a los brasileiros, [sic], que estaban en la guardia de Paipaso, y que están para volver en estos días.

"Sabemos que el coronel Medina se halla con su división hacia las puntas del Tapebí, y es de suponer que, instruido de las depredaciones que acabamos de referir, tomará las medidas necesarias para impedir su continuación y escarmentar a los ladrones".

2o. Que dado que los documentos que reproducimos a continuación son, en su inmensa mayoría, de fuente "blanca" y/o "oribista", es natural, en cierta manera, que sean "comprometidos"; es decir: que de un modo más o menos intenso y evidente se encuentren bastante embebidos en la pasión partidista del momento, enérgicamente adversa, por lo demás y desde luego, al General don Fructuoso Rivera, a quien endilgan toda clase de términos peyorativos, como asimismo también hacen lo propio con algunas otras figuras descollantes o prominentes del partido colorado.

3o. Que un resumen de la introducción precedente, con clara alusión en todo momento a los documentos que siguen, fue leído en el mes de noviembre de 1975 en el acto de nuestra incorporación académica, como Miembros de Número, en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

Y que, del mismo modo, las 126 páginas que anteceden, fueron, de igual suerte recientemente distribuidas entre los asistentes (próximos a treinta) de la reunión realizada por el CESPAAU (Centro de Estudios del Pasado Uruguayo), el día 26 de noviembre de 1976. En dicha oportunidad, además, a través de una breve disertación, tuvimos el placer de ocuparnos parcialmente de la mayor parte de los documentos que siguen.

Dejamos clara y elocuente constancia de ambas cosas, por creerlo oportuno y necesario, y por muy diversos otros motivos, de la misma manera que nos parece pertinente aclarar también que a lo largo de nuestro escrito y en los apéndices, hemos empleado los sustantivos *aborígenes* e *indígenas* como términos casi sinónimos, pues es evidente que toda división o distinción que entre ellos se pretenda o quiera hacer en aquello que a su aplicación al territorio uruguayo en concreto se refiera, o bien carece de fundamento, o la misma es, de igual modo, más aparente que real. Por otra parte esa dicotomía no puede ser sino teórica, pues es imposible poder establecer en la práctica un límite bien preciso.

4o. Que, según más abajo así podrá apreciarse con toda comodidad y hasta en sus más ínfimos detalles; casi todos los documentos que reproducimos a continuación forman, a no dudarlo, un gran encadenamiento -una verdadera sucesión o reacción en cadena-, la cual se inicia poco antes de la acción del Salsipuedes (el 11 de abril de 1831), para concluir exactamente, algo más acá del año de 1911; encadenamiento éste cuyos principales eslabones rezan, en general, de este modo: A) Traducción acompañada de breves comentarios y

tres editoriales de *El Universal*, de Montevideo, de 1833 (Apéndice III); B) El "Diccionario al uso"; o sean: los tres artículos de correspondencia de "Demófilo" publicados en 1845 en *El Defensor de la Independencia Americana*, órgano oficial del Cerrito (Apéndice IV); C) Un alto en la interminable polémica entablada entre *O Americano* y el *Iris*, de Río de Janeiro (1848) (Apéndice VII); D) Las llamadas "Memorias" de Manuel Lavalleja (escritas y datadas en el Cuaró en octubre de 1848) (Apéndice VIII); E) Los dos editoriales, de diciembre del mismo año, de *El Defensor de la Independencia Americana* (Apéndice V); F) *La Nueva Troya* atribuida a Alejandro Dumas (1850), y el anónimo y extenso escrito refutatorio y crítico publicado primero en Montevideo, y luego, después, reproducido en Buenos Aires (1850-1851) (Apéndice VI); G) Los "Apuntes" manuscritos del Brigadier General don Antonio Díaz, sobre los indios Charrúas del Uruguay (¿1861-1869?) (Apéndice XI); H) *La Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata*, de Antonio Díaz (hijo) (1877-1879) (Apéndice II); I) *Ismael* (1888) y *Nativa* (1890), las dos primeras novelas de la tetralogía nacional o épica de Eduardo Acevedo Díaz, en la parte en que se desarrolla el tema de los charrúas. (Apéndice XII); J); El breve relato intitulado "La Boca (o Cueva) del Tigre", publicado originalmente en 1890 por el mismo insigne escritor (Apéndice I); K) "Los Indios Charrúas" del Coronel don Modesto Polanco (1890) (Apéndice IX); L) La "Etnología indígena; la raza charrúa a principios del siglo XIX" de Eduardo Acevedo Díaz (1891) (Apéndice X); M) El Brigadier General don Antonio Díaz y sus observaciones sobre los indios charrúas en las obras de Víctor Arreguine (1892) y José H. Figueira (1892-1894-1898-1900-1902) (Apéndice XIII); N) Repercusiones de las críticas de Modesto Polanco en la segunda edición de *Nativa* (1894) y en las versiones ulteriores de "La Boca (o Cueva) del Tigre" (1901-1911) (Apéndice XV); Ñ) Nuevos datos acerca de la "Etnología indígena" en las obras de Orestes Araújo (1911) y Rafael Schiaffino (1927) (Apéndice XIV).

Y, por último y de la misma suerte:

5o. Que oportunamente insistiremos con nuevas observaciones críticas y comentarios diversos sobre los quince apéndices que vienen a continuación, pues consideramos que el tema es inagotable, da para mucho y que los documentos que reproducimos se prestan a numerosas y muy jugosas apreciaciones.

José Joaquín Figueira

Montevideo, diciembre 1o. de 1976.

-Quillapí.- Capote de cuero. [Sargento Mayor Benito] Silva. La palabra, además, fue dada como charrúa por numerosos autores, no del todo conocidos. En 1877, por el Cnel. Antonio Díaz, hijo del Gral. homónimo, qué, en 1812, había citado la forma *quiapí*, según su nieto Eduardo Acevedo Díaz. Schuller (1904), siguiendo al Cnel., la trae como común al chaqueño y no al guaraní. [El doctor Luis María] Torres (1905), con fuente en [Antonio Ruiz de] Montoya, rebatió a Schuller, señalándola como guaraní, en lo que está acertado. Schuller (1905) contestó sin razón, basado en la no existencia de la L en guaraní. Pero la pronunciación YA, elimina toda duda. (J[osé] J[oaquín]. F[igueira].)

[.....]

-Quillapí.- Ver en el charrúa. El Sr. Eduardo F[ederico]. Acosta y Lara (1961) la trae también como de los minuanes, José de Saldanha, (1786-87) escribe: Caya-pís, y define como grandes mantas de cuero descarnado y sobado con el pelo para el cuerpo y la parte opuesta hacia afuera.

[.....]

-Toropí.- Cuero de toro. Evidente hispanismo *toro*, guaranismo pi. D. José H[enriques]. Figueira la toma del manuscrito de Cabrer (1786), existente en la Biblioteca Nacional, en donde aparece como de uso entre los minuanes. Paul Groussac (1902) pudo comprobar que el tal manuscrito no era otra cosa que un plagio del Diario hasta entonces considerado inédito de Diego de Alvear, en donde se dice lo mismo (J[osé]. J[oaquín]. F[igueira]).

(De "Las lenguas indígenas del Uruguay" por Juan Carlos Sábat Pebet y José Joaquín Figueira. Montevideo, 1965 y 1969).

DOCUMENTO Nº 1

La causal inadvertida de una corta polémica. Un breve pero interesante relato de Eduardo Acevedo Díaz en su poco conocida versión primigenia y original. (1)

LA BOCA DEL TIGRE

Como que nunca había conocido el freno en el largo transcurso de tres siglos, la hueste charrúa allá por los años de 1832 se hacía sentir de vez en cuando con terrible violencia en las feraces campiñas del norte./

Por donde pasaba su manada de potros, el rastro era profundo. Como el tigre cebado, escogía las mejores presas.

Caballos hermosos, novillos suculentos, esbeltas yeguas, nutridos rebaños de ovejas, tributos cuantiosos de dinero; todo era poco para colmar sus apetitos. ¡Eran los dueños de la tierra! Los propietarios los veían llegar cual una nube negra preñada de piedras; siniestros, temibles, gruñendo un idioma gutural y agitando las lanzas adornadas de plumas con un gesto de dureza implacable. Había que complacerlos y permitirles que corrieran el ganado para escoger. Derribaban las reses-flor y les sacaban con cuero el costillar de arriba, pues no se tomaban la pena de desollarlas o de volverlas del otro lado. Arreaban lo que les convenía. Por días enteros oíase en el campo invadido el silbido de las "boleadoras" y estremeciase el suelo bajo frenéticas carreras tras de la gama y el avestruz. El grito salvaje solía alzarse por encima del bramar

(1) El presente breve relato sobre "La Boca del Tigre" procede, evidentemente, de dos distintas fuentes que no se mencionan en parte alguna del mismo ni en ningún otro momento: 1o.) Los apuntes del abuelo materno del escritor; y 2o.) La obra histórica publicada por su tío, el hijo del autor de los supradichos apuntes. Una comparación o cotejo con esas dos fuentes, cronológicamente anteriores (que son, por otra parte, las que respectivamente se reproducen en los Apéndices XI y II), así nos lo demuestra fehacientemente y en todas sus partes. En la primera versión del breve relato que nos ocupa, aparecen mencionados los siguientes personajes: 1) Fructuoso (o "Frutos") Rivera, a quien se le cita tres veces con su nombre y seis con el de Frutos. 2) El "mayor Luna", que se encuentra nombrado dos veces. Evidentemente se trata aquí de una confusión de Eduardo Acevedo Díaz o, más bien, de la segunda fuente en que bebió para la redacción de su escrito, con el General don Julián Laguna. Esto no quiere decir, desde luego, que no haya existido un personaje llamado el mayor (o "el pardo") Luna. Antes, por el contrario: Tal personaje existió, y acerca del mismo como de muchos

de los toros, como nota aguda de un himno bravío. Los despojos se aglomeraban en el valle junto a las viviendas; y antes de blanquearse los huesos, del mismo terreno así abonado surgían las fiebres pútridas. De este mal se veían en el caso de alegrarse los ganaderos. Con los miasmas mefíticos se aparecía en tarde calurosa o en callada noche, Gualiche, y, matando invisible aquí y acullá ponía en fuga la horda. Los caciques adelante, luego la hueste; después las mujeres con sus carguños de criaturas, pieles y andrajos. En el llano cubierto de esqueletos, podredumbres y ranchejos ornados de guñapos, quedaban tan sólo agitándose en torbellino bajo los rayos candentes del sol estival, gusanos en el suelo y en el aire millones de mosquitos, tábanos y abejorros. La horda sombría se perdía en el horizonte, y aún ya lejos, persistía en la retina del ganadero como una fantástica legión de enormes aves de rapaña de garras como cuchillas y plumaje nauseabundo.

"Se van -murmuraban con fruición. ¡Qué otros lomos los aguanten!".

Y así era. Sobre otras espaldas se desplomaban, allí, donde crecía la verde gramilla, en dehesa feraz regada por aguas cristalinas y llena de pjaras de engorde. Clavadas las lanzas de los caciques, tendíase el campamento. La infusión de yerba circulaba por los grupos en aspas de toro, alternada con el aguardiente y el tabaco; las curanderas revolcaban sus enfermos en la ceniza todavía ardiendo o les chupaban con fuerza en el ombligo; los mocetones jugaban a las carreras sobre ágiles potros o tiraban a la estaca sus boleadoras de dos ramales, y después repetían las escenas estrepitosas con el ganado, los venados y los ñandúes. Este otro ganadero les sonreía, aunque en el fondo les deseara cien Gualiches. En nin-

otros citados por Eduardo Acevedo Díaz hay testimonios bien expresos en varios archivos. Sin duda alguna el autor, siguiendo en cuanto a ésto a su tío materno, el Coronel don Antonio Díaz, se equivocó, al querer referirse al jefe riverista José María Luna. 3) El Coronel don Bernabé Rivera, a quien se le cita nueve veces. Era éste sobrino (hijo de una hermana) del General don Fructuoso Rivera, y no hermano, propiamente hablando, de este caudillo; por más de que en la correspondencia del General Rivera y aún en otros documentos se manifieste, en reiteradas ocasiones, que ambos personajes de la referencia eran hermanos. 4) El cacique Venado; se le nombra siete veces en el texto de este breve relato. Según Eduardo Acevedo Díaz, dicho cacique Venado (con su nombre escrito en todos los casos de este modo), sucumbe en el paraje conocido por "La Boca del Tigre"; cosa ésta que no está del todo conteste con lo expresado en otras fuentes; bien que pudieron haber habido dos o más caciques con igual denominación y cabría también la posibilidad -a nuestro juicio menos probable- de que alguno de ellos en concreto se hubiera cambiado de nombre. 5) El cacique Polidoro, a quien se le menciona cuatro veces. Cabrían aquí, con especiales referencias a este segundo cacique, iguales observaciones que para con Venado. Según Eduardo Acevedo Díaz, el cacique Polidoro también muere en el paraje conocido

Donación de indios charrúas

Donación de indios charrúas

Donación de indios charrúas

Donación de indios charrúas

Donación de indios charrúas

Donación de indios charrúas

Donación de indios charrúas

Donación de indios charrúas

Antecedentes sobre la donación de indios charrúas a capitanes de buques de ultramar. Documentos como el presente demuestran bien a las claras el ánimo de los mandatarios del Uruguay de entonces, por deshacerse, a todo trance, de aquellos bravos cuanto indómitos aborígenes nuestros. Así, al menos, lo atestiguan con creces las siguientes palabras del doctor don José Ellauri, Ministro Secretario de Gobierno: "Oficiése al Ministro de la Grta. p.a q.e p.r la Capitania de Puerto se haga entender á los Capitanes de Buques q.e salgan p.a ultramar, q.e el Gob.no está dispuesto á franquearles uno, ó más de dhos. Charrúas", Archivo General de la Nación, Montevideo Uruguay. — (Fotografía de Gerardo Ipar, 1959)

gún idioma podía hablársele de razón y buen derecho a la banda formidable, sin que sus guerreros contestasen con la moharra, la macana, la bola o la flecha certeras. El caso exigía resignarse y dejar hacer. En sentir del ganadero "eran peores que baguales". Con sus brazos y piernas desnudas, musculosas y fornidas, sus "quia-pies" de pial de yegareté o sus "chepies" dé aguará, sus greñas cerdudas recogidas en parte y en parte sueltas al viento como crines llenas de abrojos, coronadas en mitad del cráneo por un plumón de loro, de ñandú o de chajá, sus ojillos semi-cerrados de una fosforescencia felina y sus pechos salientes como enormes bustos de bronce oxidados, -seguidos de mujeres capaces de ahuyentar a un muermoso, de perros tigreros confundidos en el enjambre y de matalotes cargados con racimos de rapazueros color cobre-, los indómitos charrúas provocaban fácilmente el pavor apenas los denunciaba una ráfaga de viento. "No es necesario ser perro -decían los estancieros- para olfatear a media legua a estos malditos". Precedíalos en verdad cierto olor de fiera que era como un trasudor de sus instintos. Sus rostros rayados con pedernal, hierro o espina de mangrulllos humedecidos en alguna savia o pringue especial, dábales un aspecto imponente. A su sola presencia había que ceder. Unicamente las pestes podían ahuyentarlos, y ¡ellas venían al fin! ...Seguían entonces su marcha vagabunda.

En medio de esa vida errante, llegaron un día a sus toldos varios emisarios del general don Fructuoso Rivera, presidente de la república, para invitarlos a una guerra con el Brasil. Se les prometía, en cambio de su ayuda, los mejores despojos del triunfo.

La oferta era halagadora y decidiéronse a dejar sus soledades, sus bosques y sus espesuras, llenas de criaderos de calandrias y cardenales blancos con penacho rojo, de madrigueras de tigres, pumas,

por "La Boca del Tigre": Ya veremos cómo otras fuentes e informaciones anteriores contradicen lo expresado sobre el particular en este relato. 6) Artigas; esto es: el General don José Artigas, a quien se le cita una sola vez; 7) El archi-cadique Vencel, que aparece nombrado tan sólo dos veces en el texto de este breve relato, en su primera versión únicamente. 8) El teniente don Máximo Obes, a quien se le recuerda una sola vez. Era hijo de Lucas José Obes y, en realidad, se llamaba Maximiliano. 9) El cacique Pirú, a quien se le cita tan sólo una vez. Es, evidentemente, el famoso Perú o Vaimacá-Perú, cuya acta de defunción tuvimos ocasión de descubrir hace unos veinte años en París (Francia). 10) El también afamado cacique Sepe, que se encuentra citado seis veces. Según Eduardo Acevedo Díaz, fue verdaderamente éste quien ultimó a Bernabé Rivera; otras fuentes anteriores, sin embargo, como ya lo veremos a lo largo de estos apéndices, contradicen lo expuesto. 11) El Comandante Pedro Bazán y 12) El alférez Roque Viera. A los dos se les nombra una sola vez, fuera de que el autor de "La Boca del Tigre" alude, sin nombrarlo, a un sargento que se internó herido en el bosque cuando la hecatombe de Yacaré Cururú y cuyo nombre no sabemos muy bien si era Gabiano o Galeano.



Grabado del libro de James Cowles Prichard —edición de 1843— relativo a los llamados “últimos” charrúas conducidos por François de Curel a París, en 1833. De izquierda a derecha los indios Senaqué, Vainacá — Perú, María Micaela Guyunusa y Laureano Tacuabé. Trátase de una reproducción, en grabado de acero, con retoques y modificaciones de una litografía de Delaunois (sobre un dibujo de Arthur Onslow?), que fuera inserta aquel año en las dos ediciones que conocemos del breve y raro folleto de François de Curel. — (Foto del doctor Carl Schuster, 1955, Negativo 1254.36)

aguaráes y ñandúes, de prados cuajados de venados, e inmensos pabellones vírgenes, -a las márgenes del Arapey y del Cuareim. Tratándose de pelea y de botín espléndido, ¿qué más ambicionar? Ellos habían nacido para la lucha, y en la lucha tenían fatalmente que concluir, sin reconocer nunca, ni aún en la hora de morir, superioridad alguna en el adversario. Eran los señores del suelo, y fuera de Gualiche a nadie tenían bajo la luz del sol.

Una guerra con el Brasil les pareció buen partido, una campaña sembrada de victorias y de innúmeras recompensas. No alcanzaban ellos, por entonces, a trescientos mocetones de armas; pero creían que unidos a las tropas de Frutos eran de sobra para derrochar valor en campos y ciudades.

El último emisario les dijo que urgía su incorporación al ejército, a fin de proporcionarles trajes militares, raciones abundantes y armamento escogido, con todo lo cual constituirían una vanguardia insuperable, capaz de intimidar al imperio y de abrir camino a las tropas a través de multitudes, pueblos y desiertos. Como despojos, les correspondería la mayor porción de los inmensos rebaños arrebatados al país por los ejércitos brasileños, en otros tiempos; y para el pastoreo de tantos miles de animales vacunos se les cedería, hecha la paz, las hermosas y fecundas tierras que el gobierno poseía entre los dos Arapey. Por encima de eso, tendrían ellos derecho, proporcionalmente, a los tesoros de metal y carne que dan el triunfo y el saqueo -oro, mujeres, plata y negros.

Con estas reglas de *jus gentium* y este plan de campaña tan aceptables, la horda bravía aderezó sus caballos de guerra, hizo cantar a sus mujeres un himno tradicional -mezcla de quejas planíferas y silbidos de tormenta-, estuvo atenta a la arenga de sus caciques que les recordaba las viejas luchas y glorias; y, listas lanzas y flechas, -se marchó.

El punto de cita era el de la costa del Queguay, frente a la Boca del Tigre.

Frutos tenía allí reunidos hasta mil hombres. Entre éstos se encontraba una fuerza sin armas al mando del mayor Luna, la que tenía instrucciones concisas y terminantes. El coronel don Bernabé Rivera, hermano del famoso caudillo y jefe del segundo regimiento de caballería, fue el guía de la hueste que encabezaban soberbios los caciques Venado y Polidoro.

Ya en el campo, los bárbaros recelosos y ariscos, parecieron vacilar un momento.

No tenían memoria de haberse confundido nunca con ejército alguno, pues siempre habían acampado lejos, a un flanco, como las manadas de lince al acecho de los rebaños, -en los tiempos de Artigas.

Viéndolos perplejos, huraños y ceñudos, Frutos llamó a Venado y púsose a conversar con él, marchando muy juntos al paso de sus caballos./

NATURAL HISTORY

OF

M A N;

COMPRISING

INQUIRIES INTO THE MODIFYING INFLUENCE OF
PHYSICAL AND MORAL AGENCIES
ON THE DIFFERENT TRIBES OF THE HUMAN FAMILY.

BY

JAMES COWLES PRICHARD, M.D. F.R.S. M.R.I.A.

CORRESPONDING MEMBER OF THE NATIONAL INSTITUTE,
AND OF THE ROYAL ACADEMY OF MEDICINE, AND OF THE STATISTICAL SOCIETY OF FRANCE;
MEMBER OF THE AMERICAN PHILOLOGICAL SOCIETY,
AND OF THE ACADEMY OF NATURAL SCIENCES OF PHILADELPHIA;
HONORARY FELLOW OF THE KING'S AND QUEEN'S COLLEGE OF PHYSICIANS IN IRELAND, &c.

WITH

Thirty-six Coloured and Four Plain Illustrations

ENGRAVED ON STEEL,

AND NINETY ENGRAVINGS ON WOOD.

LONDON:

H. BAILLIERE, 219 REGENT STREET.

WHOLESALE BOOKSELLER TO THE ROYAL SOCIETY, TO THE ROYAL COLLEGE OF PHYSICIANS,
AND TO THE ROYAL MEDICO-CHIRURGICAL SOCIETY.

PARIS: J. B. BAILLIERE, LIBRAIRE, RUE DE L'ECOLE DE MEDICINE.

LEIPZIG: T. O. WEIGEL.

1843.

445

Portada de la edición inglesa de 1843 de la obra de James Cowles Prichard, donde se encuentra el grabado de los llamados "últimos" caracteres (Londres, 1843). — (Foto del doctor Carl Schuster, 1955, Negativo 1256.26)

El cacique iba mudo, observando el cuadro.

Los clarines lanzaban la nota de atención.

Los soldados se movían en silencio, con aire siniestro, prendidos los sables y colgadas al cinto las pistolas de pedernal...

Bernabé, tendiendo el brazo hacia un vallecito espaldado por nutrida vegetación arbórea, dijo a Polidoro:

"Allí pueden desmontar".

Moviéndose el cacique y con él la horda, con ese andar lento, indeciso y desconfiado de los gatos monteses fuera de la espesura.

Eso de desmontar, en medio de las tropas, parecíales sin duda una grande exigencia.

Sus nalgas de ñandubay formaban parte integrante de los lomos equinos; y se sentían demasiado bien en esos lomos para abandonarlos en aquella hora.

Pero Frutos llamaba en voz alta de "amigo" a Venado, y reía con él, marchando un poco lejos; y Bernabé, que nunca les había mentido, brindaba a Polidoro con un chifle de aguardiente en prueba de cordial compañerismo.

En presencia de tales agasajos, la hueste avanzó hasta el sitio señalado, y a un ademán del cacique todos los mocetones echaron pie en tierra.

Apenas Frutos, cuya astucia se igualaba a su serenidad y flema, hubo observado el movimiento, dirigióse a Venado, diciéndole con calma:

"Empréstame tu mangorrena para picar el naco".

El cacique desnudó la cuchilla que llevaba a la cintura y se la dio de buen talante. Al cogerla, Rivera sacó una pistola y disparó con ella sobre Venado. Era la señal de la matanza. El cacique, que se apercibió con tiempo de la acción, tendióse sobre el cuello de su caballo dando un aullido; la bala se perdió en el espacio. Venado partió a escape.

Entonces la horda se arremolinó y cada charrúa precipitóse a su caballo.

Pocos, sin embargo, lo consiguieron, en medio del espantoso tumulto que se produjo instantáneamente.

El escuadrón de Luna se lanzó veloz sobre las armas de los indios, lanzas, flechas y algunas tercerolas, apoderándose de su mayor parte y arrojando por el suelo, bajo el tropel, varios hombres; el segundo regimiento buscó su formación a retaguardia en batalla, con el coronel Rivera a su frente; y los demás escuadrones, formando una grande herradura erizada de moharras y sables, estrecharon el círculo y picaron espuelas al grito de "¡carguen!".

Los clarines tocaron a degüello.

Bajo aquella avalancha de aceros y aun de balas, la horda se revolvió desesperada, cayendo uno tras otro sus mocetones bravíos como toros heridos en la nuca.



"Indien Charruas -Gaucha [sic] - Chef Araucanien- Patagons /[[Grabado]]/ Amérique Meridionale". Original en las iconotecas de Octavio Assunção, de Jorge Aznárez y del autor. Dibujo de [Phelippe] Philippoteaux. Grabado de Pierre. Estampa impresa por [J.] Laurent cuando su establecimiento se hallaba ubicado en la rue de Saint Jacques 71, de París. Lámina publicada por M.M. Dufour, Mulat & Boulanger. Según nuestros datos, el charrúa de referencia es uno de los conducidos por François de Curel a Europa, por más de que dicha estampa sea muy poca cosa posterior al año de 1855 y se editara para ser inserta —con otras similares— en un libro que nunca vio la luz. Philippoteaux ilustró, entre otras, algunas obras de Boissonas, Bréhat, Cahun, Daudet, Erckmann & Chatrian, Gaudichot-Masson, Laurie, Legouvé, Mace, Reid, Stanley, Vallery-Radot y, sobre todo, de Julio Verne, y los señores Dufour, Mulat & Boulanger eran directores del periódico intitulado "L'Echo des feuillets".

— (Foto Optica Ariel, 1952)

El archi-cacique Vencel, atravesado por muchas lanzas, fue derribado en el campo de la feroz refriega; Venado y Polidoro sufrieron su misma suerte; otros quedaron boca abajo entre rojos charcos, con la astilla del rejón clavada en los pulmones. De algunos cuellos bronceados y macisos saltaron coágulos negros bajo el filo de las dagas, pues no había sido vano el toque sin cuartel, y al golpe repetido de los sables sobre el duro cráneo indígena, voló envuelta en sangre y sesos la pluma de ñandú, -símbolo de la libertad salvaje.

No fueron pocos los que se defendieron, arrebatando las armas a las propias manos de sus victimarios. El teniente Máximo Obes y ocho o diez soldados pagaron con sus vidas la cruel resolución del general Rivera.

El cacique Pirú, al romper herido el círculo de hierro, le gritó al pasar, con fiero reproche:

“¡ Mirá, Frutos, tus soldados, matando amigos!”.

Su compañero Sepe, indómito y rugiente, cargó en dispersión con ochenta mocetones, y a su embestida de toro quebróse el cerco, rompiéndose lanzas y abierto el camino entre regueros de sangre, -aquel resto de barbarie coronó la loma, para desaparecer en medio de terribles alaridos rumbo a las soledades.

Para estos charrúas, -pues todos los demás habían sucumbido, -quedaba reservada la venganza:

¡Y la venganza fue espantosa!

Poco después de la hecatombe de sus hermanos, el cacique Sepe es perseguido de una manera tenaz en sus lejanos refugios, del Cuareim por el coronel Rivera.

Este jefe, osado e intrépido, que fiaba a su espada más de lo que debía, hostiliza infatigable a su enemigo.

Alcanzado Sepe cerca del cerro de las Tres Cruces, deja un grupo a la espera del perseguidor, y con el resto de su fuerza se oculta más adelante en lo intrincado de un monte provisto de grandes potriles.

El coronel Rivera carga sobre el grupo que lo aguardaba al pie del cerro, con todo su escuadrón; el grupo cede y huye rumbo a la emboscada; Bernabé no desmaya, aunque sus soldados van quedándose a retaguardia con los caballos rendidos, y los sigue sin descanso.

Pero al enfrentar la espesura, lo sorprende de improviso el salto del tigre.

Sepe le sale al flanco entre alaridos, y [Bernabé] Rivera vuelve bridas con desgracia, pues que rueda su caballo. Sus compañeros, el comandante [Pedro] Bazán, el alférez [Roque] Viera y todos los soldados, menos un sargento que se internó herido en el bosque; se defienden inútilmente en desesperados lances individuales; uno tras otro caen acribillados a lanzadas.



"Habit of An Indian of Montevideo in S[outh]. America in 1764/ Sauvage de Montevideo" en el cual es dable poder observar un indígena ataviado con un manto, capa o "quillapi". Nos referimos a la pieza de la indumentaria compuesta por varias pieles cosidas entre sí y decoradas por medio de puntos y líneas en su dorso o cara externa, contraria a la que está en contacto con el cuerpo del indio figurado, que es la que presenta los pelos de las supradichas pieles. Esta ilustración fue extractada del libro "A Collection of the Dresses of Different Nations, Ancient and Modern; Particularly Old English Dresses, After the Designs of Holbein, Vandyke, Hollar, and others. With an Account of the Authorities, from which the Figures are taken; and some short Historical Remarks on the Subject. To which are added the Habits of the Principal Characters on the English Stage", volumen IV, plancha 214. London: Published by Thomas Jefferys, Geographer to his Majesty, in the Strand. MDCCLXXII. Esta importante publicación, prácticamente desconocida en nuestro medio, fue -como muchísimas otras más- muy particularmente compulsada por el autor de este trabajo en la New York Public Library, en el correr del año 1956. Trátase, además, de un grabado posterior a las ediciones francesas de 1769 y 1770, e inglesa de 1771, del libro del benedictino Antoine Joseph Pernety. De este grabado iluminado, hemos visto, en diversas ocasiones, algunos sobretiros; pero generalmente sin colorear. (Foto Carl Schuster, 1955, Negativo 1254.34).

Prisionero el coronel Rivera, y herido en la cabeza por golpes de bola, Sepe dispuso que sus guerreros cubriesen las moharras con piel de vaca, dejándose apenas a la vista la extremidad de los hierros.

Luego ordenó que lo lancearan.

Por largas horas soportó la víctima el martirio y los gritos feroces con que lo acompañaban: "¡Queguay! ¡Vencell! ¡Matando amigos!".

Promesas, ruegos, todo fue en vano...

El oído del cacique era sordo al perdón. Vagaban ante sus ojos las sombras de sus hermanos ¡muertos en la Boca del Tigre!

Consumado el sacrificio, Sepe hizo cubrir con algunos nervios del cadáver el extremo de la moharra de su lanza. Enseñábala más tarde con deleite feroz.

Esta fue la última hazaña charrúa.

Después, el resto de la tribu formidable, desapareció para siempre.

EDUARDO ACEVEDO DIAZ.

Ya hemos dicho que de "La Cueva del Tigre" conocemos tres versiones:

1o. La primera y más antigua es la del diario *La Epoca*, de Montevideo, de agosto 19 de 1890. Se trata de una versión que se caracteriza, fundamentalmente, por tener unas 2.200 palabras en total, distribuidas a lo largo de 54 párrafos. Lleva el título de "La Boca del Tigre".

2o. La siguiente que en el tiempo conocemos -esta vez con el epígrafe de "La Cueva del Tigre", en el semanario de letras y actualidades *La Alborada*, de Montevideo, del 5 de mayo de 1901- presenta a su turno 62 párrafos y como la anterior- tiene también aproximadamente 2.200 palabras en conjunto; o, tal vez, algunas -muy poca-; de menos.

3o. Finalmente, la tercera -que aparece con el título "Exterminio de una raza. La Boca del Tigre. Año XXXII"- es la publicada en el libro *Epocas militares en los países del Plata* (1911), del que contamos con otra edición relativamente reciente (1973).

Las variantes que se observan en esta tercera versión a dicho relato (1911) con respecto a la anterior (1901), son muchísimo más acentuadas que las que a su vez habíamos notado desde un comienzo entre la primera (1890) y la segunda (1901).

Así, sin detenernos en las llamadas ni en el sumario, que son propios y nuevos en esta versión, la misma -a través de unas 2.750 palabras- ofrece 83 párrafos, de los cuales, del 2 al 4 y del 16 al 21, inclusive -nueve en total-, son enteramente novedosos.

La variante de 1935 -publicada en *Crónicas, discursos y conferencias; páginas olvidadas*-, es exactamente igual a la reimpresión en el año de 1968.

Y aunque la primera guarde silencio respecto de su origen y en la restante se indique que proviene de *Epocas militares*, etc., podemos asegurar que lo último es inexacto.

Dicha variante se parece a la versión de 1901, por más de que ofrece algunas omisiones y cambios (tiene aproximadamente 2.175 palabras en 53 párrafos), ignorando si aquellos son debidos al editor o al propio autor.

Estas tres versiones -más la variante de la segunda- difieren además, en algunos aspectos, del párrafo IV de la *Etnología indígena* de Acevedo, que ofrece unas 1.700 palabras y 55 párrafos.

Documento N° II

Los indígenas del territorio del Uruguay según la versión del Coronel don Antonio Díaz (hijo) (2)

A) De los indios Charrúas en general; su destrucción por el General Fructuoso Rivera y sus "visperas" en medio de los conocidos y relevantes episodios del Queguay, Bella Unión y Yacaré Cururú.

EXTERMINIO DE LOS INDIGENAS

Sabido es, que después de la ocupación de las márgenes del Río de la Plata, por los españoles, las tribus indígenas poco numerosas de Charrúas que poblaban estas comarcas, quedaron enseñoreándose del territorio, por la falta absoluta de elementos en los españoles para perseguirlos, habiendo llegado hasta el caso de acercarse los Charrúas a los puestos exteriores de la colonia de Montevideo, a provocar a la guarnición, falta de caballería para perseguirlos. Así permanecieron poco más o menos por dos o tres siglos, sosteniendo algunas veces luchas intestinas con las tribus de Yaro[s], que dominaban las márgenes del Río Pardo, y con las de Guaraníes, de las márgenes de[l] San Salvador, y Río Grande, y guerra también con los dominadores que de vez en cuando recordaban la necesidad de combatirlos.

(2) Las fuentes en que ha bebido Antonio Díaz (hijo) son, asimismo, los apuntes de Antonio Díaz (padre); pero aquel injerta documentos que no figuran en dichos apuntes, aunque sea factible que provengan del archivo de éste, además de una extensa transcripción extractada de la obra de Félix de Azara y de unos datos que, según Antonio Díaz (hijo), están tomados de los "Apuntes inéditos del General I. Alvarez". Sobre el punto específico que aquí se trata —nos estamos refiriendo al saqueo del pueblo de la Florida, por parte de los indios charrúas—, se ha explayado extensamente y con todos los datos que dicho evento merece, el Profesor amigo don Ariosto Fernández. Los personajes que aparecen en estos fragmentos de la obra histórica de Antonio Díaz (hijo), con indicación de las veces en que los mismos se encuentran nombrados, son los siguientes: 1) El General don José Artigas (dos veces); 2) El Canónigo João Pedro Gay (una vez); 3) El naturalista Félix de Azara (siete veces); 4) El Capitán Juan Alvarez Ramón (una vez); 5) Diego Noble (dos veces); 6) Fructuoso Rivera (unas quince veces); 7) Lucas José Obes, Ministro de Gobierno y Hacienda (se le cita una vez en forma expresa y se le alude otra en manera tácita); 8) Bernabé Rivera (se le nombra como ventidos veces); 9) El "pardo" Luna (una vez) (sobre este personaje, ver muy especialmente el apéndice anterior); 10) El cacique Venao (y no Venado) (se le nombra por

Finalmente, después de esa resistencia de poca importancia, pobre de elementos y de historia, acabaron, sino por someterse, por allanarse al menos al dominio extraño, estableciendo tácitamente una especie de tregua, con tal de obtener algunos vestidos, aguardiente y tabaco, al que eran sumamente aficionados, /de parte de los pobladores, a quienes sin embargo de todo, agredían siempre que les era posible, impelidos por su carácter venal y su rapacidad nunca satisfecha.

Así permanecieron hasta la época en que los primeros ejércitos que levantó D. José Artigas para luchar por la nacionalidad de los orientales, despertaron la índole guerrera de estos indígenas y, sin renunciar a su salvaje independencia y hábitos, se reunieron condicionalmente a las fuerzas libertadoras, campando siempre aparte, y sin reconocer más disciplina que la que les era impuesta por sus caciques.

El General Artigas sabía muy bien que para nada podía utilizar semejante contingente; pero se conformaba con tenerlos aparentemente reducidos a la obediencia.

Entre las razas bárbaras que poblaban las regiones del nuevo mundo, el indio Charrúa era el ser de condición más pobre e indolente. Su holgazanería y desaseo, le constituían en un ente repugnante, el que, por otra parte, no salió jamás de una posición condicional, resistiendo tenazmente la civilización.

dos veces); 11) Idem. Vencel o Vencol (se le llama una vez de una manera y en la restante de la otra. ¿Cuál será la correcta?); 12) El cacique Perú, a quien se cita en repetida ocasión. Evidentemente se trata de Pirú o Vaimacá-Perú, pues así lo da a entender Antonio Díaz (hijo), principalmente si estudiamos más a fondo el contexto de esta parte de su obra. 13) François de Curel (se lo nombra una vez); 14) El teniente don Máximo Obes (una vez). Ver a propósito de él el apéndice precedente; 15) Sepe (dos veces); 16) Comandante José Conti (una vez); 17) Mayor Ortiz (una vez); 18) Capitán Juan Francisco de la Sota (una vez); 19) Comandante Tacuabé (dos veces); 20) Ramón Sequeira (una vez); 21) El indio baqueano don José Lorenzo González; 22) Chevestre o Cheveste (en realidad Juan Echeveste, a quien se le cita una sola vez, al igual que al anterior); 23) General don Juan Antonio Lavalleja (una vez); 24) Capitan Rosendo Velazco (una vez); 25) Capitán Máximo Arias (una vez); 26) Alférez Roqué Viera (tres veces); 27) Capitán Fortunato Silva (una vez); 28) El indio Napeguá o Napacá (una sola vez); 29) Comandante Pedro Bazán (dos veces); 30) El indio Agustín Comandiyú (una vez); 31) Bento Manuel Riveiro o Ribeiro (una vez); 32) El sargento Gabiano o Galeano (dos veces); y 33) Un indio llamado Bernabé (una vez).

No existía entre ellos el sentimiento del estímulo, en ningún sentido. Sus labores se reducían a la fabricación de las boleadoras, que primitivamente usaban de una sola piedra, adherida a una larga cuerda, que sujetaban al puño por medio de un lazo maestro, sirviéndoles de arma de combate, la que, después que se hicieron ecuestres, mejoraron aumentando una, y, después, dos piedras, convirtiéndose entonces en arrojadiza, y útiles para sujetar los caballos y demás animales ariscos de los campos; a la construcción de flechas, cuchillos y moharras de lanza, sirviéndose con este objeto de la piedra sílex, o pedernal; y, finalmente, a la confección de un **tapa rabo** de cuero de venado o avestruz, al que llamaban **Quillapí**, y eso, cuando ya la civilización había hecho en ellos notables progresos.

Todo cuanto pueda imaginarse respecto a inmundicia entre estos bárbaros en sus alimentos y sus hábitos, es poco. Su /cuerpo, en que la grasa de pötro con que diariamente se frotaban salía ya por los poros, estaba en casi todos naturalmente sujeto a una condición herpética, regularmente en invierno, que le hacía más repugnante y contribuía a las emanaciones pestilentes, a términos de hacerse insoportable la inmediateción de uno de estos salvajes a diez varas de distancia, colocado en dirección al viento, cuyas ráfagas nauseabundas, eran de un efecto horrible. Estas unturas, cuando no se había introducido todavía entre ellos el caballo, cuyo aceite era de preferencia, se hacían con grasa de avestruz, aguará, peludo, tigre, la iguana y [el] pescado, cuyas carnes, exceptuando las de tigre y aguará, les servían de alimento, después de lo cual, se tendían al sol para que el aceite penetrase mejor [en] sus carnes.

Bajo tal punto de vista, fácilmente se imaginará el lector, lo absurdo e inexacto de las **descripciones poéticas** que se nos han hecho, y que indudablemente se seguirán haciendo sobre nuestros aborígenes, de los que aún queda una muestra, aunque muy adulterada, en la costa del Río Colorado y Patagonia, en la República Argentina.

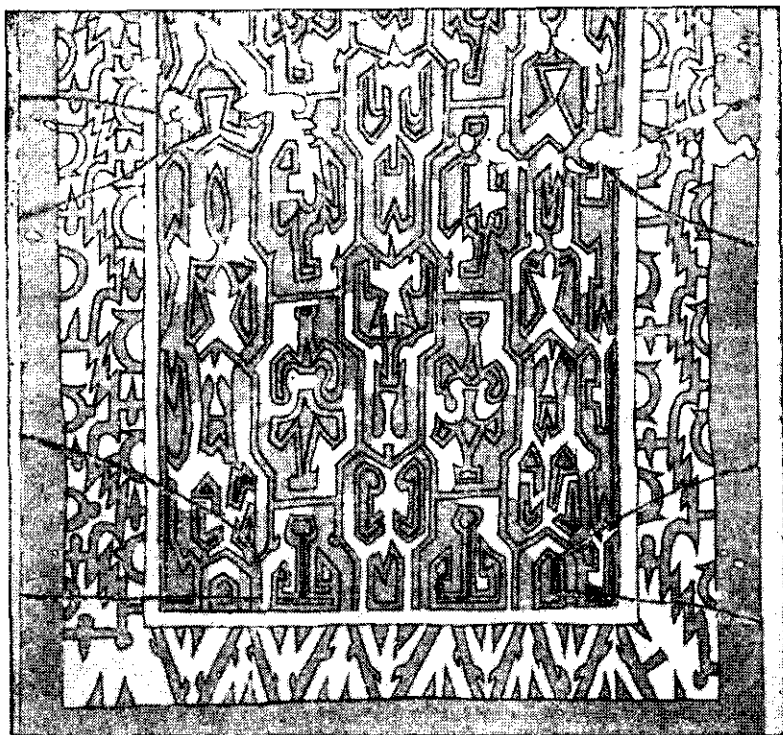
Esta rápida noticia bastará para dar una idea general de la educación, religión, costumbres y civilización de aquellos seres, para quienes todo eso era completamente desconocido, incluso la idea de un ser superior a ellos en cuyo testimonio no se ha encontrado hasta hoy vestigio alguno, como en otros pueblos primitivos de la América, pues si bien es cierto que la naturaleza dotó a estos, como a los demás hombres, de razón, ha sido siempre muy difícil despertar en ellos esa gran facultad, aún en los mismos niños de aquella raza, criados en las ciudades, las que abandonaban apenas tenían la proporción de huir al desierto.

Vivían y morían errantes, sin ninguna diferencia de los animales, y, los más ancianos y achacosos, se refugiaban como aquellos, en cavernas, donde hacianaban los restos nauseabundos de /su alimento, que no cuidaban de sacar jamás fuera, ni los residuos de su propio cuerpo, de cuyo depósito tampoco se cuidaban con mucha frecuencia.

En cuanto a las decantadas guerras que sostuvieron con la conquista, los Charrúas, todo se reduce, según el testimonio del mismo [sic] ["Conego", esto es, en nuestro idioma: Canónigo] [João Pedro] Gay, al asesinato de una que otra comisión militar que cruzaba de un fuerte a otro haciendo lo mismo con las expediciones en pequeña escala que aventuraban al interior, a las que atacaban a flechazos siempre lo más distante posible, y mataban en cuanto podían aproximarse impunemente. También destruyeron repetidas veces los fortines con que cubrían los portugueses su línea divisoria con las colonias españolas, apenas tenían conocimiento de la poca defensa en que estaban. Esto es lo único exacto que arroja la tradición, y el examen casi contemporáneo de aquellos indios.

No queremos, sin embargo, defraudar a nuestros lectores de la descripción que hace D. Félix [de] Azara, sabio naturalista, sobre los indios Charrúas, Chanás y otros, aunque en dicha reseña encontremos una semejanza completa con las que hacen todos los viajeros, de todos los indígenas de América, con muy pequeñas variantes. Sin embargo, el señor Azara nos parece el más próximo al objeto, salvo algunos detalles, en los que se diferencia de los historiadores más aceptados hasta el día, en algunas situaciones reconocidamente exageradas, en las que el sabio ha sido arrastrado a confesar sin quererlò, que el naturalista, el escritor y el viajero descriptivo, son entidades completamente distintas. Por lo demás, justo es convenir en que el señor Azara, no ha consultado absolutamente el poema, como vamos a verlo.

Dice el Sr. Azara en algunos de sus más importantes períodos al respecto: "Aunque el hombre sea un ser incomprensible, y sobre todo el hombre salvaje que no escribe, que habla poco, que se expresa en una lengua desconocida, a la que falta una /multitud de voces y de expresiones, y que no hace sino lo que le exigen las pocas necesidades que siente; sin embargo, como el hombre es el asunto principal, y la parte más interesante de la descripción de un país, expondré algunas observaciones, sobre un gran número de naciones de indios libres o salvajes, que no están sujetos, ni jamás lo han estado al imperio español ni [a] otro alguno. No me detendré mucho por no fastidiar, ni parecerme a los que, por haber



"Quillapí", o capa o manto de pieles, adquirido en Montevideo, en el siglo XVIII, por la renombrada expedición del navegante francés Louis Antoine de Bougainville. Esta conclusión está muy especialmente basada en un gran número de observaciones, comentarios y documentos éditos e inéditos, intensiva cuanto acuciosa y pacientemente reunidos por el doctor Carl Schuster en estrecha unión del autor de este trabajo, para una publicación conjunta, cuyo tema gira en torno a dicho punto específico en particular de la indumentaria de nuestros primitivos habitantes y al estudio de la mayor parte de las placas y cilindros grabados hasta el momento inventariados en nuestro país, Entre-Ríos y mesopotamia argentina, y en la Patagonia, amén de un resumen descriptivo y, sobre todo, interpretativo y comparado de las pictografías y demás manifestaciones del arte rupestre del territorio del Uruguay y de sus relaciones con algunas de las existentes en los continentes americano y extra-americanos en general. Es posible, de acuerdo a nuestra opinión, que el "quillapí" que aquí se reproduce, haya pertenecido a los indios minuanes. (Foto Carl Schuster, 1955, tomada de la obra de Samuel Kirkland Lothrop "Painted Skin Articles from Patagonia", Negat'vo 887.25). En otra ocasión hemos dicho, además, que el componente de la indumentaria de nuestros primitivos habitantes denominado "quillapí", fue muy particularmente descrito y nombrado por numerosos autores, no del todo conocidos ni necesariamente citados, a partir de los comienzos mismos del siglo XVI.

visto una media docena de indios en la costa, hacen una descripción acaño más completa de la que podrían hacer de ellos mismos. Yo he vivido por largo tiempo entre algunas de estas naciones salvajes, y para que los viajeros, los geógrafos y los historiadores no las multipliquen tan excesivamente como lo han hecho, hablaré de ellas”.

“Ni los conquistadores, ni los milioneros han pensado jamás en hacer una verdadera reseña de las diferentes naciones indianas, sino únicamente los primeros, en realzar sus proezas, y los segundos en ponderar sus trabajos, y los que los han calificado de antropófagos, en eso cometieron un error, porque hoy ninguna de tales naciones come carne humana, ni recuerda haberla comido....

“Se ha escrito también que ellos se servían de flechas envenenadas, lo que es otra falsedad positiva. Los eclesiásticos han agregado otra, diciendo que estos pueblos tenían religión. Persuadidos los eclesiásticos que es imposible que los hombres vivan sin tener una religión buena o mala, y viendo algunas figuras o grabados en los arcos, bastones y vasos de los indios, se figuraron que eran sus ídolos, y se los quemaron. Estos pueblos emplean aun hoy las mismas figuras, pero no las hacen sino por diversión; porque ninguna religión tienen.”

“Los indios comúnmente hablan mucho más bajo que nosotros. No llaman la atención con sus miradas: para pronunciar mueven poco los labios, y hablan mucho más gutural que nasalmente”./

“Éstas lenguas son muy pobres, y no tienen entre sí analogía alguna. Consiguientemente se hallarían muy embarazados los que quisiesen indagar su origen y relaciones. **Charrúas**— Esta es una nación de indios que tiene una lengua particular, diferente de todas las otras, y tan gutural que nuestro alfabeto no puede expresar el sonido de sus sílabas. En la época de la conquista, ella era errante; habitaba la costa septentrional del Río de la Plata, desde Maldonado hasta el Uruguay, y se extendía a lo más, treinta leguas hacia el Norte, paralelamente a la costa. Sus fronteras por el Oeste, tocaban en parte con las de la nación Yaro, que habitaba hacia la embocadura del San Salvador, y, por el Norte, estaba separada por un gran desierto, de algunos lugarejos de indios Guaranís”.

“Desde un principio los españoles trataron de establecerse en el país de esa nación, y con ese objeto levantaron algunos edificios en la Colonia del Sacramento, un pequeño fuerte, y en se-

guida una ciudad en la embocadura de [1] San Juan, y otra en la confluencia del Rio de San Salvador con el Uruguay. Pero los Charrúas destruyeron todo, y no dejaron que persona alguna se estableciese en su territorio, hasta que los españoles, que en 1724 [sic] fundaron la ciudad de Montevideo, hubieron insensiblemente arrojado a estos salvajes hacia el Norte, alejándolos de la costa."

"Por este tiempo los Charrúas habían atacado y exterminado las naciones llamadas Yaros y de Bohanes, que se aliaron y contrajeron una íntima amistad con los Minuanos, para sostenerse mutuamente contra los Españoles. Resta aún una parte de esta nación, que aunque errante, habita ordinariamente el oeste del Uruguay hacia los 31 o 32 grados de latitud."

"La estatura mediana de estos salvajes, me parece sobrepasar de una pulgada [la] de los españoles. Son ágiles, derechos, y bien proporcionados. Tienen la cabeza derecha, la frente y la fisonomía abierta, señales de su orgullo y aún de su ferocidad./El color se acerca más al negro que al blanco, sin casi mezcla alguna de rojo. Sus facciones son muy regulares, aunque la nariz algo estrecha y hundida entre los ojos. Estos son pequeños, brillantes, siempre negros, nunca azules, los que jamás aparecen enteramente abiertos, pero tienen sin disputa la vista doblemente más larga y mejor que la de los europeos. También tienen el oído superior al nuestro. Los dientes bien dispuestos, muy blancos, aún a la edad más avanzada, y jamás se les caen naturalmente. Las cejas son poco pobladas; no tienen barba, y muy pocos pelos debajo del sobaco y en el pubis. Tienen el cabello espeso y muy largo, grueso, lustroso, negro, jamás rubio; nunca se les cae, y no encanecen sino a medias a la edad de 80 años. Las manos y pies son pequeños, y los pechos de sus mujeres, me parecen ser menos considerables que los de otras naciones de indios. Jamás se cortan el cabello y lo dejan suelto; pero los hombres se lo atan, y meten en un nudo con que lo reúnen unas plumas blancas y coloradas, verticalmente paradas. Si obtienen algún peine lo usan, pero ordinariamente se peinan con los dedos".

"Ellos tienen muchos piojos, que las mujeres buscan con placer, para proporcionarse el gusto de tenerlos por algún tiempo en la punta de la lengua, y en seguida mascarlos, y comérselos. Esta costumbre repugnante está generalmente establecida entre todos los indios, y aun entre los mulatos y gentes pobres del Paraguay. Lo mismo hacen con las pulgas. Las mujeres no tienen adorno alguno, ni los hombres se pintan el cuerpo, pero el día de la primera menstruación de las jóvenes, se les pinta en la cara tres ra-

yas azules verticales, desde la raíz del cabello hasta la punta de la nariz, siguiendo el medio, y otras que atraviesan la frente, de una sien a otra. Esto se hace picando el cutis; por consiguiente, son indelebles, y constituyen el signo característico.”/

“El sexo masculino se distingue por la *barbota* [sic] (a). Explicaré lo que esta voz significa. Pocos días después de nacido un niño, su madre le horada de parte a parte el labio inferior a la raíz de los dientes, y en tal agujero le introduce la *barbota* [sic], que es un palito de cuatro o cinco pulgadas de largo, y de dos líneas de diámetro. Jamás se quitan dicho palo ni aun para dormir.”

“Yo ignoro cuales eran las antiguas habitaciones de estos indios, cuando no tenían cueros (b). Las que hoy tienen no cuesta mucho trabajo construirlas. Del primer árbol cortan tres o cuatro gajos; los arquean metiendo las dos puntas en tierra; sobre los arcos, formados con estas ramas, extienden un cuero de vaca, y resulta una casa suficiente para marido y mujer, y algunos hijos. Si llega a ser demasiado pequeña, al lado construyen otra igual. Se acuestan sobre un cuero, y duermen siempre de espaldas, como todos los indios salvajes. Tampoco sé nada sobre su antiguo vestido. Algunos se hacen con pieles sobadas, y aun las del yaguaré, una camiseta muy estrecha sin cuello ni mangas, que apenas les cubre las partes, y esto no siempre. Las mujeres se cubren con un *poncho* de lo mismo, o usan una camiseta sin mangas. Jamás lavan la ropa, ni cuerpo, ni cara, ni manos, sino cuando se bañan en tiempo de calor, de suerte que nada puede verse más sucio, ni sentirse cosa más hedionda”.

“Las mujeres cocinán, mas todos sus guisados se reducen al asado sin sal. No conocen ni juego, ni baile, ni el canto, ni instru-

(a) Salvo los respetos que nos inspira el señor Azara, nos encontramos en el caso de dudar de la exactitud de esta costumbre. Los Charrúas han sido contemporáneos, y siendo como eran irreprochables en su fiera salvaje y sus costumbres, habrían conservado indudablemente la que nos pinta el señor Azara. No existe, pues, ni existió jamás entre ellos ni la tradición de semejante costumbre. Creemos que ella ha existido, y aún existe, entre los indios llamados *Botocudos*, en la Provincia de Espíritu Santo, Brasil, sección de Victoria, donde únicamente se ha visto.

NOTA DEL AUTOR.

(b) La vaca y el caballo se introdujeron en América en 1550, en el Valle de Cuzco.

NOTA DEL AUTOR

mento de música, ni sociedad, ni conversaciones de/pasatiempo. Su aire es tan grave que no pueden distinguirse sus afectos ni pasiones; su risa se reduce a entreabrir sus labios, sin dar jamás una ligera carcajada. Nunca tienen una voz gruesa y sonora; siempre hablan bajo, y jamás gritan, ni aun para quejarse cuando se les mata”.

“No adoran divinidad, ni profesan religión alguna, encontrándose por tanto tan atrasados como el primer hombre salvaje. Tampoco tienen costumbres que obliguen, ni recompensa, ni jefe que los mande. Tenían antes caciques sin autoridad, y que entre ellos, hacían el mismo papel que en otras naciones de quienes hablaremos. Todos son iguales: ninguno sirve a otro. Los jefes de la familia se reúnen a la entrada de la noche para convenir en los que deben pasar de centinela. Las mismas partes arreglan sus disputas particulares. Si no se convienen se atacan a bofetones, hasta que uno da vuelta la espalda, y deja al otro, sin volver a hablar del asunto”.

“Si alguno de ellos pierde su caballo en la guerra, no debe esperar que los otros le presten[uno]. Si no le queda más que un caballo, el marido monta en él, y la mujer y [el] resto de la familia le siguen a pie, y cargados, además, con sus cosas. Su arma se compone de una lanza de once pies de largo con un hierro agudo en la punta, y los que no tienen lanza, se sirven de flechas muy cortas, que llevan en una aljaba suspendida a la espalda. Cuando han resuelto hacer una expedición, ocultan sus familias en un bosque, y envían seis leguas adelante, descubridores bien montados. Estos avanzan con gran precaución, tendido a lo largo sobre sus caballos. Cuando están bastante cerca, a la distancia de media legua, se paran, y a puestas del sol, manejan los caballos, se acercan a pie, se encojen y ocultan entre el pasto, hasta que han reconocido bien la situación del campo enemigo que quieren atacar”.

“Jamás están célibes, y se casan luego que sienten la necesidad de esta unión, pero jamás he oído decir que los hermanos se casen entre sí. Todo se reduce a pedir la joven a sus padres, y llevársela luego que ellos lo permitan. Nunca se niega la mujer, y se casa con el primero que se presenta, aunque sea viejo y feo”.

“La poligamia es permitida, pero una mujer jamás tiene dos maridos. El adulterio jamás tiene otras consecuencias que algunos puñetazos, que la parte ofendida descarga sobre los dos cómplices. Sus médicos no conocen sino un remedio universal; éste se reduce a chupar con fuerza el estómago del paciente para sacar el mal. Luego que un indio muere, lo entierran con todas sus armas, ves-

tidos y avíos; matan sobre su sepulcro el caballo más querido, y el duelo que hacen es tan singular como cruel; se desarticulan los dedos y se pasan [por] los brazos y el cuerpo, de la cintura arriba, clavándose por repetidas veces el cuchillo o [la] lanza del difunto. El marido no hace duelo por la muerte de la mujer. También se ocultan por dos días en sus cabañas, sin tomar otro alimento que huevos de perdiz. En seguida, a la tarde, se dirigen a otro indio, para que les haga la operación siguiente: Este agarra la carne del brazo del paciente **dolorido**, y pasa por entre ella, un palmo de un paio de largo [sic], de modo que las dos puntas sobrepasen de cada lado. El primer palo se atraviesa por el puño, y los demás sucesivamente de pulgada en pulgada hasta la espalda, y aún en esta misma. No se crea que estos palos sean del grueso de una alfiler, porque son astillas de dos a cuatro líneas de ancho. En este miserable y espantoso aspecto, sale el salvaje que está de duelo, y se va solo, enteramente desnudo a un bosque, o sobre alguna altura, sin temer al yaguareté (el tigre), ni demás fieras, porque están persuadidos que viendoles en tal forma huirán de ellos. El tal **dolorido**, lleva en la mano un bastón armado con una punta de hierro, del que se sirve para cavar con sus propias manos, un hoyo, donde se mete hasta el pecho, y pasa la noche de día. Por la mañana sale, para ir a una pequeña cabaña, preparada para los que están de duelo. Allí se saca los palos atravesados, se acuesta para descansar y pasa dos días sin comer ni beber. Al siguiente y demás días, los muchachos de la nación le traen agua, alguna perdiz o huevos en muy corta cantidad, se lo dejan a la puerta, y se retiran sin decirle palabra. Después de diez o doce días, el doliente se reúne con los demás, Nadie esta obligado a esta bárbara ceremonia”.

“Yaros- Estos indios a la época de la conquista, habitaban la costa Oriental del Uruguay, entre el Rio Negro y el San Salvador. Por el Este tenían por vecinos a los Charrúas, y por el Norte a los Bohanes y los Chanás. Los informes que he podido adquirir a este respecto, se reducen a lo siguiente: La lengua de dichos indios era muy diferente de todas las otras; el número de sus guerreros no llegaba a ciento. Sus armas eran arcos y flechas; no carecieron de valor, pues atacaron y mataron un número considerable de españoles que acompañaban al capitán Juan Alvarez [Ramón], primer navegante del Rio Uruguay. Ellos, al fin, fueron exterminados por los Charrúas.

“Bohanes- Esta nación, en el momento de la conquista, habitaba la orilla del Uruguay, al Norte del Rio Negro y tocaba por el Sur, el país de los Yaros y el de los Chanás. Todo lo que he podido saber respecto de ellos, en los antiguos manuscritos, es que su



"Amérique méridionale / [Grabado] / Indien Charruas du Paraguay [sic] s'acquittant d'une cérémonie funèbre". Original en las iconotecas de Jorge Aznárez y del autor de este trabajo. Esta copia -obtenida junto a una segunda que obsequiamos a nuestro malogrado amigo y colaborador científico Carlos A. de Freitas- fue comentada con la de la ilustración impresa por los editores Dufour, Mulat y Boulanger en una misiva que, hizo ya un cuarto de siglo, dirigimos a nuestro eminente colega y particular amigo el profesor doctor Paul Rivet. (Foto Optica Ariel, 1952).

lengua era diferente de las otras; que esta nación era menos numerosa que la de los Yaros, y que fue exterminada por los Charrúas."

"Chanás - Cuando los primeros españoles llegaron a este país, esta nación vivía en las Islas del Uruguay, en frente del Río Negro. De este punto pasaron a la costa Oriental del Uruguay, algo al Sur del río San Salvador, cuando los españoles abandonaron la ciudad de San Salvador, en seguida, acosados por los indios vecinos, se volvieron a sus islas, y habitaron las que hoy se llaman Islas del Vizcaíno, cuando, temiendo la proximidad de los Charrúas, que habían exterminado ya a los Yaros y los Bohanes, solicitaron la protección de los españoles de Buenos Aires, suplicándoles que les defendiesen y fundasen un pueblo que estaría bajo la dependencia española. El Gobernador les concedió lo que pedían, y sacándolos de su isla, estableció con ellos el pueblo llamado hoy Santo Domingo de [sic] Soriano."

Después de dar paso al señor Azara, reanudaremos el hilo, entrando en la relación de la carnicería de los indígenas.

Las tribus Charrúas eran, como se ha dicho, poco numerosas y, a consecuencia de sus guerras intestinas primero, y de la persecución de que fueron objeto por largo tiempo, después, quedaron reducidos a un número insignificante, que no pasaría de 150 a 200 hombres de lanza, fuera de la chusma que era relativamente reducida.

Siguiendo, pues, sus hábitos, vivían donde la soledad, y crecido número de animales podía proporcionarles una vida a cubierto de la persecución, abundante alimento y cebo a su rapacidad.

Los Ríos Arapey, puntas del Queguay, Cuareim y Yaguarón, así como la costa del Río Negro arriba, eran sus campos de residencia habitual. Inútil es decir que los hacendados de aquellos parajes eran los proveedores de tales huéspedes, con los que se veían obligados a guardar toda clase de contemplaciones, para conservar al menos la vida, tolerando la ruina de sus intereses.

Fue en tales circunstancias que una junta de hacendados encabezados por un estanciero inglés llamado Diego Noble, concibieron la idea de reunir una cantidad de dinero, y ponerla a la disposición del Gobierno, con destino a promover los medios de hacer desaparecer del país a los referidos indígenas. La cantidad reunida montaba a 30 mil pesos, con la cual se pretendía que se arrojase a los Charrúas a otras costas habitadas por indígenas.

Era por este tiempo Ministro del señor [Fructuoso] Rivera, y consejero / privado de éste, el doctor D. Lucas José Obes, a quien el señor Noble se presentó con el motivo indicado.

El General Rivera, que era hombre de expedientes, encontró muy pronto el que debía dar cima al proyecto, aunque con una variación en el destino preparado a los Charrúas.

Después de algunas conferencias, el General Rivera, en cuyos propósitos no había entrado por otra parte, ni por un minuto, el de invertir 30 mil pesos en el flete de un buque y alimentos para salvajes que bien podían ir a otra parte que a la costa de Patagonia, se encargó el mismo señor Rivera de la tarea de ponerlos en orden una vez para siempre, evitándose el compromiso de salir garante por la propiedad y la vida de los damnificados.

La sentencia de muerte de los dueños legítimos del territorio de la República, se resolvió por el Magistrado y, para el efecto, se puso en práctica la estratagema de una supuesta guerra con el Brasil.

El General Rivera envió comisionados primero, que introducidos entre las tribus, empezaron por despertar la codicia de los indios, hablándoles de una próxima invasión al Brasil por el General Rivera, con el objeto de traer al Estado Oriental, los ganados de toda clase, que habían llevado los Brasileños [sic] en épocas anteriores, cuyos ganados serían destinados a poblar los campos fiscales entre los Arapey grande y chico, y que gran parte de esas haciendas les serían adjudicadas a los Charrúas, a fin de que se sujetasen para siempre, y dejaran esa vida de vandalaje a la que hacía tiempo estaban entregados. Los indios encontraron tan realizable como lisonjero el plan, y desde ese momento no pensaron en otra cosa, qué en sus preparativos para la invasión y reparto del botín.

El General Rivera había reunido como unos mil hombres en la Cueva del Tigre, y mientras hacía esta reunión, envió otro emisario ya directamente, invitándoles a reunírsele, para que, vestidos, racionados y bien armados, pudieran formar parte de la expedición. A este comisionado siguió D. Bernabé Rivera, hermano del general, con la orden de traerlos al paraje donde se encontraba el señor Rivera con la supuesta expedición, entre la que había un escuadrón al mando del pardo Luna, cuyos hombres, desarmados, tenían la misión de apoderarse de las armas de los Charrúas, cuando estos camparan, y, sobre todo, cuando se hiciera la señal de la matanza, que, como se verá, estaba a cargo del Presidente de la República.

Llegados al campamento los indígenas, Rivera entretuvo, haciéndole marchar a su lado, al cacique Venao, mientras los Charrúas

desmontaban en el paraje designado para que campasen. Entonces fue que el General Rivera dijo a Venao, que venía a su derecha: **préstame tu cuchillo para picar tabaco**, descargando un tiro de pistola sobre el cacique, en seguida de apoderarse del cuchillo. El cacique quedó ileso, pero huyó vociferando en charrúa, en dirección al campo de sus hermanos, que, alarmados, empezaron a tomar caballo como pudieron.

En el acto, el escuadrón desarmado se arrojó sobre las lanzas y demás armas de los indios. D. Bernabé Rivera formó en batalla a retaguardia de éstos con el número 2; el resto de las fuerzas formó círculo, y, al toque de degüello, cayeron repentinamente sobre los indígenas, matándoles en casi su totalidad, incluso [a] su cacique Vencol [sic], jefe principal.

En los primeros momentos, el cacique Perú, acompañado de cuatro más, rompió herido la línea, y, al pasar cerca del General Rivera, le apostrofó, diciéndole: mira **Frutos, matando los amigos**. El General Rivera contuvo a los que venían persiguiendo a Perú y sus compañeros y les permitió que permaneciesen en el cuartel general, desde donde fueron conducidos después a Montevideo. Estos desgraciados debían tener un fin indigno de la civilización.

Habiendo despertado la especulación de un francés llamado [François] [de] Curel, resolvió explotar la presencia de los indígenas en Europa y pidió que les fueran entregados./

El General Rivera le **cedió** los tres caciques y el especulador se transportó con ellos a Europa, donde los exhibía como fieras, haciéndoles gesticular y accionar ridículamente en la representación de pantomimas, y comer carne cruda y otras cosas por el estilo. Recorriendo aquellas regiones contrarias a su vida libre y, sobre todo, no pudiendo resistir el clima, murieron, aunque no tan pronto y heroicamente como sus compañeros que vendieron cara su vida.

Los indios mataron, defendiéndose, algunos de los soldados de Rivera y, entre los muertos, apareció el teniente D. Máximo Obes, hijo del Ministro de Gobierno y Hacienda. Aquel acto puede llamarse **Vísperas Charrúas**.

Pero no debía ser sólo ésta la víctima expiatoria de la determinación tomada con los **Charrúas**. Pronto vamos a saber las consecuencias que surgieron de este hecho para otro de los que tomó parte en él.

Los indios que pudieron salvar de esta carnicería, que no pasarían de 25 capitaneados por el cacique **Sepe**, se posesionaron de los bosques del Arapey y Cuareim, donde fueron a reunírseles las familias, vulgo chusma.



“Charrua vu de profil” y “Charrua vu de face”, respectivamente, del “Dictionnaire universel d'histoire naturelle” (Diccionario universal de historia natural), de Charles Dessalines d'Orbigny, primera edición, Atlas, tomo I, “Zoologie, races humaines, mammifères et oiseaux” (Zoología, razas humanas, mamíferos y aves), plancha 4, figuras 3 y 4.- París, Chez les éditeurs, M.M. Renard, Martinet et Cie., 1849.- Ambas ilustraciones representan, a no dudarlo, uno de los cuatro indígenas (tres varones y una mujer) llevados por Francisco de Cúrel a Francia: el “médico” Senaqué, según nuestros datos, que se presenta visto de perfil, primero, y después de frente, y cuya litografía se ofrece sin iluminar en algunas ediciones o tirajes especiales de ellas. El grabado es de Fournier, y la pintura de los ejemplares coloreados pertenece a Werner, artista y colaborador de sobra conocido, según nuestras investigaciones personales, en el Musée d'histoire naturelle de entonces, en París. Añadimos, además, que tales grabados acompañan sin duda el interesante artículo del renombrado investigador inglés Holland, intitulado “Variétés de l'espèce humaine” (Variedades de la especie humana), (tomo 13: VAN-Z, de aquel mismo año de 1849, del diccionario en cuestión de Charles Dessalines d'Orbigny, páginas 8-42), principalmente de la parte en que aquel nos habla de la “Race pampéene” (Raza pampeana; esto es, en un todo de conformidad y acuerdo con la moderna sinonimia y correspondencia: pámpidos o patagónidos), entre los tipos o grupos raciales americanos. El autor de la referencia, no se remite a grabado alguno en el Atlas que nos ocupa; pero la breve diagnosis que a los efectos formula de esa misma raza, siguiendo en cuanto a esto el importante cuadro clasificatorio del prestigioso explorador, y naturalista viajero francés Alcide Dessalines d'Orbigny, concuerda desde luego, como no podía ser de otra manera, con las aludidas estampas. Bibliothèque Nationale, París.- (Photo B.N., 1956 y 1958).

El movimiento de los indios de Bella Unión, había tenido lugar el 19 de Mayo [de 1832], apoderándose de las personas del comandante Conti, mayor Ortiz y un capitán [Juan Francisco de] Lazota. El plan atribuido a estos misioneros; era dar un golpe de mano a las haciendas vecinas, y pasar a la Provincia de Corrientes, a consecuencia de la miseria en que se encontraban, habiéndoseles faltado a los compromisos que el General Rivera había contraído con ellos, y que consistían en recursos para su manutención; pero es indudable que habían sido inducidos por Tacuabé, revolucionario Lavallejista poco después.

El General Rivera envió a su hermano Bernabé a someter estos colonos, y el 12 de Junio [de 1832] comunicó desde el Durazno al Gobierno de Montevideo el sometimiento de los insurrectos de Bella Unión. /

D. Bernabé les había sorprendido el día 5, quedando sometidos Ramón Sequeira y su gente, y dispersándose en seguida en su mayor parte. Rivera había salido de [l] Tacuarembó Chico y llegado hasta el paso de las Cuñeitas [sic] del Arapey Chico, donde recibió refuerzos y noticias comunicadas por el vecindario. Un pequeño número de colonos había logrado sin embargo reorganizarse en el pueblo de Belén, bajo las órdenes del Comandante Tacuabé, que pudo reunir algunos secuaces en el territorio comprendido entre Cuareim y Arapey.- A estos se agregaron el Indio [baqueano José] Lorenzo [González] y [Juan] Cheveste.

A la aproximación del Coronel Rivera, se dispersaron estos, dejando algunos caballos y varios indios prisioneros. Después de eso Rivera se fraccionó en partidas que llevaron la persecución en todas direcciones.- Los restos de estos misioneros se dirigieron a Entre-Ríos y Corrientes.

Pero no era ese el único movimiento que se notaba. En el Departamento de la Colonia, distrito del Colla; en el de San José, por las alturas de la Sierra de Mahoma y en varios puntos de la República aparecieron simultáneamente grupos capitaneados por oficiales que habían servido a las órdenes del General [Juan Antonio] Lavalleja.

Eran los preliminares de un movimiento más serio.

Los Jefes Políticos de los Departamentos movilizaron algunas milicias para perseguirlos, mientras que D. Bernabé con los capitanes Rosendo Velazco, Máximo Arias, alférez [Roque] Viera y capitán Fortunato Silva, con una fuerza de ochenta hombres, se dirigió al

Cuaró a perseguir al indio Napeguá, que con un grupo de los insurrectos había repasado de Corrientes. Rivera consiguió hacerlos vadear al Brasil, y habiendo sabido que los Charrúas se hallaban en un potrero distante cuatro leguas de aquel punto, dispuso atacarlos, como efectivamente lo verificó en la mañana del día siguiente./

MUERTE DEL CORONEL RIVERA.

Sorprendidos en su guarida del potrero, los Charrúas, como de costumbre, se dispersaron en grupos, al parecer aterrados y sin intención de volver al combate.

Pero no fue así; el grupo mayor perseguido por Rivera volvió cara, cargó a sus perseguidores, destrozándolos, y matando al referido coronel Rivera, al comandante D. Pedro Bazán, al alférez D. Roque Viera, y a nueve de los soldados.- El resto de la partida de Rivera huyó refugiándose en el bosque.

El hecho empezó en un potrero del Arroyo Arapey denominado del Yacaré, y se desarrolló ocho leguas hacia las puntas de este río.

He aquí los detalles de la muerte de aquel Jefe, según los documentos oficiales, e informes más caracterizados de aquella época. La casualidad tuvo gran parte en el hecho, como se verá.

Recogidos los dispersos y familias de la Colonia [de Bella Unión], Rivera disolvió las milicias que se le habían reunido, considerándolas innecesarias. En consecuencia, se dirigía de regreso a Tacuarembó, cuando le avisaron la invasión del indio Agustín [Comandiyú], por las inmediaciones del Cuareim.

Esto le obligó a retroceder, y dirigiéndose al punto indicado, se encontró con los bárbaros que repasaron, desde luego, al Norte de aquel río. Después de oficiar al Jefe de la frontera limítrofe, Bento Manuel Riveiro, comunicándole que los indios entraban en su jurisdicción, se ponía en marcha, cuando fue nuevamente advertido que una tribu de Charrúas se encontraba en las cercanías.

Informado del número de los indígenas, y de la posición que ocupaban, Rivera encontró insignificante la empresa, facilitando por demás su éxito, y despachando sus caballadas para aligerarse, redujo su fuerza a 46 hombres incluso los oficiales, que/eran cuatro, y de los cuales sólo uno logró escapar. Con esta gente avanzó [a] los toldos, dispersó, como ya hemos dicho antes, a los bárbaros; se apoderó de la chusma que dejó escoltada y emprendió la perse-

cución de los restos, que tomó rumbos a las puntas del **Carpintería**, no pasando el grupo perseguido de 15 a 20 indios más o menos. En esa persecución, Rivera logró ponerse encima de los bárbaros, que, siempre manifestando gran terror, huían lanzando alaridos salvajes, dispersándose en todas direcciones, a término que el grupo mayor, que era donde iba el cacique, no alcanzaba a doce hombres. En tal estado, la fuga se convirtió en carrera; y esto fue lo que perdió a D. Bernabé.

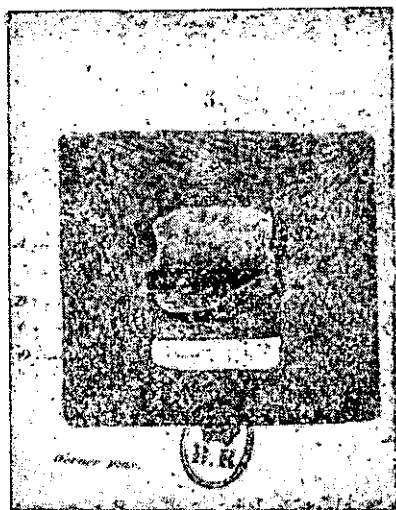
Los indios conocieron que los caballos de sus perseguidores no continuarían una legua más, y que el número de estos que les perseguía, se había reducido notablemente, a consecuencia de haber quedado a retaguardia porción de soldados a quienes se les habían parado completamente los caballos, que no habían mudado y eran los que sirvieron para la marcha de toda la noche.

Entonces pusieron los indios en juego su táctica salvaje, comunicándose por medio de alaridos, con los grupos pequeños que huían a la vista, y que empezaron a concentrarse hasta el número de 15 o 20, cargando en el acto tan rápidamente a Rivera, y [a] los pocos que le seguían, que no tuvieron ni el tiempo necesario para echar pie a tierra, y defenderse en pelotones de tres o cuatro hombres. Todos estaban diseminados, y el que pudo contar con su caballo, se refugió en el bosque tratando de salvar su vida de una muerte segura y bárbara. Fue entonces que tuvo lugar aquella carnicería. Los bárbaros tomaron a sus perseguidores diseminados, y empezaron a agruparse de [a] cuatro y cinco para matar a uno, cuyo suplicio a **bolazos** y lanzadas, tuvo un carácter horrible.

En los momentos de tan terrible carga, Rivera volvió el caballo y trató de evitarla, reuniéndose a sus soldados; pero un diluvio de boleadoras les cayó encima, y su caballo, aún cuando no fue boleado, rodó a poca distancia. Rivera tuvo la suerte de salir corriendo, y ya el sargento Gabiano le arrimaba su caballo para que saltase a la grupa, cuando se pusieron encima los bárbaros, exclamando a gritos ¡Bernabé! ¡Bernabé! - y empezaron a matarle a lanzadas y golpes de bola.

Más adelante, había echado pie a tierra el comandante Bazán, y vendía cara su vida; pero sucumbió al número, así como el alférez Viera, y nueve soldados, que fueron también muertos aisladamente y sin cuartel.

Mientras mataban los indios a Rivera, gritaban en medio de una algarazara horrible- ¡Queguay! ¡Queguay! - ¡Indios hermanos muertos! ¡Cacique Vencell! ¡Matando amigos!



"Peau de Charrua" (Piel de Charrúa): A. premier épiderme (primera epidermis); B. deuxième épiderme (segunda epidermis); C. pigmentum (pigmento); y D. derme (dermis).- Pertenece a uno de los individuos conducidos por Francisco de Curel a París, Francia, y fue tomada esta ilustración del citado "Dictionnaire universel d'histoire naturelle", de Charles Dessalines d'Orbigny, Atlas, tomo I, plancha 1, figura 5; ilustración que es bueno y oportuno lo hagamos notar- no existe reproducida ni tampoco se encuentra mencionada en la obra, ya clásica, del Prof. Dr. Paul Rivet sobre los últimos charrúas, entre otros muchos cortes histológicos análogos. Corresponde, sí, evidentemente, a un artículo no siempre conocido y mucho menos citado del afamado médico Pierre Flourens, relativo al estudio de la piel e intitulado "PEAU: Anatomie comparée de la peau dans les races humaines" (Piel: anatomía comparada de la piel en las razas humanas), (tomo 9: OIE - PHO, de 1847, del diccionario en cuestión de Charles Dessalines d'Orbigny páginas 521-526). Ch., especialmente, lo señalado en las páginas 522-523, bajo el epigrafe "Peau des Charruas" (Piel de los Charruas)). Bibliothèque Nationale. París.- (Photo B.N., 1956 y 1958).

Los Charrúas venían mandados por el cacique Sepe y un indio llamado Bernabé, que había criado como hijo el mismo coronel Rivera, y de quien recibió este desgraciado jefe, el primer golpe de bola en la cabeza.

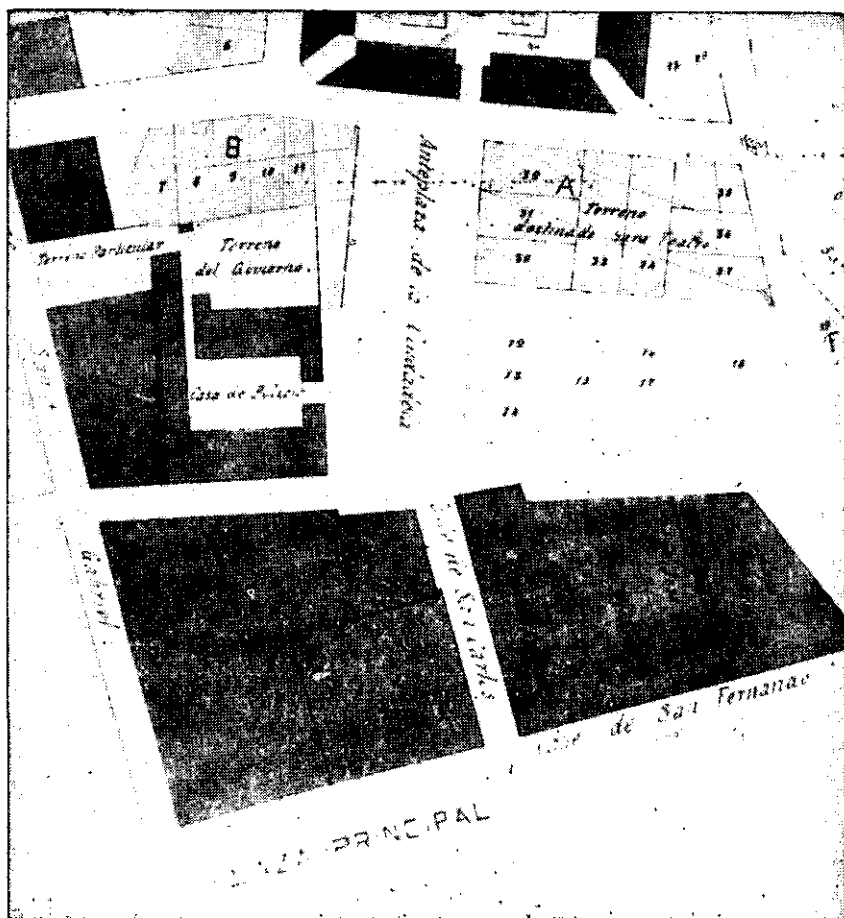
A esta casualidad, y por haberse ensañado los bárbaros en Rivera, debió el sargento Gabiano su salvación, refugiándose herido en el bosque.

El General D. Fructuoso Rivera perdió en su hermano el único hombre que había en su familia; pero de esta muerte nadie sino el mismo General Rivera tuvo la culpa, porque la sangrienta destrucción de los indígenas en el Queguay, a cuyo puesto los hizo conducir por su mismo hermano Bernabé, decretaron la muerte de éste por los Charrúas, que juraron vengarse de sus exterminadores, sin distinción ni examen.

D. Bernabé Rivera dijo después del hecho del Queguay, que había obedecido con notable disgusto las órdenes referentes al suceso, y es creencia general que así fue. -Era hombre de estimables prendas, y que hubiera hecho en la República Oriental una figura tanto o más respectable que su hermano.

B). De los indios Charrúas en particular, cuando incursionaban en el centro - sur del territorio, al tiempo del Exodo del Pueblo Oriental, en el lapso comprendido entre el primero y segundo sitios de Montevideo.

Con el motivo de haberse retirado las fuerzas de Artigas al Uruguay y las argentinas a la Banda Occidental, en consecuencia del armisticio, la campaña quedó acéfala. El gobierno de Montevideo no tenía fuerzas suficientes, ni aparentes, para guarnecer las poblaciones de la campaña y conservar en ellas el orden y la obediencia, y siendo los habitantes que habían quedado, patriotas en su mayor parte, empezaban a sublevarse armándose en partidas que hacían la guerra de su cuenta a las pocas fuerzas que había en la campaña, dependientes del gobierno de Montevideo. Estas se fueron replegando, aunque sin ser perseguidas de nadie, hasta la plaza, sembrando en su tránsito el terror entre el vecindario con la falsa especie de que el ejército de los patriotas venía persiguién-



Fragmento de un plano de Montevideo, de los alrededores de 1840, donde puede observarse, en las cercanías del Cabildo y de la fortaleza (Ciudadela), el antiguo local del Parque de Ingenieros, con la denominación de "Casa de Policía"; departamento de Gobierno éste, cuyo traslado a la Ciudadela a principios de 1831 -cuando dicha finca pasó a ser, contemporáneamente, sede del establecimiento de Juan Manuel Besnes e Irigoyen, o Escuela Normal, y del Colegio Oriental de los esposos Francisco y María Luisa de Cured-, dio luego lugar a que la misma fuese, por lo tanto, conocida, por "Policía Vieja" o "Policía Antigua"; y todo ello antes de que se instalara en dicho lugar la "Casa de la Moneda". La hoy Plaza Constitución lleva en este plano el nombre de "Plaza Principal"; y con las denominaciones de "Anteplaza de la Ciudadela" y "Calle de San Carlos", era entonces conocida la calle Sarandí actual. El relevamiento que nos ocupa, además, ofrece el error de suponer la "Casa del Cabildo" como ocupando toda la manzana frente a la plaza, cuando en realidad, en todo momento, únicamente lo estuvo en el ángulo limitado por aquella y la calle de San Carlos (Sarandí), según así lo demuestra el trazado superpuesto, que viene, precisamente, a delinear sus verdaderos límites.- (De una fotografía gentilmente obsequiada por el arquitecto Carlos Pérez Montero al autor de este trabajo, en 1958).

dolas, precedido de las hordas de los indios Charrúas, las que venían degollando, robando y violando. Los indios Charrúas, (c) por primera vez, después de 300 años de incesante guerra, se habían incorporado voluntariamente a Artigas, en el Uruguay, sin renunciar a su independencia y hábitos de crueldad y vandalaje. Seguían en su tránsito al ejército, cuando querían, y acampaban pero a alguna distancia de él. Muchos salían a hacer sus excursiones, con más o menos cantidad de gente, componiendo todos ellos como 400 hombres de armas. En una de esas salidas, el indio Sandú, con 50 Charrúas, atravesó la campaña y llegó hasta el pueblo de la Florida, saqueándolo y cometiendo toda clase de violencias, llevándose en su retirada algunas mujeres; pero, de la vanguardia del ejército, se desprendió, en vista de aquel saqueo, una fuerza de 100 hombres, que alcanzó a los indios y, siendo hecho prisionero, fue fusilado Sandú en el pueblo de San José. La especie propagada era falsa, pues ni venían tales indios incorporados al ejército, ni este había pasado aún fuerza alguna a la margen izquierda del Uruguay; pero fue tal el pánico que se apoderó de las fuerzas realistas a la vista de algunas partidas de patriotas levantadas en la campaña, y el terror que infundieron a la población en su retirada hasta la capital, que más de 3.500 o 4.000 personas del campo corrieron a refugiarse en Montevideo, abandonando sus casas y demás intereses, siguiendo la rápida marcha de las fuerzas realistas, del modo que podían, y aunque nadie los perseguía, las partidas de la plaza, que salían a dos o tres leguas distantes de ella, regresaban con la noticia de haber descubierto grandes fuerzas de caballería. Entre tanto, en la campaña, no había ningún centro de autoridad, y las pocas partidas que se armaron en ella, en virtud del total abandono, aumentaron el terror y la confusión por el desorden y la independencia con que obraban. Ninguna de esas partidas, sin embargo, muy mal armadas y de reducida fuerza personal, había pasado el río de Santa Lucía.

c) Apuntes inéditos del General I[gnacio?]. Alvarez [Thomas?].

De las tres versiones que de "La Boca del Tigre" en el tiempo conocemos, hemos dicho anteriormente que para nosotros no existen diferencias, casi, entre la primera y la segunda; pero que ambas divergen bastante de la tercera, ya porque algunos de sus pasajes se encuentran allí algo inflados (así como otros, en parte, visiblemente resumidos), o bien porque dicha tercera versión ofrece a su vez, además de un sumario y de algunas llamadas, determinados párrafos enteramente nuevos.

Ellos alcanzan a nueve en total: del 2 al 4 y del 16 al 21, inclusive. Helos aquí:

"Algo se había hecho para mejorar su estado, en forma de colonización,

[se refiere a la tribu charrúa], pero sin llegarse a contentarla, ni esto tampoco era fácil. La índole de aquella raza, antes que domesticable, fue siempre reacia a toda tentativa en sentido del cambio, de la vida sedentaria y de la labor paciente. Una soberbia invencible, adunada a un fuerte espíritu belicoso, la mantuvo aislada de la vida civil y de las costumbres nuevas, con propensión constante a las reversiones o atavismos de su idiosincrasia singular. Desde el descubrimiento y la conquista luchó sin descanso contra los dominadores, librando combates que pueden calificarse de épicos, y en los que triunfó no pocas veces. Impuso su voluntad a otras tribus guerreras, subordinando a unas y obligando a las más tenaces a abandonar el territorio después de cruentas peleas; y en los primordios del siglo XIX, si prestaron algún acatamiento al general Artigas en calidad de auxiliares, lo fue sólo a condición de acampar lejos del núcleo, sin someterse a los planes y acciones de guerra. Los más audaces de la tribu se estaban al pillaje, por lo que el popular caudillo vióse algunas veces en la necesidad de reprimirlos con rigor, como en el caso de un asalto a la villa de Florida, hallándose este centro urbano sin guarnición.

"Al comienzo del citado siglo, época en que Azara visitó la región, la tribu no había experimentado variación alguna substancial en sus costumbres e inclinaciones naturales. Vivía sobre el país, al cual sus caciques consideraban como propio. En esos años se contemporizaba con ellos por interés bien entendido, aunque a veces sus excesos colmaran la medida de paciencia y tolerancia.

"Sin ser muy crecido el número de indígenas, era todavía considerable. No esta aún confirmado si su origen era pampeano o guaraní".

"Treinta años después del viaje de Azara, o sea en los días precursores del exterminio, alguna evolución en el sentido de la moda se había operado en ellos. No pocos se aficionaron a la blusa o chaqueta y al chiripá. También se modificó el apero o aderezo de sus caballos de montar en ciertos detalles. Sin que, por ello se mostrasen más pulcros y aseados, los caciques se vestían regularmente. Las prendas de las mujeres habían mejorado en parte, dentro de las mismas condiciones. En rigor, bajo esta faz, ya no eran los mismos indígenas que dieron muerte al ilustre Juan Díaz de Solís e infortunados compañeros, en las costas de la región donde más tarde se fundó la Colonia del Sacramento.

"Ciertó es, según testimonios irrecusables, que una fracción de estos indios no abandonó por completo su indumentaria primitiva, conservando entre otros usos el adorno de la pluma en la cabeza, que habían dejado aquellos más avenidos y en contacto frecuente con el paisanaje criollo. La vida en tribu, conservaba ese hábito con la pasión de independencia.

"Eran fuertes jinetes, como audaces e impetuosos en la pelea, y elegían ya las armas blancas y aún las de fuego con gran destreza.

"Aunque sus avances habían mermado en proporción al número de sus hombres de guerra, los que realizaban a intervalos eran siempre recios y temibles.

"Las protestas y reclamos de los ganaderos, que iban en aumento, llegaron a encontrar acogida en el gobierno, que se propuso adoptar una resolución cruel no sospechada, contra los restos de la tribu que fue en otros siglos la exclusiva dominadora del país del Urú.

"Se les preparó una celada hábil y artera con falsas promesas y seductoras perspectivas, contándose para el logro del fin con el relativo prestigio que Bernabé, como ellos llamaban familiarmente al hermano del caudillo, había conseguido alcanzar en sus tratos con los caciques. Ese jefe merecía de los charrúas consideración y afecto, por actos constantes personales de bondad y hombría de bien".

Cabe señalar ahora que, por lo menos en el primer párrafo transcrito,

notamos la influencia directa de Antonio Díaz (hijo), en la parte en que este se refiere a un asalto de los indios charrúas a la villa de la Florida, que expone en base a la información emanada de unos apuntes inéditos del General I. Alvarez, que no creemos se trate de Ignacio Alvarez Thomas, como así y hasta cierto punto parece sugerirlo, acaso por errata, el índice onomástico de la muy importante cuanto útil *Bibliografía de Artigas*, que debemos a las eruditas profesoras María Julia Ardao y Aurora Capillas de Castellanos. He aquí cómo dicho interesante episodio se encuentra tratado por el Profesor Ariosto Fernández en una conferencia que, sobre el tema de "La Banda Oriental a fines de 1812", tuvo la ocasión de dictar en la Junta de Historia y Numismática Americana, de Buenos Aires, en el correr del año de 1929.

"Consecuencias inmediatas del tratado - Herrera-Rademacher (26 de mayo de 1812), fueron la retirada del ejército lusitano - iniciada antes de conocerse su ratificación por la corte portuguesa, que en gruesas columnas se replegó lentamente sobre la frontera riograndense, lo que obligó a las partidas españolas, huérfanas de su apoyo, a guarecerse en las amuralladas plazas de la Colonia y Montevideo, y la invasión de la vanguardia del "Ejército del Norte", que por los pasos de Mercedes, Vera y Salto Chico cruzó el Uruguay, en tanto se organizaban las primeras legiones, que, comandadas por Cuita, Manuel Figueredo y don Francisco A. Bustamante, convulsionaron las zonas de Canelones, Florida, Pando, Santa Lucía, Rocha y Maldonado, respectivamente.

"Es en estos momentos en que, amparado en el caos originado por las notables alternativas de la hora, se produce un acontecimiento original que estremó el estado de anarquía y miseria que asolaba la Banda Oriental: me refiero a la irrupción de los indios charrúas y minuanos que internándose por el Río Negro azotaron impunemente la extensa comarca que media entre Paysandú, Flores y Pintado (Florida).

"La interesante documentación que sobre este tópico existe en el Archivo General de la Nación Argentina, permite estudiar con algún detenimiento este proceso que considero desconocido".

Dicha interesante al par que importante documentación - no compulsada hasta el momento en manera exhaustiva - la debemos al Coronel don Nicolás de Vedia; al Comandante de la villa de Paysandú, don Joaquín Nuñez Prates; al General don Manuel de Saratea, Presidente del Gobierno (Triunvirato) de las Provincias Unidas del Río de la Plata, con asiento en Buenos Aires, y General en Jefe del Ejército del Norte; al Cura Párroco de la villa de la Florida, el Padre don Francisco R. Oubiña; al Comandante don José Ambrosio Carranza; a Pedro José Viera, Comandante Militar de la Colonia del Sacramento; al Coronel don Domingo French; a Ventura Vázquez, José Rondeau, Francisco Martínez, etc., etc.

Añadimos que la extensa transcripción de la obra de Azara que Antonio Díaz realiza en el fragmento anterior, no proviene de la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* del eminente naturalista aragonés, sino de los *Viajes por la América Meridional*, del mismo autor, habiendo compulsado para ello su edición francesa de 1809 o, quizá, alguna de las deficientes traducciones que de aquella provienen.

Agregamos, por último, que la parte final del primer fragmento fue inserta en la *Antología Uruguaya* de Benjamín Fernández y Medina, de 1894 (pp 185 - 194), bajo el título "El exterminio de los charrúas y la muerte de Bernabé Rivera", habiendo hecho igual cosa, en 1970, el señor Eduardo Federico Acosta y Lara en su libro *La Guerra de los Charrúas en la Banda Oriental*. El "Paso de las Cuñeitas" que Díaz menciona como existente sobre el Río Arapey Chico es, sin lugar a dudas, el "Paso de las Cañitas."

Documento N° III

Una traducción y/o reproducción, acompañada de un breve comentario, y tres editoriales de "El Universal", de Montevideo, de 1833, que, con todo aplomo, atribuimos al más tarde Brigadier General don Antonio Díaz.

A) Geografía; Estados Unidos del Río de la Plata. Artículo de la Enciclopedia Francesa por M. Courlin y una sociedad de literatos. (3)

[.....]

Al principio de las revueltas, el gobierno del Brasil trató de apoderarse de las provincias de la Banda Oriental, Cisplatina y Montevideo (a), bañadas al S. por el Río de la Plata, y teniendo al O. por límite el Paraná. Se formó un tercer partido en favor de la independencia de este país, y fue aniquilado. La guerra, adornada por un instante entre los Bonaerenses y Brasileños [sic], estalló de nuevo y no ha cesado sino en el año 1829 [sic]. Por el tratado de Paz fue reconocida la independencia de la República Cisplatina. Este país está poco habitado. Montevideo es un buen puerto en el Río de la Plata y, más al E., se encuentra Maldonado.

(a) Aquí hace el autor tres Provincias de una. Esta y otras peores inexactitudes encontramos siempre en los escritores europeos cuando hablan de la América.

(3) Antonio Díaz (padre) desdeñaba todo lo que en Europa se escribía sobre América. Y aunque en parte tenía razón, exageraba al dar carácter tan general a su desdén; pues es obvio que en Europa existían serios e imparciales investigadores en tal materia. (Véase, en prueba de ello, la relación de Jean Isidore Aubouin, que en 1829 visitó esta parte de América algo más que de paso o de paseo, y que no tan sólo tradujimos sino que, además, dimos a conocer en 1967 con todos los comentarios a que la misma dio lugar). Por otro lado, las críticas de Díaz al respecto son por momentos erróneas e injustas; pues a veces ve errores donde en realidad no los hay. No nos ha sido dado el poder consultar el original de este artículo de la Enciclopedia Francesa por Monsieur Courlin y una sociedad de literatos; pero sí, lo hemos hecho con la obra intitulada *Historia de la Misión Apostólica en el Estado de Chile*, con la descripción del viaje hecho por el autor, José Sallusti, que comentaremos más adelante, en sus partes pertinentes, dentro de este mismo apéndice.

B) Historia de la Misión Apostólica en el Estado de Chile, con la descripción del viaje hecho por el autor, José Sallusti. (4)

Bajo este título ha llegado a nuestras manos una obra publicada en Roma en 4 tomos, con referencia al viaje de Monseñor [Juan] Muzi, que pasó por esta capital en el año de 1824 en su Misión Apostólica a la República de Chile. Esta historia, escrita en buen lenguaje, no es enteramente despreciable y abunda en máximas de sana moral, y particularmente en citas sentenciosas de [el escritor Pedro Buenaventura Trapassi, conocido bajo el nombre de] Metastasio y de otros poetas y autores latinos célebres. Por lo demás, está llena de desatinos en la parte histórica y descriptiva de los países de que el autor se propone dar noticia; pero desatinos tan graciosos que puede pagarse por leer algunos de ellos, y nuestros conciu-

(4) En un todo de conformidad y acuerdo a lo expresado por el Doctor don Eduardo Acevedo Díaz (hijo), el Brigadier General don Antonio Díaz sabía muy bien el idioma inglés y el latín, lo cual nos parece que es muy posible. Pero hemos observado que sus traducciones del francés y del italiano, paradójicamente, son asaz incorrectas. Por lo demás, los dos fragmentos que el autor extracta de los tomos II y IV de la obra del presbítero José Sallusti, rezan en realidad de este modo:

a) Primer fragmento:

“Con ocasión de la visita al Miguelete, visitamos también la propiedad, no muy distante, del Señor Vicario Larrañaga, en la cual pasaba la mayor parte del año, después de las últimas guerras de Montevideo con los Porteños, o sea, los de Buenos-Aires, guerras que formaron la época gloriosa de sus servicios a la Patria. En efecto, durante el sitio de Montevideo, él, personalmente, a la cabeza de su pueblo, emprendía riesgosas salidas que obligaban al enemigo a retirarse, hasta que, cansados y debilitados, tuvieron los Porteños que abandonar el sitio. Muchos criticaron, no sin alguna razón, esta conducta del Señor Vicario Larrañaga, porque, como sacerdote y ministro de paz, que ofrece por ella diariamente al Dios de los ejércitos el sacrificio incruento de la Hostia Pacífica, no debía ciertamente empuñar por sí mismo las armas y hacerse ministro de guerras. Pero, si reflexionamos en que era él el verdadero Pastor de ese pueblo que veía sitiado por los enemigos, a quienes no se podía rechazar sino por la fuerza para evitar su furor, no sé condenarlo si, encendido por el entusiasmo patrio y por su celo pastoral, se puso varias veces a la cabeza de su abatida grey, para salvar de esa manera a la patria, a quien todo lo debemos [...]” (Sallusti, 1827, tomo IV, pp. 198-199; Ibidem, 1906, pp. 713-714; Furlong Cardiff, 1937, p. 276).

b) Segundo fragmento:

“El cabo de Santa María, que vimos poco después de la isla de los Lobos, queda al Septentrión de la América Meridional y está todo sembrado de pequeñas chozas que forman las habitaciones de los aldeanos y pescadores.

dadanos que están al cabo de los hechos relativos a este país, no dejarán de divertirse con el contenido de los siguientes trozos, que extractamos del 2o. y 4o. tomos del historiador romano:

“En la ocasión de nuestro paseo al Miguelete (dice en la página 198 del tomo 4o.), fuimos a la quinta no muy distante del “Sr. Vicario [Dámaso Antonio] Larrañaga, donde pasaba la mayor parte del año, después de la última guerra de Montevideo con los porteños, o sean: habitantes de Bs. Ays., las cuales formaron la época gloriosa de su decidido amor a la Patria: pues que cada vez que asediada ésta de los enemigos la veía en peligro, salía a la cabeza de su pueblo y los obligaba a retirarse hasta que, debilitados por estas salidas, fueron forzados a abandonar el asedio. Muchos criticaron, no sin razón, esta conducta del Sr. Vicario Larrañaga; porque como Sacerdote y Ministro de Paz que como tal ofrece diariamente al Dios de los Ejércitos el sacrificio in-cruento de la Hostia pacífica, no debía ciertamente empuñar las armas por sí mismo y hacerse ministro de guerra. Pero, reflexionando que era el verdadero Pastor del pueblo que veía asaltado del enemigo, sin otro fin que el de rechazarlo animosamente con la fuerza para evitar sus furores, no me atrevo a condenarlo, porque inflamado de un entusiasmo de afecto paterno y de su celo pastoral se pusiese algunas veces a la cabeza de su envilecida grey para salvar de ese modo a la Patria: por la que todos debemos sacrificarnos”.

Sus partes más habitadas son sus dos extremidades, que quedan, una al Mediodía, cerca de Montevideo, y la otra al Septentrión, hacia la isla de Maldonado, de Pan de Azúcar y de las Animas. La de Maldonado, así nombrada por su descubridor, es la más grande y fértil de aquellas tres islas, y cuenta con un buen puerto. La de Pan de Azúcar es así llamada por su figura, que representa un pan de azúcar. La isla de las Animas es una montaña, la más baja de todas, y se llama de las Animas, porque los antiguos salvajes que habitaban la banda oriental más acá de la cordillera, hacia Buenos Aires, creían que las almas de sus muertos iban a parar a aquella montaña y se ha continuado siempre llamándola isla de las Animas, a causa de los muchos barcos que van a destrozarse entre/sus desnudas peñas. Nosotros pasamos estas tres islas por la tarde y pudimos observarlas con atención, y sin anteojo, por la vecindad en que las teníamos. Se veían éstas como tres bellas montañas, la más vistosa y alta de las cuales era la de Maldonado, que formaba una gran aparición”. (Sallusti, 1827, tomo II, pp. 6-7; Ibídem, 1906, pp. 184-185; Furlong Cardiff, 1937, pp. 236-237).

Respecto del primer fragmento, tan sólo cabe comentar que autores como Rafael Algorta Camusso, en 1922 (Algorta Camusso, 1922, p. 112), parecen aceptar, en lo que respecta al párrafo transcrito (las hazañas gue-

En otra parte de la misma obra se lee la siguiente descripción de la entrada del Río de la Plata.

Dice que descubrieron el Cabo de S[an]ta. María poco después de la Isla de Lobos (b); que las partes habitadas de esta isla son las dos extremidades, una hacia el mediodía, y la otra, la Septentrional, hacia las islas de Maldonado, la de Pan de Azúcar y la de las Animas. Que la de Maldonado es la más grande y la más fértil de todas las tres islas; que la de Pan de Azúcar se llama así porque representa la figura de un pan de azúcar; y que la Isla de las Animas, que es la más baja de todas, toma este nombre de la creencia que tenían los indígenas de que las almas de sus muertos estaban en aquella montaña; y que, por este motivo, siguió llamándosele siempre la Isla de las Animas, y por razón, también, de los muchos buques que van a perderse sobre sus escarpados escollos. "Nosotros pasamos (continúa el célebre historiador) estas tres islas poco después del mediodía y pudimos observarlas con atención y a la simple vista por la inmediatez a que las teníamos. Se veían tres bellas montañas, la más vistosa de las cuales y la más alta era la de Maldonado" (c).

(b) El cabo de S[an]ta. María está para afuera de la Isla de Lobos cosa de 20 leguas por lo menos; pero el historiador descubrió primero la isla y después el cabo.

(c) Si pasando tan cerca ha creído que los cerros de la costa firme eran islas, y vio nada menos que tres, ¡¡cuántas vería si hubiese pasado a mayor distancia!!

rreras" del Padre Dámaso Antonio Larrañaga), lo que Antonio Díaz condenaba ya, como cosa ridícula, en el año 1833.

Con relación ahora al segundo fragmento, se nos ocurre que Díaz sin duda ignoraba que los datos de Sallusti tal vez provengan de alguna carta marina antigua en la que a la Punta del Este actual se le daba acaso el nombre de Cabo de Santa María, o sea; la denominación que primitivamente poseía dicho accidente geográfico. En este, caso, es perfectamente posible y hasta lícito que los viajeros de la referencia avistasen el expresado Cabo de Santa María poco después de la isla de Lobos. En cuanto a la afirmación que señala que las partes habitadas de dicha isla, son sus dos extremidades, una hacia el mediodía, y la otra, la septentrional, hacia las islas de Maldonado, etc., hay en todo esto un evidentísimo error de traducción por parte de Díaz, puesto que Sallusti se refiere, en realidad, al cabo nombrado, y no a la isla. En cuanto al resto, lo dejaríamos sin comentario. Tan sólo nos remitiríamos a nuestro folleto de 1958 sobre una excursión arqueológica al Cerro Tupambay, y a nuestra síntesis crítica de 1966 acerca de Enrique Ottsen y Horacio Arredondo.

C) Editorial sobre los cuatro Indios Charrúas conducidos a París, en 1833, por M. François de Curel. (5)

Todos los periódicos de París se ocupan del espectáculo que se exhibía por el mes de junio [del supradicho año de 1833] en los Campos Elíseos de los cuatro Charrúas transportados a aquella capital desde esta República por [el maestro] M[onsieur]. [François de] Curel. Por las observaciones que aquellos hacen sobre la inmensa afluencia de concurrentes a la casa en que están expuestos [dichos indios: Vaimacá-Perú, Senaqué, Laureano Tacuabé y María Micaela Guyunusa], se ve que la especulación del empresario ha tenido un suceso prodigioso; y, según dice el / *Constitutionnel*, la mayor parte del producto de la exhibición sería destinada a asegurar a los cuatro indígenas una existencia cómoda. Era natural que la aparición de cuatro indios de los más brutos, más holgazanes e indómitos de todos los salvajes de América excitase la curiosidad vulgar y diese materia al espíritu investigador de las ciencias en un pueblo, el más ilustrado de la tierra. Sin embargo, la exhibición en París, considerada físicamente, no podrá satisfacer sino algunos momentos el interés de un pueblo ávido en novedades de todo género; pero bajo un aspecto filosófico no dejará de interesar al observador de la naturaleza el contraste que debe ofrecer el cuadro material de su primitivo estado representado en los cuatro indígenas, con el estado presente del hombre social, en un punto que reúne todos los elementos de la civilización y que va delante de todos los pueblos en los progresos del espíritu humano. Así, la morada del indio Perú envuelto en un Quillapí y devorando un pedazo de carne medio cruda en los Campos Elíseos, y por otra parte

(5) Los periódicos de París a que se refiere Díaz en este editorial, son los mismos que nosotros hemos consultado repetidas veces en dicha ciudad a propósito de los Charrúas. Dichos cuatro charrúas eran los siguientes: el "médico" Senaqué, el cacique Vaimacá-Perú, el joven guerrero Laureano Tacuabé y la india María Micaela Guyunusa. En cuanto a Monsieur François de Curel, no haremos otra cosa aquí que remitirnos en manera global a nuestros trabajos anteriores, sobre dicho personaje y tema. No recordamos, empero, la referencia que se trae a colación como extractada del diario *Constitutionnel*, de París, con respecto a que la mayor parte del producto de la exhibición de dichos charrúas sería destinado a asegurar a los cuatro indígenas una existencia cómoda. Por otro lado, cuando el autor de este editorial se refiere a la morada del indio Perú envuelto en un quillapí, etc., lo mismo que al Gabinete de la Academia de Ciencias, de París, nos parece que Díaz ha tenido a la vista una muy rara litografía que exhumáramos sobre el particular hace más de veinte años o que más bien estaba compulsando en dichos momentos un artículo del periodista León Gozlan, intitulado "Visite des quatre académies aux sauvages Charruas" y a los efectos publicado en la revista *Musée des Familles* en el mismo mes de octubre de 1833, o un

el Gabinete de la Academia de las Ciencias en París, forman los dos puntos extremos en la larga cadena de la historia del hombre en sociedad.

En el periódico *L' Europe littéraire* leemos una memoria del Dr. [Jules Joseph] Virey, Miembro de la Academia, encargado por ésta de verificar algunas observaciones fisiológicas sobre los cuatro indios charrúas. Este documento, muy bien escrito, y sin duda de bastante interés para las ciencias, se resiente, sin embargo, de inexactitudes notables en la parte histórica: y es sensible que la mayor parte de las obras que se publican hoy en Europa con relación al Nuevo Continente, adolezcan de aquel grave defecto, lo que atribuimos a demasiada confianza que depositan los literatos en las noticias que les comunican algunos viajeros de poco criterio, y que, no habiendo visto las cosas por sí mismos, se atienen a los datos más vulgares, cuando no sea a las patrañas con que algunos tunos abusan de su credulidad.

Ya hemos hecho notar ayer lo que dice el viajero romano [José] Sallusti con relación a este país en su historia de la misión del Vicario Apostólico a Chile. ¡Quién no ha de reirse de su ridícula relación sobre las hazañas militares de nuestro respetable y pacífico Vicario, el Padre [Dámaso Antonio] Larrañaga! ni quién tendrá fuerza para continuar en la lectura de tal historia luego que observe la gravedad magistral con que su autor dice que Maldonado es una hermosa isla, que lo son también los cerros del continente Pan de Azúcar

artículo muy similar a éste, con una estampa casi idéntica, que tan sólo hemos visto a través de recortes y que, sin duda, vio la luz mucho antes. En cuanto a la "Memoria" del Doctor J. J. Virey, la misma fue publicada por varios periódicos, además del que Díaz cita intitulado *L'Europe littéraire*. Por otra parte, el editorial en cuestión vuelve a referirse al tema de lo que dice el viajero romano José Sallusti con relación a este país en su *Historia de la Misión del Vicario Apostólico a Chile*. En efecto: Díaz nuevamente nos habla aquí de la ridícula relación sobre las "hazañas militares" del respetable y pacífico Vicario, el Padre Dámaso Antonio Larrañaga; "hazañas militares" éstas que, no obstante ser impugnadas por Díaz en 1833, fueron sorpresivamente aceptadas y a título de novedad o primicia por Rafael Algorta Camusso, en 1922, según lo dijimos. Además, Sallusti dice que Maldonado es una hermosa isla; afirmación ésta que también criticó drásticamente Díaz. Sin embargo lo expuesto, no hay que olvidar aquí que la isla Gorriti antiguamente recibía el nombre de isla de Maldonado, y es posible cuanto factible que el autor con referencia a esto, igualmente, se haya guiado en alguna antigua relación o viejo mapa al respecto. En cuanto a que "la mayor parte de las poblaciones de la isla de Lobos (que es una peña viva) se hallan situadas hacia el Mediodía y el Septentrion, ya hemos aclarado que Sallusti se refiere, en realidad, a la Punta del Este (el ex Cabo de Santa María), y no a la isla de Lobos, tanto más cuanto esta última que, en efecto, "es una peña viva", lo encontramos enunciado en esta misma y última manera, tal cual

Une des femmes *Charruas*, de ces sauvages de l'Amérique méridionale, amenés en France par un spéculateur qui comptait sur leur présence pour imposer un riche tribut à la curiosité publique, et qui a été complètement trompé dans son attente, vient de mourir à l'Hôtel-Dieu de Lyon d'une phthisie pulmonaire. C'est la quatrième personne de cette famille qui a succombé depuis son arrivée en Europe. Elle laisse un enfant et un époux que l'éloignement de leur patrie va rendre doublement malheureux.

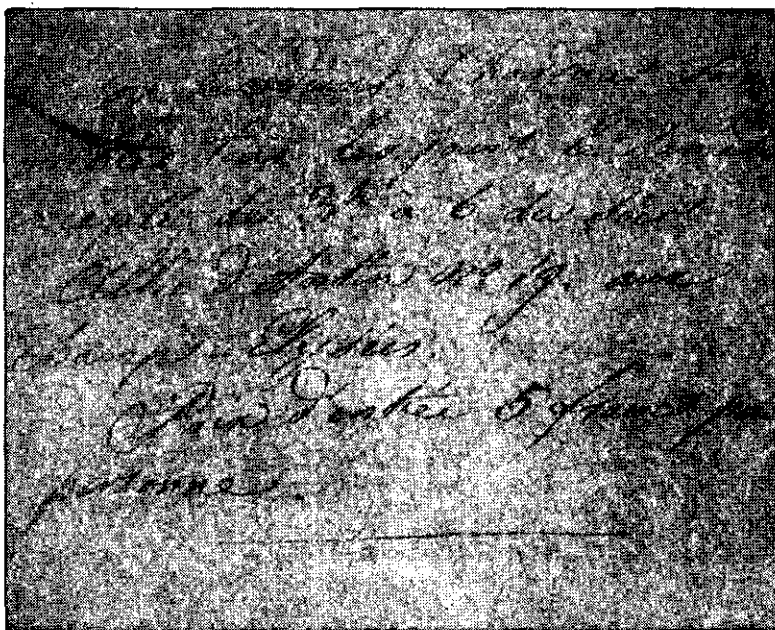
Suelto aparecido en el "Journal du Commerce de Lyon" — Onzième Année, No. 1657, página 2, columna 2. Dimanche, 27 Juillet 1834— comentando la muerte de la india charrúa María Micaela Guyunusa, esposa del joven guerrero Laureano Tacuabé. No fue éste, empero, el primer periódico de dicha ciudad (cronológicamente hablando) que dio al público tal noticia, pues "Le Courrier de Lyon" — Journal politique, industriel et littéraire— con anterioridad, en su número 916, página 3, columna 1, correspondiente al viernes 25 de julio de aquel mismo año, le dedicó un espacio mucho mayor. Bibliothèque de la Ville de Lyon. (Foto y datos del autor de este trabajo, 1958).

y las Animas, y que la mayor parte de las poblaciones de la Isla de Lobos (que es una peña viva), se hallan situadas hacia el Mediodía y el Septentrión!

Poco tiempo ha que hemos transcripto en este diario un artículo de la Enciclopedia, en que se decía que Montevideo, la Banda Oriental y la Cisplatina, eran tres diferentes Provincias, y no nos admiramos que el viajero Sallusti diga tan enormes desatinos con respecto a este país, cuando en / una obra tal como la Enciclopedia se cometen tales inexactitudes. En otra obra clásica que hoy se publica en Europa bajo el título de **Biografías de los Contemporáneos**, y de cuya lectura nos ocupamos en la actualidad, se hallan los mismos errores en los datos de que se han valido sus redactores con referencia a los hombres notables de los nuevos Estados de América; pero particularmente en el artículo [relativo al General don José] ARTIGAS vemos un error de trascendencia que compromete el patriotismo de algunos ciudadanos, y sobre el que ocuparemos algunas columnas de otro número.

También en la memoria de M[onsieu]r. Virey acerca de los Charrúas a que antes nos referimos, se advierte ese defecto, aunque en un grado menos importante; pero que desfigura la parte histórica de aquel documento científico. Hablando sobre la destreza de los indios para manejar el lazo y las bolas, dice que los charrúas de la Banda Oriental con esa sola arma han enlazado en medio de las tropas de caballería españolas al General [José María] Paz, en una batalla. Esto es absolutamente equivocado, y extrañamos que el Sr. [de]

en idéntica parte de la obra de Sallusti, cuando dice: "La primera tierra que vimos fue la Isla de los Lobos y el Cabo de Santa María. La Isla de los Lobos es un lugar totalmente deshabitado y desierto, ocupado solamente por lobos marinos, los cuales ordinariamente están en el mar de día y para alimentarse de peces y en la noche se retiran a la dicha isla, donde los marineros van a cazarlos o los cogen a palos simplemente" (Sallusti, 1827, tomo II, p. 6; Ibidem. 1906, p. 184; Furlong Cardiff, 1937, p. 236-237). Dejando todo lo expuesto de lado, Díaz también se refiere a otra obra clásica que en esos momentos se estaba publicando en Europa bajo el título de **Biografías de los contemporáneos**, donde se habla de Artigas. Dicha obra, que no es otra que la exhumada por el Prof. Ariosto Fernández, contiene algunos errores según resulta evidente. Entre los mismos, según Díaz, hay un yerro de trascendencia "que compromete el patriotismo de algunos ciudadanos" y sobre el cual promete ocupar algunas columnas de otro número. Si Antonio Díaz llegó a dar a conocer algún escrito sobre dicho error, no lo sabemos. Al menos nos fue imposible encontrar vestigios de ese artículo o editorial prometido sobre el particular. Finalmente, en cuanto al defecto que encuentra Díaz en la "Memoria" de Virey, y que se refiere a cuándo, cómo, dónde, por qué y en qué forma el General don José María Paz fue hecho prisionero en la República Argentina, puede consultarse nuestro trabajo de 1959 acerca de François de Curel.



Nota escrita por Francisco de Cúrel sobre una carátula de papel verde que existe en un ejemplar perteneciente a la que con toda evidencia y razón hemos catalogado como primera edición del raro folleto intitulado "Arrivée en France de quatre sauvages Charruas par le brick français Phaéton de Saint Malo", Biblioteca Municipal de Nueva York, Estados Unidos de América. Dicha nota reza de esta suerte: "Les Indiens Charruas sont visibles tous les jours, le samedi excepté, de 3 heures]. à 6 du soir.- Allée d'Antin n° 19, aux Champs Elysées. - Prix d'entrée 5 francs par personne". (Los indios charrúas están visibles todos los días excepto el sábado de 3 a 6 horas de la tarde. - Avenida d'Antin n° 19, en los Campos Eliseos.- Precio de entrada: 5 francos por persona). Cótéjese este documento con los autografos de Francisco de Cúrel que figuran en otras ilustraciones del presente libro.- La "Allée d'Antin" a que se hace aquí especial referencia, inexistente hoy (a causa de L'Etoile, y sus contornos o "environs"), se llamó con el transcurso del tiempo "Avenue d'Antin". Nació en Cours-la-Reine, n° 2, para morir en los Campos Eliseos, n° 1, Su longitud era exactamente de tan sólo 280 metros. No debe confundirse esta avenida con el "Impasse d'Antin", ya desaparecido, también, ni mucho menos con la afamada "Rue de la Chaussée d'Antin".- El precio de cinco francos a que alude por último Francisco de Cúrel, nos demuestra, además, bien a las claras, que dicho ejemplar de su trabajo pertenece, real y efectivamente, a la primera edición, pues no hay que olvidar que después aquel precio fue rebajado a dos francos.- (Foto gentilmente comunicada al autor de esta publicación por el doctor Carl Schuster, 1955. Negativo 1256.2).

Curel no haya advertido a aquel literato las ideas convenientes para rectificar su relación. El General Paz fue hecho prisionero en la República Argentina, muy lejos de donde habitaban las tribus de Charrúas, y su caballo fue enlazado, efectivamente, por un Capitán de Milicia, y no por aquellos, que jamás pisaron el territorio de la parte occidental del Paraná.

D) Editorial acerca de la obra de José Sallusti Suma y sigue. (6)

Ya hemos dado a nuestros lectores, en otro número, una idea de la exactitud del historiador romano que se ha propuesto describir a la faz de la Europa, las particularidades del Estado Oriental del Uruguay, persuadidos que para formar juicio de tal obra,

(6) En este editorial Díaz continúa comentando la obra de Sallusti, y luego de enumerar ligeramente los errores precedentes con respecto al Padre Larrañaga, a la Isla de Lobos y a la de Maldonado, se detiene en otros puntos que detallaremos a continuación: 1) Sallusti no discurre largamente acerca de un pueblo de indios llamado "el Durazno", y mucho menos sobre "sus costumbres, leyes, religión, etc." Lo que al respecto dice Sallusti, y muy brevemente por cierto (entreverando aquí noticias relativas a las Misiones Jesuíticas; cosa ésta que ha pasado completamente inadvertida para Lauro Ayestarán y para muchos otros), es lo siguiente: "mientras permanecemos en Montevideo, el Señor Pedro Juan Antonio Sala, dignísimo sacerdote y confesor mío, allí, se fue a pasar una temporada al campo a distancia de cuarenta leguas de aquella capital, cerca de un pequeño pueblo de indios llamado el Durazno. Invitado por ellos a cantar la misa [...]", etc. (Sallusti, 1827, tomo IV, p. 151; Ibidem, 1906; p. 679; y Furlong Cardiff, 1937, p. 253). 2) No nos ha sido dado, por lo demás, encontrar en la obra de Sallusti, referencia alguna de las siguientes afirmaciones que le atribuye Díaz: "que en este país hay unas gentes llamadas montoneras porque proceden de unas montañas en que viven y de donde salen a hacer correrías en los llanos". A no ser que Díaz quiera referirse al pasaje en que Sallusti muy particularmente trata de algunas curiosidades de la Provincia de Montevideo que dejan admirado al viajero, cuando en el original italiano Sallusti describe dichas curiosidades empleando en cuanto a ello las palabras que siguen: [...] il quale, per aver voluto far prova di salire arditamente un tal monte contro le dissuasioni dei compagni, che lo sconsigliavano, fu assalito a mezzo cammino da un colpo apopletico. il quale lo rese inabile ad adire in tutta la vista, senza mai più riaversi." "[.....] si trovano di tanto in tanto alle radici dei monti, e nelle colline sassose delle pianure [.....]". 3) En cuanto al fragmento que trata de los tigres, éste reza de la siguiente manera, cuyas palabras extractamos directamente de la traducción de la obra de Sallusti: "Los tigres, por ejemplo, que son los más numerosos y copulentos, se reúnen con frecuencia en grupos, e invaden aun la capital, que queda en una punta de tierra, en la que principia la Provincia. Más fiero aún que el tigre, es el león pardo de Montevideo, a diferencia del león blanco, que es menos feroz. El primero ataca al tigre con frecuencia, y lo mata; el segundo lo imita. Aquel es muy enemigo del hombre y no se ha podido jamás someter; el blanco se muestra menos esquivo, y cuando es pequeño, se domestica con facilidad".

ARRIVEE EN FRANCE

DE QUATRE

SAUVAGES CHARRUAS,

PAR

LE BRICK FRANÇAIS PHAÉTON

DE SAINT-MALO.

Le Gouvernement de la République orientale de l'URUGUAY (capitale : Montevideo, Amérique du Sud), a autorisé le transport en France de quatre Sauvages, prisonniers, de la Tribu des Indiens CHARRUAS, récemment exterminée.

Les conducteurs de ces Indiens, se proposant de les offrir à la curiosité publique, ont cru devoir publier une Notice historique sur les indigènes de cette partie du monde, et, en particulier, sur ceux de la tribu des CHARRUAS.

Título y página primera (en un pliego de 16, en 8º) de la edición príncipe del rarísimo folleto en francés (sin fecha, autor ni localidad), vinculado a la emigración forzada de nuestros indígenas a Francia, que sabemos fue dado a luz en París, en el mes de mayo de 1833, por Francisco de Curel y con motivo de la exhibición de que los mismos fueron objeto en los Campos Elíseos y otros puntos de dicha ciudad.- (Foto gentilmente comunicada al autor (que la publicó en 1958) por el doctor Carl Schuster, 1955, Negativo 1256.3)

bastaría transcribir aquel gracioso párrafo en que hace aparecer a nuestro venerable Vicario [el muy destacado sabio compatriota don Dámaso Antonio Larrañaga] mandando ejércitos, poblada la roca de los Lobos, y convertidos en islas muy hermosas, Maldonado, el Cerro de las Animás y el de Pan de Azúcar; pero, a proporción que avanzamos en la lectura de aquel escrito llamado *Historia*, vamos descubriendo iguales o mayores desatinos, y no queremos privar a nuestros lectores del buen rato que tendrán al ver la descripción que se hace de este país y hasta dónde puede la ignorancia abusar de la credulidad de los hombres más ilustrados de la Europa, que, fiados en las relaciones de los viajeros como el Sr. [José] Sallusti, no sólo acogen sus desatinos como verdades históricas, sino que los hacen servir de materiales valiosos a la instrucción y adelantamiento de las ciencias.

Después de discurrir largamente el historiador romano acerca de un pueblo de indios llamado el Durazno, y de sus costumbres,

(Sallusti, 1827, tomo IV, p. 166; *Ibidem*, 1906, p. 691; y Furlong Cardiff, 1937, pp. 259-260. 4) Con respecto ahora al otro pasaje que se refiere a la caza de los cocodrilos del Uruguay, he aquí el fragmento pertinente que hemos tomado de idéntica obra y traducción: "Más difícil que ésta (se refiere a la cacería del tigre) es la caza de los cocodrilos del Uruguay, que causan grandes daños a los dispersos labradores de aquellas campañas, los cuales no pueden acercarse jamás con seguridad a las orillas del río [...] por ejemplo, que cuando los salvajes del Paraguay o los labradores del Uruguay van con sus canoas por aquel río, en busca de pillaje, si se ven atacados por los labradores civilizados, que viven en las orillas, los ladrones se arrojan al agua, y volcando la canoa, se defienden con ella de cualquier golpe que se les dirija. Mas si en aquellas aguas está escondido el cocodrilo, como varias veces ha sucedido, su muerte es casi segura, por defenderse de la orilla. Otras veces sucede también, que mientras van por el río, varios cocodrilos juntos aferran con sus dientes la canoa, y si no están muy listos para defenderse con las hachas, la vuelcan y los devoran al instante" (Sallusti, 1827, tomo IV, p. 168; *Ibidem*, 1906, p. 692; y Furlong Cardiff, 1937 pp. 260-261). 5) Finalmente Díaz concluye con estas palabras: "Si el Santo Padre viniese a esta tierra sería difícil hacer que se acercase al Miguelete o al Uruguay, por miedo de los leones o los cocodrilos; animales, sin embargo, que aquí no se conocen sino pintados". Respecto de todo esto debemos comentar que Antonio Díaz sin duda se olvida de los yacarés (*Caiman latirostris*) del río Uruguay medio y de sus principales afluentes, y del puma (*Puma concolor*), también llamado león americano. Además de todo ello, ignoraba Díaz en esos precisos momentos que la Misión Apostólica a la República de Chile a que hicéramos especial referencia estaba formada no tan sólo por el Delegado Pontificio, arzobispo de Filipos, in partibus infidelium, Monseñor Juan Muzi, y el presbítero e historiador don José Sallusti (cronista este último de la expedición y secretario oficial de la primera misión pontificia en tierras sudamericanas), sino también, igualmente, por el joven Canónigo, el señor Conde don Juan María de Mastai Ferretti que, con el transcurso de los años habría de ascender al solio pontificio, convirtiéndose así en Papa o Santo Padre bajo el nombre de Pío IX.

leyes, religión, etc.; y después, también, de decir, con mucha gravedad, que en este país hay unas gentes llamadas montoneras porque proceden de unas montañas en que viven y de donde salen a hacer correrías en los llanos, con otros disparates de ese tamaño, hace una advertencia a todos los viajeros que traten de penetrar en el interior del país del gran peligro que corren de perder la vida, por que los caminos están llenos de innumerables animales feroces. "Los tigres (dice el historiador) son los más numerosos, se reúnen en tropas e invaden hasta la misma capital, que está en una punta de tierra. Más feroces aún que los tigres, son los leones reñegrillos de Montevideo, que se diferencian de los leones blancos porque estos son menos feroces. Los primeros vencen a los tigres, y los segundos les huyen. El primero es enemigo del hombre; pero el segundo se domestica con facilidad".

Más adelante, en la página 167 del 4o. tomo, dice "que la caza más artillosa que se hace en Montevideo es la de los cocodrilos del Uruguay, los cuales hacen gran daño a los habitantes dispersos en la campaña que no pueden acostarse con seguridad hacia las riberas del río.... Algunas veces sucede que cuando van navegando por el río en canoas, los cocodrilos las agarran con la boca, y si no están muy prontos a defenderse con hachas, les dan vuelta, y devoran a la gente en un instante".

Con estas y otras noticias semejantes es que el Sr. [José] Sallusti pasa por historiador, y ha hecho un gran negocio con sus libros en Italia. Si el Santo Padre viniese a esta tierra sería difícil hacer que se acercase al Miguelete o al Uruguay por miedo de los leones o los cocodrilos; animales, sin embargo, que aquí no se conocen sino pintados.

Tenemos la certidumbre -y así lo manifestamos hace años- de que la traducción (y, sobre todo, el comentario que a ésta acompaña) y los tres editoriales de *El Universal*, son obra exclusiva de Antonio Díaz (y no de algún otro autor de aquel tiempo), puesto que, después de haber publicado nosotros un exhaustivo estudio en torno a la prosa de Díaz cuando llevamos a cabo nuestros *Comentarios a páginas olvidadas de Marcos Sastre* (1830-32) (Montevideo, Imprenta Nacional, 1964; 254 págs.), podemos afirmar que conocemos bastante bien el estilo de Díaz, sintiéndonos lo suficientemente seguros, además, como para poder reconocer cuáles son los escritos sin firma que verosímilmente pueden serle atribuidos y cuales no: tanto más cuanto, como es notorio, Díaz era propietario, redactor e impresor de *El Universal*, de Montevideo, cabiendo asimismo recordar que, en su mayor parte, se trata de artículos de carácter editorial y, por último, porque... "el estilo es el hombre". Además de ello, Díaz, según nuestras investigaciones, fue siempre fervoroso partidario de Francisco de Cúrel (este tenía de alumna a una de las hijas de aquel, de nombre Alcira, en su "Colegio Oriental"; y ese notorio fervor por la personalidad de de Cúrel -ya tradicional en Díaz, si nos adheramos a sus predilecciones- parece sentirlo nuevamente este periodista en su editorial "cuando en especial nos habla del "empresario" de los cuatro

charrúas a París, en un punto, precisamente, bastante vidrioso y condenado y con términos asaz enérgicos por otros escritores de aquel entonces. (Véanse, en particular, los documentos II, IV, V, VI, VII, etc., etc.).

Pero en el caso de que llegaran a existir todavía algunas dudas respecto de la autoría de Díaz en esos artículos sin firma, esas dudas han de desvanecerse frente a las siguientes afirmaciones de Díaz (hijo), que hemos hallado después de haber escrito los párrafos precedentes y que extractamos ahora del tomo I de la obra a que nos hemos referido en el apéndice anterior:

"Después de lo que se ha escrito sobre el Estado Oriental del Uruguay, y sus hijos, cuya índole guerrera, y cuyos hechos han despertado siempre la curiosidad del viejo mundo, no han faltado historiadores (y alguno de ellos miembros de las principales Academias de Europa) que atentos sin duda a las relaciones pintorescas o exageradas de los viajeros, y más que todo, a consecuencia de la absoluta falta de datos auténticos para autorizar la parte histórica, han pintado al pacífico honrado y modesto sacerdote D. Dámaso Antonio Larrañaga (equivocándole sin duda con el provinciano ex-fraile Gral. [D. Félix] Aldao) como un caudillo sanguinario, mandando ejércitos en guerra contra Chile.

"Han colocado también en la categoría de un hermoso Archipiélago, la ciudad de Maldonado; y los cerros de Pan de Azúcar, y la Sierra de las Animas, colocando al medio día y al Septentrión, LAS POBLACIONES DE LAS ISLAS DE LOBOS.

"Se ha trasladado a la historia con la mayor impavidez, la noticia geográfica importantísima, de la existencia de tres provincias: Montevideo, La Banda Oriental, y la provincia Cisplatina!!

"Y esto sentado en una obra tal como la Enciclopedia, con la autoridad que ha gozado, no era un motivo para arraigar ideas disparatadas sobre este país en el resto del mundo civilizado?

"Sobre los hombres notables de la República Oriental, como antes quedó dicho, se han escrito disparatados errores, en la Biografía de los contemporáneos, y otras obras, por ejemplo en las referencias sobre Artigas y muchos otros próceres cuyo patriotismo han puesto en duda, elevando equivocada y ridículamente, mediocridades que nunca han hecho ningún peso en la balanza de los acontecimientos.

"Un historiador avanza más aún.

"El caballo que montaba, el día que cayó prisionero el GENERAL D. JOSE MARIA PAZ, FUE BOLEADO POR LOS CHARRUAS DE LA BANDA ORIENTAL, EN MEDIO DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS!! Y eso en lo más recio de una batalla.

"Todo esto, que no es más que una pequeñísima idea, de lo que se ha escrito sobre estas Repúblicas, incluso el último libro del Sr. D. Andrés Lamas, impreso en Buenos Aires bajo el título de Agresiones de Rosas contra el Estado Oriental, en el que, a pesar de haberse utilizado gran número de datos copiados de El Universal, diario escrito por el que fue después Brigadier General D. Antonio Díaz, desde el año de 1828 hasta el 38, en que cesó en su primera época, se encuentran inexactitudes notables en el relato de los hechos, como nos proponemos probarlo a su tiempo y cuando entreinos en el período que corresponde a este escritor".

Como vemos, las exageraciones de Díaz (padre) frente a la estimativa de América por parte de los escritores europeos, son superadas largamente por Díaz (hijo), puesto que este abulta aún más las exageraciones de aquel.

Esta transcripción, aunque incompleta, sirve asimismo para dejarnos sentadas muchas cosas. Entre otras: el sentimiento de rencor del Dr. Andrés Lamas para con Díaz (hijo); sentimiento a que nos hemos referido anteriormente, cuando, en especial, tratamos de la opinión de Lamas sobre Díaz (hijo) según el testimonio que nos ofrece el diario del Dr. Samuel Lafone y Quevedo.

Documento N^o IV.

Dos "artículos" del muy curioso e interesante "Diccionario al uso" -o sea: miscelánea política, histórica y sentimental- de "Demófilo" (7)

"AMERICA" Y "CHARRUAS".

**¡VIVAN LOS DEFENSORES DE LAS LEYES!
¡Mueran los salvajes unitarios!**

SS. EE. del Defensor de la Independencia Americana:

No soy autor, sino depositario de un Diccionario muy curioso, del que he copiado algunos artículos que iré remitiendo a Vds. para que los publiquen en su ilustrado periódico, si les pareciese que lo merecen.

Atento y S.S. de Vds.

Demófilo.

(7) Debemos ante todo señalar que este apéndice cuarto, constituido por los artículos firmados por Demófilo que reproducimos fragmentariamente, responden a una gentileza del Señor Licenciado Carlos A. Zubillaga Barrera, que fue quien nos proporcionó la pista y los datos de la existencia de dichos artículos. Los dos apartados del "Diccionario al uso" de Demófilo, tratan de "América" y de los "Charrúas". En el primero se dice: "Origen del mundo! ¡América inocente!", agregándose seguidamente que "así exclamaba un poeta filántropo al recordar las injusticias y atrocidades que se había ejecutado con ella en otro tiempo". Entendemos que dicho poeta filántropo no puede ser otro que Quintana, en la magnífica Oda en que canta la grande obra realizada por Francisco Javier de Balmis, que difundió la vacuna antivariólica (de Jenner) alrededor del mundo en las colonias de ultramar de España, fundamentalmente Canarias, Puerto Rico, Caracas, Habana, Méjico, Filipinas, China. No obstante lo dicho, debemos observar que las verdaderas palabras de Quintana son: "¡Virgen del Mundo! ¡América inocente!". En el segundo "artículo", que se refiere a los "Charrúas", se habla en ocho pasajes distintos del cacique Perico, que para nosotros no es otro que Pirú, Perú o Vaimacá-Perú; puesto que esto mismo fluye no tan sólo por el contexto a dicho artículo, sino también, además, por la cuarta vez en que se le nombra. En efecto: Allí se dice que un europeo, "un francés cuyo nombre no queremos recordar, formó el proyecto de sacar provecho de Perico, llevándolo a Europa [...]". También, y en tres veces diferentes, se nombra al cacique Rondó. No sabemos si estos escritos puedan ser atribuidos o no a Antonio Díaz. Por de pronto se trataría de los más probables entre todos los publicados acerca de los charrúas, en el periódico intitulado *El Defensor de la Independencia Americana*. Con todo sería menester señalar analogías y diferencias con respecto a los manuscritos de Antonio Díaz. Así, el artículo sobre los Charrúas, de Demófilo, comienza

EXTRACTOS DEL "DICCIONARIO AL USO"; O SEA: MISCELANEA POLITICA, HISTORICA Y SENTIMENTAL.

AMERICA. -Una de las cinco partes del Mundo. -Tierra nueva, tierra experimental, tierra misteriosa, esperanza de la humanidad.

"¡Origen del Mundo! ¡América inocente!". Así exclamaba un poeta filántropo al recordar las injusticias y atrocidades que se habían ejecutado con ella en otro tiempo.

¿Y cuáles eran estas? Hélas aquí: arrancarle su barbarie e imponerle por fuerza una dominación civilizadora y cristiana, derramar a torrentes la sangre de los que a ella se oponían, obligar a una vida de industria, y laboriosa, a sus indolentes habitantes.

La filosofía lanzó un grito de reprobación en el pasado siglo contra los que hicieron esas cosas en América. Un asentimiento universal respondió a ese grito. Grito hermoso, grito de humanidad y de justicia.

a hablarnos de que la parcialidad o tribu de los charrúas "componía una de las siete que poblaba el territorio que actualmente comprende esta República Oriental del Uruguay". Y ya hemos visto que Díaz en ningún momento nos habla de siete parcialidades, sino, tan sólo, de cinco, a lo sumo seis. Sin embargo lo expuesto, las palabras "por haber conservado su independencia hasta el año de 1832", nos recuerdan a Díaz. Igual cosa sucede cuando dice que el Señor Félix de Azara ha mezclado noticias históricas de mucho interés y curiosidad, etc. De idéntica manera podría traerse a colación la referencia a que dicha parcialidad conservase tanto tiempo "su independencia, su religión y su vida salvaje", aunque llama poderosamente la atención el hecho de que nos hable precisamente de la religión entre aquellos indios. Así también creemos encontrar un cierto paralelismo entre este escrito y el de Jean Isidore Aubouin, publicado en París en el año de 1834, que tradujéramos y exhumáramos en 1967. Es evidente, según nuestro entender, que Demófilo ha leído a Aubouin. Cabe señalar, asimismo, que, según el artículo que nos ocupa, de Demófilo, el cadique Rondó perece en la acción de exterminio llevada a cabo por Fructuoso Rivera; acción que, sin embargo, no se nombra ni con la denominación de Salsipuedes ni con la de Boca (o Cueva) del Tigre. Finalmente, el último párrafo también nos recuerda a Antonio Díaz y a J. I. Aubouin. Y debemos aclarar, de igual manera, el grado de parentesco existente entre Fructuoso y Bernabé Rivera. En suma: opinamos, pues, que de todos los artículos sobre los indios charrúas del periódico *El Defensor de la Independencia Americana* atribuidos ad libitum a Antonio Díaz, éstos que firma Demófilo nos parecen los más verosímiles de ser adjudicados a dicho Brigadier General en torno y sobre el mismo tema. Pero aún así, se nos ocurre, al fin de cuentas y por muy diversas razones que no cabe detallar aquí in extenso, que ellos con apócrifos; es decir: que a la postre no fueron redactados por Díaz.

Los Indios eran feroces, ignorantes y supersticiosos; pero eran hombres, formaban naciones; y bajo entrambos respectos tenían iguales derechos e igual dignidad que los demás hombres, y que los demás pueblos del mundo. Así al menos lo han asegurado los hijos predilectos de esa filosofía, galos y britanos, italianos y tudescos.

Habíase creído, y nosotros también, que esos principios deberían aplicarse a las nuevas naciones de América. Ha sido una equivocación, por lo que vemos, ya que no por lo que comprendemos.

En cuanto a esos primitivos habitantes del Nuevo Mundo, siempre se piensa lo mismo. Obligarlos a que no sigan comiéndose unos a otros, y adorando al Diablo, eso se tiene por una atrocidad, por una injusticia que clama al cielo.

Pero con respecto a los pueblos cristianos y civilizados que han nacido después de ellos, la cosa se estima muy diferente. A estos es muy justo, muy equitativo, muy filosófico sujetarlos, quieran o no, a una vida y a unas creencias extrañas: a estos es lícito negarles lo que se concede a esos desnudos hijos del desierto; el pleno dominio de sí mismos y de sus cosas, el desarrollo propio, libre y sin ajena imposición.

¡Oh América!, tú tienes tus moles estupendas que son tuyas, tus magníficos caudales de agua que te pertenecen, tus selvas y llanadas sin límites que te son propias.

Tú tienes tus pueblos, tuyos, que habitan tus ricas y variadas comarcas; que están en una situación suya; que tienen una vida y un movimiento suyo. Tú tienes tus destinos y tu misión que se te ha impuesto de lo alto. Tú tienes todo esto, que Dios te ha dado a tí para que sea tuyo, y no para que nadie te lo quite, ni te lo defraude, ni te lo vicie. Lo tienes, y no quieren que lo tengas, y quieren que seas lo que tú no quieres, lo que no puedes ni debes ser.

¡Oh América, América inocente! Tú no haces mal a nadie, tú te estás dentro de tí no más. Tú no vas a otra parte a obligar a que coman de tus frutos deliciosos, a que admitan tu traje, a que sigan tus leyes y tus usos. Tú no usurpas la jurisdicción Divina mandando que otros piensen como tu, y condenando al que no obedece tus mandatos. Tú dejas que cada uno sea dueño de sí, y disponga como le parezca de lo suyo. Tú no te metes con nadie, ni a nadie urgas, ni molestas, ni deprimes. ¡América, América! ¡Virgen del Mundo! Tú duermes el sueño del candor. ¡Cuidado! Mira que puede ser que una

vieja hipócrita y astuta quiera sorprenderte, quiera escupir en tu bello seno, quiera estampar su pie en tu limpia frente, quiera ajar tus galas, robarte tus tesoros, ceñir duras cadenas a tu libre cuello.

[.....]

CHARRUAS.- La parcialidad o tribu de los Charrúas componía una de las siete que poblaban el territorio que actualmente comprende esta República Oriental del Uruguay. Tiénese por la más belicosa e indómita de todas ellas, lo que en parte se prueba por haber conservado su independencia hasta hace poco, año de 1832, época en que fue exterminada por órdenes de ese célebre anarquista, que hoy, desnudo y lacrimoso, ha ido a mendigar refugio con una corta gavilla de sus secuaces en las tierras limítrofes del Brasil.

El Señor [Félix de] Azara, que en sus ensayos zoológicos sobre estas ricas regiones de la América Meridional ha mezclado noticias históricas de mucho interés y curiosidad, pondera la bravura de los Charrúas y Minuanos, y encarece la grande efusión de sangre y considerables gastos que costó por esto a los españoles el afirmar su dominio en estas comarcas del Uruguay.

Sea efecto solo de ese valor excesivo, séalo también al mismo tiempo, de otras varias causas, ello es que no puede menos que parecer muy extraño el que una reducida tribu de indios, enclavada, por decirlo así, en medio de poblaciones blancas cristianas y poderosas, haya conservado tanto tiempo su independencia; su religión y su vida salvaje.

Dejando al historiador la investigación y explicación de este singular fenómeno (tal lo parece al menos), vamos a referir solamente, bien que muy por encima, un epi-/sodio de la vida de esta interesante nación indígena. Este episodio es triste, a la verdad. Contiene la relación del fin trágico de esa malaventurada tribu; pero creemos que cuando desaparece de la faz de la tierra un pueblo, cualquiera que sea, justo es decir a los otros pueblos por qué y cómo ha sucedido esto.

¡Ya no hay Charrúas en este País! -Una nación más ha ido a esconder su existencia en el abismo de la nada, donde otras mil naciones antes de ella fueron a sepultarse también. -¡Infelices! Sucumbieron víctimas de una atroz alevosía! -Entretanto ninguna voz piadosa se ha levantado para pronunciar la oración fúnebre sobre sus insepultos huesos. Ningún eco justiciero ha descargado su indignación sobre el hombre malo que los sacrificó a su infernal codicia. -Los Charrúas perecieron; y el ruido de su caída no ha sido

NOTICE

SUR LES

INDIGÈNES DE L'AMÉRIQUE DU SUD,

ET EN PARTICULIER SUR LA TRIBU DES

INDIENS CHARRUAS.

Les indigènes de l'Amérique Méridionale se nomment communément *Indiens* ; ils se divisent par tribus ou castes qui portent toutes des noms différents, et se distinguent, au physique et au moral, par des formes et des habitudes particulières à chacune d'elles. Ces anciens maîtres du continent américain ont, en général, le teint marron foncé, plus ou moins rouge ou cuivré selon les latitudes; leurs cheveux sont noirs et lissés; on ne leur voit que peu ou point de barbe, soit que la nature en ait refusé à quelques-uns, soit à cause de l'habitude qu'ont quelques autres de l'épiler; leur tête est, pour l'ordinaire, plus large dans la partie inférieure que dans la supérieure, et leur face est aplatie. Leur taille est de proportion moyenne, mais leurs muscles sont très saillants et annoncent une grande force corporelle. Ils sont agiles, adroits, bon cavaliers, et intrépides

Subtítulo y página tercera de la edición príncipe del folleto de Francisco de Curel sobre los indios charrúas. El texto a dicho folleto comienza realmente en esta página, cuyo epígrafe, traducido, reza de este modo: "NOTICIA/ ACERCA DE LOS/ INDIGENAS DE LA AMERICA DEL SUR Y EN PARTICULAR SOBRE LA TRIBU DE LOS/ INDIOS CHARRUAS".

(Foto del Dr. Carl Schuster, 1955, Negativo 1256.5).

sentido más que el que hace el árbol secular que derriba en el desierto el hacha vil del leñatero.

¿Por qué no existen ya esos valientes hijos de la naturaleza? ¿Ha habido alguno que haya lanzado esta acusadora interrogación? -Nadie. Silencio y nada más ha seguido a su fin. Un denso velo se ha echado sobre él para cubrir un crimen espantoso, para evitar un escándalo que según se nos hizo creer nos traería mucho descrédito y mucha vergüenza -Error, error lastimoso que confesamos haber padecido también. Un hombre malvado, por muy elevado que esté en la escala de las distinciones, no mancha por eso a su patria. Lo que la mancha es recibir en silencio exhibición de un atentado horrible. Lo romperemos, pues; y veremos si podemos reparar la injusticia de tantos años de olvido derramada sobre un suceso que mereció desde su aparición la indignada reprobación de los hombres de conciencia y de ánimo noble.

Concluída la guerra con el Brasil, los Charrúas, que habían acompañado a [Fructuoso] Rivera en los últimos tiempos de ella, pasaron a ocupar los campos del otro lado del Río Negro hacia la Frontera, donde acostumbraban habitar. Cuatrocientos guerreros contaba todavía esta nación que obedecían a dos caciques o jefes, **Petrico** y **Rondó**. Siempre habían sido muy adictos a Rivera, ya sea por la preferencia que este daba a los soldados indios, o ya también, quizás, por aquel arte con que ha sabido grangearse en todas épocas la buena voluntad de esta clase de gente.

Teníalos, pues, Rivera de su parte, así como tenía también a la gran población de guaraníes que trajo de la antigua Provincia de Misiones, para servirse de ellos en sus planes de dominación sobre su patria. Parecía, por lo tanto, que en vez de perseguir a los Charrúas, trataría de halagarlos y mantenerlos a su devoción. Así lo había hecho antes. Pero una circunstancia nueva que había ocurrido, trajo también una novedad en el ánimo de Rivera para con los Charrúas.

Era el tiempo en que se había hecho cargo de vender las tierras de propiedad pública situadas principalmente al Norte del Río Negro. El modo como desempeñó esta comisión es conocido de todos en este país. Su sola palabra, o una simple declaración en una tira de papel firmada por él, constituía el documento de propiedad. Sin más averiguación que la simple solicitud del comprador, vendió dos y tres veces un mismo campo, y enagenó como bien del Estado muchas tierras de particulares. Ingentes sumas recibió por estas ventas. Pero el tesoro público no recibió un solo real por ellas ni obtuvo la cuenta de estas escandalosas enagenaciones. En cuanto a los infelices que creyeron al infiel comisionado, jamás recobraron de este el dinero

dompteurs de chevaux sauvages ; très robustes et assez industriels , mais paresseux à l'excès , perfides , vindicatifs et très cruels. Quelques tribus sont encore anthropophages , quoique l'horrible coutume de se nourrir de chair humaine ait disparu sur beaucoup de points où elle était en usage autrefois.

Depuis que les Indiens ont eu de fréquentes occasions de se battre avec les Chrétiens, beaucoup d'entre eux se sont pourvus de sabres et de quelques armes à feu, mais ils en font peu d'usage, se servant de préférence de la lance et des flèches. Ils sont tellement accoutumés à combattre à cheval, qu'ils se trouvent absolument incapables d'attaque ou de défense quand, par hasard, ils sont privés de ce puissant auxiliaire. Dans leurs incursions sur les territoires habités par les Créoles, ils apparaissent subitement, au moment où l'on s'y attend le moins, et pendant les nuits éclairées par la lune, enlèvent les bestiaux, les femmes et les enfants, tuant inopinablement tous les hommes qui tombent dans leur pouvoir, et, chargés de butin, ils disparaissent avec la même rapidité qu'ils s'étaient montrés.

Leurs chefs s'appellent *caciques* ; ils jouissent d'un pouvoir absolu, et du droit de vie et de mort sur tous les individus soumis à leur autorité. Après eux viennent les *chefs de guerre*, et tout le reste est confondu dans une seule classe. L'idolâtrie est le culte de ceux de ces sauvages qui en

que le habían dado. El se burló de todo, abusó de todo, y de esta suerte sacrificando los intereses que se le habían confiado apareció propiamente con el carácter de un desvergonzado explotador de la fortuna pública y privada.

Pero esto era poco. Faltaba para poner el sello a tanta iniquidad, una de aquellas maldades feas y enormes que raras veces se ven ya realizarse entre pueblos civilizados y cristianos. Rivera ordenó su ejecución, no movido de alguna de esas pasiones vehementes que, aunque reprobadas, no excluyen sin embargo la grandeza y elevación del alma, sino llevado de una codicia innoble y ruin.

Devorado del ansia de allegar caudales con que satisfacer sus vicios e incomparable disipación, y viendo que no podía vender las tierras [en] que habitaban los Charrúas, porque los únicos compradores que se presentaban eran los brasileiros [sic] de la Frontera, y éstos no querían comprarlas sin que los Charrúas las dejaran del todo, dispuso acabar con ellos, sin que lo retrajesen de hacerlo ni la consideración de tantos servicios como les debía, ni la seguridad que tenía de lo dispuestos que estaban a rendírselos toda vez que se los exigiese en lo sucesivo. Quería oro no más, y oro era lo que necesitaba reunir, sacrificase lo que sacrificase. Para un hombre como él, ¿qué importaba pagar con una negra ingratitud los beneficios recibidos, y entregar a las lanzas matadoras aquellos mismos que lo amaban y que habían contribuido a su elevación, toda vez que esto conviniese a sus depravadas aspiraciones? El exterminio de los Charrúas fue decretado en su perverso corazón. Y como si le pareciese todavía poco exquisita esta atrocidad por sí misma, buscó en los medios de perpetrarla el modo de hacerla aún más deforme y crecida.

Tenía Rivera un hermano, joven de bellísimas disposiciones y de un alma nacida para lo bueno; pero que por una de aquellas contrariedades, por desgracia harto comunes en la especie humana, se había acostumbrado a obedecer ciegamente a su hermano mayor, aun en aquellas cosas que él mismo, condenaba con pública franqueza: debilidad inconcebible que lo hizo cómplice de no pocas maldades que aquel cometiera en el curso de su desordenada vida. Podía Rivera haber asociado a su crimen a un extraño cualquiera, ahorrando a su infeliz hermano la ejecución de un hecho que sabía le había de repugnar en extremo, y hacerlo aparecer ante sus conciudadanos como un verdugo feroz y despiadado. Pero no quiso. Se empeñó en que su hermano fuese el vil instrumento de su maldad; y a pesar de la viva resistencia que encontró por esta vez en él, logró al cabo que cediese como siempre. D. Bernabé recibió las instrucciones correspondientes, y marchó al lugar señalado para la consumación del bárbaro designio.

ont un (si on excepte toutefois les tribus des missions ; soi-disant converties au christianisme par les jésuites, mais dont toute l'instruction religieuse consiste à savoir faire le signe de la croix et se mettre à genoux, sans attacher aucune espèce d'idée à ces marques extérieures de dévotion). Quelques-uns reconnaissent l'existence d'un esprit supérieur auquel ils rendent hommage ; la plupart portent un grand respect à la vieillesse, et observent, dans leurs funérailles, quelques pieuses cérémonies. Il y a des tribus qui se peignent le corps de diverses couleurs ; d'autres se font des incisions profondes dans les chairs à certaines époques de l'année, et les cicatrices qui en résultent sont considérées comme des marques d'honneur. Leurs femmes ne sont pas dépourvues de toute espèce d'attraits ; on a vu plus d'un Européen leur rendre hommage, malgré la mauvaise odeur qu'elles exhalent et leur excessive malpropreté.

On pourrait comparer la majeure partie de ces hordes errantes, aux Arabes des déserts de l'Afrique et de l'Asie ; elles passent, comme les Bédouins, une partie de leur vie à cheval, sans avoir pour cet animal les soins et l'attachement que leur prodiguent ceux à qui nous les comparons ; ils se nourrissent comme ceux-ci, presque uniquement de viande, et sont très sobres dans leur vie habituelle. Les Indiens peuvent supporter avec résignation les plus grandes privations ; on en a vu se passer de man-

Un mensajero de paz había ido ya de antemano a convidar a los Charrúas a que acudiesen a aquel mismo paraje, donde, se les decía, se acomodarian las diferencias que existían a la sazón entre ellos y Rivera (habíalas este suscitado de intento poco antes); se celebrarían los nuevos pactos de amistad, y recibirían los largos regalos que, en prueba de ella y según costumbre, se les iban a hacer.

Juzgando los Charrúas que en todas estas propuestas había la mejor buena fe, se dispusieron a ir al lugar de la cita el día que se les había designado. Salen los infelices de sus guaridas mal armados y desapercibidos como que pensaban ir a una fiesta, y se dirigen alegres y tranquilos a donde, según se les había dicho, los estaban esperando para abrazarlos. Llegan allá; mas ¡oh traición inconcebible! Crecidas fuerzas, que con anticipación se habían colocado en emboscada, salen de improviso, los rodean y a mansalva hacen en ellos una espantosa carnicería. Pocos son los que aciertan a defenderse, con la sorpresa. Entre estos pocos se distinguió el impertérrito Cacique Rondó. Cercado de una porción que lo atacaban, sin más arma que su sola lanza, todavía sostuvo una larga lucha al cabo de la cual, falto de fuerzas y cargado de heridas, cayó hecho pedazos, pero no sin haber hecho correr en abundancia la sangre de sus cobardes enemigos. Perico, el otro Cacique, quedó prisionero con un gran número de mujeres y niños. Sólo un corto grupo de 40 a 50 guerreros escapó a esta matanza, que alcanzaron a refugiarse en las asperezas desiertas del Arapey y el Cuareim, donde fueron a meditar la venganza que poco después consiguieron ejecutarla.

Tal fue el acto horrible que puso fin a la nación Charrúa. Dispuesto y ordenado por Rivera; pero ejecutado por su hermano D. Bernabé, la responsabilidad del hecho recayó toda sobre éste, Circunstancia que dio motivo a la nueva tragedia que no mucho después acaeció.

Inescrutables son los juicios de Dios. Rivera, el principal criminal, sacó todo el fruto que esperaba de su maldad, vendiendo a buen precio grandes propiedades territoriales, que le produjeron muchos millares de pesos; mientras que su infortunado hermano recibió en breve la pena merecida a su criminal condescendencia. Aquel grupo de Charrúas que hemos dicho que pudo librar su existencia con la fuga, fue perseguido después por D. Bernabé, varias veces. En la última de estas, se adelantó este solo con algunos compañeros, llevado de su arrojo en persecución de un pequeño número de ellos que huyendo lo llevaron donde estaba emboscado a propósito el grupo principal. Salieron estos entonces repentinamente; y al ver a D. Bernabé, un alarido salvaje, un grito horrible de alegría y furor juntamente, se oyó resonar en toda la turba. ¡Ber-

ger pendant quatre jours, parcourir un espace de plus de cent lieues, et dévorer ensuite un jeune bœuf ou une vache entière, entre quatre ou cinq individus. Lorsqu'ils se livrent à quelques excès, ce qui arrive chaque fois qu'ils ont pu se procurer des liqueurs fortes, rien n'est plus horriblement dégoûtant que leurs extravagances, et les atrocités qu'ils commettent quand le plus léger prétexte excite leur colère. Ils aiment aussi beaucoup le tabac, et généralement tout ce qui est à l'usage des nations civilisées, quoique souvent ils ne puissent ni ne sachent s'en servir. Le vol est pour eux une chose d'habitude, et il est très difficile de soustraire à leur rapacité ce qui leur fait envie.

L'esprit de vengeance est caractéristique chez ces peuples; ils se rappellent tout ce que la tradition leur a appris de ce qu'ont eu à souffrir leurs ancêtres, de la part des premiers conquérants de l'Amérique, et se croient obligés de venger les outrages reçus par leurs pères. Dès qu'un jeune Indien a atteint l'âge de raison, ses parents lui racontent l'histoire de la conquête et les atrocités commises par les Espagnols; ils lui inspirent ainsi le désir de la VENGEANCE, et ce mot est le dernier qu'il entend sortir de la bouche de son père à l'heure de sa mort.

Beaucoup de ces tribus vivent actuellement en assez bonne harmonie avec les peuplades créoles qui les avoisinent; cependant on ne peut pas trop se fier à leurs apparences pacifiques, qui bien

nabé! ¡Bernabé!, repiten iracundos; y cayendo sobre él con la celeridad del rayo, después de inmolar a sus compañeros, lo arrastraron a un bosque vecino, donde satisficieron a su placer una venganza que tanto habían deseado tomar.

Entretanto Perico, cautivo en Montevideo, arrastraba su miserable existencia, tratado como un vil criminal, y, debiendo a la conmiseración de algunas almas caritativas hasta los andrajos con que cubría sus carnes, y el triste medio real que le servía para satisfacer, de cuando en cuando, uno de los más apetecidos goces del indio, -un trago de aguardiente.

En este estado, un europeo, un francés cuyo nombre no queremos recordar, formó el proyecto de sacar provecho de Perico llevándolo a Europa para presentarlo allí en exhibición al público, como se hace con las bestias bravas y extrañas, que, de todas partes del Mundo, se llevan a satisfacer la ociosa curiosidad europea. No le fue difícil al especulador realizar su idea. ¿Quién era Perico para que se reparase en lo que se iba [a] hacer con él? Un Charruá, un perro pagano que había osado defender su natural libertad y la independencia de su nación contra el primer Magistrado de la República, ¿qué consideraciones podía merecer? Perico vagando silencioso por las calles, y vigilado por la Policía como un bicho maligno y ponzoñoso, no era un objeto que inspirase tanto interés que moviese [a] alguno a que alzase su voz para defenderlo y evitar un atentado vil contra la dignidad del hombre. ¿Fue vendido Perico? ¿Fue en-tregado como un regalo? ¿Fue seducido y violentado? ¿Para qué lo hemos de decir? ¿Qué importa saber de qué medios se valieron para sacrificarlo a la codicia de un infame especulador transatlántico? Baste saberse que el atroz intento se consumó. Llevaron al infeliz a Europa.

Allí, en la célebre capital de Francia, en ese ponderado centro de cultura y civilización, sirvió de alimento a la frívola curiosidad de un pueblo novelero que de todo hace fiesta. Conducido de salón en salón, de café en café, de plazuela en plazuela, hecho juguete de muchachos, convertido en espantajo de niños y mujeres, provocando las risadas burlescas del vulgo, y sujeto a los tocamientos y al examen de un enjambre de semisabios, consumíase lentamente, viéndose en tanta humillación y entregado a tan indigno tratamiento. Su alma altiva y soberbia no podía soportar una vida llena de tamaña bajeza y servilismo. Hallábase devorado por una pena que poco a poco lo iba acercando a su fin; sus tiranos, en tanto no cesaban de ejercitar con él su inhumana industria. La amargura y tétrica melancolía que teñía de sombras el semblante, era atribuida a estupidez e indiferencia por la tribu de mirones que

sonvent ne sont dictées que par l'impossibilité de suivre leur instinct.

La tribu des *Charruas* qui vivait entre les rivières Uruguay, Ybicui et Rio-Negro, presque entièrement détruite dans le courant de l'année 1832, par le général Don Fructuoso Ribera, président de la République orientale, avait conservé, jusqu'à ces derniers temps, toute sa férocité primitive. Jamais ces sauvages n'ont pu supporter le joug de la civilisation, même au plus bas degré, et chaque fois qu'ils ont espéré quelques chances de succès, ils se sont précipités comme des bêtes féroces sur les paisibles habitants des campagnes, mettant tout à feu et à sang sur leur passage, ne faisant pas même grâce de la vie aux femmes et aux enfants. Le président Ribera, voyant qu'il était impossible de vivre en paix avec ces terribles voisins, qui étaient venus asseoir leurs tentes jusqu'aux rives du Rio-Negro, et que tous les moyens de douceur dont on avait usé à leur égard, ne produisaient aucun effet, résolut de leur faire une guerre à mort; et après une campagne de quelques mois, il a été assez heureux pour débarrasser son pays de leur présence. Le plus grand nombre de ces sauvages a péri dans les combats, et le peu qui en est resté, a été obligé de fuir au loin dans les déserts, d'où il n'est pas probable qu'ils puissent sortir d'ici à long-temps. Une douzaine d'hommes ou femmes, échappés à la mort comme par miracle, ont été faits prisonniers. On

Página séptima del expresado folleto. "La tribu de los Charrúas, que vivía entre los ríos Uruguay, Ybicuy y Negro, casi enteramente destruída en el transcurso del año de 1832 por el General D. Fructuoso Rivera, Presidente de la República Oriental, había conservado, hasta estos últimos tiempos, toda su ferocidad primitiva". (Foto de Carl Schuster, 1955, negativo 1256.9).

de continuo lo rodeaban. ¡Ah, si hubiesen podido ver por entre esta aparente impasibilidad la horrible agitación que conmovía el interior del hombre del desierto! Si hubiesen visto la desesperación que roía sus entrañas, ¡cuán digno de lástima les hubiera parecido! ¡cuánto se hubiesen arrepentido de haberlo fatigado tan inconsideradamente! El desdichado no tardó en sucumbir a sus pesadumbres. La muerte, precedida de esa larga y horrible agonía con que el alma robusta de un salvaje en su vigor se desprende de la materia corporal, puso término a su mísera existencia.

¡Pobre Pericol! ¡cuánto no hubieras dado tú en aquellos instantes de martirio por tener un fin igual al de tu compañero Rondó, recibiendo como este en la pelea, la muerte deliciosa del guerrero, después de haber hecho morder la tierra a más de un enemigo! ¡Tan lejos de tu patria y de los tuyos en tierra extraña! ¡sin tener el consuelo siquiera de poder desahogar tus penas en presencia de quienes te pudiesen comprender! ¡mirada tu deplorable situación por los aborrecidos seres que te rodeaban, con la indiferencia con que se mira extinguirse la vida de una bestia repugnante! Quebrantado de agudísimos dolores y atormentado la imaginación con visiones horribles; ¡Oh Charrúa, Charrúa desgraciado! ¡cuánto no habrás sufrido en esos tus últimos momentos! ¡¡cuánto no habrás maldecido al hombre atroz que, de libre y jefe de valientes, te redujo a la condición de siervo degradado! y ¡¡¡cuán indignados ojos no habrás clavado en el cruel europeo que te hizo víctima de su inhumana codicia!!!

El resto de los Charrúas ha ido sucesivamente pereciendo en las contiendas civiles que vinieron después. -Las mujeres y sus hijos pequeños, repartidos en todo el País y colocados bajo una especie de patronato, también han desaparecido en gran parte; y no pasarán muchos años que el idioma Charrúa no tenga en el Mundo un solo individuo humano que lo hable.

[.....]

El cacique charrúa Vaimacá Perú, o simplemente Perú o Pirú (Perico), es uno de los temas propios de los apéndices I a IV, pues se trata de un personaje común a los 4 documentos de la referencia. Sobre él puede consultarse nuestro artículo "El cacique charrúa Vaimacá Perú fue soldado de Artigas", publicado en el suplemento del diario *Acción*, de Montevideo, el 18 de junio de 1964. En él señalamos que, hasta el momento, se ignoraba la exacta fecha de la muerte del cacique Vaimacá Perú. Hemos tenido, sin embargo, la suerte de obtener tan importante data escudriñando durante nuestra residencia en París, en 1956, los índices de defunción del 5o. distrito (antiguo) de dicha ciudad. Tuviémos en efecto, en tal ocasión, la fortuna de descubrir la brevísima mención inédita que sigue y que reproducimos en su lengua original, en razón de que la misma parece ser hasta el momento el único documento -por lo menos oficial- que sobre dicho suceso existe. "VAIMACA PERU, Chef tribu indienne, décédé à 55 ans, Chaussée d' Antin No. 27, le 13 septembre 1833". (Datos del autor)

Dos editoriales de "El Defensor de la Independencia Americana", de 1848, que parecen haber sido atribuidos a quien más tarde fuera el Brigadier General don Antonio Díaz. (8)

A) Editorial del 22 de diciembre de 1848 sobre el "Iris" de Río de Janeiro

Tenemos a la vista un nuevo número del *Iris*. Hay en él una carta que le ha dirigido [Fructuoso] Rivera, con quien se nos ha informado están muy ligados sus redactores principales. Ya nos parecía que no podían ser meras opiniones las que emitía el *Iris*. Discurremos sobre esa carta en otro número, así en la parte que trata de los Charrúas, cuya matanza hizo pérfidamente el parde-jón Rivera, según muy por menor hemos de probárselo, como sobre la propiedad de campos y otros puntos de que igualmente se ocupa con toda la mala fe y falta de verdad y pundonor que acostumbra aquel malvado.

B) Editorial del 30 de diciembre de 1848 acerca de los indios charrúas.

Ofrecimos en nuestro número del 22 del corriente tratar en breve de la carta que el famoso anarquista y renegado america-

(8) Estos dos editoriales del año 1848 se publicaron en *El Defensor de la Independencia Americana* a raíz de la múltiple cuanto interminable polémica entablada entre los periódicos *O Americano* y el *Iris*, de Río de Janeiro. Los transcribimos íntegramente y en todas sus partes, interesándonos de ellos, sobre todo el segundo, ya que el primero tan sólo consiste en un simple y muy breve anuncio o preaviso del restante. Y bien; dicho editorial segundo, que es el que está datado en el Miguelete el día 30 de diciembre de 1848, contesta, muy particularmente, la carta de Fructuoso Rivera aparecida en el *Iris*, de Río de Janeiro, que a su vez fue publicada para rebatir ciertas apreciaciones del periódico *O Americano*, de dicha ciudad. Y aquí se pone bien de manifiesto, en manera clara y evidente, la gran reacción en cadena de que habláramos en otro lugar; reacción en cadena ésta que, según lo señaláramos, se inició poco antes de la acción del Salsipuedes, el 11 de abril de 1831, y que, por otro lado, consiste en una sucesión o secuencia clara y obvia; puesto que después de las críticas y editoriales de Díaz de 1833 vienen a poco, en 1845, los artículos sobre "América" y los "Charrúas", de Demófilo, que tratan específicamente de dos distintos puntos, a saber: a) El exterminio de los indios charrúas; y b) La venta de las tierras que aquellos ocupaban con preferencia. Sabiendo esto, y teniendo sobre todo en cuenta la reacción en cadena a que aludíáramos, es muy fácil comprender, para quien conozca su conte-

no Fructuoso Rivera había dirigido al Iris del Janeiro, y que este inserta en su número del 1º de Noviembre pasado. Vamos a cumplir esa promesa.

El motivo de la carta es este: —El Americano, periódico publicado en aquella Corte y cuyas excelentes producciones conocen nuestros lectores por la parte de ellas que hemos copiado en las páginas de nuestro Defensor, negándose con mucha razón a reconocer en Rivera la índole humana que le atribuyeron en otra época sus panegiristas, cita el caso de la destrucción de los Charrúas de esta manera:

"Humano Rivera?! Pues bien; convendremos, con tal que nos diga qué es humanidad uno de sus muchos hechos — la destrucción de los Charrúas. Expondrémosla, aunque con mucha brevedad.

"Entre las tribus indígenas que los descubridores del Plata hallaron en su margen Oriental sobresalía la de los Charrúas; belicosos, nunca doblaron la cerviz al yugo europeo. Habitaban últimamente los campos del Norte del Estado Oriental, y eran aliados de Rivera. Sus campos, fértiles por desgracia de ellos, fueron considerados como buen medio de hacerse de dinero con su venta; pero para eso era forzoso concluir con la tribu. La traza de que con este fin se valió Rivera fue fingirse en desavenencia con los Charrúas, procurar después su amistad, juntarlos en un punto para ajustar paces, al uso de los indios, y, entonces, cuando estuviesen desarmados y entregados a la buena fe de su amigo, caerles encima con un ejército y exterminarlos. Ejecutó el proyecto como

nido, que el periódico O Americano, en lo que se refiere a los charrúas y aún a dicha venta de tierras, sigue directa o acaso indirectamente a Demófilo; Fructuoso Rivera, mediante su carta impresa en el Iris, de Río de Janeiro, contesta a O Americano; los dos editoriales de El Defensor de la Independencia Americana, de 1848, sobre todo, el segundo, rebaten a Fructuoso Rivera en su carta dada a conocer en el ya expresado Iris, de Río de Janeiro; y así sucesivamente. Como dichos dos editoriales del mes de diciembre de 1848 aparecieron en plena "Guerra Grande" y en el periódico del campo sitiador del Presidente don Manuel Oribe intitulado El Defensor de la Independencia Americana, creemos que para ser imparciales y justicieros al respecto, habría que saber qué fue lo que opinaron en todo caso los periódicos adversos; es decir: los que respondían a la plaza sitiada. Por lo demás, un leve examen del segundo editorial en cuestión, de 1848, nos demuestra fehacientemente que el mismo, sin lugar a dudas, está en estrecha relación con las llamadas "Memorias" de Manuel Lavalleja. Por de pronto es la primera vez que en un impreso se habla de la estancia de don Bonifacio Penda, en el río Queguay hacia sus pantos o cabeceras, donde fueron alevosa o inhumanamente asesinados doce indios charrúas que entonces se hallaban bajo el mando del cacique Venado.

"lo había trazado, y de la tribu de los Charrúas sobrevivieron veinte apenas, que fueron llevados a Europa, como objeto de curiosidad. Desocupados los campos, fueron inmediatamente vendidos a rio-grandenses; quizá de este dinero y de otro habido de igual forma ha sido Rivera generoso. Mas si este hecho que dejamos mencionado, es de hombre humano, dejamos a la conciencia del redactor del Iris que lo juzgue".

A esta acusación responde Rivera en su carta, pretendiendo vindicarse. Pondremos sus propias palabras:

"Fácil me fuera, dico, mostrar al Americano cuáles eran todos los terrenos al Norte del Estado Oriental, quiénes son los que los poseen, y de qué manera los adquirieron; probándole así cuán equivocado está en lo que ha escrito; — que allí, en el tiempo a que se refiere, no tenían los Charrúas propiedad de ninguna especie, ni fueron señores de más tierras que aquellas que pisaban. Podría ocuparme de lo que fueron los Charrúas; de los inmensos males que, desde tiempo inmemorial, hicieron a la República y al Brasil; de sus depredaciones y ferocidades; de los esfuerzos vanos hechos por varios gobiernos para subyugarlos; de la noble sangre por ellos derramada, en la cual abulta la de mi hermano Bernabé, del joven [Maximiliano] Obes, del teniente coronel [Pedro] Bazán y de otros muchos Orientales; y de cuanto en fin fue patente para que el gobierno constitucional de acuerdo con las cámaras legislativas resolviese su total aniquilamiento. Si me cupo a mí la fortuna y la gloria de acabar con una horda de salvajes nómadas y feroces, abrigada en las escabrosidades del país, hice lo que otros no pudieron alcanzar antes de mí, y cumplí las órdenes del gobierno, con gran satisfacción de las poblaciones, que por tantos años fueron víctimas de correrías, robos y muertes de aquellos bandidos.

"Pero me limitaré a los hechos inventados.

"Es falso que hubiese necesidad de traicionar los salvajes para destruirlos: ni estos salvajes fueron nunca aliados del Gobierno Oriental, ni los Orientales con quienes yo tuve la fortuna y la honra de combatir por más de 35 años, en más de cien batallas, podrían tener tales hombres, desde que por utilidad general se decretaba su exterminio".

Visible es el embarazo en que se ha encontrado Rivera para contestar a la narración del Americano, llena por cierto de mucha verdad y exactitud, salvo en algunas circunstancias insignificantes. De aquí nace el mal forjado artificio de su defensa.

Se agarra primeramente a la observación de que los Charrúas no eran dueños de los campos que ocupaban, como para que se entienda que no había necesidad de destruirlos para vender estos campos, y que por consiguiente no puede ser cierto el motivo que da el Americano a la bárbara medida de exterminar esos indígenas.

Esta objeción es más especiosa que sólida, y sólo en un país extraño donde pocos son los que pueden estar instruidos a fondo de las cosas del nuestro, en ese punto particularmente, ha podido hacerse con el aire resuelto con que la vierte Rivera.

Es cierto que los Charrúas no tenían, a lo menos no se les reconocía, la propiedad de los campos en que de ordinario residían; pero también lo es que el solo hecho de estarlos ellos ocupando alejaba los compradores de esos terrenos y reducía su precio a un valor ínfimo. Para lograr su venta y que fuese buena, era pues necesario sujetar [a] los Charrúas y reducirlos; pero, aunque esto podía hacerse por los medios que la política ilustrada aconsejaba, y que la humanidad y la misma religión prescribían, como toda lentitud exponía a que no se cogiese el fruto que se quería sacar de la operación, se adoptó camino más breve y más directo sin pararse en escrúpulos.

Tal vez no haya un solo hombre del País medianamente instruido en sus sucesos políticos que ignore que el exterminio de los Charrúas fue un pensamiento calculado para satisfacer la codicia de Rivera y entrar en las vastas usurpaciones que meditaba como base del predominio que se proponía conquistar en su patria.

Quiere Rivera descargarse de toda responsabilidad fingiéndose un simple ejecutor de órdenes que había recibido del gobierno, suponiendo que este, de acuerdo con las cámaras legislativas, había resuelto el total aniquilamiento de los Charrúas; pero esto es absolutamente falso. No hubo tal resolución del Cuerpo legislativo; ni tales órdenes del Gobierno. Desafiamos a que se nos muestre un solo documento, no ya que lo pruebe, que lo indique siquiera. Esa resolución, así como el plan y la ejecución, fueron obra exclusiva de Rivera. Si no fuese eso una cosa sabida de todos, bastaría para mostrárselo bien claro un documento oficial subscripto por él, que más adelante copiaremos.

Un solo hombre, según se cree, fue el que estuvo desde el principio en el secreto de la suerte a que eran destinados los infelices Charrúas, y es opinión muy válida que, por consejo e instigación suya,

remarque parmi ces derniers, deux caciques, guerriers redoutables, dont l'existence toute entière se compose d'une série de meurtres et d'actes d'une férocité révoltante. Nous les avons entendus se vanter d'avoir chacun d'eux, donné la mort à plusieurs centaines de Créoles, soit dans les combats, soit dans leurs incursions sur les habitations isolées. Les femmes de ces indigènes ne démentent pas la race sanguinaire dont elles font partie, car, quand elles n'ont pas pris une part active aux actions guerrières, en raison des soins qu'elles ont dû donner à leurs enfants et à leurs bestiaux, elles s'en sont bien dédommagées dans l'occasion en faisant souffrir aux malheureux prisonniers les plus atroces tortures. Elles sont d'ailleurs si peu accessibles à la douleur physique, qu'elles s'amputent elles-mêmes une phalange du doigt, en signe de deuil, à la mort de leurs proches parents; elles se font aussi, de propos délibéré, des incisions dans les chairs: nous en avons vu dont le corps était couvert de cicatrices provenant de ces singuliers passe-temps.

Les captifs dont il est ici question, séparés pour toujours de leur horde détruite ou dispersée, renfermés dans une forteresse, ressemblent au tigre auquel on a arraché les dents et coupé les griffes; privés comme lui, de tous les moyens de nuire, ils restent comme lui, plongés dans une morne apathie qu'on prendrait pour de la résignation; mais cette douceur apparente aurait bientôt fait place

se decidió Rivera. Este hombre, gran privado, ardiente partidario y sujeto de toda la confianza de Rivera, fue [Lucas José] Obes, a quien parece que la Providencia deparó el más cruel castigo, como el autor de uno de los hechos más atroces que haya alumbrado la luz del Sol.

Si es grande la imprudencia de Rivera en artibuir a otros, contra la verdad conocida, la resolución de acabar con los Charrúas, mayor es aún en poner la muerte que estos debieron a su hermano Bernabé, el hijo de Obes y a Bazán, por una de las causas que movieron, como dice, al gobierno constitucional y a las Cámaras legislativas a decretar la destrucción de los Charrúas; puesto que de estos tres, el uno murió al ejecutarse esa destrucción, y los otros dos, mucho después. No fue, pues, para vengar su muerte que se destruyó a los Charrúas, sino que, al contrarió, estos los mataron para tomar venganza de la que se había dado a los suyos. Transcribiremos aquí dos documentos que desmienten, a no poderse replicar, la desvergonzada falsedad de Rivera:

"Cuartel general, Salsipuedes, Abril 12 de 1831. -Después de "agotados todos los recursos de prudencia y humanidad; frustrados "cuantos medios de templanza, consideración y dádivas pudieron "imaginarse para atraer a la obediencia y a la vida tranquila y regular a las indómitas tribus de Charrúas, poseedoras desde una "edad remota de la más bella porción del territorio de la República, "y deseoso, por otra parte, el Presidente General en Jefe de hacer "compatible su existencia con la sujección en que han debido "servarse para afianzar la obra difícil de la tranquilidad general, "no pudo temer jamás que llegase el momento de tocar de un "modo práctico la ineficacia de estos procederes neutralizados por "el desenfreno y malicia criminal de estas hordas salvajes y degradadas.

"En tal estado, y siendo ya ridículo y efímero ejercitar por más "tiempo la tolerancia y el sufrimiento, cuando por otra parte sus "recientes y horribles crímenes exigían un ejemplar y severo castigo, "se decidió a poner en ejecución el único medio que ya restaba, de "sujetarlos por la fuerza. Mas los salvajes, o temerosos o alucinados, "empeñaron una resistencia armada, que fue preciso combatir del "mismo modo para cortar radicalmente las desgracias que con su "diario incremento amenzaban las garantías individuales de los habitantes del Estado, y el fomento de la industria nacional constantemente depredada por aquellos. Fueron en consecuencia atacados y destruidos, quedando en el campo más de 40 cadáveres "enemigos, y el resto, con 300 y más almas, en poder de la División "de operaciones. Los muy pocos que han podido evadirse de la "misma cuenta son perseguidos vivamente por diversas partidas que

a la fureur la plus redoutable, si, rendus aux solitudes du désert, ils recouvraient la possibilité de se livrer à toutes les inspirations de leur instinct sanguinaire.

Les Charruas ont le teint couleur de cuivre rouge ; la forme de leur tête est presque ronde ; leurs yeux sont petits, mais vifs et brillants ; leurs jambes, fortes et un peu arquées, indiquent l'habitude du cheval ; pour le reste, leur physique diffère peu de celui des autres tribus, si ce n'est sous le rapport de la barbe et des moustaches. La barbe forme un bouquet pointu à l'extrémité du menton ; les moustaches sont d'un poil rare et fort rude, qui augmente l'air de dureté de leur physionomie. Leur adresse à dompter les chevaux sauvages est incroyable, ne se servant ni de selle, ni de mors, ni d'éperons, mais seulement d'une courroie de cuir tressé, passée dans la bouche du cheval. Leurs armes sont : la lance, les flèches, la fronde, le *lacet* et les *boules* (1). Leurs habillements consistent en un morceau de cuir ou de peau de bêtes sauvages, quelques fois aussi d'un morceau de draps grossier dont ils se ceignent les reins, et en une espèce de cape ou manteau, faite des mêmes matières, avec laquelle ils se couvrent les épaules, ayant soin de placer le poil en dessous ; le dessus de cette cape, qu'ils nomment

(1) Les bornes de cette Notice ne nous permettent pas de donner une description de ces deux derniers objets, mais on les verra à l'exposition, ainsi que les armes, habillements et ustensiles à l'usage des Indiens.

“se han despachado en su alcance, y es de esperarse que sean destruidos también completamente, sino salvan las fronteras del Estado.

“En esta empresa, como ya tuvo el sentimiento de anunciarlo al Exmo. Gobierno, el Cuerpo tuvo la enorme y dolorosa pérdida del bizarro joven teniente D. Maximiliano Obes, que como un valiente sacrificó sus días a su deber y a su patria; siendo heridos a la vez el distinguido Teniente Coronel D. Gregorio Salado, los Capitanes D. Gregorio Berdum, D. Francisco Esteban Benítez, y seis soldados más.

“El Presidente General en Jefe no puede menos de recomendar al Exmo. Gobierno la brillante conducta, constancia y subordinación que en esta jornada y en el curso de las anteriores de la campaña han desplegado los SS. Jefes, Oficiales y tropa de los Cuerpos expedicionarios; y muy particularmente los recomendables servicios que en ella han rendido al Sr. General D. Julián Laguna, y el Coronel D. Bernabé Rivera, como igualmente los demás Jefes y Oficiales del E[stado]. M[ayor]. D[ivisionario]. y Edecanes del General en Jefe han llenado honorablemente sus deberes.

“El mismo reitera al Exmo. Gobierno las seguridades de su más alta consideración y distinguido aprecio con que tiene el honor de saludarle.- Fructuoso Rivera.- Exmo. Gobierno de la República”.- (Del Universal del 18 de Abril de 1831).

“Rincón de[l] Cuarein sobre el Uruguay.

“Junio 21 de 1832.

“El que firma participa al Exmo. Sr. Presidente de la República, que hace cinco días marchó el Sr. Coronel D. Bernabé Rivera con una fuerza compuesta de los Capitanes D. Rosendo Velazco, D. Máximo Arias, Teniente D. Fortunato Silva, y D. Roque [José] Viera, y sesenta individuos de tropa a perseguir sobre Cuaró al indio Agustín Napacá, único de los misioneros sublevados, que a la cabeza de cuarenta hombres, perturbaba la tranquilidad de este territorio.

“En este momento se ha reunido al infrascripto el Capitán D. Máximo Arias, herido de un balazo en la tetilla izquierda, con el Teniente Fortunato Silva, y cuarenta hombres, comunicando la noticia de que, habiendo atacado antes de ayer al rebelde Napacá en la Costa del Cuarein frente al Sarado, lo obligaron a refugiarse en la frontera brasilera [sic], arrojándose al dicho arroyo, hiriéndoles algunos individuos; y que habiendo sabido el Sr. Coronel Rivera que los Charrúas se hallaban en un potrero distante cuatro

“leguas de aquel punto, dispuso atacarlos, como efectivamente lo verificó en la mañana del día de ayer, poniéndolos primeramente en dispersión; mas que habiéndose reunido, cargaron sobre la fuerza que comandaba el Coronel Rivera y la derrotaron ayer como al medio día, falleciendo en la derrota nuestro bravo e irreparable Coronel Rivera, Comandante D. Pedro Bazán, el Alférez D. Roque Viera y nueve soldados.

“Que el Capitán D. Rosendo Velazco pasó al otro lado del Cuareim con cinco soldados a una entrevista con el Sr. Coronel brasileiro [sic] D. Bento Manuel Ribeiro de orden del finado Coronel Rivera antes de ayer; y que, no habiéndose incorporado, el Capitán Arias (supone) que podrá verificarlo en este punto.

“Al comunicar esta desagradable noticia, reitera su profundo respeto al Exmo. Sr. Presidente de la República.

“José María Navajas.

“Al Exmo. Sr. Presidente de la República, D. Fructuoso Rivera”.
(Del Universal del 27 de junio de 1832).

Queda perentoriamente probado, por los documentos que dejamos transcriptos, cuya autenticidad no podrá negar Rivera, que la muerte de su hermano Bernabé, y la de Bazán y Obes, no fue un antecedente, sino un consecuente de la matanza y esclavitud de los Charrúas; y que él, con toda malicia, ha invertido la cronología de los sucesos para engañar al público en el país extranjero adonde actualmente reside.

Vése también por todo el contexto de uno de esos documentos, que es una pura invención de Rivera lo de haber sido decretada por la Asamblea Legislativa la destrucción de los Charrúas, y ejecutarla él por órdenes recibidas del Gobierno. No hay palabra en este parte oficial que se refiera a una determinación ajena. Rivera, por el contrario, refiere, explica y defiende el hecho como obra puramente suya. Si la orden de ejecutarlo hubiese nacido del Gobierno, ¿a qué venían las razones que alega para justificarlo dirigidas a ese mismo Gobierno? ¿No era natural, o más bien indispensable, que se hubiese referido a esa orden al dar el parte de haberla ejecutado? ¿Quién puede creer que el ejecutor de un acto se ponga a dar al superior que lo ha ordenado las razones que lo han movido a ejecutarlo?

Dice Rivera que no había necesidad de traicionar [a] los Charrúas para destruirlos. Sin duda que sí; y eso mismo realiza, con la

villanía cobarde de la ejecución, la bárbara atrocidad de la medida. No se atrevería Rivera a negar aquí esa traición donde centenares de testigos presenciales se alzarían para desmentirlo. No hay uno en el país que dude de ella; tan notoria y evidente fue; y es ahora la primera vez que se oye negarla, después de haberse estado sintiendo por tantos años la justa y prolongada indignación que excitó ese horrible hecho. La misma oscuridad que acerca de sus circunstancias se nota en el parte de Rivera, revela sobrado lo atroz que fue. No era posible, sin causar un grande escándalo, dar su narración detallada al público; y así hubo precisión de referir apenas el resultado del suceso, y eso con no poca inexactitud.

La narración verdadera de él es la que brevemente haremos aquí.

Rivera salió de Montevideo en Enero de 1831 con la intención formada de aniquilar [a] los Charrúas. El era Presidente entonces, y quedó en su lugar, haciendo las veces de Poder Ejecutivo, el Presidente del Senado. Puesto a la cabeza de tres escuadrones de Indios Guaraníes de los que había traído de Misiones, se situó en las costas del Queguay, adonde se reunieron algunas fuerzas de los Departamentos del Salto y Paysandú con un considerable grupo de Brasileños [sic] habitantes del de Tacuarembó, que le trajo o le reunió su Compadre Rodríguez Barbosa, que estaba en el secreto del plan.

Desde allí distribuyó Rivera emisarios para que procurasen a los caciques de los Charrúas que, alarmados con la aparición de aquella fuerza, vagaban por las costas del Arapey y Cuareim. Estos emisarios llevaban encargo de inducirlos a que se reuniesen y se aproximasen al campo de Rivera para hacer una alianza con ellos, con el objeto de prepararse a una guerra con el Brasil, que se les decía inminente.

Seducidos los Charrúas por los agentes de Rivera, dejada toda desconfianza, se incorporaron y fueron a establecer sus toldos en Salsipuedes en número de 200 a 250 hombres de pelea y 300 a 400 mujeres y niños, adonde inmediatamente se trasladó también Rivera con sus fuerzas. Allí fue donde fueron rodeados y sorprendidos de improviso los Charrúas, estando la mayor parte a pie; y allí fue donde se ejecutó la vil matanza que resistieron valientemente algunos que quedaron con caballos y pudieron montar en ellos armados de sus lanzas. Sólo unos 40 o 50 hombres de los Charrúas lograron escapar de la carnicería, ocultándose en el bosque o huyendo a caballo. Entonces fue que pereció el joven Maximiliano Obes, hijo único del hombre que promovió con tanto empeño el sacrificio de la tribu Charrúa, y única víctima, también, entre los que lo perpetraron. Circunstancia singular, lo mismo que la muerte dada por el resto de los Charrúas al único hermano y dueño más inmediato de Rivera, Bernabé, que

quillapi, est ordinairement peint de couleurs tranchantes qui forment des dessins assez réguliers, mais d'un goût fort bizarre. L'autre partie du vêtement s'appelle *chilipa*.

A l'exception des fers de lances que les Charruas reçoivent en échange de leurs cuirs ou de leurs fourrures, ils fabriquent eux-mêmes toutes les parties de leur armement et de leur habillement. Il est à remarquer que c'est avec des substances animales qu'ils suppléent à ce qui leur manque. Le fer des lances est fixé, à l'extrémité du bois, par des tendons de bœuf; celui des flèches, par des boyaux d'autruches; et tous leurs liens ou cordes sont de cuir tressé; les cartes à jouer, dont ils se servent, sont de cuir de jument. Quand ils manquent de couleurs pour peindre leurs *quillapis*, ou leurs cartes, ils les remplacent par le sang et le fiel des animaux, et quelques terres colorées qu'ils se procurent dans les montagnes.

Leur nourriture la plus habituelle est la chair de bœuf ou d'autruche, à moitié cuite sur la braise; ils aiment beaucoup les liqueurs fortes, particulièrement celle faite avec les cannes à sucres, macérées et fermentées, ainsi que l'infusion de l'herbe *maté* (ou thé américain). Ils habitent sous des tentes de cuir, nommées *toldos*, qu'ils changent de place chaque fois que leurs troupeaux ont consommé l'herbe des pâturages où ils se sont établis, vivant ainsi errants dans les vastes soli-

Página décima del folleto que nos ocupa. Después de señalar que su vestimenta consiste en una especie de capa con que se cubren llamada "quillapi", que usan con el pelo para adentro, se señala que ella "está pintada de ordinario con colores chillones, que forman dibujos bastante regulares, pero de un gusto algo extravagante". (Foto Schuster, 1955, negativo 1256,12).

muestran visiblemente la mano de la Providencia, interviniendo en el pronto fin desgraciado de esos dos jóvenes en quienes tenían cifradas todas sus esperanzas los autores del delito.

La persecución que se hizo a los restos de los Charrúas, fue de igual carácter, a la matanza que hemos referido. Citaremos sólo el asesinato de 12 de estos infelices, que atraídos con promesas de entregarles sus familias cautivas, vinieron a una estancia de D. Bonifacio Penda, en el Queguay, donde después de hacerles descabalar y soltar sus caballos, les cayó encima una partida que a prevención se tenía emboscada, y les quitó inhumanamente la vida, indefensos como estaban, y entregados a falsas promesas de amistad.

Por lo que respecta a la suerte que cupo a las familias de los Charrúas que cayeron en poder de Rivera, no hay como ponderar el trato bárbaro que se les dio. El Cacique Perú con otros dos fueron pasados como esclavos al dominio de un francés que los llevó a Francia a exhibirlos allí al público como se hace con las bestias extrañas y feroces. Las mujeres quedaron sujetas a un duro cautiverio, privadas de su libertad y esclavizadas en su país, cuya ley fundamental rechaza con horror la esclavitud. Y los niños fueron repartidos a manera de despojo de guerra, arrancándolos a sus madres, hasta los más tiernos. Para que se vea la exactitud de lo que decimos, no obstante ser notorio en el País, insertaremos un aviso oficial del Ministerio de Gobierno, su fecha: 29 de Abril de 1831, que se registra en el *Universal* del día siguiente, y un pequeño trozo de un comunicado publicado en dicho periódico, el 7 de Mayo del mismo año.

Dice así el aviso: "Debiendo llegar a esta capital para el Domingo entrante [Mayo 1º] las familias Charrúas de que se han de repartir las personas menores, entre los individuos que han concurrido a este Ministerio a relacionarse al efecto, se les previene que desde el expresado día y siguientes se hará el reparto en el Cuartel denominado de Dragones, con arreglo a la lista por el orden con que se han asentado y con las condiciones que les serán notificadas por el encargado para la distribución".

Trozo del comunicado: "La humanidad es la que nos obliga a dirigirnos a Vd. para que, por su periódico, sea el Gobierno instruido del estado lastimoso en que se hallan las infelices madres de los desgraciados chinitos repartidos en el cuartel de Dragones el Martes [Mayo 3] último. Varias personas, entre ellas nosotros, hemos tomado indias mayores, más para socorrerlas en su desamparo que por gozar de su posición. Estas desdichadas, contra toda consideración, contra la humanidad y religión, y opuesto a todo cuanto exista capaz de inducir a compasión, han sido despojadas

tudes de l'Amérique méridionale, comme les animaux carnassiers avec lesquels ils ont tant de similitude.

Le gouvernement de la république orientale de l'Uruguay ayant autorisé, par un décret spécial, l'extradition de quelques individus de cette tribu de sauvages, lesquels ont contracté l'obligation de rester en France à la disposition de leurs conducteurs, pendant un temps déterminé, il a été fait choix de quatre sujets, savoir : trois hommes et une femme, qui seront offerts incessamment à la curiosité publique.

Le premier est le Cacique VAIMACA, surnommé PÉRU, qui, en 1814, passa volontairement au service d'*Artigas*, avec un assez grand nombre de ses guerriers, lorsque ce farouche et sanguinaire général leva l'étendard de la rébellion contre le gouvernement constitutionnel des provinces unies de Rio de la Plata. *Artigas* ayant été vaincu et obligé de se réfugier au Paraguay, sous la protection du fameux dictateur *Francía*, Péru resta abandonné. Le général Ribéra, qui avait eu l'occasion de remarquer, chez cet individu, une grande bravoure, le garda quelque temps à la suite de son état-major, et, peu après, il lui donna le commandement d'un corps d'indigènes des missions, qui se distingua dans la guerre soutenue par les Buénosayriens contre le Brésil. Ce ne fut pas un spectacle peu curieux, pour l'armée orientale, que de voir le Charrúa Péru chargeant, à la tête de sa

“del modo más bárbaro de sus inocentes hijos. No hay corazón que pueda soportar el objeto de ver una de aquellas infortunadas llorar las horas enteras, clamar por sus chiquillos, y a veces hasta arrancarse los cabellos... Considere el padre de familia, considere el mismo Gobierno, el golpe agudo que sufra una de aquellas infortunadas, que quiera [sic] sus hijos, que después de perder el marido en el combate y caminar a pie 40 o 50 leguas, por fin de sus desdichas se le da un amo y se le arranca de sus brazos el único “objeto de sus caricias”...

“Es igualmente falso, dice Rivera, rebatiendo al Americano, que yo haya vendido un único palmo de terreno que pudiera pertenecer a los Charrúas. Nunca tuve precisión de ser generoso con la fortuna ajena, por cuanto la que me dejó mi fallecido padre me proporcionaba abundantemente con qué servir a mis amigos, y obtener otras propiedades, por trámites regulares, sin apoderarme de lo que fuese del Estado”.

Estamos ciertos que la lectura de este pasaje provocará, sin que se pueda contener, la risa de nuestros lectores. Decir Rivera que la fortuna inmensa que se le conoció fue heredada de sus padres, y adquirida por trámites regulares, sin tomar nada del Estado, es, quitándole la desvergüenza, una gracia propiamente de sainete. Esas palabras en boca del famoso depredador de la fortuna pública, del estafador incansable de amigos y enemigos, del estafalario dissipador de enormes sumas adquiridas por las vías más ilegales y escandalosas, tienen un mérito especial, y la impresión que deben causarnos exime de darles contestación. Nos limitaremos a decir que la fortuna del padre de Rivera era muy mediocre, y que repartida entre 6 o 7 herederos, no podía menos de ser muy despreciable; y que jamás en su vida se le ha visto a este eterno derrochador dedicarse a industria de ninguna clase, sino devorar y dar a devorar caprichosa y despilfarradamente caudales sobre caudales, acumulados por todo género de medios reprobados.

En cuanto a que no haya vendido campo ninguno de la propiedad de los Charrúas, ya hemos contestado a esta falsa salida. Pero niegue que ha vendido tal vez por cientos de miles de pesos propiedades rurales públicas y particulares, con cuyo dinero se ha quedado, y de que no ha dado ni dará jamás cuenta, probablemente, salvo la que dé a Dios, —cuando lo llamen a juicio.

“Tal vez que el Americano, continúa, haya oído decir que, en el año de 1835, el Presidente de la República del Uruguay vendió por

horde de sauvages, nus et montés à poil, n'ayant pour toutes armes que leurs terribles lances, mettre en déroute les bataillons brésiliens, à moitié vaincus d'avance par la terreur que leur inspiraient ces formidables adversaires. A la paix de 1819, Péru se retira, avec ses compagnons, près des rives de l'Ybicui, où il se maintint inoffensif jusqu'à la révolution de 1852, à laquelle il prit une part active en faveur de ceux qui voulaient renverser l'autorité du président. Le colonel *D. Barnabé Ribéra*, frère du premier magistrat de la république orientale, le fit prisonnier et le sauva d'une mort certaine; déjà blessé d'un énorme coup de sabre, Vainaca allait être fusillé, lorsque le colonel Ribéra, aussi distingué par son humanité que par sa bravoure, le prit sous sa protection, ainsi que quelques autres Charruas, menacés du même sort, et les fit conduire à la citadelle de Montevideo.

Quelques jours après cette action, l'infortuné colonel Ribéra fut mal récompensé de sa générosité: tombé presque seul au milieu d'un parti de ces mêmes Indiens, il fut impitoyablement massacré. Aussi, lorsque le Président, après avoir terminé la guerre civile, vint visiter la citadelle de Montevideo, encore pénétré de douleur de la mort de son frère, il fit appeler Péru, avec l'intention de lui passer son épée au travers du corps; mais le cacique, prévoyant le sort que lui réservait cette entrevue, sut l'esquiver en se tenant caché. Depuis ce temps, cet Indien ne respire

Página 12 del supradicho panfleto. "El Coronel D. Bernabé Rivera, hermano del primer magistrado de la república Oriental [del Uruguay] dice Francisco de Curel- lo hizo prisionero [al cacique Perú] y le salvó de una muerte segura; herido por un terrible sablazo, Varnacá iba a ser fusilado, cuando el Coronel Rivera, tan distinguido por su humanidad como por su bravura, lo tomó bajo su protección". (Foto Schuster, 1955, negativo 1256.14).

"más de 90 leguas cuadradas de una [sic] área de terrenos, propiedad del Estado, que el Gobernador de Montevideo, D. Gaspar, [de] Vigodet, cedió sin llenar las formalidades de la ley, al portugués D. Felipe Contucci, por servicios practicados contra los llamados patriotas; y que esos terrenos fueron, en efecto, vendidos a infinitos brasileiros [sic]. Mas en ese caso, es un engaño; pues este Presidente era el Señor D. Manuel Oribe, yerno y heredero de Contucci".

Los campos a que se refiere ese torpe calumniador en el párrafo que precede, son de legítima y exclusiva propiedad del Exmo. Sr. Presidente Brigadier General D. Manuel Oribe, que mantiene en su dominio sin haberlos nunca enagenado, y es preciso toda la audacia y vileza característica de Rivera para poner en duda la pertenencia de dichos campos, cuando la validez de los títulos de propiedad de S.E. ha sido reconocida por el Gobierno de la República, precisamente en la época en que, por desgracia de este país, era presidida por ese mismo impostor salvaje unitario Rivera.

Cerramos este artículo llamando la atención sobre los sentimientos y principios humanitarios que describe Rivera en la producción que estamos examinando. El admite como una cosa muy lícita el exterminar una sociedad de nuestros semejantes, por daños o perjuicios que nos hayan causado o puedan causar; y tiene, a gran fortuna y gloria suya, el haber sido el ejecutor de ese exterminio. No pudiera decir más Atila, cuando hacía galopar su caballo victorioso sobre las poblaciones meridionales de la Europa, convertidas en cenizas y ahogadas en sangre. Si otras pruebas faltaran, esa atroz jactancia bastaría para que nadie dudase que él ha sido el autor y el consumidor del hecho feroz, abominable, de que lo ha acusado con toda justicia el Americano de Río de Janeiro.

Las naciones salvajes no se exterminan. Se las reduce, se las catequiza, se las hostiliza; también, cuando hay que defenderse de ellas. Hacerlas desaparecer de sobre la faz de la tierra con una matanza calculada, y eso, usando de traición y de perfidia, es un crimen espantoso, un delito de lesa humanidad que debe sublevar contra él a todas las almas honradas y justas, y a todas las conciencias cristianas.

Estos 2 editoriales, al igual que los artículos de Demófilo y aún los 20 que, según ha de verse, componen la crítica "A la Nueva Troya escrita por Alejandro Dumas", tienen, evidentemente, por hallarse embebidos en la pasión partidista, algunos puntos vulnerables; pero no en lo que se refiere a la comprensión del alma del indio, al que defienden siempre frente al exterminio del hombre blanco. Esas ideas y sentimientos en sus autores, en aquella época, no sólo le dan carácter de precursores, sino que también demuestran la comprensión de sus espíritus. Claro es: que lo que dicen de Rivera, etc., es, sin lugar a dudas, en parte inexacto y/o exagerado. Es al benévolo lector a quien corresponde subsanar las evidentes injusticias e insultos que dichos escritos presentan.

A la Nueva Troya escrita por Alejandro Dumas. Refutación (9)

[PRIMERA PARTE]

[Artículo 1º]

[.....]

No es cierto que Juan Díaz de Solís fuese "Asado y comido por los Charrúas"; aquellos nunca fueron antropófagos, aunque sea cierto que pereció a sus manos el malogrado Solís. (10)

[.....]

"El nuevo Marius [Cayo Mario] -dice [Alejandro] Dumas, -vencedor de aquellos otros Teutones, que apareció a fines del último siglo, fue quien hizo una guerra de exterminio a los dueños primitivos de la costa, quienes, anonadados en tres combates, dejaron al pie de la montaña de Aceguá, un monumento para el viajero observador que puede aún ver blanquear los huesos de los últimos Charrúas; aquel nuevo Marius vencedor, era el Comandante [Jorge] Pacheco [Ceballos], padre del General [Melchor] Pacheco [y Obes]".

(9) La anónima refutación sobre La Nueva Troya de Alejandro Dumas constituida, en general, por veinte artículos de correspondencia publicados durante tres meses -del 24 de octubre de 1850 al 24 de enero de 1851-, debe ser a nuestro juicio, sin duda, una labor colectiva, en la que han intervenido, de acuerdo también a nuestra modesta opinión, más de dos periodistas. Ariosto D. González ha puntualizado acertadamente que dicha obra de Dumas no pasó inadvertida. Uno de los índices de su resonancia lo da, en efecto, el hecho de que algunas de sus frases figuraran como epígrafe del opúsculo de Andrés Lamas publicado en francés, en 1851, con el título de Notice sur la République Orientale de l' Uruguay. "Otra demostración más acentuada aún de la trascendencia que se le dio -sigue puntualizando dicho autor-, está en la extensa refutación que se publicó en El Defensor de la Independencia Americana, órgano oficial del Cerrito". En lo que para nosotros evidentemente se equivoca Ariosto D. González, es en lo siguiente: 1) En manifestar que ese escrito, que empezó a aparecer el 24 de octubre de 1850, "se extendió hasta el 27 de diciembre del mismo año"; y 2) En afirmar, en lo que respecta ahora a la paternidad del mismo, que Antonio Zinny, que da noticias de él, no indica sin embargo el nombre del autor; pero que "por los detalles que aporta sobre numerosos episodios, por la circunstancia de pertenecer el general Antonio Díaz a la redacción del periódico y por el estilo, cabe atribuirle ese trabajo". Según el mismo González, el afamado novelista de la referencia niega en dicha refutación la destrucción de los indios charrúas por las fuerzas del Capitán don Jorge Pacheco Ceballos, y señala asimismo el exceso de fantasía que hay en la afirmación de que en la faldá del accidente orográfico de Aceguá quedaron blanqueando los huesos de los últimos charrúas. "Y, precisamente -añade-, donde el comentarista traza algunas páginas más anima-

(10) ¿Díaz?, 1850-1851, Primer artículo, nº 529, p. 4, col. 2.

No sólo es risible la paradoja que hace Dumas al comparar a **Jorge Pacheco [Ceballos]** con aquel soberbio y esforzado Romano, sino que, ni este pobre hombre tuvo jamás tales tres combates con los "Charrúas", nuevos Teutones de Dumas, ni existe semejante promontorio de osamentas al pie de la Montaña de Aceguá, ni fue por aquel tiempo, ni de aquel modo, como fueron casi exterminados los "Charrúas".

La degollación de los infortunados "Charrúas" fue una bella obra, no de **Jorge Pacheco el enchalecador** (a); pero, sí, de otro bizarro caballero de la Nueva Troya, de quien hemos de ocuparnos a su turno.

Chasco llevaría, por cierto, el crédulo viajero observador que cruzara nuestros campos hasta el **Arroyuelo de Aceguá**, esperando en contemplar allí los últimos restos de los "Charrúas"; en ver blanquear, como dice Dumas, aquellos promontorios de osamentas.

das de este trabajo, es en el relato del exterminio de los indios por el ejército de Rivera; exageradas por la pasión, sin duda, pero llenas de interés humano, de vivacidad y de color". Todo esto merece un buen comentario y una amplia aclaración. Así, es para nosotros un hecho de sobra notorio y manifiesto que el grueso de lo que podríamos llamar la parte indígena de dicha refutación guarda, evidentemente, un muy acentuado paralelismo con las llamadas "Memorias" de Manuel Lavalleja, datadas en el Cuaró y en el mes de octubre de 1848. Lo mismo acontece, de igual suerte, con el segundo editorial de la serie anterior, según lo dejáramos señalado. En dicha refutación a **La Nueva Troya**, se transcribe a Dumas, cuando éste comienza a hablarnos, en realidad, del navegante español y piloto mayor del reino, don Juan Díaz de Solís. De esta manera, su anónimo autor nos aclara, por ejemplo, que los charrúas no fueron antropófagos, aunque sea cierto que a sus manos pereció el malogrado Solís. Por lo visto, sea quien fuere el autor de la expresada refutación, en cuanto a esto, ignoraba sin duda que Solís fue muerto y comido por los indios guaraníes. Por otro lado, se pone en duda el hecho bien evidente y manifiesto de que el Capitán don **Jorge Pacheco Ceballos** hubiese tenido tres combates contra los indios charrúas. Si bien nos consta positivamente que ninguno de esos tres combates ocurrió en la región de Aceguá, la circunstancia de que allí mismo se observen, en efecto, osamentas en la elevación y arroyo cuestionados, se explica empero, muy naturalmente, por los numerosos montículos tumulares y enterratorios de muy diversa índole y carácter que existen en dicha región del país y a los que se refieren tanto el Prof. José H. Figueira, en 1892, como el Ing. Mario Antonio Fontana Company, en 1955. Aclaremos igualmente que el anónimo autor de la refutación intitulada "**A la Nueva Troya** escrita por **Alejandro Dumas**" nos habla

(a) Más adelante ha de verse por qué los patriotas dieron aquel apodo a **Jorge Pacheco [Ceballos]**.

"Pero los salvajes destruidos", dice el novelista historiador de este país, "legaban al General [Jorge] Pacheco [Ceballos] enemigos de un exterminio más difícil que los indios".

Estos enemigos tan poderosos a que se refiere Dumas, eran uno que otro contrabandista que del Brasil (entonces colonia portuguesa) introducían tabaco, yerba, etc.

Jorge Pacheco, el enchalecador, no fue General ni soñó serlo, ni a tal altura habría podido llegar jamás. Fue Capitán de Blandengues, y por el tiempo a que Dumas se refiere, estuvo encargado de vigilar una parte de la frontera, haciendo correrías por ella con una pequeña partida de caballería para estorbar el contrabando. Era un Capitán de Gendarmes, como dicen en Francia; un Comisario de Policía, como decimos aquí. (11)

[.....]

en manera muy positiva de que "siete formidables tribus" eran las que "populaban este país". Por este dato, cabe agregar que esta refutación se parece al escrito de Demófilo sobre los "Charrúas"; empero, se distingue también del mismo, entre otros, por la circunstancia de que el cacique Rondó no perece en la acción de exterminio llevada a cabo por Fructuoso Rivera, etc. Además de lo dicho, Ariosto D. González informa que la refutación que nos ocupa fue reproducida por La Gaceta Mercantil, de Buenos Aires, "lo que significa que se creyó útil difundir la propaganda contra el breve libro de Dumas". Los datos que respecto de esta misma cuestión a su vez nos proporciona el erudito Prof. Jacques Duprey son, en cambio, bastante más exactos. "En el Uruguay -dice hacia el comienzo de sus muy destacados comentarios-, el diario del ejército sitiador, El Defensor de la Independencia Americana, se embarca, el 24 de octubre de 1850, en una enorme refutación anónima que finaliza recién el 24 de enero de 1851. Puede ser atribuida verosímilmente al general oribista Antonio Díaz, que será más adelante un escritor e historiador valioso. Rosas la juzgará digna de ser reproducida en su diario semioficial, la famosa Gaceta Mercantil de Buenos Aires". Debemos señalar finalmente que, tanto los artículos de Demófilo, como los dos editoriales de diciembre de 1848 y la refutación que nos ocupa, tratan las tres cosas, total o parcialmente, de los indios charrúas, son muy poco conocidas entre nosotros, al extremo que nunca vimos citadas en manera concreta las dos primeras, y si acaso fue compulsado en algunas ocasiones el último escrito a que hiciéramos especialísima alusión, ello se hizo en manera general, haciendo caso omiso de la parte referente a la supradicha parcialidad indígena. Tan sólo Ariosto D. González Jacques Duprey y Juan E. Pivel Devoto, ofrecieron una breve referencia a dicha cuestión.

(11) *Ibidem*, p. 4, col. 3.

[Artículo 2º]

[.....]

“La lucha larga, encarnizada y mortífera” que Dumas supone entre el Capitán de Blandengues y los Contrabandistas, no tuvo ni pudo tener otro carácter que el que generalmente tienen esa clase de luchas; esto es, si no hemos de suponer que por aquel tiempo invadían el país ejércitos de contrabandistas.

Esto no es, por lo demás, muy extraño en Alejandro Dumas, a quien le agradan las metamorfosis, y si no, véase cómo de Jorge Pacheco el enchalecador, hace un Marius; de los dóciles “Charrúas”, Antropófagos; (b) de nuestra Matriz, una gigantesca Catedral; y de las yerbas del Arroyuelo de Aceguá, una montaña y promontorio de huesos de “Charrúas”, que blanquean aún. (12)

[.....]

“Artigas, valiente como un viejo español, sutil como un Charrúa, “vivo como un gaucho, dice Dumas, tenía algo de las tres razas, si “no en la sangre, en el entendimiento”.

Es por cierto bien mezquina la idea que el novelista da respecto del General D. José Artigas, de quien debiera hablar con más mesura, no sólo en obsequio de la verdad histórica, sino en consideración, cuando menos, al respeto con que en todos los países del mundo es debido tratar a los hombres grandes. (13)

[.....]

[TERCERA PARTE]

[Artículo 16]

[.....]

Algo, ofrecimos decir en nuestro artículo 1º respecto de los “Charrúas”, dueños primitivos de esta tierra, a los cuales el Sr. Alejandro Dumas, autor de la Nueva Troya, hace aparecer como antropófagos que asaron y comieron a Juan Díaz de Solís.

Dijimos que los “Charrúas” nunca fueron antropófagos, y que nos proponíamos dar alguna prueba de su docilidad.

(12) Ibidem, Segundo artículo, nº 530, p. 4, col. 1.

(13) Ibidem, p. 4, col. 1.

(b) Más adelante probaremos la docilidad de los Charrúas.

En nuestro artículo 2º [sic], refutando un párrafo de Dumas, en el cual hace aparecer el novelista a **Jorge Pacheco** el enchalecador como el exterminador de los "Charrúas": -dijimos- **La degollación de aquellos infortunados indígenas fue una bella obra, no de Jorge Pacheco el capitán de Blandengues; pero, sí, de otro bizarro caballero de la Nueva Troya.**

Ese bizarro caballero de **Alejandro Dumas**, es un insigne exterminador.

Ese insigne exterminador, es el asesino de los malhadados "Charrúas".- Es **Fructuoso Rivera**: es aquel hombre de quien hemos hablado todavía muy poco, para que el que no le conozca, pueda formarse una idea aproximada de la cruel perversidad de aquel genio alevoso y feroz.

Rivera es quien perpetró aquella horrorosa carnicería que el imbécil **Melchor Pacheco** [y] **Obes** atribuyó a su padre el enchalecador, cuando hizo que **Dumas** lo presentase como el exterminador de los "Charrúas".

Melchor Pacheco y **Obes**, imbécil, vil y degradado hasta la crueldad y el oprobio, no ha tenido vergüenza ni repugnancia alguna al atribuir a su mismo padre un hecho tan inaudito de barbarie; al contrario, ha creído sin duda que se honraba pintando a su padre más asesino aún de lo que fue.

Tales son los feroces instintos de **Melchor Pacheco**, digno hijo del "enchalecador".

Nosotros, más justos que ese mismo hijo del capitán de **Blandengues**, no queremos recargar la detestable celebridad de aquel famoso asesino, con un crimen más que no le pertenece, aunque pudiera ser muy aplicable a los depravados sentimientos del nuevo **Mario de Dumas**.

No obstante, el hecho no pertenece a él, y es preciso ser exactos en puntos de historia.

Los escritores de buena conciencia, **Sr. Dumas**,/ cuando escriben sobre hechos históricos, así como cuando inventan romances, tienen marcada una ley para cada uno de los dos casos.

Para el primero, es la verdad sin disfraz.

Para el segundo, es la imaginación, las bellezas de la fantasía.

En el primer caso nos encontramos nosotros, y es por eso que de ningún modo nos creemos autorizados para faltar a la verdad

histórica, para manchar ese interesante cuadro en donde no deben pintarse las cosas sino tales cuales fueron, sin aumentar ni quitar un átomo.

En el segundo caso nos parece que os encontrais vos, Sr. Dumas, relativamente a la obra de que tratamos, porque en nuestro concepto, habeis violado la ley del novelista, que sólo le autoriza para inventar un tejido de ficciones verosímiles, y acaso, también, para buscar un apoyo en la historia; pero en esto último es donde es preciso que el escritor tenga conciencia, porque es cuando más necesita respetar esa ley que le prohíbe formar un monstruo de una historia. -Apóyese, si así lo quiere, en la historia, ligue la ficción verosímil a los acontecimientos y personajes históricos; pero no los confunda con la fábula, no los ahogue con su fantasía, porque, entonces, es indudable que la obra será deforme.

Tal es, a nuestro juicio, la Nueva Troya del Sr. Alejandro Dumas: ya sea considerada como novela, ya sea considerada como historia del sitio de Montevideo. Pero volvamos al objeto al cual nos dirigíamos, que no es otro que bosquejar la ruina de los dueños primitivos de esta tierra.

Vamos a registrar un manuscrito de que afortunadamente podemos disponer, -un manuscrito que contiene apuntes, no como esos que sirvieron a Dumas para formar su historia de la Nueva Troya; memorias son éstas de otra clase: son apuntes fieles a las declaraciones de los mismos pocos "Charrúas" que escaparon de la tremenda carnicería de que vamos a dar a nuestros lectores una exacta idea; -declaraciones de personas que presenciaron aquella matanza: documentos, en fin, destinados para la historia del País.

A la vista de este curioso manuscrito que registra, en su mayor parte, todos los principales acontecimientos porque ha pasado este País desde la conquista ¡La conquista! acabamos de escribir una palabra que no habíamos tenido la intención de estampar en este artículo; porque nunca alcanzareis a comprender, Sr. Dumas, cuán doloroso es el pesar que sentimos nosotros, los hijos de los españoles conquistadores de estas vastas regiones del nuevo mundo, cada vez que hojeamos este manuscrito de que hablamos en el cual aparecen aquellas sangrientas páginas que sólo podemos mirar horrorizados al contemplar en ellas el heroico, pero implacable y sanguinoso carácter de nuestros abuelos, los conquistadores de este País.

Sin aborrecer nuestro origen, del cual hasta cierto punto tene-

que la vengeance contre le général, et il dit qu'il ne sera content que lorsqu'il l'aura sacrifié aux mânes de ses compatriotes.

Le second Charrua est *Sénaqué*, guerrier cité pour sa bravoure. Celui-ci se mêle par fois de l'art de guérir; heureusement sa médecine est aussi innocente que peu dispendieuse, ne consistant que dans l'application de quelques topiques composés de simples, pour les cas de blessures ou de lésions extérieures, et dans des paroles et simagrées, quand il est question d'affections internes. Sénaqué a été le constant et fidèle compagnon de Péru dans toutes les vicissitudes de sa vie. Pendant la guerre contre le Brésil, il a été blessé d'un coup de lance dans la poitrine; son caractère est moins ouvert que celui de son chef, et il n'a jamais voulu se prêter aux usages créoles, ni apprendre leur langue; tandis que Péru entend et parle passablement l'Espagnol et le Portugais. Il pourra répondre à ceux qui l'interrogeront dans l'une ou l'autre de ces deux langues.

Le troisième s'appelle *Tacuabé*; il est né d'un Charrua qui s'était fixé dans la petite ville de Paysandu, sur les bords de l'Uruguay. Elevé parmi les *Gauchos* (1), il est devenu, quoique

(1) Cette épithète de Gancho (prononcez Ga-on-cho) était appliquée autrefois à des vagabonds qui vivaient dans la campagne, aux dépens des habitants industrieux: aujourd'hui elle se donne indistinctement à tout ce qui habite au-dehors des villes.

Página 13 del folleto de de Currel, "El segundo Charrúa es Senaqué, guerrero destacado por su valentía. Este se señala a veces en el arte de curar; felizmente su medicina es tan inocente como poco costosa, y no consiste sino en la aplicación de algunos tópicos compuestos de hierbas [...] y en palabras y remedios [...]". (Foto de Carl Schuster, 1955, negativo 1256.15).

mos grandiosos motivos para honrarnos, sentimos, sin embargo, una pena inexplicable al considerar la excesiva inhumanidad que ejercieron sobre los naturales de esta tierra, aquellos hombres a quienes debemos nuestra existencia.

Nuestra historia, así como la historia de Méjico, presentará a la posteridad los detalles de la sangrienta conquista de nuestros ascendientes en este País, y las generaciones venideras, ilustradas quizá por un sentimiento de humanidad más exquisito todavía que el que anima a los hombres de este siglo, retrocederán espantadas a la vista de tanta ambición y crueldad.

No obstante, esa misma historia tan sangrienta en sus primeras páginas, les mostrará también que este País es destinado por la Providencia para alimentar en su seno un pueblo libre y humano: que aquellos sanguinosos instintos de nuestros predecesores, han ido perdiéndose gradualmente en sus descendientes, y que, en la época en que escribimos, nuestra sangre está depurada ya de aquella crueldad de nuestros mayores. -Si, porque aunque nos creemos dueños de estos Países por ese bárbaro derecho de conquista de nuestros abuelos, no por eso nos juzgamos autorizados para bañarnos en la sangre de indígenas, y sólo un hombre de este País registrará la historia de este siglo que haya atentado al exterminio de aquellos mal aventurados dueños de esta tierra.

¡Ese hombre es Rival! -ya lo hemos dicho.

Es el mismo que atentó tantas veces contra la existencia de la República: es el mismo que nunca retrocedió ante consideración alguna de humanidad!.... Y, rara excepción en los hijos de estos países! Es el único que nació con instintos de destrucción para devorarlo todo, hasta su misma patria!!....

Esos mismos "Charrúas" a quienes Dumas pinta como antropófagos, fueron dóciles por naturaleza, / porque sólo por un acaso podían nacer hombres feroces en este País, donde hasta los tigres son mansos.

Los "Charrúas" siempre fueron belicosos, valientes y aguerridos, es verdad; pero esto, no quiere decir que fueran feroces.

Los "Charrúas" no pudieron ser dóciles para los Españoles que invadieron como tigres sedientos de sangre, intentando sujetar todo el País a su poder, y reducir sus habitantes a la nada.

Cuando los españoles empeñaban con los indígenas una batalla, los encontraban siempre prontos, numerosos y dispuestos a

defender con heroísmo la tierra que les pertenecía, que era suya y que ningún poder humano tenía derecho a disputarles.

La astucia, los ardides, el engaño y la perfidia de los conquistadores, triunfaban al fin del número y del valor de los dueños de la tierra.

La metralla, el degüello y las diversas atrocidades con que eran exterminados todos los prisioneros que cogían los españoles, era la persuasión elocuente que hablaba a los dueños del País.

Los "Charrúas" más y más se fueron espantando de los conquistadores: los españoles se fueron haciendo cada vez más sanguinarios: las tribus comenzaron a debilitarse a medida que perdían terreno, hasta que al fin los españoles se apoderaron de todo el País empapado en la sangre de los infelices Indios!...

¿Y podía racionalmente esperarse que las pocas y debilitadas tribus que corrían despavoridas después, por las selvas y los montes de la vasta campaña, fueran dóciles a sus verdugos?...

No era justo que derramasen con gusto y, hasta cierto punto, con satisfacción, la sangre de sus conquistadores homicidas?

¿De qué modo, pues, pudieron juzgarse feroces a los "Charrúas", cuando no fue la persuasión, la humanidad y civilización la que vino a buscarlos a su país: sino que fue la desolación, la muerte y el exterminio?

Habrá acaso algún pueblo, alguna nación que sin ser cobarde, deje de ser hasta cierto punto feroz cuando se trate de repeler a un extranjero que lo invade para usurpar el País y bañarse en la sangre de sus hijos? ¿Habrá algún pueblo, repetimos, que sea dócil a ese bárbaro sistema de colonizar?

¡Ah!, no: cualquiera otra nación, no digamos salvaje, sino civilizada, habría sido en ese caso, más feroz que los desgraciados "Charrúas".... habría perpetuado un odio justo no sólo contra sus conquistadores, sino contra todos los descendientes de aquellos.

Siete formidables tribus que poblaban este País, habían perecido víctimas del cruento furor de los conquistadores; habían perecido, decimos, porque ya de aquella numerosa indiada sólo quedaban el año 32 algunos centenares de hombres: algunos centenares de hombres que fueron también víctimas de su docilidad y buena fe, cuando fueron bárbaramente degollados por el alevoso Rivera.

Pues bien; para probar la docilidad de los Charrúas, diremos que después de aquella degollación espantosa en que sólo escaparon de la matanza 40 o 50 hombres: -que todavía después de aquella reciente carnicería, que Rivera mandó ejecutar, hubo un cristiano que pudo atraerlos a la paz y [a] la amistad.

¿Y no fueron dóciles los "Charrúas"? ¿Puede racionalmente exigirse más docilidad que la que S.E. el Presidente [Manuel] Oribe alcanzó de Cepé, cuando todavía aquel bravo Cacique estaba viéndose humeante la sangre de su nación? (14)

[.....]

[Artículo 17]

Cuando S.E. el Presidente de la República D. Manuel Oribe marchó a campaña por el año de 1837, fue informado que el corto número de "Charrúas" / que existían aún, cruzaban los campos del país huyendo de los cristianos, y siempre huyendo solían acercarse a la frontera del Brasil, perjudicando a los vecinos hacendados con las rapiñas de vacas que buscaban para alimentarse, y, sobre todo, de caballos, que necesitaban tener siempre en abundancia para hacer más rápidas sus correrías.

Deseando el Presidente de la República, por una parte, evitar al vecindario, de este y del otro lado de la frontera, los robos que los "Charrúas" cometían, y, por la otra, mirándolos a ellos mismos con un gran interés de humanidad, se propuso evitar el sobresalto de los primeros, asegurando la tranquilidad y subsistencia de los segundos.

Al efecto hizo llamar a aquella tribu errante para que se acogiese a la protección que el Gobierno le ofrecía, señalándole campos y haciendas para subsistir.

Los Caciques de la pequeña tribu, después de haber sido por tantas veces víctimas de los más alevosos engaños y perfidias, recelosos de caer en un nuevo lazo, desconfiaron, como era muy natural, del nuevo llamamiento que se les hacía; pero pudieron más que sus récelos los deseos que sentían por la paz, y la circunstancia de no ser Rivera quien los llamaba en aquella ocasión.

Agréguese a esto que jamás habían tenido motivo alguno de peja contra el General D. Manuel Oribe, y que, por aquel tiempo, S.E.,

(14) Ibídem, Tercera Parte, Artículo 16, nº 546, p. 4.

S.E. el Presidente D Manuel Oribe, íntimamente conmovido por la justicia que el valiente Cacique demandaba, le ofreció toda clase de seguridades, la alta protección del Gobierno y cuanto aquellos infelices podían desear.

El Cacique **Cepé** acompañó a S.E. hasta su Cuartel General, y durmió esa noche en la misma tienda del Presidente de la República.

Allí, el Cacique **Cepé** aceptó con manifiesta gratitud varios regalos y demostró la mayor confianza en la oferta que le hizo S.E. de un campo y haciendas para que la tribu residiese en él tranquila, y renunciando en adelante a sus correrías.

La pequeña tribu, además del Cacique **Cepé**, tenía tres Jefes más o Caciques, que habían pertenecido a las otras tribus y eran: **Barbacena**, **Rondó** y **Brown**, los cuales obedecían todos a **Cepé**.

Desde entonces, los indios no quisieron separarse del Ejército nacional; a una pequeña distancia de él marchaba siempre aquella tribu que se había propuesto aprovecharse de la ocasión de pelear unida al Ejército, contra el traidor Rivera.

Una vez que el Ejército campaba, la tribu hacía alto también a poca distancia, y, muy luego, los **Charrúas** se dispersaban para entrar al campamento, donde, familiarizados con los soldados, tenían entre ellos una multitud de conocidos a quienes amaban de corazón.

S.E. no se opuso a que los "Charrúas" siguiesen en el Ejército, por esa misma circunstancia, por esa misma familiaridad, que acabaría por docilizarlos totalmente.

Los **Charrúas** se hallaron en casi todas las batallas que se empeñaron con los anarquistas, y si Rivera no pereció a sus manos en ninguna de ellas, fue porque los **Charrúas** nunca supieron en qué punto de la línea se encontraba aquel traidor.

Por lo demás, nunca fue preciso llamarlos al combate.

Muchas veces, separados a larga distancia del Ejército y cuando menos en ellos se pensaba, atraídos por el sonido de un clarín o por la detonación de una descarga, se les encontraba peleando con bravura al lado de los soldados del Ejército: peleando contra Rivera y siempre contra Rivera, porque Rivera era el sueño de la venganza que los alimentaba!

De lamentar es que aquellos infelices se hubiesen sometido a un Gobierno humano precisamente en la época en que los hijos de este País peleaban contra Rivera; contra aquel mismo hombre al cual los "Charrúas" detestaban porque los había reducido de 400 guerreros a 35 o 40, y porque había sacrificado a sus familias. Y que todo aquello lo había hecho, no combatiendo y matando como los "Charrúas" sabían combatir y matar, sino asesinandolos traidoramente.

Por eso es que aquel puñado de "Charrúas" está casi extinguido ya, porque siempre peleando, aprovechándose siempre de las ocasiones en que las fuerzas del Ejército se batían en cada encuentro, alguno de ellos perecía y, finalmente, acabaron de anonadarse cuando, separados a larga distancia del Ejército, comprendieron que Rivera volvía a apoderarse del Gobierno del país, porque entonces ellos, por sí solos, procuraban partidas de Rivera para combatir, por morir peleando; y así fue: murieron casi todos peleando contra el autor de la matanza de Salsipuedes.

Creemos haber dado, con lo que llevamos dicho, una prueba bien notable de la docilidad de los "Charrúas" a los cuales el Sr. Dumas pinta como antropófagos.

Fáltanos sólo hacer una ligera observación sobre la ferocidad que el Sr. Dumas atribuye a los "Charrúas", y es que si los españoles conquistadores de este país, así como de los demás del Nuevo Mundo, hubiesen puesto en práctica, especialmente respecto de los Indios prisioneros que cogían, ese sistema de persuasión y humanidad que el Presidente Oribe usó con la Tribu del Cacique Cepé, no diremos que hubieran podido entonces conseguir doblegar el valor que en los "Charrúas" fué sin límites; pero, a lo menos, hubiesen evitado el que pereciesen víctimas de la más justa represalia, muchos de los conquistadores.- Fuera de que los españoles conquistadores ningún derecho tenían para sacrificar bárbaramente a sus prisioneros, en quienes, por único delito, sólo podían encontrar una virtud... ¡virtud sublime, cual es aquel valor heroico con que los "Charrúas", consecuentes a una ley suprema de la naturaleza, defendían el país donde nacieron!

Tócanos ahora pasar a describir la tremenda carnicería en Salsipuedes: aquella horrible matanza en la que cerca de 1000 víctimas fueran inmoladas a un solo pensamiento de Rivera...

Pero antes de pintar aquel sangriento cuadro, queremos pagar una deuda que para con nuestros lectores contrajimos en el artículo 12 [sic] de [la segunda parte de] esta refutación.

très jeune, bon dompteur de chevaux, et il a acquis une connaissance pratique des localités, tellement extraordinaire, qu'on serait plus certain de ne point s'égarer, conduit par lui au milieu de la nuit, que par quelque autre guide que ce fût en plein jour. Le général Ribéra, charmé de son habilité, l'avait pris pour son guide de confiance. Mais Tacuabé, ayant eu connaissance du mouvement opéré par les autres indiens de sa tribu, s'était sauvé du quartier-général, et avait rejoint les Charruas, auxquels il rendit d'importants services, jusqu'au moment où, fait prisonnier avec le reste des siens, il fut conduit enchaîné à Montevideo, où il a été gardé, les fers aux pieds, jusqu'au jour de son embarquement pour l'Europe. On a prétendu qu'au moment de sa fuite, il avait résolu d'assassiner le Président, et que c'était là la cause de l'extrême sévérité qu'on a déployée à son égard; mais rien ne prouve que cette assertion soit fondée; elle a même été démentie par le Ministre, avec lequel nous avons eu un entretien à ce sujet. Il paraît que la seule crainte de le voir employer contre les intérêts du pays le talent dont il est doué, avait motivé le surcroît de précautions prises à son égard.

Enfin, la femme qui accompagne ces trois Charruas, et qui est de la même tribu, se nomme *Guyunusa*; elle faisait partie du dernier rassemblement détruit par le général Ribéra; elle fut amenée prisonnière avec quelques-unes de ses

el Presidente de la República, combatía contra Rivera sublevado; dos circunstancias más que decidieron, al fin, a los "Charrúas" para ponerse nuevamente a disposición de los cristianos.

El Ejército de la República se hallaba acampado a la margen izquierda del arroyo de Sopas, cuando se vio llegar a la parte opuesta un grupo de 35 o 40 indios con sus mujeres y sus hijos.

Era la pequeña tribu de Cepé: -era la única reliquia de la formidable y heroica nación "Charrúa".

S.E. el Presidente de la República, D Manuel Oribe, para inspirar confianza en los indios, hacia sus buenas intenciones, se dirigió él mismo, y sin escolta alguna, hasta el sitio donde acababan de campar los Charrúas, que, como hemos dicho, se habían situado a la parte opuesta del arroyo, guardando una distancia bastante larga del Ejército.

Llegado allí S.E., el Cacique salió a su encuentro y muy pronto se vio rodeado por toda la tribu, que manifestaba júbilo y confianza.

El bravo Cacique Cepé, ante el Presidente de la República, encareció entonces con energía y marcada expresión de dolor, las repetidas traiciones y espantosas crueldades que con ellos usaron los cristianos, derramando a torrentes la sangre de los dueños de la tierra (c). -Dijo: -Que los cristianos los habían tratado siempre peor que a los caballos y a los tigres; que no sólo habían degollado traidoramente a los guerreros de su nación, sino, también, a sus mujeres y a sus tiernos hijos; recordó finalmente la horrible matanza en Sal-sipuédes; y en sus palabras terminantes, en su postura firme, en su ademán terrible, en su gesto imponente y en su mirada altiva, manifestó el Cacique Cepé toda la indignación de que estaba cargada su alma contra Rivera, autor de aquella última espantosa canicería.

El Cacique pidió, al Presidente de la República, amparo y protección para su tribu contra los tridores, y suplicó encarecidamente que se le permitiese seguir con ella el Ejército, hasta tanto que Rivera fuese exterminado.

(c) Infinidad de veces hemos hablado personalmente con los "Charrúas", y no recordamos una sola ocasión que en sus conversaciones hayan dejado de pronunciar estas palabras: Somos los dueños de la tierra.

Hablando sobre los contratos leoninos del Gobierno salvaje unitario de Montevideo, ofrecimos, si mal no recordamos, exhibir en nuestro último artículo, los nombres de algunos de los que compraron aquellas propiedades públicas, a que aludimos en el artículo 12 [sic]: y aunque éste no sea el último artículo de nuestra refutación, poco importa, en nuestro concepto, que sea en éste o en aquél, donde llenemos ese compromiso. (15).

[.....]

[Artículo 18]

[.....]

Volvamos a los Charrúas. (16).

[Artículo 19]

He aquí una parte de esas memorias que poseemos, a que aludimos en uno de nuestros artículos anteriores; uno de esos documentos fieles a la verdad que vamos a demostrar.

— “El exterminio de los **Indios Charrúas**, a principios del año “de 1831, fue, a no dudarlo, un pensamiento calculado en la más “profunda calma para/ satisfacer las usurpaciones territoriales que meditaba Rivera desde entonces, como base del dominio y preponderancia que se proponía conquistar en el país.

“La existencia de esas **Tribus** al N. de la República, en los valiosos y despoblados terrenos del **Queguay**, **Arapey** y **Cuarein** [sic], “en su mayor parte de pertenencia pública, era un obstáculo manifiesto a la ejecución de ese plan, desde que, ocupados por aquellos, no se creía posible su población ni la posibilidad de poseerlos “tranquilamente.

•Rivera acababa, a la sazón, de fundar en aquellas fronteras “con los 5 o 6 mil **Guaranices** que había arrastrado de los pueblos “de **Misiones**, la colonia militar de **Bella Unión**, cuya existencia dio “lugar o fue el pretexto para fecundas dilapidaciones del tesoro. De “esa muchedumbre organizó tres Escuadrones de Línea que consideró como el núcleo de su poder militar, dejando en reserva “en aquellos parajes una fuerza dupla, que le sirvieron eficazmente para promover la rebelión de 1830 y las demás emergencias sucesivas que lo elevaron a la primera Presidencia de la República.

(15) *Ibidem*, Tercera Parte, Artículo 17, nº 547, p. 3, col. 3; y p. 4, cols. 1-2.

(16) *Ibidem*, Tercera Parte, Artículo 18, nº 549, p. col. 3.

“El pensamiento fijo de organizar\ ese poder en aquellas fronteras para contrastar con elementos extraños la opinión Nacional que le era eminentemente adversa, disponer de las ricas propiedades rurales que existían en esa vasta extensión, no menos que de los ganados caballares que abundaban extraordinariamente en ella; a falta de vacunos, al terminar la última guerra del Brasil; los ce-
los, por otra parte, que habían infundido a los Charrúas la introducción de los Guaranices en su territorio, y las hostilidades que se hacían mutuamente, como resultado de inmemorial enemistad que reinaba entre ambos pueblos y que originó la aparición de algunos caudillos de los últimos en la Capital para quejarse ante el Gobierno provisorio de los males que les inferían sus contrarios; todas estas causas reunidas apresuraron la sanción del plan que debía en seguida conducirlos a su exterminio.

“Después de tomar Rivera posesión de la Presidencia, a fines de 1830, se ocupó seriamente y con la mayor cautela en llevarlo a cabo, cuidando de que no fuera transpirado por nadie, a excepción de [Lucas Jose] Obes, que fue un ardiente instigador de aquel pensamiento, y a quien la Providencia deparó al consumarlo, uno de los más crueles castigos.

Rivera salió de Montevideo en Enero de 1831 con pretextos ostensibles de arreglos en la campaña y defensa de las fronteras, encubriendo así el principal motivo de su marcha precipitada.

“Lo arrastraba al mismo tiempo el incentivo de/ apoderarse de los consabidos depósitos de cuerambres caballares, que existían en los Departamentos del Alto Uruguay, como producto de las faenas que hacían los mismos Charrúas y vendían a los especuladores de los pueblos vecinos, cuando no les permitían a éstos mismos, por contratos o recompensas, que captaban su condescendencia.

“Escortado de tres Escuadrones de Indios Guaranices que Rivera consideraba como los más adecuados para la ejecución de ese crimen, colocóse en las costas del Queguay, adonde [sic] se reunieron algunas fuerzas de los Departamentos del Salto y Paysandú con un gran grupo de Brasileños [sic] habitantes del de Tacuarembó, que la condujo o que le reunió su compadre Rodríguez Barbosa, que estaba en el secreto de la operación.

“La fuerza reunida constaba poco más o menos de 1.500 hombres de caballería.

“Desde allí distribuyó Rivera emisarios que procurasen a los diferentes Caciques que vagaban alarmados por las costas del Ara-

compagnes, en même temps que Péru et Sénacué. Nous n'avons pu nous procurer aucun renseignements sur ce qui la concerne personnellement; elle paraît s'être attachée au jeune Tacuabé. Du reste, ces Indiens n'observent aucune formalité dans leurs unions conjugales : chacun prend et quitte à volonté la femme qu'il a choisie, et celle-ci n'est pas plus scrupuleuse par rapport aux nouveaux liens qu'elle peut former ; la liberté la plus illimitée règne à cet égard parmi ces peuplades sauvages.

Après avoir offert à la curiosité publique cet échantillon des anciens possesseurs des Amériques, leurs introducteurs essaieront de donner une idée de leur habileté en équitation, et dans les exercices qui leur sont propres, tels que le jet du lacs et des boules, etc. Aussitôt qu'ils seront parvenus à préparer les moyens d'exécution de ces manœuvres aussi curieuses qu'extraordinaires. On les verra alors sortir de cette apathie qui semble être un des traits les plus marquants de leur caractère; et on aura peine à reconnaître dans l'Indien, atteignant à la course et se rendant maître avec ses boules, d'un cerf ou d'un chevreuil, ce même individu qui, dans d'autres moments, paraît frappé d'immobilité. Ce sera, sur-tout, en le voyant *lacer* de jeunes taureaux abandonnés à eux-mêmes dans une grande enceinte, et les renverser sur l'arène avec la plus grande facilité, qu'on sera étonné de l'adresse

“pey y Cuarein [sic] por la aparición de esa fuerza, para inducirlos con diversos halagos y promesas a que se reunieran y aproximasen a su campo con el objeto de conferenciar y arribar al establecimiento de una alianza permanente para todos los eventos de una guerra contra el Brasil, que les hizo aparecer como eminente y próxima; agregando las ofertas más lisonjeras para alejar de esos desgraciados todo sentimiento de desconfianza.

“Seducidos los Charrúas por esas ofertas-, y más que todo, por la esperanza de esa guerra con los Brasileños [sic], tan popular entre ellos desde la primera época de la lucha de la Independencia, en la que sirvieron con tanta lealtad bajo las órdenes del General Artigas, los incautos indios empezaron por concentrarse y aproximarse a las cercanías del Queguay, en número de 1.000 personas entre guerreros, mujeres y niños, anticipando como emisarios a los Caciques Perú, Rondó, Brown y otros, para que, asegurándose de las buenas disposiciones de Rivera, le prometiesen su cooperación en esa guerra contra el Brasil.

“Rivera los recibió y despidió con los mayores halagos y con demostraciones de la más cordial amistad. Consiguiendo que esa fatal ilusión, comunicada a todos los cuerpos de Indios, contribuyera a que la mayor parte buscase su contacto, estableciendo sus toldos en la costa de [!] Salsipuedes, a donde inmediatamente se trasladó Rivera con sus fuerzas, después de haber espiado y recibido noticias de todos sus movimientos”.

Demostrado ya, por los apuntes que preceden, el objeto de interés primordial que impulsó el ánimo de Rivera hacia aquel bárbaro proyecto, entraremos, desde luego, a la ejecución de él.

Preciso es advertir a nuestros lectores que, al recibir los Charrúas la invitación de Rivera para incorporárseles, se reunieron todas aquellas pequeñas tribus en un punto determinado, a fin de consultar entre sí, sobre el llamamiento que se les hacía.

No faltó quien, en aquella asamblea, alzase la voz para manifestar sus dudas sobre las intenciones de Rivera. El Cacique Polidorio y el Adivino de su tribu hicieron sentir sus desconfianzas a cada uno de los demás Caciques y a todos los Charrúas en general; hablaron de las repetidas traiciones de Rivera; de la protección que aquel daba a los Guaraníes, sus enemigos; y, en fin, de lo arriesgado que era el ir a entregarse, ellos mismos, en manos de aquel traidor.

cando inútilmente una defensa; y en medio de aquel conflicto, de aquella grande desesperación, escuchad los lastimeros y penetrantes gritos de los ancianos y las mujeres, que se confunden con el llanto de los niños; ¡mirad aquella muchedumbre de infelices indias, cómo se apoderan instantáneamente de sus tiernos hijos; cómo los estrechan a su corazón y, cubriéndolos con su cuerpo, corren con ellos, atribuladas, de un lado a otro, hasta que se agrupan detrás de sus valientes y queridos compañeros, que, desvalidos, a pie, indefensos, sin más recursos que su valor, oponen entre sus asesinos y sus amadas familias, una muralla de sus pechos, que presentan desnudos a las lanzas homicidas!

¡Vedlos caer de cien en cien, unos encima de los otros a los golpes de lanza de los Cristianos; vedlos caer nadando en sangre sobre sus mujeres y sus hijos; sobre aquel grupo de familias que perece junto con ellos! ¡mirad cómo las infelices indias, que sobreviven aún, sacuden con desesperación sus largas cabelleras y, alzando la vista al cielo con una expresión de dolor indefinible, estrechan cada vez más, a sus pechos maternales, esos tiernos y queridos hijos que quieren ocultar detrás de los guerreros, y que son uno tras otros levantados por las lanzas enemigas! (17)

[Artículo 20]

Pero ya la resistencia de los "Charrúas" es llevada hasta el heroísmo, y todos, todos van a perecer. El exterminio está decretado; los Cristianos se apiadan; las mujeres, los ancianos, los niños, todos mueren; nadie escapará de esta horrible matanza! Sólo aquellos 40 o 50 guerreros que se abren paso por entre los cristianos, y, como impelidos por la Providencia, penetran en el bosque, alejándose del teatro de la matanza; sólo aquellos escaparán a la sed de sangre que siente Rivera todavía, y Dios sabe para qué son destinados esos fugitivos, que no han tenido valor para ver ultimar a sus familias!....

Los soldados de Rivera no pueden perseguirlos porque todavía les queda mucho más que matar!....

¡Los escuadrones de caballería vuelven a cargar sobre el grupo de mujeres y niños que algunos guerreros Charrúas escudan todavía con sus pechos; inútil resistencia! muy pronto son volcados por una descarga de balas que los derriba, mientras sus mujeres y sus hijos perecen aplastados por la caballería.

(17) *Ibidem*, Tercera Parte, Artículo 19, nº 551, p. 2, col. 3; p. 3 y p. 4, cols. 1-2.

Pero, ¡mirad a ese guerrero, a ese Charrúa, a ese león, más bien, que, rodeado por su mujer y sus hijos, enristra una lanza formidable y solo acomete a la línea enemiga para abrirse paso hacia la montañal ¡ved cómo acaba de traspasar con su lanza el corazón de un oficial que se le opuso, y cómo, por encima de su cadáver, ha logrado penetrar con su familia en la espesura del bosque. ...

Este oficial, única víctima, aquel día, de los Charrúas, se llama [Maximiliano] Obes-, era hijo único de Lucas José Obes; de aquel hombre funesto que tanto instigó con sus consejos para el exterminio de los Charrúas.

En aquellos momentos en que Obes perecía, quizá por un decreto de la Providencia, no se veía ya un solo "Charrúa" de pie; todos habían sido sacrificados a excepción de aquellos pocos que lograron escapar.

Veíanse los cadáveres de los guerreros "Charrúas" amontonados unos encima de los otros, sobre los / cuerpos palpitantes aún de sus mujeres y sus tiernos hijos, sepultados en un lago de sangre!!...

Veíase a Rivera contemplar con la más profunda calma aquel espantoso cuadro, en tanto que un otro [sic] genio cruel y traidor, le felicitaba por aquella empresa.

¿Quién podía ser aquel hombre que felicitaba a Rivera a la vista de un espectáculo tan sangriento, tan doloroso? ¿Quién podía ser, lectores nuestros, aquel malvado que se regocijaba al felicitar al autor de aquella matanza? Ese hombre, que tuvo bastante calma y entereza para presenciar toda aquella carnicería, y que sus instintos no lo llevaron a solicitar humanidad de Rivera para aquellos infelices, sino que, al contrario, ayudó en la operación y felicitó después al asesino por su bárbaro atentado?

Pues bien:-

Ese hombre era Juan Lavalle.- El torpe y feroz asesino del Gobernador de Buenos Aires, del ilustre Coronel [Manuel] Dorrego!

Concluida la matanza, Rivera mandó que se internasen algunas tropas en el bosque, a fin de procurar a los fugitivos. El Cacique Perú y algunos otros, muy pocos Charrúas, fueron cogidos allí por los cristianos; Rivera los llevó consigo como el trofeo de su victoria ...

Aquella tremenda carnicería no sació los deseos de Rivera,

No obstante el entusiasmo con que el **Cacique Polidorio** y su **Adivino** hablaron- fueron desatendidos por los demás **Caciques**, que resolvieron la incorporación a **Rivera**, fascinados por las promesas de aquel y por los halagos que había dispensado a los emisarios que acababan de regresar del campo de los cristianos.

No pudiendo el **Cacique Polidorio** doblar la obstinación de los otros **Caciques**, levantó su **Toldería** y con cuantos formaban su pequeña tribu, y con todo lo que les pertenecía, se separó de los demás y fue a situarse en el **Cerro del Pintado**.

Todos los demás **Charrúas**, con sus mujeres y sus hijos, marcharon al campo que **Rivera** les había señalado.

Rivera sintió vivamente la falta del **Cacique Polidorio**, que, con los suyos, iba a escapar de la muerte que les preparaba, y tentó nuevamente atraerlo enviando dos **Charrúas** comisionados al efecto, para que le alcanzasen y le hiciesen sentir la necesidad que había de que todos se reuniesen a él para pelear contra el **Brasil**.

Los dos “**Charrúas**” emisarios de **Rivera**, dieron alcance al **Cacique** fugitivo; **Polidorio** oyó por segunda vez las proposiciones de **Rivera**; pero, por segunda vez, manifestó, también, su justa desconfianza;- y, ya sea que **Polidorio** era inspirado por la **Providencia**, o que él mismo fuese dotado de una exquisita inteligencia, el caso es que, en vez de incorporarse a **Rivera**, se puso en marcha inmediatamente con los suyos, para alejarse más y más de aquel asesino.

Los demás grupos de “**Charrúas**” se habían incorporado a **Rivera**./

Ambos campos, de **Cristianos** y **Charrúas**, estaban a la vista uno del otro en **Salsipuedes**.

Los “**Charrúas**” manifestaron a **Rivera** la necesidad que sentían de mudar el suyo, a la barra del Arroyo de **Tia Tucura**, por cuanto, en el que ocupaban, carecían de pasto y aguadas para sus caballos.

Puede muy bien presumirse que los “**Charrúas**” quisieron levantar su **Campo**, no sólo por los motivos que daban, sino porque deseaban, quizá, situarse en un lugar que les ofreciese mayores seguridades en un caso de sorpresa; y esta suposición es muy aplicable a los “**Charrúas**”, los cuales, por naturaleza, eran desconfiados y previsores.

Rivera no se opuso a la pretensión de los "Charrúas" y envió a su hermano Bernabé con una fuerza para que los acompañase en su tránsito hasta el lugar que habían elegido.

Durante la marcha de los Indios, Bernabé Rivera, con aquella viveza y sagacidad que tanto lo caracterizaban, fue entreteniéndolo a los Caciques, mientras que Rivera, con el grueso de la fuerza, se movía lentamente a retaguardia, siguiendo su marcha por la parte opuesta de Salsipuedes y a una distancia que no pudiera hacerse sospechoso a los Indios.

Muy luego llegaron los "Charrúas" a la barra del Arroyo de Tia Tucura, donde campó Bernabé y camparon los Indios, Bernabé soltó entonces toda su caballada, y los "Charrúas", confiados en aquella operación que demostraba buena fe, soltaron, también, la mayor parte de sus caballos.

Entretanto el grueso de la fuerza de Rivera, que lentamente se acercaba, vadeó el arroyo por un paso inmediato al campo de los "Charrúas", y empezó a desfilar por delante de la Toldería.

Los "Charrúas" se agrupaban para ver desfilar la tropa que insensiblemente, iba rodeando sus toldos, aunque la cabeza de la columna llevara una dirección hacia la costa y se manifestase en disposición de campar sobre aquella parte del Arroyo.

Los "Charrúas" agrupados contemplaban con tranquilidad el movimiento regular de la columna que se movía al paso, y sólo algunos más desconfiados, quizá, habían tomado sus lanzas y acercándose a los caballos, que dejaron atados por precaución.

Pero llega el momento señalado y la ruina de los malhadados "Charrúas" es inevitable...

¿Queréis comprender, lectores, toda la ferocidad de Rivera? Mirad: ved cómo la columna que hasta entonces se había prolongado a lo largo de la costa, da frente al arroyo y a una señal acordada, forma una especie de semicírculo dentro del cual quedan los "Charrúas"; y como los Escuadrones/ al toque de carga, con lanza enristrada, se abalanzan súbitamente sobre aquellos infelices Indios!

A un penetrante alarido de temor producido por la sorpresa, se pone toda la indiada de pie.

¡Ved correr a los valientes "Charrúas" de una parte a otra, bus-

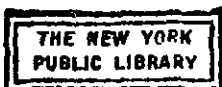
que ces sauvages déploient lorsqu'il font usage de cette arme si dangereuse dans leurs mains.

Le lac et les boules sont devenus d'un usage si général, dans les campagnes de l'Amérique, qu'un indigène ne monte jamais à cheval, sans être muni de ces deux instruments. C'est par le moyen des *boules* que fut pris le général Paz, commandant en chef l'armée unitaire; il fut *boulé* et fait prisonnier au milieu de son escorte, dans le courant de l'année 1830.

Pour donner une idée du costume et de l'équipement des Gauchôs, les Indiens seront toujours accompagnés lors de leurs exercices à cheval, par un jeune Européen qui a vécu plusieurs années parmi les premiers, et s'est accoutumé à tous leurs usages; il paraîtra revêtu du costume de ces Créoles; et, de cette manière, on aura un tableau aussi exact que possible de tout ce qui, dans ces immenses contrées, diffère essentiellement des usages de l'Europe.

Les journaux indiqueront incessamment le local dans lequel les Indiens auront établi leur *toldo* (ou tente), ainsi que les jours et heures pendant lesquels le public sera admis à les visiter.

F I N.



porque habían escapado algunos "Charrúas y su pensamiento había sido el exterminio total de aquellos desgraciados.

Concluída la matanza, **Rivera** despachó a su hermano **Bernabé** con su escuadrón de caballería de línea, en persecución de los que habían escapado de **Tia Tucura** y del **Cacique Polidorio**, que no había querido incorporarse cuando fue invitado con los demás que perecieron por su buena fe.

En el arroyo de las **Cañitas** encontró **Bernabé** al **Cacique Benado**, que con doce hombres había escapado de **Salsipuedes**. El **Cacique**, así como los demás indios, estaban todos armados de lanzas, excepto uno de ellos, que usaba su **carcax** cargado de flechas.

Fácil le habría sido a **Bernabé** el acabar con ellos, a no haberlos encontrado a la parte opuesta del arroyo, que no podía vadearse fácilmente.

Bernabé comprendió que al menor amago, los indios podían escapársele, y, entonces, tentó atraerlos a la amistad. Acercóse, pues, a la orilla del arroyo cuando aquellos se hallaban a la parte opuesta, y apenas logró hacerse oír, empezó por hacerles proposiciones de paz: les prometió campos y haciendas, y les aseguró que toda vez que ellos fuesen fieles a su amistad, les serían devueltas sus familias que existían en el **Durazno**.

Los infelices "Charrúas" desconfiaban; pero **Bernabé** redoblab sus ruegos, sus promesas, y se dio tanta maña, que consiguió al fin que el **Cacique Benado** vadease el arroyo con los suyos y se le incorporase.

Dos días permanecieron los "Charrúas" marchando al lado del escuadrón de **Bernabé**.

Al tercer día, el **Cacique Benado** le exigió que cumpliera su promesa: que le mandase entregar sus familias. **Bernabé** habló al **Cacique** con dulzura y con persuasión, y acabó por darle una carta para su hermano **Rivera**, en la cual le pedía a aquel traidor que entregase a **Benado** las familias. Pero como **Rivera** estaba entonces en el **Durazno**, **Bernabé** mandó a un oficial que, con su asistente, acompañase a los "Charrúas" como una garantía que les daba para el cumplimiento de su promesa.

Los "Charrúas", con esa especie de rehenes, marcharon más confiados.

Bernabé, con anticipación, había mandado a Fortunato Silva que, con 40 hombres, se emboscara en la estancia del viejo Bonifacio, situada en el **Queguay** arriba, a cuyo sitio el oficial que acompañaba a los "Charrúas" debía concurrirlos a una hora determinada.

Todavía no había amanecido, el siguiente día, cuando los "Charrúas", acompañados por el oficial, llegaron a el [sic] lugar de la emboscada. El oficial los hizo entrar a la cocina, donde inmediatamente encendieron fuego, porque era mucho el frío.

El oficial les proporcionó yerba y carne; con este aliciente, muy luego los "Charrúas" se encontraban alrededor de la lumbre entretenidos y sin cuidarse ni sospechar que, a doce varas de distancia, se hallaban 40 asesinos, que habían de sacrificarlos traidoramente.

Los indios habían dejado sus lanzas a la parte opuesta de la cocina; por manera que, excepto el que tenía el **carcax** a la espalda, los demás estaban completamente desarmados.

El oficial, con algún pretexto, se desvió un instante de ellos, cuando creyó a los indios más entretenidos; hizo entonces una señal a la emboscada y Fortunato Silva se precipitó rápidamente agolpando su fuerza a la puerta y a la ventana de la cocina.

Los indios, no bien habían vuelto de su sorpresa todavía, cuando ya habían sido fusilados más de la mitad por la primera descarga. En tan horroroso conflicto quisieron forzar la puerta, pero fue imposible; todos estaban desarmados y sólo el del **carcax** disparó cuantas flechas pudo sobre los asesinos, hasta que cayó muerto de un balazo, en el momento mismo en que una de sus flechas atravesaba el brazo de un soldado de Fortunato Silva./

Ese valiente, como todos los demás que murieron desarmados e indefensos, en medio de aquella terrible tribulación y de los cortísimos instantes que pudo disponer de su existencia, disparó la mayor parte de las flechas de que estaba provisto su **carcax**; y fue tanta su viveza y tan grande su serenidad en aquellos momentos, que todas cuantas flechas arrojó de su arco, se clavaron en la puerta y la ventana de la cocina, a excepción de aquella que hirió a uno de los asesinos.

En menos tiempo del que hemos necesitado para escribir este pasaje, fueron exterminados aquellos infelices!

Tal fue el fin del Cacique **Benado** y los que le seguían. -Estos desdichados, víctimas de su docilidad y buena fe, perecieron como

habían perecido sus hermanos en Salsipuedes, bárbaramente asesinados!

Poco después de este último sangriento atentado, Bernabé Rivera tuvo que marchar sobre el Cuareín [sic] con el objeto de batir al mayor [Gaspar] Tacuabé y [al indio baqueano José] Lorenzo [González,] que se habían sublevado en Bella Unión.

Bernabé persiguió a estos dos cabecillas hasta la barra del Queguay, a donde los dio alcance y, acosados, tuvieron que emigrar a la Provincia de Entre-Ríos.

Concluida felizmente aquella operación, Bernabé Rivera creyó innecesaria una fuerza que había tomado de Tacuarembó; la mandó retirar a su destino, y él, con sólo 70 hombres, continuó hasta la Bella Unión con el objeto de perseguir algunos restos que podían existir allí, de la fuerza de Tacuabé; pero como nada encontrase en ese destino, siguió registrando la costa de aquel río.

En tal operación, se encontró casualmente con los "Charrúas", que tenían sentada su Toldería en la barra de [1] Yacaré Cururú.

Los "Charrúas", por aquel tiempo, sólo componían el número de 34 hombres, que obedecían al Cacique Polidorio; pero la Toldería que Bernabé encontró entonces, sólo contenía 16 hombres con todas las familias de los demás. El resto, hasta 34, inclusive, el Cacique Polidorio, había salido hacía dos días de aquel lugar, para hacer una correría por el Cuareín [sic], y aquellos 16 que se encontraban en Yacaré Cururú, eran los ancianos y los menos aptos para las armas, que no habían sido a propósito para seguir la batalla a que habían salido los demás.

Estos "Charrúas", apenas columbraron la columna de Bernabé, levantaron la toldería y, con las familias, se pusieron en retirada a gran galope.

Bernabé, ansioso por darles alcance para exterminarlos, redobló su marcha y empezó a perseguirlos con encarnizamiento.

Legua y media había corrido por lo menos Bernabé detrás de los "Charrúas": a esa altura los 70 hombres de Bernabé se hallaban en una completa dispersión y la mayor parte de ellos habían cansado sus caballos; no obstante, la persecución de los cristianos contra los indios continuaba con empeño.

La retirada de los Indios era sistemada; las familias huían adelante y los "Charrúas" sostenían aquella retirada formados en ala.

Hemos dicho que muchos soldados habían cansado sus caballos; que la dispersión era general y que algunos se habían quedado a larga distancia a retaguardia. Pues bien; en este estado Bernabé tocaba ya la retaguardia de los diez y seis indios que huían unidos, formados en ala: y en los momentos en que Bernabé enristra su lanza para matar a uno de los "Charrúas" fugitivos, aquellos, por su movimiento más rápido que el pensamiento, vuelven su frente a Retaguardia y empiezan a lancear a los soldados cristianos, que huyen...

Bernabé huye también.

Los perseguidos se vuelven en un instante perseguidores de aquellos mismos que los perseguían.

Este cambio parece providencial, parece demostrar a Bernabé todo lo injusto y cruel que había sido pocos momentos antes.

Bernabé huye.

Los "Charrúas" ahora le persiguen; pero le persiguen con aquel valor, con aquella celeridad, con aquel arrojo inaudito, que los hace tan temibles.

Bernabé huye, -los soldados que más próximos a su persona le acompañaban han desaparecido ya, uno tras otro, hasta quince; han sido derribados sucesivamente de sus caballos, por las lanzas de los bravos "Charrúas"!...

Bernabé huye, y ve delante de sí, la sepultura que él mismo acaba de abrirse! ...

Pero no: -Rodó el caballo de Bernabé y apenas el fugitivo queda desmontado cuando se ve rodeado por los 16 "Charrúas" que le perseguían.... Entonces, el soberbio Coronel Rivera comprende su destino.... En su desesperación echa una mirada al cielo... y ve allá escrito un decreto providencial cuyo cumplimiento es inevitable!!!...

El Coronel Bernabé Rivera es prisionero de los "Charrúas"; quince Cristianos perecieron en pocos instantes, y uno solo de los 70 no habría quedado con vida, si el prisionero que acaban de coger no valiese para ellos más que todos los que pudieran alcanzar.

La persecución de los "Charrúas" cesó en aquel punto.

Bernabé Rivera fue rodeado inmediatamente por/los "Charrúas", sus mujeres y sus hijos, que formaron un gran círculo en derredor del Coronel prisionero.

Pero aquella reunión tomó, desde luego, el carácter de un consejo y el juicio de Bernabé empezó.

Bernabé, sentado en el suelo, con la cabeza baja y los brazos cruzados, esperaba resignado la sentencia...

Los "Charrúas" que le rodeaban, unos de pie, -y otros sentados, le dirigían la palabra, todos indistintamente.

¿Por qué, le decía uno, has acabado con nuestros hermanos, y con nuestras mujeres y [con] nuestros hijos en Salsipuedes?

¿Qué mal te hicieron, decía otro, para que los matases traídoramente?

Bernabé guardaba silencio.

¿Por qué hicisteis matar al Cacique Benado y a aquellos otros, nuestros hermanos, en el Queguay?, preguntaba otro.

En fin, fueron tantos los justos cargos que los Charrúas hicieron a Bernabé, individualizando cada uno su acusación, uno preguntándole por este, el otro por aquel, etc., que sería necesario escribir mucho para pintar aquel juicio con todos sus pormenores.

Un indio Misionero, cuyo nombre era Javier, el cual vivía muchos años hacía con los "Charrúas", fue de opinión que debía conservarse vivo a Bernabé para obligar a Rivera que le entregase sus familias que conservaba en su poder.

Todos los demás indios fueron de diversa opinión: pidieron todos, hasta las mujeres, la muerte de Bernabé.

Bernabé, viendo que era imposible evitarla, ofreció a los "Charrúas" todo cuanto pudiesen o quisiesen exigir, y les dijo finalmente: "si Vds. me salvan la vida, les haré entregar inmediatamente sus mujeres y sus hijos que están en poder de mi hermano".

A esta proposición, que fue la señal de su muerte, los "Charrúas" contestaron: -y las que tú y tu hermano han mandado degollar, ¿quién nos las volverá?... Entonces, el "Charrúa" Joaquín atravesó de una lanzada el pecho del coronel Rivera, y, a su ejemplo, todos los demás clavaron en él sus lanzas...

Murió el bizarro Coronel Rivera, y los "Charrúas", después de haberle cortado la nariz, le arrancaron las venas del brazo derecho.

Joaquín, el primer "Charrúa" que lo lanceó, envolvió en su lanza algunas de aquellas venas para ser invencible.

Los demás se ataron a la muñeca del brazo derecho, las venas y nervios de Bernabé para tener más poder. -Tal era la superstición o la creencia de los "Charrúas".

En seguida arrastraron el cadáver del Coronel Bernabé Rivera hasta un pozo de agua, donde le sumergieron la cabeza, dejando el cuerpo fuera....

Los venideros, en las edades futuras, leerán en la historia de estos tiempos, el pasaje que ligeramente acabamos de escribir, y, al registrarlo, comprenderán que, ese valor inconcebible de los "Charrúas", sólo pudo ser atacado por la astucia, la intriga y la traición, y que, el exterminio de aquellos dueños de esta tierra, es un ejemplo tristísimo y deplorable, que sus torpes asesinos han legado a la humanidad de esas generaciones venideras. (18)

(18) *Ibidem*, Tercera Parte (Conclusión), Artículo 20, nº 552, p. 2, col. 3; y pp. 3-4

"En la resistencia invencible de Montevideo contra el tenaz asedio de las fuerzas mandadas por [Manuel] Oribe [y por su aliado Juan M. de Rosas] -ya lo ha dicho, desde el año de 1941, el señor Ariosto D. González en su "Prólogo" a la última edición que en el tiempo conocemos de La Nueva Troya-, no hay lucha de más violenta exaltación que las infatigables batallas de prensa".

Mientras que en la ciudad sitiada y asediada por el ejército enemigo el pequeño libro de Alejandro Dumas no constituyó sino un capítulo mas, uno de sus muchos eslabones, dentro de esa infatigable y hasta encarnizada y tenaz lucha, en el campo sitiador y campamento de Manuel Oribe se publicó, precisamente en refutación de aquel libro, desde las columnas de *El Defensor de la Independencia Americana*, del Miguelete, la crítica intitulada "A la Nueva Troya escrita por Alejandro Dumas (que luego, a poco, se juzgó conveniente reproducir in totum en La Gaceta Mercantil, órgano semi-oficial de Rosas, en Buenos Aires).

Ya hemos señalado, además, que la refutación de la referencia se extendió en el tiempo desde el 24 de octubre de 1850 hasta el 24 de enero de 1851, y que la misma se halla constituida, en general, por veinte nutridos artículos divididos en tres distintas partes de un fondo esencialmente político y polémico.

Tócanos añadir ahora algunas palabras, aunque más no sea brevemente, acerca del contenido etimológico y de las distintas ediciones que el pequeño libro que nos ocupa, de Alejandro Dumas, tuvo en épocas muy diversas y en distintos países del Viejo y, sobre todo, del Nuevo Mundo.

Ante todo debemos señalar que se conocen varias ediciones de esta obra intitulada *La Nueva Troya*: en libro, unas, y publicadas a través de los diarios las restantes.

Entre las primeras hemos de destacar, fundamentalmente:

1) *Montevideo ou une nouvelle Troie*. -París, Imprimerie Centrale de

Napoleón Chaix et Cie, 1850 (174 páginas, divididas en 6 capítulos, en 89).

2) *Montevideo ou une nouvelle Troie.* -Paris, Imprimerie Centrale de Napoleón Chaix et Cie, 1850 (167 páginas, divididas en 6 capítulos, in 12°)

3) *Montevideo o la Nuova Troja.*- Genova, Dada Tipografia Moretti, 1850 (151 páginas).

4) *Una nueva Troya, por Alejandro Dumas.* Imp. Uruguayana, Montevideo, 1850 (104 páginas divididas en dos partes, sin indicación de capítulos):

5) *Montevideo o una Nueva Troya.*- Montevideo, Imprenta y Librería del Plata, 1893 (135 páginas).

6) *Montevideo o una Nueva Troya.* Claudio García y Cía.- Editores. Montevideo, 1941.

7) *Montevideo, o la Nueva Troya.* Los libros del mirasol. Buenos Aires, 1961.

Entre las ediciones segundas -o sean: las realizadas en los diarios- cabe a su vez señalar, por su lado:

1) La publicada en el *Messenger de Montevideo*.- Montevideo, 1850;

2) La impresa en *El Correo de la Tarde*.- Montevideo, 1850; y

3) La registrada en *El Partido Colorado*.- Montevideo, 1882 - 1883.

Y todo lo expuesto sin contar con el hecho de que lo esencial del texto de *La Nueva Troya*, con leves cambios, se encuentra inserto en las numerosas ediciones francesas, españolas y portuguesas de las llamadas *Memorias de Giuseppe Garibaldi*, traducción "libre" por Alejandro Dumas.

(Por mayores datos véase el "Prólogo" de Ariosto D. González en las ediciones de 1941 y 1961 de *La Nueva Troya*; el libro Alejandro Dumas, *Rosas y Montevideo* por Jaques Duprey y los dos tomos de la *Bibliografía de Artigas* de María Julia Ardao y Aurora Capillas de Castellanos).

Una vez expuesto todo lo que antecede, tócanos a continuación indicar de manera concreta las partes del contenido de *La Nueva Troya* en que se desarrolla el tema etnológico; esto es: las referencias, en ella agrupadas y reseñadas, referentes a los charrúas, indios, aborígenes, indígenas o primitivos habitantes del territorio del Uruguay.

Acerca de este interesante particular, debemos decir que Alejandro Dumas, en el primer capítulo de los seis en que ha dividido su obra, dice ante todo, al respecto, lo que sigue:

"Fue Juan Díaz de Solís quien, hacia los comienzos de 1516, descubrió la costa y el río de la Plata. Lo primero que vio el vigía fue el Cerro. Lleno de alegría, gritó en lengua latina: *Montem videu!* De ahí el nombre de la ciudad cuya maravillosa historia vamos a esbozar rápidamente.

"Solís, ya orgulloso de haber descubierto, un año antes, Río de Janeiro, no gozó mucho tiempo de su nuevo descubrimiento. En efecto, habiendo dejado en la bahía dos de sus navíos, y habiéndose internado con el tercero por la embocadura del río, engañado por las señales de amistad que le hacían los indios, cayó en una emboscada, fue muerto, asado y comido al borde de un arroyo que, todavía hoy, en memoria de esta terrible aventura lleva el nombre de arroyo de Solís.

"Esta horda de indios antropófagos, muy valientes, por lo demás, pertenecía a la tribu primitiva de los Charrúas, que era la dueña del país, como en la extremidad apuesta del gran continente, lo eran los Hurnoes y los Sioux.

"Tanto resistió esa tribu a los españoles, que éstos se vieron obligados a construir a Montevideo en medio de combates todos los días y sobre todo de ataques todas las noches. De tal manera, y gracias a esta resistencia, Montevideo, que cuenta apenas cien años, es una de las ciudades más modernas del continente americano.

"Pero hacia fines del siglo último [XVIII]. llegó un hombre que hizo a estos primitivos dueños de la costa una guerra de exterminio en la cual

fueron aniquilados; los tres postreros combates, durante los cuales, como los antiguos teutones, los charrúas colocaron en el centro a las mujeres y a los niños mientras ellos caían sin retroceder un paso, vieron a los últimos guerreros de la raza; y monumento de esta suprema derrota el viajero, que sigue paso a paso la civilización, esta gran diosa que, al igual que el sol, marcha de oriente a occidente, podrá ver aún hoy blanquear, al pie de la montaña de Aceguá, los huesos de los últimos Charrúas.

"Este otro Mario, vencedor de estos otros teutones, era el comandante de la campaña, Jorge Pacheco, padre del general [Melchor] Pacheco y Obes, actualmente en misión especial de los Montevideanos ante el Gobierno francés."

Varios son los comentarios que se nos ocurren en torno y relación a los párrafos hasta aquí simplemente transcritos.

Entre otros:

Que la referencia a Montem videu!, aunque en el fondo inexacta, correspondería más bien a la expedición de Hernando de Magallanes (1520); que dicha etimología del nombre Montevideo, por lo demás, es falsa.

Además de esto, Solís no descubrió Río de Janeiro ni hizo ese pretendido descubrimiento "un año antes", ni tampoco fue muerto junto al arroyo que lleva su nombre, ni siquiera por los indios Charrúas, etc., etc.

Hemos de decir ahora que en los párrafos que siguen a los que especialmente hemos transcripto y comentado, se encuentran algunas otras breves referencias, aunque ya de manera cuantía, acerca del tema de los indios charrúas.

Nos es grato reproducir aquí dichos párrafos:

Pero, los salvajes destruidos, dejaron en legado al comandante Pacheco, otros enemigos más tenaces, mucho más perjudiciales, y, sobre todo, mucho más difíciles de exterminar que los indios, si se tiene en cuenta que aquellos estaban sostenidos, no por una creencia religiosa que se debilitaba día a día, sino, al contrario, por un interés material que día a día iba aumentando. Esos enemigos eran los contrabandistas del Brasil.

"El sistema prohibitivo era la base del comercio español. Existía, pues, una guerra encarnizada entre el comandante de la campaña y los contrabandistas, que, ora por astucia, ora por fuerza, trataban de introducir al territorio montevideano sus telas y su tabaco.

"La lucha fue larga, encarnizada, mortal. Don Jorge Pacheco, hombre de fuerza hercúlea, de talla gigantesca, con un inaudito sentido de la vigilancia, había llegado por fin, él así lo esperaba, por lo menos, no a aniquilar a los contrabandistas como lo había hecho con los Charrúas, eso era imposible, pero sí alejarlos de la ciudad, cuando repentinamente aquellos reaparecieron, más audaces, más activos y más fuertemente unidos que nunca en derredor de una voluntad única, tan poderosa, tan valiente, y, sobre todo, tan inteligente como podría serlo la del comandante Pacheco.

"El comandante de la campaña envió sus espías por el campo y obtuvo así informes sobre las causas de esta recrudescencia de hostilidad.

"Todos retomaron pronunciando el mismo nombre: Artigas.

"Era éste un joven de veinte o veinticinco años, bravo como un viejo español, sutil como un Charrúa, alerta como un Gaucho. En su persona se confundían tres razas y si éstas no se mezclaban en su sangre, por lo menos alentaban en su espíritu".

Como vemos y según de este modo puede apreciarse con toda comodidad por cuanto dejamos transcripto a lo largo de este Apéndice VI, lo que con toda lógica y razón podríamos llamar la "parte indígena" o la "parte etnológica" de la anónima refutación publicada en El Defensor de la Independencia Americana, del Miguelete, supera largamente, en mucho y con creces, el espacio dedicado y destinado a los indios charrúas por Alejandro Dumas en su pequeño libro sobre La Nueva Troya.

Documento Nº VII

Una crítica de "O Americano", de Río de Janeiro, de 1848, sobre la actuación desempeñada por el General don Fructuoso Rivera, que vio la luz en medio de una interminable polémica acerca de los asuntos entonces frecuentes y demasiado en boga généricamente denominados "La cuestión del Plata"; y dos réplicas, en torno a dicho interesante tema específico, al respecto publicadas en idéntico año, en el "Iris" de la misma ciudad. (19)

A) Breves fragmentos de la crítica formulada por "O Americano" al "Iris", impresos en Río de Janeiro, en octubre 7 de 1848.

Ao Iris

Força nos é quebrar o propósito que havíamos formado de não mais occupar-nos dos artigos do Iris sobre a questão do Prata.

[.....]

E com tudo eis-nos outra vez occupando-nos com o contemporaneo; obrigam-nos a este sacrificio suas doutrinas anarchicas, que, como escriptor publico, nos impende a obrigação de repelil-as em serviço de nosso paiz em que são pregadas.

(19) Téngase muy presente que los escritos que aquí reproducimos en un todo o en parte, haciendo una meditada selección, datan del año de 1848 y fueron publicados en los periódicos O Americano e Iris, de Río de Janeiro. Estudiados por quien esto escribe en el mes de julio de 1953, fueron más tarde copiados a mano -al igual que la interminable "Cuestión del Plata" (polémica múltiple cuanto extensísima, entre los ya mencionados periódicos cariocas)- por quien esto escribe en unión de Dyothime N. Rodríguez de Figueira, en los meses de julio-agosto de 1961; pues en esos momentos (por desperfectos en la respectiva máquina) fue imposible obtener microfilms. Los reproducimos tal cual, respetando al máximo el original y evitando en lo posible las erratas de imprenta. No creemos del caso tener que traducir por ahora estos importantes artículos. Tampoco corregimos los arcaísmos que evidentemente existen por doquier, pues dichos arcaísmos son, desde luego, propios del año 1848 y de la época a que en general los expresados escritos corresponden. Por lo demás, parecerían existir dos distintos estilos idiomáticos en los fragmentos que reproducimos: a) un estilo típico, en parte del riograndense; y b) otro del norte brasileño de entonces (portugués más puro) o, muy posiblemente, además, de un oriental radicado en el Brasil. Cabe señalar asimismo, como ya lo indicara Domingo Faustino Sarmiento, que "El Defensor de la Independencia Americana en el campamento de Oribe, O Americano en el Brasil, Le Courier du Havre y La Presse en Francia, estos cuatro

[.....]

Faz o redactor do *Iris* a apologia de [Fructuoso] Rivera, e por seu desejo seria este caudilho relatado para a numero dos Deuses; não nos é isto admiração, se ha feito o elogio de outras causas semelhantes.

"Nem os proprios inimigos de Rivera, (diz o amigo deste general) negam que como caudilho, como membro do governo, elle haja sido humano e generoso e tentando sempre o caminho da civilisação".

periódicos y La Gaceta Mercantil [de Buenos Aires] cuestan a la República Argentina más de cuarenta mil pesos al año". Ello vale decir, igualmente, que para tener un panorama más completo e imparcial de la supradicha "Cuestión del Plata", sería menester la compulsa de esos periódicos como, así también, de los de Montevideo, propios de la ciudad sitiada (*El Correo de la Tarde*, *El Porvenir*, *El Comercio del Plata*, *Le Patriote Français*, *Le Courrier de la Plata*), donde pueden encontrarse abundantes reproducciones y/o comentarios diversos de los escritos salidos a la pública luz en Río de Janeiro, tanto en *O Americano* como en el *Iris*. En cuanto a los arcaísmos a que hiciéramos especial referencia, a simple título de ejemplo, ellos rezan como sigue, considerando únicamente la primera parte o el comienzo de dichos fragmentos:

1) occupar-nos	ocupar-nos
2) anarchicas	anárquicas
3) escriptor	escritor
4) repelil-as	repeli-las
5) paiz	país
6) redactor	redator
7) elle	ele
8) elle haja sido humano	ele tenha sido humano
9) comtanto	contanto
10) Expol-a-emos	Expô-la-emos
11) sobresaíia	sobressaia
12) Bellalissimos	bellacissimos
13) europeo	européu
14) aliados	aliados
15) delles	deles
16) gangear	ganhar
17) segui	seguir
18) semular-se	simular-se
19) juntal-os	juntá-los
20) cair-lhes	cair-lhes
21) exterminál-os	exterminá-los
22) projecto	projeto
23) desoccupados	desocupados
24) immediatamente	imediatamente
25) Mas si	Mas se
	Etcétera, etcétera.

Humano Rivera?! Pois bem; concordaremos, contanto que nos diga que é humanidade um da seus tantos feitos-a destruição dos Charruas. Expol-a-emos, inda que mui breve.

Entre as tribus indigenas que os descobridores do Prata, acharam em sua margem oriental, sobressahia a dos Charruas: bellalissimos, nunca dobregaram a cerviz ao dominio europeu.- Habitavam ultimamente os campos do norte do Estado Oriental e eram aliados de Rivera.- Seus campos, 'ferteis por desgraça delles, foram vistos bon meio de gangear dinheiro com a sua venda, mas para isto força era dar cabo da tribu.- A traça que com este fim seguio Rivera foi semular-se desavindo com os Charruas, procurar ao depois sua amizade juntal-os n'um ponto para ferirem pazes, á moda do gentio; e então quando desarmados e entregues á boa fé dô seu amigo, cahir-lhes um exercito e exterminar-os. Executou o projecto como o havia traçado, e da tribu dos Charruas sobreviveram apenas vinte, que para a Europa foram levados como objecto de curiosidade.- Desoccupados os campos foram immediatamente vendidos a Rio Grandenses: quiçá deste dinheiro, e de outro havido de igual forma haja sido Ri-/vera generoso. Mas si este feito, que levamos mencionado é de humano, deixamos á consciência do redactor do Iris jugal-o.

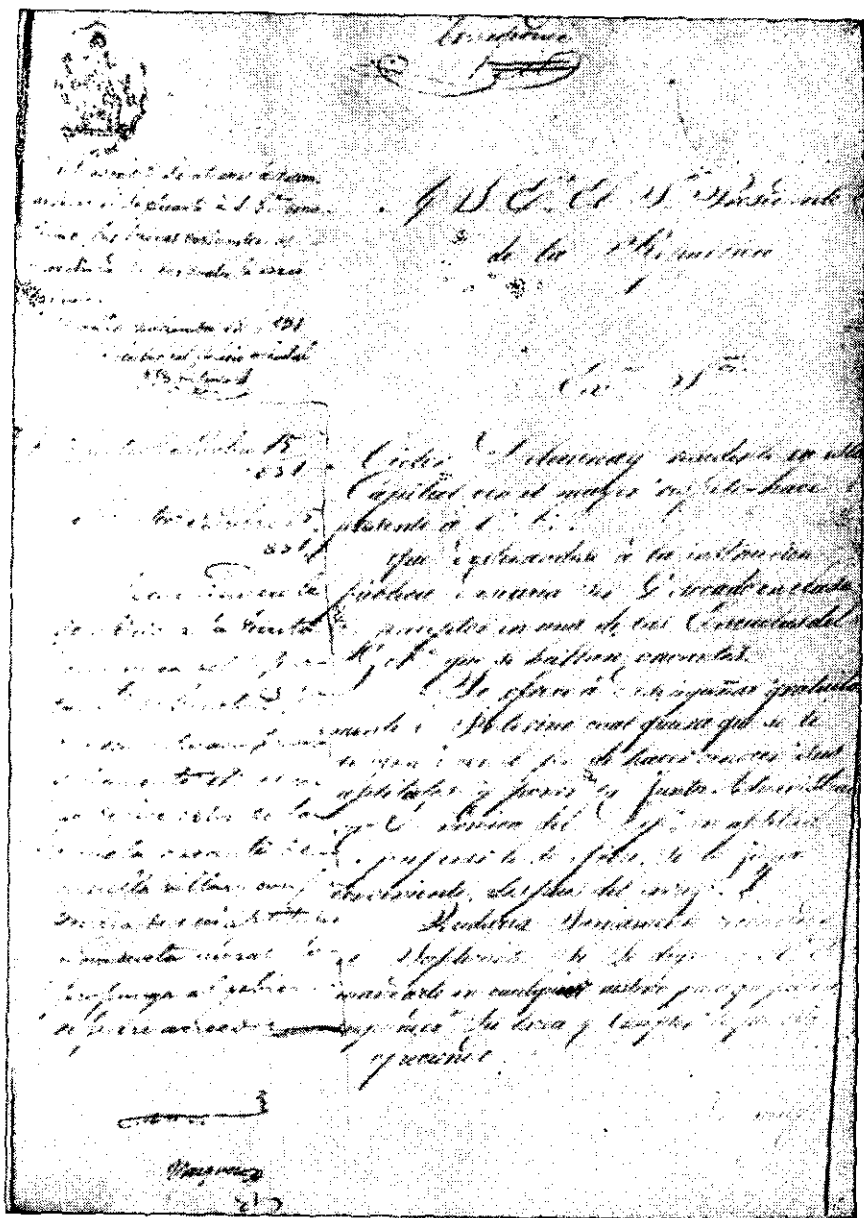
Rivera promotor da civilisação! E' proposição de que elle proprio se ha de admirar.

Já mostramos as tendências de a vida deste caudilho e de sua facção: Rivera ha sido como com justiça o chaman um unitario, o dissolvente de toda a sociedade, o representante de um principio que no comengo de todas sociedades luta contra a organização dellas -e o seu triumpho no Estado Oriental o mais serio embaraço para todas as relações nacionaes.

[.....]

B) Escuetos trozos de la respuesta dada por los redactores del "Iris" a la aludida crítica de "O Americano"; en torno a idéntico affaire.

Se nos-houvessem informado do que o Americano fôsse sectario do Grão Lama, intenderíamos que, imaginando na Asia o seo supposto Estado Oriental, se-deixasse allucinar por fabúlas e visões, imitando aquelles espiritos phantasticos, que estabelecem extravagancias, para formar a historia das aberrações de rasão humana. meio de ter o povo debaixo de suas leis. Affirmando porém o nobre collega, que é brasileiro, e não precisando emprehender a viagem do Thibet, assombramo-nos das equívocações em que incorre, pa-



Solicitud de Víctor Delaunay al Presidente de la República de noviembre 12 de 1831. Adviértase, en la parte superior izquierda, una recomendación de F. de Cúrel, Director del Colegio Oriental, y, más abajo, el decreto marginal de Santiago Vázquez, que destinó a Delaunay al departamento de Canelones, para ser colocado provisoriamente en el cargo de preceptor de la escuela de aquella villa. — Archivo G. de la Nación, Montevideo. (Foto Gerardo Ipar, 1959).

ra n'ellas fundar doutrinas, cuja applicação/poderia fazer, não só áquelles contra quem escreve, mas precisamente em proveito dos que favorece: porque a tactica dos que, com o seo exemplo o-ensinarão a defender-se, o-obriga a seguer o systema d'aquelle bom sermonario, imitador de frei Thomaz, que suppunha sacar assim mais partido dos fieis ouvintes: "Praticae como vos-digo, filhos meos, e facei a vista grossa. ao que eu faço!"

Custa a disinlaçar a meada do famoso numero do *Americano*, de 7 do corrente [mez de outubro do anno de 1848]. Improba, e talvez improficua tarefa seria seguil'-o, no seo transmudar das cousas e dos tempos, confundir'as circumstancias, e exultar com os collarios d'esse jôgo. E'gôsto ver como a si mesmo se-applauda, ao deduzir as consequencias, que suppõe favorecer os seos afilhados: *Laudibus nimis extellere, in debitis encomiis prosequi*.

Todavia lá surge um facto de vez emquando. Por exemplo quando o collega lamenta, ter de cahir sôbre o general [*Fructuoso* Rivera (porque demasiado cahido está), semque precisemos repetir que não escrevemos para defender ou maltractar pessoas, e que nem sustentando parcialidades nem clubs, só advogámos o que se-nos-antolha justo.

Doe-se o *Americano* de haverem sido aniquilados os Charruas, e dá-nos de corrida uma lição com esses bellalissimos, que nunca dobraram cerviz ao dominio europeu. E'tal a sua afflicção que não affec'ta a sangue por elles derramado; e esquece a expedição ao Deserto, é outras carnificinas, de que ha tantas chronicas, que honram a humanidade.... Entretanto confessámos não poder intiar em assumpto, cujos pormenores ignorámos, porque nos não vanagloriámos de intendedores de todos os negocios do Prata.

[.....]

Aqui ficaremos por hoje. Continue o *Americano* com o seo systema, que não terá força para desviar o Iris do seo Nesta ordem de/discussões. Não recuámos ante o que é digno de uma replica rasoavel, prudente; e abandonamos ao juisso dos leitores a deducção logica dos argumentos, palavras e actos, com que combatemos factos, deixando incolumes as pessoas e opiniões que não são da nossa alçada; quanto á nos, reconhecendo aos contemporaneos o direito de proceder como acharem conveniente, timbrámos em, quando muito, criticar, mas nunca ferir, por isso mesmo que respeitámos a honestidade, como uma das mais sagradas cousas da terra.

[.....]

[illegible]

John Edward

Alcanta protuberante y de protuberancia
Alc. protuberante y de protuberancia

Comunicación u oficio de José Ellauri, Ministro secretario de Estado en el departamento de Gobierno al Jefe Político y de Policía de Montevideo, don Daniel Vidal, del 18 de diciembre del año de 1830, en la que se transcribe el decreto dictado ese día, durante la presidencia de Fructuoso Rivera, al acceder a la feliz idea propuesta por don Francisco de Cured, que motivó que el gobierno de la república designara la entonces Casa de la Policía -"local decente y cómodo", según reza dicho decreto- para el establecimiento del Colegio Oriental de los cónyuges Francisco y María Luisa de Cured. Archivo General de la Nación, Montevideo.- (Fotografía de Gerardo Ipar, 1939).

C) Reproducción íntegra de una carta del General don Fructuoso Rivera sobre idéntico tema, fechada en Río de Janeiro el 30 de octubre de 1848 y publicada a poco, de igual suerte, en el mismo número del "Iris" de la réplica anterior

Sr. Redactor do IRIS.

E' meo dever començar por manifestar a V. os testemunhos de minha gratidão pela benevolencia, com que se-ha dignado tractar-me em seo illustrado periodico. Se desde a revolução de 1810, muitos de meos actos têm/sido adulterados por meos inimigos, tambem muitas vezes devi a imprensa da America e da Europa a justiça de desvanecer com a exposição dos factos as inexactas imputações, como o-provam centos de documentos firmados por pessoas, das que hoje se-empenham em deprimir-me, e como o-demonstrou o sr. **D. André Lamas**, actual ministro de Montevideo n'esta côrte, n'uma recopilação de documentos, que publicou o **Nacional**, nos annos de 1845 e 1846, para desinvolvimento dos apontamentos historicos, que ainda que incompletos no essencial da parte administrativa, dão os meios de desapaixadamente seme-julgar.

Não pude pois ler sem espanto as calúmnias de que o Americano, no seo nº 110, teve a precipitação de se-tornar intérprete. Pelo que toca ás minhas tendencias **descivilisadoras**; ao meo **elemento dissolvente**; ao juizo que hoje de min formam os meos mais figadaes inimigos, inda hontem meos panegyristas; deixarei tudo sem resposta: não assim o seguinte parographo:

"Humano **Rivera**?! Pois bem; concordaremos, comtanto que "nos-diga que é humanidade um de seos muitos feitos -a destruir-ção dos **Charruas**. Expol-a-emos, inda que mui breve.

"Entre as tribus indigenas, que os descobridores do Prata acharam em sua margem oriental, sobresahia a dos **Charruas**: bellalissimos, nunca dobraram a cerviz ao dominio europeu. Habitavam ultimamente os campos do norte do **Estado Oriental** - e eram alliados de **Rivera**. Seos campos ferteis, por desgraça d'elles, foram vis-tos bom meio de grangear dinheiro com a sua venda, mas para isto fôrça era dar cabo da tribu, A traça que com este fim seguiu **Rivera** foi simular-se desavindo com os **Char/ruas**, procurar ao "depois sua amisade, junctal'-os n'um ponto para fazerem pazes, á moda do gentio; e então, quando desarmados e intregues á boa fé do "seo amigo, cahir-lhes um exército e exterminal'-os. Executou o projecto como o-havia traçado, e da tribu dos **Charruas** sobreviveram apenas vinte, que para a Europa foram levados como objecto de curiosidade. Desoccupados os campos, foram immediatamente vendi-



El General don Fructuoso Rivera, según un dibujo realizado en base a un daguerrotipo obtenido en Río de Janeiro, probablemente hacia el año de 1848, época en que publicara en el *Iris* de dicha ciudad, su afamada carta sobre el exterminio de los charrúas. A pesar de las manifestaciones adversas a ese luctuoso episodio en la vida de Rivera y contenidas sobre todo en nuestros apéndices IV, V y VI, la destrucción de esos indios por aquel general fue, no obstante, como lo han reconocido algunos eruditos. historiógrafos, “un acto de buen gobierno”

"dos a Rio-Grandenses: quiçá d'este dinheiro, e de outro havido de "egual fórmula, haja sido **Rivera** generoso. Mas se este feito, que levamos mencionado, é de humano, deixâmos á consciencia do redactor "do **Iris** jugal'-o."

Tenho deixado passar, sem correctivo, muita explosão de pãrtido, muito phrenesi de paixões; mas d'esta vez a accusação é horrivel, e feita no paiz onde tenho soffrido muitas perseguições, pelo furor de meos inimigos, de que me-acaba de libertar a justiça do govêrno imperial, concedendo que se me não incomode mais. Não devo pois consentir que o silencio auctorisze essa gratuita falsidade.

Facil me - fôra mostrar ao Americano - quaes sejam todos os terrenos ao norte do **Estado Oriental**, os que os possuem e como os -adquiriram; provando-lhe assim quão mal informado está no que escreveu; -que ali, no tempo a que se refere, não tinham os **Charruas** propiedade de especie alguma, nem foram senhores de outras terras do que as que pisavam.- Poderia occupar-me do que foram os **Charruas**; -dos immensos males que, de tempo immemorial fizeram a republica e ao Brasil; -de suas depredações e ferocidades, -dos esforços vãos, feitos por varios governos, para os-subjugar; -do nobre sangue por elles derramado, no qual avulta o de meo irmão **Bernabé**, do joven/ [Maximiliano] **Obes**, do tenente coronel [Pedro] **Bazan**, e de outros muitos orientaes; -e de quanto enfim foi patente para que o govêrno constitucional de accôrdo com as camaras legislativas, resolvesse o seo total aniquilamento. Se a mim coube a fortuna e glória de acabar com uma horda de selvagens noma-dos e ferozes, abrigada nas escabrosidades do paiz, fiz o que outros não puderam alcançar antes de mim, e cumpri as ordens do govêrno, com grande satisfacção das populações, que por tantos annos foram victimas de correrias, roubos e mortes d'aquelles bandidos.

Limitarme-hei porêr aos factos inventados.

E' falso que houvesse necessidade de atraioar os selvagens para os-destruir: nem estes selvagens foram nunca alliados do govêrno oriental, nem os orientaes, com quem eu tive a fortuna e honra de combater para cima de 35 annos, em mais de cem batalhas, podian tener taes homens, desde que por utilidade geral, se-decretava o seu exterminio.

E' egualmente falso que eu haja vendido um unico palmo de terreno, que aos **Charruas** podesse pertencer. Nunca tive precisão de ser generoso com a fortuna alheia, porquanto a que me-deixou meu falecido pae me-proporcionava abundantemente, com que servir aos meos amigos, e obter outras propriedades, por tramites regulares, sem me-apoderar do que fôsse do Estado.

Talvez que o Americano tenha ouvido dizer pue, no anno de 1835, o presidente da republica do Uruguay vendeu para mais de 90 leguas cuadradas, de una área de terrenos, propriedade do estado; que o governador de Montevideo, D. Gaspar [de] Vigodet, cedeu, sem preincher as formalidades da lei, ao portuguez D. Philippe Contucci, por serviços praticados contra os chamados patriotas; e que / esses terrenos foram con effeito vendidos a infinitos brasileiros. Mas, n'esse caso, é um engano de nome, pois esse presidente era o sr. D. Manoel Oribe, genro e herdeiro de Contucci.

Só é verdade que se-repartiram os Charruas, porque d'elles não quizemos dar cabo; e que tres [sic] foram levados a França por m[onsieu]r de Curel, a quem foram dados. E' essa a cousa unica exacta que o Americano escreve relativamente aos Charruas; ainda que ahi mesmo zombaram da sua boa fé, contando-lhe haverem sido vinte os levados á França. N'esse facto porém se-achará prova dos sentimentos de humanidade, que dictavam essa providencia.

A não ser com palavras, asserções banaes, au calúmnias de inimigos, será impossivel destruir a minha exposição; pois não ha para denegrir-me nem factos dignos de fé, nem o testemunho de pessoas que possam modificar a consideração que os homens de bem nunca negaram a quem e

De V. etc.

Rio de Janeiro, 30
de outubro de 1848.

Fructuoso Rivera

La "Cuestión del Plata" no constituye, desde luego, un affaire que pueda estudiarse, considerarse o reputarse en manera aislada.

Así, mientras que los escritos de O Americano de Río de Janeiro tuvieron naturalmente una amplia acogida en los órganos publicitarios de la Argentina y del campamento sitiador del Presidente Oribe, en general, los artículos del Iris de aquella misma población fueron a su vez, en cambio, muy tenidos en cuenta por los diarios de Montevideo, propios de la ciudad sitiada.

En prueba de ello, así como de los comentarios que esos periódicos suscitaron en los diarios de ambos bandos, véase el Comercio del Plata, de Montevideo, números 802, 829, 844, 864 y 922 y El Defensor de la Independencia Americana, del Miguelete, números 251 - 253, 258 - 259, 262, 268, 272, 280, 285, 287, 289, 293 - 295, 306, 324, 326, 340 - 343, 345, 352 - 370, 373, 379, 380, 382 - 384, 387, 389 - 391, 393 - 394, 390 - 399, 401 - 407, 409, 416 - 423, 428, 431, 433 - 434, 437, 444 - 449, 451, 453, 479, 482, 490 - 492, 506, 514 - 515, 518, 566, 568 - 570, 572, 590, 593 y 610.

Por lo demás, en el Comercio del Plata Nº 879, del 7 de diciembre de 1848, se traduce muy particularmente con leves omisiones, en toda su página primera, el escrito del Iris que aquí reproducimos bajo la letra "B".

Por último, ya hemos visto que la carta del General don Fructuoso Rivera fue comentada, en manera muy especial, en los números de El Defensor de la Independencia Americana de diciembre 22 y 30 de 1848 (Apéndice V).

Documento N° VIII.

HISTORIA NACIONAL:

A) La muerte del Coronel don Bernabé Rivera, según el documento original del también Coronel don Manuel Lavalleja; documento o fragmento de una "memoria" que actualmente se custodia en el Archivo General de la Nación, en Montevideo. (20)

¡Viv.n los Defen.s delas Leyes!

¡Muer.n los Salvag.s Unitarios!

Sor Precidente D.n Man.l Oribe.-

Cuaró Oebre 31 de/848-

Muy sor mio y amigo Adjunto remito a S.E. la información que me pide con relacion alo que yo supiere referente á el acecinato q.e cometio el mulato Rivera ysu ermano Bernabel con los Indios charruas.

Tengo la conciencia de no equivocarme en la parte que informo por que, he estado muy en contacto con los teatros en que se/ egecutaron esos acecinatos y posteriormente estube dies meses con los mismos yndios que lo sufrieron y q.e no se cansaban de referir

(20) Reproducimos aquí, en este octavo apéndice, una parte de las llamadas "memorias" del Coronel don Manuel Lavalleja —uno de los Treinta y Tres héroes Orientales—, en un todo de conformidad y acuerdo con el original de puño y letra de su autor (datado en el Cuaró, en octubre de 1848 y dirigido a su superior don Manuel Oribe), y existente en la actualidad en un legajo del Archivo General de la Nación, en Montevideo. primero; y, después según como ese mismo fragmento de aquellas "memorias" fuera publicado —también en Montevideo, en el correr del año de 1893— por el destacado y benemérito naturalista compatriota don Mariano Balbino Berro, en las páginas de la revista quincenal y estudiantil (sobre Ciencias, Letras y Artes) intitulada *Las primeras Ideas*. Un ligero cotejo del documento en cuestión con lo publicado con algunos cambios y omisiones en la supradicha revista, nos habla muy claro y demuestra el alto cuanto elocuente índice de laboriosidad y honestidad al par de un patriotismo a carta cabal— del naturalista M. B. Berro. Por lo demás, la influencia que este fragmento de las expresadas "memorias" tuvo y sin duda ejerció sobre una parte de los editoriales del año de 1848 de *El Defensor de la Independencia Americana* (Apéndice V) y, sobre todo, de la refutación titulada "A la Nueva Troya escrita por Alejandro Dumas", del mismo periódico del campo sitiador del Presidente Oribe (1850-1851) (Apéndice VI), resulta, a nuestro juicio y entender, innegable e incontestable por donde quiera que se la mire.

todos los dias con lagrimas en los ojos la perdida de sus familias.

Deseo muy mucho q.e V.E. lo pase mui bien y q.e mande a su atento tocayo y ,amigo-

Man.l Lavalleja /

El mulato Rivera para esterminalr álos indios Charruas dio principio asuplan conbidandolos a estos para entrar en el Brasil a traer los ganados que alli havia, cuyos segun el, los Brasileros los habian rovado de este pais, y en todas epocas y por tal razon nos pertenecían de derecho, y alos indios charruas mas que á todos, los charruas siempre dispuestos contra los Brasileros y enemigos naturales de estos, no vacilaron en Aceptar el combite del mulato desde que en el se embolbia el interes de inbadir a el Brasil.

Muy facil le fue al mulato poner alos indios en masa para darles el golpe de muerte que lestenia preparado en los campos de Salsipuedes; Sin embargo, los charruas antes de marchar a incorporarse con el mulato, consultaron si debian ono hacerlo, y hubo dos de ellos que no se conformaron con la incorporacion dando el combite por sospechoso, (el cazique Poliderio y el adivino) Polidorio con los hombres de su mando, el adivino y las familias de todos ellos, mas brebe, con su tolderia se separo de los otros que fueron ala incorporacion, y se puso en marcha con todo lo que le pertenecia para el cerro de Pintado, los demas todos con sus familias marcharon al campo que el mulato les havia elejido para asesinarlos; como llegaron con la falta del cazique Polidorio que como dejo espuesto se havia negado al combite, el Mulato sintio la falta de Aquel Cazique que con su toldería se quedaba fuera de su plan de carniceria, y mandó dos indios Charruas en su alcance, mandandole decir que fuese aincorporarse con su gente y familias, que era necesario reunirse todos para traer el ganado de los Portugueses; los dos embiados a Polidorio le al canzaron o dieron con el, Polidorio oyó el segundo/combite que le hacia el mulato por los dos Charruas, pero tenaz en no reunirse se nego como antes, y les dijo que frutos era corazon malo y traidor, que no hiva; los dos emisarios se pusieron de parte de Polidorio y quedaron con el; circunstancia porque salvaron de la matanza y demas atrocidades que en Salsipuedes se ejecutaron con los demas Charruas y sus familias, con la escepcion de los pocos que de alli escaparon, entre los cuales escapo tambien el Cazique Venado, hombre influente entre los suyos, (la familia de Benado quedo prisionera en poder del mulato). Concluida la operacion del Asesinato, marchó Bernabé con un escuadron, en persecucion de los que havian escapado, y del Cazique Polidorio que se nego al com-

(N. 197) MONTEVIDEO MARTIN FERRERO 14 DE 1832. (P. 1 BL.

[illegible]

*Dites-en plus en cas de votre hospital pour
les patients malades.*

100

[illegible][illegible][illegible]

termina en las causas, pueden pro-
piciar y proseguir en los expedien-
tes, como hemos visto el punto de conver-
sión a la política, que en Chile se manifiesta
hasta la llegada del juez de la
causa, a quien deberá acompañar
un promotor fiscal con facultades
suficientes, el cual después de ratifi-
car en artículos breves y claros con-
tra la posibilidad por el actor, la exco-
sa o defensa del reo, y de haber he-
cho constar la extensión del exten-
so, pasará a inquirir los antecedentes
ante los jueces de hecho y de de-
recho, a quienes también podrán su-
ceder, mas si no es pregunta que se pa-
reca oportuna, y concluida, hará
una exposición ante los jueces del
cambio del asunto, y concluida que
se expone en la posada de los hechos
y del derecho, los jueces pasaron a
hacer la sentencia, que en Chile se
denota en la sentencia por el respon-
so, que ha de ser en pro.

Sibatta esto in tanto la breva
dal la permittida offerre à questa
consideratione.

Señalador del Indicador

Suplico á V. que se sirva publicar, por medio de un periódico pu- blico el presente escrito. Los mil- lones que me han hecho llegar la pluma son, mi celo por la educación de la juventud de mi país, el em- peño de algunas personas de res- pecto, y el especial encargo de los ab- bes que fuere nombrado en su remito.

Quedamos muy agradecidos á V. particularmente S. S. S. Q. B. S. M.

EXALTE crítica de la obra militante "Curso completo de estudios", que está publicando B. Francisco de

[illegible]

Lo primero que hace Carol es invocar la autoridad de los nombres respetables que, dice,

Marcos Sastre, firmando con su nombre por vez primera un artículo, inserta en "El Indicador" su "Examen crítico" de la obra "Curso completo de estudios", que por entonces estaba publicando Francisco de Curel. — (Foto de la B. N., 1961).

bite del mulato; en su marcha encontro Bernabé al Cacique Benado con doce charruas de los que havian escapado de la matanza, y como no le fuese posible acuchillarlos, por que los dividia el arroyo Cañitas, se llegaron a el habla unos y otros, de que resultó un ajuste entre Bernabé y el Cacique Benado, Bernabé se comprometió con Benado á entregarle su familia, y todas las de los que le acompañaban; si se sometia á el gobierno y vivir quieto en el punto que se le designase, Benado se conformo contodo lo propuesto por Bernabé desde que bio lleno su obgeto que era la devolucion de sus mugeres é hijos á el y asus compañeros; arreglado asi su ajuste, desde aquel momento se entrego Benado y los suyos ala confianza de Bernabé y al efecto marcharon juntos, es de advertir que Benado y su gente estaban casi todos armados de lanzas, havia uno de ellos que tenia un carcás de flechas; enese estado marcharon ó estuvieron dos dias con Bernabé, sea que á Bernabé le repugnase el hacerlos asesinar alli; oque temiese se le escapasen algunos en el acto de ejecutarlos, dispuso mandarlos al Durazno, haciendole entender a Benado que los mandava para que recibiesen sus familias, y que al efecto le daria una carta para su hermano, (el/mulato Rivera) para que les hiciese entrega de sus familias; en efecto Bernabé dio la carta a Benado, y un oficial con su asistente para que le sirviese de garantia hasta el Durazno; el oficial que acompañó a Benado sino me hequiboco me parece que fue el Salvaje Lavandera, teniente en aquella epoca.

Antes de la marcha de Benado con el oficial que le acompañaba, Bernabé desprendio afortunato Silva Capitan en aquel tiempo; con 40 hombres para que en la estancia del viejo Bonifacio sita en el Queguai arriva, se emboscase hasta la llegada de Benado con el oficial que le acompañaba; y que puestos los Indios en descuido como era natural despues de haver llegado alli y que no biesen mas hombres armados que el oficial con su asistente, se descubriese la emboscada y los acometiesen hasta concluirlos como efectivamente sucedio.

El oficial que acompañaba alos Indios llego con ellos al lugar de la emboscada, una ora antes de amanecer, hacia mucho frio y el oficial los hizo entrar atodos ala cocina, les proporciono ierva carne y todo lo que pudieron ofrecerles para tenerlos en completo descuido; en esos momentos estaba fortunato en otra pieza a doce varas delos que havian de ser asesinados, preparando las armas para fusilarlos; los Indios cuando entraron ala cocina dejaron sus lanzas del lado de afuera; insinuacion del oficial que los acompañaba; el Indio del carcas no havia soltado su arco, por consiguiente era el unico delos que estaban en la cocina que tenia su arma; luego que fortunato creio oportuno atacó afuego vivo por la puerta y la bentana dela cocina alos indefensos indios que rodeaban el fogon, el

de el carcás hizo uso de su arco hasta q.e lo voltearon, hirio un soldado y clavo varias flechas en la puerta y bentana de la cocina./

Así concluyo el cacique Benado y sus compañeros mandados bar-baramente asesinar por Bernabe, y así también muy en breve (pagó) el orroroso crimen que cometio, siendo jueces de su cau-sa y Berdugos de su cuerpo los mismos charruas.- Mas adelante hablare dela muerte de Bernabe y circunstancias que a ella con-currieron.

No me consta que en la estancia de Pendá haya tenido lugar ningun acontecimiento entre Bernabe y los Charruas, y puedo asegu-rarle que estoy muy al cabo de lo ocurrido en esa epoca entre los indios Charruas, y el perverso mulato Rivera y su hermano Bernabe.

Para prueba hevidente de que la muerte de Bernabe en ma-nos delos Charruas fue un decreto divino dire lo que con eviden-cia sé sobre el particular, informado por los mismos Charruas que se batieron con el y que le hicieron prisionero le formaron cargos sobre los asesinatos de Salsipuedes y Queguay cometidos en sus familias, le mataron, y mutilaron.

Es necesario adbertir que los Indios que se batieron con Ber-nabe eran algunos de los pocos que escaparon de Salsipuedes, y que se havian reunido al Cacique Polidorio y componian en el todo 34 hombres, numero tan insignificante que nadie se acordaba de ellos y muy particularmente cuando se habian internado sobre las costas del Cuareim campos desiertos en aquella epoca.

Posterior á el asesinato de los Charruas ejecutado por el mu-lato, se sublebo el Mor Tacuabe y el Indio Lorenzo, en la Colô-nia del Cuaraim, y penetraron hasta la Varra del Queguay, alli les dio alcance Bernabe con una fuerza que traian de Tacua-/remibó y los hizo emigrar por el paso de S.n Jose a el Entrerios. Persua-dido Bernabe que la fuerza que traia era ya inoficiosa desde que Tacuabe habia emigrado ya, la mando contramarchar quedandose el con 70 hombres, con los cuales marchó Uruguáy arriva hasta Vella Union; con elfin de perseguir algunos restos que por alli pu-diera haver delos de Tacuabé, como no hallase nada hasta la Va-rra del Cuareim, siguió registrando la costa de este Rio arriva, y en esta operacion dio conlos Charruas en la Varra de Yacare-Cururú. He dicho antes que los Charruas componian el numero de 34 hom-bres, pero cuando los encontró Bernabé havia solo 16 con las fa-milias, los demas, y mas actos para la pelea incluso el cacique Po-lidorio, hacia dos dias que andaban por el Cuaró bombeando el campo y corriendo Yeguas. Los Charruas que bieron la fuerza de

Bernabé se pusieron en retirada con las Chinas atodo galope; Bernabé desesperado por alcanzarlos con el combencimiento que los aría pedazos sin resistencia, empezó por correrlos adiscreción, cuando los hubo perseguido como legua y media, ya estaba toda la fuerza de Bernabé a gran distancia unos de otros, con los cavallos cansados, mientras que el pequeño grupo de indios conservava su retirada en masa, Bernabé hiva ya tocando la retaguardia de los Indios, pero era el solo y tenia su tropa/ dispersa; en tales circunstancias volvieroncaras los Indios y empezaron a lanzear alos de Bernabé sin la menor resistencia; en ese estado de desorden rodó el cavallo de Bernabé, dejándolo á el prisionero, hasta entonces habían muerto 15 hombres de los de Bernabé, y no murieron todos por que los indios no dieron un paso mas adelante de donde rodó Bernabé y se contentaron con el. Alli entraron hacerle cargos de los asesinatos hechos asus familias, y compañeros; el teniente Xavier Indio Misionenero [sic] y ladino era de opinion que no se matara a Bernabé, que conservandolo vivo ellos rescatarían sus familias prisioneras, los otros todos inclusas las chinas pedían la muerte de Bernabé, este les ofrecía cuanto ellos pudieran apetecer, les ofrecio que les haría entregar las mugeres é hijos; á esa oferta le preguntaron que quien entregaba las familias que el y su hermano havian muerto en Salsipuedas, Bernabé no tubo que responder, y entonces un Indio llamado (nombrado) cabo Joaquin lo pasó de una lanzada, y asu exemplo siguieron los de mas, en fin murio, le cortaron la nariz, y le sacaron las venas del brazo derecho, para embolberlas en el palo de la lanza del primero que le hirió, lo arrastraron a una distancia donde havia un pozo con agua, allí le metieron la caveza dejándole el cuerpo fuera.

Asi concluyo Bernabe; lo se por los mismos Indios/ egecutores, de quien me he informado muy detenidamente; de los indios mas capaces de explicarse que habia entre ellos, diez meses estube con ellos en el año treinta y tres, y siempre era la combersacion dominante del modo que mataron a Bernabe.

Man.l Lavalleja

B) La muerte del Coronel Bernabé Rivera, según la "memoria" del Coronel Manuel Lavalleja que publicara en Montevideo y 1893 el muy ilustre naturalista compatriota don Mariano B. Berro.

En 1831, como es sabido, se reunieron los charrúas en Salsipuedas, a instancias del general [Fructuoso] Rivera, presidente de la República en aquella sazón, lugar elegido para consumir el bárbaro exterminio de los restos de nación tan poderosa y guerrera en otro tiempo.

Poco después de aquella carnicería le tocaba morir al coronel Bernabé Rivera, hermano de aquel, a manos de los pocos charrúas sobrevivientes, que a la vez que defendieron sus vidas creyeron vengar en él la muerte cruel de sus hermanos.

La historia de la manera como fue muerto aquel jefe, la hemos leído escrita por varios autores, discordes en los detalles casi siempre; esta circunstancia nos mueve a dar a luz una memoria que poseemos original, escrita en 1848, cuyo autor fue el coronel Manuel Lavalleja, uno de los Treinta y Tres, que era también hermano del heroico jefe de estos.

El coronel [Manuel] Lavalleja no refiere las cosas según las referencias de terceras personas, lo cual hace incurrir en errores involuntarios, sino que fue a recoger de los mismos labios de los actores las noticias que escribe.

Con la publicación de esta interesante memoria, prestamos sin duda un servicio a la verdad histórica, porque la consideramos verídica en cuanto expresa.

M[ariano]. B[albino]. Berro.

MEMORIA

El General Rivera, para exterminar a los indios charrúas, dio principio a su plan convidándolos para entrar al Brasil, a traer los ganados que allí había, los cuales, según él, los brasileiros [sic] los habían robado de este país en todas épocas y, por tal razón, nos pertenecían de derecho, y a los indios charrúas más que a todos. Los charrúas siempre dispuestos contra los brasileiros [sic], y enemigos naturales de estos, no vacilaron en aceptar el convite desde que en él se envolvía el interés de invadir al Brasil.

Muy fácil le fue a Rivera poner a los indios en masa para darles el golpe de muerte que les tenía preparado en los campos de Salsipuedes; sin embargo, los charrúas, antes de marchar a incorporarse, consultaron si debían o no hacerlo, y hubo dos de ellos que no se conformaron con la incorporación, dando el convite por sospechoso, -el cacique Polidório y el Adivino-; el primero, el segundo y las familias de todos ellos, más breve, con su toldería, se separó [sic] de los otros que fueron a la incorporación, y se puso [sic] en marcha con todo lo que le [sic] pertenecía para el cerro de [1] Pintado.

EL INDICADOR.

Quiero en contacto de S. E. al Sr. Ministro Secretario de Estado se dice, porque dignándose tomar en consideración este importante objeto, se crea un medio de las que existen en su origen un abuso que si hay produce inconvenientes serios para el cultivador y el pulso de familia de agricultores extraneros, que siendo cerca de sí el propietario en que debían sacar la mil sus hijos, y amigos, tiene la obligación de indispensable al tanto de la subsistencia de la familia que no siempre se halla, ó si se halla en distancias que tal vez no tiene medios de atender, los preparó mayores para lo subservir, en que cercando toda propiedad sus pertenencias, no habrá un solo pozo, un solo ojo de agua, que no tenga una propiedad privada y exclusiva, ni un lugar público de donde los vecinos puedan sacar agua para sus familias, y para sus ganados. El medio de evitarlo, á juicio del que firma sería conservar el Estado para el uso común una cuarta del terreno que toda la pertenencia de la mayor propiedad del terreno sea, excepto lo que le queda de D. Juan Durán, y á la mayor derecha desde el camino que pasa por delante de la casa de D. Pedro Perez hasta el mar, prohibiéndosele donar porción de dicho terreno, ni cederlo, caso de estar donada, para en tal evento sería preferible á beneficiar el donante con una porción equivalente por otra cedida, ó devolverle la cantidad que proporcionalmente haya a título de porción de la parte que se lo cedería para el uso público. Debe así mismo prohibirse que los propietarios de marjales de arroyos hagan en ellos ningún especie de obra, tejamanes, ó plantíos que estorpezcan su curso, ó disminuyan su caudal, y que deje ningún pretexto se corra los terrenos de sobre la costa del Miguelete al por del Estuario para alijar, que el vecindario defendido siempre como de uso público, y de que nan en el estado cobro arrendamiento. Todas estas medidas, considera indisponibles á infrascripto, para que la población de extraneros de la Aguada hasta los confines de este Departamento, pueda contar con las que necesita para su subsistencia y de sus amigos, que de otra forma perecerán sin remedio, víctimas de la avaricia de unos pro-

prietarios. Quiero al Sr. Ministro que sobre ellas, y sobre los males que adoptando se pueden evitar, su ilustrada consideración y arreglo el asunto con que al elevarlo, tiene el honor de saludar á S. E. el jefe político y de policía de este Departamento. Luis Lamas.

Excmo Sr. Ministro de Gobierno.

Montevideo Noviembre 9 de 1822.

Todas las disposiciones, que han emanado hasta el presente del Departamento de Policía, el jefe que lo preside no ha omitido por su parte ningún género de sacrificio para contenerlos y llevarlos hasta donde es posible; pero desgraciadamente no puede conseguir apagar de sus deseos, que algunos viciosos no arrojen á la calle aguas inmundas, hierbas de noche ó de día, y están las mas veces en observación, hasta que consiguen evadirse de la vigilancia de la policía que en siempre puede estar hasta donde quiera por la escasez de sus recursos. Para que algún tanto se modere el abuso que se deja haciendo, el infrascripto se dirija al Sr. Alcalde Ordinario para que por su conducto intimase á los Tenientes Alcaldes de barrio ceden en el que les correspondía la observancia de lo que en este respecto prescribe el artículo 1.º del Reglamento, vigente de policía mientras que hoy ocurre al Superior Gobierno para que designe las multas necesarias.

El que suscribe saluda con su distinguido afecto al Sr. Alcalde Ordinario á quien se dirige.

Luis Lamas.

Sr. Alcalde Ordinario de la Capital D. Juan María Pérez.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Editor del Indicador.

Le suplico á V. se haya insertar en un suplemento periódico la presente contestación al remitido que apareció en su número 191, y lo espero de su imparcialidad.

Su muy atento y seguro servidor. Q. B. S. M.

FRANCISCO DE CUREL.

Señores.

D. Marcos Sastre.

« José G. Requena.

« Francisco X. de la Viña.

« Francisco Díaz Tenorio.

« Manuel Baylo.

« Manuel Mernies.

No tengo la costumbre de contestar á las injurias, y hubiera gu-

ardado el silencio si ya no hubiera sido atacado en el comunicado de Vides. Inserto en el número 191 del Indicador. Pero, por el honor de las personas respetables que se dignaron interesarse en la publicación de mi caso de estudios favoreciéndome con sus observaciones y correcciones, así como por el del gobierno, que habiendo hecho examinar la obra, la adoptó para el uso de las escuelas de cuenta del Estado, sobre el dictamen de los examinadores, me es preciso dar algunas explicaciones.

Cuando los críticos son movidos únicamente por motivos honoríficos no se salen de expresiones semejantes á las que se leen en el remitido citado, limitándose á señalar los errores ó equivocaciones en que ha incurrido el escritor, lo hacen de un modo racional y decoroso; en el caso contrario es susceptible que sean excitados por pasiones innobles, y jiriden al crédito que se concede solamente á los escritores decentes.

Pues, lo repito, no es á Vides. Sr. que dirijo esta contestación, sino el respetable público, que si casual es preciso reducir á su justo precio los ataques hechos al cuerpo de estudios, y al que lo está redactando.

Por lo que se dice relativamente al primer cuaderno, me refiero á la contestación que se insertó en el núm. 714 del *Universal*; la obra no es mía; la adopté de preferencia á la que tanta hecha, porque aquella había sido anteriormente aceptada en Buenos Aires por los profesores en la materia, y que las personas ilustradas, que consulto sobre el particular, me aseguraron que era buena y llenaba perfectamente el objeto propuesto. Este cuaderno fue, como los demás, sometido al examen de la comisión designada al efecto por el gobierno, y, por consiguiente, no he debido tener el menor recelo en publicarlo.

Para el cuaderno 2.º, digo que no se ha tratado de hacer en las dos ó tres páginas, con las que se dá principio á dicho cuaderno un curso de profeso de Gramática, pero sí una muy corta y sencilla explicación de las principales figuras de esta ciencia, con el objeto que se evitasen errores las personas que, desconociendo su enciclopedia, se encuentran en la Gramática.

En este número de "El Indicador" (10/II/1832), Francisco de Curel contesta el remitido de "Seis subscriptores arrepentidos", demostrándonos que ellos eran Marcos Sastre, José Gabriel Requena, Francisco Xavier de la Viña, Francisco Díaz Tenorio, Manuel Baylo y Manuel Mernies. — (Foto de la B. N., 1961).

Los demás, todos con sus familias marcharon al campo que Rivera les había elegido para asesinarlos: como llegaron con la falta del cacique Polidorio, que como dejó expuesto se había negado al convite, aquel sintió la falta de aquel cacique, que con su toltería/se quedaba fuera de su plan de carnicería, y mandó dos indios charrúas en su alcance, mandándole decir que fuera a incorporarse con su gente y familias, que era necesario reunirse todos para traer el ganado de los portugueses. Los 'dos enviados a Polidorio le alcanzaron o dieron con él; Polidorio oyó el segundo convite que le hacía [Fructuoso] Rivera por los dos charrúas; pero tenaz en no reunirse se negó como antes y le dijo que "Frutos era corazón malo y traidor"; que no iba.

Los dos emisarios se pusieron de parte de Polidorio y quedaron con él, circunstancia porque salvaron de la matanza y demás atrocidades que en Salsipuedes se ejecutaron con los demás charrúas y sus familias, con excepción de los pocos que de allí escaparon, entre los cuales se cuenta al cacique Venado, hombre influyente entre los suyos (la familia de éste quedó prisionera en poder de Rivera).

Concluida la operación del asesinato, marchó Bernabé Rivera con un escuadrón en persecución de los que habían escapado y del cacique Polidorio.

En su marcha encontró Bernabé al cacique Venado con doce charrúas de los que habían escapado de la matanza y como no le fuera dado acuchillarlos porque los dividía el arroyo Cañitas, se llegaron al habla unos y otros, de que resultó un ajuste entre Bernabé y el cacique Venado. Aquél se comprometió con éste a entregarle su familia y todas las de los que lo acompañaban, si se sometía a el [sic] Gobierno y a vivir quieto en el punto que se designase; Venado se conformó con todo lo propuesto por Bernabé desde que vio lleno su objeto, que era la devolución de sus mujeres e hijos a él y a sus compañeros.

Arreglado así el ajuste, desde aquel momento se entregó Venado y los suyos a la confianza de Bernabé y al efecto marcharon juntos; es de advertir que aquel y su gente estaban casi todos armados de lanzas, habiendo uno de ellos que tenía una [sic] carcax de flechas; en ese estado marcharon o estuvieron dos días con Bernabé. Sea que a éste le repugnase el hacerlos asesinar allí o que temiese se le escapasen algunos en el acto de ejecutarlos, dispuso mandarlos al Durazno, haciéndole entender a Venado que los mandaba para que recibiesen sus familias, y que al efecto les daría una

Junta Económico-Administrativa

Durazno 10 de Julio de 1939

Al doctor don José Ellauri

Se le remite al doctor don José Ellauri la resolución de la Junta Económico-Administrativa del departamento del Durazno, en la que, con la rúbrica de su presidente, don José de Albuquerque, manifiesta haber hecho ya la elección de la niña becada por el gobierno de la república con destino al Colegio Oriental de señoritas de los esposos Francisco y María Luisa de Cúrel, sito en Montevideo.

El doctor don José Ellauri

Don José de Albuquerque

Respuesta elevada al doctor don José Ellauri, acompañada de un decreto marginal de éste, por la Junta Económico-Administrativa del departamento del Durazno, en la que, con la rúbrica de su presidente, don José de Albuquerque, manifiesta haber hecho ya la elección de la niña becada por el gobierno de la república con destino al Colegio Oriental de señoritas de los esposos Francisco y María Luisa de Cúrel, sito en Montevideo. — (Fotografía de Gerardo Ipar, 1939).

carta para su hermano Rivera, para que les hiciese entrega de sus familias. En efecto, Bernabé dio la carta a Venado y un oficial con su asistente, para que le sirviese de garantía hasta el Durazno; el oficial, si no me equivoco, me parece que fue Labandera, teniente en aquella época.

Antes de la marcha de Venado con el oficial que lo acompañaba, Bernabé desprendió a Fortunato Silva, capitán en aquel tiempo, con cuarenta hombres para que en la Estancia del viejo Bonifacio, sita en el Queguay arriba, se emboscase hasta la llegada de Venado con el oficial que lo acompañaba y que, puestos los indios en descuido como era natural después de haber llegado allí, y que no vieses más hombres armados que el oficial con su asistente, se descubriese la emboscada y los acometiesen hasta concluirlos, como efectivamente sucedió.

El oficial que acompañaba a los indios llegó con ellos al lugar de la emboscada una hora antes de amanecer; hacía mucho frío y el oficial los hizo entrar a todos a la cocina, les proporcionó yerba, carne y todo lo que pudieron ofrecerles, para tenerles en completo descuido./

En esos momentos estaba Fortunato en otra pieza, a doce varas de los que habían de ser asesinados, preparando las armas para fusilarlos. Los indios, cuando entraron a la cocina, dejaron sus lanzas del lado de afuera a insinuación del oficial que los acompañaba; el indio del carcax no había soltado su arco, por consiguiente era el único que tenía su arma.

Luego que Fortunato creyó oportuno, atacó a fuego vivo por la puerta y la ventana de la cocina a los indefensos indios que rodeaban el fogón; el de[l] carcax hizo uso de su arco hasta que lo voltearon; e hirió [a] un soldado y clavó varias flechas en la puerta y ventana.

Así concluyó el cacique Venado y sus compañeros, mandados bárbaramente asesinar por Bernabé, y así también, muy en breve, pagó el horroroso crimen que cometió, siendo jueces de su causa y verdugos de su cuerpo los mismos charrúas.

— — — — —

Para prueba evidente de que la muerte de Bernabé a manos de los charrúas fue un decreto divino, diré lo que, con evidencia, sé sobre el particular, informado por los mismos charrúas que se batieron con él y que lo hicieron prisionero, le formaron cargos sobre los asesinatos de Salsipuedes y Queguay, cometidos en sus



Caricatura realizada por el prestigioso artista compatriota don Hermenegildo Sábát (1964) del maestro montevideano don Marcos Sastre (1808-1887), que, en el transcurso de los años de 1830 a 1832, mantuviera interminables polémicas periodísticas sobre temas educacionales con don Francisco de Curel, a la sazón director del Colegio Oriental de señoritas, de Montevideo, y conductor de los indios charrúas Vaimacá-Perú, Senaqué, Laureano Tacuabé y María M'icela Guynusa a París, en 1833.

familias, le mataron y mutilaron.

Es necesario advertir que los indios que se batieron con Bernabé eran algunos de los pocos que escaparon de Salsipuedes y que se habían reunido al cacique Polidoro y componían en el todo treinta y cuatro hombres, número tan insignificante que nadie se acordaba de ellos, y, muy particularmente; cuando se habían internado sobre las costas del Cuareim, campos desiertos en aquella época./

Posterior al asesinato de los charrúas, ejecutado [por] Rivera, se sublevó el mayor [Gaspar] Tacuabé y el indio [José] Lorenzo [González], en la colonia del Cuareim [llamada de "Bella Unión"], y penetraron hasta la barra del Queguay. Allí les dio alcance Bernabé con una fuerza que traía de Tacuarembó y los hizo emigrar por el Paso de San José a Entre Ríos.

Persuadido Bernabé que la fuerza que traía era ya inoficiosa, desde que Tacuabé había emigrado ya, la mandó contramarchar, quedándose él con sesenta hombres con los cuales marchó Uruguay arriba hasta "Bella Unión", con el fin de perseguir algunos restos que por allí pudiera haber de los de Tacuabé; como no hallase nada hasta la barra del Cuareim, siguió registrando la costa de este río arriba y en esta operación dio con los charrúas en la barra de [1] Yacaré-Cururú.

He dicho antes que los charrúas componían el número de treinta y cuatro hombres, pero cuando los encontró Bernabé había sólo diez y seis con las familias; los demás, más aptos para la pelea, incluso el cacique Polidoro, hacía dos días que andaban por el Cuaró, bombeando el campo y corriendo yeguas.

Los Charrúas que vieron la fuerza de Bernabé se pusieron en retirada con las chinvas a todo galope. Bernabé desesperado por alcanzarlos con el convencimiento que los haría pedazos sin resistencia, empezó por correrlos a discreción; cuando los hubo perseguido como legua y media, ya estaba toda su fuerza a gran distancia unos de otros con los caballos cansados, mientras que el pequeño grupo de indios conservaba su retirada en masa.

Bernabé iba tocando la retaguardia de los indios, pero era él solo y tenía su tropa dispersa. En tales circunstancias volvieron cara los indios y empezaron a lancear a sus enemigos, sin la menor resistencia; en ese estado de desorden rodó el caballo de Bernabé, dejándolo a él prisionero; hasta entonces habían muerto quin-

ce hombres de los suyos y no murieron todos porque los indios no dieron un paso más adelante de donde rodó Bernabé y se contentaron con él.

Allí entraron a hacerle cargos de los asesinatos hechos a sus familias y compañeros; el teniente Javier, indio misionero y ladino, era de opinión que no se matara a Bernabé; que conservándolo vivo ellos rescatarían sus familias prisioneras; los otros, todos, incluso las chinas, pedían su muerte; y aquel les ofrecía cuanto ellos pudieran apetecer; les ofrecía que les haría entregar las mujeres e hijos; a esta oferta le preguntaron que quién entregaba las familias que él y su hermano habían muerto en Salsipuedes; Bernabé no tuvo qué responder y, entonces, un indio llamado Cabo Joaquín lo pasó de una lanzada y a su ejemplo siguieron los demás; en fin, murió; le cortaron la nariz y le sacaron las venas del brazo derecho para envolverlas en el palo de la lanza del primero que lo hirió; lo arrastraron a una distancia donde había un pozo con agua; allí le metieron la cabeza dejándole el cuerpo fuera.

Así concluyó Bernabé; lo sé por los mismos indios ejecutores, de quienes me he informado muy detenidamente; de los indios más capaces de explicarse que había entre ellos; diez meses estuve con ellos en el año treinta y tres, y siempre era la conversación dominante del modo que mataron a Bernabé.

Manuel Lavalleja.

Debemos a la señora María Aurora Berro Ferrarás de Spagna, muchos pormenores relativos a la ilustre personalidad de su abuelo paterno, el insigne naturalista e historiógrafo oriental don Mariano Balbino Berro Bustamante (8-XII-1838 8-XII-1838); a la "Memoria" del Coronel don Manuel Lavalleja (20-IX-1797 9-VII-1852), que aquel publicara, en 1893, en la revista quincenal y estudiantil intitulada *Las primeras ideas*; y, sobre todo, a la multitud de carpetas atestadas de documentos muy diversos que, hace ya algunos años y por su intermedio, fueran donadas al Estado en nombre de los descendientes del mencionado sabio compatriota.

Entre toda esa preciosísima documentación, muy numerosa y variada, hemos encontrado datos de mucho y muy positivo interés, algunos de ellos en parte conexos con el importante original de la supradicha "Memoria" que desde luego, de cuantas integraban tan excepcional legado, figura allí como una de las piezas que mayor valor histórico tienen y revisten.

Una vez señalado lo expuesto, cabe añadir ahora, según ya lo destacáramos en nuestra conferencia en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, en noviembre 17 de 1975, que es bien evidente que dicha memoria original del Coronel don Manuel Lavalleja, en conjunto, responde directa y expresamente a una solicitud y pedido de informes emanada del Presidente don Manuel Oribe; solicitud y pedido que, hoy por hoy, nos son por completo desconocidos, pero en los que, es evidente, Oribe, ya de su puño y letra o bien en forma indirecto por alguno de sus secretarios, debe haber requerido de aquel, haciendo especial hincapié, aparte de los datos relativos a lo que

supiere referentemente a la destrucción y al exterminio casi total de los indios charrúas por el General don Fructuoso Rivera y su hermano Bernabé, en noticias acerca de si le constaba o no (a Manuel Lavalleja) que en la estancia de Pendá hubiere tenido lugar algún acontecimiento entre el Coronel don Bernabé Rivera y los charrúas.

Esto último nos lleva directamente a un planteo que reputamos de todo punto de vista interesante y acerca del cual, muy en breve, daremos a conocer nuestra opinión y el resultado de las investigaciones exhaustivas que hemos realizado al respecto:

Nos estamos refiriendo aquí no tan sólo a la ubicación y exacta localización, hacia las puntas o cabeceras del río Queguay, de la llamada "estancia del viejo Bonifacio" y de los restos de la población donde ocurrió el episodio narrado por Manuel Lavalleja, sino también, además, a la cuestión de saber la correcta determinación del apellido que corresponde a dicho enigmático personaje, pues, en tanto que hay quienes piensan que debe ser el de Bonifacio Benítez, con estancia, precisamente, en el Queguay - fundándose, para ello, en un documento específico (de agosto 24 de 1831) al General don Julián Laguna de Bernabé Rivera, quien cita expresamente y de esta manera ambas cosas: "la Est.a de Dn. Bonifacio Benites en el Queguay" (Cf. Eduardo Federico Acosta y Lara, *La Guerra de los Charrúas en la Banda Oriental* (Período Patrio), Montevideo, 1969-70)-, otros suponen, por el contrario, que el verdadero nombre del personaje cuestionado es el de Bonifacio Pendá o Pendá. (Véase sobre el particular, a este respecto, nuestro Apéndice V).

Por lo demás, debemos a la señora Berro de Spagna el conocimiento del pequeño libro de 34 páginas de su señor padre, el escritor, también patriota, Marino [apócope de Mariano] Carlos Berro (21 X — 1874 — 3 VI — 1915) intitolado *La Universidad* y el Dr. Luis José de la Peña, publicado en Montevideo, por la imprenta de Dornaleche y Reyes, en 1908.

En dicha obra, que su propietaria conserva con todo cariño preciosamente encuadernada y atestada de datos manuscritos y fotografías de familia diversas, hemos encontrado, gracias a su gentileza, los siguientes datos complementarios acerca de la revista donde Mariano Balbino Berro publicara en 1893 la "Memoria" del Coronel don Manuel Lavalleja:

"En mi mocedad —dice en 1908 Marino C. Berro—, siendo redactor de *Las Primeras Ideas*, revista de estudios que se publicó, bajo la dirección inteligente y progresista del entonces decano de la S[ección]. de Enseñanza S[ecundaria], de la Universidad de Montevideo, doctor Claudio Williman, —actual presidente de la República, —escribí un pequeño ensayo titulado 'La Universidad.- Su origen y fundación.- 1833 — 1849' [*Las Primeras Ideas*, año III, núm. 1. Montevideo, mayo 31 de 1894].

"El tema, pues, no es nuevo para mí, y tal vez mi modestísimo artículo fue la primera noticia histórica documentada escrita a propósito de tan importante sujeto.

"Un brillante estudio del doctor Alberto Palomeque sobre la misma materia, registrado en la *Revista Histórica de la Universidad*, me ofrece señalada ocasión para dar a conocer la valiosa documentación que poseo acerca del origen de nuestro primer centro de enseñanza, — documentación que adquirí con posterioridad a la publicación de *Las Primeras Ideas*.

"Resumo, pues, en las líneas que van a leerse, mi incompleto trabajo de 1894, con nuevas luces que arroja el Ensayo del esclarecido patriota doctor Palomeque".

Finalmente, para aquellos que deseen ampliar algunos datos respecto a todo lo último que hemos señalado, recomendamos la lectura de los artículos "Marino C. Berro, defensor de Villa Soriano" y "Mariano B. Berro, homenajeado en Londres", por Manuel Santos Pirez (*Revista histórica de Soriano*, Nr. 14, pp. 36-40. Mercedes, marzo de 1967).

LOS INDIOS CHARRUAS

Señor don Eduardo Acevedo Díaz.

Distinguido amigo:

En LA EPOCA fecha 19 del presente mes [de agosto de 1890], he visto la relación que Vd. hace con minuciosos detalles de las dos últimas batidas que se llevaron a la tribu Charrúa y en que esos indígenas aparecen, a la vez que valientes, cual horda feroz y repugnante.

Sus informantes han adulterado los hechos de tal manera que,

(21) Este importante documento que debemos al Coronel don Modesto Polanco -cuya detallada exégesis nos dio, tema y la oportunidad de pronunciar una conferencia en la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia, en 1956, debe considerarse, en todo instante, en conjunción no tan sólo con el Códice Vilardebó, como dijera nuestro malogrado amigo y colaborador científico, el Prof. Carlos A. de Freitas, sino también -y muy principalmente-, con un artículo de 1937 por el señor Pablo Lavalleja Valdez y, sobre todo, con la ya aludida carta del señor Carlos María Martínez, datada en Tacuarembó, en enero de 1854.

El primer artículo a que hicieramos especial referencia, intitulado "Los últimos charrúas", vio la pública luz en las columnas de la revista agrícola ganadera, ya desaparecida, intitulada Campo y arados, en el número del mes de setiembre del año de 1937 (Año I, N° 7, pp. 24-25 y 45 (col 4), con cuatro huecograbados de José Luis Zorrilla de San Martín y un dibujo de Torres de la Llosa), habiendo sido, a poco, reproducido dicho escrito, con unas breves líneas de presentación a fuer de introito, en la edición extraordinaria dedicada al trabajo agropecuario regional del diario vespertino El Pueblo, de Tacuarembó, en ejemplar correspondiente al mes de marzo del año 1941 (pp. 90 y 91 (cols. 1-2), con dos fotograbados en el texto).

Existen, pues, por lo tanto y por cuanto llevamos expresado, dos versiones algo diferentes entre sí del artículo que ahora nos ocupa sobre "Los últimos charrúas" por Pablo L. Valdéz, que, aunque en parte deficientes en algunos aspectos, precisamente por la información que proporcionan y las fuentes en que ha bebido su malogrado autor (hemos conocido asimismo a éste en repetida oportunidad, hace ya algunos años, en Montevideo), viene a completar, en cierto modo, la inconclusa narración de la interesante carta abierta del Coronel don Modesto Polanco.

Además de todo esto, en dicho artículo de Pablo Lavalleja Valdez, como también así ya lo destacáramos en otras dos conferencias pronunciadas en nuestra capital en los años 1957 y 1967, se informa allí lo siguiente:

a) Que la tribu [charrúa] sólo vivió en paz guarecida en un rincón de la sierra [tacuarembense 'de Gauna' y/o de 'La Quebrada'] hasta 1862

al leer esos episodios con el gusto creciente que inspira todo lo que sale de su pluma, me vino el recuerdo de un artículo de sensación que produjo la imaginación fecunda del ilustrado don Domingo Lamas, describiendo y colocando en las ignotas regiones del Chaco, la flora más rica y exuberante que había visto en una de las zonas privilegiadas del Brasil.

Aunque aquí, la oración se volvió por pasiva, y no hubo cargo, ni salvajismo horripilante que le faltase a la decoración.

Yo, que siempre había sentido cierto orgullo nacional al recuerdo de esa tribu, cuyos restos al mando del cacique Sepe con sus respectivas familias conocí, y que tenían tan notables rasgos físicos e intelectuales de superioridad sobre las varias que he visto de la República Argentina y del Brasil (que son más o menos las retratadas en esos episodios), creo cumplir con decirle, compatriota,

[sic], en que fueron diezmados [sus individuos] por la viruela; y aquellos últimos representantes de la raza más bravía de América, después de salvar tantas violencias, estaban predestinados a desaparecer en silencio y sin historia como olvidados de sus dioses.

“La opinión unánime fue que la epidemia se propagó por haber recogido los indios en el camino real una maleta con ropas infectadas, caídas de un carro que conducía un virulento para asistirse en Tacuarembó”;

b) Que “el cacique Sepée y sus hijos Santana y Avelino, escaparon a la peste, quizás por tener sus toldos separados del resto de la tribu y haber huido temerosos de Añang, al comenzar los estragos del “grano negro”; y

e) Que “pocos años después, los dos muchachones indios fueron apresados por una ‘leva’ de las que periódicamente recorrían la campaña, reclutando ‘voluntarios’ para el ejército de línea”; que “Sepée no pudo ser reducido; peleando, con la ayuda de sus perros, — Pamplona y El Cabo, — se escurrió por entre los ‘milicos’, perdiéndose en el bosque”; pero que “en una tarde cruda de 1866, en la reja de la pulpería de los señores Dutilh y Cristy, dos aparceros inconscientes consumaron la apuesta macabra; mezclaron caña con ‘veneno de cueros’ y alargaron la ‘limeta’ tentadora; el indio, ávido en alcohol, aceptó el convite... Aquello duró segundos; tambaleando, dio unos pasos y se desplomó a los pies de ‘Viguá’, el oscuro que, al verlo llegar, reculó, paró las orejas y olfateó la muerte”.

En cuanto a la ya aludida carta del señor Carlos María Martínez, data — lo reiteramos — en Tacuarembó, el 22 de enero de 1854, ésta está dirigida al Señor don José Paz Nadal, y su texto, hacia la parte final de dicha carta, dice fundamentalmente así en el trozo que en especial ahora nos interesa (lo que confirma y, en parte, a la vez rectifica la cronología y secuencia de Pablo Lavalleja Valdéz): “[...] días pasados andube por afuera/ todos están buenos/ solo los charrúas / que los a concluido la viruela/ solo a quedado Sepe”.

Lo dicho no significa desde luego, en manera alguna, que, ante el cúmulo de tan importantes noticias, haya que dejar enteramente de lado, rechazándolo, al Códice Vilerdebó.

cómo la leyenda y la tradición forman parte de la historia, hagámosle justicia póstuma, siquiera sea por espíritu de nacionalismo.

Mucho más, cuando los puntos de esa pluma que viene ya de ilustrado abuelo, graban en la memoria del que lo lee con caracteres indelebles las imágenes que Vd. ha querido transmitir, del mismo modo que con la elocuente palabra y de gentil manera electrizó al auditorio en la populosa reunión del 4 de mayo ppdo. cuando, al felicitarlo como correligionario, le dije muy quedo: orador de barricada.

En tal concepto, creo que Vd., en posesión de los datos que paso a exponer, ha de estar de acuerdo conmigo, aunque en la relación de ellos falte al chic y los interesantes rasgos que señalan a los hombres de talento y de ilustración de que yo carezco.

Me fundo en lo siguiente:

Antes, por el contrario: desde el momento en que algunos de los datos de Polanco se encontraban ya, sin que este evidentemente lo supiese o sospechara, desde luego, en un todo confirmados y muy ratificados, por cierto, por otros documentos paralelos, aproximadamente de aquella misma época, inéditos por largos años y aún, en general, mucho más extensos y completos, acuciosos y actualizados, que no creemos que en manera alguna hayan podido copiarse mutuamente o entre sí—, vemos cómo dicho *Códice Vilardebó*, por ejemplo, viene a corroborar y a autenticar, casi en un cien por ciento, por lo menos uno de los datos que ahora nos ocupan — nos estamos refiriendo, muy particularmente, a la noticia que trata acerca de la honda entre los Charrúas —, con las palabras que siguen:

“Sus armas son: la macana, de que se sirven en sus desafíos; la flecha, las bolas, la lanza y la honda. Esta la manejan con una extraordinaria habilidad. Sirva de prueba el hecho siguiente: En el año 1830, perseguidos unos 60 charrúas por 300 Brasileños [sic], avicinados en el país, en la costa del Mattojo, empezaron a dispararles piedras con sus hondas y fueron éstas tan bien dirigidas que los Brasileños [sic] fueron corridos y dejaron toda la caballería a los Charrúas, a los cuales se la habían tomado. Por esto, todo Charrúa lleva generalmente 6 o 7 hondas colgadas en el pecho. [Véase al indio Vaimacá—Perú en la lámina de James Cowles Prichard, que hemos publicado en páginas anteriores y que viene a confirmar en un todo esta última información]. La honda la fabrican con los hilos con que cosen los quillapies. [Estos los preparaban con las fibras de las carnes del lomo del caballo, que dejaban secar al sol, quedando así reducidos a filamentos más o menos gruesos]. Por un extremo termina [la honda] en un nudo que sirve para asegurarla en la mano y por el otro remata en un asa de tres ramas, en donde se pone la piedra”. (Compárese, ahora, esta última parte de la información del *Códice Vilardebó*, sobre todo con los párrafos 23, 51, 54, y, muy especialmente, además, con el 55, de la carta abierta del Coronel don Modesto Polanco que aquí, en estos momentos, nos ocupa).

Largo tiempo hacía ya el año 1857 [sic], que mi amigo don José Paz Nadal mantenía en su gran establecimiento de campo situado ocho leguas al Sur de la Villa de Tacuarembó al cacique Sepe de su tribu, cuando lo conocí, con motivo de frecuentes visitas que hacía a dicho amigo.

A un kilómetro de las poblaciones del establecimiento, estaba esa toltería en perfecto estado primitivo; con sus ranchitos de rama arqueada como toldo de carreta, la correspondiente zanjita alrededor, hecha a cuchillo, para que corriera el agua, y su lecho de hojas o pajas que renovaban cuando estaban húmedas.

Componíase su ajuar, de ropa, de dos metros de bayeta o de otra cualquiera tela burda, envuelta en la cintura en forma de pollerín, que le llegaba a medio muslo a los hombres, y bajaba un poco más en las mujeres.

No precisaban, tampoco, de otro abrigo; y, aunque se lo ofrecíamos, no lo querían, porque estaban connaturalizados con los elementos, de tal manera, que el hecho siguiente bastará para convencer a un Pirrónico:

Después de una de esas tardes en que habíamos estado jaranando a Sepe hasta hacerle enojar, cuyo ira calmábamos más tarde con caña, nos separamos creyendo que hubiera ido a su campamento, pues la nevada nos obligaba a apelar a las brasas y a todo abrigo, para poder pasar una de esas noches más frías de nuestra campaña, en que la helada convierte los charcos de agua en nieve endurecida./

Nadal, que era madrugador por hábito, venía temprano a despertarme con mate y propinarme una arenga muy lógica y llena de higiene, respecto a los que disfrutaban de esas embalsamadas brisas de la mañana; yo, que siempre he sido el polo opuesto, le aceptaba el mate, y contestaba a su discurso dejándome estar en cama hasta las diez.

Pero esa mañana me llamaba para ver un fenómeno que yo no estaba dispuesto a observar -y, antes que lo explicara, ya le dije: -lo que es hoy; ni a cañon me levanto antes de las once. -Es que se trata de asomarse a la puerta; nada más -me dijo-, para ver a Sepe hecho un Patriarca.

Efectivamente; dentro del guarda-patio, con la lluvia y el tránsito de los caballos, se había hecho un lodazal; en medio de él dormía y roncaba Sepe tranquilamente.



"Sauvage de Montevideo", según el "Journal historique d'un voyage fait aux îles Malouines en 1763 et 1764, pour les reconnaître et former un établissement; et de deux voyages au détroit de Magellan, avec une relation sur les Patagons" por el benedictino Antoine Joseph Pernety, tomo II, plancha VI, figura 4. -A Berlin, Chez Etienne de Bourdeaux, Libraire du Roy, et de la Cour, 1769.- Obsérvese, muy especialmente, el "quillapi" que luce el indio de la referencia; "quillapi" que se encuentra bastante bien descrito en el libro que nos ocupa.- Nótese, además, que aquí nos referimos en todo momento y estamos citando la edición príncipe de la obra de Pernety, bastante rara hoy día (al extremo de que no recordamos que alguien la haya citado hasta ahora en nuestro medio), y no a la segunda edición, que es más común y vulgar, y que, también en dos interesantes volúmenes pero con una impresión a todas luces, sin lugar a dudas, inferior, fue publicada al año siguiente (1770) en París, Francia. (Foto del autor, 1956).

¡Qué organismo!

¡Qué musculatura!

¡Qué cuero, -exclamé!

Su cuerpo había modelado cierto pozo; la evaporación era como humo que salía del cuerpo de él y del barro que tenía en contacto; ni más ni menos que un cerdo.

Las monturas que tenían, eran los lomos de sus bien adiestrados pingos.

Sus armas de combate: la lanza lisa, muy poco más larga que la de ordenanza, las boleadoras de dos piedras con cintura y la honda.

No conocían el manco de la flecha, ni la habían usado nunca; ésta es el arma predilecta de algunas tribus selváticas del Brasil.

El avestruz y el venado, aunque les servían a veces para probar la carrera de sus caballos y la certeza de sus boleadoras, jamás usaban su carne como alimento, ni tampoco la del animal yeguarizo, manteniéndose, tan sólo, con la carne de vaca.

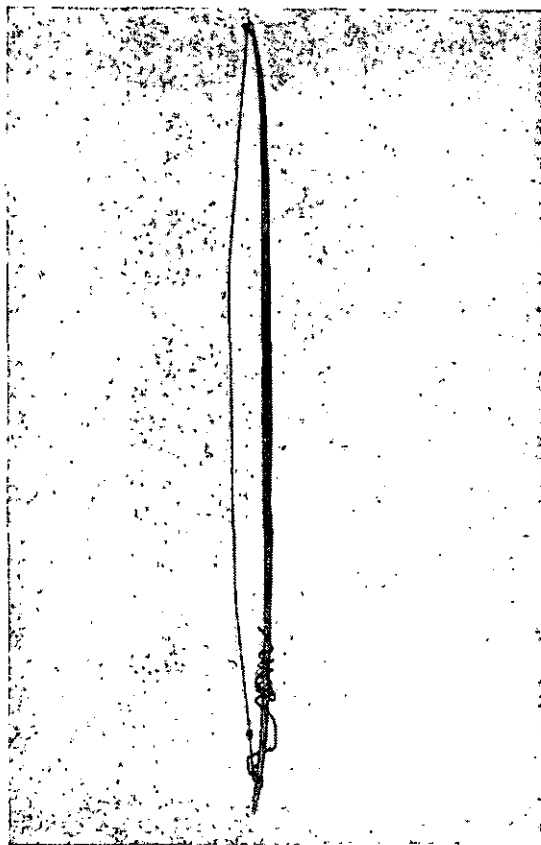
Esa es la razón porque apestaban los salvajes de la Pampa Argentina.

Carociendo de alimentos en sus eriales desiertos, se mantenían de carne de yegua, avestruz, venado y cuantos animalillos caían en sus manos, por diminutos y asquerosos que fueran.

Por eso, infestaban la atmósfera, y el aire pestilente anunciaba sus malones, como sucede con la presencia del venado; pero no se encontraban en ese caso los Charrúas, que cuanto más se remontasen a la época de su apogeo, más exquisita y succulenta era la carne de vaca de sus vírgenes praderas cuajadas de ganado.

La trailla de perros que les acompañaba, daba cuenta del resto de su festín, teniendo la condición de ser grandes nadadores, porque se bañaban con frecuencia.

Por eso se comprende que, sino pecaban de muy limpios, siempre serían algo más que esos bohemios que pululan por nuestras calles y tienen su asiento en la de Patagones.



Arco de los indios Charrúas del Uruguay. En un interesante ejemplar simétrico, pesado y fuerte, que hemos encontrado y estudiado en un museo de Nueva York. Se halla elaborado en madera dura, con sus dos extremidades un tanto curvadas en forma permanente. Longitud total: cm. 155; diámetros al centro: cm. 2,5 y cm. 2,1; perímetro o contorno de idem.: cm. 8,2. Tiene ángulos redondeados. Pesa 616 gramos. Distancia entre la cuerda y el centro del arco: cm. 2,3. La cuerda es una fuerte guasca o **tiento** trenzado y compuesto de una sola aunque larga tira de cuero de unos cm. 0,9 de ancho. Como se encuentra sobre sí misma fuertemente retorcida, tiene ahora cm. 0,5 de diámetro y, por lo tanto, unos cm. 1,5 de circunferencia máxima (Museum of the American Indian (Heye Foundation). New York, U.S.A. Espécimen 20/9253). (Fotografía de Carmelo Guadagno, 1956, expresamente tomada para el autor de este trabajo).

Hieden también los salvajes de ciertas zonas del Brasil, en razón de que ellos mismos se untan grasas y aceites pestilentes para librarse de las picaduras de insectos y reptiles venenosos.

Tampoco conocían el Gualiche, que es la brujería por la cual se produce la desgracia y la muerte de alguno, o de todos los de una tribu; hechicerías y maleficios, que tantas víctimas hizo en la vieja Europa.

La razón de esta superstición en casi todos los salvajes del mundo, se funda en que no admiten la muerte natural.

No conociendo los goces de la vida civilizada, están, en cambio, libres de sus vicios y enfermedades.

Y esa longevidad, y perfecto estado de todas sus facultades, está probada sin que haya que remontarse a épocas muy lejanas.

El capitán Cook y sus navegantes (año 1788), dicen: "que todas las veces que visitaron a Nueva Zelanda, entre los viejos y jóvenes, hombres y mujeres que los cercaban, no observaron una sola persona que, al parecer, padeciese de enfermedad corporal, ni en los que estaban en cueros se percibía la más mínima erupción cutánea, ni señal de haber existido. En los hombres de más de cien años, [la edad] se manifestaba por la falta de dientes y de pelo; pero nunca se vio uno decrepito".

Así, pues, se ven tribus que condenan a la hoguera a la mujer o al marido que queda viudo, considerándolo factor del mal, a cuyo sacrificio va resignada la víctima, y durante su consumación todos los demás corren furiosamente hasta cierta distancia, espantando el Gualiche.

Pero los Charruás, ni ésta ni ninguna otra superstición tenían; aunque odiaban a los brasileiros [sic] porque creían que de ellos les venía la viruela, enfermedad que no conocían medio de combatirla, y que consideraban epidémica y contagiosa, al extremo de aislar por 24 horas al atacado, que si no moría, ya creían que no podía comunicar la enfermedad.

Con tal objeto, aseguraban en tierra, o atado a un árbol, al paciente, poniéndole a su alcance bastante agua y leche, y no volvían hasta el otro día a la misma hora, en que lo sacaban si estaba vivo.

Eran los Charrúas altos y delgados, de seis pies más o menos; de formas poco pronunciadas, pero de un delineamiento y contornos perfectos; bien desarrolladas las cavidades de los principales órganos.

La cabeza, aunque un poco pequeña, era bien conformada y rectamente puesta.

Si en ninguno de ellos avanzaba el cerebro en su proporción anterior, tampoco era deprimido; todos de frente recta y ángulo facial bastante abierto, como cualquier europeo.

Su rostro era ovalado, sus ojos pequeños y cejas bien delineadas; la nariz un poco aguileña, la boca chica con el labio inferior un tanto inclinado [hacia] afuera (muestra de orgullo y desdén por todo lo que no era su persona).

Eran sus mujeres de talles esbeltos y flexibles, y bonitas bocas, con parejas y preciosas dentaduras de esmalte blanco. No eran ajenas tampoco a cierta coquetería o deseo de parecer bien; su manera de expresarlo, era montando de un salto uno de sus briosos caballos de buena rienda, y haciendo vertiginosos equilibrios a todo escape.

No había un solo Charrúa que tuviera el rostro, ni parte alguna del cuerpo, con pintarrajos ni cicatrices.

No tenían inclinación al robo, y ésto lo probaron en los años que sentaron sus reales en el campo de Nadal, sin que hubieran cometido ni uno solo de esos actos en su establecimiento ni en el de ningún vecino.

Tampoco tenían el hábito, como en la generalidad de las tribus salvajes, de ostentar como trofeos de guerra parte de la piel, con cabellera o sin ella, de sus vencidos.

Y a fe, que con el empuje de su tremenda lanza, con su valor sin límites, ¡muchos cadáveres debieron caer a sus pies!

Porque el valor, y la agilidad, de esos indígenas, era superior al del jaguar que se criaba en sus montes. Era ese valor innato que le hacía preguntar a Franklin a los diez y siete años, ¿qué cosa es miedo?

Pero jamás mancharon sus manos en sangre de inocentes niños, ni violaron mujeres.

Entre ellos no había bígamos. Y no hay que extrañar la frase, porque todos a su manera tienen sus ritos; y hasta era motivo de festejos, cuando la naturaleza de una joven, la declaraba en estado de casadera, sin cuyo requisito no podía tomar marido.

Lo que más nos llamaba la atención y ensayábamos, entre los amigos que nos reuníamos allí, Leopoldo Bonavita, / [Tristán] Azambuya y otros, era el grito de guerra y el manejo de la honda.

Ese alarido, que atronaba los aires y que no es fácil de explicar, pero que parecía que empezaba como el bramido de un tigre, que seguía el mugido de un toro, y concluía como el toque de atención de un clarín de guerra. ¡Yo no sé! -recuerdo que los caballos erizaban las crines y relinchaban al sentirlo.

Cada vez que intentábamos imitarlo, se reían a carcajadas los indios.

Lo mismo sucedía con la honda.

Esta se componía de una sogá, en vez de las dos que conocemos todos; en uno de los extremos estaba sujeto un tejido de cinco cascós, abiertos en forma de naranja y sólo unidos por los polos; entre esas aberturas se colocaba la piedra que se arrojaba junto con la honda, que, tirada por ellos, la piedra daba en el blanco y la honda caía a dos o tres pasos, y, tirada por nosotros, seguían juntas honda y piedra toda la proyección: ahí estaba el busilis.

Tanto me llamaban la atención estos salvajes por sus condiciones físicas, intelectuales y aún morales, -que me dedicaba muchas veces, con curiosidad, al examen de sus cabezas, introduciendo mis dedos por la enmarañada melena, por ver si correspondían al sistema frenológico del Gall y Spurzheim, las pequeñas protuberancias y abolladuras; y parecíame, efectivamente, que notaba esa diferencia entre el hombre civilizado y el salvaje, que sus necesidades y su instinto le han hecho desarrollar ciertos órganos antagónicos, para que no estaban dispuestos.

¿Quién se ha visto libre de esta tentación alguna vez y ha dejado de ponerla en práctica, ya sea por la semejanza de los hombres con los animales, como dice Levater; ¿ya porque su poca o mucha inteligencia nos llama la atención?

El caso es que, si la teoría no es exacta, tiene mucho en su favor.



Piedra de honda pulimentada, del tipo lenticular, de la colección del profesor José H. Figueira existente en el Departamento de Arqueología y Etnografía del Museo de la Universidad de La Plata (Provincia de Buenos Aires, República Argentina). Procede de la isla del Vizcaíno. (Departamento de Soriano) e ingresó a dicho Museo, junto con la mencionada colección arqueológica y de antigüedades indias, en el mes de abril del año de 1888. (Foto directa de José H. Figueira, tomada en su laboratorio en el Departamento de Rocha, en 1887, cuando ocupaba el cargo de Inspector departamental de Enseñanza primaria en la señalada división político-administrativa de la república). El ejemplar que nos ocupa, como muchos otros dichos congéneres o de destino igual o parecido, mide exactamente mm. 68,5 y 69,5 de diámetros, y mm. 43 de grosor máximo; pesa, 275 gramos y es de granito. (Estas determinaciones fueron hechas personalmente en mayo de 1961., en los momentos mismos en que estudiamos en detalle la totalidad de los materiales arqueológicos del Uruguay existentes hasta entonces en el supradicho Museo de La Plata).

Dando, pues, por sentado, que las facultades intelectuales y morales radican en la parte anterior y superior de la cabeza, y las animales que hacen al individuo propio para vivir, en la posterior y laterales; y lo que es cierto, también, que el cerebro es un órgano múltiple, que un golpe u otras causas suprime una de esas facultades sin alterar las otras, como la memoria de nombres, fechas, etc., y que el grado de potencia de cualquier órgano está en relación de su mayor o menor desarrollo, atendiendo también a los otros que pueden ser sus auxiliares, lo mismo que a sus antagonistas, siempre sacaba estas consecuencias:

Que eran insignificantes en ellos aquellos órganos peculiares a los que abrazan con facilidad la virtud y el estudio, como los Confucio, Sócrates, Leibnitz.- Y, en el mismo caso, estaban los que tienen las facultades animales y humanas muy desarrolladas a la vez, y que, por la educación, tanto pueden ser unos grandes criminales como unos grandes sabios: los Alejandro, Napoleón, Mirabeau.

Pero tampoco en aquellas que Gall coloca en la quinta clase, y constituye la generalidad de los hombres, tenían predominio el de la destrucción, que está situada en la región lateral de la cabeza, encima de la oreja, y de la secretividad que está sobre éste. Les sobraba la astucia, que es condición de todo salvaje, y de la asociación de ésta con el de la secretividad, cuyo desarrollo les faltaba, como he dicho, es la tendencia al robo; y éstos, unidos al de la destrucción, que tampoco tenían desarrollo, es lo que produce el latro-asesino.

No habían nacido, pues, para criminales.

Unase a esto, lo que es proverbial: el amor que ellos tenían a sus hijos y a sus mujeres, y lo que se encariñaban con las personas o animales que les prestaban algún servicio, para comprender, sin esfuerzo, con qué facilidad se habría hecho de ellos hombres útiles para las faenas de campo y para el servicio de las armas.

¿Puede, acaso, compararse éstos nobles y valientes salvajes, tan dispuestos a lo moral y a lo místico, con esas tribus del Brasil, bajas de estatura, de cara chata, cuello corto, anchos de espalda y frente deprimida?

¿Por qué, entonces, se les perseguía con feroz empeño? ¿Por qué se les exterminaba como a fieras, como a reptiles venenosos?

¿Porque vivían en su nativo suelo? -sin robar, ni aún comerciar con el Brasil, ni con nadie, no echando mano ni a un pañuelo que no fuera suyo; porque, si disponían de las reses para comer y del potro que montaban, era porque creían que lo habían heredado de sus padres; que la tierra siempre había existido así.

Voltaire decía, que la patria del hombre era el mundo, y el mundo de ellos se encerraba en lo único que conocían, que era su Patria. Lo que en la tierra tenía por límites, el Uruguay y el Plata, y cuando levantaban la cabeza al espacio azul como el de Venecia, que la cubre, y el estrellado y más bella constelación del firmamento.

En esa época se adquirían grandes áreas de campo, con la facilidad con que hoy, los pinches de la prensa, hacen de cualquier nulidad de guante blanco, de cualquier gaucho felón, un partidario conspícuo, un ciudadano austero.

Por dos o tres mil pesos, se compraba una docena de suertes de estancias o se adquirían, solicitándolas, como poblador.

Todos los ganados alzados, **baguales** que se encontraban en ese campo, pertenecían al dueño de él, tuvieran o no marca.

Pagaban también los propietarios para que les llevarsen o sacasen las yeguas, cuando no ellos mismos las mataban a bala.

¿Por qué se les hacía el botín de sus pequeños hijos y mujeres, sin más objeto que enviar de regalo ese par de esclavos a alguna familia y con menos recomendación que una pareja de caballos para carruaje?

¿Qué movil humanitario, social o político guiaba a esos Gobiernos de entonces, para exterminar sin cuartel ese puñado de valientes orientales?

¡Esterilizar en esas incalificables jornadas, hombres de la importancia del joven don Bernabé Rivera, que era una esperanza de la patria, ¡pues a los 30 años ostentaba en sus hombros las tres estrellas ganadas en el campo de honor! — [Pedro] Bazán y tantos otros ...

Esa mala inspiración del general [Fructuosos] Rivera, y el hecho de la Cueva del Tigre, me lo han referido los coroneles don

Juan Carballo, [Juan Angel] Golfarini y otros, confirmándolo también Sepe, casi igual a como Vd. lo refiere, con la única variante de que no era el robo y el pillaje lo que indujo a los Charrúas para aliarse al llevar la guerra al Brasil.

Y me inclino a creer que así fuera, porque odiaban cordialmente a los brasileiros [sic], mientras que el recuerdo de Artigas y su proclama los hacía gozar y oír con fruición ciertas frases de ella como éstas: “¡Empuñemos la espada, corramos al combate! Vengamos nuestra patria. Tiemble el déspota, de nuestra justa venganza. Su cetro tiránico será convertido en polvo”. Después, cuando yo los conocí, al recordarles a [Fructuoso] Rivera y los brasileiros [sic], una saña feroz se pintaba en sus rostros; rechinaban sus dientes y de aquellas pupilas de renegridas cambiantes, parecía que salían chispas eléctricas, llegando alguna vez en su furor hasta apuñalarse el muslo o la pantorrilla.

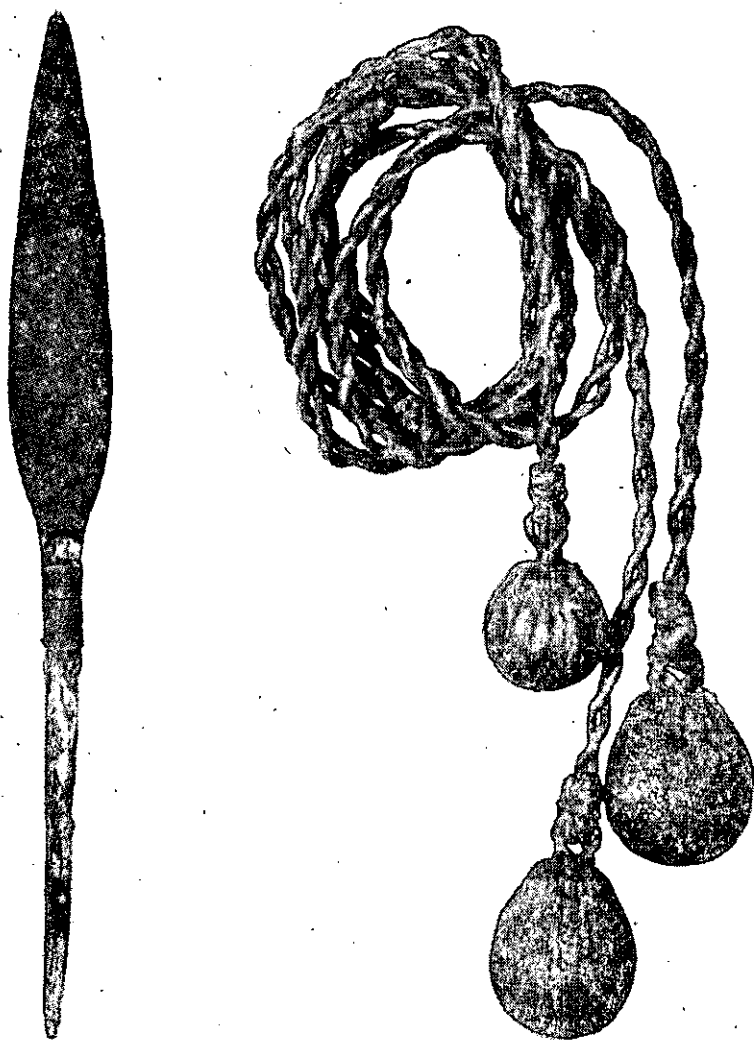
En el último encuentro de Yacaré Cururey [sic], tanto esos jefes nombrados que se encontraron en él, oficiales subalternos, como Sepe, referían que no hubo emboscada. Al llevarles la carga el coronel [Bernabé] Rivera, se pronunció la derrota de los indios, poniéndose en dispersión.

De repente, el grito de guerra de Sepe hizo que rápidos como el rayo dieran media vuelta y la red de boleadoras aseguró a casi todos los que los perseguían de cerca; porque los demás, me decía el coronel Golfarini, íbamos quedando de a tres y cuatro para matar uno; porque donde caía su caballo herido o boleado—, formaba círculo el Charrúa, que no le rompía nadie al alcance del molinete o el bote de su lanza; teníamos que matarlo a bala.

Una vez nos hizo Sepe el simulacro de esa pelea, con la arrogancia y el orgullo de haber vencido en campo limpio, y en franco y lal combate.

Ellos, que creían que la veloz carrera de su caballo afrentaba al viento de la Pampa, que no sabían pestañar ante el plomo enemigo, que tendidos en el costillar de su bruto hacían correr su lanzada hasta el regatón, menospreciaban la traición y el embozo; y era su grito de guerra a la vez que el reto a muerte a su contrario, un alarde de valor, un juramento que decía como la guardia de Napoleón: **muere pero no se rinde.**

Negaba también Sepe el hecho de haberlo tomado vivo, y lanzarlo después, atado en un árbol. El coronel Golfarini me decía: eso nadie puede saberlo, porque el que escapó de nosotros fue gaucho.



Flecha con hoja o moharra de hierro y aditamento para enastar el conjunto a la extremidad de una caña o ástil de madera (longitud total: cm. 27,2). Perteneció a los indios Charrúas del Uruguay. A la derecha de dicho grabado puede observarse un juego de boleadoras de tres ramales o en "Y", de un uso relativamente reciente por el hombre de nuestros campos, con las dos piedras llamadas "machos" o "voladoras" retobadas en cuero de lagarto, y con la tercera piedra - o "manija" - forrada en cuero común. (Museum of the American Indian (Haye Foundation). New York, U.S.A. Especímenes 20/9260 y 20/9261, respectivamente.). (Fotografías de Carmelo Guadagno, 1956, expresamente tomadas para el autor del presente trabajo).

Pero aunque todo eso fuera cierto, para los que se veían perseguidos hasta en la última guarida de sus patrios lares, de su nativo suelo, caliente aún la sangre de sus padres, hijos y hermanos que cayeron en traidora celada y desigual combate, dándoles ejemplo de bravura en esa matanza en que sus rostros sólo esfumaban saña y que tal vez en el estridente ay de su agonía y con su lenguaraz estilo les gritarían: ¡Venganza!

¡Qué habrían hecho otros que no tuvieran la sangre de leones de los Charrúas!

Siempre suyo

MODESTO POLANCO.

Montevideo, Agosto de 1890.

Entre las varias biografías de orientales ilustres, patriotas y beneméritos, no publicadas ni siquiera esbozadas o tenidas en cuenta aún, debe figurar sin duda, ocupando un sitio de preferencia y honor, la del Coronel don Modesto Polanco.

Dicho interesante y destacado personaje era hijo de Francisco Polanco, "natural de Montevideo", y de doña Josefa Ortiz, oriunda "de esta parroquia de San Carlos", quienes casaron en 1816 en la Matriz de la expresada villa del departamento de Maldonado.

Francisco Polanco era hijo de Joaquín Polanco, natural de Castilla la Vieja, y de Nicolasa Leguísamo, nacida en Buenos Aires.

Por su parte, Josefa Ortiz era hija de Baltasar Ortiz, oriundo del Obispado de Astorga, y de María Clara Corbo, natural de la expresada parroquia en la entonces villa de San Carlos.

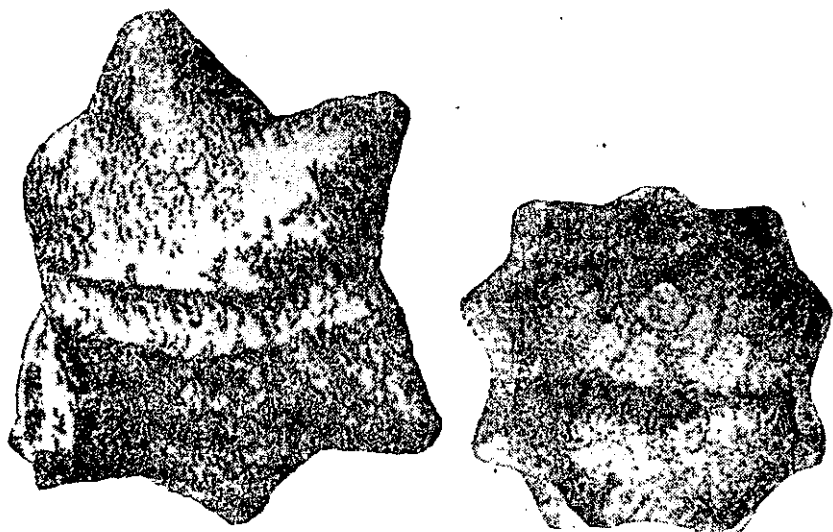
Es de destacar que, tanto los Corbo como Baltasar Ortiz, eran gente que integraban el afamado contingente conocido con el nombre de "Operativo Patagonia".

Los conyuges Polanco - Ortiz tuvieron, además de Modesto, por lo menos cinco hijos de su unión: Domingo Máximo (29/V/1817), Angela Dominga Nicomedes (15/IX/1818), Juana Isabel (23/VI/1820), Rosa Isabel (3/IV/1822) y Martina Belamina (30/I/1828).

Modesto Polanco casó con Cristina Polanco, su prima hermana, hija de Luis Polanco y de Rita Gómez, y tuvieron tres hijos (Modesto, Luis y Julio) y dos hijas (Rosa P. de Goldaraz, y Luisa P. de Céspedes; esta última, madre de los renombrados deportistas de ese apellido).

El *curriculum vitae* de Polanco es, pues, rico en múltiples facetas: Desde que leímos su carta aparecida en *La Epoca*, de Montevideo, supusimos que en su juventud había estudiado medicina; cosa que, en efecto, tuvimos luego la ocasión de confirmar en parte, al enterarnos, a nuestra gran sorpresa, que no tan sólo había realizado estudios en esa materia, sino que hasta se había permitido el lujo de dejar interesantes escritos sobre el particular; lo mismo que acerca de hidrocarburos y aún algunos más en torno a diversos temas.

Fue Jefe Político y de Policía en el Departamento de Cerro Largo (1863-64 y 1875) y también, en de Canelones (1875).



“Bolas erizadas” halladas por el profesor José H. Figueira en dos distintas zonas del territorio del Uruguay: La primera pieza, que es la más sencilla, pues afecta la forma de una estrella achatada, proviene del Departamento de Maldonado; y la segunda -de morfología ya enteramente globular- procede, en cambio, del Departamento de Tacuarembó. Aquella es de lava; ofrece tan sólo seis protuberancias; mide cm. 6,8 por cm. 3,2 y pesa 243 gramos. Nótese que los mamelones están allí dispuestos alrededor del contorno máximo de la pieza, en cuya parte central lleva un surco que la circunda. La otra piedra, por su parte, fue trabajada en basalto; presenta nada menos que 23 protuberancias; mide cm. 5,9 por cm. 5,9 y pesa 225 gramos. Obsérvese que aquí los mamelones están dispuestos alrededor de toda la superficie pétrea del módulo relojado y típico de esta pieza, el cual, además, se halla de igual modo circundado por un surco o ranura. Ambos especímenes fueron recogidos personalmente por el expresado paleontólogo en sus numerosas y variadas excursiones por el territorio de la república, realizadas a partir del año de 1874, y forman parte de la Colección Figueira existente en el Museo de la Universidad de La Plata (Nos. 2944 y 2843, respectivamente). (Según Alberto Rex González: “Mazas Líticas del Uruguay y Patagonia” (San Pablo, Brasil, 1954), Plancha VIII, Figura 12; y “La Boleadora: Sus áreas de dispersión y tipos”, del mismo autor (La Plata, República Argentina, 1953), Figura 38, página 211).

En conexión al desempeño de sus funciones en la primera localidad nombrada, existe en el Archivo General de la Nación, en Montevideo, una interesante correspondencia con Bernardo Prudencio Berro, que hemos fotocopiado y esperamos poder publicar en breve.

En relación, ahora con el cargo similar que desempeñara en Canelones, ya hemos visto la interesante carta que le enviara Alejandro Hernández, Juez de Guadalupe:

Por otra parte, fue estanciero en Cerro Largo y aún en Rivera; actuó en las revoluciones del 70 y del 75 y está considerado el fundador del Pueblo "Olimar", hoy Santa Clara (en el Depto. de Treinta y Tres); cuyo nombre proviene del hecho de que Clara Ortiz mandó erigir una capilla en el paraje, previamente al establecimiento de todo núcleo poblado.

Fue así propietario de la empresa denominada "La Mercantil" y, en 1883, de un cementerio ubicado en el Pueblo "Olimar".

A partir del 6/III/1877, vendió varias fracciones de terreno en su pueblo, a numerosas personas: Manuel Barrios, Venancio Marín Torrecilla, José Martínez Sainz, Paulino Zulignac, etc.

Dichas fracciones tenían, por lo común, 800 metros cuadrados; pero también las había de 950 y 1.000.

En cada venta, de acuerdo al plano general, individualizaba el solar en las pertinentes manzanas, las que sindicaba con letras (C, D, etc.) o mediante números (20, 22, 29, etc.).

Figuraban, asimismo, las parcelas linderas y los nombres de calles y avenidas próximas: Avenida del General Rivera, del General Oribe; Calle de Santa Clara, del Cordobés, Santa Ángela, Polanco, Santa Luisa, Santa Lucía, Brigadier Díaz, General Reyes, etc. Algunas tenían nombres de departamentos: Montevideo, Cerro Largo, Tacuarembó, Canelones; los mismos lugares en que Polanco residió o desempeñó funciones públicas.

Los compradores de los solares tenían la obligación de cercarlos dentro de los 6 meses siguientes a la compra y/o la obligación de poblarlos en un año. De lo contrario perdían el importe entregado y todo derecho al terreno.

Su carta sobre los indios charrúas ofrece particularísimo interés: Se habla allí de Leopoldo Bonavita (nacido en Montevideo, el 27/II/1825) y de José Paz Nadal (que falleciera el 7/X/1877 a la edad de 60 años). (Recordemos, de paso, que Polanco murió el 19/VIII/1894, a los 59 años, según el acta de defunción).

Hemos visto figurar con frecuencia, por último, el nombre de Polanco en la prensa diaria y periódica del pasado siglo, en el Uruguay:

—Así, *La Nación*, de Montevideo, del 8/X/1856 (Año 2, Num. 519, p. 2) da cuenta, refiriéndose a los ya señalados sucesos de Tacuarembó, que habían recobrado la libertad los señores Jacinto Barbat, Tristan y Sisifredo Azambuya, Modesto Polanco y Félix Castellanos.

—Ya nos hemos referido en otro lugar a lo que se expresa en la *Gaceta* de *La Epoca*, el 16/IX/1890.

—En *El Nacional* del 7/V/1894 (Año II - Núm. 329, p. 2, col. 3) se publica la crónica del casamiento de la señorita Rosa Polanco, "hija del Coronel don Modesto Polanco, —uno de los caudillos del Partido Nacional,— con don Pedro Golderaz, estanciero del Departamento de Canelones.

—El mismo diario, el 20/VIII siguiente (Núm. 413, p. 2, col. 1) informa que, después de penosa enfermedad, dejó de existir "nuestro distinguido correligionario el Coronel don Modesto Polanco". Agrega que "fue un valiente militar y tenía una foja de servicios que le hacían honor".

—Finalmente, en idéntico periódico 17/X/1896 (Año IV - Núm. 1143, p. 1, col. 6) se participa el fallecimiento de Modesto Polanco (hijo), aclarando que el extinto "era hijo del Coronel don Modesto Polanco, y pertenecía, como había pertenecido su señor padre, al partido nacional".

Etnología indígena. La raza charrúa a principios de este siglo.

[I]

Oscuros son los orígenes de la belicosa parcialidad charrúa, domeñadora de los bohanes, yaróes y chanáes, (a) y poco/ fundados en certidumbre completa los datos que nos han transmitido los naturalistas y viajeros que exploraron estas regiones a principios del siglo [XIX], o a fines del pasado [XVIII], —sin excluir al sabio [Félix de] Azara.

(a) BOHANES — Agrupación de indígenas que habitaba a la orilla oriental del Uruguay, en la zona norte del Negro, y cuyos orígenes son poco conocidos, pues como otras tribus errantes no han dejado tradiciones ni recuerdos. Algunos creen que los bohanes, a la vez que los charrúas, chanáes y yaróes, tenían un lenguaje peculiar, hablándolo distinto cada una de las cuatro parcialidades; otros suponen que todas esas tribus eran sencillamente porciones separadas de la gran familia guaraní, que, como se sabe, se extendía a vastísimas comarcas en esta región de América. Casi autorizaría a esa hipótesis, la circunstancia muy especial de pertenecer al idioma guaraní en la zona uruguaya —desde el gran río hasta las costas del océano, la mayor parte de los nombres locales.

Sea de ello lo que fuere, ninguna de esas tribus dispersas dejó rastros de su idioma, sobreviviendo a su extinción, el de los "tapes", cuyas pequeñas poblaciones al sur del Negro contaban muchos años de existencia antes de la desaparición por el hierro y el fuego de la parcialidad charrúa.

Fue ésta la que, así como a los yaróes y a los chanáes, exterminó a los bohanes, quedando dueña del territorio en mucha parte, hasta que se consumó la matanza de la cueva del Tigre.

(22) Al igual que lo que acontece con la carta del Coronel don Modesto Polanco, una porción regularmente apreciable de los datos que presenta la "Etnología indígena" de Eduardo Acevedo Díaz, en cualesquiera de sus tres versiones — conteniendo, eso sí, los apuntes de su abuelo materno, el Brigadier General don Antonio Felipe Díaz—, resisten plenamente la crítica y aún, también, hasta un minucioso cotejo con otros documentos paralelos, ya mucho más completos, acuciosos y actualizados, y que, de igual suerte, poco más o menos corresponden a aquella misma época.

Así, por ejemplo — y en lo que se refiere a los cánticos de combate a lo sumo a los cantares previos (o simples gritos) a los enfrentamientos bélicos de los indios charrúas — y la noticia que nos proporciona Antonio Díaz respecto de tan interesante al par que importante particular, en los párrafos intercomillados 56 a 58 del escrito dado a conocer en 1891 por Eduardo Acevedo Díaz, concuerdan perfectamente desde luego, como no podía ser de otra manera, con las siguientes apreciaciones del Códice Villardebó, que, por su lado, fueron recogidas sobre idéntica cuestión por el eminentísimo filántropo y médico compatriota de ese apellido (y de nombre Teo-

Con este motivo, algunos han rechazado como falso lo que precisamente contienen esos relatos de verdadero; y otros, han acogido como real y positivo lo que en ellos peca de inverosímil o de erróneo.

Nada, pues, más difícil de investigar que la etnografía de los charrúas, dado que ninguna tradición escrita u oral dejaron.

El estudio etnológico, es poco menos que imposible con las noticias que nos alcanzan; y a partir de su crudeza salvaje y de su aislamiento, raros fueron los casos en que se hizo fácil una observación prolija de sus instintos, usos y costumbres.

YAROES — Sobre estos indios, dice Azara:

“Habitaban en la época de la conquista, la costa oriental del Uruguay, entre el río Negro y el San Salvador. Por el Este tenían por vecinos a los charrúas, y por el norte a los bohanes y los chanáes. Los informes que he podido adquirir a este respecto, se reducen a lo siguiente. La lengua de dichos indios era muy distinta de todas las otras: el número de sus guerreros no llegaba a ciento. Sus armas eran arcos y flechas: no carecieron de valor pues atacaron y mataron un número considerable de españoles que acompañaban al capitán [Juan] Alvarez [Ramón], primer navegante del río Uruguay”.

CHANAES — Esta tribu ocupaba las principales islas del Uruguay en tiempo de la conquista. Después se establecieron en la costa oriental, al sur del San Salvador, para abandonar estos sitios al fin a causa del odio de sus vecinos, y regresar a las islas. Por último, temiendo la proximidad de los charrúas, que eran ya los exclusivos señores del territorio, pidieron auxilio al Gobierno de Buenos Aires, que se los concedió; y a su amparo concurren a la fundación de Santo Domingo de [sic] Soriano”.

doro Miguel) de boca y labios del Sargento Mayor don Benito Silva, en Montevideo y en el año de 1841:

“La señal de que el enemigo se acerca, o de alarma, es una llamada con una guampa y ponerse a dar vueltas en hileras unos detrás de los otros, mientras las mujeres se ponen a gritar de un modo tan lúgubre que hace enternecer. Los viejos, mujeres y niños se quedan en los toldos; los mozos van a la guerra. Los caciques destinan uno de los de más edad para mandarlos”. (El subrayado es nuestro).

También — y a simple título de ejemplo — debemos considerar aquí que lo que Antonio Díaz expresa con respecto a las puntas de metal de las lanzas y de las flechas, en el párrafo 31 intercomillado del escrito que nos ocupa, se encuentra a su vez, de igual suerte, en un todo confirmado por el siguiente documento, que, datado el 4 de julio del año de 1812, consiste en una carta escrita en el arroyo San Antonio, de Joaquín de Oliveira Alvarez a Diego de Souza, y que, en 1969-1970, diera a conocer el señor Eduardo F. Acosta y Lara: “os Indios, que serão até 200 homens, mulheres e crianças se ocupão constantemente em fazer flexas de arcos de barris, que levarão das Estancias; e que se achão acampados nas pontas de Queguay no Rin-

No han faltado quienes sin razón, fundada, concediendo a la licencia poética (fueros, históricos, hayan negado, en absoluto, que los indios charrúas usaran flechas, que se tatuasen, que creyeran en Gualiche, que tuviesen como un hábito la rapiña, y que practicasen otras costumbres propias de su idiosincracia y estado de barbarie.

Sei ha llegado hasta invocar el sentimiento de nacionalidad, como argumento admisible, para que la mentira primase sobre el recto criterio y fuera ley de conciencias en esta materia; olvidándose deplorablemente que la verdad histórica es la que honra y educa, aunque lástima suceptibilidades y evapore ridículas leyendas.

Eso, y no otra cosa, se ha pretendido con respecto a los charrúas por quienes carecían de pruebas para asertos semejantes. Como estas opiniones se han formulado con motivo de los juicios que acerca de los aborígenes orientales hemos emitido en nuestras novelas históricas ISMAEL y NATIVA, pretendiéndose desvirtuarlos, nos place venir a su defensa; creyendo que con ella justificaremos plenamente lo escrito por nosotros, a la vez que ofreceremos nueva luz sobre cosas que muy pocos saben, por más que el amor propio nacional haga imaginar a muchos que ellos conocen la historia verídica e imparcial de su tierra.

Entre los raros casos de observación atenta a que no referíamos, uno nos merece entera fe.

Es un testimonio para nosotros bien respetable: el del Brigadier General D. Antonio Díaz, nuestro abuelo [materno], que trató de

caña da Batreia—Japy". (El subrayado es también nuestro).

La última noticia, sin embargo, no es privativa ni exclusiva de esta parte de América ni, tampoco, de los comienzos del pasado siglo; puesto que la encontramos ya en la famosa carta en la que Cristóbal Colón notifica nada menos que su descubrimiento; carta que, ya dirigida a Luis Santángel, escribano de ración de los Reyes Católicos, judío converso y gran valedor de las empresas del almirante; está datada sobre la isla de Canaria (según el diario de a bordo de Colón, en esos momentos estaban, no obstante, en la isla de Santa María, una de las Azores) "A XV de febrero [del] Año [de gracia de] Mil CCCCLXXXIII," y en donde, entre otros muchos datos interesantes, concretamente se dice allí lo que sigue: "Ya defendi que no se fiesen [a la gente de la isla La Española (Santo Domingo) y de otras islas que halló o tuvo noticias] cosas tan viles como pedazos de escudillas rotas y pedazos de vidrio roto y cabos de agujetas, aunque cuando ellos esto podían llevar los parecidos habien la mejor joya del mundo [que era] Hasta los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomaban; y daban lo que tenían como bestias [que comían] etcétera. (El subrayado es igualmente nuestro).

cerca a los charrúas, mereciendo de ellos afecto y respeto, en la época en que fue ayudante secretario del General D. José Rondeau.

Por ese testimonio, se verá que lo que afirmamos en el texto de nuestros libros, reposa sobre un dato cierto e irrecusable, y no sobre equivocadas nociones y vuelos de fantasía.

Algo idéntico podríamos decir acerca de los juicios históricos de diversa índole emitidos en los mismos; siempre que, a comprobar asertos, nos obligara una crítica seria. No hemos cultivado la novela del género para adulterar la historia, sino para difundir algunas de sus verdades y lecciones severas, prestigiándolo en su real valor.

De si lo narrado en ISMAEL y en NATIVA, es o no rigurosamente exacto en lo concerniente a los charrúas, puede el lector que haya leído esas obras juzgarlo por lo que vamos a consignar aquí, todo ello escrito de puño y letra del General Díaz, cuya calificación de **testimonio cierto e irrecusable** mantendremos, mientras no fuere él destruido por otra prueba acabada y plena.

Dámoslo a la publicidad por primera vez, no sólo en el legítimo interés de que queden subsistentes nuestras opiniones y comentarios, sino también en el deseo de que alguna mayor claridad se proyecte sobre la densa sombra que rodea el recuerdo de una raza extinta, más interesante aún por haberse sepultado con su historia.

Véase ahora, aquí, una parte de esos apuntes

II

“Los charrúas, cuyos restos se mantuvieron en el país hasta una época reciente, conservaron su independencia y hábitos feroces sin ceder jamás a la influencia civilizadora del cristianismo, ni a los estímulos halagüeños de la sociedad.

“Estuvieron constantemente en guerra con los españoles por cerca de trescientos años; y, aunque esa tribu estaba reducida ya a menos de mil individuos a principios de este siglo [XIX], nunca fue totalmente vencida ni domada.

“En el año XI hicieron una especie de paz y alianza con el General D. José Artigas, a quien tenían respeto, ofreciendo pelear contra los realistas.

"En consecuencia, se le incorporaron.- Pero, siempre recelosos y desconfiados por carácter, no acampaban sino a distancia del ejército. De improviso alzaban las tolderías, y no volvían al campo en mucho tiempo.

"Sin embargo, nunca lo abandonaron del todo.

"El año XII, hallándose el campamento del General Artigas en.....se pusieron en marcha, y atravesando toda la campaña llegaron a la costa del Santa Lucía Grande, a la estancia de D. Tomás García de Zúñiga, plantando sus toldos a poca distancia de las casas.

"Fue allí donde tuve oportunidad de conocerlos, y de examinar un poco sus instintos y costumbres. /

"Diré al respecto lo que por mí mismo he observado, y que procuré indagar de ellos en las repetidas veces que estuve en sus tolderías (b).

"Era yo en aquel entonces secretario del General Rondeau, e iba con frecuencia en comisión de éste a ver al General Artigas durante la campaña que se siguió a las desavenencias producidas entre éste último y el representante de la Junta señor [Manuel de] Sarratea.

"Tan excelentes oportunidades sugiriéronme el deseo de hacer un estudio algo detenido de los hábitos y tendencias de los indígenas.

"Favorecieron no poco ese propósito los pequeños dones que yo les hacía, siempre que los visitaba, y la misma consideración personal que se servía dispensarme el General Artigas.

"Esa facilidad por una parte; y por otra, las contradicciones que había notado ya en las descripciones de los viajeros, con mis observaciones propias, me estimularon a adelantarlas, fijándome en el indio Naybú, simple soldado flechero de cerca de cincuenta años

(b) "La obra que considero más apreciable relativa al tema, entre las que conozco, es la de don Félix de Azara, y, sin embargo, adolece de algunas inexactitudes que citaré más adelante.- No me aventuraré en las relaciones de ciertos exploradores que han visitado estas zonas de paso, tomando apuntes en libros de memorias y juzgando sin criterio de lo que oían.... Hablaré por lo que yo mismo he podido juzgar, consignando fielmente mis impresiones personales".

de edad, y sin duda el más inteligente y sagaz de todos, siendo al mismo tiempo el que entre ellos hablaba, aunque poco y mal, el idioma español.

“Algunos años después, tuve ocasión de hablar con varios charrúas que lo poseían medianamente, y al servicio de mi familia una cautiva bastante despejada.

“Ultimamente, conservé a mis órdenes tres charrúas en el / Salto del Uruguay, durante la guerra de nueve años; los que empleaba como descubridores del enemigo, para cuyo servicio eran muy aptos. Las madres de éstos, ya ancianas, poseían el castellano lo bastante para contestar claramente a mis preguntas.

“He dicho que, cuando conocí a los charrúas por primera vez, lo fue en Noviembre de 1812 en la costa del arroyo de Arias.

“No tenían entonces más que doscientos noventa y siete hombres de armas, y como trescientas cincuenta personas entre mujeres, niños y viejos.

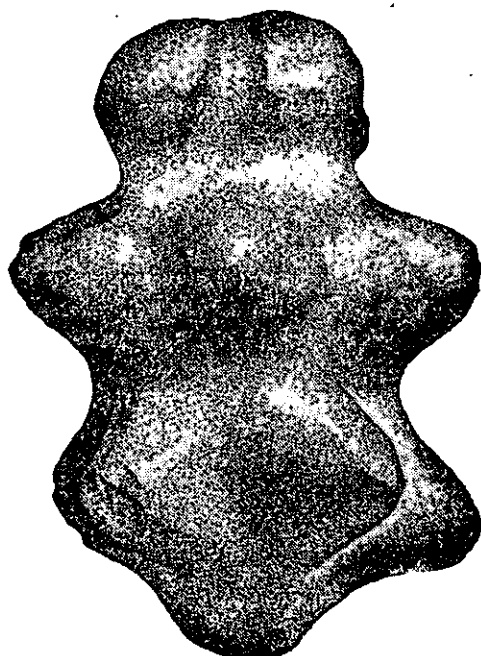
“En esa ocasión estuve veintidos días en comunicación con ellos en la estancia precitada de García [de] Zúñiga, cerca de la cual acamparon a los tres días de haber llegado al arroyo de Arias.

“Del resultado de mis observaciones entonces, y después, ha de juzgarse por lo que paso a consignar en seguida.

III

“Los charrúas no tenían religión, pero eran sin embargo supersticiosos; y aunque por mi propia observación y las noticias que de ellos mismos he recibido no me queda duda de que ninguna religión o culto profesaban, no me explico la existencia de una superstición siendo ésta una consecuencia de aquella: e infiero que los indios charrúas que yo he conocido estaban enteramente relajados en esa materia, y habían perdido hasta la tradición del tiempo en que sus antepasados eran creyentes o tenían un objeto de adoración y culto.

“Los que yo conocí y examiné por primera vez el año XII, suponían la existencia de un **espíritu maléfico** al que atribuían todas sus desgracias, enfermedades o desastres. Este genio malhechor se llamaba **Gualiche**./



Rompecabezas hallado por el profesor José H. Figueira en el Departamento de Maldonado, Uruguay. Nótese el pulimento de esta notable pieza, la saliencia que tienen sus mamelones cónicos y la forma especial en que los mismos se hallan dispuestos. Dicho ejemplar está trabajado en meláfiro y pesa 830 gramos. Su longitud alcanza los cm. 13 y su espesor es de cm. 5,6. Presenta once protuberancias de cm. 2,4 de altura cada una. Este importante espécimen forma parte, además, de la Colección Figueira existente en el Museo de La Plata, Provincia de Buenos Aires, República Argentina, (Nº 1-2944 bis). (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc., Plancha VI, Figura 2).

"Vivían desnudos como en el estado de naturaleza, cubriéndose únicamente la cintura con algunos pedazos de género o de jerga ordinaria, siendo muy raros los que tenían un quiapí (c) o jerga entera para abrigarse aun en el rigor del invierno.

"Llevaban la cabeza cubierta. Algunos de ellos, se ceñían la frente con un trapo en forma de vincha, y otros se ataban el pelo con un tiento.

"Muchas de las mujeres se cubrían en invierno, pecho y cintura, con una jerga o quiapí, atado por las puntas sobre el hombro derecho.

"Otras hacían una especie de camisón de la misma calidad, sin mangas y con aberturas para los brazos.

"Traían siempre a sus hijos pequeños alzados a la espalda dentro de una gran jerga, cuyas cuatro puntas ataban por delante, formando así como una especie de bolsa, en la que metían una o dos criaturas con la cabeza de fuera.

"La que tenía tres chicos, ponía el tercero montado adelante en el caballo, y la que tenía cuatro, colocaba al mayor de ellos en las ancas.

"Los más grandes iban en un caballo, que ellas mismas tiraban del diestro.

"El modo de hablar de estos indios era gutural y nasal, abriendo muy poco la boca, aun para reírse, lo que nunca hacían con ruido de carcajadas.

"En tiempo frío se sentaban en cuclillas sobre los talones, en fila, permaneciendo en silencio, o hablando muy despacio. Generalmente permanecían a caballo, echados sobre el pescuezo del animal para entibiarse con su calor/.

"Obedecían a un cacique, eligiendo para ese cargo al que más crédito gozaba por su valor y su audacia, y cuya autoridad no tenía reglas ni límites.

(c) Sin embargo, de la cintura a los muslos no pocos hacían uso del chepi (vocablo también guaraní, que significa "mi cuero"), y que era una especie de pampanilla o tonelete comúnmente de piel de ciervo, de aguará o de yaguareté.

“Antes de la conquista, cuando el hierro les era desconocido, iban a la guerra armados de flechas construídas de pedernal, imitando la hoja de laurel rodeada de dientes agudos en dirección [opuesta] al arpón. Después sustituyeron la piedra con aquel metal, sirviéndose principalmente de arcos de barriles para ese uso, y para hacer lanzas; de las que, así como del acero [sic] y del carcaj, estaban continuamente armados en la paz lo mismo que en la guerra. Ultimamente eran pocos los que conservaban flechas; casi todos usaban lanzas.

“Andaban siempre a caballo, en pelos, con una simple rienda sin freno. Eran sumamente diestros para manejarlo, así como para el uso de las boleadoras que jamás dejaban de traer en la cintura.

“Habitualmente ladrones y desidiosos, no practicaban ningún género de industria.

“Hacían sus tolдерías, -si así podían propiamente llamarse,- en la costa de los arroyos y en los campos abundantes de ganado; consistiendo aquellas en ranchejos de paja y ramas, de dos varas de largo, una vara o dos tercias de ancho, y otro tanto de altura.

“Cuando el ganado escaseaba en las cercanías del campamento, lo abandonaban en el acto para ir a otros parajes donde les fuese más fácil proveerse.

“Lo mismo hacían cuando las osamentas corrompidas infeccionaban el aire, lo que se verificaba en muy pocos días; pues nunca carneaban sino la mitad de la res, sacándole los costillares de la parte que quedaba para arriba y dejando el resto del animal en el suelo, del lado que había caído al matarlo, por no tomarse el trabajo de darlo vuelta./

“En sus duelos y funerales practicaban una costumbre realmente digna de su condición salvaje.

“Las mujeres casadas estaban obligadas a cortarse una falange de un dedo de la mano cuando morían sus maridos; y esta operación era repetida tantas veces cuantas ellas enviudaban.

“Yo ví en la tolдерía que por algunos días tuvieron en la costa de[1] Santa Lucía Grande el año XII, a una india anciana, que hacía entre ellos el oficio de médica, la cual había sido siete veces mutilada.

“Y a propósito de esta médica, ocurre decir algo sobre su arte de curar, no menos extravagante que su anterior costumbre.

"El principal remedio que esa anciana empleaba con los enfermos, era el de "engrasarlos", frotándoles el cuerpo con gran fuerza con un pedazo de cuero por el lado del pelo; pero usaban también otros como el de la ceniza caliente, remedio que [vi. apl.] cae en la costa del Daymán a un mozo que al parecer sufría de un fuerte catarro. No pude conocer el resultado de la operación, que era la de tenderlo en un montón de cenizas ardientes producidas por una grande hoguera que se había encendido sobre la arena de la costa; porque el mocetón no quiso o no pudo soportar el calor de tal remedio, pues apenas se había tendido, se levantó corriendo, y fuese a revolcarse en el pasto seco, muy enojado, así parecer con la curandería." [vi. apl.]

"La mayor parte de los charrúas tenían el pecho y la espalda, y algunos de ellos hasta la cara misma, cubiertos de cicatrices muy unidas, hechas con las puntas de las flechas, y formando varias figuras y bordados.

"No he visto a ninguno con el labio inferior horadado; según dice el señor Azara que lo hacían en general. Sería costumbre haberlo así en el tiempo en que él los vio." [vi. apl.]

"Aunque de índole feroz, eran por lo común de genio alegre y estaban continuamente riéndose. Rara vez tenían enfados o reyertas, sino por causa de los hurtos que se hacían unos a otros. En tales casos discutían formando una grande algazara en que hablaban todos a un tiempo, parando por lo regular en peleas." [vi. apl.]

"Presencé una en el arroyo de Salsipuédes por materia de un caballo, en la que tomaron parte diez o doce indios guerreros." [vi. apl.]

"Después de una larga disputa, se dirigieron a gran galope a una cuchilla inmediata, seguidos de algunas mujeres que, sin duda, trataban de apaciguarlos." [vi. apl.]

"El cacique, con el cual hablaba yo a la sazón en la orilla del monte, había mandado por dos veces a un indio, probablemente a que los aquietara. La primera orden fue inútil; y cuando vio que el indio regresaba por segunda vez sin que se le hubiera hecho caso, saltó en un momento en un caballo que tenía sobre rienda, sin más armas que una macana que llevaba en la cintura; y aunque todos se dispersaron viéndolo ir hacia ellos, siguió en el alcance de uno con especialidad." [vi. apl.]

"Tras del cacique montaron inmediatamente más de cincuenta indios, entre hombres y mujeres, y todos se perdieron de vista." [vi. apl.]

"Piedra muelle, para el uso de los marineros, se usaba en forma de un círculo, con un agujero en el centro, para que se pudiera introducir un palo o un madero, y así, se podía usar como muelle para el barco." (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

"Cuando se usaba para el uso de los marineros, se usaba en forma de un círculo, con un agujero en el centro, para que se pudiera introducir un palo o un madero, y así, se podía usar como muelle para el barco." (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

"Bajo de otros nombres, como: muelle, para el uso de los marineros, se usaba en forma de un círculo, con un agujero en el centro, para que se pudiera introducir un palo o un madero, y así, se podía usar como muelle para el barco." (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

"También se usaba para el uso de los marineros, se usaba en forma de un círculo, con un agujero en el centro, para que se pudiera introducir un palo o un madero, y así, se podía usar como muelle para el barco." (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

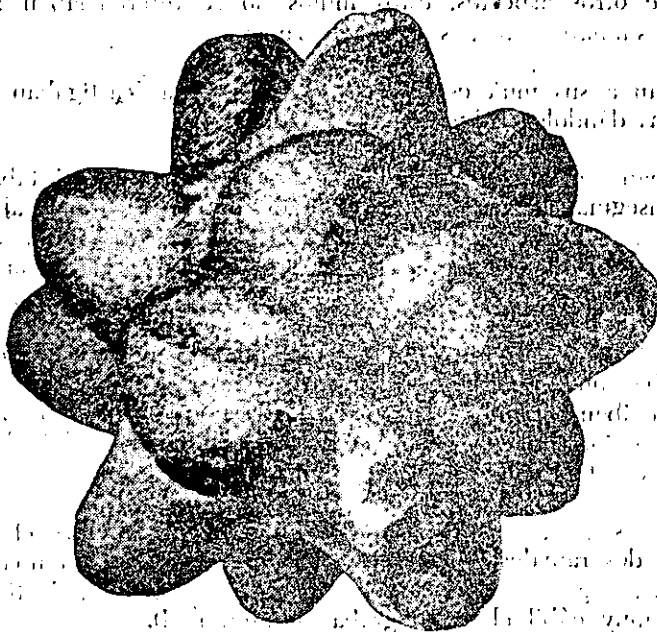
"Cuando se usaba para el uso de los marineros, se usaba en forma de un círculo, con un agujero en el centro, para que se pudiera introducir un palo o un madero, y así, se podía usar como muelle para el barco." (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

"Bajo de otros nombres, como: muelle, para el uso de los marineros, se usaba en forma de un círculo, con un agujero en el centro, para que se pudiera introducir un palo o un madero, y así, se podía usar como muelle para el barco." (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

"También se usaba para el uso de los marineros, se usaba en forma de un círculo, con un agujero en el centro, para que se pudiera introducir un palo o un madero, y así, se podía usar como muelle para el barco." (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

"Cuando se usaba para el uso de los marineros, se usaba en forma de un círculo, con un agujero en el centro, para que se pudiera introducir un palo o un madero, y así, se podía usar como muelle para el barco." (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

Extremo proximal del notable rompecabezas tipo "maza lítica" o "maza erizada" hallado por el profesor José H. Figueira en el Departamento de Maldonado, Uruguay. Nótese los surcos cruciformes del talón, que, a juzgar por el dictamen de determinados autores, dejan una zona apta para el amarre de tales piedras a la extremidad de un palo, de un mango o de un madero, atestiguando todo ello, además, que este objeto, sin lugar a dudas, se usaba en mangado. El curioso ejemplar que nos ocupa, ofrece por de pronto, diez puntas cónicas de cm. 2,4 cada una, las que se encuentran dispuestas en dos verticilos; pero de manera que las del verticilo superior alternen con las del inferior". (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).



"Pasada media hora, regresaba el cacique con toda la comitiva; y estando a distancia ya como de una cuadra de la toldería, llamó a un indio que salía del monte. Le dirigió una o dos palabras, y en seguida le dio un macanazo en la cabeza, cayendo en el instante el indio del caballo como muerto.

"Cuando llegó cerca de mí, y antes de apearse, señaló para el lugar en [que] quedaba el indio, y como queriendo darme razón de aquel acto de justicia, pronunció dos veces seguidas la palabra ROBO, dándome a entender que aquel era el delincuente./

"Bajo de otros aspectos, estos indios no se diferenciaban mucho de sus similares salvajes de otras zonas.

"Trataban a sus mujeres como a esclavas, y las castigaban con las boleadoras dándoles golpes en las espaldas.

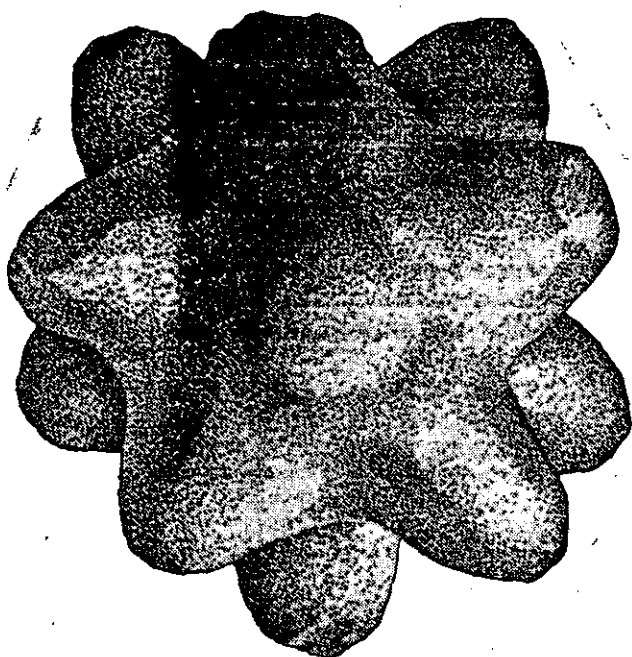
"Abusaban cuantas veces podían del aguardiente y del tabaco. Cuando conseguían cigarros, los fumaban cubriéndose la cabeza y la cara con una jerga o cosa semejante, a fin de que no se disipase pronto el humo; quedándose atontados, por lo regular, con esa operación.

"Si adquirían yerba-mate, la echaban dentro de una especie de taza hecha con un porongo o una aspa de toro, ocupándola con poca agua; e iban pasándola en rueda. Cada uno tomaba un sorbo, con el que se introducía mucha yerba, y estaban mascándola hasta que quedaba enteramente sin gusto y sin color.

"Entre sus juegos peculiares, tenían predilección por el tiro de bolas de dos ramales, el cual consistía en enredarlas en una estaca clavada a regular trecho, y con sólo una cuarta fuera de tierra. Reputábase muy hábil el que lograba el intento (d).

"En sus días belicosos, cuando iban a pelear o sabían que el enemigo estaba próximo, el cacique los formaba a caballo en ala, y los proclamaba con una muy larga arenga en que exponía las injurias o agravios recibidos, y les recordaba las glorias de sus mayores, con sus propias hazañas y hechos de armas.

(d) "Diestrísimos en este juego, arrojaban las bolas a treinta pasos de distancia, y según pude verificarlo por mi mismo, no era fácil acertar con la estaca. Apostaban todo cuanto tenían: quiapies, jergas, riendas y caballos. Se consideraba vencedor, al que las ceñía estrechamente al puntal".



Extremo distal del mismo rompecabezas de las dos figuras anteriores, que fuera hallado por el profesor José H. Figueira en el Departamento de Maldonado, Uruguay. Obsérvese que el extremo libre de esta pieza está provisto de una saliencia adicional bien visible, pronunciada y evidente. Las restantes protuberancias, en cambio, sólo se distribuyen formando dos estrellas de cinco puntas cada una de ellas, las que se encuentran dispuestas de tal suerte que, a cada mamila de una de esas estrellas, corresponde una depresión o ángulo (o concavidad), en la estrella gemela. (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc. Plancha VII, Figura 9).

“Cada vez que en la arengá los incitaba e impelía a la venganza, el cacique movía la lanza, blandiéndola con fuerza, y / en toda la línea se alzaba entonces una gran gritería prometiendo todos pelear con valor.

“Mientras duraba esa alocución o proclama, las mujeres se ponían en fila, tras de los hombres, como a veinte varas, y estaban cantando no sé qué; pero supongo que sería un himno para animar a los combatientes.

“Sus ceremonias fúnebres traían siempre aparejadas mutilaciones entre los sobrevivientes.

“Enterraban a los muertos en las inmediaciones de algún cerro, si lo había cerca, haciendo una excavación de poca profundidad en que ponían el cadáver cubriéndolo perfectamente con piedras, si las había a no muy larga distancia; sino con ramas y tierra. Ponían las **boleadoras** encima, clavando su lanza a un lado de la sepultura, y al otro lado dejaban el caballo atado a una estaca. Decían ellos que era para el viaje que debía emprender el difunto.

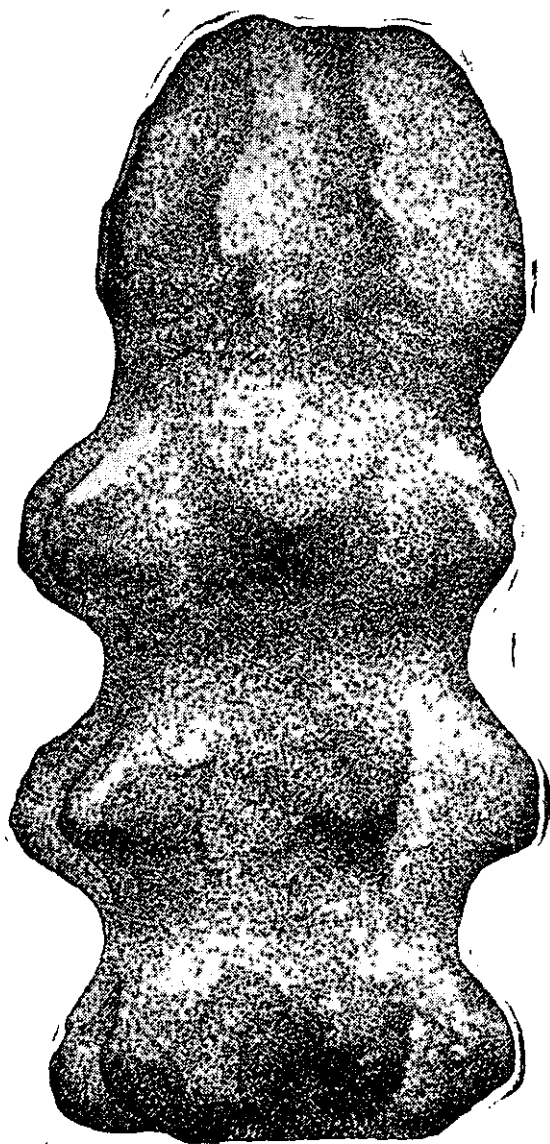
“Los varones parientes cercanos del muerto, en señal de duelo, se atravesaban los brazos unos, y otros los muslos, con una vara de guayabo u otra madera, a falta de ésta, del largo de una tercia, levantándose con fuerza la piel, y encajándola lo más cerca posible del hueso.

“Los hombres sólo se clavaban una de estas varas aguzadas; pero las mujeres parientas, inmediatas del finado, como hijas o hermanas, solían clavarse cuatro y hasta seis de esas varas, quedándose luego en una completa postración. Fuera de eso, la viuda, como he dicho antes, se cortaba la falange de un dedo”.

— IV —

Hasta aquí los apuntes que deseábamos dar a luz, escritos por un observador atento e imparcial, de cuyo juicio sereno puede juzgarse por el estilo sencillo, conciso y claro; y de / cuya veracidad es garantía la rectitud de carácter que le distinguió en toda su larga y laboriosa existencia.

Pero, creeríamos incompleto el cuadro así trazado, si no agregáramos los datos referentes a la desaparición de la raza charrúa,



Maza lítica procedente del Cerro Moyano, en la Gobernación de Santa Cruz (República Argentina). Mide cm. 15,1 de longitud, pesa grm. 880 y es de granodiorita. En este ejemplar, los mamelones se disponen en tres estrellas paralelas y casi equidistantes entre sí, de seis radios cada una de ellas, alcanzando, por lo tanto, un total de 18 protuberancias o pías. Nótese la analogía existente entre este espécimen, procedente del extremo austral de la Patagonia, y el hallado por el profesor José H. Figueira en el Departamento de Maldonado, Uruguay. (Según Alberto Rex González: "Mazas Líticas...", etc., Plancha III, Figura 4).-

a su fin tan dramático como armónico con los fastos de su historia conocida y de sus hábitos guerreros; y para ello hemos de citar nuevamente el testimonio del General Díaz, siquiera seamos breves en la exposición de los hechos.

Los ganaderos orientales, especialmente los de la vasta zona del norte, habíanse quejado siempre de las demasías de la tribu; pero estas quejas, en tanto no pudieron dirigirse a un poder constituido, con recursos y elementos bastantes para resistir a las consecuencias de una actitud definida y resuelta, ni tuvieron eco ni revistieron carácter formal hasta fines de la tercera década de este siglo [XIX].

Habíase erigido entonces el primer gobierno constitucional del país, y hallábase a su frente el general don Fructuoso Rivera.

Caudillo de estrella, aún en medio de sus mismos lances desgraciados, el general Rivera había logrado hacer sentir su prestigio en la tribu y heredar en parte el afecto respetuoso que el general Artigas mereció siempre de sus caciques.

De esta circunstancia debía prevaleerse para aniquilar lo que quedaba de la raza, así que se solicitó el apoyo de su autoridad contra las depredaciones de los indios.

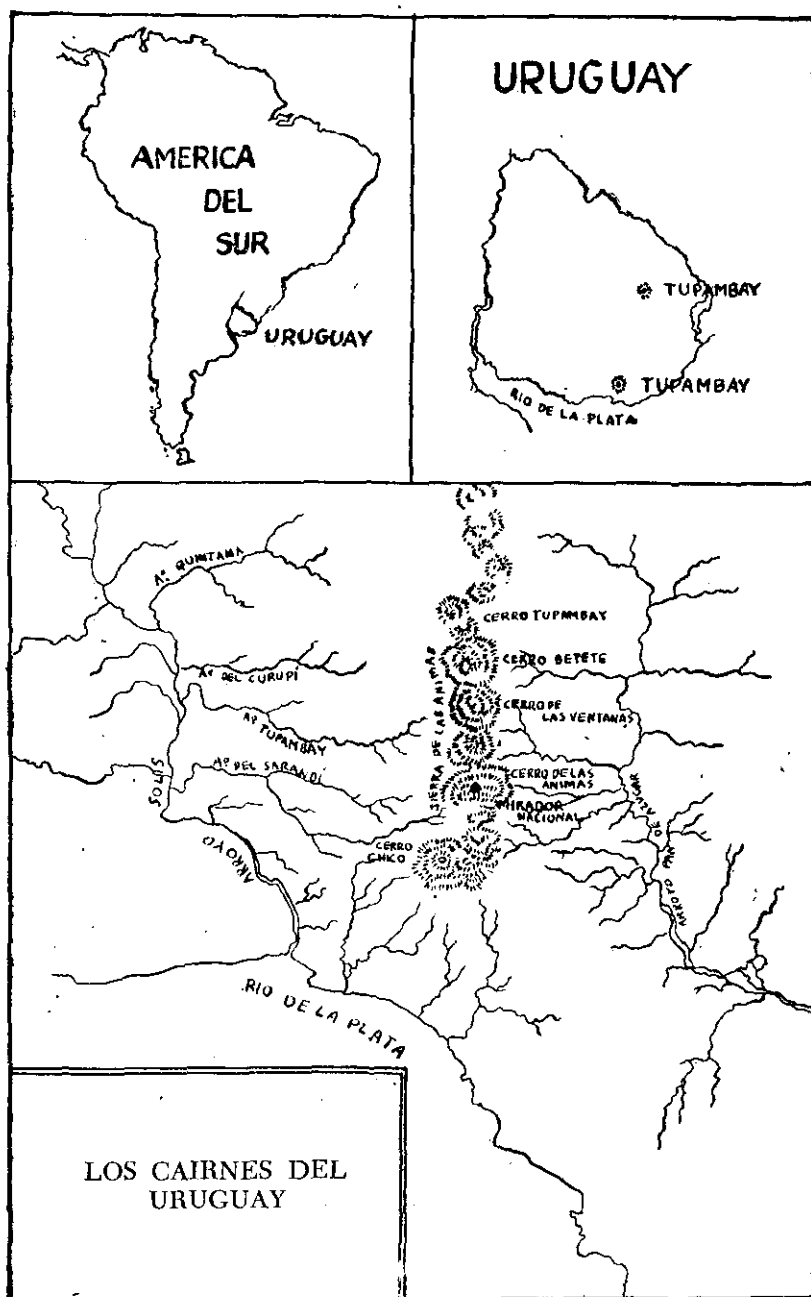
Por otra parte, el caudillo era bastante sagaz para atraerlos a una celada sin que la suspicacia indígena pudiera atravesarse en sus planes, ni defraudar el intento. Su mismo hermano, el bizarro coronel don Bernabé Rivera, muy estimado de los charrúas, podía servir bien al éxito de la trágica aventura.

Y así fue.

Reiterado el apremio por los hacendados, quienes ofrecieron una suma de dinero para coadyuvar a la empresa, el Presidente de la República resolvió sobre tan grave asunto, e inició los preparativos sin otro acuerdo, pues ninguno menciona la historia, que el de su propia conciencia.

En medio de su vida errante los charrúas vieron un día, allá por el año de 1832, llegar a sus toldos, varios emisarios del general Rivera para invitarlos a una guerra con el Brasil. Se les prometía, en cambio de su ayuda, los mejores despojos del triunfo.

La oferta era halagadora a sus instintos; pero vacilaron y por algún tiempo permanecieron indecisos.



Situación de los cerros Tupambay dentro del territorio uruguayo, y de la cadena de elevaciones de la sierra de las Animas que, comprendida entre el Cerro Chico y el citado del Tupambay, presentan, en mayor o en menor número, "Cairnes" (o amontonamientos artificiales de piedras).

Luego, se decidieron a dejar sus bosques y soledades del Guareim y del Arapey.

El último emisario les previno que urgía su incorporación al ejército, a fin de proporcionarles arreos militares y raciones abundantes.

Como recompensa de sus servicios, les correspondería una porción considerable de los inmensos rebaños arrebatados al país por los ejércitos brasileiros [sic], en otros tiempos; y para el pastoreo de esos millares de cabezas se les cedería, hecha la paz, las hermosas tierras que el gobierno poseía entre los dos Arapey. Por encima de esto, tendrían ellos derecho, proporcionalmente, a los tesoros del botín.

Con estas perspectivas tan lisonjeras, excitados en sus instintos bravíos y hábitos desoladores, la horda apresuró a ponerse en marcha al mando de los caciques Venado y Polidoro.

El punto de cita era en la costa del Queguay, frente a la Boca del Tigre.

El general Rivera tenía allí reunidos hasta mil hombres. Entre éstos se encontraba una fuerza sin armas al mando del mayor Luna, la que tenía instrucciones precisas y terminantes, como se verá bien luego.

El Coronel don Bernabé Rivera, jefe del segundo Regimiento de caballería de línea, fue el guía de la huéste, una vez que ésta se puso cerca del cuartel general.

Ya en el campo, los bárbaros recelosos y ariscos, parecieron vacilar un momento.

No tenían memoria de haberse confundido nunca con ejército alguno; pues, en su alianza con Artigas, siempre habían acampado lejos, a un flanco de sus tropas.

Viéndolos perplejos, el general Rivera entabló diálogo amistoso con el cacique Venado, marchando junto a él, al paso de los caballos.

Esto estimuló a Polidoro y su horda. Avanzó hasta el sitio señalado para acampar, y allí hizo echar piana tierra a sus mocetones, los que clavarón sus lanzas y aseguraron los caballos.

Apenas el general Rivera, cuya astucia igualaba a su serenidad y flema, y de quien se ha dicho que "tenía aversión a la sangre", hubo observado el movimiento, dirigióse a Venado, diciéndole con aire tranquilo:

—**Emprestáme tu cuchillo para picar el naco.**

El cacique se lo quitó de la cintura y se lo pasó de buen talante.

Al apoderarse de él, el general sacó una pistola y disparó un tiro sobre Venado.

Era la señal de la matanza.

El cacique, que se apercibió con tiempo de la acción agresiva, tendióse sobre el caballo, y dando gritos partió a escape hacia la tribu.

Ante este incidente extraordinario, la hueste se arremolinó, y cada charrúa precipitóse a su caballo.

Pocos, sin embargo, consiguieron montar, en medio del tumulto que se produjo instantáneamente. /

El escuadrón de [el mayor] Luna se arrojó veloz sobre las armas de los indios, apoderándose del mayor número de ellas, y arrojando por el suelo varios hombres en el tropel; el segundo regimiento buscó su formación a retaguardia en batalla con el coronel Rivera a su frente; y los demás escuadrones, formando una grande herradura erizada de moharras y sables, estrecharon el círculo y picaron espuelas al grito de "¡carguen!".

Los clarines tocaron a degüello.

Bajo aquella avalancha de aceros, y aun de balas de carabina y pistola, la horda se revolvió desesperada, cayendo unos tras otros sus mocetones bravíos, desmontados e indefensos.

El cacique Venado, atravesado por muchas lanzas fue derribado en el centro de la refriega feroz; Polidoro sufrió la misma suerte; otros, en gran número, fueron exterminados en distintos sitios al golpe repetido de los sables, volando por siempre bañada en sangre la pluma de ñandú, —símbolo de la libertad salvaje.

Algunos se defendieron, arrebatando las armas a las propias

manos de sus victimarios; y no pocos de éstos pagaron con sus vidas la cruel resolución del caudillo.

El cacique Pirú, al romper herido el círculo de hierros, y viendo al general Rivera que contemplaba a la distancia el sangriento drama, gritó al pasar:

— ¡Mirá Frutos tus soldados, matando amigos!

Su compañero Sepe, cacique tan esforzado como indomable, cruzó en dispersión con ochenta mocetones, y logró abrirse camino, huyendo hacia el norte.

Para estos charrúas, pues todos los demás habían sucumbido, quedaba reservada la venganza, y ésta no se hizo esperar, —consumándose con ella el último acto de la raza en tierra de sus antepasados. /

Véase aquí cómo refiere el general Díaz este episodio final y no menos trágico que el precedente:

“El cacique Sepe se había refugiado en los bosques del Cuareim, con los restos de la tribu.

“Perseguido por el coronel Rivera con un escuadrón de línea, lo encontró a inmediaciones del cerro de las Tres Cruces.

“Sepe dejó una partida de indios al frente de esa fuerza, y se emboscó con los demás en las espesuras de un monte.

“El coronel Rivera siguió con imprudencia persiguiendo a esa partida con todo el escuadrón, que llegó al fin a la altura de la emboscada de los indios en desorden y con muchos caballos ya rendidos.

“Entonces fueron acometidos sus soldados por el flanco, y completamente batidos, cayendo prisionero el coronel Rivera, a quien atormentaron cruelmente durante dos días, tomando así una atroz represalia de la matanza del Queguay.

“Sepe mandó que los lanceros envolviesen un cuero en la mojarra de sus lanzas, de modo que no quedara más que media pulgada de hierro fuera de la envoltura; y por dos días estuvieron martirizándolo, infiriéndole multitud de heridas, hasta que quedó exánime.

“Rivera les pedía por Dios que no lo atormentaran, pero el bárbaro inexorable le respondía: “para tí quieres Dios, para nuestros padres y hermanos no hubo Dios”.

“El mismo Rivera les pedía la vida, ofreciéndoles que se le devolverían las mujeres y los niños que se habían llevado a Montevideo, asegurándoles que una sola carta suya sería suficiente para que todos volvieran. Sepe le preguntaba: “¿y quién vuelve a los caciques Venado y Polidoro y demás indios muertos en [el] Queguay?”.

“Consumado el sacrificio, Sepe envenó con algunos nervios / de Bernabé Rivera la moharra de su lanza; la que mostraba en 1832 como un trofeo de su cruenta hazaña.

“Unas mujeres charrúas, ya ancianas, que algunos años después ví en el Salto del Uruguay, me confirmaron todo esto: diciendo que los indios ansiosos de venganza por la carnicería del Queguay, habían martirizado a Rivera, [a Pedro] Bazán y demás compañeros que tomaron en el Cuareim.

“Después de aquel suceso sangriento, los charrúas se dispersaron en la provincia limítrofe de Río Grande, donde todos o la mayor parte perecieron, ya por su edad o por las armas de los brasileños. Las mujeres y niños que sobrevivieron, quedaron confundidos y mezclados en otras poblaciones, formando ya una parte de ellas”.

Otra versión sobre el hecho referido, no menciona el incidente de la emboscada, sino que presenta a los indios huyendo en dispersión, y dando cara a sus perseguidores cuando estos se habían ya fraccionado en pequeños grupos.

Según esa versión, al volver riendas los charrúas y al cargar Sepe con su partida, que era la más numerosa, el coronel Rivera a su vez volvió grupas, pero con desgracia, pues rodó su caballo. Herido ese jefe en la cabeza por golpes de bola, quedó en el acto inhabilitado y prisionero. Sus compañeros, el comandante Bazán, el alférez [Roque] Viera y todos los soldados que lo seguían, menos un sargento que logró internarse herido en el monte, se defendieron inútilmente en aislados lances individuales. Todos cayeron acribillados a lanzadas.

Como se vé, esta relación sólo discrepa de la otra en un detalle que no afecta el fondo de veracidad del hecho, que se halla consignada en la obra histórica del señor Antonio Díaz, teniente coronel e hijo del prócer cuyo testimonio hemos invocado.

Por la fuente a-que aquel recurrió al narrarlo, y por los datos interesantes y ciertos con que amplía y describe el episodio, también su palabra tiene autoridad y nos merece respeto.

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

Mayo de 1891.

GUALICHE.— Sin poner en duda el hecho de la creencia en los charúas de un genio del mal, pues lo abonan diversos testimonios, la abrigamos, sin embargo, respecto al nombre que ellos le daban, y que el autor de los apuntes consigna.

En la publicación de esos apuntes inéditos, hemos creído de nuestro deber no suprimir nada, en obsequio a la fidelidad.

Gualicho, es el vocablo que usaban los indios pampas para designar su genio maléfico, y que bien, puede haber recorrido una vasta zona, difundiendo entre distintas tribus. Lo prueba el hecho de que el vocablo no es pampa, sino araucano. **Huecuon**, decían los araucanos. De ahí **huecufú** o **gualichú** entre los pampas, por corrupción.

Los guaraníes, hablando del diablo, decían **andoyara**, y este era el término que emplearon los tapes que se confundieron con las poblaciones orientales.

Los comentarios que nos sugiere la lectura de este importante escrito de Eduardo Acevedo Díaz —en el que, en parte, se reproducen las “Memorias” de su abuelo Antonio Díaz— son numerosos y variados:

1) Que el párrafo intercomillado número 51 de Díaz, que falta en los apuntes originales de éste, fue interpolado muy probablemente por Acevedo Díaz, en manera por demás polémica, haciendo hincapié de forma tácita y teniendo sobre todo en cuenta su señalada divergencia de opiniones con el Coronel don Modesto Polanco. En efecto, dicho párrafo, que reza de este modo, así parece indicarnoslo: “Bajo de otros aspectos estos indios no se diferenciaban mucho de sus similares salvajes de otras zonas”

2) Que las relaciones existentes entre Eduardo Acevedo Díaz y su tío materno el Coronel don Antonio Díaz (hijo), eran en extremo cordiales, como así, al menos, nos lo atestiguan, entre muchos otros, los últimos renglones del presente escrito y el hecho de que el primero, en momentos en que ocupaba la dirección del diario **El Nacional**, de Montevideo, haya publicado a manera de “folletín”, algunos de los escritos históricos-literarios del segundo.

3) Que parte de los datos que Acevedo Díaz coloca en notas y/o al final de su escrito acerca de las voces “**chepí**” y “**gualiche**”, evidentemente provienen, fuera de dudas, del **Vocabulario rioplatense** razonado de Daniel Granada (1889 y 1890), que nos consta que aquel había compulsado con especialidad. (Acerca de la voz “**gualiche**”, véase, además, la **Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata**, del propio Dr. Granada (1896 y 1947) y el **Diccionario de regionalismos de la Provincia de La Rioja**, por el Prof. Julián B. Cáceres Freyre (1961).

4) Que el tipo de letra de la nota “**gualiche**”, en el diario **La Época**, de Montevideo, parece corresponder al “**Bakerville Roman (A.T.F.)**”, que puede verse en la p. 93 (col. 2) del libro de Stanley C. **How to use them** (1950) y, finalmente.

5) Que una breve parte de este escrito fue reproducida por Orestes Araujo en su **Diccionario Geográfico del Uruguay** (1900), en el cuaderno 8º, entrega primera, que, en realidad, vio la luz hacia fines del año de 1898.

Documento N° XI

De las "Memorias" del Brigadier General Antonio Felipe Díaz:
Los apuntes manuscritos de este distinguido cuanto esclarecido militar sobre los indios Charrúas del Uruguay (¿1861 - 1869?) (23)

A) Versión modernizada de las siete hojas que en total componen estos "apuntes".

HOJA A

1)

La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por varias naciones de indios, cuyo nombre se ha dado en general a todos los indígenas de la América.

Las que existían en la época de la conquista eran la de los Charrúas, que ocupaba todo el territorio que hay desde la margen septentrional del Río de la Plata hasta la del río Yí, y desde Maldonado hasta las puntas del San Salvador. La de los Yaraos, que habitaban hacia la embocadura de ese arroyo. La de los Chanás, que vivían en las islas del Uruguay, y la de los Bohanes, que ocupaban la margen oriental de ese río al Norte del Negro.

23) En la transcripción paleográfica de este interesante documento, hacemos en general uso —de manera simple o combinada— de los siguientes signos que, en todo momento, deben tenerse muy especialmente en cuenta para la correcta interpretación de la reproducción que efectuamos de los apuntes que de puño y letra del Brigadier General don Antonio Felipe Díaz ahora nos ocupan:

1) Lo indicado entre paréntesis curvos y rectos ([]) se halla testado en el original;

2) Entre paréntesis curvos y rectos ([]) y en negrita, ofrecemos los interlineados (superiores, inferiores y aún marginales) testados;

3) Los guiones suspensivos entre paréntesis curvos y rectos ([---]), casi siempre acompañados por un signo de interrogación entre corchetes [?] señalan lo testado ilegible;

4) Lo indicado entre paréntesis curvos () está así en el original;

5) Lo señalado entre paréntesis curvos () y con el contenido en negrita está intercalado arriba, abajo o aún al margen;

6) La barra inclinada simple / indica el cambio de renglón;

7) Dos barras inclinadas //, por su parte, expresan cambio de página o de folio;

8) Lo señalado entre paréntesis rectos [.] no figura en el original;

9) Un signo de interrogación de cierre entre corchetes [?]; indica, por lo regular, alguna duda en la lectura del manuscrito;

Hacia la orilla izquierda del Ibicuy y separadas por un gran desierto, se hallaban, en la misma época, algunas pequeñas poblaciones de Guaraníes, pertenecientes a la gran familia conocida por ese nombre, que se extendía hasta los [UN CLARO] grados de latitud por ambas márgenes del Uruguay y con cuyos indios formaron después sus célebres misiones, los Jesuitas que mandó el Gobierno español para catequizarlos.

Las cuatro naciones de que he hablado eran errantes y cada una de ellas tenía una lengua particular, muy diferente de las otras. Nada se sabe acerca de sus antecesores ni de los acontecimientos históricos que hayan precedido a la conquista. No habiendo llegado esos indígenas a adquirir antes de esa época ningún grado de civilización; no dejaron monumentos ni recuerdos de su antigua existencia, y hasta las tradiciones mismas que acaso pudieran conservar entre sí, se extinguieron en el dilatado período de los siglos posteriores, sin llegar a nosotros.

**Acerca de la absoluta falta de religión de los Charrúas
y las causas de no haber cedido a la influencia del
cristianismo ni a los atractivos de la civilización**

Aunque el sentimiento más íntimo del hombre en cualquier estado que se le considere es el de su libertad, creo que la verdadera causa de la resistencia de los indios que viven aun en

10) Lo que figura en negrita se halla, a su turno, subrayado en el original;

11) Los puntos suspensivos simples ... se ofrecen también, de este mismo modo, en el texto del manuscrito;

12) El signo matemático empleado para denotar que algo "es mayor que", que a veces suele confundirse en el original con las frecuentes "y", equivale, poco más o menos, al valor de una simple etcétera o de algo que el autor pretendió de ese modo resumir o abreviar;

13) Las notas con numeración arábiga y entre paréntesis curvos (1) (2), son propias de Díaz, quien no tan sólo no acompañó la respectiva y pertinente explicación, sino que aún en determinados casos, las testó del texto de su borrador;

14) Los frecuentes agregados marginales o al pie de página, realizados por Díaz a veces en distintas épocas, por medio de una extensa gama de signos muy personales y nada convencionales, harto difíciles o complicados de reproducir a través de la imprenta, se hallan aquí representados por dígitos arábigos en negrita y entre corchetes [1] [2]; y

15) Un simple corchete de apertura y en negrita [, indicaría, por último, el comienzo de un párrafo aparte después de un punto. (Este signo está señalado a lápiz y no corresponde propiamente al Brigadier General Antonio Díaz, sino a su nieto, Eduardo Acevedo Díaz, quien en sus propios manuscritos, muy corrientemente hacia uso de dicho signo para querer señalar los posibles y frecuentes puntos y aparte que iba introduciendo de manera progresiva en futuras ediciones de sus trabajos, a medida que, con el transcurso del tiempo, di-

el estado de la naturaleza en la América, es el poco interés que se ha tomado para reducirlos y, más particularmente, el desacierto en los medios que se emplearon para conseguirlo.

Cualquiera que haya hecho algún estudio sobre la historia de la especie humana, habrá deducido el convencimiento de que el hombre nace con un instinto sociable y un principio supersticioso, hijo de su propia debilidad y de la admiración que causan en su espíritu las leyes incomprensibles de la naturaleza, reino [?] maravilloso de toda la creación.

Las reflexiones con que se han ocupado los filósofos relativamente al hombre solitario en el estado de la naturaleza, no tienen más fundamento que una mera suposición formada por ellos mismos, para examinar, bajo tal punto de vista, a ese ser incomprensible.

El hombre, como antes he dicho, es sociable por instinto, y es preciso considerarlo tal como es y siempre lo ha sido, viviendo en sociedad, ya sea en pequeño o en grande número de individuos; ya sea en tribus errantes o estacionarios. /

Así es como viven y como vivían los indios en todo este continente cuando fue descubierto por los conquistadores, formando

cotomizaba y/o dividía, cada vez con mayor intensidad, en dos o más partes, sus párrafos primitivos u originales.

Expresamos por último que nuestra versión modernizada se caracteriza, fundamentalmente, por omitir los numerosos testados; por colocar los frecuentes añadidos de Díaz en los lugares indicados por el propio autor del manuscrito; y por corregir la ortografía y la puntuación.

Por lo demás, es también nuestra la división más o menos arbitraria que es dable poder observar en los párrafos.

En cuanto a nuestra versión paleográfica, ésta es sin duda la más acuciosa y la primera completa en publicarse de los intitulados "Apuntes varios sobre los indios Charñas" en cuestión, dado que hasta el momento ellos habían sido reproducidos en manera por demás parcial, y muy deficientemente, por cierto, siendo una ínfima parte de las hojas C, D, E, F, y G, únicamente, las dadas a conocer desde hace algún tiempo a esta parte con preferencia.

Dicha reproducción se halla fundamentada, además, sobre las numerosas y variadas versiones, totales o parciales, que de dicho manuscrito hicieron en el Archivo General de la Nación, en Montevideo y/o a través de fotocopias muy nítidamente ampliadas, entre los años 1950 y 1976.

Hemos tenido asimismo en cuenta, para una mayor objetividad y exactitud (evitando así y en lo posible toda influencia de Eduardo Acevedo Díaz al respecto) una última lectura que sobre el original de dicho manuscrito, efectuara detenidamente y a nuestro expreso pedido, el cabo Miguel Rodríguez, del Departamento de Estudios Históricos del Estado Mayor del Ejército, a quien agradecemos mucho la colaboración prestada sobre el particular.

naciones, etc.; así viven en el Africa y en el Asia, y así vivían los habitantes primitivos de la Europa.

El hombre nació, pues, con una disposición natural a vivir en sociedad: la obra de la civilización está reducida a emplear medios eficaces para que renuncie a una independencia salvaje, puesto que él ama por sí mismo la vida social.

Los descubridores del Río de la Plata empezaron, como en todo el resto de la América, conquistando con las armas: pocos o ningunos han sido los esfuerzos empleados (en este país) para atraer a la civilización a los indígenas de este país; y si algunos se hicieron, que no me consta, han sido errados. Lo mismo ha sucedido en cuanto a los misioneros encargados de catequizarlos, quienes por las razones que voy a deducir, creo que hubiera sido muy fácil conseguirlo; pues que no se trataba de convertir, sino de adoctrinar, pues que los indios de que voy a hablar, no tienen ninguna clase de religión, etc.

Los que han dicho que la religión es una idea innata en el hombre, han supuesto que él no puede vivir sin tener alguna, buena o mala.

Las observaciones han destruido esa opinión.

Hay en la América varias naciones de indios que no tienen ninguna idea religiosa y una de ellas era la de los Charrúas, de cuya descripción voy a ocuparme y contra lo que Platón y otros muchos después de él aseguraron de que no hay pueblos entre los cuales no se halle alguna noción de la Divinidad, y que la idea de Dios está impresa en nuestras almas.

Pero a falta de una religión, los Charrúas, como todos los hombres en el estado de la naturaleza, estaban sometidos a la influencia de ciertas supersticiones, más o menos absurdas, en las que yo creo encontrar un principio o, cuando menos, una disposición religiosa; y es mucho más fácil fundar un origen, repartir una creencia, que desarraigar las que existen.

Yo considero al hombre salvaje que no tiene religión alguna en el caso de un niño que aprende lo que le enseñan, sin necesidad de emplear otros medios que los de la doctrina, la predicación y el ejemplo: esto forma un hábito y el hábito la creencia.

HOJA B

La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por indios Charrúas y Minuanes; tribus errantes, que perte-

necían a una grande reunión de diferentes naciones comprendidas con el nombre general de Guaraníes; y que, careciendo de toda clase de cultura, no han dejado tradición ni recuerdos de su antigua existencia.

Los Charrúas conservaron su independencia y ferocidad, viviendo en el estado de la naturaleza hasta que fueron totalmente exterminados, sin ceder jamás a la influencia del cristianismo ni de la civilización.

El navegante español D. Juan Díaz de Solís fue el primer europeo que abordó las playas de esta comarca, desembarcando el año de 1515 en la costa del Este, cerca de la embocadura de un arroyo que dista 15 leguas de la bahía de Montevideo, y en cuyo reconocimiento perdió la vida a manos de los indígenas, dejándole su nombre.

Once años después, la corte de España mandó a Sebastián Gaboto para adelantar el descubrimiento de estas regiones, quien, remontando el río Uruguay, formó un fuerte en la margen izquierda del arroyo de San Salvador, con el nombre de Espíritu Santo, cuyas ruinas existían aún hacia fines del siglo pasado; y ese establecimiento fue el único que existió hasta el año de 1563, en que D. N. N. fundó, en la margen izquierda del Río Negro distante legua y media de su embocadura, un pueblo con el nombre de Santo Domingo Soriano, que es el más antiguo de la República.

Por más de un siglo estuvo sin poblarse el resto del país, sirviendo sus montes para proveer de leña y de otras maderas a la ciudad de Buenos Aires; y sus pastos para la cría de ganado, con cuyo objeto se habían traído de España, en el año de 1554, algunas vacas y toros, que, por entonces, se dejaron abandonados en la dilatada superficie de estos campos feracísimos, cuya tranquila soledad tan favorable debía ser a su procreo.

Tales fueron el origen y las causas de la prodigiosa multiplicación de esa especie, que tanta abundancia ha proveído de dos siglos a esta parte a la subsistencia de los habitantes del país, constituyendo su riqueza y hasta ahora el ramo principal de su comercio.

En el año de 1630, empezaron a formarse en la campaña algunas estancias, por individuos a quienes el Cabildo de Buenos Aires concedía licencia para disponer de las reses como de bienes heredados, utilizando el cuero y demás productos de un género tan lucrativo.

Sucesivamente fueron fundándose algunos pueblos con colonos enviados por el gobierno español, de diferentes provincias de aquel reino, o por fundadores atraídos por la abundancia del país, su fertilidad y delicioso clima, y entre los que se repartieron, con título de propiedad, en beneficio de un ramo que, hasta entonces, había vagado sin su dueño en el repartimiento de la naturaleza; pero siendo esos pobladores muy pocos.

HOJA C

1) III

1º

La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por cuatro naciones de indios: Charrúas, Yaraos, Chanás y Bohanes; tribus errantes que pertenecían a una grande reunión de diferentes pueblos comprendidos con el nombre general de Guaraníes, pero que careciendo de todo género de cultura, no dejaron monumentos, recuerdos ni tradición de su antigua existencia.

Los Charrúas, cuyos restos se mantuvieron en el país hasta una época reciente, conservaron su independencia y hábitos feroces, sin ceder jamás a la influencia civilizadora del cristianismo ni a los estímulos halagüeños de la sociedad.

Recuerdo su estatura, su color y demás cualidades corporales. Su modo de hablar gutural y nasal, abriendo muy poco la boca, aún para reírse, lo que nunca hacían formando el ruido de carcajadas. En tiempo frío se sentaban en cuclillas, sobre los talones, en fila, permaneciendo en silencio o hablando muy despacio: generalmente permanecían a caballo, ceheados sobre el pescuezo del animal.

Vivían desnudos como en el estado de la naturaleza, cubriendo únicamente la cintura con algunos pedazos de género o de jerga ordinaria; siendo muy raros los que tenían un quillapí o jerga entera para abrigarse aun en el rigor del invierno.

Las mujeres se cubrían del mismo modo la cintura y muchas, aunque no todas, se cubrían el pecho con una jerga o quillapí, atado en las puntas sobre el hombro derecho; otras hacían una especie de camión del mismo género, sin mangas, con aberturas para los brazos; los hijos pequeños los traían colgados a la espalda, dentro de una jerga cuyas cuatro puntas ataban adelante, formando así una especie

de bolsa, en que metían uno o dos niños con la cabeza de fuera; la que tenía tres chicos, ponía el tercero montado adelante y la que tenía cuatro, ponía al mayor de ellos en las ancas; otras traían los más chicos colgados a la espalda y los más grandes iban en un caballo que ellas mismas llevaban del diestro. Algunas veces de [a[?]] dos animales [?] vi a los padres llevando en ancas los hijos mayorcitos.

Llevaban la cabeza descubierta, ciñéndose algunos de ellos la frente con algún trapo en forma de vincha, y algunos se ataban el pelo con un tiento.

Obedecían a un cacique eligiendo para ese cargo al que más crédito gozaba por su valor y su audacia, y cuya autoridad no tenía reglas ni límites.

Antes de la conquista, cuando el hierro les era desconocido, iban a la guerra armados de flechas, construídas de pedernales, cuya forma imitaba la hoja del laurel, pero rodeada de dientes agudos en dirección opuesta al arpón; después sustituyeron aquel metal a la piedra, sirviéndose principalmente de arcos de barriles para ese uso y para hacer lanzas, de las que, así como del arco y el carcaj, estaban continuamente armados lo mismo en la paz que en la guerra.

Ultimamente eran ya muy pocos los que conservaban flechas, y casi todos usaban lanzas.

Andaban siempre a caballo en pelos, con una simple rienda, sin freno, y eran sumamente diestros para manejarlo: así como para el uso de las bolas, que jamás dejaban de traer en la cintura.

Eran habitualmente ladrones, desidiosos y no practicaban ningún género de industria.

Hacían sus tolderías en la costa de los arroyos y en los campos que abundaban en ganado, consistiendo aquellas de ranchos de paja y ramas de dos varas de largo, una vara o dos tercias de ancho y otro tanto de alto.

Cuando el ganado escaseaba en las cercanías del campamento, lo abandonaban para ir a tomarlo en otro paraje donde les fuese más fácil proveerse; lo mismo hacían cuando las osamentas corrompidas infeccionaban el aire, lo que se verificaba en muy pocos días, pues nunca carneaban sino la mitad de la res, sacando los costillares de la parte que quedaba para arriba y dejando el resto del

animal en el suelo, del modo que había caído al matarlo, por no tomarse el trabajo de darlo vuelta.

Las mujeres casadas estaban obligadas a cortarse una falange de un dedo de la mano cuando morían sus maridos: y esta operación era repetida tantas veces cuantas ellas eviudaban. Yo ví, en una toldería que por algunos días tuvieron en la costa del Santa Lucía Grande, en el año de 1812, una india anciana que hacía entre ellos el oficio de médica, que había sido siete veces mutilada.

La mayor parte de los indios Charrúas tenían el pecho, la espalda y algunos de ellos hasta la cara misma cubierta de cicatrices muy unidas, hechas con las puntas de las flechas y formando varias figuras y bordados. No he visto a ninguno de ellos con el labio inferior horadado, según dice el Sr. [Félix de] Azara que lo hacían en general, etc. Sería costumbre hacerlo así en el tiempo en que él los vio, etc.

Los indios Charrúas se mantuvieron constantemente en guerra con los españoles por cerca de 300 años; y aunque esa tribu estaba reducida ya a menos de 1000 individuos, a principios de este siglo [XIX]; nunca fue totalmente vencida ni domada.

En el año de 1811 hicieron una especie de paz y alianza con el General D. José Artigas, a quien tenían respeto, ofreciendo pelear contra los realistas.

En consecuencia se le incorporaron en JUN CLARO del Uruguay (sobre esto hablar con el Coronel [Andrés] Latorré). Pero, siempre recelosos y desconfiados por carácter, no acampaban sino a distancia del ejército, y de repente alzaban la toldería y no volvían al campo en mucho tiempo.

Sin embargo, nunca lo abandonaron del todo.

En el año de 1812, hallándose en el campamento del General Artigas situado en se pusieron en marcha y atravesando toda la campaña llegaron a la costa del Santa Lucía grande, en la estancia de D. T[omás]. G[arcía]. de Zúñiga. plantando sus toldos a poca distancia de las casas.

Los indios Charrúas, aunque de índole feroz, eran por lo general de genio alegre y estaban continuamente riendose, y rara vez tenían entre sí quimeras, sino por causa de los robos que se hacían unos a

otros. En tales casos, reñían, hacían una grande algazara en que hablaban todos a un tiempo parando por lo regular en pelea.

Presenció una en el arroyo de Salsipuedes, por materia de un caballo, en la que tomaron parte diez o doce indios, quienes después de una larga disputa, se dirigieron a gran galope para una cuchilla inmediata, seguidos de algunas mujeres que, sin duda, trataban de apaciguarlos.

El cacique, con el cual hablaba yo a la sazón en la orilla del monte, había mandado por dos veces a un indio, probablemente para que se aquietasen: la primera orden fue inútil; y cuando vio que el indio regresaba por segunda vez sin haberle hecho caso, saltó al momento en un caballo que tenía de las riendas, sin más arma que una macana que llevaba a la cintura, y, aunque todos se dispersaron viéndole ir hacia ellos, siguió en el alcance de uno con especialidad.

Tras del cacique montaron inmediatamente más de cincuenta indios, entre hombres y mujeres, y todos se perdieron de vista.

Pasada media hora regresaba el cacique con toda la comitiva, y, estando a distancia ya como de una cuadra de la toldería, llamó a un indio que salía del monte: le dirigió una o dos palabras y enseguida le dio un macanazo en la cabeza, y en el instante cayó el indio del caballo como muerto: cuando llegó cerca de mí y antes de apearse señaló para el lugar en que quedaba el indio y, como queriendo darme razón de aquel acto de justicia, pronunció dos veces seguidas la palabra *robó*, dándome a entender que había robado.

HOJA D

1)

La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por cuatro distintas naciones de indios errantes: Charrúas, los Yaraos, los Bohánes y los Chanás.

Cada una de ellas tenía una lengua particular, muy diferente de las otras.

Los Charrúas ocupaban todo el territorio que hay entre Maldonado y puntas del San Salvador, hasta la costa del Río de la Plata.

Nada se sabe de sus predecesores ni de ningún suceso histórico anterior a la época de la conquista, pues carecían de toda civilización y no dejaron monumentos ni recuerdos de su antigua existencia y hasta la tradición que pudieron conservar entre sí mismos se per-

dió en las tinieblas de la antigüedad y la barbarie, o se extinguió en el dilatado período de los siglos posteriores, sin llegar a nosotros.

(No dudar decir respecto del pudor que parece ser una idea innata en el sexo femenino por el cuidado que tenían las indias de cubrirse las partes sexuales, y aun el pecho, en medio de la mayor desnudez, etc; lo mismo los hombres, como sucedía con los Charrúas, que, siendo de los más salvajes entre los indios conocidos, etc.).

Los Charrúas, en guerra continua con las otras tres naciones y más fuertes que ellas, las vencieron al fin y las exterminaron, quedando sólo algunas familias de Chanás en la isla llamada hoy del Vizcaíno, con las cuales se fundó, en 1553, el pueblo de Santo Domingo Soriano, del modo que diré más adelante.

Los Charrúas se mantuvieron en el país hasta una época reciente, conservando su independencia, sus costumbres guerreras y hábitos feroces, sin ceder jamás a la influencia civilizadora del cristianismo ni a los halagos de la sociedad.

Por muy cerca de trecientos años pelearon sin cesar contra los españoles, y aunque en el de 1811 estaban reducidos ya a menos de cuatrocientos combatientes, nunca fueron del todo vencidos ni subyugados, pero la libertad que habían conservado por medio de su valor y su constancia en tres siglos de guerra, la perdieron con su propia existencia en un solo día y en medio de la paz, sorprendidos y exterminados por [Fructuoso] Rivera, en el año de 1831, en la Cueva del Tigre.

Los pocos hombres que escaparon a la matanza general, se refugiaron por lo pronto en las asperezas del Arapey y en los bosques del Cuareim.

Perseguidos allá en el año de 1832 por el Comandante Don Bernabé Rivera, hermano de aquel, lograron sorprenderlo y aprehenderlo, dándole una muerte cruel y a otros jefes y oficiales que le acompañaban, en venganza de profundo agravio, y se dispersaron luego en la provincia limítrofe del Río Grande, donde todos o la mayor parte, perecieron ya por la edad o por las armas de los brasileños.

Las mujeres y niños que sobrevivieron, han quedado confundidos y mezclados en otras poblaciones, formando ya una parte de ellas.

Habiéndose, pues, concluído para siempre la única nación de indígenas que quedaba en el país, quiero detenerme en referir sus costumbres, etc., etc., algo más, tal vez, de lo que permite el plan de mi obra; pues que la historia de este país ha de empezar, necesariamente, por la descripción de los naturales que lo poseían cuando ha sido descubierto/, y como entre los que tomen a su cargo el escribirla, pocos o, tal vez, ninguno podrán hablar en virtud de sus propias investigaciones acerca de una raza que ya no existe, voy a decir respecto de los Charrúas lo que por mí mismo he observado y que procuré indagar de ellos, en varias veces que estuve en sus tolderías y, con particularidad, en la que tuvieron el año de 1812 en la costa del Santa Lucía Grande, en los campos de [Tomás] García de Zúñiga, cerca de la casa de la Calera, donde yo permanecí todo el tiempo que allí estuvieron.

Como el hombre es un ser tan privilegiado en la naturaleza, cualquiera que sea el estado en que se le considere, y la descripción de una tribu de salvajes que durante tres siglos conservó su libertad y sus costumbres sin ceder jamás a la influencia del cristianismo ni a los atractivos de la sociedad civilizada, debe ser objeto de algún interés para la historia de la especie humana, quiero dar en este artículo todas las observaciones que he hecho sobre los Charrúas.

Aún cuando esta materia no fuese como lo es una parte principal de esta obra, me detendría para tratarla algo más de lo que corresponde a su plan y objeto, con el fin de desvanecer algunos errores que sobre ella han publicado en Europa varios historiadores quienes, sin duda no tuvieron la ocasión o la curiosidad y la paciencia necesarias, ni examinaron por sí mismos lo que escribieron.

La obra que yo considero más apreciable en esa línea entre las que conozco es la de D. Félix de Azara: y, sin embargo, adolece también de algunas inexactitudes que notaré más adelante.

No me contraeré a las relaciones de ciertos viajeros que han visitado la América como de paseo, tomando apuntes en libros, de memoria, juzgando sin criterio de lo que oían o lo que veían con los ojos despejados por la razón, sino ofuscados por la rareza de los objetos y entusiasmados por su misma novedad. Sabido es el interés con que en Europa se leen las descripciones de estos países lejanos y poco conocidos; y esa misma ignorancia es asiderra, dispone los ánimos a adoptar toda clase de fábulas y de ponderaciones.

Aquí seguir extractando, respecto de las costumbres, etc., lo que está en el pliego marcado. I/III

HOJA E

Los Indios Charrúas

La descripción exacta del carácter físico y moral del hombre salvaje está rodeada de tantas dificultades que me arredraban con su resolución de emprenderla sino la considerase una parte esencialísima de esta obra, habiendo de tratar necesariamente en ella de los primitivos habitantes del país en el libro que comprende su parte geográfica.

Esa dificultad, para mí, es tanto más grave, y tanto mayor la desconfianza de vencerla satisfactoriamente, cuanto que respecto a las ideas morales del hombre en el estado de la naturaleza, mis opiniones formadas por la convicción íntima que deduzco de mis propias observaciones, están en contradicción con las de muchos filósofos que las profesan distintas; siendo ellos, sin embargo, muy dignos de respeto por su sabiduría y bien establecida fama.

Los indios Charrúas formaban una nación de salvajes errantes que vivían en sociedad sin leyes ni regla alguna establecida, pero unidos por una misma lengua y unas mismas costumbres; así los hallaron los descubridores de esta comarca, y así los he conocido yo. No me ocuparé, sin embargo, en la indagación del origen de esa sociedad.

Un pueblo enteramente bárbaro, que no tenía historia, monumentos ni tradiciones de los pasados sucesos, no podía ofrecer datos para guiarme en esa averiguación que, por otra parte, considero del todo inútil, pues que en mi opinión la sociedad nació con el hombre y la primera base de su organización fue la familia.

Tal es mi firme persuasión a este respecto a pesar de lo que han sostenido varios filósofos y publicistas del siglo anterior [XVIII] discutiendo una materia que tan poco debía interesarles a ellos ni a sus lectores.

Pero el punto más importante de mi oposición con las ideas de aquellos filósofos, en su casi totalidad, es el de la falta absoluta de religión en los Charrúas y el que, según mis propias y detenidas observaciones, tengo por una verdad indisputable.

• En esta parte mis conclusiones cuentan con pocos apoyos y preveo la dificultad que sentirá la opinión pública para admitirlas

contra la opinión de la mayoría, que sostienen como proposición incontrovertible, que el hombre no puede vivir sin tener una religión, buena o mala.

Platón, en su diálogo sobre la piedad, ha dicho que es innato en el corazón de todos los hombres, el sentimiento de la religión; que hay un Dios y que cualquiera que sea su esencia, el hombre, impelido por un impulso ingente, conoce que debe abrazarla. Y desde Platón-o, tal vez, antes de él, hasta fines del siglo 18, ha sido sostenida esa opinión por todos los filósofos, con muy pocas exepciones.

Yo fui también sectario de ella hasta el año de 1812, en que, por primera vez, conocí a los Charrúas y tuve después repetidas ocasiones de buscar por mis propias observaciones la solución de ese problema.

Antes de esa época había leído, en Montevideo, en el año de 1811, los viajes de D. Félix de Azara a la América meridional, impresos en París, en 1809, y que me proporcionó como obra curiosa y digna de atención, un comerciante de Estados Unidos llamado D. Tomas Mundenhall.

En el 2º tomo de esa interesante obra, leyendo la descripción que hace dicho Azara de los indios Charrúas, vi que aseguraba, de un modo positivo, que los Charrúas no tenían religión alguna; pero, continuando la lectura en la parte que describe sus costumbres, me quedé algo confuso, al notar que el mismo Azara, hacía de la descripción de los funerales de los Charrúas y otras demostraciones de los parientes del muerto, descubría en su misma relación la existencia de algunas ideas supersticiosas, por cuyo motivo creí infundada su opinión de no tener los Charrúas religión alguna; discurriendo que si, en efecto, los Charrúas estaban sujetos a la influencia de algunas ideas supersticiosas, éstas, por absurdas e incoherentes que fuesen, no podían dejar de relacionarse con un principio de religión, y que debían tener alguna, buena o mala, y que pudiendo ella existir sin ningún género de culto, sería difícil, a Azara, hallar, definir, no entendiendo su lengua y no habiendo hablado de los Charrúas por su propia observación, sino por relaciones de personas que acaso habían conocido a uno que otro indio prisionero.

Asi es que, en ninguna parte de su obra, dice afirmativamente que haya estado en los toldos de los Charrúas, ni que haya hecho personalmente las observaciones en que se funda su descripción;

y esto mismo se verá confirmado más adelante de este discurso, cuando llegue al caso de notar las inexactitudes de que adolece su obra y la de otros viajeros e historiadores en la descripción de los Charrúas, no siendo de extrañar que unos y otros se hayan guiado por vagas e inciertas noticias, habiendo estado los Charrúas 300 años en incesaute guerra con los españoles, sin un solo día de paz ni tregua, hasta el año de 1812, en que por primera vez se unieron a Artigas sin pacto de alianza y conservando su independencia, sus costumbres y hábitos feroces./

Entonces fue cuando yo los conocí, y teniendo frecuentes ocasiones de verlos, me propuse hacer un examen prolijo de su naturaleza física, de sus costumbres, sus leyes y de sus ideas, así en materia de religión como respecto a las que pudiesen tener de la inmortalidad del alma, de su propio origen, de lo que entendían por la conciencia, gratitud, amor de la Patria y otros sentimientos que creía yo debían hallarse identificados en el corazón de todo ser moral y pensador.

Yo era entonces joven, de edad de 24 años, y mis primeros pasos en esa indagación no pasaban de mera curiosidad; pero repitiéndose las ocasiones de verlos, porque siendo yo Secretario del General [José] Rondeau, iba con frecuencia en comisión de él a ver al General Artigas en la campaña; durante las desavenencias de este General con el representante del Gobierno D. Manuel Sarateca, me propuse hacer un estudio más detenido y profundo del hombre salvaje moralmente considerado, pues que tenía tan buena proporción de hacerlo por mis relaciones con los Charrúas, que me trataban con amistad por los pequeños dones que en mis viajes les hacía; y con respeto, a la vez, viendo las atenciones con que me trataba el General Artigas.

Esa facilidad, por un lado, y por otro las contradicciones que había notado ya en la descripción de Azara con mis primeras observaciones, me estimularon a adelantarlas, fijándome en el indio Naybú, simple soldado flechero de edad como de 50 años y sin duda el más inteligente y sagaz de todos, siendo, al mismo tiempo, el que, entre todos, hablaba, aunque poco y mal, algunas palabras en español.

Algunos años después tuve ocasiones de hablar con algunos Charrúas que ya poseían medianamente otro idioma; tuve en mi familia una cautiva Charrúa bastante despejada y, ultimamente, estuvieron a mis órdenes tres Charrúas, en el Salto del Uruguay, durante la guerra tal, que yo empleaba como descubridores del

enemigo, para cuyo servicio eran aparentes y las madres de estos, ya ancianas, poseían el español lo bastante para contestar claramente a mis cuestiones.

Esas fueron las últimas observaciones que hice acerca del hombre salvaje; en ellas vi ratificadas todas mis anteriores indagaciones, y creyendo haber adquirido las luces necesarias para hablar con alguna propiedad sobre un ser tan incomprensible como lo es el hombre salvaje en el estado de la naturaleza, me propuse escribir alguna vez este artículo, que servirá de rectificación a las muchas inexactitudes publicadas por algunos historiadores y viajeros, sin el examen y criterio que les hubiera convenido emplear para que sus obras pudiesen hacer algún servicio a los filósofos, que tantos ensayos han hecho sobre la historia de la especie humana.

Cuando por primera vez conocí a los indios Charrúas, que fue en Noviembre del año de 1812, en la Costa del Arroyo de Arias, no tenían más que 297 hombres de armas y como 350 personas entre mujeres, niños y ancianos; y en esa ocasión estuve 22 días en comunicación con ellos en la estancia de D. Tomás García de Zúñiga, cerca de la cual acamparon, en la Costa del Santa Lucía grande, a los tres días de haber llegado al Arroyo de Arias.

HOJA F

Cuando van a pelear o saber que el enemigo se acerca, el cacique los forma a caballo, en ala, y los proclama con una muy larga arenga en que expone las injurias o agravios recibidos de los enemigos y les recuerda los triunfos y glorias de sus mayores y sus propias hazañas y hechos de armas.

El cacique, cada vez que en la arenga los incita y anima a la venganza, mueve la lanza, blandiéndola con fuerza, y en toda la línea se arma entonces una gritería, prometiendo pelear con valor para vengarse.

Mientras que dura esa alocución o proclama las mujeres se ponen en fila, atrás de la línea de los hombres, como a distancia de veinte varas y están cantando no sé qué; pero supongo que será algún himno para animar a los combatientes.

No tienen religión de ninguna especie, ni por consiguiente culto alguno; sin embargo, reconocen la existencia de un espíritu

1 malo, que llaman Gulische [sic], y al que temen como un genio malé-
fíco, a quien atribuyen todas sus desgracias.

Pero esta misma idea supersticiosa no puede dejar de relacionarse con un principio religioso.

Entierran a los muertos en las inmediaciones de algún cerro, si lo había cerca, haciendo una excavación de poca profundidad, en la que ponen el cadáver cubriéndolo preferentemente con piedras si las hay a no muy larga distancia; sino con ramas y tierra: encima ponen las bolas del difunto, clavando su lanza a un lado de la sepultura y al otro lado dejan el caballo atado en una estaca; para el viaje que dicen que va a hacer el difunto.

Los varones parientes cercanos del muerto se atraviesan los brazos y otros los muslos con una vara de guayabo u otra madera en falta de aquella, etc., del largo como de una tercia, levantando la piel con fuerza y clavándola lo más cerca posible del hueso. Los hombres sólo se clavan una de esas varas aguzadas, bien sea en un brazo, o en el muslo o en la pierna; pero las mujeres parientas inmediatas del finado, como hijas y hermanas, suelen clavarse cuatro y hasta seis de esas varas, quedando enteramente postradas. Fuera de eso, la viuda, si era casado, se corta la falange de un dedo. Yo conocí una anciana a la que faltaban cinco falanges por otros tantos maridos de que había enviudado. Esta anciana a que me refiero hacía el papel de curandera y el principal remedio que empleaba con los enfermos era engrasarlos frotándoles el cuerpo con gran fuerza, con un pedazo de cuero por el lado del pelo; pero usaba también de otros remedios, tal como el de la ceniza caliente, que le vi hacer en la costa del Daymán, con un mozo que, al parecer, tenía un fuerte catarro; pero, no pude saber el resultado de la operación, que era tenderlo en un montón de cenizas calientes, producidas por una grande hoguera, que se había encendido sobre la arena de la costa del río, porque el mozo no quiso o no pudo sufrir el calor de tal remedio, pues apenas se había tendido se levantó corriendo y fue a revolcarse en el pasto fresco y muy enojado al parecer con la vieja.

Las bolas que usan son de dos ramales solamente y las manejan con mucha destreza, haciendo con ellas un juego en que apuestan todo lo que tienen, como quillapis, jergas, bolas, riendas, caballos, etc.; para eso clavan una estaca en el campo, que sólo tiene una cuarta fuera del suelo y desde una distancia de 30 pasos tiran las bolas para enredarlas en ella; el que lo consigue (que no es muy fácil, según he visto) gana la parada, pues no basta tocar la estaca con las bolas o el ramal, sino que ha de quedar enredada.

El paraje en que el General [Fructuoso] Rivera atacó y mató a los Charrúas que mandaba el Cacique Venado, fue cerca de la costa del Queguay, en la Boca del Tigre.

El indio que mandaba a los Charrúas que después mataron en el Cuarcim a Bernabé Rivera, [Pedro] Bazán y otros, era Sepé. Parece, según decían esos indios, después de aquel hecho, que Bernabé le pedía a Sepé la vida, ofreciéndole, entre otras cosas, que las indias y algunos indios que estaban en Montevideo le serían devueltos; pero el bárbaro se mantuvo inexorable, diciéndole que estaba bien, pero que antes de todo era necesario llevarle vivo al Cacique Venado, que era el muerto en el Queguay.

Unas mujeres Charrúas ya ancianas que algunos años después vi en el Salto del Uruguay, me dijeron que los indios, ansiosos de vengarse por la carnicería del Queguay, habían martirizado a Bernabé Rivera y a los demás que tomaron en el Cuarcim./

S. A.

Al Señor Brigadier General Inspector de Infantería Don Antonio Díaz.

Batallón 1.º de Cazadores.

Apuntes sobre los Charrúas, para la descripción del país.

HOJA G

Charrúas.

No tienen religión; pero son, sin embargo, (supersticiosos, y aunque por mi propia observación y las noticias que de ellos mismos he recibido, no me queda duda de que ninguna religión, culto, etc., no puedo comprender cómo puede existir superstición sin religión, siendo aquella una consecuencia de esta; e infiero que los indios Charrúas que yo he conocido (habían) estaban enteramente relajados en esa materia y habían perdido hasta la tradición del tiempo en que sus antepasados eran religiosos y tenían un objeto de adoración y culto.

Los que yo conocí y examiné por primera vez en el año de 1812 suponían la existencia de un espíritu maléfico, al que atribuían todas sus desgracias, enfermedades, desastres, etc.; etc. Este genio malhechor se llamaba **Gualiche**.

Los Charrúas fueron casi exterminados en el Queguay junto a la Boca del Tigre, siendo sus caciques Venado y Polidoro.

El Cacique Pirú logró escapar de la matanza, llegando hasta la presencia del General [Fructuoso] Rivera, a quien dijo: **mirá tus soldados matando amigos**.

De esa matanza escaparon con el cacique Sepé de 80 a 90 hombres, que se refugiaron en los montes del Cuareim.

Perseguidos por el Coronel [Bernabé] Rivera con su escuadrón de tropa línea, los encontró a inmediaciones del Cerro de las Tres Cruces.

Sepé dejó una partida de indios al frente de esa fuerza y se emboscó con el resto en la espesura de un bosque.

El Coronel Rivera siguió con imprudencia persiguiendo a esa partida con todo el escuadrón, que llegó a la altura de la emboscada de los indios, en desorden y con muchos caballos ya rendidos; entonces fueron acometidos por el flanco y enteramente derrotados, tomando prisionero al Coronel D. Bernabé Rivera, a quien atormentaron cruelmente durante dos días, tomando así una atroz venganza de los muertos en el Queguay.

Sepé mandó que los lanceros envolviesen un cuero en la moharra de sus lanzas, de modo que no quedaba sino media pulgada de hierro fuera del envoltorio, y durante dos días estuvieron martirizándolo, haciéndole multitud de heridas, hasta que quedó exánime.

[Bernabé] Rivera les pedía por Dios que no lo atormentasen; pero el bárbaro inexorable le respondía: -para tí quieres Dios, pero para nuestros padres y hermanos no hubo Dios. El mismo Rivera les pidió la vida, ofreciéndoles que se les devolverían las mujeres y los niños que se habían llevado a Montevideo, asegurándoles que una sola carta de él sería suficiente para que todos volvieran.

Sepé le preguntaba: ¿y quién vuelve a los caciques Venado, Polidoro y demás indios muertos en el Queguay?

Consumado el sacrificio, el Cacique Sepe envenó con algunos ner-

vios de B. Rivera la moharra de su lanza, la que mostraba en 1832 como un trofeo de su bárbara y cruenta hazaña.

Para agregar a las costumbres.

Tratan a sus mujeres como a esclavas, y las castigan con las bolas, dándoles golpes en las espaldas.

Tiran las bolas de dos ramales con mucha destreza, y uno de sus juegos a que son muy aficionados es el de enredar con ellas una estaca clavada a 30 o 40 varas, no teniendo más que una cuarta fuera de la tierra.

Cuando tienen yerba mate la echan dentro de una especie de taza, hecha con un porongo, mojándola con poca agua y van pasándola en rueda; cada uno toma un sorbo, en el que se introduce mucha yerba, y están mascándola hasta que queda enteramente sin gusto y sin color.

Cuando tienen cigarros los fuman, cubriéndose la cabeza y la cara con una jerga o cosa semejante, a fin de que no se disipe el humo, quedando por lo regular atontados con esa operación.

B) Versión paleográfica de las trece páginas no foliadas que a su vez comprenden la supradicha descripción acerca de los primitivos habitantes del territorio del Uruguay.

HOJA A

Recto

(I

La Republica Oriental del Uruguay fué primi/tivamente habitada p.r varias naciones de ([indios]) / ([indigenas comprendidas bajo el nombre general de indios]) / ([nombre q.e]) indios, ([bajo]) cuyo nombre se ha dado en ge-/neral atodos los indigenas de la America (1) Las que/existian en la epoca de la conquista ([desde el Rio Ibicuy])/ ([hasta la margen septentrional del ([rio dela] Plata]) ([hasta elrio Ibicuy]) eran la delos / Charrúas ([los Yaraos, los Chanás y los Boha-

nes; todas])/([ellas errantes y cuyas lenguas eran enteram.te cada una])/([tenia ([un]) su lengua particular muy diferente delas])/([otras; y acia cerca dela confluencia]) que ocupaba todo el / territorio q.e hay ([desde aquella margen]) ([entre desde]) (desde la **margen septentrional del rio de la Plata**) ([y]) (hasta) la del rio Yi y des-/de Maldonado hasta ([S.n Salvador]) las puntas de S.n Sal-/vador. La delos Yaraos que habitaban acia la emboca/dura de ese arroyo. La delos Chanas que vivian en las / Islas del Uruguay, y (la de) los Bohanes q.e ocupaban ([el Nor-])/([te del Rio Negro]) la margen oriental de ese rio, al/Norte del ([Rio]) Negro. ([Entre el terr Entre este y el Ibicuy.])/ Acia la orilla izquierda del Ibicuy (y separadas p.r un gran desierto) se hallaban (enia misma epoca) algunas / ([cortas]) (pequeñas) poblaciones de Guaranis ([que]) pertenecients a la gran / familia conocida p.r ese nombre.q.e se extencia hasta los [UN CLARO] grados / delatitud p.r ambas margenes del Uruguay y ([con]) cuyos indios for-/maron (despues) ([los Jesuitas]) sus celebres misiones, los ([padres]) Jesuitas / q.e mandó el Gob.no español p.a catequizarlos. ([y reducirlos]). Las / cuatro naciones de q.e hehablado eran errantes y cada una / deellas tenia una lengua particular muy diferente delas / otras. Nada se sabe acerca de sus antecesores; ([ni p.r q.e]) / ([no habiendo llegado ninguna de ellas a adquirir]) ni delos / acontecimientos ([q.e]) (historicos q.e hayan) precedido ala conquista. No habiendo/([esos esos]) llegado esos indigenas a adquirir (antes de esa epoca) ([grado al]) ningun / grado de civilizacion ([en tiempos]) no dejaron monumentos ni / recuerdos de su antigua existencia, y hasta las tradiciones/(mismas) q.e (acaso) pudieran conservar entre si ([mismos]), se extinguieron en/ el dilatado periodo delos siglos posteriores sin llegar a nosotros.-

(([acerca de la falta absoluta dereligion delos charrúas/y su resistencia a la]))

acerca de la absoluta falta dereligion de los charrúas y las causas de no / haber cedido ala influencia del cristianismo ni a los atractivos dela / civilización

Aunque el ([hombre]) sentimiento mas intimo del hombre en cualquier/estado q.e se le considere es el de sublibertad creo q.e la verdadera causa/ dela resistencia de los indios q.e vienen (aun en el estado de la naturaleza) ([en contacto (cerca) de los pueblos civilizados])/ enla America es el poco interes q.e se ha tomado p.a reducirlos y mas / particularm.te el ([error de]) (desacierto en)

los medios q.e se emplearon p.a conseguirlo /Qualq.a q.e haya hecho algun estudio sobre la historia de la especie hu-/mana habra deducido el convencim.to de q.e el hombre nace con un /instinto sociable y un principio supersticioso hijo de su propia debilidad y de /la admiracion q.e causan en su espiritu las leyes incomprensibles dela natu/raleza ([y las]) (reino [?]) maravilloso ([de la creacion q.e dela]) (de todla) creacion. Las reflexio-/nes (con) q.e se han ocupado ([en todos t.pos]) los filosofos relativam.te al hombre /solitario en el estado de la naturaleza ([pare esta]) no tienen mas fun/damento q.e ([la]) (una) mera suposicion ([creada p.r]) formada p.r ellos mismos/ p.a examinar bajo tal punto de vista á ese ser incompreensible. El/ hombre como antes he dicho es sociable p.r instinto y es preciso con/siderarlo tal como es y s.pre (lo) hasido, viviendo en sociedad (ya sea) en pequeño /o. engrande n.o de individuos ([q.e]) ya sea (en tribus) errantes o ([sea]) estacionarios. ([Del]) //

HOJA A

Verso

//([mismo modo juzgo incuestionable]) Asi es como ([se han encontrado a todos])/. ([los indios]), (viven y como) vivian ([todos]) los indios en todo este continente quando fue descubier/to p.r los conquistadores formando naciones &c ([y]) asi ([supongo q.e]) viven en el Africa /y en el Asia y asi vivian los habitantes primitivos dela Europa. Elhombre /nace pues con una disposicion natural avivir en sociedad: la obra de la civiliza/cion esta reducida á emplear medios eficaces ([p.a sacarlo]) p.a q.e renuncie a una/independencia salvaje puesto q.e él ama p.r si mismo la vidasocial [1]

Los q.e han dicho q.e ([el primer]) (la religion es una idea innata en el) hombre ([ha nacido con ideas y q.e]) / ([y los q.e sostienen q.e el hombre solitario tiene una religion buena o mala]) / han supuesto q.e él ([hombre]) no puede vivir sin tener alguna buena o mala /Las observaciones han destruido esa opinion. Hay en (la) America varias /naciones de indios q.e no tienen ninguna idea religiosa y una de ellas /era la de los Charruas de cuya descripcion voy a ocuparme [2] Pero/ afalta de una religion los charruas, como tod los hombres en el /estado dela naturaleza, estabansometidos ala influencia de ciertas /supersticiones mas o menos absurdas, ([pero]) enlas q.e yo creo encontrar / un principio o cuando

HOJA C

Verso

ABAJO:

[8] La mayor parte de los indios charruas tenían el pecho, y ([algunos]) / la espalda y ([aun]) (algunos) (de ellos) (hasta) la cara (misma) ([llena]) (cubierta) de cicatrices (muy unidas) hechas con las puntas de las flechas ([formando ciertas figuras]) (y) formando varias figuras y bordados. No / he visto a ninguno (de ellos) con el labio inferior horadado ([como lo afirma]) (según dice) el Sr. Aza-ra q.e lo hacían en general &c Sería costumbre hacerlo así en el tiempo en q.e / él los vió &c.

Los indios Charruas se mantuvieron constantemente en guerra con los españoles p.r cerca de 300 años; y aunque esa tribu estaba reducida ya a menos / de 1000 individuos a principios de este siglo nunca fué (totalmente vencida ni) domada. En / el año de 1811 hicieron una especie de paz (y alianza) con el Gral. D. José Artigas / (a q.n tenían respeto) ofreciendo pelear contra los realistas. En consecuencia ([fueron]) se incorporaron / en [UN CLARO] del Uruguay (sobre esto hablar con el Cor.l [Andrés] Latorre) ([acampaban]) / (Pero) ([Sin embargo]) siempre recelosos y desconfiados (p.r carácter) ([nunca]) (no) acampaban sino (a) distancia del ejército, y derepente alzaban la toltería y no volvían al campamento en ([mucho]) (mucho) ([largo]) tiempo. Sin embargo ([nunca]) (nunca) lo abandonaron del todo. En el año / de 1812 hallándose en el campamento del G.l. Artigas situado en / ([alzaron sus toldos cuando de la paz salieron]) se pusieron en marcha y atravesando / toda la campaña ([p. has]) llegaron a la costa de Sta. Lucía grande ([haci hincando]) / ([sus toldos cerca de las casas de García Zúñiga]) en la estancia de D. T[omas] G[arcía de] Zúñiga plantando / sus toldos a poca distancia de las casas.

HOJA D.

Recto

1)

La República Oriental del Uruguay fue primitivamente habitada por ([las]) (cuatro distintas naciones de) indios (errantes), ([con los]) Charruas, ([por]) los / Yaraos, los Bohanes y los Chanas

la gran cadena de la sierra del mar, calienta sus dos oros y plata, que no están explotados y enanas de mármol, últimamente descubiertas.

Los ríos principales son el *Uruguay*, que viene de la provincia brasileña de Rio Grande del sur, uniéndose con el Paraná, un poco al N. de Buenos Aires, forma el río de la Plata, que baña las costas S y O. de la República. Los ríos más ricos, aunque muy numerosos, son de poca importancia.

El lago *Mini* es el único notable del país.

5. ° *Ciudades principales.*

Montevideo, capital del Estado, fortificada con ciudadela y murallas. Su población es como de 115,000 habitantes, de los que muchos son extranjeros; está regularmente edificada, y posee una hermosa iglesia, llamada la *Matriz*, y también un templo muy cómodo y agradable. El nombre de esta ciudad proviene de un cerro que la domina al N. O. sobre el cual se ha construido un fuerte. Antes de la revolución americana, Montevideo era escala del comercio de España con toda la América del sur y tenía una correspondencia de Correos con la Carolina. El *cuadrón* y la *Aguada* son dos sitios que sirven de atracadero. Lat. S. 34. ° 52' Long. O. ° 55. ° 31' O de París.

Maldonado, puerto de mar fortificado, al P. N. E. de Montevideo, sin comercio y de poca importancia. *Santa Lucía*, en una posición muy alta sobre el río del mismo nombre, á siete leguas N. O. de

Montevideo, cuyas aguas frescas y deliciosas alimentan mucha gente en la estación de los baños.

La *Colonia*, plaza fortificada sobre la orilla de la Plata, frente á Buenos Aires; ha dado mucho, y sus fortificaciones han sido casi enteramente arrasadas por *Chibchas*.

Concepción, á nueve leguas N. O. de Montevideo *San Juan*, al N. O. de Sta. Lucía.

Soriano, á la confluencia del Rio Negro con el *Uruguay*.

Patauná, última ciudad al N. cerca del Uruguay. *Cerro Largo*, á cerca de las fuentes del Rio Negro.

Durazno, fundada por el general D. Francisco Rivera (actual presidente de la República) con familias arruinadas por las guerras civiles, en los principios de la revolución.

A excepción de Sta. Lucía, todos estos pueblos son otras tantas capitales de sus respectivos departamentos pero son poco considerables, y su comercio se limita á el de ganado, carne salada, cueros y grasa, que suministran en cambio de los productos de Europa.

La agricultura no florece mucho, á pesar de la muy buena calidad de las tierras, por falta de brazos.

ARRIBA 10. °

CHILE

1. ° *Lonilla*, situación, extensión.

El sitio en la parte O. S. O. de la América, es bañado al O. por el oceano pacífico.

([que formaban]) / ([cuatro distintas ([distintas]) naciones,: todas ellas ([todas todas ellas]) errantes, y cu-]) / ([yas lenguas eran cada una »de« toniendo cada una]) / ([de »de 'muy«]) Cada una de ellas ([de]) (**tenia**) una len/gua particular muy diferente delas otras [13] ([,y]) / Nadase sabe desus predecesores ([14]). ([ála epoca de]) / ([la conquista; pues car ni de los sucesos anteriore es]) / ni de ningun suceso historico anterior ala epoca de / la ,conquista [14] ([15]) ([Los Charruas Las tres]) Los Charruas / en guerra continua conlas otras tres naciones y mas / fuertes q.e ellas las (**ven-cieron al fin y las**) exterminaron, ([alfin]), quedando / solo algunas familias de Chanas enla Isla lla/mada hoy del Vizcayno, con las cuales ,sefundó / en 1553 el pueblo deS.to Domingo de Soriano [sic] del mo/do q.e,dire mas adelante. Los Charruas se ([cons]) / mantuvieron en el país hasta una epoca reciente / ([sin]) conser-vando su independendencia, sus costumbres (**guerreras**) / y habitos fero-cies, (sin ceder jamas a la influen-/cia civilizadora del cristianismo ni alos (halagos) ([incentivos]) ([estimulos]) / ([halagueños]) dela-sociedad. Por ([mas]) (**muy cerca**) de 300 años e / pelearon (sin cesar) ([constantem.te]) ([continuam.te]) contra los españoles, y aunque / ([a principios de este siglo]) ([hoy ahora 40 o 50 años]) (**en el de 1811**) estaban reducidos ya á / menos de 400 combatientes nunca fueron ([enteramente]) (**deltodo**) / vencidos ni (**subyugados**) ([doma-dos, [Fructuoso] Rivera los extermino hasta que]) / pero la libe-rdad q.e habian conservado p.r medio de / su valor y su constancia en tres siglos de guerra / la perdieron con su (**propia**) existencia (**en un solo dia y** en medio delapaz / sorprendidos y exterminados) p.r Rivera ([en]) el año de1831 (**enlaCueba delTigre**). Habiendose pues]) / ([**Con ese hecho**]) ([**quedó**]) ([**extinguida**]) ([**en ese hecho su su raza p.a s.pra**]) ([aquella raza con en aquella ocasion quedando con]) / ([fundidas y mezcladas con otras poblaciones las pocas mu-geres]) / ([y criaturas q.e sobrevi escaparon ala matanza, y habien-dose]) / ([dispersado enla campaña del Brasil pues]) Los pocos hombres / q.e escaparon a la matanza general se ([dispersaron]) re-fugia / ron (**p.r lo pronto en las asperezas del Arapey y**) en los ([mon-tes del]) bosques del Cuareim. ([y en el año ([sig.te]) de 1832]) / ([atacados p.r D.n Bernabe Rivra hermano de aquel se dispersaron]) / ([en la campaña del Brasil despues de haber derrota y sorprendie-]) / ([ron y aprisionaron a]) (**Perseguidos alla en el año de 1832 p.r el com.te**) D.n Bernabe Rivera hermano de aquel ([q.e se]) / ([diri-ja a atacarlos en su refugio y despues y despues de tomar una]) (**lograron-sorprenderlo y**) ([**derrotarlo**]) aprisionarlo ([**tomando ven-ganza**]) dandole una muerte / ([venganza]) cruel ([en aquel Gefe]) y á otros (**Gefes y oficiales**) q.e le acompañaban (**en venganza de profundo**) (agravio) y se disper-/saron (luego) en la ([campaña])



Pedro Stagnero (1854-1911), prestigioso maestro y autor de un pequeño artículo sobre "Los charrúas", que se publicó en Montevideo, en 1883 y 1885. En 1957, en momentos de reproducir dicho escrito, citamos, con todos sus detalles, la "Etnología indígena" de Eduardo Acevedo Díaz según la versión del diario *La Epoca*, de Montevideo, de 1891. De los "Anales de Instrucción Primaria", Año VIII. Tomo VIII, N.ºs 1-6. Hoja suelta entre las pp. 140-141. Montevideo, enero-junio de 1910).

provincia ([del Rio]) limitrofe del Rio Grande / ([en muy reducido numero en]) donde todos o la mayor parte perecieron / ya p.r ([el Farro [los] años]) la (edad) o p.r las armas delos brasileros. Las / mugeres y niños q.e sobrevivieron ([se]) han quedado confundidas / y mezcladas en otras poblaciones formando ya una parte de / ellas. Habiendose pues concluido p.a siempre la (unica) nacion (de) indigenas / q.e quedaba en el pais, quiero detenerme en referir sus costum/bres &c &c. algo mas (tal vez) delo q.e ([permite]) ([me proponia al]) (permite) el plan de mi obra; pues q.e / la historia de este pais ha de empezar necesariam.te p.r la descrip/cion delos naturales q.e lo poscian quando ha sido descubierto; ([y los]) /

HOJA D

Verso

//([que en adelante tomaren a su cargo el escribirla]) y como entre los q.e / tomen a su cargo el escribirla pocos o tal vez ninguno podrán hablar / ([acerca]) en virtud de sus propias ([observaciones]) (investigaciones) acerca de una raza q.e ya / no existe, ([desde desde]) voy a decir respecto delos charruas ([a quienes conoci]) / ([en]) lo q.e p.r mi mismo he observado ([en varias veces]) y q.e procure indagar de ellos en varias veces q.e estube en sus tolderías, y con particularidad / en la que tubieron el año de 1812 en la costa de S.ta Lucia Grande en los / Campos de García ([de]); Zuniga ([y]) cerca de la ([Calera]) casa de la Calera donde yo per-/maneci todo el tiempo q.e alli estuvieron.

([En la descripcion q.e voy á hacer])

Como el hombre, ([aun en el estado salvaje]) ([aunq.e se le considere en el estado salvaje]) es un ser / tan privilegiado ([sobre todo]) en la naturaleza cualq.a q.e sea / el estado en q.e se le considere, y la descripcion ([del hombre]) / ([salvaje]) de una tribu desalvages que ([ha vivido en el]) / ([libertad sin ceder jamas]) durante tres siglos ([conservó su]) / ([libertad combatiendo sin cesar contra los españoles y los portu.]) / ([gueses q.e los tenían como enervados defendió su libertad]) [UN CLARO] / ([combatió sin cesar]) conservó su libertad y (sus) costumbres sin ceder / jamas a la influencia del cristianismo ni a los atractivos / dela (sociedad) civilizada debe ser ([un] objeto ([interesante]) ([de]) ([un estudio]) ([un interes en la]) (de algun interes p.a la historia / dela especie humana ([he creido q.e debia darle preferencia]) / ([no]) quiero ([detenerme sobre este punto dar aqui omitir en este]) (dar) / [en] (este) articulo ([ninguna



Mario Isola (1827-1886), prestigioso químico italiano radicado en nuestro país y autor de un pequeño escrito que se publicó en el diario *El Ferro-Carril*, de Montevideo, en agosto 10 de 1877, y se reprodujo en 1883, 1885 y 1901. Cuando nosotros lo exhumamos con todos los comentarios que entonces creímos pertinentes y oportunos, ignorábamos que el mismo había visto también la luz en 1877 a manera de un minúsculo y escasísimo folleto. En esa publicación nuestra, además de citar la "Etnología indígena" de Eduardo Acevedo Díaz en su tercera versión, nos ocupamos de otros muchos puntos conexos, tales como del libro de Florentino Ameghino sobre las "antigüedades indias" de la Banda Oriental (1877), etc. Añadimos asimismo, que en otros trabajos nuestros, publicados hace ya varios años, igualmente citamos y com. pulsamos la "Etnología indígena" de referencia en su primera versión. (De un original del "Estudio fotográfico" de Chute & Brooks, Calle 25 de Mayo 300. Montevideo).

paraje donde les fuese más fácil ([el]) proveerse / lo mismo hacían cuando las osamentas corrompidas inficionaban el aire; lo / q.e se verificaba en (muy) pocos días, pues nunca carneaban sino la mitad de ([una]) (la) / res sacando los costillares de la parte q.e quedaba p.a arriba y dejando el resto / (del animal) (en el suelo del modo q.e había caído al matarlo) p.r no tomarse el trabajo de darlo vuelta.

Las ([viudas]) (mujeres casadas) ([se cortaban]) estaban obligadas a cortarse ([la]) (una) falange de / un dedo de la mano cuando morían sus maridos: y esta operación era / repetida tantas ([veces]) (veces) cuantas ([veces]) (ellas) enviudaban. Yo vi en ([la]) (una) tolteria / q.e (p.r alg.s días) tubieron en (la costa de) S.ta Lucia Grande, (en el año de 1812) una india anciana ([a la]) q.e hacía entre los / (ellos) ([indios]) el oficio de Medica, ([que]) ([la cual]) (que) había sido siete veces mutilada. [8] Los / [12] indios Charruas aunq.e de índole feroz ([y]) eran ([generalm.te]) (p.r lo general) de genio alegre / (y) (estaban) continuamente ([estaban]) riéndose, y rara vez tenían entresi quimeras / sino p.r (causa de) los robos q.e se hacían unos á otros. ([El homicidio]) Entales / casos (reñían) hacían una grande algazara en q.e hablaban todos á un tiempo / parando p.r lo regular enpelea. Presencí una en el arroyo de / Salsi puedes p.r materia de un caballo en la q.e tomaron parte diez / ó doce indios quienes después de una larga disputa sedirijieron ([atoda]) / a gran galope p.a una cuchilla inmediata seguidos de algunas mugeres / q.e sin duda trataban de apaciguarlos. El cacique, con ([quien yo]) (el cual) hablaba / (yo) á la sazón en la orilladel ([bosque]) (monte) había mandado p.r dos veces a un / indio provablem.te p.a ([apaciguarlos al q.e no le hicieron caso. ([ser apartados]) mas]) (q.e se aquietasen: la primera orden fue inútil; y) quando / vió q.e ([se dirijian marchaban en la dirección q.e heindicado, saltó re]) ([no habían]) (el indio) / (re)gresaba p.r 2ª vez sin haberle (hecho) caso saltó al momento en ([su]) (un) caballo / q.e tenía de las riendas sin mas arma q.e una macana q.e llevaba ala / cintura, y aunq.e todos se dispersaron viéndole ir acia ellos ([alcanzo]) siguió / en el alcance de uno con especialidad: tras del cacique montaron inme-/diatam.te mas de 50 indios entre hombres y mugeres y todos se perdieron / de vista. Pasada media hora regresaba el cacique contodalaco-/mitiva y (estando) a distancia (ya) como de una cuadra dela tolteria llamó a un / indio q.e salía del monte: ([y después de pocas palabras]) le dirigió una ó / dos palabras y en seguida le dió un macanazo en la cabeza ([con el]) / ([q.e]) (y en el instante) cayó el indio del caballo como muerto: cuando llegó cerca de mí / y antes de apearse (señaló p.a el lugar en q.e quedaba el indio y) como queriendo darme razón de ([sujusticia]) / aquel acto de justicia ([me dijo señaló p.a el lugar me

dijo dijo]]/ pronunció dos veces (seguidas) la palabra robó ([que-
riendo darme]) (dandome a entender) q.e había / robado.

HOJA C

Recto

AL MARGEN:

[6] pero q.e carecien-/do de todo genero / de cultura no / de de-
jaron monu-/mentos, ([ni otros]) re/cuerdos ni tradicion / de su anti-
gua exis/tencia.

[7] Recuerdo su estatura su / color y demas cualida/des corporales.
Su modo / de hablar gutural y na/sal abriendo muy poco / la boca
aun p.a reirse lo / q.e nunca hacían forman/do el ruido de carca-
jadas / en tiempo frio se sentaban / en cuclillas sobre los talo/nes
en fila permaneciendo / en silencio o hablando muy / despacio:
generalm.te per-/manecian acaballo echa/dos sobre el pescuezo del/
animal.

[9] Las mugeres / se cubrian ([á]) /([mas dela cintu]) / ([ra]) del
mismo / modo la cintura / y muchas aun / q.e no todas se / cubrian
el pe/cho con una / gerga o quillapí / atado en las pun/tas sobre
el hombro / derecho; otras / hacían una espe/cie de camison / (del
mismo genero) / ([cerrado]) sin man/gas con abertu / ras p.a los
bra/zos; ([llevaban]). Los hijos pequeños / los traían colga/dos
ala espalda / dentro de una ger/ga cuyas cua-/tro puntas ataban /
adelante ([dos de]) / ([ellas en la zona [?]) / ([encima [?] de los pe]) /
([chos trayendolas]) / ([p.r debajo delos]) / ([brazos y las]) / ([otras
dos en la]) / ([cintura sobre]) / ([p.r encima delas]) / ([caderas]): (for-
mando así) una espe/cie de bolsa (enque) metian uno / o dos niños
con la cabeza / de fuera; La que tenia / tres chicos ponía el ter-
cero montado adelante / y la q.e tenia cuatro / ponía el mayor de
ellos / en las ancas; otras traían / los mas chicos colgados / a la es-
palda y los mas / grandes ([ivan en caba]) / ivan en un caballo q.e /
ellas mismas llevaban del / diestro. Algunas veces / ([q.e usaba [?])
de [a[?]] dos ([sobre]) animales [?] / vi a los padres llevando / en
ancas los hijos mayor/citos.

[11] ultimam.te eran / ya muy pocos los q.e / conservaban ([el uso]) /
([delas]) flechas, y casi todos / usaban lanzas.

menos una disposicion\ ([á admitir]) religiosa, y/ es mucho mas facil fundar ([un]) (origen) ([llenar [?]]) ([una]) (repartir una) creencia ([que desarraigar las q.e existen]) / ([y persuadir a]) q.e desarraigar las que existen. ([De lo q.e infiero que])/([habria sido cosa muy facil persuadir a los indios charruas. Los indios q.e])/([no tenian religion alguna hubieran adoptado]) Yo considero al hombre/salvage q.e no tiene religion alguna en el caso de un niño, ([y ambos])/ q.e ([sigue facilm.te]) aprende lo q.e le enseñan ([p.r]) sin necesidad de emplear/otros medios q.e los de la ([predi]) doctrina ([y]) lapredicacion\ ([luego el habito]) ([y los]) (y el exemplo);/esto forma un habito y el habito la creencia.

AL MARGEN:

[1] Los descubri/dores delrio / dela Plata / empezaron co/mo en todo el / resto de la / America / conquistan/do con las / armas; po/cos o nin-/gunos han/sido los / esfuerzos em/pleados en /este pais p.a / atraer ([p.a]) / a la civili-/zacion a los /indigenas / de este pais/y si algu-/nos se hi-/cieron que/no me cons/ta hansido/errados. Lo / mismo ha / sucedido en / cuanto a los / misioneros en / cargados de / catequizarlos / quienes p.r las / razones que / voy a deducir creó q.e / ([scri]) hubiera / sido muy fa-/cil conseguirlo / pues q.e no / se trataba / de convertir / sino de adoctri/nar, pues que/ los indios de q.e / voy a hablar / no tienen ninguna / clase de religion &c.

[2] ([Los au]) y contralo / q.e Platon y otros mu/chos despues de el /aseguraron deq.e no / háy pueblos entrelos / cuales no se halle / alguna nocion dela / Divinidad y q.e la / idea de Dios esta im/presa en n.tras almas.

HOJA B

La Republica Oriental del Uruguay fué primiti/vamente habitada por indios Charruas (y minuanes;) ([pueblos]) (tribus) / errantes, que pertenecian á ([la grande tribu fam])/([nacion]) una grande ([na]) reunion ([com form.da]) dedife/rentes naciones comprendidas ([todas bajo]) (con) el nombre / (general) de Guaraníes; y q.e careciendo de toda clase de cultura / no han dejado tradicion ni recuerdos de su antigua / existencia. [3] El navegante español D. Juan Diaz de / Solis fué el primer europeo q.e abordó las playas de / esta comarca desembarcando ([en]) el año de 1515 en la / costa del Este cerca de la embocadura de un arroyo / q.e dista 15 leguas de la bahia de Montevideo, y en / cuyo reconocimiento perdió la vida á manos de los / indígenas, dejandole su nombre ([; pues es

NUEVA
GEOGRAFIA UNIVERSAL,

DIVIDIDA EN TRES PARTES:

- 1.^a—Geografía Astronómica,
- 2.^a—Geografía Física,
- 3.^a—Geografía Descriptiva. Histórica, Política
y Mercantil de las cinco partes del mundo,

DEDICADA

A LOS AMERICANOS DEL SUR;

POR

FRANCISCO DE CUREL,

C. LA LEGION DE HONOR.

SE HAN ENCOMENDADO

60155

BUENOS-AIRES:

IMPRENTA ARGENTINA,

SARAT DE POTONI, AVDA. 135.

1829.

el q.e.] Once/años despues la corte de España ([envió a]) mandó a Se-/bástian Gaboto para adelantar ([aque]) el descubrim.to/ de estas regiones, quien ([internandose p.r]) (remontando) el rio Uruguay / ([y desembarcando en la hoya del rio negro se internó. én]) / ([el rio negro y]) formó un fuerte ([con el nombre de Espiritu Santo]) en la margen ([izquierda]) / ([de este, a legua y media de su embocadura, con el nombre]) / ([de Espiritu Santo &c tal del arroyo de S.n]) tal del ([nom]) arro-/ ([yo a q.e dio el nombre de S.n Salvador]) -yo de S.n Salvador (con el nombre de Espiritu Santo,) ([y]) ([las]) (cuyas) rui/nas ([de este fuerte]) existian aun acia fines del siglo pasado y ese estableci-/m.to fué el unico q.e existió hasta el año de 1563 en q.e DNN/fundo ([el pueblo]) en la margen izquierda del Rio Negro ([a]) dis-/tante legua y media de su embocadura un pueblo con el nombre / de S.to Domingo de Soriano [sic] q.e es el mas antiguo dela Republica./Por mas de unsiglo estuvo sin poblarse el resto del país / sirviendo sus montes p.a ([la provision]) (proveer) de leña y (de otras) maderas/a la ciudad de B.s Ay.s; y (sus) ([campos]) (pastos) para la cria de ganado, ([vacuno]) / ([con cuyo objeto se trajeron de España (algunas) partidas de vacas]) / ([y toros en el año de 1554 siendo este el origen de la prodigio]) / ([sa multitud que (de esos) animales (la la gran cantidad de esos animales) que en lo sucesivo habian tubi (que constituyen hasta) [4]]) / ([Habiendose multiplicado considerablem.te esa especie empezaron á .]) / ([formarse p.r los años de 1500 (al) (en acia fines del siglo 15 algunas) (el año de 1630 varias) estancias q.e se daban &c conlos terrenos]) / ([q.e se daban &c. y sucesivam.te algunos pueblos con colonos q.e de dife-]) / ([rentes provincias de España cuyos pobladores atraidos p.r laabundancia]) / ([obtenian permiso (del Cabildo de B.s Ay.s) para disponer de ([las]) (aquellas) reses como de bienes hereda-]) / ([dos utilizando el cuero y demas productos p.a el comercio &c mas]) / ([adelante se repartia el beneficio]) con cuyo objeto se ([trajeron]) (habían traído) / de España ([algunas vacas y toros]) ([alg.s vacas y toros]) en el año de ([163]) 1554. / ([algunas vacas y toros cuyo procreo cuyo procreo favo-]) / ([recido p.r la tranquila soledad de esa dilatada campaña]) / ([tan feracisima]) algunas vacas y toros (q.e p.r entonces se) dejaron ([como]) / abandonados en ([medio de la tranquila soledad en estos feraci-]) / ([simos y dilata]) la dilatada superficie de estos campos feracisi-/mos ([que]) cuya tranquila soledad ([consecuencia era]) tan favorable (debía ser) a su / procreo. Tales fueron el origen (y las causas) de la prodigiosa multiplicacion de / esa especie, que ([con]) tanta abundancia ha proveido de dos siglos a esta / parte a la subsistencia delos habitantes del país constituyendo su / ([principal]) riqueza y ([p.r]) (hasta) ahora el ([unico]) ramo principal de / su comercio. En el año de 1630 empezaron a formarse (en la campaña) algunas / estancias

([p.r individuos (**personas**) q.e solicitaban permiso]) p.r ([per.]) individuos á/quienes el Cabildo de B.s Ay.s concedia licencia p.a disponer de las/reses como de bienes heredados, utilizando el cuero y demas/productos de un genero tan lucrativo. Sucesivamente fueron ([funda]) [5]

AL MARGEN:

[3] Los charruas /conservaron su / independenc¹ia ([h.ta]) / y ([su]) ferocidad / viendo [sic] en el/ estado dela na-/tura²za hasta/ q.e fueron totalm.te / exterminados ([re])/([sul]) sin ceder/ jamas ala in-/fluencia del / cristianismo ni / dela civilizacion.

[4] ([ahora la princi]) / ([pal riqueza del]) / ([pais])

[5] fundandose al/gunos pueblos ([p.r]) (con) / colonos enviados /
(p.r el gobierno Español) / dediferentes pro/vincias de aquel / reino,
o p.r ([perso]) / nas (fundadores) atraidos [p.r] / ([-----
----- [?])]/ p.r la abundancia
del pais ([y]) / su fertilidad y /delicioso clima / ([---[?] q.e
----- [?])]/ y entre los q.c / se
repartieron / (con titulo de propiedad) / en beneficio de / de un
ramo .q.e / hasta entonces /habia vagado / sin su dueño / en el re-
partim:to/dela naturaleza/Pero siendo esos/pobladores muy/pocos.

HOJA C

Recto

I) III

10

La Republica Oriental del Uruguay fué / primitivamente habi-
tada p.r (cuatro naciones deindios) indios ([minuanos]) / y Charruas
(Yaraos Chanas y Bohanes); tribus errantes que pertenecian á / una
grande reunion de diferentes pueblos com-/prendidos con el nom-
bre general de Guaranies. [6] Los Charruas, cuyos restos se ([con-
servaron]) (mantuvieron) en el pais / hasta una epoca reciente.,
([mantuvieron]) ([y]) (conserva([ndo])ron) su indepen-/dencia y habi-
tos feroces sin ceder jamas ({al influ}) / á la influencia civilizadora
del cristianismo, ni/álos estímulos ([alha]) halagueños ([delos goces])
de/lasociedad. ([en]) [7] [8] Vivian desnudos como en el ([pri-])/
([mer]) estado de la naturaleza cubriendo ([la cintura]) ([con plu-])/
([mas de avestruz]) unicamente ([la cintura]) (la cintura) con/([plumas
de avestruz o]) (con algunos) pedazos (de genero o) de gerga (ordinaria);
siendo muy / ([contados]) (raros) los q.e ([tenian un]) (tenian un)

quillapi ([1]) (o gerga entera) para abrigar-/se aun en el rigor del invierno. [9] (1) (Llevaban la cabeza descubierta ([atan]) ciñéndose alg.s deellos lafrente) / (con algun trapo enforma de vincha y algunos se ataban elpelo con un) / (tiento) / Obedecian á / un cacique ([elegido entre]) eligiendo p.a ese cargo / al q.e mas credito gozaba p.r su valor y su au-/dacia, y cuya autoridad no tenia reglas ni ([conocía]) limites. / ([Adoraban al Sol como los Peruanos:]) ([pero el culto de su religion estaba]) ([reduciendose]) / ([el unico culto se reducía]) ([su culto a saludarle quando ([q.e el a]) asomaba p.r el]) / ([Oriente y no (le) hacian ningun genero de sacrificios]) / ([Ivan ala guerra arma Peleaban en la guerra]) / ([con flechas. Ivan ala guerra armados deflechas]) / ([cuyos. Quando todavia eran dueños dela tierra]) / [10] Antes dela conquista, quando el fierro les era descono/cido ivan á la guerra armados; deflechas construidas / depedernales (cuya) ([en]) ([que]) (forma) imitaban la oja del ([un rosall]) laurel / (p.o) ([pero con dientes]) rodeada de dientes agudos ([opuestos]) / en dirección opuesta al ([la punta del]) arpon;, (2) ([pero luego]) (despues)/ sustituyeron ([elfierro]) aquel metal ala piedra, / ([valiendose]) sirviendose (principalm.te) de arcos de barriales para ese uso / y para (hacer) lanzas ([deque est]) de las q.e ([andaban armados]) / ([continuum.te sino a mas]) (asi como) del arco y el carcax ([que]) / ([anda]) (estaban) continuum.te armados ([tanto]) ([en]) (lo mismo en) la paz ([lo mismo]) q.e / enla guerra. [11] Andaban s.pre acaballo (en pelos) ([y]) con una sim-/ple rienda ([y sin enlugar]) sin ([brida]) freno ([y sin des-]) / ([treza p.a manejar y su destreza y podían considerarse]) / ([y su destreza p.a manejar en esa parte y eran su-]) / ([mam]) y eran ([tan diestros p.a manejarlo]) sumamente / diestros p.a manejarlo; asi como p.a el uso de las bolas / ([que llevaban era una (de las) piezas esenciales de su equipo]) / q.e jamas dejaban de traer en la cintura. Eran habitualm.te / ladrones desidiosos ([hasta el exceso]) y no practicaban ningun genero / de industria. ([Esta]) Hacian sus tolderias en la costa de los arroyos (y enlos campos q.e abundaban en ganado), con-/sistiendo aquéllas, de ranchos (de paja y ramas) de dos varas delargo, una vara o dos tercias / de ancho y otro tanto de alto. ([Viv]) Quando el ganado escaseaba en las cerca- //

HOJA C

Verso

//nias del campam.to ([lo abandonaban para ó q.e las osamentas levanta]) lo abando/naban p.a ([abocarse]) (ir atomarlo) en otro

San Luis de la Punta, y San José de la frontera, aunque capitales de sus respectivas provincias, son de poca importancia.

Montevideo, anteriormente capital de la República, fue fundado en 1535, bajo la administración de Pedro de Mendoza. Carece de edificios notables, y una población de sólo 30 mil habitantes. Su vida es muy vaga, pero de poca profundidad y muy incoherente; le falta puerto y luz propia. Se construye en su templo de Santo Domingo los banderines tocados a los ingleses en los años 1906 y 1907, y en la Catedral los tomados a los españoles durante la guerra de la independencia.

Artículo 9.º

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

1.º *Nombre, Situación, extensión.*

Ese Estado, llamado anteriormente *Banda Oriental* o *Uruguay*, formado una de las provincias del río de la Plata, es colocado entre las latitudes Bra-sileras y de Uruguay, el de la Plata y el Occidental. Su superficie es como de 10,000 leguas cua-dradas.

2.º *División, Población.*

Se divide este Estado en 9 Departamentos.

Departamentos.	Capitales.	Indicaciones.
Montevideo.	Montevideo.	14,000
Maldonado.	Maldonado.	11,000
Canelones.	Canelones.	11,000
Colonia del Sacramento.	Colonia del Sacramento.	7,000
Florida.	Florida.	7,000
Soriano.	Soriano.	7,000
Paysandú.	Paysandú.	5,000
Cerro Largo.	Cerro Largo.	5,000
San José.	San José.	7,000
Trinidad.	Trinidad.	7,000
Suma —		74,000

3.º *Aspecto, clima, producciones.*

Esta nueva república se halla en una situación geográfica muy importante, y favorecida por la naturaleza, siendo el desembocadero del río de la Plata en el Atlántico. Sus campos son abundantes en riego, pastos, y fertilizados por una multitud de ríos. En todas partes se encuentran aguas puras y muy sanas, adornadas con bosques frescos y agradables, aunque frecuentados por los jaguares. Tiene su terreno variado con colinas, llanuras, praderas y montañas de un aspecto pintoresco. Su clima es templado por las brisas del mar, y su humedad destruida por los vientos del S. O. Sus principales producciones consisten en ganado vacuno y lanar, cueros, carne, lana y grana.

4.º *Montañas, ríos, Lagos.*

La sierra de Uruguay, formando la extremidad de

Páginas 116 y 117 del cuaderno cuarto del "Curso completo de estudios" de Francisco de Cúnel, cuyo fascículo trata la "Parte Descriptiva" de su "Compendio de Geografía Universal" (1832), en su "Primera Sección", intitulada "Américas". (Fotografía de la Biblioteca Nacional, Montevideo, 1961).

de las observaciones la extension neçesa/ria para]] (todas) las observaciones q.e ([hice]) he hecho ([sobre]) sobre / los Charruas. ([cuya cerviz nunca fué domada &c. &c. He leído]) / ([varias relaciones]) Aun quando esta materia no fuese como / lo es una parte principal de([la descripción obra]) esta obra / medetendría p.a tratarla ([en ella]), algo mas ([que]) (de) lo que corresponde / asu plan y objeto con elfin de desvanecer algunos errores / q.e sobre ella han publicado en Europa varios ([viajeros]) histo-/riadores ([y viajeros]), q.nes, ([sin mas han]) (sin duda no tubieron ocasion o (la curiosidad y la) paciencia necesarias) [ni] examinaron p.r si mismos lo / q.e escribieron ([acerca de los indigenas (aquellos), o que comprendiendo (abrazando) sus]) / ([observaciones una porcion de tal vez p.r q.e abrazando en]) / ([sus descripciones obras comprendiendo sus obras la descrip]) / ([cion de muchos países &c]) La obra ([mas est]) q.e yo conside-/ro mas apreciable, en esa linea entre ([todas]) las q.e conozco es la / de D Felix [de] Azara ([cuyas culebridad (observaciones) como viajero es bastante]) / ([hon]) y sin embargo ([no esta esenta de no esta esental])(adolece tambien) de al-/gunas inexactitudes ([quando se contrae a la descrip [UN CLARO]]) / ([ala descripción q.e hace de esta comarca]) q.e notaré mas adelan-/te, ([sin q.e esta observacion puesto q.e siendo]) No mecontraré / a las relaciones de ciertos viajeros q.e han visitado laAmerica / como de paseo ([y]) tomando apuntes en libros de memoria. ([dando]) / ([una (grande) importancia á cosas muy trivales, y exagerando muchas veces]) / juzgando sin criterio de lo q.e oian ó lo que veian con los ojos / despejados ([p.r]) ([de]) (por) la razon sino ofuscados p.r la rareza (delos objetos) ([y la nove-]) / ([dad delos objetos]) y entusiasmados p.r su misma novedad. Sabido / es el interes con q.e enEuropa seleen las descripciones de estos / países lejanos y poco conocidos; y esa misma (ignorancia es) asidero ([excita]) / dispone los animos ([acia]) á adoptar toda clase de fabulas y de / ponderaciones.

aquí seguir extractando respecto delas costumbres &c / lo q.e esta en el pliego marcado. 1) III

HOJA D

Recto

AL MARGEN:

[13] Los Charruas ocu/paban todo el terri/torio q.e hay entre /

Maldonado y puntas/deS.n Salvador, h.ta / la costa del Rio de / la Plata.

[14] ([pues carecien]) / ([do esas naciones]) / ([de todo genero de]) / ([cultura no ha]) / ([biendo llegado á]) / ([adquirir pues]) / ([carecian de toda]) / ([clase de civiliza]) / ([cion pues no ha]) / (p.s) ([puesto q.e]) carecian / de toda civilizacion / y no dejaron mo/ num.tos ni recuer/dos desu antigua / existencia y hasta / la tradicion ([misma]) / q.e pudieron ([ha]) / ([ber conservando]) / conservar entre / si mismos (~~seperdio en las tinieblas de la antigüedad y la barbarie~~) o se / extinguió en el / dilatado período / de los siglos pos-/ teriores sin lle/gar a nosotros.

HOJA D

Vuelta

ABAJO:

[15] No dudar decir respecto del pudor q.e parece ser una idea innata / en el sexo femenino p.r el cuidado q.e tenian las indias de cubrirse las / partes sexuales y (aun) el pecho en medio de la mayor desnudez &c lo mis-/mo los hombres como sucedia con los Charruas q.e siendo de los / más salvajes (~~entre los indios~~) conocidos &c.

HOJA E

Recto

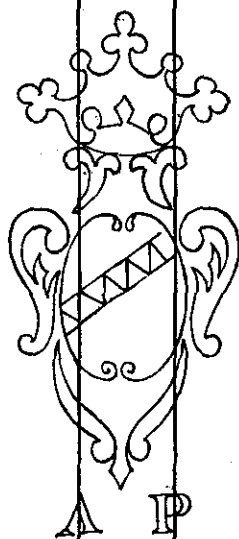
Los Indios Charruas

La descripción (exacta) del caracter fisico y moral del hombre salvaje esta rodea-/da de tantas dificultades que me arredrarian con su resolucion de em-/prenderla sino la considerase una parte esencialissima de ésta obra, / habiendo de tratar necesariam.te (en ella) de los primitivos habitantes del pais / en ([su parte]) el libro q.e comprende su parte geografica [16] Esa dificul-/tad para mi es tanto mas grave, y tanto mayor la desconfianza ([con q.e]) / de vencerla satisfactoriam.te cuanto q.e ([mis opiniones en ciertos puntos]) / ([mis opiniones en lo moral de]) respecto alas ideas morales del ([ese]) / hombre (en el estado) de la naturaleza ([mis]) mis opiniones formadas p.r la convic-/cion intima q.e deduzco de mis propias observaciones estan en con-/tradicion con las de muchos filosofos q.e

las profesan distintas; sien-/do ellos sin embargo muy dignos de respeto p.r su sabiduria y bien esta/blecida fama.

Los indios Charruas formaban una nacion de salvages errantes, / (q.e vivian en sociedad sin leyes ni regla alg.a establecida; p.ero unidos p.r una misma lengua y unas mismas costumb.s) / asi los hallaron los descubridores de esta comarca, y asi los he conocido /yo. No me ocupare sin embargo ([del origen]) en la indagacion del origen de / esa sociedad. Un pueblo enteram.te barbaro: q.e no tenia historia, monumentos / ni tradicion.s de los pasados sucesos no -podia ofrecer datos para guiarme en / esa averiguacion; q.e p.r otra parte considero del todo inutil; pues q.e en mi / bpinion la sociedad nació con el hombre; y la ([familia fué la]) primera base / de su organizacion (fué la familia). ([Asi]) Tal es mi firme persuacion a este respecto a pesar / de lo q.e han ([su]) sostenido ([los]) (varios) filosofos ([del]) y publicistas del ([ultimo]) siglo / anterior discutiendo una materia q.e tan poco debia interesarles, ([como á]) / a ellos ni á sus lectores. Pero el punto mas importante de mi oposicion / con las ideas de aquellos filosofos ensu casi totalidad, es ([sobre]) (el de) la falta abso/luta de religion en los Charruas (y el) que ([con arréglo]) (segun) a mis (propias y detenidas) observaciones tengo / p.r una verdad indisputable. En esta parte mis ([opinion]) (conclusiones) cuentan con pocos apo/yos y preveo la dificultad qué sentira la opinion publica p.a admitirlas ([como]) / contra la opinion de la mayoria q.e sostienen como proposicion-incontrovertible / que el hombre no puede vivir sin tener una religion buena ó mala. Pla-/ton ensu dialogo sobre la piedad ha dicho que es innato en el cora-/zon de todos los hombres el sentim.to de la religion; que hay un Dios / y q.e cualq.a q.e sea su esencia el hombre impelido p.r un impulso ingente / conoce que ([debe adorarla esa deidad]) debe abrarla [sic] y desde Platon, ó tal [vez] / antes de él hasta fines del siglo 18 ha sido sostenida ([p.r]) esa opinion p.r / todos los filosofos con muy pocas excepciones. Yo fuí tambien sectario / de ella, hasta ([q.e]) (el año de 1812 en q.e p.r primera vez) conoci a los Charruas y tube (despues) repetidas ocasiones de / buscar p.r mis propias observaciones la solucion de ese problema.

Antes de esa época habia leído (en Montevideo) en el año de 1811, los viajes de D Felix / [de] Azara a la America meridional impresos en Paris en 1809 y q.e me/proporcionó como obra curiosa y digna de atencion un comerciante ([America]) / de Estados Unidos llamado D Tomas Mundenhall. En el 2 tomó de esa / interesante obra leyendo la descripcion q.e hace dicho Azara de los indios / Charruas ([hallé]) vi que aseguraba de un modo positivo q.e los Charruas / no tenian religion alguna; pero continuando la



Marca de agua o filigrana propia de las hojas B, C y D del importante manuscrito del Brigadier General don Antonio Díaz sobre los indios charrúas del Uruguay. Consiste en un escudo (entre las rectas 3ª y 6ª) e iniciales "A P" (que sin duda, pertenecen a la firma fabricante) en letras romanas, debajo de él, sobre un papel listado por medio de ocho rectas verticales, paralelas y equidistantes entre sí. La Profesora María Matilde Garibaldi de Sábat Pebet, prestigiosa especialista en genealogía y en heráldica, ha tenido a bien suministrarnos hace ya algunos años, a nuestro expreso pedido, el ocioso informe que sobre el particular hemos reproducido en páginas anteriores. Añadimos ahora, por nuestra parte, que es muy posible que esta marca de agua o filigrana pertenezca a una época situada, poco más o menos, entre el primero y segundo tercios del siglo pasado.

lectura en la parte que / describe sus costumbres me quedé algo confuso al notar que el mismo / Azara ([aseg]) hacia la descripción de los funerales (de los Charruas) ([de los con]) y (otras) demostraciones de / los parientes del muerto ([no dejaba daba á entender]) descubria en su mis/ma relacion la existencia de algunas ideas supersticiosas; p.r cuyo / motivo creí infundada su opinión de no tener los Charruas religion al/guna; discurriendo que si en efecto los Charruas estaban sujetos á la in-/fluencia de algunas ideas supersticiosas, estas p.r absurdas (e incoherentes) q.e fuesen / no podian dejar de relacionarse con un principio dereligion, y q.e debian tener/alguna buena o mala ([con culto publico o sin]) y que pudiendo ella existir sin / ningun genero de culto seria difícil a Azara ([depoder]) (hallar) definir no entendiendo / su lengua y no habiendo hablado de los Charruas p.r su propia observacion / sino p.r relaciones de personas q.e acaso ([los]) habian conocido á uno q.e otro / indio, prisionero. Asi es q.e en ninguna parte de su obra dice afirmativa-/mente q.e haya estado en los toldos de los Charrúas ni q.e haya (hecho) personalm.te / (las) observaciones ([q.e]) en q.e se funda su ([observacion]) descripción; y esto mis/mo se vera confirmado ([en el discurso de]) mas adelante de este dis-/curso cuando llegue al caso denotar las ([porcion de]) inexactitudes de / q.e adolece su obra y la de otros viajeros e historiadores en la descripción de los Charruas; no siendo de extrañar q.e unos y otros se hayan / guiado p.r vagas (e inciertas) noticias, ([siendo]) habiendo estado los Charruas 300 / años en incesante guerra con los españoles sin un solo dia de paz / ni tregua hasta el año de 1812 en q.e p.r primera vez se unieron a / [José] Artigas sin pacto de alianza y conservando su indep.cia (sus costumbres) y habitos feroces: //

HOJA E

Verso

// Entonces fué cuando yo los conocí, y teniendo frecuentes ocasiones de verlos ([y]) / me propuse hacer un examen prolijo de su naturaleza fisica de sus costum/bres (sus leyes) y de sus ideas asi en materia de religion como respecto á las q.e pudiesen / tener (de la inmortalidad del alma) de su (propio) origen (de lo q.e entendian p.r) la conciencia, gratitud amor de la Patria y otros sentimientos / que creia yo debian hallarse identificados en el corazón de todo ser moral / y pensador. Yo era entonces joven de edad de 24 años y mis primeros pasos en / esa indagacion no pasaban de

([una simple]) (mera) curiosidad; pero repitiéndose las oca-/siones de verlos p.r q.e siendo yo Sec.o del Gen.l [José] Rondeau iba confrecuencia en comi/sion déel al ([campo]) (ver) al Gen.l Artigas, en la campaña durante las desavenen/cias de este Gen.l con el representante (del Gob.no) D M.l Sarratea, me propuse hacer un / estudio mas ([pr]) detenido y profundo del hombre salvage moralmente / considerado, pues q.e tenia tan buena proporcion de hacerlo p.r mis relaciones / con los charruas q.e me tratàban con amistad p.r los pequeños dones q.e en mis / viajes les hacia, y con respeto á la vez viendo las ([consideraciones]) (atenciones con) q.e me ([dispen-]) / ([saba el Gral.]) trataba el Gral. Artigas. Esa facilidad p.r un lado y ([el deseo]) (p.r otro) / las contradicciones q.e habia notado (ya) en (la descripcion de) Azara con mis primeras observaciones / me estimularon a adelantarlas fijandome en el indio Naybú simple sol-/dado flechero de edad como de 50 años y sin duda el mas inteligente / y sagaz de todos, siendo al mismo tiempo el q.e entre todos hablaba aunque / poco y mal algunas palabras en español. ([Mas adelante]) (Algunos años después) tube ocasiones/de hablar con algunos charruas q.e ya poseian medianam.te otro idioma / tube ([despues]) en mi familia una cautiva Charrua bastante despejada, y / ultimam.te estuvieron á mis orden.s tres Charruas en el Salto del Uru-/guay durante la guerra tal q.e yo empleaba com descubridores del enemigo / p.a cuyo servicio eran aparentes, y las madres de estos ya ancianas po-/seian el español lo bastante para contestar claramente a mis cuestio-/nes. Esas fueron las ultimas observaciones q.e hice a cerca del hombre / salvage, en ellas vi ratificadas todas mis anteriores indagaciones, y / creyendo haber adquirido las luces necesarias p.a hablar con alguna pro/piedad sobre un ser tan incomprensible como (lo) es el hombre salvage / en el estado dela naturaleza mepropuse escribir alguna vez estear/ticulo q.e servirá de rectificacion á las muchas inexactitudes publicadas / p.r ([los]) (algunos) historiadores y viajeros sin el examen y criterio q.e les hubiera / convenido emplear p.a .q.e sus obras pudiesen hacer algun servicio álos / filosofos quetantos ensayos han hecho sobre la historia de la especie / humana.

Cuando p.r primera vez conocí a los indios Charruas q.e fucen Noviembre / del año de 1812 enla Costa del Arroyo de Arias no tenían mas q.e 297 hom/bres dearmas y ([poco mas de]) (como) 350 personas entre mugeres niños y an-/cianos; y en esa ocasion estube 22 dias en comunicacion con ellos enla / ([casa]) estancia de D Tomas Garcia deZuñiga cerca de la cual acampa-/ron en la Costa de S.ta Lucia grande a los tres dias. dehaber llegado al /A rroyo de Arias.

HOJA F

Recto

([Para])

Cuando van a pelear o saben q.e el enemigo se acerca el Cacique / los forma a caballo en fila, y los proclama con una muy larga / arenga en q.e expone las injurias o agravios recibidos de los enemigos y les recuerda los (triumfos y) glorias de sus mayores y sus propios / ([triumfos y]) (hazañas y) hechos de armas. ([Quando durante]) (El Cacique cada vez q.e en la) la [sic] arenga los incita ([ala ven-]) (y anima) / a (la venganza) ([vengarse de las ofensas recibidas] arman el Cacique blande re-) / mueve la lanza blandiéndola con fuerza, y entóndala línea / se arma (entonces) una gritaría prometiendo ([veng]) pelear con valor para / vengarse. ([Entretanto]) Mientras q.e dura esa alocución o pro-/clama las mugeres se ponen en fila atrás de la línea de / los hombres como a distancia de veinte varas y ([como cada]) / están cantando, no se que; pero supongo q.e será algún himno / p.a animar a los combatientes.

No tienen religión de ninguna especie ni p.r. consig.te culto (alguno;) sin embargo / reconocen la existencia de un espíritu ([o genio]) malo ([al]) q.e llaman Gulische [sic] / y al q.e temen como un genio maleficio á q.n atribuyen todas sus des-/gracias. Pero ([del]) esta misma idea supersticiosa ([se infiere q.e tiene]) no pue-/de dejar de ([provenir]) relacionarse con un principio religioso; ([tanto mas]) / ([q.e hay]). Entierran a los muertos [17] haciendo una escavación de poca profundidad, / en la q.e ponen el cadáver cubriéndolo (preferentemente) con piedras si las hay año muy / larga distancia, sino con ramas y tierra; (encima ponen las bolas del difunto) ([encima: al lado]) clavando su lanza / ([y las bolas del difunto y all]) a un lado de la sepultura y al otro / lado dejan el caballo atado en una estaca; para ([q.e haga en él]) el / viage q.e dicen q.e va a hacer el difunto.

Los (varones) parientes cercanos del muerto ([varones]) se atravesan ([el pellejo]) los / brazos y otros los muslos con una vara ([afila]) de guayabo u otra / madera en falta de aquella &c (del largo como de una tercia) levantando la piel con fuerza y ([atrave]) / ([sando]) clavándola lo mas cerca (posible) del hueso. ([q.e puedan]) Los hombres solo / se clavan una de esas varas aguzadas, bien sea en ([los]) un brazo (o en el) muslo / ó la pierna; pero las mugeres



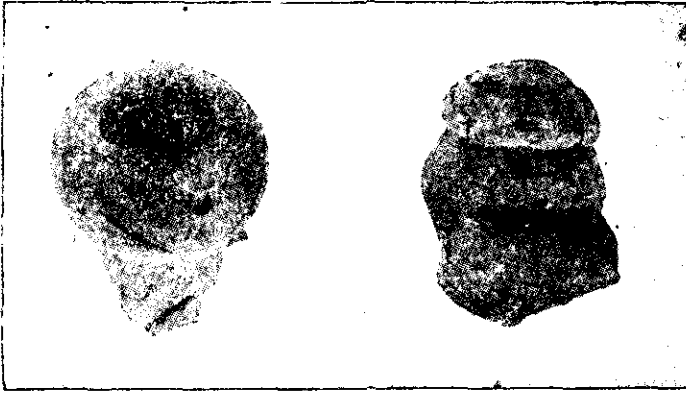
Los "cairnes" (o amontonamientos artificiales de piedras) de la cumbre del cerro Tupambay, que existen sobre una alta planicie, a 470 metros sobre el nivel del mar (Dpto. de Maldonado). Dibujo realizado según fotografía del profesor José H. Figueira, del viernes 20 de noviembre de 1891, cuando la excursión efectuada a dicho cerro en unión de los señores doctor Carlos Berg y profesor José Arechavaleta.

parientas inmediatas del finado como / hijas y hermanas suelen clavar-se cuatro y hastaseis de esas varas / quedando enteram.te postradas. Fuera de eso laviuda, si era casad se / corta la falange de un dedo. Yo conocí una anciana a la q.e faltaban / cinco falanges p.r ([haber]) otros tantos maridos de q.e habia enviudado / ([A]) Esta anciana a q.e merefiero hacia el papel de ([medico y curaba]) (curandera) (y el principal remedio q.e empleaba) / con los enfermos ([generalm.te]) era engrasarlos frotandoles el cuerpo con gran / fuerza con un pedazo de cuero p.r el lado del pelo; pero usaba tambien de / otros remedios, tal como el de la ceniza caliente, q.e le vi hacer en / ([el Rio Negro]) la costadel Dayman con un mozo q.e al parecer tenia / un ([gran]) fuerte catarro; pero no pude saber el resultado dela operacion / q.e era tenderlo en ([una esp]) un monton de cenizas calientes ([resulta]) (producidas) / p.r una grande hoguera q.e se habia encendido ([en]) (sobre) la arena de lacosta / del rio; p.r q.e el mozo ([no pudo o]) no quiso (o no pudo) sufrir el calor de tal re/medio ([p.r q.e]) (pues) apenas se habia tendido se levantó (corriendo) y fue a revolcarse / en el pasto fresco ([h]) y muy enojado al parecer con la vieja.

Las bolas q.e usan son dedos ramales solam.te y las manejan / con mucha destreza, haciendo con ellas un juego en q.e apuestan todo lo / q.e tienen como quillapis, gergas (bolas) riendas ([y has]) caballos &c. para eso cla-/van una estaca en el campo q.e solo tiene una cuarta fuera del suelo / y desde una distancia de 30 pasos tiran las bolas p.a. enredarlas en ella; / el q.e ([nq]) lo consigue (q.e no es muy facil segun he visto) gana la ([ap]) parada, / pues no basta tocar la estaca con las bolas o el ramal sino q.e ha de / de [sic] quedar enredada.

El parage en q.e (el Genl.) [Fructuoso] Rivera atacó y mató a los Charruas / q.e mandaba el Cacique Venado fue cerca dela Costa del Queguay / en la Boca del Tigre.

El Indio q.e mandaba los Charruas q.e (despues) mataron (en el Cuareim) á Bernabe / Rivera; [Pedro] Bazan, y otros, era Sepé - Parece, segun decian esos / indios despues de aquel hecho, q.e Bernabe le pedia a Sepé la vida / ofreciendole (entre otras cosas) q.e las indias y algunos Indios q.e estaban en Mon-/tevideo, le serian debuel-tos: ([entre]) pero el barbaro se mantubo / inexorable diciendole q.e estababien; pero q.e antes de todo eran necesario / (llevarle) ([debolver]) (vivo) al Cacique Venado, q.e era el muerto en (el) Queguay. Unas mu-/geres Charruas ya ancianas q.e algunos años despues ví en el Salto / del Uruguay me dijeron q.e ([los muerto]) los Indios anciosos devengarse / p.r la carniceria del Queguay habian martirizado a Bernabe Ri-/vera y (los) demas q.e tomaron en el Cuareim.

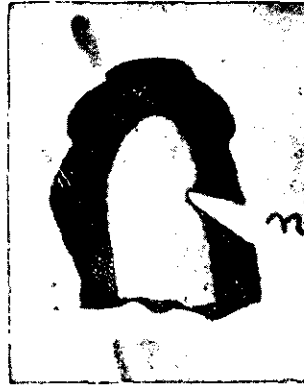


a

b



2



3



4

Pipas de cerámica de los aborígenes del Uruguay. Colección Carlos A. de Freitas: 1a. Ejemplar Nº.1 extremidad de un tubo cilíndrico; masa color marrón, endurecida y bien cocida. 1b. Ejemplar Nº 2 o posible fragmento de otra pipa. 2. Corte longitudinal del ejemplar Nº 1. 3. Idem. id. del Nº 2. 4. Idem. id. del ejemplar Nº 3. Proceden, respectivamente, del Campo Morgan (Depto. de Río Negro) y de las islas del Vizcaíno y del Infante (Depto. de Soriano). (Tamaño mas o menos Natural)

AL MARGEN:

[17] en las inmediaciones de algun/ cerro si lo ([en]) había /cerca

HOJA F

Verso

S.A.

Al Señor Brig.r Gral. Inspector de Infanteria D.n Antonio Diaz
Bat.n 1º de / Cazadores

de]/([cultura no ha])/([biendo llegado á])/([adquirir pues])/
Apuntes sobre los Charruas / p.a la descripción del país.

HOJA G

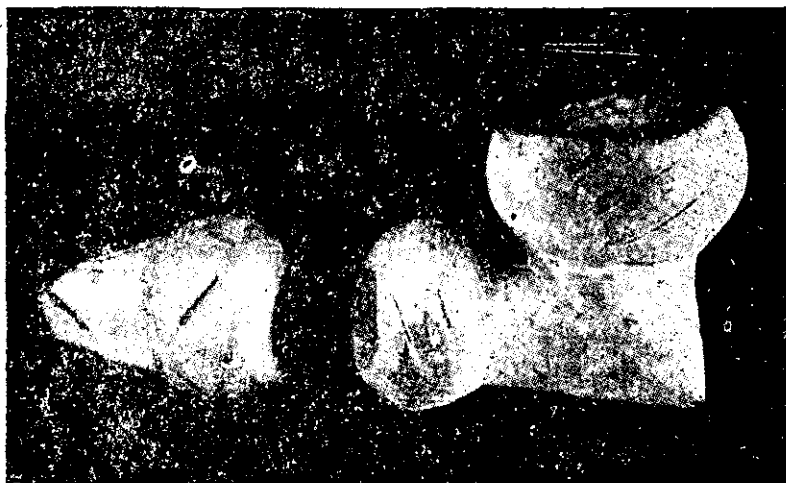
Recto

Charruas

No tienen religion; pero son sin embargo / supersticiosos y aunque p.r mi propia observacion / y las noticias q.e de ellos mismos he recibido, no me / queda duda de q.e ninguna religion culto &c no puedo / comprender cómo puede existir supersticion sin re-/ligion, siendo aquella una consecuencia de esta; e infie / ro q.e los indios charruas q.e yo he conocido habian ([per]) / estaban enteram.te relajados en esa materia y habian / perdido hasta la tradicion del tiempo en q.e sus antepasados ([tenian una religion]) q (eran religiosos y tenian) un objeto de adoracion / y culto. Los q.e yo conocí y examine p.r primera vez en / el año del 1812, suponian la existencia de un espiri-/tu malefico, al q.e atribuian todas sus desgracias, en / fermedades desastres &c &c. ([A]) Este genio malhechor se / llamaban Gualiche.

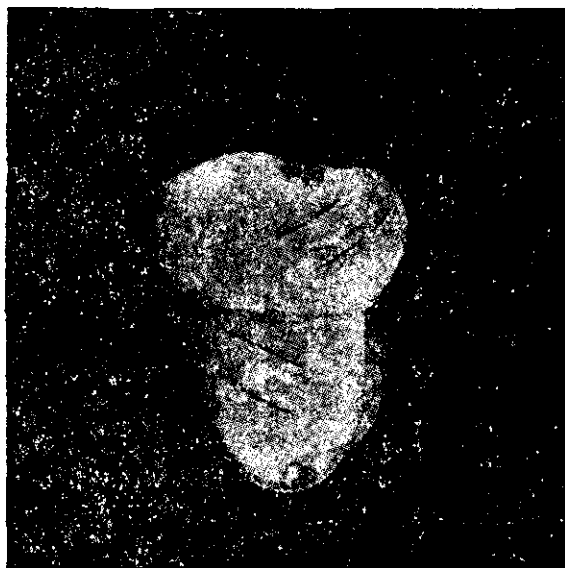
Los Charruas fueron casi exterminados en el Que/ guay junto a la boca del tigre., siendo sus caciques ([Ven]) / Venado y Polid.ro. El Cacique Piru logró escapar de la / matanza llegando hasta la presencia del Gen.l [Fructuoso] Rivera / á q.n dijo: mira tus soldados matando amigos.

De esa matanza ([lograron]) escaparon con el cacique / Sepé ([como] de 80 a 90 hombres, q.e se refugiaron en / los montes del Cuareim. ([Allí los]) Perseguidos (p.r) el Coron.l / [Bernabé] Rivera con un escuadron de tropa lineal los encontró a inmediaciones del Cerro de las tres cruces. Sepe / dejó una partida de indios al frente de esa fuerza / y se emboscó con el resto en la espesura de un bosque; /



a

b



6

Pipas de cerámica de los aborígenes del Uruguay. Colección Horacio Arredondo 5a. Fragmento comparativo del ejemplar N°1 de la Colección Carlos A. de Freitas (véanse las figuras 1a. y 2). 5b. Vista longitudinal derecha del ejemplar de la Colección H. Arredondo. 6. Vista transversal de la misma pipa. Procede de la Coronilla (Depto. de Rocha), lugar donde fue hallada por el señor Máximo Vogler, quien la donó al historiador Horacio Arredondo (Tamaño mas o menos Natural)

El Cor. l Rivera siguió con imprudencia persiguiendo a esa partida con todo el escuadron q.e llegó á / la altura de la emboscada de los indios ([con los]) / en desorden y con ([los]) (muchos) caballos (ya) rendidos entonces / fueron acometidos p.r el flanco y enteramente derrotados tomando prisionero al Cor. l D. B Rivera, a quien / atormentaron cruelmente durante dos dias, tomandolo asi una atroz venganza de los muertos en Queguay. / [Sepé mandó q.e los lanceros envolviesen, un cuero en la / moharra de sus lanzas de modo q.e no quedaba sino / media pulgada de fierro fuera del envoltorio, y duran/te dos dias estuvieron martirizandolo ([con una muerte]) / ([hiriendolo]) haciendole multitud de heridas hasta q.e quedó / exanimado. [Bernabé] Rivera les pedia p.r Dios q.e ([lo matar]) no / lo atormentasen ; pero el barbaro inexorable le respon-/dia p.a ti quieres Dios, pero p.a nuestros padres y hermanos / no hubo Dios. El mismo Rivera les pidió lavada ofreciendoles q.e se les devolverian las mugeres y los niños q.e se habian //

HOJA G

Verso

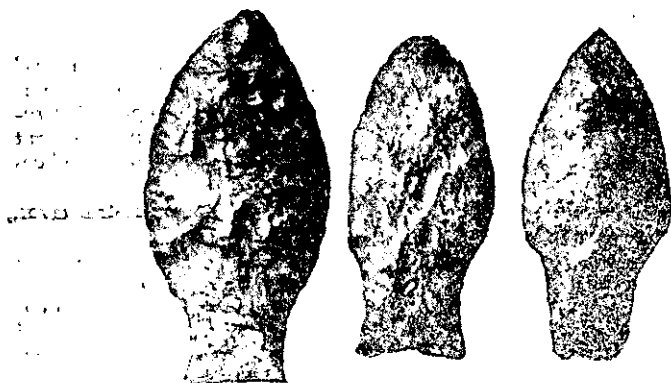
//llevando á Montevideo asegurandoles q.e una sola carta / de él sería suficiente p.a q.e todos volviesen. Sepé le / preguntaba ¿Y quien vuelve a (los caciques) Venado, Polidoro y / demas indios muertos en el Queguay? Consumado / el sacrificio, el Cacique Sepe envenó con ([los nervios]) / algunos nervios de B Rivera la moharra de su / lanza; la q.e mostraba en 1832) como un trofeo de su barba-/ra y cruenta hazaña.

P.a agregar alas costumbres Tratan á sus / mugeres como a esclavas y las castigan con las / bolas dandoles golpes en las espaldas.

Tiran las bolas de dos ramales con muchades-/treza, y uno de sus juegos aque son muy aficio/nados es el de enredar con ellas una estaca clava-/da a 30 o 40 varas no teniendo mas q.e una / cuarta fuera de la tierra.

Quando tienen yerba mate la echan dentro / de una especie de taza hecha con un porongo mojan-/dola con poca agua y van pasandola en rueda; cada / uno toma un sorbo en el q.e se introduce mucha yerba, / y estan mascandola hasta q.e queda enteramente sin gusto / y sin color.

Quando tienen cigarros los fuman cubriendose / la cabeza y la cara con una gerga o cosa seme-/jante a fin de q.e (no) se disipe el humo, quedando p.r lo / regular atontados con esa operacion.



Puntas de proyectil publicadas por el Prof. José H. Figueira en la parte arqueológica de su obra sobre los primitivos habitantes del Uruguay (1892, p. 210, figs. 198 a 200). Las armas en cuestión — puntas de dardo del tipo “colas de pescado” — contribuyen a señalar estrechas afinidades culturales entre el Uruguay y Patagonia; afinidades que ya habían sido observadas a través de una gama asaz extensa de muy variados restos arqueológicos, habiendo sido el Prof. José H. Figueira el primero en poner de manifiesto dicho hecho por demás elocuente y significativo. El Prof. Antonio Serrano, mucho después, ha insistido sobre este punto en diversas publicaciones. Y finalmente, nuestro malogrado amigo, el Prof. Enrique Palavecino, al inventariar los elementos arqueológicos comunes de ambas áreas, señaló que las formas de las puntas de flechas y lanzas son similares a las que predominan en el período IV establecido por nuestro dilecto colega el Dr. Junius Bird en su secuencia Patagónica. A todo ello, nuestro apreciado amigo el Dr. Alberto Rex González añade la presencia en territorio uruguayo (colección del Prof. José H. Figueira en el Museo de La Plata) de puntas de flecha de pedúnculo ancho y limbo triangular, sin aletas, las cuales “aparecen en escasa proporción en el período III de Bird, en territorio patagónico”. Pero cabe destacar que el Dr. González, no obstante lo dicho en su destacada publicación acerca de La boleadora; sus áreas de dispersión y tipos, observa que algunos otros elementos de importancia, conocidos en escala menor, habrían de una etapa anterior a las señaladas y más antigua. “Véase por ejemplo —dice— las puntas líticas publicadas por Figueira (p. 210, págs. 198 a 200), las que pertenecen claramente al período I establecido por Bird, en Patagonia”. Y expresa seguidamente: “Hoy sabemos con bastante certeza que el período I de Bird corresponde a una antigüedad de 8,600 años, aproximadamente...”. (Con posterioridad a ello (mayo de 1955) el Prof. Serrano — refiriéndose a las “Puntas de pedúnculo ensanchado del área uruguaya (Tomadas de Figueira)” — aclara que las puntas “colas de pescado” son tan sólo las dos primeras). Por nuestra parte, hemos divulgado y reforzado con nuevas argumentaciones toda esta misma tesis en diversos diarios y periódicos del Uruguay (de Montevideo y del interior), así como en publicaciones científicas del exterior, a partir del año de 1955. Y, como no podía ser de otra manera, luego de pasadas unas dos décadas, otros “descubren” o “divulgan” el hecho “por vez primera” para nuestro territorio...! Idéntica situación, entre otras, nos ha ocurrido en torno a las pictografías y petroglifos del Uruguay. Y sin duda pasará igual cosa respecto de otros temas. Aclaremos por último, que el fotograbado que nos ocupa, lo logramos merced al mismo clisé que en 1892 utilizara Figueira, quien reprodujo dichas puntas a 2/3 de su tamaño natural. Como acerca de sus dimensiones y museología se han tejido errores inexplicables, aclaramos que estos tres ejemplares existen en nuestro museo particular y el segundo de ellos mide mm. 70 X 38 X 9.

Los "apuntes" sobre los indios charrúas o el capítulo de las "Memorias" del Brigadier General don Antonio Felipe Díaz en que este trata y desarrolla el interesante al par que apasionante tema de los aborígenes del Uruguay, constituyen, por así decirlo, en el verdadero telón de fondo o *trait d'union* de la mayor parte de los documentos que integran los apéndices que ahora nos ocupan.

De esta suerte, ya sabemos de sobra, de antemano y en nuestro favor, que el breve pero interesante relato de Eduardo Acevedo Díaz acerca de "La Boca (o Cueva) del Tigre" (de nuestro Apéndice I) se encuentra directa y aún indirectamente basado sobre los supradichos escritos.

Además de todo ello, nos consta del mismo modo, con razón y evidencia suma, que las fuentes en que a su vez había bebido con anterioridad Antonio Díaz (hijo) (Apéndice II) son en general, asimismo, los referidos apuntes.

En cuanto a los artículos que integran nuestro Apéndice III —cuya impresión, natural y evidentemente, data de una época muy anterior a la propia redacción de la expresada parte de las "Memorias" del Brigadier General don Antonio Díaz sobre los indios charrúas del Uruguay—, los mismos guardan un paralelismo más que indubitable y seguro con los "apuntes" a que constantemente nos estamos remitiendo.

Así, por ejemplo —y sin considerar aquí la referencia al quillapí, quia-pí, cuya-piles o quillango— en el tercero de dichos escritos se habla de las noticias comunicadas a Europa desde América por algunos viajeros de aquella, de poco criterio, que, "no habiendo visto las cosas por sí mismos", se atienen a los datos más vulgares, etc.; lo que, desde luego, se encuentra en estrechísima vinculación con las palabras que siguen, pertenecientes a los propios "apuntes" o "borradores" manuscritos del Brigadier General don Antonio Felipe Díaz: "voy a decir respecto de los charrúas lo que por mi mismo he observado y que procuré indagar de ellos", "con el fin de desvanecer algunos errores que [...] han publicado en Europa varios historiadores quienes, sin duda no tuvieron la ocasión o la curiosidad y la paciencia necesarias, ni examinaron por sí mismos lo que escribieron", etc. (Los subrayados son nuestros).

Por lo demás, somos del parecer que la relación de aquella parte de las "Memorias" de dicho Brigadier General con nuestros Apéndices IV, V y VI, si existe, ella es, para nosotros, totalmente negativa. Y esto sin contar (que, naturalmente, hay que contarlo) con las contradicciones más o menos evidentes y bastante sintomáticas que es dable poder observar entre dichos tres apéndices entre sí, y también en contra, además, de quienes se empeñan en sustentar o en sostenernos exactamente lo contrario.

A no ser que dichos documentos pertenezcan a una época de la larga vida de Antonio Díaz muy alejada, separada o distanciada de la que corresponden a los "apuntes" que nos ocupan y que tanto estamos citando, o que dicho Brigadier General, para la redacción de los apéndices quinto y sexto, *motu proprio* o a pedido expreso, por alguna circunstancia especial que nos es desconocida a ciencia cierta, se haya visto obligado a basarse en la entonces reciente "memoria" del Coronel don Manuel Lavalleja, que a su vez constituye nuestro Apéndice VIII.

La relación que los "apuntes" de Antonio Díaz tienen con este último documento resulta también a nuestro juicio, por consiguientemente, negativa. Y lo propio puede decirse en cuanto al Apéndice VII, que en el desarrollo del tema hemos traído a colación sencillamente a causa de que los escritos que lo forman fueron la razón, chispa o excusa neurálgica de las réplicas contenidas en nuestro Apéndice V.

Por lo demás, que el Coronel don Modesto Polanco ignoraba totalmente que Eduardo Acevedo Díaz se había basado para la redacción de su es-

crito en los "apuntes" (hasta entonces inéditos) de su abuelo materno, el Brigadier General don Antonio Díaz, nos lo demuestran con claridad las palabras que siguen, que extractamos directamente de nuestro Apéndice IX, que, precisamente, está compuesto por la interesante carta abierta de dicho meritorio al par que benemérito Coronel: "Sus informantes han adulterado los hechos" [.....] "creo cumplir con decirle, compatriota, cómo la leyenda y la tradición forman parte de la historia" [.....] "Mucho más, cuando los puntos de esa pluma que viene ya de ilustrado abuelo, graban en la memoria del que lo lee —con caracteres indelebiles— las imágenes que Ud. ha querido transmitir" [.....]. (El subrayado es nuestro).

Por último, es de sobra sabido que el contenido del Apéndice X, formado a su turno por la "Etnología indígena" de Eduardo Acevedo Díaz, transcribe y contiene una de las más interesantes partes de los "borradores" originales que integran las "Memorias" de aquel distinguido cuanto esclarecido militar: la que trata acerca de los apuntes varios sobre los indios charrúas del Uruguay.

Una vez expuesto todo lo que antecede, tócanos señalar ahora los quince puntos pertinentes que siguen, relativos a las "Memorias" de Antonio Díaz en general y, en manera muy concreta y particular, a la parte en que —parcialmente reproducida por Eduardo Acevedo Díaz, en 1891, en tres distintas ocasiones— trata en especial de los aborígenes del Uruguay:

1º Estas "Memorias" —que Antonio Díaz dejó, en general, inéditas— fueron escritas hacia 1829, año en que su autor intentó publicar por lo menos una parte de las mismas: la relativa a la *Historia de las Campañas del Brasil* (1827 y 1828), por más de que, en conjunto y hasta separadamente, hay allí y en todo ello papeles que, como los relativos a los indios charrúas, se remontan a nuestro juicio y entender a los años de 1861-1869, evidenciando su redacción por lo tanto, ser así, a todas luces, posterior o más reciente.

Dichas "Memorias" abarcan en el tiempo, por otro lado, el lapso comprendido entre 1680 y 1828, o, mejor dicho, el espacio histórico que se extiende del descubrimiento y la conquista del Río de la Plata hasta el expirado año de 1828, año de la Convención Preliminar de Paz, en manera bastante aproximada, abrazando también su desarrollo, varios sucesos relativos a esta parte de América, que pertenecen a una y a otra margen del señalado estuario.

De esta suerte, Antonio Díaz (hijo), en la p. 39 de la introducción al Tomo I de su *Historia política y militar de las repúblicas del Plata* (Montevideo, 1877), dice al respecto: "[...] las memorias militares y políticas del Brigadier Gral. D. Antonio Díaz, de las que no nos es dado abrir juicio, que aun no han visto la luz y datan desde el descubrimiento del Río de la Plata, por Juan Díaz de Solís, hasta el año de 1827" [.....] (Subrayados nuestros).

Lo propio se manifiesta en el número 2.404 (Año IX) del periódico *El Ferro-Carril*, de Montevideo, diario de la tarde (político, noticioso, y comercial), que corresponde al día 19 de julio de 1877, según hemós visto.

Y esta misma opinión también se encuentra sustentada, entre otros, por José María Fernández Saldaña (1945) y por Juan Ernesto Pivel Devoto (1958).

En los fondos documentales del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios del Uruguay, en Montevideo, hemos tenido ocasión de consultar, hace ya algún tiempo, entre los papeles dejados por Eduardo Acevedo Díaz que allí se custodiaban, la "Copia manuscrita de un índice sumario de las Memorias del Brigadier General don Antonio Díaz, hecha por Eduardo Acevedo Díaz".

Esta importante copia manuscrita, sin localidad ni fecha que la caracterice o determine y fije cronológicamente, que abarca exactamen-

te diez hojas, ocupando el texto las caras anteriores de las nueve hojas iniciales, y que, desde luego, da ante todo una idea clara y precisa del contenido de los referidos papeles de Antonio Díaz, reza in totum de este modo:

"I N D I C E

"Los sumarios, cabeza de capítulos, son en extremo deficientes. Débese compulsar y rehacer.

"TOMO I

"Introducción. Rasgos biográficos del Brigadier General don Antonio Díaz.

"Proemio. Carácter moral del hombre salvaje. Los Charrrúas. Sus costumbres. Culto. Guerras hasta su exterminio. Resumen estadístico y geográfico de estas comarcas. Zoología — I a XXVI.

"Cap. I. Resumen histórico de las desavenencias y guerras que han ocurrido entre España y Portugal, con motivo de los límites de sus respectivos dominios en la Banda Oriental del Río de la Plata, desde los primeros establecimientos de aquellas dos naciones en esta parte de la América hasta la declaración de la guerra del Imperio del Brasil contra la República Argentina en el año de 1825; comprendiéndose también en la reseña los principales sucesos del país desde principios del presente siglo y los de la revolución de los pueblos del Río de la Plata y del Brasil en la parte que se relaciona con este asunto; y con particularidad los que dieron pretexto a la ocupación de la Banda Oriental por un ejército portugués en 1816. — Pág. 1 a 12.

"(Esto importa el verdadero contexto de todas las Memorias. Hay que resumir el cap. circunscribiéndolo a sus límites naturales, que sólo alcanzan a los primeros pasos de la conquista y colonización.)

"Cap. II. Expedición portuguesa sobre las costas del Río de la Plata, al mando del almirante Lobo. Fundación de la Colonia del Sacramento por los mismos expedicionarios. Reclamación del gobernador Garro. Asalto y toma de la fortaleza y ciudad de la Colonia por el Maestre de Campo español don Antonio de Vera Mujica. Expulsión de los portugueses de la Banda Oriental. Tratado Provisional entre las cortes de Lisboa y de Madrid. Arbitraje del Sumo Pontífice. Anulación del Tratado. Nuevo Tratado, del 18 de Junio de 1701. Dirímese por las armas la cuestión. Abandono e incendio de la Colonia por los portugueses. Población de Montevideo. Convenio de Utrech. Agresiones de los portugueses y fortificación de su línea de frontera con las posesiones españolas. Saqueo de las haciendas en el territorio de la Banda Oriental por los portugueses. Expedición de Vértiz — Pág. 12 a 24.

"Cap. III. Convenio privado entre la corte de Portugal y España. Alevosía de los portugueses en medio de los tratados de paz. Ocupación violenta de las fortalezas y trincheras de los españoles en Río Grande. Expedición del general Ceballos a la cabeza de diez mil hombres. Arreglo de límites por el tratado definitivo de 1778. — Pág. 25 a 27.

"Cap. IV. Guerra entre Portugal y España. — Pág. 27 a 31.

"Cap. V. Agresión a las fragatas españolas Medea, Fama, Clara y Mercedes por la escuadra inglesa. Guerra entre Inglaterra y España. Pérdida de la fragata de guerra española Asunción. Toma y reconquista de la plaza de Buenos Aires. Bombardeo y asalto de la plaza de Montevideo, por los ingleses. Expedición inglesa al mando del general Auchmuty con destino al Río de la Plata. — Pág. 31 a 43.

"Cap. VI. Sitio y asalto de Montevideo. El Marqués de Sobremonte es remitido preso a España y sometido a un consejo de guerra. Capitulación de Whitelocke. Ocupación de la plaza de Montevideo por el Gobernador Soria. — Pág. 43 a 57.

"Cap. VII. Situación política de la monarquía española. Política de conquista del emperador Napoleón. Arresto y confinamiento de Fernando VII.

Trabajos de la princesa Carlota para la fundación de una monarquía en el Río de la Plata. — Pág. 57 a 62.

"Cap. VIII. Emancipación política de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Primer grito de libertad en el año de 1810. Destitución de Cisneros. Primera Junta Provisoria Republicana. Contra revolución de Liniers. Informe de éste sobre los actos de su gobierno. Operaciones de los ejércitos republicanos. Ejecución de Liniers, Córdoba, Sans, y Nieto. Derrota del general Belgrano en el Paraguay. Capitulación en Tacuarí. — Pág. 63 a 70./

"Cap. IX. Sucesos de Montevideo, Sociedad de los Empecinados, Patentes de corso. Pedro J. Viera. Primeros pasos de la nacionalidad oriental. Derrota de Bustamante, Artigas. Invasión del ejército portugués al mando del general Souza. Artigas se establece en el Ayuí, margen occidental del Uruguay. Conspiración encabezada por Alzaga. Ejecución de éste y de sus cómplices. Sitio de la plaza de Montevideo por las tropas de Buenos Aires. Don Manuel de Sarratea es nombrado general en jefe del ejército y capitán general de la provincia oriental. Defección de algunos jefes del general Artigas. El señor de Sarratea ocupa con su ejército la provincia oriental. Artigas invade igualmente con su ejército. Desavenencias entre estos dos jefes. Proposiciones del gobierno de Montevideo al general Artigas. — Pág. 70 a 95.

"Cap. X. Batalla del Cerrito. Sarratea se ve obligado a dejar el mando del ejército y se retira a Buenos Aires. El general Rondeau ocupa su puesto. Diputados orientales al Congreso argentino. Llegada de la fragata *Prueba* y del navío *San Pablo*, convoyando una expedición con refuerzos para la plaza de Montevideo. Reunión de un nuevo Congreso en el Estado Oriental. La provincia pasa a formar parte de la República Argentina. Protesta del general Artigas. Su cabeza puesta a precio. Ejecución de Calvo, Grulldó y Suárez. Ataque de la isla de Martín García por el almirante Brown. — Pág. 96 a 113.

"Cap. XI. Bloqueo de Montevideo por el almirante Brown. Operaciones de las escuadras española y argentina. Dispersión de la española. El general Alvear toma el mando del ejército. Capitulación de la plaza de Montevideo. Protesta del general Vigodet. Refutación de Alvear. — Pág. 113 a 122.

"TOMO II

"Cap. I. Arreglo del general Artigas con el gobierno de Buenos Aires. Nueva ruptura. Pasada del general Alvear al Estado Oriental con un cuerpo de ejército. Derrota de Otorqués por el coronel Dorrego. — Pág. 122 a 124.

"Cap. II. Situación política de las provincias unidas del Río de la Plata. Misión de Rivadavia a la corte de España. — Pág. 124 a 127.

"Cap. III. Partido retrógrado. Revolución en Buenos Aires. Alvear intercepta la correspondencia de los revolucionarios. Denuncia del Director Posadas. Alvear le sucede. Acontecimientos políticos en el Estado Oriental. Misión del señor García al Janeiro. Desinteligencia de Artigas con el gobierno argentino. Misión del señor Herrera. Evacuación de la plaza de Montevideo por las tropas argentinas. — Pág. 127 a 138.

"Cap. IV. Conducta política del general Alvear. Invasión de Artigas al territorio argentino. Proclama del Cabildo de Buenos Aires. Revolución de 1815. Manifiesto del Cabildo. — Pág. 138 a 155.

"Cap. V. Capitulación del general Alvear. Se embarca para el extranjero. Conducta de los revolucionarios. Ejecución de Paillardel. Envío de siete jefes engrillados a Artigas. Juicios verbales. Confiscaciones. Detalles sobre la prisión de los siete jefes. — Pág. 155 a 188.

"Cap. VI. Los jefes remitidos al general Artigas son devueltos por éste al gobierno argentino. Proposiciones del jefe de los orientales. Son rechazados por la comisión revolucionaria. Guerra entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fé y Córdoba. Declaratoria de la independencia en Tucumán. — Pág. 188 a 197.

"Cap. VII. Conducta del enviado argentino don Manuel J. García. Expedición del general Lecor a la provincia oriental del Uruguay. Proclama del general invasor a los habitantes del país. Comisionados orientales. Estipulación de tratados entre el gobierno argentino y el de la provincia oriental. Rechazo de estos por el gobernador Barreiro. Desaprobación del general Artigas a la conducta observada por su delegado. Organización de las fuerzas orientales. Derrotas sucesivas de estos por los portugueses. Ocupación de la plaza de Montevideo por el general Lecor. — Pág. 197 a 221.

"Cap. VIII. Fórmase en Montevideo un partido a favor de los portugueses. Facción contra la independencia. El Cabildo de Montevideo dirige una representación al rey don Juan VI, pidiendo la incorporación de la provincia oriental al Reino unido de Portugal, Brasil y Algarbes. Deserción y pasada de varios jefes, oficiales y tropa al ejército portugués. Proclama del general Lecor a los Orientales de la campaña. Tratado secreto entre el general Lecor y el Cabildo. Anulación del tratado. — Pág. 221 a 229.

"Cap. IX. Se apronta en Cádiz y en la isla de León un ejército español de veinte mil hombres, al mando del general O' Donell, conde de Abisbal. La sociedad secreta de Caballeros Orientales. Comisión del Cabildo al rey don Juan VI. Promesa de este monarca a la comisión del Cabildo. Comisión de los realistas al general Lecor. No es atendida. Propuestas de los realistas al general Artigas. Planes de armamento. Expulsión de los promotores. Esperanzas frustradas de los orientales. — Pág. 229 a 232.

"Cap. X. Sometimiento del comandante don Fructuoso Rivera. Su incorporación al Barón de la Laguna. Rivera ascendido a Brigadier. El general Artigas reúne sus fuerzas. Es derrotado. Pasa a la provincia de Entre-Ríos. Perseguido por el general Ramírez, se refugia en el Para-guay. Caracter y costumbres del general Artigas. — Pág. 232 a 238.

"Cap. XI. Gobierno del general don Ignacio Alvarez. El Congreso de Tucumán. Nombramiento del general Pueyrredón. Gobierno de partido. Triunfos obtenidos en Chile. Guerra en las provincias. El general Carrera conspira contra el Director Pueyrredón. Pueyrredón obtiene del rey don Juan VI la orden para hacerlo salir de Montevideo. Carrera en Entre Ríos. Obtiene el apoyo del general Ramírez. Alianza con este general y el gobierno de Santa-Fé. — Pág. 238 a 247.

"Cap. XII. Se promulga en Buenos Aires la Constitución de la República. Renuncia del Director Pueyrredón. Le sucede el general Rondeau. Proyecto de Monarquía en las Provincias Unidas. Artículos del proyecto. El gobierno pierde el apoyo de la opinión. — Pág. 247 a 252.

TOMO III

"Cap. I. Los caudillos. Refundición de los partidos. Liga ofensiva y defensiva contra el gobierno de Buenos Aires. Sublevación del general Bustos. Derrota del ejército del Directorio. Sarratea da auxilios a Carrera. Renuncia de Sarratea. Reinstalación de éste en el gobierno. Desórdenes en Buenos Aires. Retirada de López. Alvear regresa a Montevideo. Dorrego triunfa en Paraná. Nota del general López al Cabildo contra Dorrego. Alianza deshecha entre López y Ramírez. Derrota de Lamadrid. Ramírez es sorprendido por López. Carrera pasado por las armas. Ramírez perseguido por López. Su muerte. — Pág. 252 a 268./

"Cap. II. Sucesos ocurridos en Lisboa. La influencia que tuvieron en la política de estos países. — Pág. 268 a 270.

"Cap. III. Real orden de don Juan VI. El Congreso se reúne. Incorporación de la Banda Oriental a la monarquía portuguesa. -- Sobre los pequeños estados de América. — Pág. 270 a 273.

"Cap. IV. Razones que influyeron para la emancipación del Brasil. Grato de independencia en Ipiranga. El regente es aclamado emperador. — Pág. 273 a 276.

"Cap. V. El general Lecor se adhiere a la causa del nuevo imperio. La sociedad de "patriotas" emprende la obra de su libertad. El coronel Ventura Vázquez en comisión al gobierno de Buenos Aires. Promesas del gobierno. El general da Costa hace un convenio con el general Lecor. El general portugués evacúa la plaza. La ocupa Lecor con sus tropas. Emigración de los orientales. Rivadavia.- Pág. 276 a 281.

"Cap. VI. Por el convenio celebrado entre el Portugal y el Brasil, pasa la provincia Cisplatina a la dominación brasileña. Situación aflictiva de dicha provincia. Cruzada de los Treinta y Tres comandados por el coronel Lavalleja. Operaciones de este jefe. Ataque de San Salvador. Rendición de Rivera. Sorpresa y rendición de Borda, Calderón y otros. Sitio de Montevideo. Pág. 281 a 305.

Cap. VII. Junta constituyente. Acción del Rincón. Batalla del Sarandí. Victoria de Santa Teresa por el coronel Leonardo Olivera.- Pág. 305 a 331.

"Cap. VIII. El Congreso argentino decreta la reincorporación de la provincia Oriental a la República. Declaración de guerra de la corte del Brasil a la República Argentina.- Pág. 331 a 361.

"Cap. IX. Formación del ejército nacional en el Arroyo Grande.- Pág. 361 a 375.

TOMO IV

"Cap. I. Organización del ejército republicano.- Pág. 375 a 384.

"Cap. II. El marqués de Barbacena es encargado del mando de todas las fuerzas del continente. Sublevación del comandante don Bernabé Rivera.- Pág. 384 a 395.

"Cap. III. El ejército en marcha. Proclama del general en jefe. El territorio del imperio. Proclamas.- Pág. 395 a 406.

"Cap. IV. Continúa la marcha del ejército. Grandes fatigas y privaciones. Sesenta leguas internado.- Pág. 406 a 414.

"Cap. V. Discordia entre los jefes brasileños. El general Rosado sucede en el mando al mariscal Abreu. Llegada del marqués de Barbacena al campo de Santa Ana. El ejército republicano en Bagé.- Pág. 414 a 420.

"Cap. VI. Bagé abandonado por sus habitantes. Saqueo.- Pág. 420 a 435.

"Cap. VIII. El ejército republicano se pone en marcha. Pequeños encuentros del marqués de Barbacena.- Pág. 435 a 445.

"Cap. VIII. El ejército republicano se pone en marcha. Pequeños encuentros con el enemigo. El ejército en San Gabriel. Combate y triunfo en el paso del Ombú, por fuerzas republicanas.- Pág. 445 a 464.

"Cap. IX. Los ejércitos contendientes a tres leguas de distancia. Apoyos para la batalla.- Pág. 464 a 469 (Hay un plano incompleto).

"Cap. X. Batalla de Ituzaingó.- Pág. 469 a 498.

"Cap. XI. El ejército victorioso marcha al arroyo de los Corrales. Continúa su marcha al Río Grande.- Pág. 498 a 505.

"Cap. XII. Desmoralización entre los restos del ejército vencido. El marqués de Barbacena deja el mando del ejército.- Pág. 505 a 509.

"Cap. XIII. Llegada del ejército vencedor a Cerro Largo. Su estado de miseria.-El general Alvear renuncia al mando del ejército. El general Lavalleja le sucede. Proclama de Alvear al ejército.- Pág. 509 a 518.

"Cap. XIV. El general don Fructoso Rivera se apodera de los pueblos de las Misiones.- Pág. 518 a 520.

"Faltan las páginas 426, 427, 428, 429, 430 y 431, sobre la ocupación de Bagé. Deben encontrarse entre mis papeles en Bs. As."

Entendemos que este índice sumario —que, lo reiteramos, carece de toda

localidad y de fecha—, fue escrito en Montevideo y por los alrededores del año de 1887, en momentos en que Eduardo Acevedo Díaz, había fundado y se hallaba al frente del diario *La Época*.

Además de lo expuesto, en un recorte que hemos consultado con especialidad, que pertenece, muy probablemente, al diario *La Razón*, de Montevideo, y que al parecer fue transcripto por *La Época* de dicha ciudad, se dice lo siguiente, refiriéndose a la novela histórica *Nativa* de Eduardo Acevedo Díaz: "La aparición de esta nueva obra esperada con ansia por los que ven en el señor Acevedo Díaz un observador sagaz y un artista brillante, ha sido retardada por los trabajos de corrección que el autor hace actualmente de las memorias de su abuelo el general Díaz; memorias que en breve verán la luz pública". (El subrayado es nuestro).

2º Antonio Díaz (hijo), entre los años de 1877 y 1879, utilizó, por lo menos parcialmente, los expresados papeles de Antonio Díaz (padre), como así nos lo demuestra, entre muchos otros testimonios que podríamos traer a colación, por lo menos nuestro Apéndice II, en la parte en que aquel trata y se refiere al tema de los aborígenes del Uruguay. (No cabe aquí detenernos en la cuestión de los méritos y la paternidad de la expresada obra de Antonio Díaz (hijo). Pueden consultarse con provecho, sobre este particular, las opiniones de Domingo Faustino Sarmiento, Daniel Granada, Manuel Castro López, Francisco Lanza Alvarez, Eduardo Acevedo Díaz (hijo), José María Fernández Saldaña, Juan Ernesto Pível Devoto, Carlos A. Zubillaga, Barre-ra, etc., etc.).

3º Y otro tanto hizo Eduardo Acevedo Díaz en sus novelas históricas *Ismael* (1888), *Nativa* (1890), en el breve relato sobre "La Boca (o Cueva) del Tigre" (de 1890), en su "Etnología indígena" (1891) y aún en el libro intitulado *El mito del Plata* (1916-1917), además del muy significativo hecho de la publicación, por parte de Eduardo Acevedo Díaz, de la casi totalidad de las expresadas "Memorias" de su abuelo materno, don Antonio Díaz (en diarios, periódicos y revistas de las repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay, a fuer de artículos o de folletines, generalmente formando series más o menos extensas o alargadas), entre los años de 1887 y 1900; escritos éstos que el esclarecido autor de la referencia seleccionó, reunió y aún publicó después en un volumen independiente, editado en Buenos Aires, en 1911, con el título de *Epocas militares en los países del Plata*.

4º Algunas de las páginas que componen el supradicho libro, de 1911, de Eduardo Acevedo Díaz, han podido ser ubicadas y localizadas con toda precisión.

Por ejemplo:

A) *El Real de San Felipe, Inglaterra en el Plata, 1806*:

"Historia Hispano-Americana, *El Real de San Felipe, Inglaterra en el Plata, Los grandes dramas militares de 1807*". — En *El Nacional*, Año IV — 2ª época — Núm. 1071, p. 1, cols. 1 - 7. (folletín); Núm. 1072, ídem.; Núm. 1074, p. 1, cols. 3 - 7, Núm. 1076, p. 1, cols. 1 - 7; Núm. 1077, ídem.; Núm. 1078, p. 1, cols. 3 - 7 y Núm. 1079, p. 1, cols. 4 - 7. — Montevideo, jueves 23, viernes 24, domingo 26, miércoles 29, jueves 30 y viernes 31 de julio, y sábado 1º de agosto de 1896.

B) *Artigas y los siete jefes engrillados, 1815*:

"In Memoriam, *El Teniente General D. Antonio Díaz, Guerrero de la Independencia. Un capítulo de sus memorias inéditas. Los siete jefes enviados al General Artigas. Ni entre infieles se ven estas cosas! Capítulo 59*". — En *La Época*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año I — Núm. 94, p. 1, cols. 1 - 5. — Núm. 95, p. 1, cols. 1 - 5. — Montevideo, jueves 25 y sábado 27 de agosto de 1887.

C) Una página del año 1820:

"Las guerras civiles. Una página del año XX. El suplicio de Carrera. La muerte de Ramírez. Anacleto Medina. — En *La Razón*, Edición de la mañana, Año XVII, Núm. 4786, p. 1, cols. 2 - 3 y Núm. 4788, p. 2, cols. 1 - 3. — Montevideo, miércoles 13 y viernes 15 de febrero de 1895.

D) La Campaña del Brasil, 1826:

"Historia Nacional: Las grandes guerras. Campaña del Brasil, Fragmento de las memorias inéditas del Brigadier General don Antonio Díaz, que comprende, desde la declaración de guerra por la corte del Imperio, hasta la Paz del año XXVIII. — En *El Nacional*, Año III — 2ª Epoca, Núm. 699, p. 1, cols. 1 a 7 (folletín); Núm. 700, idem.; Núm. 701, id.; Núm. 702; Núm. 703, p. 1, cols. 2 - 7; Núm. 704, p. 1, cols. 1 - 7 (folletín); Núm. 705, idem.; Núm. 706, id.; Núm. 708 y Núm. 710, — Montevideo, sábado 10, domingo 11, martes 13, miércoles 14, jueves 15, sábado 17, domingo 18, martes 20, jueves 22 y sábado 24 de agosto de 1895.

E) La Batalla de Ituzaingó, 1827:

"Historia Americana, Batalla de Ituzaingó, 20 de febrero de 1827. Capítulo de la Biografía del Brigadier General don Antonio Díaz, que precederá a las Memorias Politico-militares de este guerrero, hombre de estado y publicista, aún inéditas, por E[duardo]. A[CEVEDO]. D[ÍAZ]. — En *El Nacional*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VIII — 3ª Epoca — Núm. 1871, p. 1, cols. 1-8 (folletín); Núm. 1872, idem, Núm. 1873, id.; Núm. 1874; Núm. 1875; Núm. 1876; Núm. 1877 y Núm. 1878. — Montevideo, domingo 11, martes 13, miércoles 14, jueves 15, viernes 16, sábado 17, domingo 18 y martes 20 de febrero de 1900.

59 Entre las páginas congéneres o de naturaleza semejante y parecida publicadas en diarios, periódicos y revistas del Río de la Plata, y no recogidas por Eduardo Acevedo Díaz en su mencionado libro de 1911, deben a nuestro juicio figurar, principalmente, las siguientes:

— "Personalidades históricas. Modelos del pasado. Rasgos biográficos sobre el Brigadier General don Antonio Díaz. — En *El Nacional*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VII — 3ª Epoca — Núm. 1912, p. 1, cols. 1-8 (folletín); Núm. 1913, idem.; Núm. 1914, id.; Núm. 1915; Núm. 1916; Núm. 1917 y Núm. 1918, — Montevideo, martes 3, miércoles 4, jueves 5, viernes 6, sábado 7, domingo 8 y martes 10 de abril de 1900.

— "Historia Hispano-colonial. Síntesis de seis lustros (1776-1806). — En *El Nacional*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VII — 3ª Epoca - Núm. 1838, p. 1, cols. 7-8 y p. 2, cols. 1-4. — Montevideo, diciembre 31 de 1899 y Enero 1º de 1900.

— "Historia Nacional. Primordios de la lucha (Apuntes inéditos)". — En *El Nacional*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VI - 3ª Epoca - Núm. 384 p. 1, cols. 1-2 y Núm. 385, p. 1, cols. 1-4. — Montevideo, viernes 3 y domingo 5 de febrero de 1899.

— "Historia Nacional. Una gran felonía diplomática, y un rudo drama militar. El Directorio y Artigas, 1816-1820". — En *El Nacional*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VIII 3ª Epoca - Núm. 1995, p. 1, cols. 8-9; Núm. 1996, p. 1, cols. 6-7; Núm. 1997, idem.; Núm. 1998, p. 1, col. 7; Núm. 1999, p. 1, cols. 1-2; Núm. 2000, p. 1, cols. 2-4; Núm. 2001, p. 1, col. 3; Núm. 2002, p. 1, cols. 7-8 y Núm. 2003, p. 1, cols. 2-3. — Montevideo, viernes 20, sábado 21, domingo 22, martes 24, miércoles 25, jueves 26, viernes 27, sábado 28 y domingo 29 de julio de 1900.

— "Historia Nacional (Apuntes inéditos). Política de Rivadavia respecto a la Banda Oriental en los años XXI - XXIII. — En *El Nacional*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VI - 3ª Epoca - Núm. 425, p. 1, cols. 1-8 (folletín);

Núm. 426, idem.; y Núm. 427, id. — Montevideo, martes 28, miércoles 29 y jueves 30 de marzo de 1899.

—“Historia Nacional (Apuntes inéditos). La Provincia Cisplatina. Oribe en el conflicto. Cruzada de los Treinta y Tres (M.S. del Brigadier General don Antonio Díaz).— En El Nacional. Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VI 3ª Epoca — Núm. 428, p. 1, cols. 1-8 (folletín); Núm. 429, idem. y Núm. 430, id. — Montevideo, domingo 2, martes 4 y miércoles 5 de abril de 1899.

— “Historia Nacional. La provincia Cisplatina bajo el dominio brasileño. Su situación afligente. Cruzada de los Treinta y Tres.— En El Nacional. Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VIII. 3ª Epoca — Nº 2024, p.1, cols. 1-5; Núm. 2025, p.1, cols. 2-5; y Núm. 2026, p.1, cols 3-5. Montevideo, viernes 24, sábado 25 y martes 28 de agosto de 1900.

—“Historia Nacional. Apuntes inéditos. Junta constituyente. Acción del Rincón de Haedo.— En El Nacional. Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VI 3ª Epoca — Núm. 434, p.1, cols. 1-8 (folletín); Núm. 435, idem.; Núm. 436, id.; Núm. 439 y Núm. 440.— Montevideo, domingo 9, martes 11, miércoles 12, sábado 15 y domingo 16 de abril de 1899.

—“Episodios de las grandes guerras. Alvear en el Brasil. El saqueo de Bagé” — En El Nacional Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año III 2ª Epoca — Núm. 684, p.1, cols. 2-7; Núm. 685, idem. y Núm. 686, p.1, cols. 3-7.— Montevideo, miércoles 24, jueves 25 y viernes 26 de julio de 1895

—“Historia Nacional. A raíz de Ituzaingó. Las grandes virtudes y los grandes errores de la época (Apuntes inéditos).— En El Nacional. Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año VI — 3ª Epoca — Núm. 359, p. 3, cols. 1-8 (folletín).— Montevideo, domingo 1 de enero de 1899.

6º Por lo demás, en otra parte de nuestros comentarios hemos señalado que Antonio Díaz (padre) desdoblaba, en general, todo lo que en Europa se escribía acerca de América.

También nos había sido dado poder coleccionar y apreciar cómo las exageraciones cometidas al respecto por este escritor insigne, fueron muy luego superadas — y asaz largamente — por Antonio Díaz (hijo).

Tócanos ahora señalar que el expresado desdén — así como aún una buena porción de las exageraciones evidentes que, en general, los dos Díaz de la referencia sustentaban frente y en torno a la estimativa de América por parte de los escritores europeos —, lo encontramos, de igual suerte, manifiesto y muy patentemente sostenido y confirmado en la producción de Eduardo Acevedo Díaz.

En efecto, he aquí lo que leemos en *La Epoca*, de Montevideo, en su número del 4 de junio de 1887, bajo el epígrafe “Biblioteca Universal”, en los momentos mismos en que este diario era dirigido por aquel esclarecido escritor (a decir verdad, con especial referencias al escrito que reproduce, Eduardo Acevedo Díaz exagera, en gran parte, el alcance de su comentario):

“De esta publicación, que ve la luz pública en Madrid, reproducimos el siguiente artículo, que da una idea de los inexactos informes con que suele escribirse sobre las Repúblicas del Plata, aun en la misma España” (Año I — Núm. 28, p. 1, col. 5). (El subrayado es nuestro).

Por otra parte, entre los papeles de Eduardo Acevedo Díaz que hemos consultado con especialidad suma, primero en Buenos Aires, en 1957, y en Montevideo últimamente (1975), existe el siguiente artículo de dos páginas, sin título, que el autor de Ismael, al tratar en dichas breves líneas acerca de su adolescencia y de la clase de Geografía a que asistía, pensaba sin duda, muy probablemente, incorporarlo in totum y a fuer de nota en alguno de sus escritos:

"Consideramos aquí oportuno, un ligero recuerdo de nuestra adolescencia:

"Cursábamos geografía general en la universidad, entonces ubicada en el vetusto edificio conventual de la calle Maciel, y cuya cátedra dirigía el buen profesor Ernesto Prosper. El manual de clase era una obra de Monsieu^r. Letronne, cuyo autor, como un complemento interesante a su libro, había puesto al fin de cada geografía local, una reseña o resumen de la historia pertinente a la sección o zona descripta.

Al pie de la uruguay hablaban de [José] Artigas como de un 'Alarico foribundo, que no contento con arruinar y desolar a su propio país, y los vecino, concluyó por invadir el Paraguay con actos de inaudita barbarie'. Textual. Tanto que ese era el 'texto' del aula, y en él estudiábamos con bastante asombro los que teníamos de quince a diez y siete años, entre otros, que tanto han descollado después en las ciencias, en la magistratura y en la cátedra, Pablo de María, Justino [Jimenez] de Aréchaga, Carlos [María] de Pena, Duvimioso Terra, Manuel Arredondo, Luis María y Juan Gil, Anselmo /Dupont, Federico Susviela Guarch... Aunque protestásemos, había que ceñirse al texto, o sostener la tesis contraria, nada más que por lo que sabíamos de lecciones orales recibidas en el hogar. Las 'historias serias' no existían, y había que, estarse en la propia tierra a la 'novela de la historia', hecha en Francia y en otros países cultos por hombres de reputación universal.

"¿Qué de extrañarse entonces que el error perdurase de generación en generación, al punto de que por conveniencia, aún hoy mismo, no faltan en el Plata, respecto a Artigas y a cuestiones ribereñas, sabios parecidos al sabio Letronne?"

7º Además de esa especie de fobia contra los autores europeos que, en general, se ocupaban de escribir sobre América; fobia que, en gran parte, se perdibe y palpa muy cómodamente en el fragmento de las "Memorias" de Antonio Díaz que con acuciosidad suma hemos reproducido (principalmente en las hojas C verso, D verso, y E recto y verso), cabe señalar que en los "Apuntes varios sobre los indios Charrúas del Uruguay", onomásticamente hablando, se mencionan los siguientes personajes: José Artigas, Félix de Azara, Pedro Bazán, Antonio Díaz, Juan Díaz de Solís, Sebastián Gaboto, Tomás García de Zúñiga, Andrés Latorre, Tomás Mundenhall, D.N.N. (anónimo), el indio Naybú, el cacique Pirú, Platón, el cacique Póldoro, Bernabé Rivera, Fructuoso Rivera, José Rondeau, Manuel de Sarateau, el cacique Sepé y el cacique Venado.

8º La nomenclatura geográfica que a su vez se registra en dicho fragmento de los "borradores" de Díaz, reza, por otra parte, como sigue: África, América, Arroyo de Arias, Bosques del Arapey, Asia, Boca del Tigre, Buenos Aires, Casa de la Calera, Costas del Este, Bosques del Cuareim, Cueva del Tigre, Río Daymán, España, Estados Unidos, Europa, Río Ibicuy, Isla del Viscaíno, Islas del Uruguay, Maldonado, Montevideo, Río Negro, París, Provincia del Río Grande, Río Queguay, Arroyo de Salsipuedes, Sato del Uruguay, Río San Salvador, Río Santa Lucía Grande, Santo Domingo Soriano, Cerro de las Tres Cruces, República O. del Uruguay, Río de la Plata, Río Uruguay y Río Yí.

9º No cabría entrar aquí mayormente en detalles acerca del contenido de las siete hojas que, en conjunto, comprenden los apuntes varios de Antonio Díaz sobre los indios Charrúas del Uruguay, pues, fuera de que su fondo, en general, es precisamente el de los aborígenes de nuestro territorio, en un caleidoscopio de temas múltiples y variados, su autor se refiere allí, muy particularmente, a los Charrúas, Chaná, Yaros, Bohanes, Guaraníes, su habitat, nomadismo, lengua, tradiciones, religión, indumentaria, armas, etc..

10º Dichos apuntes, varios sobre los indios Charrúas del Uruguay fueron, como ya lo hemos señalado, transcritos y aprovechados en gran par-

te por Acevedo Díaz para la redacción de su "Etnología indígena", publicada en tres distintas ocasiones y en el correr del año de 1891, en la Revista Nacional y en el periódico Tribuna de Buenos Aires, y en el diario La Epoca, de Montevideo; del mismo modo que "La Boca (o Cueva) del Tigre", dada a conocer primero en el periódico últimamente mencionado en 1880, fuera luego reproducida con algunos cambios, en 1901, en la revista La Alborada, de la misma ciudad.

Tócanos ahora dedicarle algunas palabras a las revistas y a los diarios y periódicos de la referencia.

Así, en relación a los escritos de Eduardo Acevedo Díaz en la Revista Nacional de Buenos Aires, conocemos por lo menos tres distintas cartas que le fueran enviadas por Adolfo P. Carranza, director de la expresada publicación.

La primera de ellas, que tenemos a la vista, tras de acusar recibo en forma tácita del artículo de Acevedo Díaz sobre "El tribunal del consulado y una deuda con el Brasil", reza substancialmente de este modo:

"Buenos Aires,
Enero 14/887

"Sr. D. Eduardo Acevedo Díaz

"Estimado señor

"Mucho agradezco su colaboración en la 'Revista Nacional', cuya importancia depende de los que contribuyen a llenarla con sus trabajos y que decidirán de su existencia.

"La circunstancia de tener entregados con anticipación los materiales de este mes y deseando poner íntegro si es posible su trabajo en un solo número, me hace suspenderlo hasta la entrega 11, de la que será el primero, enviándole las pruebas antes del 15 de Febrero, lo que no creo le moleste, para que la corrección sea más esmerada.

"Inútil es que le haga/presente cuanto estimo el artículo enviado. Tiene V, ya un lugar distinguido en las letras del Río de la Plata y la 'Revista' se honrará siempre con publicar sus producciones.

"Repito nuevamente mis ofrecimientos y tengo el agrado de saludar su afmo. S. S.

[Firmado] "Adolfo P. Carranza".

En la segunda carta, Adolfo P. Carranza solicita de Eduardo Acevedo Díaz el envío de algún otro trabajo, en estos términos:

"Buenos Aires
Junio 8/888

"Sr. D. Eduardo Acevedo Díaz

"Distinguido señor

"Se habrá impuesto Vd. de la clase de publicación que es 'la revista Nacional', por las dos primeras entregas que he tenido el gusto de enviarle

"Toda mi aspiración es hacer de ella una obra interesante y agradable hoy; de utilidad e importancia en el porvenir.

"Deseo para ello la colaboración de las personas competentes en los tres ramos principales que abraza su programa y molesto a Vd. porque quisiera ocupar las columnas de "La Revista" con sus meritorias / producciones, que gozan de tanto aprecio en esta sociedad y aun fuera de ella.

"Esperando se sirva favorecerme con algun trabajo, de que le quedaré agradecido, lo saluda su afmo. S.S.

[Firmado] "Adolfo P. Carranza."

En fin, en la tercera y última epístola, Carranza vuelve a solicitar de Acevedo el remito de alguna nueva colaboración para su revista, de este modo:

"Buenos Aires
Enero 21/890

"Estimado señor Acevedo

"El otro día recordé al doctor Bourel y le pedí trasmítiera a V. el deseo de ver cumplida la indicación que hizo el general Mitre la noche del 19 de Mayo /ppdo. de que los asistentes dieran un trabajo de colaboración para la 'Revista Nacional' en el curso del año que se cumplirá dentro de tres meses.

"Confío en su buena voluntad y le agradeceré me envíe algo cuando le sea posible.

"Lo saluda su affmo. amigo y S.S.

[Firmado]. "Adolfo P. Carranza."

Con respecto ahora a las publicaciones de Eduardo Acevedo Díaz en el periódico *Tribuna*, de Buenos Aires, cabe ante todo recordar que don Agustín de Vedia había sido Director y Redactor de *La Democracia*, de Montevideo, al tiempo en que Eduardo Acevedo Díaz ejercía las funciones de co-redactor del expresado periódico (1873), del cual ambos se separaron el día 21 de enero de 1874.

Además de ello, con localidad y fecha Buenos Aires 31 de julio de 1889, Mariano de Vedia escribe a Eduardo Acevedo Díaz en estos términos:

"Mi distinguido Sr. y amigo

"He pedido a Montevideo, por indicación de mi padre [Agustín de Vedia], el libro sobre la República del Uruguay que V. desea y no tenemos en nuestro poder. Mañana sin falta le remitiré el de [Daniel] Granada, que tenía prestado", etc.

Por último, con fecha 27 de enero de 1892, la tradición del pago intitulada "El Combate de la Tapera" ve la luz en el periódico de los Vedia (Agustín y Mariano) intitulado *Tribuna*, de Buenos Aires, y respecto de esto último escribe Manuel T. Podestá a Eduardo Acevedo Díaz, que entonces residía en La Plata, las siguientes líneas, fechadas en Buenos Aires, el 3 de junio de 1892:

"El 'Combate de la Tapera' me ha apasionado y como le decía en mi artículo a nuestro inteligente y simpático amigo Mariano de Vedia, lo he leído tantas veces que he acabado por aprenderlo de memoria".

Con especial referencia ahora a las colaboraciones de Eduardo Acevedo Díaz en *La Epoca*, de Montevideo, recordemos primeramente que dicho publicista había sido fundador y primer director del expresado periódico (de mayo 19 a diciembre 13 de 1887).

Además de ello, entre otras, conocemos una carta de Andrés Lerena a Acevedo Díaz, fechada en Montevideo, el 27 de mayo de 1890, en la que se puntualiza:

"Pensamos que nadie como Ud. escribirá un artículo sensacional para la redacción de *La Epoca*; Ud. que conoce bien la población, la literatura y los hombres de la Argentina [le estaban solicitando un escrito sobre la personalidad del General don Bartolomé Mitre]. Sé que hace unos días [Eduardo Acevedo Díaz] envió [a Montevideo, desde La Plata] un artículo que produjo muy buen efecto y del que lo felicito de corazón.....".

Y, también en estrecha conexión a los artículos que Acevedo Díaz diera a conocer en *La Epoca*, de Montevideo, cabe transcribir aquí, aunque más no sea parcialmente, la misiva que su compatriota el Dr. Jacobo Z. Berra, desde Buenos Aires y el 8 de setiembre de 1890, le dirigiera al autor de *Ismael*, entonces residente en La Plata:

"Tuve el placer de leer oportunamente el muy favorable y completo juicio formulado por el S.or [Enrique E.] Rivarola acerca de su *Nativa* y su no menos interesante contestación, por todo lo cual le envío m's sinceras felicitaciones"

Finalmente, conocemos por lo menos una carta de Constancio Cándido Vígil a Eduardo Acevedo Díaz, fechada en Montevideo, en agosto 13 de 1900, en que aquel solicita de este el envío de originales, a la mayor

brevedad posible, para ser publicados en la revista de su dirección intitulada *La Arbolada*; revista en la que, como ya sabemos, fueron insertos varios artículos de Acevedo.

11º Ya hemos dicho en otro lugar que, para nosotros (resulta bien claro, obvio y evidente), todas las hojas que componen la descripción de Antonio Díaz acerca de los primitivos habitantes del Uruguay, son más o menos contemporáneas entre sí y pertenecen al lapso 1861 - 1869, en que sin duda fueron redactadas.

Otra prueba de ello, aparte de los casos hasta el momento expuestos, estaría dada también por el dato que sigue, que extractamos directamente de la *Hoja D. Recto*, en su versión paleográfica únicamente: "Por ([mas]) (muy cerca) de 300 años e/pelearon (sin cesar) ([constantem.te]) ([continuum.te]) contra los españoles, y aunque / ([a principios de este siglo]) ([hoy ahora 40 o 50 años]) (en el de 1811) estaban reducidos ya á/menos de 400 combatientes nunca fueron ([enteramente]) (deltodo)/vencidos ni (subyugados) ([domados])."

Y bien: entendemos que, al hablarnos Antonio Díaz de los comienzos del siglo XIX, está con ello refiriéndose, expresa y también tácitamente, al año "de 1811"; y que, en consecuencia, el lapso de "hoy ahora 40 o 50 años", debe entenderse como computado a partir de aquella fecha, y no del 1800, lo que nos llevaría al año 1851 o —más bien, y con la necesaria certidumbre del caso— al de 1861.

Volvemos a opinar, por lo tanto, que dichas siete hojas fueron redactadas entre los años de 1861 y 1869, correspondiendo las cuatro primeras a una misma época, bastante bien definida, a la que sigue la *Hoja E*, luego la *F* y finalmente la *G*.

Todo lo expuesto hasta el momento, pues, tanto en ésta como en otras partes de nuestro trabajo, parece confirmar la expuesta tesis sobre el particular, con la única salvedad y excepción, de que la referencia al Coronel Latorre contenida en la *Hoja C, Verso* (que dice: "sobre esto hablar con el Coronel [Andrés] Latorre"), debe ser algo anterior al 15 de noviembre de 1860, fecha de la desaparición física de este célebre militar (cf. sobre esta interesante cuestión, el destacado y muy recomendable libro del Dr. Huáscar Parallada intitulado *Coronel Andrés Latorre (Una reliquia artiguista en el Durazno)*, Florida, 1970).

12º Por lo demás, una vez llegados a este punto de nuestros comentarios, se nos presenta la cuestión de saber la exacta fecha en que Antonio Díaz vio a los indios charrúas por primera vez.

Sobre este interesante particular cabrían dos distintas interpretaciones:

a) La que extractamos de la *Hoja E, Verso*, de los "apuntes" que nos ocupan; y

b) La expuesta por el Dr. Eugenio Petit Muñoz, en su artículo intitulado "Artigas y los indios", publicado en Montevideo y en 1950.

La primera interpretación está señalada mediante las siguientes palabras de Díaz:

"Cuando por primera vez conocí a los indios charrúas, que fue en Noviembre del año de 1812, en la Costa del Arroyo de Arias, no tenían más que 297 hombres de armas y como 350 personas entre mujeres, niños y ancianos; y en esa ocasión estuve 22 días en comunicación con ellos en la estancia de D. Tomás García de Zúñiga, cerca de la cual acamparon, en la Costa del Santa Lucía grande, a los tres días de haber llegado al Arroyo de Arias". (El subrayado es nuestro).

La interpretación desarrollada por el Dr. Petit Muñoz, en cambio, se encuentra expuesta de este modo:

"Estas precisiones de lugar y tiempo, que colocarían en el Santa Lucía Grande y en Noviembre de 1812 el entendimiento de los charrúas con Artigas, se ven contradichas sin levante por otras fuentes. En primer lugar, por

los apuntes publicados por Acevedo Díaz y también porque, por una parte, todavía en Diciembre de 1812 estaba Artigas en el Yí, a su regreso del éxodo, como lo prueban las fechas de su correspondencia, y su llegada al Santa Lucía, no ya al Santa Lucía Grande, sino solamente al Chico (Paso de la Arena) no consta documentalmente antes del 17 de Enero de 1813, y por otra parte, como volverá a ser recordado más abajo, ya en Marzo de 1812 estaban los charrúas en el campamento de Artigas del Salto chico, en pleno éxodo”.

Ante todo ello —y fuera del hecho que cabe también allí la posibilidad de que Antonio Díaz pudo haber visto a los Charrúas (sin Artigas) en noviembre de 1812, en la costa del Santa Lucía Grande— es posible, por otro lado, que dicho encuentro (entre Díaz, Artigas y los indios charrúas) haya podido haber tenido lugar, en efecto, en el expresado paraje, en el primer trimestre del año de 1813, tanto más, quizá, cuando el personaje que nos ocupa expresa en la misma Hoja E, Verso: “Yo era entonces joven, de edad de 24 años” lo que nos acercaría, en gran parte, al espacio temporal comprendido entre el 26.V.1813 y el 25.V.1814.

Y todo ello sin contar con las siguientes circunstancias, que también extractamos de los “apuntes” de Díaz (Hoja C, verso):

a) “En/el año de 1811 hicieron una especie de paz (y alianza) con el Gral. D. José Artigas / (a q.n tenían respeto) ofreciendo pelear contra los realistas. En consecuencia ([fueron]) se incorporaron/en [UN CLARO] [¿acaso en el Salto chico?] del Uruguay (sobre esto hablar con el Cor. I Andrés Latorre) ([acampaban]) / (Pero) ([Sin embargo]) siempre recelosos y desconfiados (p.r. caracter) ([nunca]) (no) acampaban sino (a) distancia del ejército, y derepente alzaban la toldería y no volvían alcam/po en ([mucho]) (mucho) ([largo]) tiempo. Sin embargo ([nunca]) (nunca) lo abandonaron del todo.”

b) “En el año 1812, hallándose [los indios charrúas, desde luego] en el campamento del General Artigas, situado en.... [no se indica en donde] se pusieron en marcha y atravesando toda la campaña llegaron a la costa del Santa Lucía grande, en la estancia de D. T[omás] G[arcía] de Zúñiga, plantando sus toldos a poca distancia de las casas”. (Es de destacar que en la “Etnología indígena” de Eduardo Acevedo Díaz, tan sólo se dice: “El año XII, hallándose el campamento del General Artigas en.... se pusieron en marcha, y atravesando toda la campaña, llegaron a la costá del Santa Lucía Grande, a la estancia de D. Tomás García de Zúñiga, plantando sus toldos a poca distancia de las casas”).

13º Cabe ahora hablar de quienes, antes de nosotros reprodujeron, aunque muy parcialmente, el manuscrito de Antonio Díaz, además de algunos porcentajes de utilización que conceptuamos pertinentes dentro de nuestros comentarios.

De esta suerte, comencemos por señalar que Eduardo Acevedo Díaz, en su “Etnología indígena” (de 1891) reproduce aproximadamente los 4/9 de los apuntes originales o del total de esa parte del manuscrito de Díaz; esto es: casi un 44,5 o/o; y esto, con no pocos cambios, agregados y omisiones.

El resto, 5/9, o sea: aproximadamente un 55,5 o/o, fue dejado enteramente de lado o inédito por el expresado autor.

Por eso, en virtud de la circunstancia irregular y especialísima de no coincidir totalmente tales apuntes con los publicados en 1891 por Acevedo Díaz, aprobamos en gran parte la calificación de semi-inéditos, dada por vez primera por el Dr. Petit Muñoz, en 1950, a dichos borradores.

En Ismael (1888), Acevedo había utilizado el 0,50 o/o del manuscrito de la referencia.

En Nativa (1890), el 12,75 o/o.

En “La Boca (o Cueva) del Tigre” (1890-1901-1911), el 3 o/o.

Y en El Mito del Plata (1916-1917), tan solo el 0,25 o/o.

El Dr. Eugenio Petit Muñoz (en 1950), reprodujo un 1,75 o/o de los "Apuntes varios sobre los Charrúas" de Antonio Díaz; Eduardo Federico Acosta y Lara, un 1,50 o/o (en 1951) y un 12,5 o/o (en 1969 y 1970); Lázaro Ayestarán, un 3,75 o/o (en 1953); y, por último, algún otro autor, muy posteriormente, un 11,50 o/o etc. etc..

Todos ellos, en conjunto, reprodujeron el 53,50 o/o del total de esa parte del manuscrito de Díaz.

Antes de la publicación de nuestras versiones paleográfica y modernizada, quedaba aún, por lo tanto, un 46,50 o/o todavía enteramente inédito.

La hoja más aprovechada y reproducida es la C, o, más bien, la G, a la que, en orden, siguen la F, D y E.

La menos reproducida es la B.

La A no se ha aprovechado ni tampoco reproducido para nada.

El ordenamiento respectivo de dichas siete hojas, con indicación clara y precisa de sus correspondientes porcentajes de utilización, es, pues, como sigue: G (93,50 o/o), C, (88 o/o), F (86,75 o/o), D (44 o/o), E (37 o/o), B (10 o/o) y A (0 o/o).

Lo expuesto últimamente, en gran parte, quizá explique en un todo aquellas dos frases que en uno de los capítulos de nuestro trabajo consideramos en cierto modo como algo contradictoria entre sí: "Vease ahora, aquí, una parte de esos apuntes" y "En la publicación de esos apuntes inéditos, hemos creído de nuestro deber no suprimir nada en obsequio a la fidelidad".

14º Réstanos todavía señalar algunas palabras, aunque más no sea brevemente, en torno y acerca de la objetividad que en todo momento hemos podido apreciar en los escritos de Antonio Díaz en general.

Uno de los ejemplos más claros, notables y característicos - el que se refiere al episodio de "las charreteras de Oribe"-, se encuentra consignado con proflijidad, de este modo, en dichos apuntes:

"El coronel [Manuel] Oribe tiró sus charreteras cuando huía disperso con su regimiento, diciendo que no quería mandar a tales soldados; pero el ejército no creyó que ese fuera el verdadero motivo, sino el de evitar que el enemigo que la perseguía se dirigiese a él a vista de aquellas insignias".

El episodio en cuestión ha dado lugar, con todo, a una numerosa y variada bibliografía, en parte de fondo polémico o rectificativo; bibliografía que, no obstante haber sido publicada en nuestro medio desde fines del pasado siglo, es, a nuestro juicio, poco accesible y conocida.

De una nutrida gama de títulos acerca de este particular, extractamos especialmente las fichas que siguen:

a) R[AMÍREZ]; C[arlos]; M[aría].- "Las charreteras de Oribe en la Batalla de Ituzaingó".- En La Razón, Edición de la mañana, Año XVII, Número 4840, p. 1, cols. 1-8 (folletín) y Número 4842, p.1 cols. 1-8 (folletín)- Montevideo domingo 21 y miércoles 24 de abril de 1895.

b) "Sobre la batalla de Ituzaingó, Páginas de Eduardo Acevedo Díaz.- En La Razón, Edición de la mañana., Año XVII- Núm. 4852, p.1, col. 3.- Montevideo, martes 7 de mayo de 1895.

c) ACEVEDO DIAZ; Eduardo.- "Ituzaingó".- En La Razón, Edición de la mañana, Año XVII - Núm. 4853, p.1, cols. 1-8 (folletín) y Núm. 4854, p.1, cols. 1-8 (folletín).- Montevideo, miércoles 8 y viernes 9 de mayo de 1895.

15º Por último, la "Etnología indígena" de Acevedo Díaz -de la cual, fuera de sus tres versiones (de 1891), también hemos visto una copia dactilografiada, de época- fue citada y utilizada por José H. Figueira (a fines del siglo pasado) y por Orestes Araújo y Rafael Schiaffino (en los primeros cincuenta años del presente).

Más adelante veremos las partes citadas, reproducidas o resumidas por estos autores, así como la utilización y aprovechamiento realizados por Eduardo Acevedo Díaz en sus dos primeras novelas históricas de la tetralogía patria o nacional: Ismael y Nativa.

Documento Nº XII.

Las dos primeras novelas de la tetralogía épica, histórica o patria (o nacional) de Eduardo Acevedo Díaz.

“ISMAEL” y “NATIVA”

Antes de publicadas las observaciones del Coronel don Modesto Polanco sobre el breve relato de aquel acerca de

“LA BOCA DEL TIGRE”

y aún después de haber visto la luz de la publicidad dicha interesantísima crítica.-

A) “ISMAEL” (1888).- (24)

[....]

Tres o cuatro indígenas completaban la partida, los más de ellos con vestimenta primitiva, muy diferente a los trapiches y guñapos de los negros. El quillapí de venado y la camiseta de piel, constituían todo su ropaje. Habían reemplazado por lanzas largas sus aljabas de flechas cortas, y llevaban a la cintura boleadoras y cuchillos.

Con siglos de existencia esta raza indomable no debía salir de su edad de piedra. No obstante, ella era como el nervio del de-

(24) De *Ismael*, por el hecho de ser la obra más popular y la más leída de Eduardo Acevedo Díaz, existen hasta ahora, desde luego, varias ediciones; ediciones que, variando enormemente entre sí en cuanto a su extensión y, sobre todo, en lo que se refiere a su calidad (algunas de ellas resultan en extremo deficientes), suman unas 12 y rezan del siguiente modo:

1) *Ismael*. — Buenos Aires, Imprenta La Tribuna Nacional, 1888, 300 pp.;

2) *Ismael*. — Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1894, 392 pp. (Biblioteca de Autores Uruguayos);

3) *Ismael*. — Montevideo, Claudio García, Editor, 1930, 350 pp. (Colección Libros Uruguayos);

4) *Ismael*. — Prólogo por Francisco Espínola (h.). — Buenos Aires [etc.], Ediciones W. M. Jackson Inc., 1945 - 1946, XLVIII, 382 pp. (Colección Panamericana, volumen 30);

5) *Ismael*. — Prólogo de Roberto Ibáñez. — Montevideo, Impresora Uruguaya S. A., 1953, LXV, 361 pp. (Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, volumen 4);

6) *Ismael*. — Buenos Aires, Sociedad Editora Latino-Americana [S.E.L.A.] s. f. [1955]. 201 pp (Obras Completas II);

7) *Ismael*. — Montevideo, Editorial Alfa, 1959, 277 pp.;

8) *Ismael*. — Obras Completas. — Montevideo, Editorial Cumbre [Cisa], 1964, 191 pp.;

sierto, en perpetua vibración. Por reiteradas veces en combates parciales, españoles y portugueses habían sentido el rigor de sus venganzas; los yaros y los bohanes les rindieron tributo de la vida; y ahora, reducidos ya a un número pequeño de guerreros, persistían errantes en el suelo de sus mayores, sin ideales ni creencias, sin otro vínculo de familia que la junción sexual, ni otra pasión por la tierra que el instinto fiero y duro que crean y agigantan el desierto y el clima. La tribu se conservaba arisca y soberbia, no reconociendo más ley que la de sus caciques; y en sus marchas vagabundas hacía pesar sobre el país ya poblado la fuerza de sus hábitos desoladores.

[....]

Tacuabé se había puesto delante, montado en un "oscuro" de planta vigorosa.

Ismael [Velarde] siguió sus pasos, mirando de soslayo la robusta contextura de su camarada del estero.

Pertenecía en realidad a la misma raza indómita, cuyos últimos guerreros al escapar chorreando sangre de la matanza de la Cueva del Tigre, veinte años después, habían de decir al caudillo impasible, y entonces prepotente: **¡Mirá Frutos matando amigos!** para perderse en las selvas del norte y librar el último combate a muerte, en el que su último cacique como trofeo de expiatoria hecatombe, debía enastar en el hierro de su lanza las venas de Bernabé [Rivera], uno de los orientales más bravos que haya abortado la leonera de los caudillos.

9) **Ismael**. — novela. — Montevideo, Editorial Alfa [1966], 258 pp. (Colección Carabela).

10) **Ismael**. — Prólogo de Francisco Espínola. — Montevideo, Circulo Editorial. Imprenta Nueva York, 1966, 316 pp.;

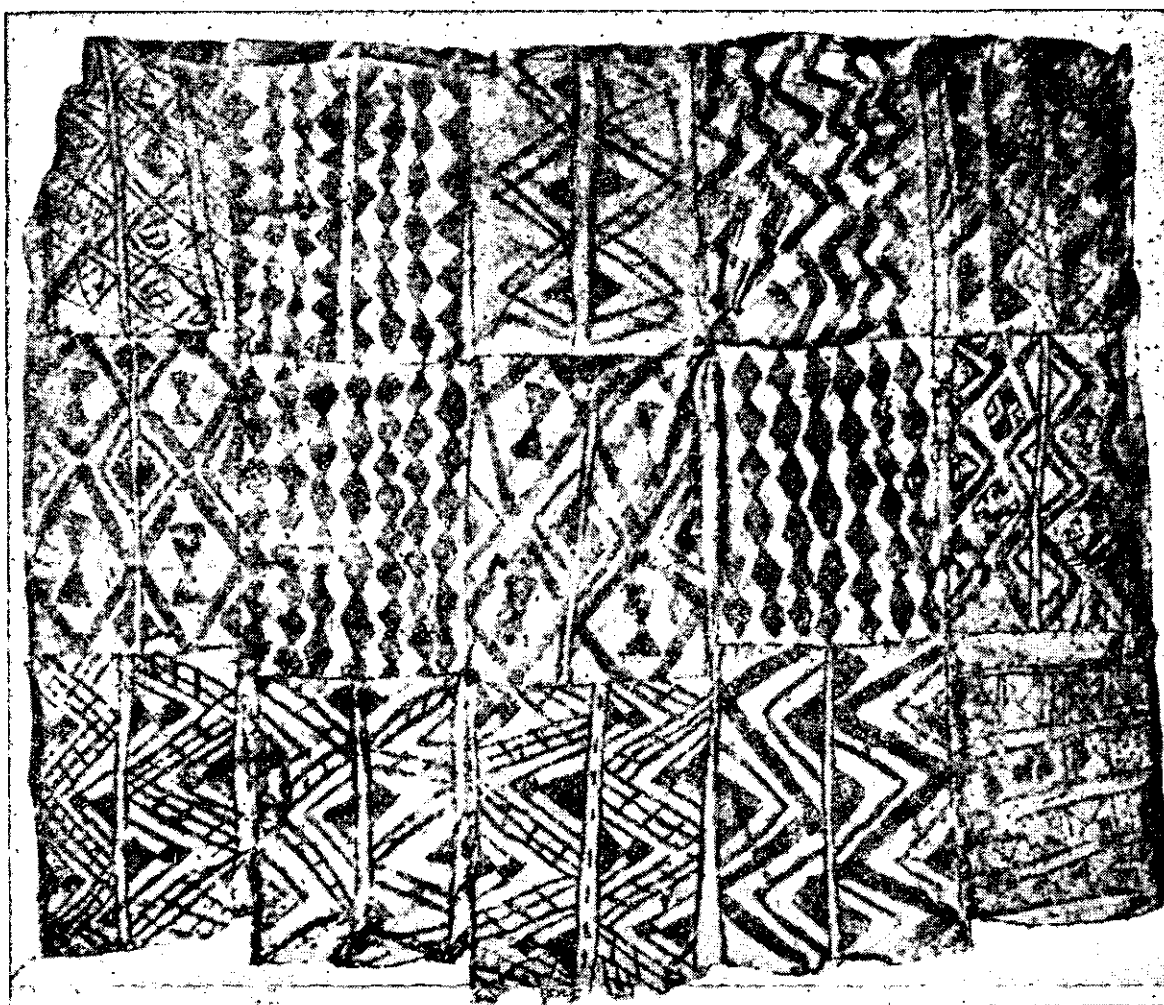
11) **Ismael**. — Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968 (Capítulo Oriental, Biblioteca Uruguaya Fundamental, volumen 6), 262 pp.; y

12) **Ismael**. — Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura, Instituto del Libro [1975], 285 pp. (Colección "Año 1825").

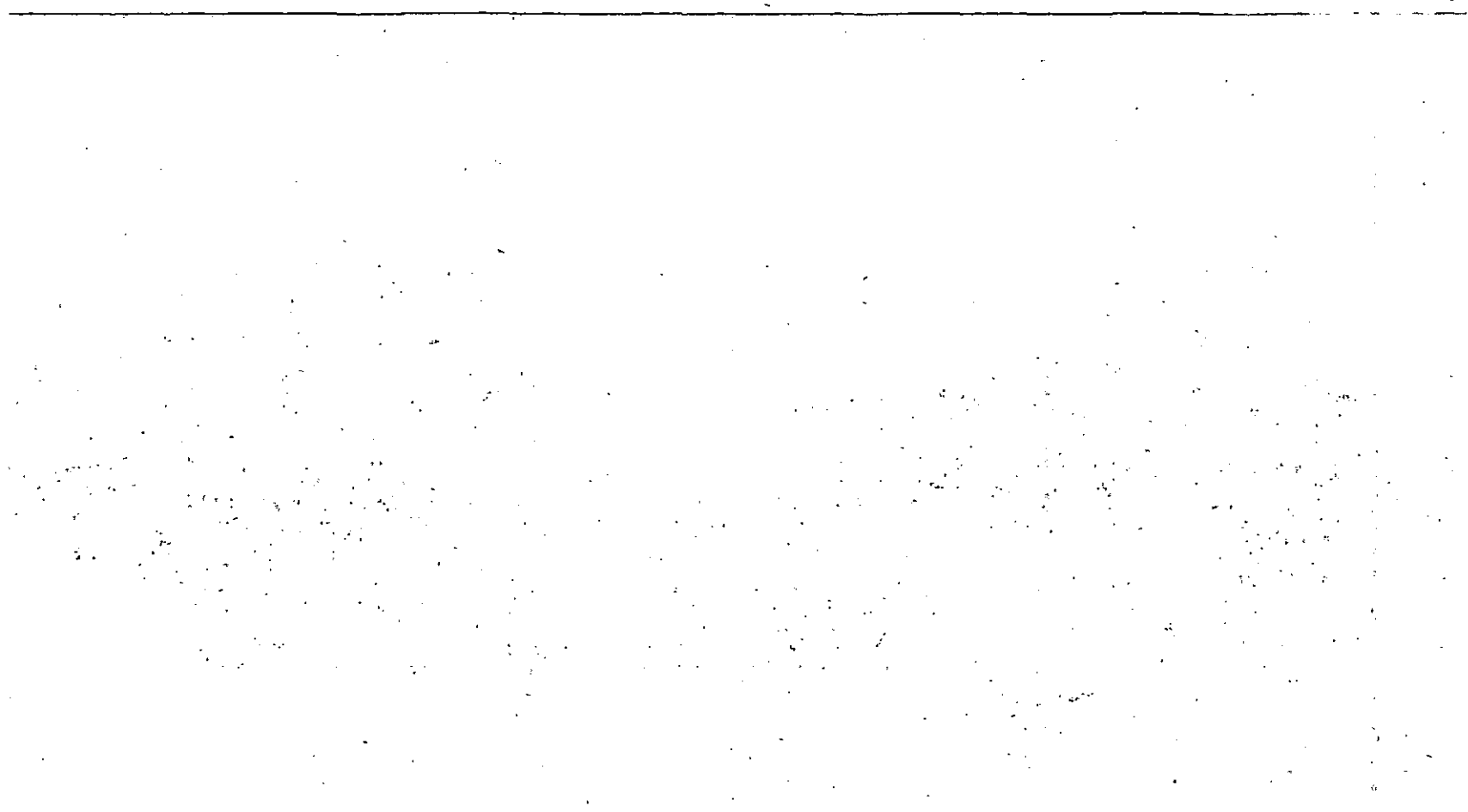
Ya hemos dicho en páginas anteriores que, hasta el momento, no hay constancia cierta de que **Ismael** haya aparecido a fuer de folletín, con antelación a su primera edición en libro: por más de que su técnica, precisamente, sea la propia y verdadera del folletín.

La especie pronunciada por el Dr. Alberto Palomeque y por otros en el sentido de que dicha novela fue publicada a manera de folletín en el periódico **La Tribuna Nacional**, de Buenos Aires, tiene su asidero, a nuestro juicio, en el lamentable hecho de haberse confundido dicho diario con la imprenta de igual nombre, en que aquel se editaba.

Mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que suman dos las ediciones de **Ismael** realizadas en vida del autor; ediciones que resultan bastante desiguales y diferentes entre sí, y que algunos capítulos sueltos de esa novela histórica fueron dados a conocer con anterioridad a la primera edición de dicho libro, otros, en el momento en que el mismo aparecía; y, finalmente,



"Quillapi" (de "Quiya", nutria; y "pi", cuero), o capa o manto de pieles pintadas por el lado contrario al pelo, de los indios Mataco, del Río Bermejo, en el chaco argentino. Los dibujos que aquí pueden apreciarse con toda comodidad, se hallan pintados con un color ocre rojo tenue ("light red pigment"). Según una fotografía directa del original, muy gentilmente suministrada al Dr. Carl Schuster y al autor del presente trabajo, en 1955, por el Statens Etnografiska Museum, de Estocolmo, Suecia, donde el espécimen original se encuentra custodiado bajo el número 033.404. Dicho "quillapi", además, fue previamente publicado y comentado por el Dr. Erland Nordenskiöld, en 1903 ("Präcolumbische Wohn- und Begräbnisplätze an der Südwestgrenze von Chaco", fig. 13) y por el Dr. Luis María Torres, en los años de 1906 y de 1911-1913 ("La Geografía física y esférica del Paraguay y Misiones guaraníes, por Don Félix de Azara; Examen crítico de su Edición", plancha 2, y en los dos tirajes de "Los primitivos habitantes del Delta del Paraná", p. 440); así como por el Dr. Samuel Kirkland Lothrop, en 1929, en su erudita monografía — nunca antes citada entre nosotros — "Polychrome Guanaco Cloaks of Patagonia", figura 12. Añadimos por otro lado, por considerarlo oportuno y del caso, que la mayor parte de estos últimos hechos, fundamentalmente los bibliográficos, fueron comunicados al Dr. Schuster en 1954-1955 por quien esto escribe, y que los mismos se hallan perfectamente consignados y comentados, hasta en sus más ínfimas detalles, en una interesante cuanto nutrida correspondencia epistolar de carácter científico que mantuviéramos con dicho eminentísimo etnólogo a la par de erudito especialista en múltiples temas relativos al arte primitivo de la humanidad durante el lapso aludido y aún después de él; correspondencia epistolar de carácter científico que se encuentra a la orden y a la entera disposición de cuantos quieran comprobar o verificar este u otros hechos análogos, cuya compulsa, no del todo inútil, se toma en ocasiones imprescindible, a veces por razones de prioridad o de certificación de áridas e intensivas investigaciones personales que, para otros, resultan ahora muy novedosas o que paradójicamente vienen a "descubrirlas" casi un cuarto de siglo más tarde a su édita o inédita enunciación. Algún motivo de este "quillapi" obedece a un tema geneológico.



B) "NATIVA" (1890).- (25)

[....]

El teniente Cuaró, de raza indígena pura, era un mocetón de veinte y cinco años, de talla bien conformada y miembros musculosos en extremo, terminados en unos pies pequeños y en unas manos de dedos cortos y duros capaces tal vez de quebrar entre sus falanges un pedazo de hueso sólido y resistente. En su cara ancha, de frente regular y pómulos saltantes, poco vello se veía, apenas algunos pelillos negros, lustrosos, tiesos encima del labio, y en la barba casi angular, dos o tres como único adorno. El cabello corto y cerdudo pero ralo, cubría un cráneo vigoroso de temporales hundidos, occipucio saliente, que caía a plomo sobre el tronco atlético.

algunos más, con bastante posterioridad a la fecha de su impresión primitiva.

Ejemplos del primer caso, son los siguientes:

— "Montevideo en 1808, El teniente de blandengues. I" — En *La Epoca*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año I, Nº 1, p. 1, cols. 2-7. — Montevideo, 1º de mayo de 1887.

— "Tertulias del convento. II". — En *Idem.*, Año I, Nº 3, p. 1, cols. 2-4. — Montevideo, 4 de mayo de 1887.

— "Las visiones de Fray Benito, III". — En *Id.*, Año I, Nº 4, p. 1, cols. 1-4. — Montevideo, 5 de mayo de 1887.

— "Túnel de arborecencias IV" — En *id.*, Año I, Nº 25, p. 1, cols. 1-8 y p. 2, cols. 1-8 (folletín). — Montevideo, miércoles 1º de junio de 1887.

Los capítulos dados a conocer al tiempo de la aparición de dicho libro, rezan a su turno como sigue:

— "ACEVEDO DIAZ, Eduardo". — "Fragmentos de 'Ismael': Pedro José Viera". — En *La Epoca*, Diario Independiente, Año II, Núm. 313, p. 1, cols. 4-6. — Montevideo, miércoles 23 de mayo de 1888.

Por último, entendemos que no tendríamos mucho que insistir acerca de los fragmentos de *Ismael* publicados en la prensa diaria y periódica del Uruguay y de la Argentina, con posterioridad a la aparición de la primera edición de dicho libro; pues tales fragmentos pueden consultarse, con toda comodidad, en *El Nacional*, de Montevideo, de agosto 23 y 25 de 1892; en *La Nueva Epoca*, de Santa Fe (República Argentina), en la segunda quincena de abril de 1892, etc., etc.

(25) De *Nativa*, novela histórica algo más extensa y, al mismo tiempo, menos leída que *Ismael*, se han tirado hasta el momento las siguientes cuatro ediciones, de las cuales, las dos primeras bastante diferentes entre sí, fueron realizadas en vida del autor:

1) *Nativa*. — Montevideo, Tip. de "La Obrera Nacional", 1890. 351 pp.;

2) *Nativa*. — Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1894. 515 pp. (Biblioteca de Autores Uruguayos);

3) *Nativa*. — novela histórica. — Montevideo, Claudio García. Editor, 1931, 2 volúmenes (Colección Libros Uruguayos); y

Cuando hablaba bajo y suave, animábase este semblante de hombre macizo con la expresión brillante de unos ojos chicos, negros y elongados de velo parpadal caído y casi siempre trémulo como el ala de un murciélago.

Parecióle a Luis María [Berón], la primera vez que le vio, que por aquellas pupilas asomaba el reflejo de un borbollón de energías indómitas anidadas en sosiego bajo la índole apática del tipo de raza. Apartado hacía mucho tiempo de los toldos, sin haber perdido por eso los instintos del aduar ni la crudeza de la fibra.

Sin darse una idea clara del motivo, cayóle en gracia su compañero color de aceituna. Lo halló grave, circunspecto, reposado, sin penas ni alegrías en la apariencia, obediente y activo al menor mandato de su jefe, y tan bien sentado en el caballo, que el generoso bruto debía sin duda estremecerse al sentir el roce de sus rodillas o el trino de las espuelas.

Recordó entonces lo que tantas veces oyera decir acerca de los aborígenes, con relación a los informes de viajeros que afirmaron haber examinado concienzudamente los usos y costumbres de la tribu avasalladora, bajo cuya soberbia habían caído "bohânes", "yarôcs" y "chanaes".

4) *Nativa*. — Prólogo de Emir Rodríguez Monegal. — Montevideo, Barreriro y Ramos S. A., 1964, NLVIII, 420 pp. (Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, volumen, 53).

En páginas anteriores hemos dicho que ignorábamos las razones por las cuales se habían suprimido en la cuarta edición (de 1964) los artículos "Maneador", "Mangangá", "Mangrullo", "Marlo", "Matajojo" y parte del artículo "Maneu", en el vocabulario puesto al final de esta misma novela histórica.

Y señalábamos este hecho añadiendo y entendiendo que, al igual que en las de 1890 y 1931, dichas voces deberían figurar asimismo, forzosamente, en la edición de 1894, que entonces no teníamos a la vista ni tampoco poseíamos en nuestra biblioteca.

Ahora podemos indicar, en manera categórica, que dichos artículos, paradójicamente, no existen en esa edición de 1894.

A pesar de haber considerado y con razón, en parte deficiente la edición de 1931 — que, fuera de toda duda, sigue a la de 1894 —, es curioso notar cómo, pese a sus numerosas irregularidades (véase, por ejemplo, la página 10 del segundo tomo, capítulo XIII de *Nativa*, intitulado "De la cuchilla al monte"), ella es, a la postre, mucho más acuciosa que la de 1964.

¿Se habrá basado acaso el editor Claudio García, para llenar dicho claro, en una "fe de erratas" impresa en alguna hoja suelta, que ha pasado completamente inadvertida para los impresores de esa última edición, de 1964, o, contradictoriamente, éstos no hicieron un pertinente estudio comparativo con la primera edición, como al parecer, es muy posible, lo hizo —y hasta en sus más ínfimos detalles— aquel editor?

De los juicios absolutos de esos viajeros, descendiendo a los detalles, tentó escudriñar en el rostro del indígena las huellas de ciertas prácticas bárbaras, que se atribuían a sus congéneres. Aparte de dos o tres líneas irregulares de tinte azul oscuro que enseñaba en la frente y mejillas, hechas sin duda por medio de un punzón de espina, [de] hierro o [de] madera recia, semejantes a las que dejan los granos de pólvora debajo de la piel tras de un disparo sin bala sobre carne viva, ningún otro rastro de las costumbres salvajes se descubría en el rostro de Cuaró. Su labio inferior delgado, casi terso y recogido, no presentaba cicatriz alguna a raíz de los dientes que denunciase haber sido horadado para uso de la "barbota" [sic] (a). Verdad era que habían pasado algunos años desde aquel en que Cuaró dejara de usar el moño con plumas de ñandú, el "quiapi" y la aljaba de flechas de "urunday" y "coronilla" para incorporarse a gentes de mejor vivir que la de los toldos; con todo, a pesar del tiempo transcurrido, hubiese conservado señal como esa, considerada indeleble. Según las noticias difundidas, el joven creía muy arraigada en los charrúas aquella costumbre cruel, análoga a la de otros

(a) El sabio don Félix de Azara, refiriéndose a la "barbota" [sic] en su libro *Viajes por la América Meridional*, explica así esta práctica, según él, usual entre los charrúas:

"Pocos días después de nacido un niño, la madre le horada de parte a parte el labio inferior a la raíz del arco dentario, y en tal agujero le introduce la "barbota" [sic], que es un palito de cuatro a cinco pulgadas de largo y de dos líneas de diámetro. Jamás se quitan dicho palo ni aún para dormir"

Lo ignoramos, lamentándonos pura y simplemente, y una vez más, en el sentido de que la edición cuarta, de 1964 (de la *Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos*), sólo siga fielmente el texto de la segunda, sin hacer —como en el caso de la edición de *Ismael*, de la misma colección— un pertinente cotejo comparativo con la primera, a fin de establecer las variantes que evidentemente existen entre ambas y que resultarían capitales cuanto decisivas para los fines y propósitos que perseguimos.

No siendo ésta, por otra parte, la única irregularidad que hemos notado en la *Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos* —que, entre todas, suponíamos la mejor—, séamos permitido poner en evidencia, no tan sólo el criterio dispar que desde luego allí existe en cuanto a las ediciones de *Ismael* y *Nativa* (nos estamos refiriendo al estudio comparativo en cuestión, que, si se hizo en una debió haberse realizado forzosamente en la otra; o viceversa), sino también, además, en el hecho que no se haya llenado un claro notable cuanto innegable (el de las cinco y pico de voces citadas y omisas); tanto más cuando este pertinente proceder se observó en otros volúmenes de la misma colección (véase, por ejemplo, las páginas [XX] y 100, de los tomos I y II, respectivamente, del *Vocabulario rioplatense* razonado de Daniel Granada, de dicha *Biblioteca Artigas*; hecho éste que hemos puesto en evidencia en México, hace ya varios años) y los textos a que nos referimos han sido bien preparados y confiados, sino a una, a lo sumo a dos, tres y hasta cuatro personas competentes y concientes de su trabajo, que sin duda también han corregido las pruebas de imprenta del caso y cobrado pertinentes honorarios por su delicada labor.

indios del continente que empleaban una doble rodela de madera perfectamente circular, no sólo en el labio inferior, sino también en el extremo carnudo del pabellón de la oreja.

En el rostro de Cuaró no vio él ningún indicio de la que, indudablemente, fue costumbre de "Botocudos", indígenas del Brasil; no de charrúas. Cuaró tenía intactos labios y orejas; y, apenas las estrias azuladas hechas a punzón sobre los arcos de las cuencas y debajo de los pómulos, huellas casi borradas, denunciaban el uso primitivo de una tintura desconocida inyectada en la piel para formar rayas o signos, por medios más rudimentarios que los empleados por los marineros para dibujarse navecillas y anclotes, indeleblemente, junto a la arteria humeral. Llegó entonces a pensar que la "barbota" [sic] en el charrúa, era una superche-ría, efecto natural de las suspicacias de los sabios muy dados por lo común a aplicar reglas por analogía, tratándose de razas que difieren por hábitos y origen, aunque concuerden en rasgos físicos y en desnudez. Reservábase sin embargo, confirmar esta opinión en la primera oportunidad. Por el momento, sólo vio en Cuaró un hombre fuerte, sufrido y enérgico como pocos, aún de otras razas, vestido con decencia en medio de las mayores privaciones, y de una índole simpática a pesar de sus resabios y taimonías.

[....]

Cuaró era un tipo interesante de su raza. También lo era su corta historia; y de ésta algo debemos decir, siquiera sea para dar a conocer el origen y las vicisitudes de la vida del charrúa. Circunstancias extraordinarias rodearon su nacimiento; y otras no menos singulares lo apartaron de los toldos.

Un día de estío ardiente, la tribu indomable levantando su campamento a orillas del Tacuarembó, anduvo errante algunas horas, con sus mujeres y sus carguíos informes, hasta dar con una pradera feraz regada por un arroyo de límpidas aguas que aflúan al caudaloso [Río] Negro, y en la cual se apacentaban numerosos ganados.

El sitio era bueno. Había gramilla exuberante para los caballos, monte espeso, ramajes flexibles, grandes masiegas de paja brava y carne gorda, formando el campo escogido para el aduar como una herradura inmensa con la curva de los bosques.

Los caciques clavaron en tierra sus lanzas de rejón largo; y la tribu se detuvo.

El espectáculo era tan pintoresco como excepcional.

Llevaban casi todos los hombres plumeros de colores en el cráneo, e iban armados de lanzas y aljabas.

En la edad de piedra de esta raza valiente, hace más de tres siglos, cuando el hierro les era desconocido, usaban los charrúas flechas de pedernal en forma de hoja de laurel, rodeada de dientes agudos en dirección opuesta al arpón. Sustituido el pedernal por el hierro, muchos años después, sirviéronse principalmente de arcos de barriles para su uso, fabricando lanzas; las que, con el arco y el carcaj, constituían sus instrumentos de guerra.

En la época en que los exhibimos, pocos eran los que llevaban flechas.

Las mujeres usaban de medios especiales para cargar con su prole; siendo de notar que pecaban por exceso sus sentimientos de cariño. El del pudor se revelaba completo en uno y otro sexo, dado el medio ambiente en que vivían. Muchas de las mujeres no se contentaban con el "quiapí" que cubría el cuerpo en gran parte; y fabricaban con un género análogo una especie de camisones sin mangas, con aberturas para los brazos, con los que aparecían vestidas. Los hijos pequeños iban colgados a la espalda dentro de una jerga, cuyas cuatro puntas se ataban por delante; en ésta, como bolsa, metían una o dos criaturas con la cabeza para afuera.

La que tenía tres hijos, había colocado el tercero sentado adelante [del caballo]; y la que contaba cuatro, al mayor de ellos en las ancas [de dicho cuadrúpedo]. Otras traían los más pequeños pendientes detrás, y los más grandes iban de a dos o tres montados en caballos, que ellas mismas conducían del diestro o ronza, silenciosas y pacientes. Las plumas de "chajá", de loro y en más abundancia las de ñandú figuraban por mucho en los detalles, sin excluir los cabos de las flechas y la parte inferior de las moharras de las lanzas vistosamente adornadas.

Pocas eran las mujeres que iban cubiertas con jergas sencillas, o "quiapíes" sujetos a la altura del hombro derecho con un nudo grosero; si bien eran muchos los pequeñuelos que arrastraban retazos de telas incoloras o guñapos de bayeta inservible.

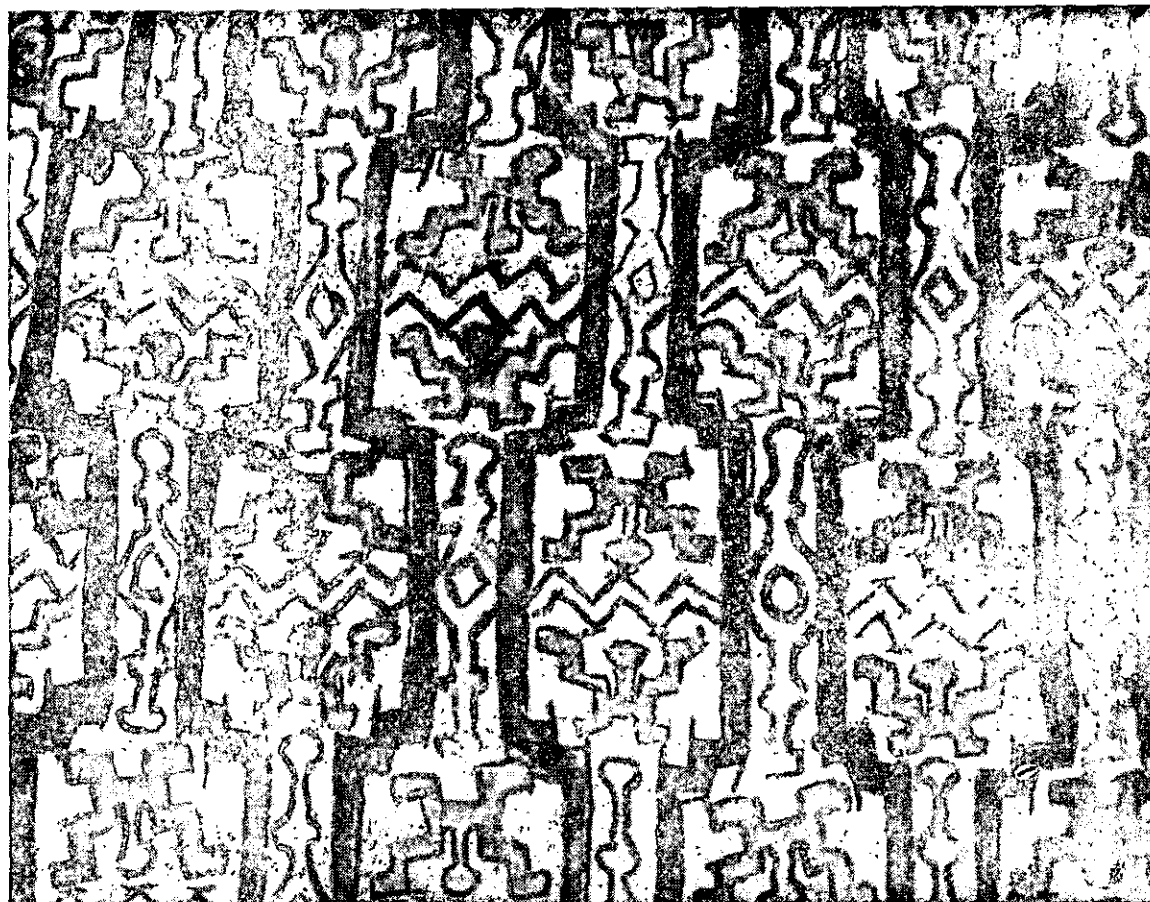
"Gualiche" los había obligado a abandonar la vieja "ranchería", a causa de una fiebre epidémica; proveniente tal vez de los miasmas que exhalaban multitud de despojos y osamentas de animales

vacunos y yeguares acumulados poco a poco en las cercanías del aduar, y, aun de reses que los flecheros solían aprovechar únicamente por la parte de arriba, dejando intacta la otra, -costumbre del yaguareté, -por no tomarse la pena de darlas vuelta.

Instalóse la tribu; y, en tanto que las mujeres clavaban ramas en el suelo en forma de arcos y reunían paja para construir sus ranchos de dos o tres varas de largo por una y media de ancho, -los mocetones, sueltos ya sus caballos, agrupábanse alegres siempre, pero sin algazaras ni estrépito alguno, en cierto sitio llano del terreno por ellos escogido expresamente para encajar una estaca de un tercio apenas a flor de tierra, que les sirviese de blanco en el tiro de "boleadoras" de dos ramales, a treinta pasos. Era éste su juego favorito, y en él vencía el que lograba enredar aquéllas en la estaca.

Apostaban todo lo que tenían -"quiapiés", géneros ordinarios, tabaco, jergas y aun los caballos-sin que por éste u otros motivos, se suscitasen entre ellos reyertas ni pendencias desagradables. En caso de producirse, intervenía uno de los caciques y conciliaba fácilmente todas las pretensiones. Muy rara vez sucedía eso. Los mocetones en grupo, a la distancia prefijada, en silencio aunque risueños, arrojaban uno tras otro sus "boleadoras"; las que, o pasaban por arriba, o daban con una piedra o un ramal en la estaca, o se ceñían a ella. Sólo en este caso se consideraba válido el tiro, lo que era bastante difícil que acacciera por grande que fuese la habilidad del jugador.

No dejaba de ser curioso el cuadro que presentaban aquellos hombres casi desnudos, de alta estatura y ancho pecho, miembros nervudos y flexibles en todos sus movimientos, descubiertas sus cabezas y ceñidas las frentes con una tira de género cualquiera; que apenas abrían la boca para hablar y para reír, aun cuando se sintiese ruido continuo de carcajadas, -el que producían inflando las mejillas y mostrando un poco sus dientes blancos y pequeños. No eran menos singulares los que se exhibían en detalle, cerca del grupo que se ejercitaba en el manejo del arma arrojadiza. Por una parte, cinco o seis flecheros sentados sobre el pasto crecido de modo que quedaban casi ocultos bajo los penachos de la "cola de zorro", cubiertas sus cabezas con una jerga o con guñapos de "vichará", procuraban en lo posible absorber todo el humo de los cigarrillos que tenían encendidos, hasta quedarse atontados; en otro sitio, algunos habían formado rueda dejando el fogón en medio, pasándose de mano en mano como breva de delicioso un aspa de toro-semejante a un "porongo" o calabaza, lleno de yerba-mate, y agua, del que cada uno tomaba un sorbo introduciéndose en la boca la mayor cantidad de yerba, que masticaban incansables como los ruminantes, hasta dejar-



Motivo pintado en otro "quillapi" o sobre una capa de pieles en cuero de caballo de los indios Tehuelches, de la Patagonia, República Argentina. El espécimen original existe en Nueva York, en el American Museum of Natural History, donde se custodia con el número 40.0/756. Este "quillapi" fue reproducido por el Dr. Carl Schuster, en 1955, según un dibujo que, muy gentilmente, le suministrara el Prof. Miguel Covarrubias. A su turno - y por vez primera para nuestro medio-, nosotros reproducimos ahora una fotografía directa obtenida sobre el original. Con todo, el mismo había sido publicado en 1931 por el Dr. Samuel Kirkland Lothrop, en otra de sus importantísimas monografías —tampoco nunca antes mencionada entre nosotros— cuyo título es: "Painted Skin Articles from Patagonia" (p. 39, fig. 8). Añadimos asimismo que el Dr. Schuster, en 1956, discute cuantos elementos conciernen a este dibujo en su erudita monografía intitulada "Genealogical Patterns in the Old and New Worlds", figura 37; y que nosotros, en unión de dicho eminentísimo etnólogo y crítico notable de las manifestaciones primitivas del arte de la humanidad, compulsamos y estudiamos, en manera por demás directa, el original de tal espécimen, en dicho año, en Nueva York. Algún tiempo después (en 1961) y en compañía de nuestro malogrado amigo el Dr. Fernando Márquez-Miranda, tuvimos ocasión de examinar un quillapi muy parecido al que nos ocupa en el destacado Museo de la Universidad de La Plata (Provincia de Buenos Aires, Rep. Argentina).

la sosa e incolora; más allá, una vieja curandera aplicaba remedios a dos enfermos, engrasando prolijamente las espaldas de uno de ellos y frotándole esa parte en seguida con un pedazo de piel vacuna por el lado del pelaje, a dos manos, y hecho el cuero un rodillo, en tanto pedía se le reservase la ceniza ardiente de un fogón que allí próximo se veía para tender sobre ella al doliente hasta quitarle el daño; y en un terreno llano a que el monte daba alguna sombra, varios mocetones en fila, bien sentados en sus caballos, en pelos como acostumbaban andar, y una sola rienda por único gobierno ceñida en un bocado afirmado a su vez detrás de los molares, se aprestaban-diestrísimos como lo eran-a probar la ligereza de los corceles criollos en carreras de a dos / o de a cuatro hasta un límite que marcaban con una rama, a trescientas o más varas del punto de partida.

Pero, de todos estos detalles, el más interesante era sin duda alguna el que presentaba una joven india que no era “guaynita” ni “cuñatay”, sino “cuñá-caray” como diría un “tape” (b); la que, arrastrándose apenas por debajo de los árboles parecía buscar un sitio de reposo, lejos de los ranchos y toldos, allí a la sombra de algún “guayabo” o de un “quebracho” corpulento. Primero de pie, y luego de rodillas apoyándose en las manos, habíase ido apartando cierta distancia; hasta que, llegándole a faltar las fuerzas-pues algo de grave la afligía-tendióse bajo un árbol ramoso y sombrío que parecía ofrecer dulce amparo al menesteroso de sosiego.

Al pie de aquel árbol, fuerte y resignada, dio ella a luz un varón, fruto de sus amores con el cacique Naygú.

Después del trance, acometióla un sueño profundo; uno de esos sueños parecidos al sopor o al letargo, de los cuales no fácilmente se despierta...

Las mujeres ancianas recogieron al vástago; y sin tocar a la dormida, se alejaron veloces.

Era que, la pobre madre, no debía ya despertar.

Habíase guarecido del sol ardiente bajo un árbol fatal, el “ahué”, o sea, el árbol malo, cuya sombra intoxica y mata, según la tradición indígena. Este árbol misterioso, de elevadas proporciones, madera blanca y nutrida y espeso ramaje, propio del clima del norte, aunque no muy común, ejercía influencia tan maléfica, en concento de los charúas, sobre todas las plantas que brotaban en sus

(b) Voces guaraníes, cuyo significado es, respectivamente: — nuñta —;— señorita —;— mujer casada.

contornos que las aniquilaba al nacer al igual del "yathay". Tronco preferido de "Gualiche", los que a su pie dormían no despertaban más en las horas pesadas de la siesta; y los que sobrevivían por acaso, arrancándose al peligro que en torno esparcía su sombra maldita, era para sufrir por largo tiempo los crueles efectos de su sutil veneno. El indígena creía que era en la corteza del "ahué" donde las víboras untaban sus dientes, y donde el yaguareté afilaba sus garras.

Fue así como, a la sombra del árbol malo nació Cuaró; lo mismo que un engendro de alimaña, en un ardiente día estival, lanzando sus primeros vagidos junto a su madre muerta y absorbiendo en sus tiernos pulmones todas las inhalaciones selváticas y fuertes vientos del desierto, de igual modo que todos los de su tribu, entre los que llegó más tarde a distinguirse con el mote de "Ahué", preferido al de Cuaró por su mismo bravo genitor el cacique Naygú.

Cuaró se hizo hombre creciendo casi desnudo, a caballo sin cesar, con las "boleadoras" a la cintura, la "vincha" en la frente y la lanza en la mano. La tribu no reconocía señor, y andaba de aquí a acullá campando por sus respetos, sin temor a ningún poder en este mundo; porque sus guerreros creyeron en todo tiempo, que ellos eran los valientes sin parecido y que sólo el número podría doblegarlos y vencerlos.

Pero, estalló de pronto el movimiento revolucionario de 1811, consecuencia del de 25 de Mayo de 1810; y, como aceros atraídos por imán poderoso las huestes charrúas fueron atraídas por la corriente; o, tal vez, arrastradas fueron por propio instinto o hábitud de pelea, de que daban testimonio trescientos años de duras y cruentas guerras.

Vino después un pacto amistoso o alianza ofensiva con Artigas, en 1812; alianza que subsistió hasta la desaparición del caudillo de la escena.

Tenían los charrúas por Artigas un gran respeto adunado a un sentimiento de estimación sincera, nunca desmentido, como si en realidad hubiese llegado hasta ellos la fuerza de su prestigio o la fama de su bravura.

Resueltos pues, a acompañarlo con lealtad en todas sus luchas formidables, sin reservas para su presente y futuro, el cacique principal los reunió un día, hízoles formar en ala, según su costumbre antigua cuando iban a la guerra; y dirigiéndoles con brío su proclama o arenga recordándoles en ella las viejas hazañas de la tribu, y sus



Pictografía en color ocre rojo ("dark red pigment") situada en una roca granítica, en las inmediaciones del arroyo Maestre Campo, en la cuarta sección judicial del Departamento de Durazno, República Oriental del Uruguay, según el acucioso relevamiento realizado por el Dr. Carl Schuster en estrechísima unión del autor de este trabajo, el día 30 de setiembre de 1954, cuando la inolvidable y primera excursión científica que realizáramos juntos por varios departamentos de la república en procura de nuevos materiales y relevamientos sobre un gran número de manifestaciones del arte rupestre, bien conocidas por quien esto escribe desde largo tiempo atrás. El Dr. Carl Schuster vino en repetida oportunidad a nuestro país, especialmente invitado por el autor de este trabajo, ante su vivo interés de conocer "in situ" dichas manifestaciones del arte rupestre después de la conferencia que tuviéramos ocasión de dictar en el auditorium de la Biblioteca Municipal de San Pablo, Brasil, el martes 24 de agosto de 1954, y con motivo de realizarse en dicha capital el "XXXI Congreso Internacional de Americanistas". Añadimos también, por creerlo igualmente oportuno, que los viajes que de común acuerdo realizamos con el Dr. Schuster en el Uruguay, se encuentran consignados en una extensa serie de documentos, como ser: telegramas, cartas, libretas de apuntes, y fotografías y films de 16 milímetros en blanco y negro y en color, que vienen a certificar nuestras excursiones y andanzas en sus principales aspectos y más notables resultados. La altura de la figura humana de la pictografía de la referencia, al parecer femenina, alcanza los 51 centímetros y su parte más baja dista del suelo aproximadamente un metro, por encima del nivel del terreno circundante. Agregamos asimismo que este motivo antropomórfico del arroyo Maestre Campo había sido publicado ya, sumariamente, con un dibujo muy poco acucioso por el Dr. Agustín E. Larrauri, en el año 1919, en su trabajo sobre las pictografías de la República del Uruguay. Ultimamente bastante fantaseado y desvirtuado con respecto a los diversos relevamientos que nosotros obtuviéramos de dicho motivo, primero en unión del Prof. Carlos de Freitas y del Dr. Carl Schuster, después (1954), fue utilizado a fuer de emblema en un congreso de arqueología realizado en Atlántida, Depto. de Canelones, en 1976.

propias proezas personales. Mientras él los arengaba y blandía con vigor la lanza, las mujeres escalonadas algunos metros a retaguardia cantaban un himno extraño, y un ruidoso clamoreo recorría la línea como un alarido de reconcentrados odios.....

Marcharon animosos.

Durante largos años, junto a las milicias, rodaron como una tromba de extremo a extremo del territorio, siempre montaraces y bravíos, temibles en refriegas y sorpresas, acampando apartados a los flancos de la columna con la mirada atenta al peligro, lo mismo que una manada de pumas errantes, echada en los pajonales al acecho.

Fue entonces cuando Cuaró, ya en su mocedad, -extraviado en una de esas marchas de la tribu y herido de bala en un encuentro oscuro, -dio con la división del coronel Andrés de Latorre; quien, descubriendo en el indígena ciertas cualidades sobresalientes le retuvo a su lado, estimulándolo en la carrera con el grado de alférez de caballería.

Cuaró se distinguió en varios combates sangrientos; recibió en Corumbé tres heridas, y una lanzada feroz en Aguapey. Pero, no fueron estas lesiones de mayor importancia para su tronco de hierro.

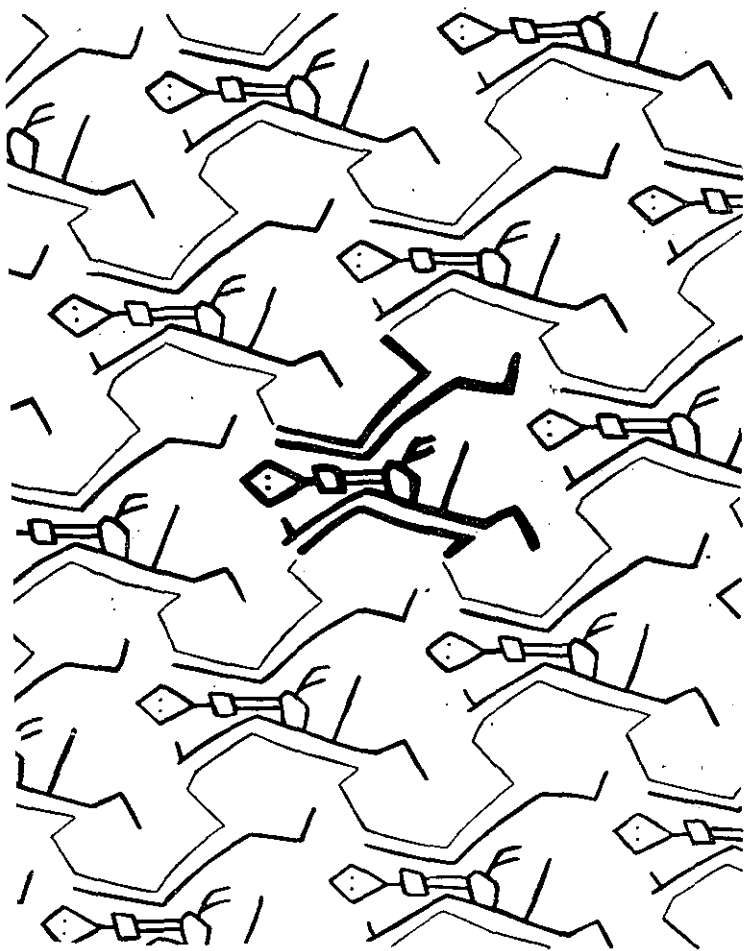
En el desastre del Catalán, después de una reñida pelea, y cuando ya el enemigo aguerrido y numeroso se avanzaba sobre el grupo que rodeaba como único resto al bravo Latorre, quemando imposible sus últimos cartuchos, -viósele con unos pocos jinetes cargar y "recargar" como un toro a la caballería lusitana, y quedarse luego a retaguardia de su jefe en retirada-siempre agresivo y rugiente, hasta que cerró la noche y con ella acabó la persecución implacable. En esa noche triste fue ascendido a teniente, y enseñaba con orgullo en su tostada piel cinco heridas de lanza y sable.

Tal era el origen, y esa, la breve historia de Cuaró.

[....]

Apuntaba apenas el alba del siguiente día, llena aún de brumas la atmósfera, cuando el blanco [Luis María Berón], el cobrizo [Cuaró] y el negro [Esteban] en noble fraternidad abandonaron el postril, siguiendo el rumbo de la noche anterior.

Ya habían avanzado buen trecho. El sol muy arriba del horizonte, disipando los celajes de las alturas, empezaba a levantar lentamente del valle los vapores en grandes espirales; los que, co-



Desarrollo hipotético, en su prolongamiento y continuación, de izquierda a derecha y hacia arriba y hacia abajo, del dibujo de la pictografía del territorio del Uruguay que acuciosamente fuera relevada el día 30 de setiembre de 1934 por el Dr. Carl Schuster en estrechísima unión del autor de este trabajo. Según dicho etnólogo y erudito investigador, esta pictografía puede interpretarse como un simbolismo para y netamente genealógico ("all over pattern"), así de descendencia como de parentesco.

gidos bien luego por una brisa fresca que se permitía anunciarse al correr por las abras de la sierra con una música de flautas, ascendían en veloces torbellinos para desvanecerse con idéntica rapidez a pocos metros del suelo.

Lucía radiante la mañana, cuando Berón se apercibió que su overo, herido en el cuello, flaqueaba de veras, ame-/nazando dejarlo a pie. La inflamación de la herida, en contacto con un aire helado; las prolongadas marchas nocturnas y la alimentación deficiente, eran causas más que sobradas para rendir al generoso bruto.

En la zona que recorrían sólo se hallaban caballos maltrechos, desensillados el día anterior al parecer, y los que azuzados por el rebenque, apenas salían del paso. Algunos de ellos presentaban los ijares hechos cribas, y una serie de ligeras mataduras en los lomos producidas por la carona, y los "bastos". Diversos tordos y pajarillos voraces, saltaban piando del crucero al nacimiento de la cola y se limpiaban los picos a intervalos, muy tranquilos, en el mismo pelaje de sus víctimas.

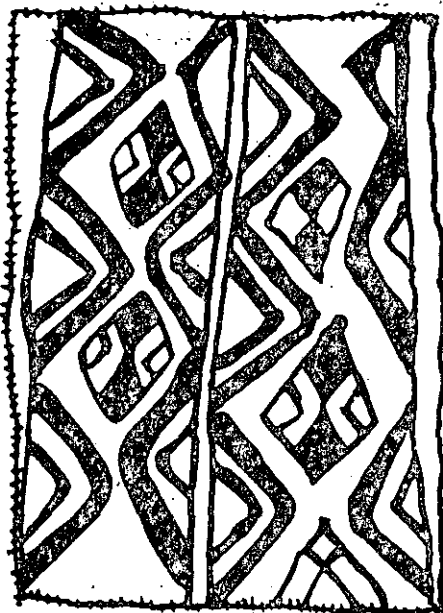
Hubo que apresurar la marcha, en busca de sitios más poblados, y de un relevo cualquiera.

Los tropiezos del overo iban en aumento. Dábale treguas de resuello su jinete, desmontándose y disminuyendo en algo el peso del "recado", que pasaba a Esteban. Luego, continuaban su camino.

Al pasar por un terreno muy quebrado, hacia el fondo del cual por la parte del oeste veíanse dos grandes prominencias o cerrillos de piedra, Cuaró que iba al frente, echó de súbito mano a las "boleadoras", en el momento mismo en que diez o quince yeguas y redomones arrancaban a escape rumbo al valle sacudiendo cabezas y crines, y con sus apéndices rabones muy parados en forma de abanicos. Al calcular sin duda la distancia, y observar la naturaleza pedregosa y enriscada del terreno, el teniente bajó la mano, sujetó su caballo casi encima de la cuesta, y quedóse allí mirando en dirección a los cerrillos, puesta la diestra en arco sobre las cejas.

Al cabo de un rato, hizo una señal a sus copañeros, dirigiéndose al punto que había sido objeto de su atento examen.

Los cerrillos estaban próximos. Un poco de verdigay en las faldas abruptas, conos truncados, rocas esparcidas desde la base a la cima, como verrugones deformes en parte ennegrecidos o cu-



En esta ilustración, realizada por el Dr. Carl Schuster pero hasta el momento completamente inédita, puede observarse un interesante detalle del quillapí de los indios Mataco; detalle que, al compararlo con la pictografía del arroyo Maestre Campo citada, desde hace más de un cuarto de siglo, nos había llamado poderosamente la atención y comunicamos después al Dr. Schuster, quien consigna dicho hecho con estas elocuentes palabras: "Professor Figueira has called my attention to a certain resemblance between the Maestre Campo motive of our Fig. 2 and the design in the compartment at the middle of the right side of this quillapí. The resemblance is perhaps not accidental — even though the pattern on the quillapí is far more "geometric" than the clearly anthropomorphic motive of Maestre Campo. Two other patterns in Fig. 8, those showing "hour-glasses" within lozenges, might also be related to the Maestre Campo design— or more specifically to our reconstruction of that design as shown in Fig. 7". Agregamos ahora, por creerlo pertinente, que la Fig. 2 del trabajo del Dr. Schuster, es el relevamiento de la pictografía antropomórfica del arroyo Maestre Campo, que en manera conjunta releváramos en 1954; su Fig. 7 pertenece al desarrollo hipotético de la misma pintura rupestre; y, finalmente, la Fig. 8 de su monografía —a la cual también se remite— corresponde a un dibujo de todo el "quillapí" de los indios Mataco, del Río Bermejo, en el Chaco argentino. Añadimos asimismo, ya que del arroyo Maestre Campo hablamos, que desde principios del año de 1952, venimos realizando una extensa serie de detenidos relevamientos de las numerosas pictografías existentes sobre una y otra margen del expresado arroyo de la cuarta sección judicial del Departamento de Durazno, en pleno fundamento o basamento cristalino; pictografías que, es bueno y oportuno lo hagamos notar, resultan muy distintas y variadas entre sí; se hallan en dicha vasta zona así como en otras inmediatas o adyacentes o en regiones algo más alejadas, siempre dentro de ese Departamento.

biertos de musgo, y breñas espesas revueltas con zarzas y espinas de la cruz: tal era el aspecto de aquellas eminencias, a cuyo pie corría en angosta cuenca un hilo de agua cristalina.

En un trecho reducido de altamuz y cebadilla, junto al cerrillo más empinado, revolcábase fresco y alegre un caballo "lobuno" de regular alzada; el cual, así que se apercibió de la aproximación de los jinetes púsose en el acto de pie, esparciendo alrededor al sacudirse, tierra y briznas de pastos; alzó el hocico con las crejas tiesas, dio un pequeño relincho y movió despacio la cola.

Vióse entonces que estaba atado a una estaca, con una guasca peluda ceñida a su cuello por un nudo "potreador".

Al lado opuesto, aparecía una lanza de ástil duro y moharra de hierro sin media-luna ni virolas, clavada en el suelo. Dos o tres plumas cortas de ñandú, dispuestas hacia abajo, constituían el adorno de aquella arma tosca de una madera oscura, llena de nudos y lustrosa, como si hubiese resbalado muchas veces en la encallecida mano de su dueño.

En el centro, la tierra removida y un gran montón de piedras sobre la que podía llamarse fosa, indicaban que allí había sido sepultado un cadáver no hacía muchas horas.

Cuaró se echó con indolencia sobre el cuello de su caballo, y dijo:

— Indio muerto... ¡Pasaron los caciques por acá y también "Gualiche"!

Luis María púsose a observar con sumo interés, pie a tierra, aquel cuadro lúgubre...

Indudablemente los charrúas habían cruzado el día antes por aquellas aspercezas, y دادó sepultura—según la costumbre tradicional—a un miembro de la tribu. Escogían siempre las faldas de los cerros, si no era muy larga la distancia que los separaba del campamento, para estas ceremonias. La excavación era reducida. Cubrían el cuerpo con piedras, y no habiéndolas, con tierra y ramas; lo bastante para evitar que las alimañas hicieran festín de los restos. Celebrados los funerales con pompa salvaje, los varones parientes del difunto atravesábanse los brazos unos, y los muslos otros, con una vara de guayabo, y a falta de esta madera, con otra no menos sólida, larga de una tercia, rasgándose la piel con fuerza y clavando aquella lo más cerca del húmero o del fémur, —según el miem-

bro escogido. Hundíanse una, muy aguzada. Las mujeres se clavaban cuatro, y hasta seis, quedándose en una postración profunda. Fuera de eso, la viuda se cortaba la falange de un dedo; y, de aquí que le faltasen tantas como dedos, a algunas que habían perdido cinco maridos. Era el duelo. Buscaban el luto en la carne viva, formándolo al fin visible con sangre negra, sin queja y resignadas.

El caballo de guerra del muerto, atado junto a la fosa, debía servirle para el "gran viaje". La lanza, para la defensa en el camino eterno.

Luis María, delante de la sepultura indígena de que hablamos notó también que encima de las piedras habían sido puestas unas "boleadoras" forradas con piel de iguana, y que sin duda fueron las de uso del finado. Como observarse su sorpresa, Cuaró dijo, muy grave:

—Para bolear "baguales", si se cansa el lobuno...

Tras estas palabras se bajó, e hizo un gesto, mirando a Esteban.

Comprendió el signo el liberto, y echó al suelo de dos tirones el recado del overo.

—No vas a largar, —murmuró el teniente. ¡Traímelo!

Puso Esteban el caballo herido a su alcance. Echóle entonces la guasca peluda al pescuezo, al propio tiempo que enfrenaba el lobuno, pasándoselo en seguida al liberto para que lo ensillase.

Luego cambió la estaca de sitio, clavándola con una piedra cerca del ribazo del arroyuelo, donde abundaba la gramilla. Allí ató el overo, no lejos de la sepultura. Después volvióse paso a paso murmurando con la vista fija en ella:

—Ese no tiene apuro...

[.....]

Gualiche — Nombre que los indios charrúas daban a un espíritu adverso o demoníaco a quien atribuían todas las contrariedades y desgracias y al que no se representaban bajo forma típica externa alguna; lo que induce a pensar que, a partir de esta creencia supersticiosa, era probable que profesasen un culto cualquiera, desde que no se concibe la idea del mal sin su correlativa del bien. Ningún vestigio ha quedado sin embargo, de sus posibles idolatrías. De esa superstición participaban también los indios de las pampas argentinas.

[.....]

Ya hemos dejado dicho — y ello mismo puede apreciarse con toda comodidad en el presente apéndice — que la primera edición de la novela histórica intitulada *Nativa* (1890), trae en sus páginas 165, 167 y 198, tres breves y elocuentes referencias al espíritu maléfico (o brujería) denominado por los indios “Gualiche”, con su respectivo significado de rigor — “para [una] mejor inteligencia de los lectores” — en la página 341.

Pues bien: dichas tres menciones, así como el señalado artículo a propósito de la definición de la voz “Gualiche”, faltan por completo en la edición segunda de *Nativa* (1894) y demás impresiones que, en manera clara cuanto segura, de ella misma provienen o derivan.

No sin falta de razón, hemos atribuido firmemente dichas anomalías (esa y algunas otras variantes, por cierto muy significativas), además, a la importante crítica del Coronel don Modesto Polanco.

Lo propio ocurre, asimismo, en cuanto a *Ismael*, por más de que el efecto que aquel juicio o comentario haya podido haber ejercido sobre esta otra novela histórica, si es que realmente existe, es a la postre, y sin lugar a dudas, de muchísima menor importancia, intensidad y cuantía.

Más sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Modesto Polanco critica — en manera directa, inmediata y expresa — “La Boca del Tigre” (1890) de Eduardo Acevedo Díaz; y la pertinente réplica de éste se hace, según él mismo lo dice, por comentarios formulados a propósito de la primigenia aparición de *Ismael* y de *Nativa*.

Como hay sin duda en lo expuesto una gran inexactitud y exageración, tanto más cuando no conocemos ni hemos visto críticas o comentarios del corte de los formulados por Polanco a aquellas dos novelas históricas y anteriores, séanos permitido reproducir, muy parcialmente y en prueba de ello, algunos de los juicios que entonces se suscitaban en torno y acerca de este particular.

A) Breves críticas a propósito de “Ismael”:

19 “Además de la novela que se anuncia de Daniel Muñoz, y sobre la cual se hacen los pronósticos más isongeros, está en preparación otra de literatura nacional, que no tardará en ver la luz de la publicidad.

“Es una nueva novela del Sr. don Eduardo Acevedo Díaz reputado de los mejores como estilista elegante y castizo.

“El autor de *Brenda*, parece haber abandonado en su nueva obra — (que, entre paréntesis, lleva un nombre muy extraño) — la senda exclusivamente romántica. La novela es histórica y su tema se desarrolla en Montevideo durante la época Colonial.

“Se nos hacen grandes ponderaciones del primer capítulo de la novela, descripción del Montevideo antiguo, hecha en páginas en que el estilo esmerado y correcto realza todos los detalles del colorido local cuidadosamente reproducidos.

“La nueva obra se compondrá de cuatro volúmenes [el articulista se refiere aquí, indudablemente, a *Ismael*, *Nativa*, *Grito de gloria* y *Lanza y sable*].” (“Ecos del Día: Novedad Literaria”, en *La Razón*. Diario de la mañana, Año XI — Núm. 2736, p. 2, col. 1. — Montevideo, martes 3 de enero de 1888)

29 Luego de informarse que Eduardo Acevedo Díaz se encuentra en Buenos Aires, donde permanecerá hasta tanto se termine la impresión de su nueva novela [*Ismael*], “de la que [se indica] conocen nuestros lectores un interesante capítulo, publicado en *La Tribuna Nacional*”, dice así este diario de la vecina orilla: “Esta obra está destinada a una acogida muy favorable, seguramente, en las dos riberas del Plata”. (Eduardo Acevedo Díaz, en *La Tribuna Nacional*, de Buenos Aires, de abril 12 de 1888; sueto reproducido en *La Epoca*, de Montevideo, Diario independiente, Año II — Núm. 283, el sábado 14 de abril de 1888, p. 1, col. 7).

39 "El doctor Angel Floro Costa ha encargado a nuestro eximio pintor D. Juan M. Banes dos cuadros al óleo que deben estar inspirados en dos belos capítulos de la gran novela histórica del gaiano literato Eduardo Acevedo Díaz que está imprimiéndose en *La Tribuna Nacional*, en la República vecina".

En el párrafo transcripto, muy probablemente radique el origen del ya expresado yerro que consiste en confundir la imprenta *La Tribuna Nacional* (en cuyas prensas, en efecto, se publicó la primera edición de *Ismael*), con el diario del mismo nombre, propio de ella (donde, al menos, no consta lo no ha sido comprobado que esa misma novela hubiere aparecido con anterioridad a fue: de "faletín").

Dicho sueto, tras de informarnos brevemente que uno de los capítulos de la tal obra se intitula "Montevideo en 1808" y el otro "Las veladas del Convento" — prosigue con estas eocuentes palabras:

"Y ahora, a propósito de la novela del señor Acevedo Díaz, no pasarán muchas semanas sin que aparezca publicada.

"Está dividida en cuatro libros [*Ismael*, *Nativa*, *Grito de gloria y Lanza y sable*], desarrollándose su trama en los más interesantes periodos de la historia patria y sugetándose rigurosamente a la verdad de los hechos.

"El último y culminante episodio de la obra [se refiere, fuera de toda duda, a *Lanza y sable* en particular y a la tetralogía histórica o nacional en general] es una brillante descripción de la Defensa de Paysandú". ("Noticias: Cuadros Nacionales", en *La Epoca. Diario Independiente*, Año II, Núm. 288, p. 1, col. 8.— Montevideo, sábado 21 de abril de 1888).

49 "Acaba de salir de los talleres de obras de esta imprenta, en un volumen de 300 páginas, la anunciada novela histórica del señor Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*.

"*La Tribuna Nacional* ofreció hace tiempo a sus lectores, en calidad de primicia, un precioso capítulo de la nueva producción del distinguido literato uruguayo.

Limitándonos hoy a dar cuenta de su aparición, en breve publicaremos un juicio de la obra, que está suficientemente recomendada por el nombre de su autor" (*Ismael*, por Eduardo Acevedo Díaz, en *La Tribuna Nacional*, de Buenos Aires, 8 de mayo de 1888, p. 2, col. 4).

59 "Una de esas novelas, que son rara avis, es la que el señor Eduardo Acevedo Díaz, conocido periodista y literato, acaba de publicar con el título de *Ismael*"

Luego de detenerse en el argumento del libro y en muchos otros aspectos y detalles de dicho "romance patriótico", dice hacia la parte final:

"Esta será una de la novelas rara avis, que tengan éxito y merecido, por el interés histórico del argumento y por la habilidad literaria con que está desenvuelto" ([Pedro?] V[armas?], "La novela 'Ismael' por Acevedo Díaz, en *La Tribuna Nacional*, de Buenos Aires, 16 de mayo de 1888, p. 1, cols. 1-3; re producido en *La Epoca*, de Montevideo, Año II, Núm. 309, p. 1, cols. 3-4. Montevideo, viernes 18 de mayo de 1888).

69 "Ya fueron despachados en la aduana dos cajones conteniendo algunos centenares de ejemplares de *Ismael*, la novela histórica que acaba de publicar en Buenos Aires nuestro compatriota el reputado literato don Eduardo Acevedo Díaz.

"Conocidos son los cuatro primeros capítulos de *Ismael*, que fueron publicados en *La Epoca*, y cuyo mérito suscitó los más espontáneos elogios [...]

"Cuéntase que cuando se publicó el capítulo primero de la novela, que lleva por título "Cabildo abierto en ciudad cerrada o Montevideo en 1808", al leer la magistral descripción y el profundo estudio que de la época colonial ha hecho el señor Acevedo Díaz, el doctor Carlos M. Ramírez, ex-

clamó: ¡es admirable! — frase que condensa el más amplio elogio que puede hacerse de un trabajo de esa índole.

“El *Ismael* es una obra eminentemente nacional.

“El autor ha colocado y hecho actuar los personajes que en ella figuran en el escenario de nuestras luchas legendarias por la libertad y por la patria.

“Ningún uruguayo deberá quedarse sin un ejemplar del la novela de Acevedo Díaz. En Buenos Aires ha tenido la más favorable de las acogidas” (“Noticias generales: La última novela del Dr. D. Eduardo Acevedo Díaz”, en *La Tribuna Popular*, Diario liberal de la tarde, Año X — Núm. 2581, p. 2, col. 1 — Montevideo, jueves 17 de mayo de 1888; resumido de *La Epoca*, de igual fecha, Año II — Núm. 308, p. 1, cols. 7-8).

7º En *La Tribuna Nacional* de Buenos Aires, encontramos además el siguiente juicio relativo a la novela histórica *Ismael*, que, por aquel entonces, acababa de publicar en la vecina orilla Acevedo Díaz:

“Bartolomé Mitre saluda atentamente al señor D. Eduardo Acevedo Díaz, y al retribuir cordialmente las palabras con que lo acompaña, agradece el envío de su último libro, que ha leído con grande interés, no sólo como obra de imaginación y de rico estilo, sino también como estudio histórico y social de una época memorable, en que el embrión de una revolución se manifestó en los elementos que constituyen el asunto del libro y en los caracteres típicos que viven en sus páginas”. (“*Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz. Un juicio del General Mitre”, en *La Epoca*, de Montevideo, viernes 8 de junio de 1888, Año II Núm. 325, p. 1, col. 3; transcripto de *La Tribuna Nacional*, de Buenos Aires).

8º “Con ansia esperábamos la publicación de *Ismael* de Acevedo Díaz y con ansia creciente hemos leído sus páginas, a menudo deslumbrantes y llenas de ideas.

“Acevedo Díaz tiene la rara virtud de dejar grabados en la memoria del lector los cuadros que traza [.....]

“Habrán alguno: lunares en *Ismael*; pero ¿quién niega que el sol tiene manchas, y la aurora celajes y el cóndor llega a rozar el suelo con los plumones de sus alas?” (Victor Arreguine, “*Ismael*” en *La Lucha*, de Montevideo, Año II— Núm. 406, p. 1, cols. 2-4, miércoles 20 de junio de 1888; reproducido en *El Globo*, de Buenos Aires, noviembre 26 de 1888).

9º “Más que novela histórica, es *Ismael* un episodio histórico novelesco, de la época de la constitución de la nacionalidad oriental. Se ve claramente que el autor ha preferido la exposición histórica de los episodios de esa gloriosa lucha, al desarrollo de la trama novelesca. *Ismael*, protagonista de esta acción fantástica, no sirve más que para motivar la presentación de cuadros de gran interés histórico, y su misma creación es el tipo del gaucho patriota lanzado a la lucha activa por un suceso de insignificante importancia para la acción histórica”. (Alvaro de Luíán, “*Ismael*”, en *La Tribuna Popular*, de Montevideo, según recorte del Archivo de Investigaciones Literarias).

10º “*Ismael* realiza todo lo que Brenda dejó ilusorio e inverosímil.

“Acevedo Díaz, ha puesto en ese libro la hermosura que yo exijo únicamente.

“Y así como las censuras requieren argumentación, también la exigen los elogios.

“Para Brenda tuve que escribir una crítica. Para *Ismael* tengo que redactar un panegírico.

“*Ismael*, en suma, es el alma de un gran artista que estremece y conmueve a todas las sensibilidades individuales, y honra a esta nación, escribiendo una página de su historia, en la mejor de sus páginas literarias”. (Eduardo López Bago, “Campana crítica IV. Autores uruguayos. Eduardo Acevedo Díaz. Una obra maestra”, en *La Opinión Pública*, de Montevideo, de noviembre 21, 22 y 23 de 1888).

3) Escuelas comentarios sobre "Nativa":

19 "La segunda parte de "Ismael".- Dentro de poco tiempo, la literatura nacional, que debe ya al señor Eduardo Acevedo Díaz páginas brillantes que la honran y la enaltecen, se verá favorecida con la aparición de la segunda novela histórica de la serie comenzada con *Ismael*.

"El señor Acevedo Díaz, residente actualmente en La Plata, trabaja con asiduidad en su nueva novela, que abarcará la relación de los principales hechos de la guerra de la Independencia, desde el desembarque de los Treinta y Tres, hasta la batalla de Ituzaingó [sic, por Sarandí].

La aparición de esta nueva obra esperada con ansia por los que ven en el señor Acevedo Díaz un observador sagaz y un estilista brillante, ha sido retardada por los trabajos de corrección que el autor hace actualmente en las memorias de su abuelo el general Díaz, memorias que en breve verán la luz pública.- *La Razón*, (De *La Epoca*, Diario de la mañana, Año III.- Núm. 561, p. 2, col. 7.- Montevideo, sábado 23 de marzo de 1889; tomado de *La Razón*, Edición de la tarde, Año II.- Núm. 80, p. 1, col. 2.- Montevideo, viernes 22 de marzo de 1889).

29 "Primicia literaria.- Dentro de algunos días tengámonos las columnas de *La Opinión Pública* con la publicación de dos capítulos de la nueva novela que escribe actualmente el eminente literato uruguayo don Eduardo Acevedo Díaz y de la que ya publicamos antes una interesante página.

"La novela tardará aún en aparecer, pues el recargo de tareas judiciales que tiene su autor no le permite ocuparse de ella sino en sus ratos perdidos.

"No dudamos que nuestros lectores acogerán con agrado esta promesa que les permitirá admirar algunas de las brillantes páginas con que nuestro ilustrado compatriota enriquecerá muy pronto la literatura nacional.

"Desde ya agradecemos al estimado amigo su exquisita galantería que caracteriza una hermosa primicia para los lectores de este diario". ("Crónica: Primicia literaria", en *La Opinión Pública*, Director: Doctor Alberto Palomeque. Año II, Número 105, p. 4, col. 6.- Montevideo, sábado 23 de marzo de 1889).

39 "De Eduardo Acevedo Díaz.- Há tiempo ofrecimos a nuestros lectores una primicia literaria, obra de nuestro amigo el escritor uruguayo don Eduardo Acevedo Díaz, el primero, en nuestra actualidad, entre todos los cultores de las letras patrias, según nuestro juicio imparcial, por su erudición, su estilo y su acerada pluma.

"Hoy, al fin, podemos cumplir aquella promesa, de la misma manera que iremos, paulatinamente, llenando todo lo que desde un principio hemos ofrecido a nuestros favorecedores.

"*La Opinión Pública* puede, con justicia, envanecerse hoy día de ser el único diario nacional que tiene corresponsales en Burdeos, Madrid, Londres, París, Chile, Buenos Aires y Norte — América, que de la tal'a de [Gaspar] Núñez de Arce, [José] Martí, [Ricardo] Becerro [de] Bengoa, [Luis B.] Tamini, [Nicolás] Esteváñez, [Pedro Pablo] Figueroa, [Doctor] Armaignac y [Andrés] Sánchez [del Real], escriben expresamente para ella interesantes e ilustradas correspondencias, a la altura de las mejores de los más notables escritores europeos.

"Aún nos falta organizar de una manera completa este cuerpo de corresponsales, dando a la sección telegráfica el ensanche que reclama nuestro comercio; pero, todo ello vendrá, a medida que las fuerzas vayan desarrollándose, por aquello de que ellas se adquieren marchando.

"La primicia literaria del señor don Eduardo Acevedo Díaz consiste en el primer capítulo de la nueva novela que en estos momentos termina,

y que, puede desde ya casi asegurarse, ha sido escrita expresamente para **La Opinión Pública**, adquiriendo ésta la propiedad literaria de ella. Sólo faltan algunos detalles que arreglar para dejar concluida la negociación.

“Ese capítulo, perteneciente a la tercera obra que dará a la luz el señor Acevedo Díaz [dado que las otras dos obras que publicó son **Brenda e Ismael**], titulado “**Tiempos viejos**”, forma parte de una novela histórica terminarse, como hemos dicho, escrita con sujeción al plan que se ha impuesto su autor, de un estudio etnológico, social y político de nuestro país, por el cual intenta hacer resaltar los lineamientos más vigorosos de su historia, que trazan su fisonomía propia y diseñan de un modo indefeble sus propensiones e instintos nativos.

“El autor ha estudiado en sus correrías por nuestra campaña, durante las tristes horas de las guerras civiles, los hábitos, los usos, las tendencias y la idiosincrasia de nuestros compatriotas en el seno mismo de su masa cruda —“ácida, áspera y fuerte como zumo de limón”— y se encuentra perfectamente habilitado para escribir sobre un tema cuyo desarrollo será materia de otro libro.

“La nueva obra no hará sino contribuir a darle esa solidez y proyecciones que su autor desea, para la realización completa de su pensamiento, en el cuarto libro que ya prepara [aquí, sin duda, alude a la serie 1) **Brenda**, 2) **Ismael**, 3) **Nativa** y 4) **Grito de gloria**]

“El capítulo a que nos referimos aparecerá el 25 de Agosto [de 1889], junto con una composición literaria escrita expresamente para ese día por nuestro buen amigo y distinguido compatriota el señor don Guillermo Melián Lafinur,” (“**Crónica: De Eduardo Acevedo Díaz**”, en **La Opinión Pública**, Año II — Número 225, p. 5, col. 2.- Montevideo, viernes 23 de agosto de 1889).

49 “**25 de Agosto.**— El notable estudio del señor don Eduardo Acevedo Díaz, en el que da a conocer la situación del país y el estado de la prensa periódica en los momentos en que se preparaban los acontecimientos precursores de nuestra emancipación política, que debían conducirnos a la **Declaratoria de la Independencia**, estudio nuevo, fresco, original, que abre otros rumbos a nuestra inteligencia, fuente abundante de erudición, que surge ámpa y brillante de la piedra pulida por el roce de la idea en la cúpula del cráneo, donde esta se elabora, grande, elocuente, viva y ardorosa, es lo mejor que ofrecer podemos a nuestros lectores en el día aniversario de nuestra gloria nacional” (“**La Opinión Pública: 25 de agosto**”, en **La Opinión Pública**, Año II - Número 227, p. 4, col. 1. —Montevideo, domingo 25 de agosto de 1889).

50 “**Del autor de “Ismael”** — El 15 del mes entrante [de octubre de 1889] empezará a publicar **La Opinión Pública**, en folletín, la última producción literaria del primer novelista nacional D. Eduardo Acevedo Díaz.

“El autor ha donado galantemente la propiedad literaria de su obra a nuestro diario, y por más que nuestro Director, el Dr. Palomeque, haya querido comprársela, se ha negado a ello, dando pruebas de un desinterés digno de quedar consignado. Es la novela, cuya publicación y título anunciaremos oportunamente, continuación de “**Ismael**”, en la cual brillan a la par del estilo bien cincelado y lleno de imágenes, cuadros históricos de palpitante interés, escenas semi-salvajes de una naturaleza esplendente y personajes que llevan en sí el sello de la época en que vivieran.

“Como se recordara, en “**Ismael**” pintó nuestro primer novelista, con colorido mágico y lineamientos bien definidos, el instante de libertad del gaucha, sublevándose contra la dominación extranjera; reflejó, hizo surgir a la vida, ignoradas escenas de la vida críolla, tendencias ingénitas del elemento nacional, pasiones violentas y grandes de ese mismo elemento que habría de

fundar, después de sangrientos lustros de guerra sobre la ruina del sistema colonial, la República; y sobre los escombros del monopolio, de los desniveles sociales, de las diferencias de raza, libertad de comercio, y la igualdad ante la ley.

"Pues bien; en la nueva novela, seguirá el desarrollo evolutivo del instinto genial y será ella, el complemento de Ismael: una nueva serie de paisajes y un nuevo desenvolvimiento de pasiones, una modulidad diversa del carácter del hombre de los campos, aleccionado por los desastres y con sus instintos reforzados por la convicción profunda de la bondad de la causa.

"Pero, dejémos de hablar de la novela, que el nombre del autor es suficiente recomendación para ella, como lo fue el de Walter Scott, en Inglaterra, para sus obras inmortales" ("Crónica: Del autor de 'Ismael'", en *La Opinión Pública*, Año II —Número 244, p. 5, col. 4. — Montevideo, sábado 14 de setiembre de 1889).

6º "Ayer hemos recibido los originales de la novela histórica [Nativa] de Acevedo Díaz, que honrará las columnas de este diario.

"Como lo prometimos a nuestros lectores, el 25 [del corriente mes de octubre de 1889] indefectiblemente empezaremos su publicación.

"Una lectura rápida que hemos hecho de los originales que tenemos en nuestro poder, nos autorizan para adelantar la seguridad de que la nueva obra del ilustrado novelista supera las dos anteriores [se refiere, sin duda a Brenda y a Ismael] que tantos laureos le han valido" (Crónica: Nativa, en *La Opinión Pública*, Año II Número 274, p. 5, col. 1 - Montevideo, domingo 20 de octubre de 1889).

7º "Nativa.— Nuestro estimado colega. El Ferro Carril, anuncia en esta forma la publicación de "Nativa".

"Eduardo Acevedo y Díaz, el conocido autor de Brenda e Ismael y otras conocidas obras que han merecido gran éxito, acaba de terminar una novela intitulada 'Nativa', que está publicándose como folletín en nuestro colega *La Opinión Pública*, que ha comprado ese derecho de autor.

"Conociendo las condiciones de novelista que distinguen a Eduardo Acevedo Díaz, es de creer que su nueva obra alcance tanto o mayor éxito que el obtenido con las anteriores publicaciones" ("Crónica: Nativa", en *La Opinión Pública*, Año II —Número 280, p. 5, col. 3.— Montevideo, 27 de octubre de 1889: tomado de El Ferro-Carril, Diario de la tarde, Año XXI - Número 6122, Tercera Epoca - Núm. 23, p. 1, col. 4-5. Montevideo, sábado 26 de octubre de 1889).

8º "El movimiento literario en el país ha sido nulo. Apenas pueden citarse las producciones de los señores Víctor Arreguine, Isidoro de María, Rodós y Pons, Francisco A. Berra, José Luis Antuña (hijo), Miguel F. Rodríguez y Ricardo Passano, de las que la prensa se ha ocupado, en oportunidad, emitiendo juicios muy favorables a sus autores.

"Actualmente se editan las novelas Lybia de José Luis Antuña (hijo), y Narraciones Americanas de Víctor Arreguine, que verán la luz en todo el corriente año.

"Pero el verdadero acontecimiento literario, el que honra la literatura nacional, el que, puede decirse, en muy poco o nada será superado en el futuro, por escritores del país, es la novela Nativa que venimos publicando en nuestro folletín, obra de la poderosa inteligencia del señor don Eduardo Acevedo Díaz". ("La Opinión Pública: Montevideo, enero 1º de 1890". Retrospecto político, económico, judicial y municipal del año 1889". en *La Opinión Pública*, Año II, Número 333, p. 4 y p. 5, col. 1. Montevideo miércoles 1º de enero de 1890).

9º "En toda la corriente semana debe aparecer la primera edición [en libro] de Nativa, magnífica obra del distinguido novelista nacional señor

Eduardo Acevedo Díaz. Nativa fue publicada en folletín por la extinta Opinión Pública. Es continuación de Ismael, la novela histórica que suscitó tanta admiración y tan favorables críticas entre los más distinguidos literatos" ("Noticias: Nativa", en La Epoca, Diario de la mañana, Año IV-Núm. 862, p. 2, col. 3.- Montevideo, martes 19 de abril de 1890).

109 "Se ajusta [Nativa] en [la primera novela histórica] Ismael como el peto de acero de Milán en la armadura antigua.

"Los protagonistas ascienden notablemente en la escala etnológica. Algo pierde el libro con esta ganancia. Ismael es un libro más genuino; Nativa es más correcto.

[.....]

"Ismael tiene en menor cuantía esta condición [la de que uno de los dos géneros absorba al otro], — pues no me atrevo a llamarla defecto. Por eso he dicho que es un libro más genuino. Más genuino como libro de género, Nativa es de mejor factura. Los diálogos tienen más sabor y la ejecución es más correcta. Pero Ismael gustará siempre más, precisamente por lo que lo diferencia de su continuadora.

"Lo que hay de novela es admirable; lo que hay de historia es [también] admirable. Pero estas dos cosas admirables se hostilizan al unirse, como dos triunfos de fuerzas antagónicas. Diríase que cada género, celoso de la belleza del otro, trata de oscurecerlo; lográndolo a costa de su propio lucimiento" (Manuel P. Bernárdez.) "Ismael - Nativa por Eduardo Acevedo Díaz", en La Razón, Edición de la mañana, Año XIII - Números 3414 y 3415, p. 1, cols. 1-7 (folletín).- Montevideo, viernes 25 y sábado 26 de abril de 1890).

110 "Nativa.— Hemos recibido un ejemplar de Nativa, la última producción de Eduardo Acevedo Díaz, cuyo talento literario y grandes dotes de novelista, han sido puestos de relieve en sus obras anteriores [Brenda e Ismael], que tanto éxito han alcanzado, no sólo entre nosotros, sino también en la madre patria y en los países americanos de habla española.

"Con tiempo y la detención que merece, nos ocuparemos en oportunidad de la última producción del autor de Brenda e Ismael, quien persiste brillantemente en trazar nuevos rumbos a la literatura nacional por medio de la novela" (Del diario El País, de Montevideo, según un recorte existente en el Archivo de Investigaciones Literarias, de la Biblioteca Nacional).

120 "Nativa" — Acusamos recibo de un ejemplar de la obra de este título, producción felicísima de nuestro amigo y correligionario don Eduardo Acevedo Díaz, ex-director de este diario.

"Nativa es la continuación de Ismael, esa obra que sorprendió a cuantos conocían las anteriores producciones de Acevedo Díaz por el nuevo rumbo que marcaba en sus aptitudes literarias, tomando de un solo golpe y como por asalto el cetro de los novelistas del Río de la Plata, con la circunstancia de unir a la narración novelesca la historia de nuestra nacionalidad, en páginas brillantes de un interés que apasiona.

"Nuevos cuadros de costumbres que sólo existen en la memoria de las anteriores generaciones, resurgen con toda su poesía agreste y selvática en Nativa. El autor los ha alcanzado y en el extenso lienzo de sus obras los perpetúa, legando así un monumento literario a su patria.

"Quien no posea Ismael y Nativa, quien no conozca esas obras, ha dejado de saborear las infinitas bellezas, la ruda poesía de los comienzos de nuestra emancipación y el carácter de las luchas civiles que después ensangrentaron la patria nueva.

"El estilo en que está escrita Nativa es soberbio y en nada desmerece del que campea en Ismael.

"Nativa se halla de venta, en la Librería de Gadea, calle Cámaras entre

Buenos Aires y Sarandí” (“Noticias: Nativa”, en *La Epoca*. Diario de la mañana, Año IV —Núm. 883, p. 1, col. 7 y p. 2, col. 1. — Montevideo, martes 29 de abril de 1890).

139 “Circula en libro la última novela del señor Eduardo Acevedo Díaz, el distinguido y reputado literato oriental, autor de *Brenda* e *Ismael*. *Nativa* es el título, y con ella engalanó hace algún tiempo sus folletines un importante diario de Montevideo.

“Cuando se trata de producciones que aparecen con la recomendación del nombre de su autor, la crítica tiene amplísimo campo en que ejercitar su acción, mientras una noticia de la obra ha de encerrarse dentro de los límites de un simple anuncio.

“Pero hay que señalar, además, a propósito de *Nativa*, un interesante trabajo que sirve de epílogo a la novela, y que el señor Acevedo Díaz llama *Aclaración de algunas voces locales usadas en esta obra*, para mejor inteligencia de los lectores extranjeros al país.

“Trabajo metódico e ilustrativo, hay que recomendarlo muy especialmente a los que en España y América siguen con marcado interés todo aquello que guarda relación con las desviaciones, por así decirlo, del idioma general en las distintas secciones del continente.

“Ocurre también preguntar si don Juan Valera en presencia de ese verdadero diccionario que acompaña a *Nativa*, título que indica la índole del libro, se comprometerá con el señor Acevedo Díaz como antes con el señor Obligado a trabajar por la incorporación de muchos de los vocablos de la *Aclaración* al diccionario de la real academia española.

“Tras de esa cuestión podría venir la de la conveniencia y la del derecho de la academia para apropiarse o simplemente abrir juicio sobre la propiedad, mérito artístico, etc., de esos vocablos.

De todos modos, el señor Acevedo Díaz les ha dado la autoridad de su reconocido talento literario, haciéndolos servir de elemento artístico en la composición de su obra artística. Y subrayamos la palabra, porque indicamos de ese modo que el asunto que nos ocupa interesa de cerca las opiniones de un distinguido correspondiente argentino.

“Si se agrega al interés de la narración el vigor de un estilo pomposo siempre, que parece seguir las ondulaciones de la naturaleza que describe y las evoluciones de los caracteres que trata, y si se añade aún a todo eso el mérito filológico del citado trabajo de *aclaración*, se comprenderá que la obra del Sr. Acevedo Díaz, brinda deleites intelectuales y suministra materiales a la meditación y al estudio. (La Prensa, de Buenos Aires). (“Noticias: ‘Nativa’, por Eduardo Acevedo Díaz”, en *La Epoca*. Año IV — Núm. 902, p. 1, col. 7 y p. 2, col. 1. — Montevideo, viernes 23 de mayo de 1890).

149 “Ocurrirá, al llegar a este punto, preguntar: ¿No hay defectos en *Nativa*? Se ha dicho lo bueno: ¿dónde está lo malo? A eso contesto sencillamente: no sé. Por otra parte, no soy crítico, ni pretendo serlo; y si acaso lo fuera, pienso que el crítico benévolo para el autor que algún mérito revota, y exigente y mordaz para los escritorzuelos ramplones, es como el labrador que ayuda a madurar la espiga y mata la zizaña. Además, en una obra de mérito, los defectos se ponen por sí solos de relieve y aparecen a los ojos del lector, por la razón misma que se descubre el lunar en la piel blanca y rosada. No es conveniente decir a una mujer: “Es Ud. hermosa, pero tiene un lunar en la mejilla”: basta decirle que es hermosa: ella tiene un espejo en que diariamente consulta. El escritor de talento conoce sus defectos, y si no los abandona por complejo, no es por falta de esfuerzo. A veces el defecto, como el lunar mismo no sienta mal: entonces lo deja. Puede ser muy bien una coquetería del estilo: pero no hay para qué empeñarse en descubrirla”. (E[nnique]. E. Rivarola. “Crítica literaria. *Nativa*,

(Novela, por Eduardo Acevedo Díaz, en La Epoca, Año IV—Núm. 973, p. 1, col. 7 y p. 2, col. 1-2. Montevideo martes 19 de agosto de 1890).

15. "He leído atentamente su juicio sobre mi última novela *Nativa* y lo he hecho complacido; no ya por las frases elogiosas que usted me tributa, que mucho agradezco, mas sí por las tendencias que en él descubro y que revelan una claridad de vistas propias del crítico de conciencia. Le doy este título aunque usted, en su modestia, se lo niegue, y que complementa lo que ya adquiridos tienen su personalidad como literato y como poeta de estro fecundo.

[.....]
"Creí que los sentimientos de la patria y del valor, los amores del gaucho, sus instintos, sus desnudeces, sus heroísmos, sus crueldades estudiadas conjuntamente con los sucesos históricos a que se adunan de una manera estrecha formando con ellos un solo y vasto cuadro de vigoroso colorido, merecían bien ser descriptos en romance, sin faltar a la fidelidad exigible con respecto a los hechos, ni al detalle exacto respecto a las costumbres.

"Creí también que aisladamente, el simple estudio de costumbres perjudicaba el interés, desde que no haría resaltar los perfiles enérgicos de la sociabilidad, faltando el teatro de la lucha verdadera; y que era ante la luz de la historia que debían desfilar instintos y pasiones en toda su intensidad, en todo su brillo, con todos sus tintes siniestros, para definir aptitudes y caracteres.

"Entonces escribí *Ismael* —la novela que precede a *Nativa*— sin que con los dos haya llenado todavía el plan que me impuse.

[.....]
"No he llegado al término u objetivo final que me propuse; pues por lo que dejo consignado, se habrá Vd. apercibido que *Nativa* no es una novela aislada, sino la segunda, de una serie con trabazón lógica entre sí y solidaridad completa en los vínculos históricos" (Eduardo Acevedo Díaz "*La novela histórica* [A mi distinguido crítico y amigo Dr. D. Enrique E. Rivarola]", en *La Epoca*, Año IV—Núm. 979, p. 1, cols. 3-5. Montevideo, miércoles 27 de agosto de 1890).

De todo lo expuesto hasta el momento, resultan las siguientes conclusiones:

1º Que *Ismael* no se dio nunca a conocer a manera de folletín, pues de dicha novela histórica tan sólo "los cuatro primeros capítulos [...] fueron publicados en *La Epoca*", de Montevideo (fechas 1º, 4 y 5 de mayo, y 1º de junio de 1887); capítulos que, dicho sea de paso, corresponden en realidad, con algunos cambios, a 8 del libro: los números 1-2, 3-4, 5-6 y 8-9, respectivamente;

2º Que es inexacto, por lo tanto, según se ha afirmado, que *La Epoca* publicó entonces 12 capítulos de *Ismael*, y, muchísimo menos, que la serie de 4 artículos intitulados "La noche colonial, El aula superior y la Escuela primaria" —aparecidos en dicho diario los días 28, 29 y 31 de mayo, y 1º de junio de 1887—, integran o forman parte de la expresada novela;

3º Que *Ismael* como libro fue dado a conocer a principio del mes de mayo del año 1888;

4º Que *Nativa* —anunciada aunque sin su título, desde fines de marzo de 1889 — vio la luz de la publicidad a fuer de folletín — en 83 entregas—, en *La Opinión Pública*, de Montevideo, entre las fechas octubre 25 de 1889 y febrero 6 de 1890; y

5º Que la misma novela, bajo la forma de libro y con algunos cambios respecto de su aparición como folletín, fue impresa en los primeros días del mes de abril de 1890.

Documento No. XIII

Dos obras en parte relacionadas con el Brigadier General don Antonio Díaz y publicadas en Montevideo, en 1892:

"Historia del Uruguay", de Victor Arreguine

y

"Los Primitivos Habitantes del Uruguay", por José H. Figueira.

El primero alude de manera tácita (sin mencionarla) la "Etnología indígena" de Eduardo Acevedo Díaz.

El segundo, cronológicamente hablando, es el más antiguo estudio en citar dicho autor y esa obra expresamente, en diversos trabajos y en numerosas, muy distintas y asaz variadas ocasiones.

A) Breve pasaje de la "Historia del Uruguay" de V. Arreguine: (26)

Algunos al describir al charrúa, le atribuyen el tatuaje, es/ decir: incisiones en el cuerpo, hechas con puntas agudas, y coloreadas con jugos vegetales. Se agrega que se hacían determinado número de tajos en el rostro, que también teñían de colorado y azul. Nada dicen a este respecto algunos historiadores veraces, y hay razón para suponer que el tatuaje no debía ser muy general, o pudo ser importado, de la misma manera que debió ser importada la palabra *gualiche*, que es patagónica, y significa la idea del mal; pero del mal incompleto: de una especie de demonio bufón y brujo.

(26) Se reproduce aquí un pequeño fragmento de la obra historiográfica de Victor Arreguine, que, bajo el epígrafe de *Historia del Uruguay*, fuera publicada en Montevideo, por la imprenta y litografía de La Razón, hacia mediados del año de 1892.

Según puede apreciarse, Arreguine no trae ni proporciona cita o referencia expresa alguna en lo que respecta a dicho pequeño fragmento del capítulo II, parágrafo 8 (intitulado "*Costumbres [indígenas]*"), de su historia.

No obstante lo que llevamos señalado, resulta obvio y bien evidente que dicho autor, aunque tácitamente, se está refiriendo allí, en todo momento, a la "*Etnología indígena*" de Eduardo Acevedo Díaz y aún a la carta abierta del Coronel don Modesto Polanco acerca de los indios charrúas del Uruguay. (En la p. 7, en efecto, Arreguine había dicho, por otro lado, que los charrúas "tenían gran terror a la viruela, que solía hacer estragos entre ellos, y cuando enfermaba alguno en la tribu, lo dejaban solo en el campo y huían, tapando las abras de los bosques con ramas espinosas, para evitar el contagio".)

Por lo demás, Arreguine, al final del prefacio o introducción a su libro, ded'ara expresamente con las palabras que siguen, que, para redactar su historia, se ha valido, fundamentalmente, de las obras ya clásicas de Francisco Bauzá y de Carlos María Ramírez:

*NOTA — Entre los numerosos libros que hemos consultado para componer estos apuntes históricos, merecen nuestra especial mención la *Historia de la dominación española en el Uruguay*, del señor don Francisco Bauzá y [el] *'Artigas'* del doctor don Carlos María Ramírez.

Los charrúas miraban al bien y el mal como entidades abstractas; **Gualiche** era una superstición rastrera de espíritus asustadizos, que al tiempo del descubrimiento y conquista no se encontró en el Uruguay. En 1810, época en que un escritor estudia, para describirla más tarde como sumamente supersticiosa, la palabra se había incorporado a la tribu.

Pero eso, tal vez proviniera de las alianzas charrúas, que en más de una ocasión se afianzaron con los pampas. De estas alianzas adquirieron, sin duda, ciertos vicios y supersticiones, en fuerza de verlos repetidos entre gentes amigas.

“La obra del señor Bauzá —agrega— es una sabia compilación de noticias históricas, llena de observaciones hermosas y provista de plan, método y demás condiciones exigibles a esta clase de trabajos. Aunque hemos consultado casi todas las fuentes en que el señor Bauzá ha tomado sus datos, su libro nos ha sido de mucha utilidad y hasta nos ha servido de guía.

“En cuanto a la obra del doctor Ramírez —añade—, si bien es cierto que debe mirarse como de polémica, tiene a su vez un marcado valor histórico, y es el mejor monumento que hasta el presente se haya levantado a la memoria del Libertador”.

Sin embargo todo lo expuesto, a lo largo de dicho libro también se mencionan, además, los siguientes autores (que nos complacemos en destacar de manera amplia, ya que, por ser ambos naturalmente muy anteriores a su aparición, ni Bauzá ni Ramírez habían tenido oportunidad de citar, desde luego, la “Etnología indígena” de Acevedo Díaz): Lord Macaulay (p. 3); Alberto Palomeque (p. 14); Prichard, D’Orbigny y M. de Quatrefages (p. 15); Oviedo (pp. 17 y 18); Lozano (p. 93); Carlos Calvo (p. 243); A. D[eodoro]. de Pascual (p. 299) y Francisco A. Berra (p. 363).

Coinco vemos, nada, nada absolutamente dice Arreguine de Eduardo Acevedo Díaz ni de Modesto Rolanco.

Añadimos que la voz **gualiche** bien pudo haberse usado; en efecto, entre los indios charrúas del Uruguay, pero a fuer de préstamo lingüístico, dados sus reiterados y conocidos contactos con los pampas. (Véase sobre este particular, muy especialmente, el interesante trabajo del doctor Gervasio Domenech intitulado “Pampas y otros indios en la Banda Oriental”, que vio la luz como apartado (en 1944) y en el tomo IX de la Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología”, de Montevideo, en 1938-1941).

Agregamos, por otra parte, que si bien la obra de Arreguine, cronológicamente hablando, debe situarse entre las fechas toques del prólogo y la que corresponde a la de la aparición del ensayo paleoetnológico de Figueira— aquel se hizo amplio eco —es posible que a través de una publicación de Bauzá, de 1892, dada a conocer en la Revista de la Academia Literaria del Uruguay— de las investigaciones mandados a practicar por José H. Figueira a fines de 1891 en los cañones de Maldonado, en varios paraderos de la región de Este de nuestro territorio y, sobre todo, en los montículos tumulares situados hacia el extremo occidental de la Laguna Merín (Departamento de Rocha, Treinta y Tres, y Cerro Largo).

Cabe señalar asimismo, finalmente, que sobre Victor Arreguine pueden consultarse con provecho, el **Diccionario uruguayo de biografías 1810-1940** del doctor José María Fernández Saldaña (Montevideo, 1945) y un breve suelto aparecido en el diario **El Siglo**, de Montevideo, de 1905, debido a la pluma del preclaro pensador y distinguido literato don Julio Pignet: suelto que Arreguine reprodujo después al comienzo de su obra **Los Orientales. Tierra salvaje**, publicada en Buenos Aires, en 1924.

- B) Cuatro fragmentos del ya clásico ensayo paleoetnológico intitulado "Los Primitivos Habitantes del Uruguay" (1892), por José Henriques Figueira y aún un trozo de la página de carácter enciclopédico e ilustrada, del mismo autor, que lleva el epígrafe de "Cairnes; arqueología uruguaya" (1898) (27)

1) [...]

11. Son dignas de mencionarse las instituciones ceremoniales de los charrúas.

Las mujeres, al sentirse púberes, se sometían a cierto tatuaje, el cual consistía en tres rayas azules, una que desde la raíz del cabello iba a la punta de la nariz, siguiendo el caballete de ésta, y otras dos, dispuestas transversalmente, en cada sien. Estas rayas las hacían picando la piel y poniendo en ella una arcilla negruzca (a). Constituía este tatuaje una señal característica del sexo femenino.

Los hombres, según [Félix de] Azara, parece que usaban una especie de barbote semejante al tembetá de los guaraníes. Al efecto, pocos días después de nacido un niño, le horadaban el labio inferior a la raíz de los dientes, colocando en el agujero así formado, un palillo en forma de clavo, de más de medio palmo de largo, por 5 milímetros de diámetro, de suerte que la cabeza estuviera en la parte interna. Para que dicho palillo no se cayera, en la extremidad libre se le hacía un agujero, ajustando en él una cuña o clavija (b).

(a) [Félix de] Azara, Historia del Paraguay, vol. I, pág. 152. Los minuanes se hacían el mismo tatuaje; pero a veces suprimían las dos rayas laterales. (Azara, op. cit., vol. I, pág. 164.)

(b) Azara, op. cit., pág. 152. Es curioso que ninguno de los historiadores que vieron a los charrúas antes y después de Azara, mencionen esta costumbre, que, si existía, debió llamarles la atención. En cambio, en testimonios de principios de este siglo [XIX], se manifiesta expresamente, comentando el texto de la obra de Azara, que los charrúas no usaban el barbote.

(27) Reproducimos aquí otros fragmentos en parte relacionados al Brigadier General don Antonio Díaz y extractados a su vez de dos distintas publicaciones realizadas a fines del siglo pasado por el Prof. José Henriques Figueira, una de las cuales, la primera, que tiene un prólogo fechado en Montevideo, en mayo de 1892, vio la luz en el mes de setiembre próximo siguiente ("Los primitivos habitantes del Uruguay").

La segunda publicación, datada en mayo de 1897, fue en cambio dada a conocer en los meses de mayo y junio de 1898 ("Los cairnes del Uruguay").

2) [.....]

12. Casi todos los historiadores están de acuerdo en que los charrúas no adoraban ninguna divinidad ni tenían religión. Sin embargo, los ritos funerarios y demás prácticas que observaban, así como el modo de asistir a los enfermos, demuestran que existía en ellos la idea, aunque vaga, de fuerzas sobrenaturales.

En efecto, ¿qué significación tienen las ofrendas funerarias en la evolución de las sociedades, si no es la creencia en que el muerto, después de la tumba, llevará una existencia semejante a la que tuviera durante su vida? ¿De qué otra suerte interpretar los sacrificios y mutilaciones a que se sometían con agrado, si no es suponiendo que con ellos contentaban al difunto y evitarían, tal vez, la ira de su sombra tan temida? ¿No era también cierto temor supersticioso el que obligaba a los charrúas a no abandonar sus toldos durante la noche? (c)/

¿No era, por ventura, la creencia en que las enfermedades eran producidas por espíritus malignos, la que guiaba el tratamiento tan original que se adoptaba? Todos estos hechos revelan la existencia de un animismo bien caracterizado. Así también opinan pensa-

(c) [Pedro] Lozano, Historia de la conquista del Paraguay, etc. En la colección de documentos publicados por Andrés Lamas. Buenos Aires; 1873-1875. 5 volúmenes. Vol. I, 1873, pág. 409.

Corresponde destacar ahora que, para ambos casos, hemos reproducido los fragmentos de la referencia en un todo de conformidad y acuerdo a varios ejemplares con numerosas y variadas enmiendas y correcciones manuscritas, realizadas de puño y letra por el propio autor.

Dichos cambios y adiciones, en cuanto a sus referencias al Brigadier General don Antonio Díaz y a las observaciones de éste en torno a los indios charrúas del Uruguay, no alteran en manera alguna ni modifican en lo más mínimo el fondo mismo de la cuestión.

Desde hace unos veinte años nos hallamos abocados en la preparación de la biobibliografía de José H. Figueira; pero como tal trabajo tardará todavía algún tiempo en publicarse, señalamos entre tanto otros que se pueden consultar, siendo suficientes para cuantos se sientan atraídos por dicha cuestión.

A los primeros rasgos biobibliográficos publicados en Gotemburgo, Suecia, por el Prof. J. Hyberg, en 1890, donde, entre otros muchos puntos de interés, allí se transcriben las palabras de despedida del doctor Otto Salomon, que dicen: "El rayo de luz de nuestro curso, el amigo fiel, el compañero dispuesto siempre a prestar servicios; empeñoso en el trabajo, profundo en los pensamientos serios; alegre y moderado en las chanzas. Recordadnos siempre con amistad y no olvidéis el tiempo que habéis pasado bajo el cielo del



El Profesor José H. Figueira —Pedagogo, antropólogo y meteorólogo (1860-1946)—, fue el primer autor que —a través de diversos trabajos publicados entre 1892 y 1902— citó, comentó y valoró en su exacta apreciación y justos términos la “Etnología indígena” de E. Acevedo Díaz, cuyas tres ediciones— dos de junio de 1891 y la restante y última del mes de agosto de ese mismo año— conoció y compulsó fuera de toda duda, a juzgar no tan sólo por sus referencias publicadas desde 1892, sino también, además —y muy principalmente—, por las numerosas y variadas anotaciones manuscritas que, de puño y letra de dicho paleoetnólogo y primer arqueólogo uruguayo pueden observarse en los ejemplares de aquellas existentes en su biblioteca particular, de más de sesenta mil volúmenes especializados. Figueira manifestó siempre, desde temprana edad, grande cuanto profunda inclinación por las Ciencias Naturales. Fue Preparador (Taxidermista) y Auxiliar de Zoología en el Museo Nacional de Montevideo. Sus trabajos antropológicos han sido hasta el momento los más citados, comentados o transcritos fuera de fronteras. Hanse ocupado de ellos, en efecto, entre muchísimos otros, autores como Lafone y Quevedo, Ihering, Serrano, Schüller, Torres, Porto, Pericot y García, Tejeiro Martínez, Leguizamón, Outen, Boman, Ambrosetti, Brinton, Mantegazza y Lehmann Nitsche. Fue Figueira, además, el iniciador de los estudios lingüísticos en el Uruguay. En París y Berlín estudió antropología y sociología. Tuvo destacadísima participación en la Exposición Histórico-Americana de Madrid; le fue conferida por sus relevantes trabajos en ella la Real Orden de Oficial de Isabel la Católica (1892) y muchas de las conclusiones a que arribó en sus obras tienen sanción de cosa juzgada.

dores como [Franz Theodor] Waitz (ch), [Alcide Dessalines] D'Orbigny (d), [Albert] Reville (e) y otros autores no menos distinguidos, que se han dedicado al estudio comparativo de los fenómenos que manifiesta la vida social en sus diversas formas. Hay que convenir, sin embargo, en que todas estas ideas tenían poca consistencia entre los charrúas, puesto que en su organización social faltaban los hechiceros u hombres misteriosos, existiendo tan sólo los curanderos, que son los precursores de aquellos (f).

[.....]

Se había creído hace algún tiempo, y aún hoy día no falta quien así lo afirme, que existía el canibalismo entre los charrúas. Nada tendría de particular que tuvieran esa costumbre, la cual estaba generalizada entre varias tribus brasileñas y guaraníes; pero los hechos no autorizan esa conclusión. En efecto, los que sostienen que eran antropófagos los charrúas, se fundan en [Francisco Antonio] Pigafetta (g), en [Francisco López de] Gomara (h), y, sobre todo, en [Antonio

(ch) *Anthropologie der Naturvölker*. — Leipzig, 1859—1872, 6 volúmenes. Vol. III. Die Amerikaner ethnographisch und kulturhistorisch dargestellt, 1862, pág. 483.

(d) *L'homme américain*, París, 1839, 2 volúmenes y un atlas. Vol. II, pág. 90.

(e) *Histoire des religions*. París, 1883-1889, 4 volúmenes. Vol. II. Les religions des peuples non-civilisés, 1883, pág. 390.

(f) Algunos escritores locales modernos, al ocuparse de los charrúas, y considerando resuelto que fueran guaraníes, les han atribuido ad libitum los mitos de Tupá y de Aignan (Juan Manuel de la Sota, *Historia del territorio Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1841, pág. 20), en contra de las afirmaciones de los historiadores que conocieron a los charrúas.

(g) Giovanni Battista Ramussio, *De le Navigationi et Viaggi*, vol. I, Venecia, 1563, pág. 353, verso.

(h) *Historia General de las Indias*, vol. I de la Colec. Rivadeneyra, Madrid, 1852, pág. 211.

Norte; nosotros no os olvidaremos jamás", siguió, también en el extranjero, la bibliografía dada a conocer en Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica, en 1921, por el doctor William Belmont Parker, en la que se expresa: "Posee la más grande biblioteca privada del Uruguay y tiene fama de lingüista".

Consultense, además, las interesantes noticias que sobre el tema publicaron en el territorio uruguayo Arturo Scarone (1937), Alberto Antonio Alves (1947) y Ema Santandreu Morales (1947), (Por la pertinente bibliografía de rigor, cf. nuestro folleto intitulado *Una excursión arqueológica al Cerro Tupambay realizada en los comienzos de 1881*, publicado en Montevideo, en 1958).

de] Herrera [y Tordesillas] (i). Y estas afirmaciones las han hecho con posterioridad a los sucesos y exagerando lo dicho por referencias por el historiador de la época. Pedro Mártir de Anglería, cronista de los Reyes católicos (j), al narrar la muerte de Juan Díaz de Solís.

Pero los testimonios de las personas que conocieron a los charrúas, desde 1527 hasta principios del presente siglo [XIX], como el capitán Diego García [de Moguer] (k), Luis Ramírez (l), [Félix de] Azara (ll), [Alcide Dessalines] D'Orbigny (m) y el general A[ntonio]. Díaz (n), o bien niegan que los charrúas tuvieran hábitos de antropofagia, ya por venganza o por necesidad, o guardan silencio sobre el particular, afirmando todos, por el contrario, que trataban bien a los prisioneros.

3) [.....]

En sus habitaciones o toldos, los charrúas se asemejaban a los patagones. Se componían de tres o cuatro ramas que cortaban de un árbol, y dándoles la forma de arco, clavaban sus extremos en la tierra. Sobre esta armazón, extendían algunos cueros, y allí vivían marido, mujeres e hijos (ñ). Las dimensiones de estos toldos

(j) Véase P[etrus]. Martyr: "De rebus Oceanicis et Orbe novo, decades tres". Basilea, 1533, década tercera, libro X, pág. 66 A, recto, línea 5 a 10. En la edición inglesa de la obra del mismo autor, titulada: "De nouvo orbe", publicada en Londres, en 1612, no se dice que los indios hubieran comido a Solís (pág. 149 verso y 150 recto).

(i) Décadas de Indias, 2ª edición. Déc. II, libr. I, cap. VII, págs. 11 y 12. Gregorio Funes (Ensayo de la historia civil del Paraguay, etc., Buenos Aires, 1816, vol. I, págs. 3 y 4), Lozano (op. cit., vol. II, pág. 8) y [Pedro de] Angell, (col. cit., tomo I, Anexos a Ruíz Díaz de Guzmán, pág. 11) siguen, en gran parte, a Herrera.

(k) Relación de viaje publicada por F[rancisco]. A[dolfo]. de Varnhagen: Revista do Instituto historico e geographico do Brazil, Tomo XV, 3ª serie, núm. 5, 1er. trimestre de 1852, págs. 11, 13 y 14.

(l) Carta publicada por Varnhagen en la Revista del Instituto histórico: loc. cit., pág. 19 y siguientes.

(ll) Op. cit., vol. II, pág. 145.

(m) Op. cit., vol. II, pág. 88. Véanse también: Corografía. bras[ileña], vol. I, pág. 338, y Art de vérifier les dates, t. XIII, pág. 137, citados por D'Orbigny.

(n) Etnología indígena. Publicada en "La Epoca" de Montevideo, en junio [sic] de 1891, por Eduardo Acevedo Díaz.

(ñ) Azara, op. cit., vol. I, pág. 152 y 153. Lozano afirma que usaban en sus casas unas débiles esteras. (Op. cit., vol. I, pág. 408).



Arte uruguayo: Zapicán, cacique charrúa, por Nicanor Blanes. Esta estatua, junto a la que se reproduce en el grabado siguiente fue modelada en Florencia (Italia), en el año de 1881 (Del libro de lectura *Un buen amigo*, por José H. Figueira, Montevideo, nueva edición, lámina XX, página 248).-

eran de 180 centímetros de largo, 60 a 90 centímetros de ancho, y otro tanto de altura (o). Si el toldo era demasiado reducido, armaban otro igual al lado (p)./ Hacían el fuego cerca de sus habitaciones. Cada familia disponía de una de estas chozas. Por lo regular escogían para colocarlas, la costa del océano o la margen de algún río o arroyo, a menudo en paraje arenoso, en donde se agrupaban en número proporcional a la abundancia de los medios de subsistencia.

4) [.]

17. Tales eran los caracteres individuales y sociales de los charrúas cuando llegaron los españoles al Río de la Plata; posteriormente modificáronse algún tanto sus costumbres. Estas modificaciones fueron impuestas, sobre todo, por la introducción en el país, del ganado caballar y vacuno, que efectuaron los europeos, y cuyo ganado se multiplicó de tal suerte en los prados naturales, que llegó a ser muy abundante en estado salvaje.

Los indios, desde entonces, usaron el caballo y se hicieron muy diestros en su manejo. También utilizaron los potros y las vacas para alimentarse. Todo esto disminuyó su agilidad para correr a pie y sus hábitos de caza. Hay que agregar a estas influencias, la que debe haber ejercitado la mezcla de los mestizos, negros y españoles criminales que se refugiaban entre los charrúas (q). Además, en sus relaciones con los españoles y portugueses, obtuvieron alfanjes y hieiros para hacer sus armas, las que entonces consistían en una lanza de tres metros y medio de largo, con moharra de metal (r) y flechas pequeñas; pero cuyas puntas, en vez de ser de piedra, como / antes las usaban, eran de hierro, utilizando frecuentemente, al efecto, los arcos de los barriles viejos (rr). La única arma de piedra que siguieron usando fue la boleadora de dos ramales, que llevaban atada a la cintura. Por lo demás, conservaron la mayor parte de sus condiciones individuales, hábitos y costumbres primitivas.

18. Según el general don Antonio Díaz, que tuvo ocasión de observar a los charrúas en el mes de Noviembre de 1812, en la mar-

(o) Eduardo Acevedo Díaz. Etnología indígena. "La Epoca" de Montevideo, Junio [sic] de 1891.

(p) Azara, op. cit., vol. I, pág. 153.

(q) Lozano, op. cit., vol. I, pág. 411.

(r) Azara, Historia del Paraguay, vol. I, pág. 146.

(rr) Eduardo Acevedo Díaz, op. cit.



Arte uruguayo: Abayubá, cacique charrúa, por Juan Luis Blanes. Los autores de estas dos esculturas, los hermanos Nicamor y Juan Luis Blanes, eran hijos del exímio pintor uruguayo Juan Manuel Blanes (Del libro *Un buen amigo*, por José H. Figueira, Montevideo, lámina XXI, página 249).

gen derecha del arroyo de Arias, cerca de su barrā en el Río Santa Lucía grande y junto al casco de la antigua estancia de D. Tomás García de Zúñiga, éstos formaban una agrupación de 647 individuos, entre los cuales había 297 hombres de armas. Obedecían a un cacique, eligiendo para ese cargo al que gozaba de mayor crédito por su valor y sagacidad. Este ejercía una autoridad ilimitada. Continuaban siendo supersticiosos: admitían la existencia de un espíritu maléfico, al que atribuían todas las desgracias y enfermedades, y al cual llamaban **Gualiche** (s). Enterraban a sus muertos en las inmediaciones de algún cerro, haciendo una excavación poco profunda, en donde colocaban el cadáver, cubriéndolo perfectamente con piedras, si las había cerca; de lo contrario, usaban para el mismo fin ramas y tierra. Ponían encima las boleadoras del difunto y clavaban a un lado de la sepultura su lanza, y al otro dejaban el caballo atado a una estaca. Los hombres y las mujeres se hacían las mutilaciones de que habla [Félix de] Azara (t).

19. Tenían sus curanderos y también curanderas. Estas últimas, generalmente, adoptaban como remedio, frotar el cuerpo con grasa, valiéndose al efecto de un cuero (u). No usaban el tembetá, pero algunos se tatuaban en el **pecho, espaldas y hasta en la cara**, los que presentaban cicatrices muy unidas hechas con las puntas de las flechas y formando varias figuras y bordados (v).

Vivían en sus toldos de paja y ramas, y cuando el ganado escaseaba en las cercanías del campamento, los mudaban a otra parte, donde fuese más fácil procurárselo. Andaban desnudos o usaban una pam-/panilla de jerga ordinaria. El cabello lo sujetaban con una vincha o con un tiento. Las mujeres cargaban a los pequeñuelos a la espalda en una especie de saco de jerga (w). -

El carácter de los charrúas siguió siendo feróz y depredador. Trataban a sus mujeres como a esclavas y las castigaban con las boleadoras, dándoles golpes en las espaldas. Su genio era alegre y les agradaba mucho el juego, principalmente de agilidad, uno de los cuales consistía en tratar de enredar las boleadoras en una estaca clavada en el suelo, a cierta distancia, con una cuarta fuera de la tierra. Eran muy aficionados al tabaco, al aguardiente y a la yerba mate. Solían tener cuestiones entre sí por motivo de hurtos que se hacían los unos a los otros (x).

(s) Idem., id., id., id.

(t) Idem., id., id., id.

(u) Idem., id., id., id.

(v) Idem., id., id., id.

(w) Idem., id., id., id.

(x) Idem., id., id., id.



Una de las numerosas pictografías del arroyo Maestre, Campo (Departamento de Durazno, República Oriental del Uruguay), que fuera relevada en el año de 1905 por el Dr. Agustín E. Larrauri y estudiada más detenidamente, hasta en sus mas ínfimos detalles, por el autor de este trabajo, en unión del Prof. Carlos A. de Freitas, primero, y, después —el 30 de setiembre de 1954—, con el erudito Dr. Carl Schuster. (Foto Schuster, 1954. Negativo 1214,32).

5) [.....]

Los historiadores primitivos del Uruguay, al describir las costumbres funerarias de los charrúas, manifiestan que dichas gentes sepultaban a sus muertos con sus armas en el cementerio común que tenían en un cerrito, y, una vez que tuvieron animales domésticos, los parientes o amigos sacrificaban sobre la tumba el caballo de combate del difunto (y).

El general don Antonio Díaz, que tuvo ocasión de observar a los charrúas en el mes de Noviembre de 1812, en la margen derecha del arroyo de Arias, cerca de su barra en el Río Santa Lucía grande y junto al casco de la antigua estancia de D. Tomás García de Zuñiga, dice que estos salvajes enterraban a los muertos en las inmediaciones de algún cerro, haciendo una excavación poco profunda, en donde ponían el cadáver, cubriéndolo perfectamente con piedras, si las había cerca; de lo contrario, usaban para el mismo fin ramas y tierra.

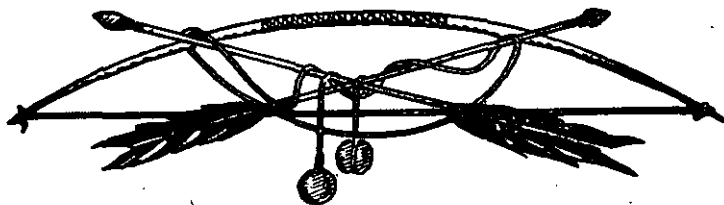
Deposítaban encima de esta especie de cairnes las boleadoras del difunto y clavaban a un lado de la sepultura, su lanza, y al otro lado dejaban el caballo atado a una estaca.

Decían ellos que lo último era para el viaje que debía emprender el fallecido.

Los hombres y las mujeres se sometían a sacrificios y privaciones, y se hacían las mutilaciones de que habla [Félix del] Azara (z).

(y) Azara.- Historia del Paraguay y del Río de la Plata.- Madrid, 1847. Volumen I, página 157.

(z) Eduardo Acevedo Díaz.- Artículo intitulado Etnología indígena, y publicado en el diario La Epoca, de Montevideo, en Junio [sic] de 1891.



Viñeta utilizada por el Prof. José H. Figueira para ilustrar la página "Hombre contra hombre", del eximio literato uruguayo Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893). (Del libro quinto de lecturas culturales básicas intitulado Vida, por José Henriques Figueira, Montevideo, nueva edición, página 230).

Corresponde recordar que tanto Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) como José Henriques Figueira (1860-1946) y Alberto Palomeque (1852-1937) eran contemporáneos entre sí y que en aquella lejana época en que la población intelectual del país no tenía desde luego la densidad de nuestros días, era natural, entonces, en cierto modo, que esos tres escritores de talento —a pesar de las prolongadas permanencias de José H. Figueira en Rocha o en Europa y de Eduardo Acevedo Díaz en Buenos Aires y la República Argentina— conocieran recíprocamente sus respectivas obras.

Por ejemplo:

I) Eduardo Acevedo Díaz - Alberto Palomeque.- Sus relaciones son de sobra conocidas, sobre todo por haber sido compañeros de estudio, por dirigirse juntos —eran, además correligionarios—. La revista uruguaya (1875) y, principalmente, por la correspondencia epistolar de carácter político-literaria mantenida entre ambos amigos; correspondencia que, con una introducción a cargo del erudito Prof. Alfredo R. Castellanos, fue publicada en 1969 en la Revista de la Biblioteca Nacional, de Montevideo. (Acerca de esta importante publicación, debemos expresar que, en general, consideramos bastante atinadas y recomendables sus numerosas observaciones y conclusiones, por más de que en parte, en determinados casos y detalles, discrepemos en algo con ellas).

II) Eduardo Acevedo Díaz-José H. Figueira.- Según ya lo hemos expresado, Eduardo Acevedo Díaz había fundado y dirigido el diario La Epoca, de Montevideo, del 1º de mayo al 13 de diciembre de 1887.

En dicho lapso, fundamentalmente, el insigne novelista que nos ocupa publicó algunas referencias a la personalidad y obra de José H. Figueira.

Así, por ejemplo, y ya desde la "gacetilla" del número 3 de La Epoca —número que corresponde al día 4 de mayo de aquel mismo año de 1887—, bajo el título de "Noticias escolares", muy lacónicamente se dice allí:

"Se les ha concedido licencia para bajar a esta capital, a los Inspectores de Escuelas de los Departamentos de Florida y Rocha, señores D. Julián O. Miranda y D. José H. Figueira". (La Epoca. Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año I-Núm. 3, p. 2, col. 3.- Montevideo, 4 de mayo de 1887).

Por lo demás, Acevedo Díaz, consecuente en su interés por difundir siempre todo aquello que reflejara el estudio de las condiciones naturales de nuestro territorio, reprodujo con elogio dos de los tres extensos e interesantes artículos —atestados de datos precisos e importante información sobre clima—, que, bajo el epígrafe de "Algo más acerca del Observatorio Meteorológico del Colegio Pío de Villa Colón", José H. Figueira había originalmente publicado en los números 80 y 81 del periódico político intitulado La Patria, de Rocha, los días 12 y 15 de setiembre de aquel mismo año de 1887:

"En los artículos publicados en este diario [La Epoca] por el presbítero Dr. [Luis] Lasagna impugnando el informe del inteligente Brachiller, [Alberto] Gómez Ruano sobre el Observatorio Meteorológico del Colegio Pío de Villa Colón —dijo, entre otras cosas, Acevedo Díaz— en el acápite al primer artículo señalado y reproducido—, se invocaba la autoridad del señor [José H.] Figueira como contraria a ese informe. En La Patria de Rocha —agrega—, encontramos el artículo que va más abajo, referente a

ese interesante asunto y el cual, por cierto, no es favorable a la invocación aludida.

"El artículo pertenece al señor [José H.] Figueira.

"Lamentando que el Dr. [Luis] Lasagna se haya personalizado en una discusión que no debió tener otro carácter que el científico, cúmplenos ofrecer las columnas de La Epoca a nuestro amigo el Sr. [Alberto] Gómez Ruano, para la defensa de su informe.

"Véase ahora el artículo a que hacemos referencia —dijo, por último, Acevedo Díaz—, cuya conclusión publicaremos oportunamente". (Consúltese, en torno a este particular, La Patria, de Rocha, Año I—Núm. 80 (p. 1, cols. 3—5, y p. 2, col. 1) y Año I—Núm. 81 (p. 2, cols. 2—4). —Rocha, lunes 12 y jueves 15 de setiembre de 1887.— Véase asimismo La Epoca, de Montevideo, Año I—Núm. 113 (p. 1, cols. 4—5) y Año I—Núm. 116 (p. 1, col. 7). —Montevideo, sábado 17 y miércoles 21 de setiembre de 1887).

Dicho periódico La Patria, de Rocha, a su vez destacó muy especialmente —como también lo pusieron, de igual modo, bien en evidencia, el señor Alberto Gómez Ruano y los Directores del Observatorio Meteorológico del Colegio Pío de Villa Colón— las reproducciones de la referencia, de que habían sido objeto esos artículos; y todo ello con las palabras que siguen:

"La Epoca. —Este importante diario de Montevideo, está transcribiendo el trabajo del señor [José H.] Figueira que, en la Sección científica, venimos publicando referente al Observatorio meteorológico del Colegio Pío de Villa Colón e informe producido sobre él por el señor [Alberto] Gómez Ruano.

"Por lo que ya hemos visto y lo que se anuncia, parece que esa cuestión será ruidosa.

"Algo ha de ganarse con ella. Sigán pues adelante los hombres de la ciencia, tratando asunto de tanta importancia.

"Según hemos oído —se indica por último—, las publicaciones del señor [José H.] Figueira serán remitidas al Ministerio correspondiente para que sean tomadas en cuenta sus observaciones, en lo que ellas importan, en la resolución a tomarse por el Gobierno, en el asunto que las ha motivado" (Gacetilla: "La Epoca", en La Patria, Periódico político, Año I—Núm. 85, p. 3, col. 1.— Rocha, miércoles 21 de setiembre de 1887).

Además de todo ello, conviene destacar que José H. Figueira, en varias de sus obras y publicaciones —libros de lectura, Los primitivos habitantes del Uruguay, etc.— recuerda igualmente y como es debido a Eduardo Acevedo Díaz.

III) José H. Figueira-Alberto Palomeque. Son ante todo numerosas y muy variadas las referencias de Alberto Palomeque acerca de José H. Figueira: referencias que pueden hallarse a lo largo de los 379 números del diario La Opinión Pública, de Montevideo (que aquel dirigía), y que vieron la pública luz entre el 15 de noviembre de 1888 y el 19 de marzo de 1890; e igualmente, además, en las páginas de los 9 volúmenes en 8º intitulados por su autor Mi año político, que Alberto Palomeque publicó, también en Montevideo, entre 1889 y 1890.

Lo reducido del espacio de que disponemos, no nos permite detenernos en la enumeración y/o reproducción de esas numerosas referencias como sería nuestro deseo.

Sin embargo lo expuesto, en una de esas noticias se comenta, entre otras, una carta del Prof. José H. Figueira aparecida en la edición de la tarde del diario La Razón, de Montevideo, el día 10 de setiembre de 1890, y aún su folleto en 129, de 31 páginas, intitulado *Om de grundläggande skolorna* (escuelas primarias) i Uruguay, que contiene una conferencia que Figueira dictara en la Escuela Normal de Nääs, los días 26 y 27 de junio de aquel mismo año y que fuera publicada a poco en Gotemburgo, Suecia; folleto que fue inmediatamente reproducido en varios periódicos escandinavos y en donde el erudito paleoetnólogo en cuestión se refiere ya, muy precisa y claramente, a la "guaranítico-pampeanska rasen" (p. 11); esto es a los tipos o grupos raciales mucho después diagnosticados por otros como amazónicos (o brasílicos) y pámpidos (o patagónicos), respectivamente:

"El señor [José H.] Figueira en Europa.- "Un ciudadano que, como el extinto [Eugenio] Ruiz Zorrilla, también se dedica a trabajar con ahínco por el bien del país, habiendo ya revelado su gran preparación y lo mucho que de él espera la patria -el señor José H. Figueira,- escribía desde Europa, por donde viaja en misión pedagógica especial, por cuenta del Gobierno, una carta, en la que hacía resaltar los juicios erróneos que por allá se hacen con relación al país, debido a los trabajos de quienes precisamente más obligados están a no incurrir en faltas groseras.

"El señor Figueira, con toda razón, decía:

"Llena el alma de angustia, el oír en el extranjero juicios erróneos y poco favorables respecto a nuestra patria querida; pero nuestro dolor sube de punto y se mezcla con cierta indignación, al saber que dichas ideas han sido propagadas no sólo por un ciudadano, sino por un Ministro de Estado que debe ser fiel intérprete y defensor de los intereses nacionales,

"Digo esto, porque lo que yo he experimentado durante mi excursión por las principales ciudades de Europa, al ver que las personas que se ocupan de cuestiones de enseñanza, nos consideraban aún en la edad de la piedra, fundándose en las apreciaciones y en los datos que sobre Educación común ha expuesto el ex-Ministro doctor Duvimioso Terra, en la monumental Memoria presentada a la Honorable Asamblea General en el primer período de la 16a. legislatura y remitida a la mayor parte de las autoridades científicas de Europa, sin duda creyendo que no comprenderían el castellano y que más bien que por el contenido, juzgarían por el bulto de dicha publicación,

"No quiero referirme a las ideas pedagógicas que expone el ex-ministro; porque al fin, cada individuo es libre de pensar a su manera, aún cuando es de suponerse que un Ministro de Estado en el departamento de Instrucción Pública ha de saber por lo menos lo que es bueno y lo que es malo en materia de enseñanza, y lo que la pedagogía científica ha condenado como contraproducente a los fines de la educación: pues de lo contrario, el país se perjudicará, siempre de los errores cometidos. Así, al sostener hoy día la necesidad del Internado para propagar la educación, como así lo hace el doctor [Duvimioso] Terra, equivale simplemente a desconocer lo que se ha hecho en estos últimos treinta años en materias escolares; por eso la mayor parte de los pedagogistas con quienes he conversado sobre el particular, han extrañado que en la patria de [José Pedro] Varela y en donde el doctor [Francisco A.] Berra difunde su ciencia pedagógica, germinen todavía ideas tan anticua-

das en personas que ocupan puestos de tanta importancia. Es sabido que la *Revue Pédagogique*, de París, en el año ppddo., al tratar de la enseñanza en el Uruguay, manifestó que el señor Ministro era aún partidario de los internados y que razonaba a su manera acerca de sus ventajas.

“Mas, no es esto lo que me ha sorprendido; sino lo que se me dijo respecto a nuestra campaña: de que vivíamos en un estado semi-salvaje y que las relaciones de familia dejaban mucho que desear. Traté de destruir esas ideas, y entonces supe que habían sido recogidas en la malhadada Memoria a que he hecho referencia. [HACE UNA LLAMADA: Véase la pág. XXIII].

“Yo no concibo que una persona que conozca nuestro país y menos un ministro, pueda hacer afirmaciones tan graves y tan erróneas.

“Como se comprende, he puesto todo mi empeño por destruir esos errores que pueden hacernos mucho mal. Así es que aproveché la oportunidad que se me ofrecía en el Seminario de Nääs, en donde se hallaban reunidos más de 120 maestros de diversas localidades de Suecia, Noruega, Inglaterra, Finlandia, Chile, Rusia, Estados Unidos y Alemania; y en los días 26 y 27 de Junio ppdo; di una conferencia sobre nuestro país y la organización de nuestras escuelas. Esa conferencia la hice publicar en un folleto en lengua sueca, y distribuir más de 200 ejemplares. [HACE OTRA LLAMADA: Ese trabajo abraza los siguientes puntos: El País-Las escuelas antes de la reforma-Organización pedagógica-Programa-Métodos y formas de enseñanza-Horario escolar-Disciplina-Personal enseñante-Administración escolar-Escuelas privadas-Conclusión]. Todos los agentes y gran número de periódicos de pedagogía y generala han hecho transcripciones y se han expresado favorablemente respecto del Uruguay y sus escuelas. [HACE UNA TERCERA LLAMADA: Entre otros puede verse el *Svensk Lärarehdmg* nº 29 y el *Folkskolans Vän* nº 29 y siguientes.]

“También he oído criticar las memorias del ministerio en el sentido de que se componen simplemente de un montón de notas, propias tan sólo para el archivo. Así, el profesor [Gabriel] Gabrielli [de Palermo, Sicilia, Italia], me dijo que deseaba escribir algo sobre nuestras escuelas; pero que se perdía en el fárrago de notas que contenían las memorias, y que lo que había sacado en consecuencia era que el dinero debiera abundar en nuestro país, ya que gastábamos tanto en hacer esas publicaciones de puro lujo.

“Y efectivamente, si se reflexiona que cada una de esas memorias no cuesta menos de \$ 4.000, que nuestras rentas no son muy abundantes y que el resultado que producen no sólo es nulo, sino perjudicial, como lo hemos visto, es indudable que sería más provechoso para los propios intereses de la educación popular el invertirlos en comprar buen material de enseñanza o enviar dos comisionados a Europa para hacer estudios especiales.

“No entro en mayores consideraciones, porque no tengo tiempo para más y porque ya se ha dicho bastante entre nosotros a ese respecto”.

“José H. Figueira.

“Nääs, Julio 18 de 1890.

“Estas justas observaciones del señor Figueira, ponen en evidencia el mal que se hace al país cuando se confía un Ministerio, como el de Instrucción Pública, a quien no conoce lo que tiene entre manos.

“¿Se ha gastado dinero en la impresión de una Memoria que nos des-
credita completamente!

“Pero, si este mal hacía el ex-Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Dr. don Duvimiosio Terra, con su malhadada Memoria, como dice el señor Figueira, en cambio, la Dirección de Estadística, que venía prestando serios e importantes servicios al país, conseguía por medio de su labor (constante ponerse al día en su tarea y darnos a conocer el movimiento de las importaciones y exportaciones practicadas durante el primer semestre del año corrido, lo que era un verdadero acontecimiento, pues, hasta entonces, esos datos se comunicaban al público al año siguiente, cuando quizá no importaría conocerlos”. (Alberto Palomeque: *Mi año político* (1890), Tomo III, pp. 491-494.- Montevideo, Imprenta El Progreso, 1891.).

Además de todo lo señalado hasta el momento, cabe que detallemos ahora, en un apretado resumen, aquellas cuestiones que especial relación tienen con este estudio; es decir: los puntos que concretamente se vinculan o refieren a las obras de Eduardo Acevedo Díaz y José H. Figueira sobre los aborígenes del Uruguay.

1º. Así, en la página XXXI del “Índice por materias” del Tomo IV de *Mi año político*, en la parte correspondiente al mes de agosto de 1891, se dice:

“Un estudio sobre etnología indígena de la raza charrúa, por Eduardo Acevedo Díaz pág. 181”. (Alberto Palomeque.— *Mi año político* (1891), Tomo IV, p. XXXI. Montevideo, Establecimiento tipográfico a gas La Hormiga, 1892).

Y en la página 181 del mismo tomo, se lee:

“[...] publicaba el señor don Eduardo Acevedo Díaz un estudio por cierto nada notable, sobre etnología indígena de la raza charrúa a principios de este siglo; (3) [...]” (El subrayado es nuestro). (*Ibidem.*, p. 181. Montevideo, 1892).

2º En la Primera Parte del Tomo V de idéntica publicación, esta vez en la sección relativa al “Índice por sumarios” del mes de agosto de 1892, se compendia lo que sigue bajo el numeral 9º:

“Memoria del Inspector Nacional de Instrucción Primaria y un libro del señor José H. Figueira”. (Alberto Palomeque.— *Mi año político* (1892), Tomo V, Primera Parte, p. III.- Montevideo, Imprenta a gas La Hormiga, 1892.).

Y en las páginas 492 y 493 de la misma parte y tomo se expresa:

“Y ya que de educación hablamos, no debemos de cerrar este Capítulo sin mencionar el importante trabajo del señor don José H. Figueira, aprobado por la Dirección [General de Instrucción Pública], con ligeras modificaciones, sobre Información Escolar, proyectado porque, decía, “existe el ‘convencimiento general’ de que nuestra Escuela Primaria no responde completamente a su objeto y que es menester ‘hacer algo’ para que ella se ‘ajuste a las nuevas necesidades que han surgido en estos últimos años ‘en nuestro organismo social, a causa de la evolución que en él se está ‘operando y que se caracteriza, principalmente, por la transición del es-

"tado semi-pastoril al estado agrícola. Y para 'hacer algo', sino completamente buena al menos mejor de lo que existe, es absolutamente indispensable partir de un estudio concienzudo de los caracteres físico-psíquicos y morales de los habitantes del Uruguay, así como también de sus condiciones sociológicas, a fin de juzgar con conciencia cuáles son nuestras verdaderas necesidades individuo-social, cuáles favorece o dificulta la organización actual de nuestra enseñanza, y cuáles reformas hacen falta y es posible realizar para que la Escuela Primaria se ajuste al principio de armonía individuo-social, que constituye la base científica de la educación moderna. Cuando no se dispone de los datos necesarios a dicho estudio, se procede siempre a tientas y más bien por imitación que por reflexión propia; lo que explica que con harta frecuencia se haya obrado de esta suerte entre nosotros, a pesar de saber que rara vez lo que se hace en un país es lo que más conviene al mismo, y que lo que da buenos resultados en una nación, puede producir en otra resultados menos favorables y aún malos. Es menester confesarlo: nuestra República ha imitado ya bastante lo que se hace en otras partes en materia de educación, y la necesidad que se impone en primer término, es la de adoptar la enseñanza a nuestro suelo, a nuestro clima, a nuestras razas y a nuestra constitución sociológica, a fin de constituir la educación verdaderamente americana y nacional".

"Excusamos elogiar al señor [José H.] Figueira. Ya es una autoridad en la materia. Sabe observar y utiliza sus observaciones, como lo demuestra en este estudio y en dos más que hemos leído y meditado sobre Batallones escolares y Los primitivos habitantes del Uruguay, de los cuales nos ocuparemos oportunamente". (Ibíd., pp. 492-493.- Montevideo, 1892).

Después de haber citado Alberto Palomeque el supradicho ensayo paleoetnológico de Figueira acerca de los pobladores autóctonos de nuestro territorio, hace la siguiente llamada:

"Respecto de esta obra [que, como es sabido, fue inserta en la Memoria intitulada El Uruguay en la Exposición Histórico-Americana de Madrid] dimos —dice— un dato al señor [José H.] Figueira, respecto a un trabajo del señor [Eduardo] Acevedo [Díaz], que no conocía, publicado en La Epoca, indicándole la página del tomo de Mi año político donde lo mencionamos. A él, se refiere —agrega— en su publicación. Véase —concluye— la página 181 del tomo IV". (Alberto Palomeque.- Mi año político (1892), Tomo V, Primera Parte, p. 493, nota.- Montevideo, 1892).-

3º En la página VII de la Segunda Parte de dicho Tomo V de Mi año político (1892), bajo el título de "Explicación", se indican las causas por las cuales no se reprodujo (total o parcialmente?) bajo la signatura "(3)", entre muchos otros, el artículo de Eduardo Acevedo Díaz intitolado, precisamente "Etnología indígena", como en su oportunidad ello se hizo, sin embargo, con los escritos de relativa importancia o trascendencia innegable aparecidos en la prensa diaria y periódica del Uruguay de entonces hasta los comienzos mismos del mes de mayo del año 1891 (véase a este respecto, los doce últimos renglones del Tomo IV y de la página CCLVII del mismo, de Mi año político, que, aunque se refieran a 1891, fue publicada esa obra en 1892):

"La experiencia —dijo— me ha enseñado que debo prescindir del Apéndice, donde se incluían los Documentos Justificativos, porque a no hacerlo así la obra sería voluminosísima, sin agregar ninguna utilidad ma-

yor a la recopilación de datos ya contenidos en el cuerpo de ella". (Alberto Palomeque.—*Mi año político* (1892), Tomo V, Segunda Parte, p. VII.—Montevideo, Tipografía Uruguaya, 1893).

Y más adelante, se indica y se añade:

"Bastará esta explicación para comprender por qué no hemos dado la parte de documentación correspondiente al año anterior y al presente. Es que nos hemos convencido de que está de más en la índole de nuestro libro. (Ibíd., p. VIII.—Montevideo, 1893).

4º En la página 517 de dicho tomo y parte, en la sección correspondiente a los "Sucesos generales" del mes de setiembre del año de 1892, se lee, con especialísima alusión al ensayo paleoetnológico de José H. Figueira intitulado *Los primitivos habitantes del Uruguay* y a las distintas referencias que este trae respecto, entre otras, de la "Etnología indígena" de Eduardo Acevedo Díaz, lo que sigue:

"[...] se daba a luz la obra intitulada *El Uruguay en la Exposición histórico-americana de Madrid* [...]. (Ibíd., p. 517.). (Es de destacar que la prensa diaria y periódica del Uruguay de entonces, trae abundantes críticas y comentarios respecto de dicha Memoria).

5º Finalmente, en las páginas 728 y 730 del mismo tomo y parte, y dentro de la lista de las "Publicaciones sud-americanas que han llegado hasta nuestra mesa de redacción durante el año 1892," leemos:

"El ahorro escolar, por José H. Figueira. Un opúsculo, con 21 páginas, impreso en Montevideo, sosteniendo la inconveniencia, por ahora, al menos, de introducir la caja de ahorros en nuestras escuelas".

[...]

"El Uruguay en la Exposición histórico—americana de Madrid, un tomo en 4º de 233 páginas conteniendo importantísimos estudios de los señores José Arechavaleta y don José H. Figueira, relativos a los orígenes de nuestra nacionalidad y actual civilización, con hermosos grabados de los utensilios y armas de sus primitivos habitantes". (Alberto Palomeque.—*Mi año político* (1892), Tomo V, Segunda Parte, pp. 728 y 730. Montevideo, Tipografía Uruguaya, 1893).

Queda probado de manera total, por consiguientemente, el origen verdadero de la cita y fuente relativa a la que, no sin falta de evidencia y razón, hemos considerado y catalogado en todo momento como la tercera y última edición de las tres que de la "Etnología indígena" de Eduardo Acevedo Díaz conocemos, aparecidas en Buenos Aires y Montevideo en aquel mismo año de 1891, (Quedan también probadas, mediante argumentaciones de peso, las razones por las cuales el doctor Alberto Palomeque no pudo reproducir, total o parcialmente, dicho artículo de Acevedo Díaz).

Oportunamente nos ocuparemos, con la minuciosidad que el caso exige, hasta en sus más ínfimos detalles, de los ejemplares anotados de las ediciones primera y segunda (así como también, de igual modo, de la tercera) de dicho estudio de Eduardo Acevedo Díaz acerca de los aborígenes del Uruguay; ediciones que fueron obtenidas por el Prof. José Henriques Fi-

gueira para ser utilizadas y muy principalmente compulsadas en distintas ocasiones, en especial, mediante canjes efectuados por 1891-1892 con los doctores Florentino Ameghino, Francisco P. Moreno y Karl Hermann Konrad Burmeister.

Por lo demás, y luego de cuanto llevamos expuesto hasta el momento acerca del particular, conviene proporcionemos ahora la bibliografía pertinente de José H. Figueira que especial relación tiene con el tema que nos ocupa y que, en suma, es la misma que hemos mencionado brevemente a lo largo de todo el presente apéndice:

—“Sección científica: Algo más acerca del Observatorio Meteorológico del Colegio Pío de Villa Colón”.- En *La Patria*, Periódico político, Año I: Núm. 80, p. 1, cols. 3-5 y p. 2; col. 1; Núm. 81, p. 2; cols. 2-4; y Núm. 82, p. 1, cols. 3-5 y p. 3, col. 1.- Rocha, lunes 12, jueves 15 y domingo 18 de setiembre de 1887.

—“Discusión Científica: Algo más acerca del Observatorio Meteorológico del Colegio Pío de Villa Colón”.- En *La Epoca*, Director: Eduardo Acevedo Díaz, Año I: Núm. 113, p. 1, cols. 4-5, y Núm. 116, p. 1, col. 7.- Montevideo, sábado 17 y miércoles 21 de setiembre de 1887.

—Om de grundläggande skolorna (escuelas primarias) i Uruguay.- Conferencia dictada en la Escuela Normal de Nääs: un vol. in 12º de 31 pp.- Gotemburgo, Wald. Zachrissons Boktryckeri, 1890.

—“Ecos del Día: Una carta del señor José H. Figueira”.- En *La Razón*. Edición de la tarde, Año III-Núm. 513, p. 1, col. 3.- Montevideo, miércoles 10 de setiembre de 1890.

—Los batallones escolares; un vol. in 8º de 76 pp., con dos fototipias plegadas.- Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1891. [(Monografías pedagógicas No. 1)].

—El ahorro escolar; un vol. in 8º de 21 pp.- Montevideo, Imp. de Dornaleche y Reyes, 1892. (Monografías pedagógicas No. 2).

—Proyecto de información escolar para la República O. del Uruguay; un vol. in 8º de 70 pp.- Montevideo, Imp. Artística y Libr. de Dornaleche y Reyes, 1892. (Monografías pedagógicas No. 3).

—“Los primitivos habitantes del Uruguay”, en *El Uruguay en la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, Memoria de los trabajos realizados por la Comisión Nacional encargada de organizar los elementos de concurrencia, pp. 121-220, con un mapa etnográfico, un cuadro sinóptico y 220 ilustraciones.- Montevideo, “Imprenta Artística”, de Dornaleche y Reyes, 1892. (Idem.: ensayo paleoetnológico.- Parte histórica: un vol. in 4º mayor de 44 pp., con un cuadro sinóptico y un grabado.- Montevideo, 1892).

—Un buen amigo (continuación de «Adelante») Lecciones y ejercicios normales de lectura escritura corriente y ortografía usual, por José Henriques Figueira. Tres libros es uno: lectura, lenguaje, civilidad.- Montevideo, Talleres Gráficos Barreiro y Ramos S.A. [Nueva edición].

—Vida (continuación de “Trabajo”). Lecciones y ejercicios normales de lectura expresiva y literatura, por José Henriques Figueira.- Montevideo, Talleres Gráficos Barreiro y Ramos S.A. [Última edición].

Documento XIV

Otras dos obras en parte vinculadas al Brigadier General don Antonio Díaz y publicadas en Montevideo en el transcurso de la primera mitad del siglo XX: "Historia de los Charrúas" de Orestes Araújo e "Historia de la Medicina en el Uruguay", por Rafael Schiaffino.

A nuestro juicio, respectivamente, trátanse del segundo y tercer autores uruguayos que citan y utilizan, de manera expresa, la "Etnología indígena" de Eduardo Acevedo Díaz.

A) Citas y transcripciones que trae la "Historia de los Charrúas" de Orestes Araújo (1911).- (28)

1) [...]

"Se ha llegado hasta invocar el sentimiento de nacionalidad, como argumento admisible, para que la mentira primase / sobre el recto criterio y fuera ley de conciencias en esta materia, olvidándose deplorablemente de que la verdad histórica es la que honra y educa, aunque lastime susceptibilidades y evapore ridículas creencias" (a)

2) [.....]

Según varios autores ([Manuel Ricardo] Trellles, [José Henriques] Figueira, [Félix de] Azara, [Antonio] Díaz) los charrúas fueron aliados, en diferentes épocas, de los yaros, bohanes y minuanes.

(a) Eduardo Acevedo Díaz: Etnología indígena, artículo publicado en "La Epoca", de Montevideo, en Junio [sic] de 1891.

(28) Respecto a la obra de Orestes Araújo de que aquí tratamos, no haremos otra cosa que remitirnos al Diccionario uruguayo de biografías 1810-1840 del doctor José María Fernández Saldaña; al breve juicio crítico publicado en el Journal de la Société des Américanistes, de París, que de dicho trabajo en su oportunidad le mereciere a quien fuera nuestro grande amigo el Prof. Dr. Paul Rivet; y, sobre todo, a nuestra publicación de 1957 sobre el químico Mario Isola y el maestro Pedro Stagnaro. (Es bien evidente que las citas y referencias de Orestes Araújo son defectuosas en demasía y que la base indiscutida e indiscutible de su obra radique en los trabajos muy anteriores de José H. Figueira (1892) y Eduardo Acevedo Díaz (1891), a quienes Araújo sigue tan al pie de la letra, que hasta las erratas o inexactitudes de aquellos se ven y encuentran reproducidas, tal cual, por éste).

3) [.....]

[Félix de] Azara afirma que a fines del siglo XVIII los charrúas no alcanzaban a 400 varones de armas, y el General don Antonio Díaz, que en 1812 tuvo ocasión de visitarlos en el campamento que habían establecido a orillas del río Santa Lucía, dice que a la sazón su número sólo alcanzaba a 647 individuos, de los cuales había 297 hombres de pelea (b)

4) [.....]

"El modo de hablar de los indios (charrúas) era gutural y nasal, abriendo muy poco la boca para reirse, lo que nunca hacían con ruido de carcajadas." (General Antonio Díaz, *Apuntes* publicados por su nieto D. Eduardo Acevedo Díaz. Montevideo, 1891).

5) [.....]

Su sed de venganza la demostraban siempre, sobre todo con la muerte y ensañamiento del infortunado coronel Bernabé Rivera (c); y en cuanto a la cualidad de falsos, plagados están los Libros Capitulares de Montevideo de sus engaños, mentiras, falta de sinceridad y sobra de hipocresía (d),

6) [.....]

Aferrados a su libertad salvaje, jamás quisieron someterse a nadie, ni ajustar sus acciones al marco de una vida sosegada, metódica y regular, a pesar de los continuos trabajos que para conseguirlo llevó a cabo en diferentes épocas el Cabildo de Montevideo (e). Hasta el General Artigas, cuya influencia sobre ellos era notoria, sólo pudo obtener que peleasen a su lado contra los españoles y portugueses, pero, aun así, no se mezclaban con las tropas del Libertador y acampaban algo alejados del grueso del ejército patriota.

(b) En un trabajo histórico publicado por el Dr. D. Alberto Palomeque, en la revista titulada *Vida Moderna*, correspondiente al mes de Agosto de 1903, asevera don Bernabé Magariños que en 1829 él tuvo bajo su mando 1,400 charrúas, pero nosotros consideramos que todos no lo serían, o que la cifra está abultada. De aquí que nos concretemos a la que, con poca diferencia, dan casi todos los historiadores y la documentación oficial.

(c) Eduardo Acevedo Díaz: *Etnología indígena*. Montevideo, 1891.

(d) "Es gente de poca fe y de ninguna palabra, sino en cuanto mira a su propio interés; muy alevosa, que en logrando la ocasión ejecutan sin rubor las más feas acciones." ([Pedro] Lozano, *ob. cit.*)

(e) *Libros Capitulares*: actas de las sesiones del 2 Abril 1750, 27 Febrero 1732, 29 Marzo y 2 Diciembre 1762, 10 Marzo 1763, y 5 Julio 1764.

7) [.....]

"Habitualmente ladrones y desidiosos no practicaban ninguna industria." (General Antonio Díaz, Apuntes).

8) [.....]

Apoderarse de lo ajeno, aun entre ellos les parecía lo más natural (f), a pesar de las re-/yertas a que daban margen estos [actos] de rapacidad que a principios del siglo XIX solían castigar los caciques (g), no por carácter, ni por principio, ni por educación, sino impulsados por el ejemplo que les brindaba la disciplina militar del ejército de Artigas, al que a la sazón estaban agregados como fuerza auxiliar.

9) [.....]

Cazador por necesidad y guerrero por inclinación natural, el hombre se fabricaba los utensilios y armas que necesitaba, mientras que la mujer preparaba las pieles, armaba y/desarmaba el toldo y cargaba con él cuando era necesario mudarse, viniendo a ser una esclava (h), a la cual solía maltratar dándole con las boleadoras golpes en las espaldas (i).

10) [.....]

En cuanto a la manera de educar a sus hijos, pocas e incompletas son las noticias que se tienen, aunque se sabe que durante la

(f) Aludiendo al carácter rapaz de los charrúas, un escritor mo-/demo cuenta lo que al pie de la letra reproducimos a continuación:

"Cuando la civilización tenía dominadas las regiones de que antes eran dueños absolutos, comerciaban con los americanos de origen europeo. Por tabaco y chucherías o baratijas cambiaban cueros plumas de avestruz y caballos. Sin embargo, si tornaban al mismo lugar, solían apoderarse de ellos.

"—Tienen mi marca—les objetaba el comprador y dueño de esos animales;— pero a esto respondían:

"—Sí; marca tuya, caballo mío.

"Y nadie les oponía resistencia, pues más se tomaba ese dicho como una gracia que como rapiña". (Setembrino E[zequiel] Pareda: Paysandú y sus progresos. Montevideo, 1896).

(g) General Díaz, ob. cit.

(h) Azara y Lozano, obs. cit.

(i) General Antonio Díaz, Apuntes.

primera edad las madres los amamantaban y llevaban consigo metidos en una especie de bolsa hecha de cuero que se colgaban a la espalda, y de la cual sobresalía la cabeza del infante. Cuando tuvieron caballos, las madres, que cabalgaban como varones, llevaban consigo, acomodados en el mismo caballo, uno, dos, tres y hasta cuatro hijos.

11) [.....]

La tierra no tenía dueño, es decir: que pertenecía a todos y no era de nadie, pero, dice el señor [José Henriques] Figueira que sus armas y utensilios constituían una propiedad particular. El General [Antonio] Díaz cuenta que presencié el castigo que, con motivo del robo de un caballo, cierto cacique impuso a un individuo de la tribu, dándole tan terrible macanazo que lo derribó del caballo dejándolo como muerto (j).

12) [.....]

Con el transcurso de los años, estas costumbres sufrieron alguna alteración, pues según el General [Antonio] Díaz, "en sus días belicosos, cuando iban a pelear, o sabían que el enemigo estaba próximo, el cacique los for-maba a caballo, en ala, y los proclamaba con una muy larga arenga en que exponía las injurias o agravios recibidos, y les recordaba las glorias de sus mayores, con sus propias hazañas y hechos de armas. Cada vez que en la arenga los incitaba e impelía a la venganza, el cacique movía la lanza, blandiéndola con fuerza, y en toda la línea se alzaba entonces una gran gritería prometiendo todos pelear con valor. Mientras duraba esa alocución o proclama, las mujeres se ponían en fila, detrás de los hombres, como a veinte varas, y estaban cantando no sé qué; pero supongo que sería un himno para animar a los combatientes" (k)

13) [.....]

Los charrúas del principio del siglo XIX atribuían todas sus desgracias, enfermedades y/desastres a la influencia de un espíritu malféfico o genio del mal, al que denominaban Gualiche (l), acerca de cuya versión nos ocuparemos más adelante.

(j) General Antonio Díaz, ob. cit.

(k) General Antonio Díaz, ob. cit.

(l) "Los que yo conocí y examiné por primera vez el año XII suponían la existencia de un espíritu malféfico a que atribuían todas sus desgracias o desastres. Este genio malhechor se llamaba Gualiche" (General Díaz, ob. cit.).



Pictografía del arroyo Molles del Chamangá. Los elementos contenidos en ella la emparentan con otras muchas pinturas rupestres del territorio uruguayo. (Departamento de Flores).



Los señores Gilberto Durante, Juan Ambrosini, Carlos A. de Freitas y Delmiro Grajales durante la excursión realizada a la pictografía del Arroyo Molles del Chamangá, el día 25 de agosto de 1951.

14) [.....]

De la Sota [Juan Manuel] no hace distinción de sexos [en aquello que tiene que ver con el tatuaje], y manifiesta que se pintaban el cutis picándolo e introduciendo en las heridas una variedad de colores con cierto gusto artístico en el diseño, aunque generalmente empleaban más el azul (ll). Lo propio dicen otros autores posteriores a [Félix de] Azara, quienes sostienen que la mayor parte de los charrúas tenían el pecho y la espalda, y algunos de ellos hasta la misma cara, cubiertos de cicatrices muy unidas, hechas con las puntas de las flechas, formando figuras y bordados (m), noticias que no concuerdan del todo con las del historiador [Francisco] Bauzá (ñ), si bien conviene advertir que el General [Antonio] Díaz tuvo ocasión de conocer y tratar a estos indígenas, mientras que el señor Bauzá escribe sobre la base de lo que otros han dicho, o fundado en la tradición oral, no siempre fidedigna.

15) [.....]

Tampoco la opinión del General [Antonio] Díaz concuerda en este punto [se refiere al barbote] con la de Azara, ya que el primero dice que no vio nunca a ningún charrúa con el labio inferior horadado, práctica que tal vez hubiese caído en desuso en su tiempo (ñ).

16) [.....]

Análogas descripciones acerca del particular registran en sus obras otros autores de aquellos tiempos (o), pero las noticias del General [Antonio] Díaz difieren algún tanto de las de [Félix de] Azara, como puede verse: "En sus duelos y funerales —dice el autor de los Apuntes que venimos citando/en el curso de la presente obra— practicaban una costumbre realmente digna de su condición salvaje. Las mujeres casadas estaban obligadas a cortarse una falange de un dedo de la mano cuando morían sus maridos; y esta operación era repetida tantas veces cuantas ellas enviudaban. Yo ví en

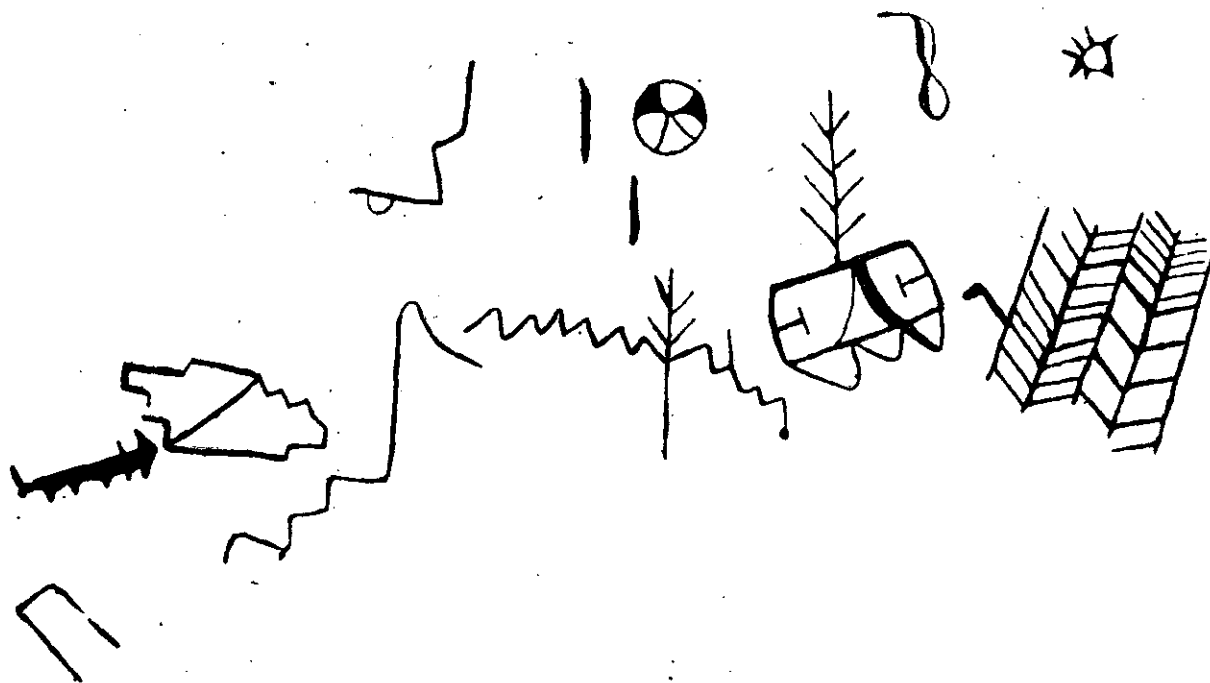
(ll) Juan Manuel de la Sota, ob. cit.

(m) General Antonio Díaz, ob. cit.

(n) "No se afeaban el cuerpo con pinturas o tatuajes, salvo las doncellas, cuyo rostro, al hacerse núbiles, era marcado con tres rayas azules o blancas" (Francisco Bauzá, ob. cit.)

(ñ) No he visto a ninguno con el labio inferior horadado según dice el señor [Félix de] Azara que lo hacían en general. Sería costumbre hacerlo así en el tiempo en que él los vio". (General Díaz, ob. cit.)

(o) P. P[edro] Lozano y P. José de Guevara, obs. cts.



Dibujo de la pictografía del arroyo Molles del Chamangá realizado por el Dr. Agustín E. Larrauri en un todo de conformidad y acuerdo con una fotografía de la misma que obtuviera en el año de 1905 y publicara en 1919 en la figura 11 de su conocido trabajo sobre las pictografías del territorio uruguayo con la errónea denominación de "Molles de la Cordobesa"

la toltería que por algunos días tuvieron en la costa de[1] Santa Lucía Grande el año XII, a una india anciana que hacía entre ellos el oficio de medica, la cual había sido siete veces mutilada. Sus ceremonias fúnebres traían siempre aparejadas mutilaciones entre los sobrevivientes (p).

"Enterraban a los muertos en las inmediaciones de algún cerro, si lo había cerca haciendo una excavación de poca profundidad en que ponían el cadáver cubriéndolo preferentemente con piedras, si las había a no muy larga distancia; sino con ramas y tierra. Ponían las boleadoras encima, clavando su lanza a un lado de la sepultura, y al otro lado dejaban/ el caballo atado a una estaca. Decían ellos que era para el viaje que debía emprender el difunto.

"Los varones parientes cercanos del muerto, en señal de duelo se atravesaban los brazos unos, y otros los muslos, con una vara de guayabo u otra madera, a falta de ésta, del largo de una tercia, levantándose con fuerza la piel, y encajándola lo más cerca posible del hueso.

"Los hombres sólo se clavaban una de estas varas aguzadas, pero las mujeres parientas inmediatas del finado, como hijas o hermanas, solían clavarse cuatro y hasta seis de esas varas, quedándose luego en una completa postración",

17) [.....]

Casi todos los autores (q) están de acuerdo en afirmar que los charrúas no adoraban ninguna divinidad, ni tenían religión.

18) [.....]

El general [Antonio] Díaz también asegura que los charrúas carecían de religión, como tuvo ocasión de observarlo cuando visitó sus

(p) Muy respetable es para nosotros la palabra del ilustrado General [Antonio] Díaz, pero, a esta noticia de las mutilaciones, observa, un historiador moderno "que esto es inverosímil en un pueblo de cazadores pescadores y guerreros, que tanto necesitaban de sus manos para el uso de la flecha y del remo. Si así no fuera, muchos indios, al cabo de unos cuantos parientes y caciques muertos, deberían no tener un solo dedo y hallarse impedidos para todo trabajo". (Victor Arreguine: Historia del Uruguay. Montevideo, 1902 [sic]). A pesar de todo, "es curioso notar que los tasmanianos y melanesios, los bosquimanos y algunos pueblos de la América del Norte, se amputaban una falange a la muerte de un pariente cercano". (José H. Figueira, ob. cit.).

(q) Félix de Azara, General Antonio Díaz, etc., etc.



Uno de los grandes murales pictográficos de la región de la margen derecha del arroyo Chamangá (Departamento de Flores), relevado por el autor de este trabajo a partir del año 1950.

toldós en 1812, y según las noticias que de ellos mismos recibió, pero que eran supersticiosos. "Los que yo conocí y examiné por primera vez el año XII —dice este ilustrado publicista— suponían la existencia de un espíritu maléfico, al que atribuían todas sus desgracias, enfermedades o desastres: este genio malhechor se llamaba **Gualiche** (r).

19) [.....]

El trato con los europeos parece que, con el correr del tiempo, mudó el carácter de los charrúas, pues el general [Antonio] Díaz, quien en 1812 los visitó varias veces en el campamento que habían instalado a orillas del río Santa Lucía, asegura que, a pesar de su índole feroz, eran por lo común de genio alegre y estaban continuamente riéndose, agregando que "entre sus juegos peculiares, tenían predilección por el tiro de bolas de dos ramales, el cual consistía en enredarlas en una estaca clavada a regular trecho y con sólo una cuarta fuera de tierra, reputándose muy hábil el que lograba el intento. Diestrísimos en este juego, arrojaban las bolas a treinta pasos de distancia y según pude verificarlo por mí mismo, no era fácil acertar con la estaca. Apostaban todo cuanto tenían: quiapies, jergas, riendas y caballos. Se consideraba vencedor el que las ceñía estrechamente al puntal" (rr)

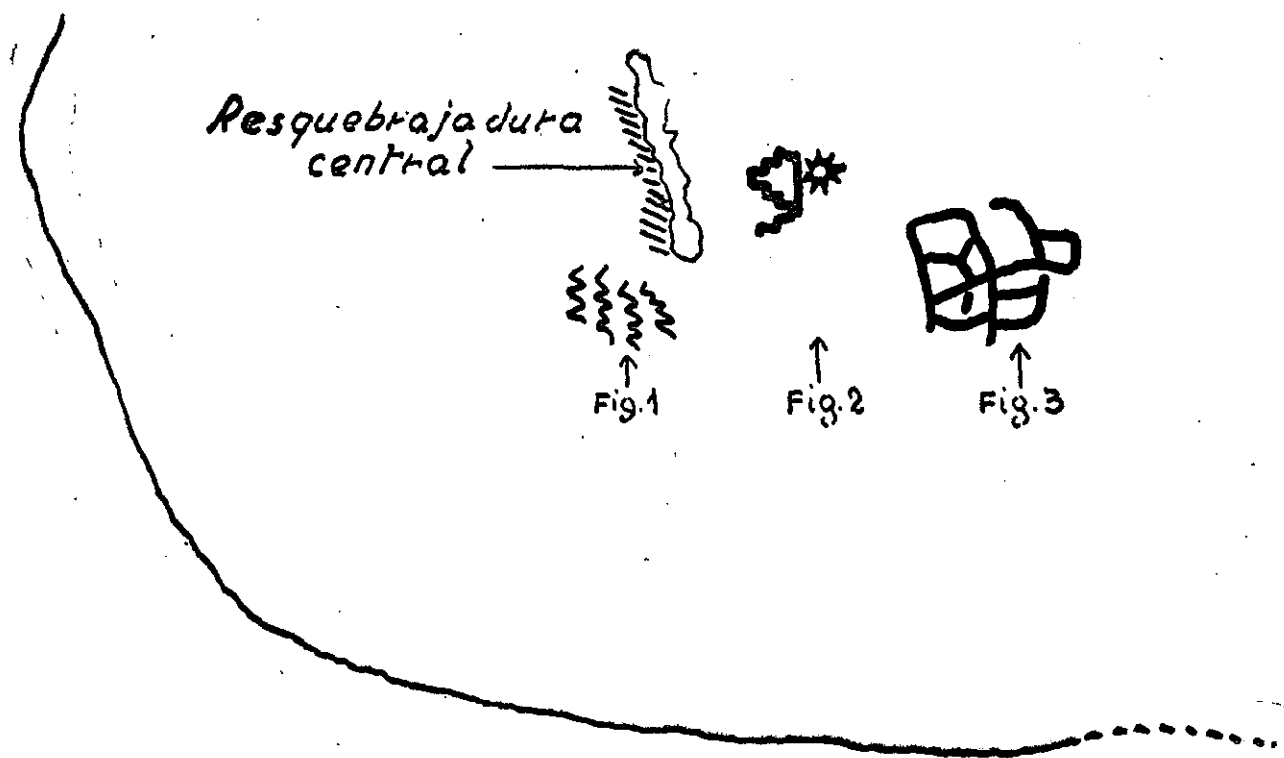
Se observará aquí cuán grande es la contradicción entre lo que dijo [Félix de] Azara y lo manifestado por el General [Antonio]

(r) El Dr. don Eduardo Acevedo Díaz, pone en duda que los charrúas empleasen esta voz, y a pesar del respeto que le infunde la sinceridad y vastos conocimientos de su señor abuelo, el general don Antonio Díaz, ilustra los apuntes de este escritor con la siguiente interesante nota: "**Gualiche**. Sin poner en duda el hecho de la creencia en los charrúas de un genio del mal, pues lo abonan diversos testimonios, la abrigamos, sin embargo, respecto al nombre que ellos daban, y que el autor de los apuntes consigna. En la publicación de esos apuntes inéditos hemos creído de nuestro deber no suprimir nada en obsequio a la fidelidad.

"**Gualiche** es el vocablo que usaban los indios pampas para designar su genio maléfico, y que bien puede haber recorrido una vasta zona, difundiéndose entre distintas tribus. Lo prueba el hecho de que el vocablo no es pampa, sino araucano. Huecuw, decían los araucanos. De ahí Huecufú o hualichú entre los pampas, por corrupción.

"Los guaraníes hablando del diablo, decían **andoyara**, y éste es el término que emplearon los tapes que se confundieron con las poblaciones orientales". (Eduardo Acevedo Díaz: *Etnología indígena*, Montevideo, 1891).

(rr) General Antonio Díaz, Apuntes.



Elementos publicados por el Dr. Agustín E. Larrauri, de la misma pictografía, en las figuras 1 y 2 (lámina XLIX) y 3 (lámina L) de su citado trabajo.

Díaz; pero, téngase presente que ambos escribieron en épocas distintas, y que, en contacto con los españoles, por lo general decidores y cascabeleros, bien pudieron los charrúas haber modificado su / carácter primitivamente adusto y retraído. En cuanto a la diversión descrita por el ilustrado militar mencionado, suponemos que más que diversión sería un ejercicio a fin de adiestrarse en el manejo de las bolas que en manos de los indígenas uruguayos constituían una terrible arma ofensiva.

20) [.....]

El General [Antonio] Díaz afirma que [los charrúas] llevaban la cabeza descubierta, si bien algunos de ellos se ceñían la frente con un trapo en forma de vincha, y otros se ataban el pelo con un paño (s). La poesía del penacho de plumas había, pues, desaparecido, o pasado de moda, a principios del siglo XIX.

21) [.....]

Las armas de estas gentes consistían en bolas arrojadizas (a) y lanzas o chuzas en las que, con el transcurso del tiempo y sus relaciones con los europeos, substituyeron la piedra por el hierro sirviéndose principalmente de arcos de barril y abandonando por último el uso de la flecha (t), que todavía empleaban a fines del siglo XVIII (u). La única arma de piedra que siguieron usando fue la boleadora de dos ramales, que llevaban atada a la cintura (v)

22) [.....]

"Cuando el ganado escaseaba en las cercanías del campamento, lo abandonaban en el acto, para ir a otros parajes donde les fuese más fácil proveerse. Lo mismo hacían cuando las osanías o rrompidas infeccionaban el aire, lo que se verificaba en muy pocos días, pues nunca carneaban sino la mitad de la res, sacándoles los costillares de la parte que quedaba para arriba y dejando el resto del animal en el suelo del lado que había caído al matarlo, por no tomarse el trabajo de darle vuelta" (w)

(s) General Díaz, ob. cit.

(t) "Ultimamente eran pocos los que conservaban flechas; casi todos usaban lanzas". (General Antonio Díaz, *Apuntes* publicados por su nieto en Montevideo, 1891).

(u) "El arma de los más es una lanza de cuatro varas con la moharra de fierro, comprada a los portugueses cuando están en paz. Otros usan las flechas comunes y cortas que llevan en carcax a la espalda, etc. (Félix de Azara, ob. cit.)

(v) José H. Figueira. *Los primitivos habitantes del Uruguay*. Montevideo, 1892.

(w) General Antonio Díaz: *Apuntes*.

23) [.....]

"Abusaban cuantas veces podían del aguar-/diente y del tabaco. Cuando conseguían cigarros los fumaban cubriéndose la cabeza con una jerga o cosa semejante, a fin de que no se disipase pronto el humo, quedándose atontados, por lo general, con esta operación.

"Si adquirían yerba mate la echaban dentro de una especie de taza hecha con un porongo o aspa de toro, ocupándola con poca agua, e iban pasándola en rueda. Cada uno tomaba un sorbo, con el que se introducía mucha yerba y estaban masticándola hasta que quedaba enteramente sin gusto ni color" (x)

24) [.....]

Con el transcurso de los años la indumentaria de los indígenas uruguayos fue mejorando, aunque escasa y pobremente, pues al uso de la manta de pieles, la pampanilla, la camiseta sin mangas y el poncho de verano habian agregado, los hombres, una especie de jerga que les servía de abrigo y una vincha para sujetarse el pelo, y las mujeres hacían frecuente uso del quiapí (y)

25) [.....]

Las dimensiones de estos toldos eran de 180 centímetros de largo, 60 a 90 de ancho y otro tanto de altura (z)

(x) Antonio Díaz, *Apuntes*.

(y) "Vivían desnudos como en el estado de naturaleza, cubriéndose únicamente la cintura con algunos pedazos de género o de jerga ordinaria, siendo muy raros los que tenían quiapí. Sin embargo, de la cintura a los muslos no pocos hacían uso del Chepí — vocablo también guaraní, que significa "mi cuero". -y que era una especie de pampanilla o tonelete comúnmente de piel de ciervo, o aguará o de yaguareté, y jerga entera para abrigarse aún en el rigor del invierno.

"Levaban la cabeza descubierta. Algunos de ellos se ceñían la frente con un trapo en forma de vincha, y otros se ataban el pelo con un tiento.

"Muchas de las mujeres se cubrían en invierno pecho y cintura con una jerga o quiapí atado por las puntas sobre el hombro derecho.

"Otras hacían una especie de camisón de la misma calidad, sin mangas y sin abertura para los brazos.

"Traían siempre a sus hijos pequeños alzados a la espalda dentro de una gran jerga, cuyas cuatro puntas ataban por delante, formando así como una especie de bolsa en la que metían una o dos criaturas con la cabeza de fuera". (General Antonio Díaz, ob. cit.)

(z) Eduardo Acevedo Díaz: *Etnología indígena*, Montevideo, 1891.

B) Transcripciones y citas que ofrece el primer tomo de la "Historia de la Medicina en el Uruguay", por Rafael Schiaffino (1927). (29)

1) [.....]

Además, si tenemos en cuenta que después de pelear casi trescientos años contra los españoles, en luchas continuadas durante la colonia, con las ciudades de Montevideo, Santa Fe, contra los Indios Misioneros, contra las tribus de Yaros, Güenoas, Chanás y las del litoral del Paraná, debieron [los charrúas] ir reduciendo su número en forma creciente, agregándose a ellas las bajas por las epidemias horribles de viruela, que hacían tabla rasa con todas sus tribus y de las que nos da una idea el Padre [Cayetano] Cattaneo, y de las que encontramos referencias en las actas del cabildo de Montevideo. (a) Si con todo eso, [Félix de] Azara calcula en su tiempo que su población estaba representada por 400 hombres de armas, que ya hacen suponer más de 2.000 personas, y que el General [Antonio] Díaz cuenta en 1812 en el Campamento del Santa Lucía 647 individuos de los que 297 eran hombres de armas tomar, y finalmente que en la última batalla que marcó la extinción

(a) Acta del Cabildo de 2 Dic. 1762. El cacique Cinnandat [sic] refiere que los más de los indios se hallan con Viruelas.

(29) En lo que se refiere al Dr. Rafael Schiaffino, nos remitimos a la breve nota necrológica que, hace ya más de dos décadas, publicáramos en el Boletín de la Sociedad de Antropología del Uruguay. (Tenemos en nuestra biblioteca particular numerosas y variadas noticias sobre el personaje que nos ocupa).

Fue el Dr. Rafael Schiaffino (1881-1955), además, uno de los primeros en valorar nuestros trabajos sobre el arte rupestre de los primitivos habitantes de nuestro territorio, trabajos que el ilustre cofrade comentó y a los que se refirió debidamente y en todo momento, citando a los efectos texto e ilustraciones a cada paso, en su comunicación intitulada "Interpretación de los Itacoatiaras del Uruguay", que, acompañada de proyecciones luminosas de nuestra propiedad y otras fundadas sobre material gráfico de nuestra colección y archivo, presentó a la sesión "Pinturas rupestres" del XXXI Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en San Pablo (Brasil), en agosto de 1954.

A partir de veinte años después y hasta la fecha — y, sobre todo, en conferencias diversas y en los llamados congresos "nacionales" de arqueología —, otros harían otro tanto en cuanto al texto y a las ilustraciones de nuestros trabajos, divulgándolos y vulgarizándolos con el añadido de una o dos observaciones personales nimias o que no venían para nada al caso, pero omisos y notorios por su parquedad en cuanto a los antecedentes y a las fuentes y referencias de rigor se refiere.

de la raza, presentaban de 150 a 200 hombres de lanza, (b) no nos parece aventurado el suponer que pueda calcularse el doble de la cifra que señala el Gobernador [José] de Herrera [y Sotomayor] en 4.000 familias, es decir unos 10.000 individuos.

2) [.....]

El general Díaz no trae mayores referencias sobre su constitución física. De su vestido nos cuenta que cuando no andaban desnudos, se cubrían con el Quiapí, que era un cuero corto, especie de taparrabo, o con el chepí, que era una especie de pampañilla o tonelete comúnmente de piel de ciervo, de aguará o de jaguararé; nos dice asimismo que iban con la cabeza descubierta, y que algunos, se ceñían la frente con un trapo en forma de vincha, y otros se ataban el pelo con un tiento.

Respecto del carácter, apartándose de los antedichos juicios agrega que "aunque de índole feroz, eran por lo común de genio alegre y estaban continuamente riéndose" (c). Bien es cierto que nos han prevenido antes, que para reírse abren muy poco la boca, no haciéndolo nunca a carcajadas, con lo que está de acuerdo con Azara y [Alcide Dessalines] D'Orbigny.

3) [.....]

Unturas.- Don Antonio Díaz relata que los indios, diariamente, se frotaban el cuerpo con grasa de potro, la que salía por los poros, por lo que casi todos, sobre todo en invierno estaban sujetos a una condición herpética que los hacía más repugnantes y contribuía a las emanaciones pestilentes, en términos de hacerse insoportable la inmediatez de uno de los salvajes, a diez varas de distancia colocados en dirección al viento, cuyas ráfagas nauseabundas eran de un efecto horrible. Estas unturas, cuando no se había introducido todavía entre ellos el caballo, cuyo aceite era de preferencia, se hacían con grasa de avestruz, aguará, peludo, tigre, iguana y pescado, cuyas carnes, exceptuando las de tigre y de aguará, les servían de alimento, después de lo cual, se tendían al sol para que el aceite penetrara mejor en sus carnes (d).

(b) ANTONIO DIAZ.- Historia de las Repúblicas del Plata, II, pág. 84.

(c) Descripción del General A. Díaz; publicada por Eduardo Acevedo Díaz en la Revista Nacional.

(d) ANTONIO DIAZ.- Historia de las Repúblicas del Plata, tomo II.

4) [.....]

Las mutilaciones.- Una de las características de la raza Charrúa, era la de las mutilaciones; de estas se describen, la sección de las falanges, las heridas en el cuerpo y el tembetá o barbote.

La costumbre de mutilarse, en señal de duelo, no era exclusiva de los charrúas. [Pedro] Lozano refiere que los querandíes la practicaban, y Luis Ramírez la describe en los Timbúes, si bien en las mujeres solamente. [Pero] Lope de Souza, [Martín del Barco] Centenera, [Francisco] Jarque y Lozano la hacen general a los parientes del muerto, hombres y mujeres; el mismo General Díaz no hace distinción al respecto. Así, el primero dice que vio muchos hombres viejos, que no tenían sino el dedo pulgar; Azara, al que sigue D'Orbigny, atribuye sólo a las mujeres esa costumbre ritual. El P. Cattaneo, dice al respecto que esta costumbre comenzaba en su época (1730) a abolirse (e)./

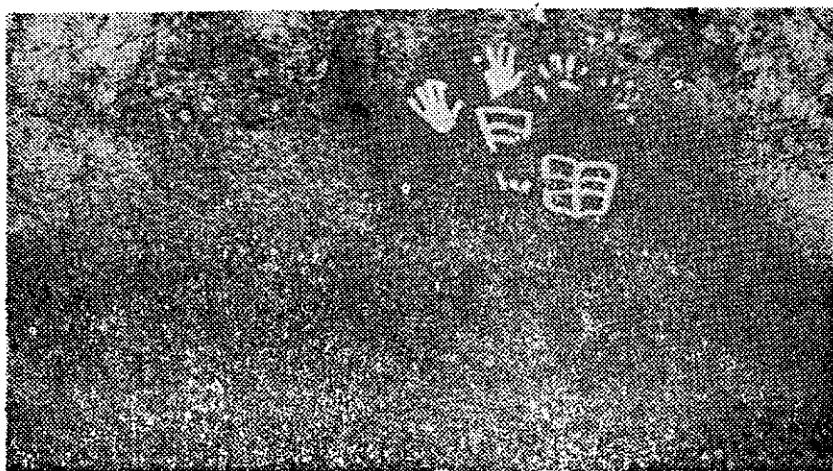
Era igualmente general en ellos las incisiones de la piel, ya como las mutilaciones, en señal de duelo, ya para señalar en los hombres el número de enemigos muertos a sus manos. Estas las hacían perforando la piel de la mitad superior del cuerpo, atravesando a veces los brazos de una a otra parte por medio de cañas o de pedazos de maderas duras, como el quebracho, otras veces con la lanza o con las flechas. "La mayor parte de los charrúas, dice Díaz, tenían el pecho y la espalda, y algunos de ellos hasta la cara misma llena de cicatrices muy unidas, hechas con las puntas de las flechas, y formando varias figuras y bordados" (f).

5) [.....]

Respecto de la costumbre de usar el tembetá o barbote, el acuerdo de los cronistas no es tan unánime: así Lope refiere que los indios que encontró en San Pedro (Montevideo) "algunos de ellos tenían perforadas las narices, y en los agujeros metidos pedazos de cobre muy lucientes" y que las indias chanás "tenían arós, que les tomaban las orejas", pero no hace referencia alguna al tembetá. Lozano tampoco lo menciona al tratar de los charrúas. Es Azara el que nos describe en ellos esa costumbre de perforarse el labio inferior para pasar por él un trozo de madera, costumbre muy difundida entre las tribus guaraníes y no guaraníes. D'Orbigny sigue claramente en este caso, como otras veces, la relación de Azara.

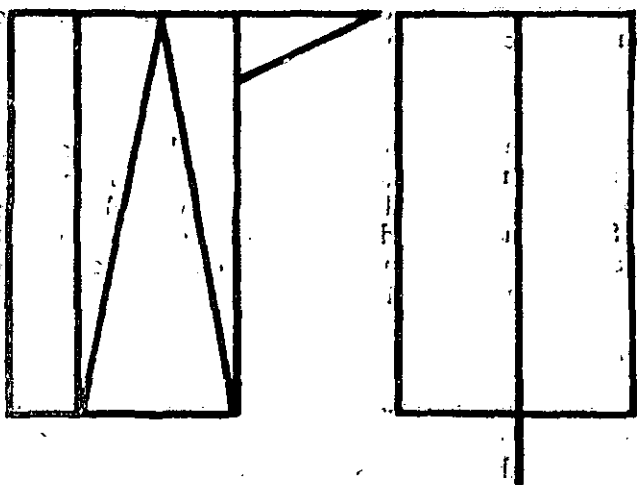
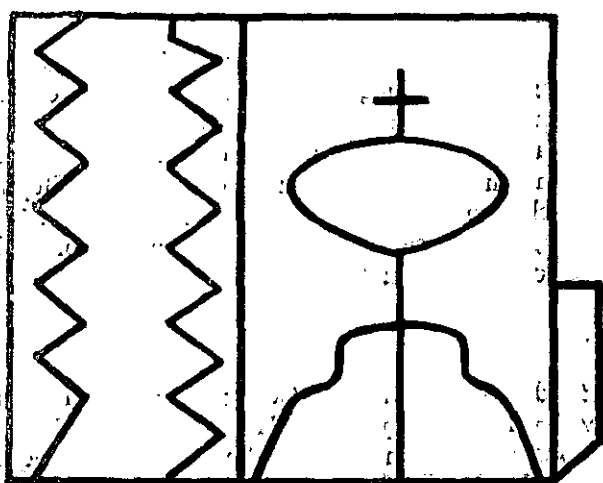
(e) [Ludovico Antonio] MURATORI.- Loc. cit.

(f) DIAZ.- Loc. cit.



Otra de las numerosas y variadas "piedras pintadas" de la margen derecha del arroyo Chamangá, afluente principal del arroyo Maciel (Departamento de Flores, 6ª Sección Judicial y Policial). Esta pictografía existe a, tan sólo, cuatro metros de distancia de la anterior. En un trabajo publicado hace ya unos 25 años, señalamos la existencia de frescos rupestres y pinturas parietales, tan abundantes como novedosos y desconocidos, situados hacia ambas márgenes (derecha e izquierda), del supradicho arroyo Chamangá, en varias partes de su curso; frescos rupestres y pinturas parietales que hemos relevado con acuciosidad y paciencia, hasta en sus más ínfimos detalles, desde el año de 1950 a la fecha (1977), y cuyo estudio y documentación pertinentes —fotografías, diapositivas, filmaciones, etc.; en blanco y negro, y en color— en parte realizados con el Prof. Carlos A. de Freitas, primero (1951 - 1953), y después en unión del eminentísimo crítico del arte primitivo Dr. Carl Schuster (1954), forman un *corpus* apreciable y digno de mención, por tratarse de un conjunto único y, sobre todo, completo; tanto más cuanto que algunas de estas "piedras pintadas" han sido total o parcialmente ultrajadas (o del todo destruidas) desde hace ya largo tiempo, con el transcurso de los años, por la acción de los picapedreros, unas, y otras a causa de remociones naturales o artificiales, de los rayos, quemazones o de la simple visita de algunos diletantís y curiosos.





Reproducción de las pictografías de la margen derecha del Arroyo Porongos (Departamento de Flores), publicadas por el fotógrafo y farmacéutico español don Ricardo Figuerido en la página 18 del "Número Único" editado en conmemoración del Centenario de Trinidad, e impreso en Montevideo, en 1904. Los esquemas presentados en este dibujo, se hallan totalmente deformados por una excesiva regularidad en los trazos, que, prima facie, desvirtuarían su origen indígena; sin embargo, numerosas y variadas fotografías directas que de la misma hemos obtenido desde el año de 1952 y hasta la fecha, y otra serie larga de gráficos y documentos diversos que, desde entonces, también han y se encuentran en nuestro archivo, no dejan lugar a dudas acerca de su procedencia indígena

[.....]

Agrégase a esos menesteres, el que dedicaran sus ocios a extremar su destreza en juegos, como los que nos describe el General Díaz, que consistía: en enredar un tiro de bolas de dos ramales, en una estaca, clavada a una distancia de treinta pasos, la que tenía solamente una cuarta fuera de la tierra. Reputábase muy hábil, dice, el que lograba su intento. Eran diestrísimos en este juego, agrega, pues según pudo él mismo comprobarlo, no era fácil acertar con la estaca (j).

7) [.....]

Además de los nombres de Centenera a que hemos hecho referencia, y de los tres que cita [Benigno Tejeiro] Martínez, están los de los últimos charrúas: Vaimaca Perú. Senaqué, Tacuabé y Guyurúsa, Naybí [sic] y Sepé; Masalana, Vencel, Napeguá: Adeltía y Ocalión (k); Naigualve, Gleubillbé, Doimalejé, nombres de los caciques vencidos por [Francisco de] Vera Mujica en Santa Fe (l), los nombres minuanos Baumarahate (m), Cumandat, Quiritó, Comiray, Tacú, Betete (n).

8) [.....]

Entre los Charrúas, tampoco estaba vedado el ejercicio de la medicina a las mujeres, según el caso que nos refiere el General Díaz. "Yo ví, dice, en la toldería que por algunos días tuvieron en la costa de Santa Lucía Grande, el año XII (1812), a una india anciana, que hacía, entre ellos, el oficio de Médica, la cual había sido siete veces mutilada" (ñ).

9) [.....]

Había, pues, los hechiceros que empleaban el doping, y los que [eran] menos afectos, como los charrúas y guaraníes, o no lo usaban o lo empleaban con ciertas reservas.

(i) GENERAL DIAZ.- Loc. cit.

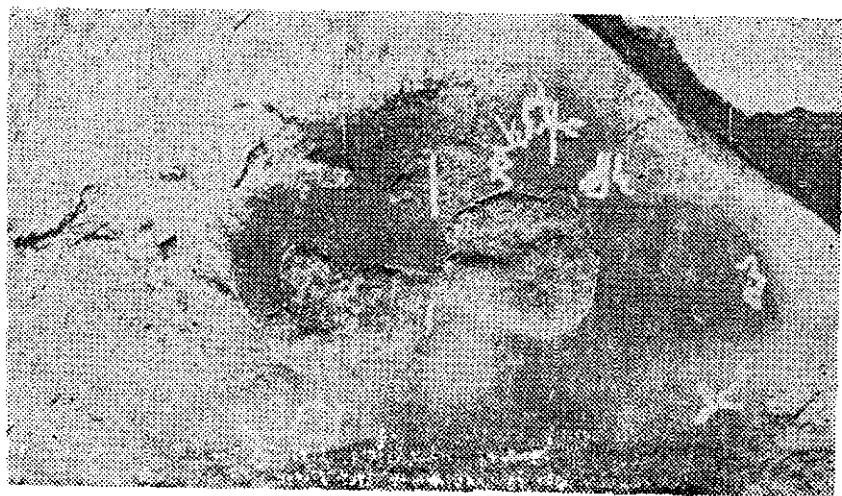
(k) Del Telégrafo Mercantil.- Narración de la expedición del Capitán [Jorge] Pacheco, [Ceballos], I, 2, 1801, pág. 251 y [Francisco] Bauzá, II, pág. 342.

(l) P. [Juan Faustino] SALLABERRY.- Los Charrúas y Santa Fe, pág. 267.

(m) Citado por el General Díaz [sic].

(n) Revista del Archivo Administrativo. Actas Del Cabildo de Montevideo. II, 357-591.

(ñ) GENERAL DIAZ.- Artículo en la Revista Nacional.



Pintura rupestre del Cerro Copetón, descubierta —al igual que muchas otras pictografías existentes en el país y fuera de él— por el autor de este trabajo, en excursión realizada a dicho paraje, en los comienzos de 1953, en compañía del Prof. Carlos A. de Freitas. Puede observarse el gran descascaramiento que ha sufrido la misma en su parte central, y señales y marcas de ganado diversas de época reciente (Departamento de Florida).

Pero hay una separación más original aún en sus procedimientos terapéuticos. Como, hemos visto, casi todos los cronistas señalaban el tipo del Chupador, llegando [José] Guevara a darles a los hechiceros el nombre genérico de Chupadores. Sin embargo, notamos en las dos descripciones de Pedro Mártir [de Anglería] dos tipos distintos, el Chupador y el Frotador: el Piache era chupador, el Boicio, frotador; de éste nos dice que "frotando al enfermo por los hombros, muslos y piernas, retira de los pies las manos entrelazadas y con ellas así juntas, sale corriendo a la puerta, que está abierta y abriendo las manos las sacude y persuade que ha quitado la enfermedad y que pronto quedará bueno el enfermo".

Este tipo de Frotador parece haberse perdido en las descripciones posteriores; sin embargo, su autenticidad nos/la confirma [Antonio] Ruiz de Montoya, en su Vocabulario y Tesoro Guaraníes, donde nos encontramos con el Payé (o hechicero) Porozuhabara, chupador de oficio; y con el Payé Poropichyhara o hechicero refrigerador (o), dejando por lo tanto bien establecida entre los Guaraníes las dos escuelas que dibujara con tanta fidelidad Pedro Mártir, en isleños y pobladores de la tierra firme.

Entre los charrúas, se encontraban igualmente representados los dos sistemas, el más conocido era el del chupador clásico; sin embargo, encontramos descrito el del fregador o masajista, en la relación del general Díaz, quien, refiriéndose a una médica charrúa, dice; "el principal remedio que esta anciana empleaba con los enfermos, era el de "engrasarlos", frotándoles el cuerpo con gran fuerza con un pedazo de cuero por el lado del pelo" (p). Como se vé, el masaje era dado en perfectas condiciones, no faltándole el engrasamiento de la piel, y siendo apropiadísimo el uso de esa especie de cepillo, empleado "con gran fuerza".

10) [.....]

Los Charrúas, que de todas las razas era la que tenía menos respeto a su piel, hacían de las sajaduras y las sangrías un deporte, hasta el punto de que en sus duelos familiares, se sometían voluntariamente a un doble tratamiento de dieta y sangrías, pasando hasta dos días sin probar bocado, y pasándose la lanza a través de los brazos y del seno las mujeres; y los hombres haciéndose atravesar

(o) [Antonio], RUIZ DE MONTOYA.- Ver Paye.

(p) GENERAL DIAZ. - "Revista Nacional".

por gruesas cañas, de pulgada en pulgada y del puño al hombro, que conservaban algunas horas, corriendo por los bosques (q), o bien con varas de guayabo, levantándose con fuerza la piel y encajándola lo más cerca posible del hueso (r).

11) [.....]

Llamaban los Guaraníes al baño de sudor, Cheryái (s).

El baño de sudor era empleado asimismo entre los Charrúas. Refiriéndose a la médica de esa raza, a la que hemos hecho referencia, dice el general Díaz: "usaban también otros (remedios) como el de la "ceniza caliente", remedio que ví aplicar en la costa del Daymán a un mozo que al parecer sufría de un fuerte catarro; no pude conocer, agrega, el resultado a la operación, que era la de tenderlo en un montón de cenizas ardientes, producidas por una grande hoguera, que se había encendido sobre la arena de la costa, porque el mocetón no quiso o no pudo soportar el calor de tal remedio, pues apenas se había tendido, se levantó corriendo y fuése a revolcar en el pasto seco, muy enojado al parecer con la curandera" (t).

12) [.....]

Después de una larga persecución, pudo [Juan Ventura] Yfrán conferenciar con los charrúas y su Jefe Masalana, siendo inútil todo arreglo, debiendo volverse Yfrán, cediendo el puesto de acción al Capitán Jorge Pacheco [Ceballos], el que provisto de perros, y de un buen contingente de tropas, derrotó y deshizo a los Charrúas en el Arapey Grande y en Arerunguá, haciéndoles una enorme matanza: Con todo, no pudo, falto de recursos, fundar más que la villa de Belén de las cuatro que estaban en el programa del Virrey.

No fue, pues, más afortunada esta tentativa civil que las empleadas por los religiosos, y el sistema de la fuerza no fue más eficaz que el de la persuasión que emplearon los jesuitas, y así su falta de adaptación a la vida civil, hizo que esa raza, que no carecía de buenas condiciones, desapareciera por la fuerza de las armas, pasados a cuchillo sus últimos representantes en los primeros años de nuestra vida independiente (1832) en la jornada del Cuareim, la que Díaz llama enfáticamente las Vísperas Charrúas.

(q) AZARA.- Viajes p^{or} la América Meridional, I, pág. 16.

(r) GENERAL ANTONIO DIAZ.- "Revista Nacional".

(s) MONTROYA.- Voc. y Tesoro.

(t) GENERAL DIAZ.- Loc. cit.

Algunas influencias de las observaciones críticas del Coronel don Modesto Polanco sobre la obra escrita de Eduardo Acevedo Díaz en general (30).

Una vez llegados a este nuestro **Apéndice XV**, sólo nos resta presentar bajo la forma de estados o cuadros sinópticos, algunas de las influencias (probables y/o indubitables) que las observaciones críticas del Coronel don Modesto Polanco (1890) han ejercido sobre la obra acevediana en general; que dichas observaciones críticas -inmediatas, expresas y más o menos acertadas o benévolas- se remiten, en todos los casos y sin lugar a dudas, a la primera versión del breve relato de Eduardo Acevedo Díaz, intitulado «La Boca (o Cueva) del Tigre» (1890), y al hecho de que las mismas observaciones críticas fueran -tardía, cuanto tácita y contundentemente- contestadas por Eduardo Acevedo Díaz, a través de las tres ediciones (1891) que conocemos de su importante escrito (nunca citadas antes las tres en manera tan perfecta y completa, ni mucho menos en conjunto) intitulado «Etnología indígena; la raza charrúa a principios de este siglo [XIX]».

Los cuadros a que nos referimos suman cinco (5), y en ellos se desarrollan, principalmente, los siguientes temas:

1° Algunas pruebas palpables del encadenamiento nunca advertido antes y que evidentemente existe entre «La Boca del Tigre» (Montevideo, agosto 19 de 1890), la carta abierta intitulada «Los indios charrúas» del Coronel don Modesto Polanco (Montevideo, setiembre 16 de 1890) y la «Etnología indígena» de Eduardo Acevedo Díaz (Buenos Aires, junio de 1891; y Montevideo, agosto del mismo año);

2° Influencias indubitables de las críticas del Coronel don Modesto Polanco acerca de la obra de Eduardo Acevedo Díaz: El ejemplo que nos ofrece **Nativa**, la segunda novela de la serie histórica;

3° Indubitables influencias de las críticas de dicho Coronel don Modesto Polanco sobre la obra acevediana: El ejemplo que nos brinda «La Boca (o Cueva) del Tigre», a través de sus versiones claves y neurálgicas de los años 1890, 1901 y 1911;

4° Otras influencias de las críticas del Coronel don Modesto Polanco en torno y en relación a la obra escrita de Eduardo Acevedo Díaz: El artículo «Gualiche,» de 1890 (febrero 2 y agosto 19); y la nota (colofón o simple llamada) sobre la misma voz en 1891 (junio 1° y 5; y agosto 7); y, por último:

(30) Desarrollamos en este Apéndice XV, el tema y el fin fundamentales de este trabajo, que es el mostrar y poner en evidencia algunas de las influencias innegables que las críticas contenidas en la carta abierta del Coronel don Modesto Polanco han ejercido sobre la obra escrita de Eduardo Acevedo Díaz en general.

5° Acerca del curioso topónimo de «La Cueva (o la Boca) del Tigre:» Una posible rectificación (o influencia) de Modesto Polanco a Eduardo Acevedo Díaz.

Algunos otros cuadros más o menos análogos o similares -que el lector que nos siga podrá sin duda imaginarse o realizar por su cuenta o por sí mismo-, podrían presentarse también, a simple título de ejemplo, en prueba o en testimonio de cuanto hemos venido señalando sobre el particular o, en fin, como resúmen igualmente, o a fuer de conclusión general a todo nuestro trabajo; entre otros:

A) Una interesante secuencia: Los párrafos comunes (de las tres versiones de la «Etnología indígena», de 1891) con el manuscrito del Brigadier General don Antonio Díaz sobre los indios charrúas del Uruguay (que, a nuestro juicio y entender, demuestran que el orden de las siete hojas no foliadas que lo componen, es el de la A a la G, o más bien -es casi seguro-; **B, A, C, D, E, F, y G.**

B) Trozos comunes de **Ismael y Nativa**, entre sí y con respecto a «La Boca del Tigre», los que, en gran parte, disculparían las rotundas aseveraciones de Eduardo Acevedo Díaz en el sentido de que él publicó su respuesta motivado por críticas etnológicas que -dijo- le fueron hechas o realizadas al respecto, en contra de aquellas dos novelas históricas y cronológicamente anteriores a la publicación de dicho breve relato).

C) Un análisis más exhaustivo y más profundo de la carta abierta del Coronel don Modesto Polanco sobre los indios charrúas del Uruguay con el breve relato intitulado «La Cueva del Tigre», y aún, acaso, con la «Etnología indígena» de Eduardo Acevedo Díaz.

D) Una comparación de las partes indígenas de **Ismael** y de **Nativa** con los «apuntes» del Brigadier General don Antonio Felipe Díaz.

E) Un cotejo más a fondo del breve relato que nos ocupa sobre «La Boca del Tigre» con los referidos **borradores** de Antonio Díaz (**padre**) y aún con la obra histórica (en 13 tomos) de Antonio Díaz (**hijo**).

F) Contradicciones históricas y etnológicas que existían ya (en el año de 1890) entre el relato «La Cueva del Tigre», tantas veces mencionado, y las novelas históricas y anteriores **Ismael y Nativa**.

G) Y otros muchos cuadros sinópticos más que no valdría la pena siquiera señalar o enumerar aquí en extenso (la «Memoria» del Coronel don Manuel Lavalleja (en sus dos versiones) y su comparación o cotejo con los editoriales del año de 1848 y, también, con la refutación intitulada «A la Nueva Troya escrita por Alejandro Dumas»; las tres versiones claves o neurálgicas de «La Boca (o Cueva) del Tigre» (1890, 1901 y 1911), y la -a nuestro juicio- variante de la segunda versión aludida, que fuera reimpressa en 1935 (**sin fuente**) y aún (**con procedencia falsa**) en 1968; resúmenes de todas las críticas y comentarios que contemporáneamente fueron formulados en torno y relación a las primeras ediciones de las novelas históricas **Ismael, Nativa**, etcétera).

- CUADRO I.

Algunas pruebas palpables e indubitables del encadenamiento nunca advertido antes que evidentemente existen entre

EDUARDO ACEVEDO DIAZ (1890):

"La Boca del Tigre", por Eduardo Acevedo Diaz. — En *La Epoca*, Montevideo, 19 de agosto de 1890). (Reproducido con variantes, agregados y omisiones, en 1901 y en 1911). esta carta, es la que nosotros publicamos).

EDUARDO ACEVEDO DIAZ (1891):

"Etnología indígena; la raza charúa a principios de este siglo", por Eduardo Acevedo Diaz. — En *Revista Nacional*, Buenos Aires, 1º de junio de 1891. (Una ed. más en agosto /91).

1. LA RAPINA:

"Por donde pasaba su manada de potros, el *rastreo era profundo. Como el tigre cebado, escogía las mejores presas* [...] *todo era poco para colmar sus apetitos* [...] Había que complacerlos y permitirles que corrieran el ganado para escoger [...] *Arreaban lo que les convenía*" (P. 1, col. 4, párrafo 2 y tres fragmentos de los comienzos mismos del 3). (Subrayados nuestros).

1. LA RAPINA:

"No tenían inclinación al robo, y esto lo probaron en los años que sentaron sus reales en el campo de [don José Paz] Nadal, sin que hubieran cometido ni uno solo de esos actos en su establecimiento ni en el de ningún vecino [...] ¿Por qué [...] se les perseguía [...]? ¿Porque vivían en su nativo suelo? —sin robar [...]?" (p. 1, col. 5, párraf. 46; y col. 6, partes de los 66-7). (Subrayados nuestros)

2. GUALICHE:

a. "Con los mismos *meñitos* se aparecía en tarde calurosa o en *callada noche*, Gualiche, y, matando invisible aquí y acullá, ponía en fuga la horda" (p. 1, col. 4, parte del párrafo 3). (Subrayado nuestro).

b. "Este otro ganadero les sonreía, *aunque en el fondo les deseaba cien Gualiches*" (p. 1, col. 4, parte del párrafo 5). (Subrayado también nuestro).

c. "Eran los señores del suelo, y fuera de Gualiche a nadie tentan bajo la luz del sol" (p. 1, col. 4, parte final del párrafo 7) (Subrayado igualmente nuestro).

2. GUALICHE:

"Tampoco conocían el Gualiche, que es la brujería por la cual se produce la desgracia y la muerte de alguno, o de todos los de una tribu [...]. La razón de esta superstición en casi todos los salvajes del mundo, se funda en que no admiten la muerte natural. [...] Así, pues, se ven tribus que condenan a la hoguera a la mujer o al marido que queda viudo, considerándolo factor del mal, a cuyo sacrificio va resignada la víctima, y durante su consumación todos los demás corren furiosamente hasta cierta distancia, espantando el Gualiche" (p. 1, col. 5, fragmento del párrafo 32 y los párrafos 33 y 37 enteros). (Los subrayados son también nuestros).

1. LA RAPINA;

2. GUALICHE;

3. FLECHAS;

4. TATUAJE; y

5. OTRAS COSTUMBRES DE LOS

INDIOS CHARRUAS, PROPIAS DE SU

IDIOSINCRACIA Y ESTADO DE

BARBARIE:

"*Oscuros son los orígenes de la belicosa parcialidad charúa*, domadora de los bobanes, yates y chanáes, y poco/ fundados en certidumbre completa los datos que nos han transmitido los naturalistas y viajeros que exploraron estas regiones a principios del siglo [XIX] o a fines del pasado [XVIII], —sin excluir al sabio [Félix del] Azara.

"Con este motivo, algunos han rechazado como falso lo que precisamente contienen esos relatos de verdadero; y otros, han acogido

3. FLECHAS:

a. [...] "la moharra, la macana, la bola o la flecha certeras" (p. 1, col. 4, parte del párrafo 5). (Subrayado nuestro).

b. "[...] la horda bravía aderezó sus caballos [...] y, listas lanzas y flechas, —se marchó" (p. 1, col. 4, fragmentos hacia el final del párrafo 10). (Subrayado también nuestro).

c. "El escuadrón de [el mayor] José María? Luna se lanzó veloz sobre las armas de los indios, lanzas, flechas y algunas tercetas [...] (p. 1, col. 5, comienzo del párrafo 31). (Subrayado igualmente nuestro).

4. TATUAJE:

"Sus rostros rayados con pedernal, hierro o espina de manguillo humedecidos en alguna savia o pringue especial, dábales un aspecto imponente" (p. 1, col. 4, parte del párrafo 5). (Subrayados nuestros).

5. OTRAS COSTUMBRES DE LOS CHARRUAS:

"En medio de esa vida errante, llegaron un día a sus toldos varios emisarios del general don Fructoso Rivera, presidente de la república, para invitarlos a una guerra con el Brasil. Se les prometía, en cambio de su ayuda, los mejores despojos del triunfo [...]. Por encima de eso, tendrían ellos derecho, proporcionalmente, a los tesoros de metal y carne que dan el triunfo y el saqueo —oro, mujeres, plata y negros" (p. 1, col. 4, párrafos 6 y final del 9). (Subrayados nuestros).

3. FLECHAS:

"Las monturas que tenían eran los lomos de sus bien adiestrados pingos.

"Sus armas de combate: la lanza lisa, muy poco más larga que la de ordenanza, las boleadoras de dos piedras con cintura y la honda.

"No conocieron el manejo de la flecha, ni la habían usado nunca [sic]; esta es el arma predilecta de algunas tribus selváticas del Brasil [sic]" (p. 1, col. 5, párrafos 22, 23 y, sobre todo, el 24, completos). (Subrayado igualmente nuestro). 4. TATUAJE:

"No había un solo Charrúa [en el campo de don José Paz Nadal] que tuviera el rostro, ni parte alguna de su cuerpo, con pintarrajos ni cicatrices" (p. 1, col. 5, párrafo 45). (Subrayado ídem.).

5. OTRAS COSTUMBRES DE LOS CHARRUAS:

"[...] el hecho de la Cueva del Tigre, me lo han referido los coroneles don Juan Carballo, [Juan Angel] Golarini y otros, confirmando también Sepé, casi igual a como Ud. lo refiere, con la única variante de que no era el robo y el pillaje lo que indujo a los Charrúas para aliarse al llevar la guerra al Brasil";

"[...] jamás (dichos indios charrúas, del campo de Nadal) mancharon sus manos en sangre de inocentes niños, ni violaron mujeres" (p. 1, col. 6, parte del párrafo 71; y p. 1, col. 5, final del párrafo 50). (Subrayados íd.).

como real y positivo lo que en ellos peca de inverosímil o de erróneo.

"Nada, pues, más difícil de investigar que la etnografía de los charrúas, dado que ninguna tradición escrita u oral dejaron.

"El estudio etnológico, es poco menos que imposible con las noticias que nos alcanzan y a partir de su crudeza salvaje y de su aislamiento, raros fueron los casos en que se hizo fácil una observación prolija de sus instintos usos y costumbres.

"No han faltado quienes sin razón fundada concediendo a la licencia poética fueros históricos, hayan negado en absoluto que los indios charrúas USARAN FLECHAS, que se TATUASEN, que creyeran en GUALICHE, que tuviesen como un hábito LA RAPINA, y que practicasen OTRAS COSTUMBRES PROPIAS DE SU IDIOSINCRACIA Y ESTADO DE BARBARIE". (Año VI, tomo XVI, Nº 62, pp. 16-17, párrafos 1 a 5). (Los subrayados son nuestros; y los que hemos reproducido en letras mayúsculas y bastardilla, son de nosotros únicamente en el quinto y último caso señalado). (Véase también Tribuna, de Buenos Aires, y La Epoca, de Montevideo (Año I Nº 18, p. 2, cols. 3-4; y Año V, Nº 1.258 p. 1, col. 3. — Buenos Aires, 5 de junio, y Montevideo, 7 de agosto de 1891, respectivamente).)

EL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD:

"En LA EPOCA fecha 19 del presente mes [de agosto de 1890], he visto la relación que Ud. hace con minuciosos detalles de las dos últimas batidas que se llevaron a la tribu Charrúa y en que esos indígenas aparecen, a la vez que valientes, cual horda feroz y repugnante.

"Sus informantes han adulterado los hechos" [...]

"Yo, que siempre habia sentido cierto ORGULLO NACIONAL al recuerdo de esa tribu, cuyos restos al mando del cacique Sepe con sus respectivas familias conocí, y que tenían tan notables rasgos físicos e intelectuales de superioridad sobre las varias que he visto de la República Argentina y del Brasil (que son más o menos las retratadas en esos episodios), creo cumplir con decirle, compatriota, cómo la leyenda y la tradición forman parte de la historia: *hagámosle justicia póstuma, siquiera sea POR ESPIRITU DE NACIONALISMO.*

"Mucho más, cuando los puntos de esa pluma que viene ya de ilustrado abuelo, graban en la memoria del que lo lee —con caracteres indelebiles— las imágenes que Ud. ha querido trasmitir [...]

"En tal concepto, creo que Ud., en posesión de los datos que paso a exponer, ha de estar de acuerdo conmigo [...]" (p. 1, col. 4, párrafos 3, parte del 4, el 6 y comienzos del 7 y del 8). (Subrayados nuestros).

EL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD

"Se ha llegado hasta invocar EL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD, como argumento admisible, para que la mentira primase sobre el recto criterio y fuera ley de conciencias en esta materia; olvidándose deplorablemente que la verdad histórica es la que honra y educa, aunque lastime suceptibilidades y evapore ridículas leyendas. [...]

"Como estas opiniones se han formulado con motivo de los juicios que acerca de los aborígenes orientales hemos emitido/ en nuestras novelas históricas ISMAEL Y NATIVA, pretendiéndose desvirtuarlos, nos place venir a su defensa; creyendo que con ella justificaremos plenamente lo escrito por nosotros, a la vez que ofreceremos nueva luz sobre cosas que muy pocos saben; por más que EL AMOR PROPIO NACIONAL haga imaginar a muchos que ellos conocen la historia verdadera e imparcial de su tierra. [...]

"Es un testimonio para nosotros bien respetable el del Brigadier General D. Antonio Díaz, nuestro abuelo [...]

"Por ese testimonio, se verá que lo que afirmamos en el texto de nuestros libros, reposa sobre dato cierto e irrecusable [...]

"Algo idéntico podríamos decir acerca de los juicios históricos de diversa índole emitidos en los mismos; siempre que, a comprobar asertos, nos obligara una crítica seria. No hemos cultivado la novela del género para adulterar la historia, sino para difundir algunas de sus verdades y lecciones severas, presigiéndolas con su real valor". (*Revista Nacional*, Año VI, tomo XIV, N° 62, pp. 17-8 párrafos 6-12; *Tribuna*, Año I, N° 12, p. 2, col. 4; y *La Epoca*, Año V, N° 1.258, p. 1, col. 3).

• CUADRO II.

Influencias indubitables de las críticas del Coronel don Modesto Polanco sobre la obra de Eduardo Acevedo Díaz:
El ejemplo que nos ofrece «Nativa», la segunda novela de la serie histórica:

Primera edición. — Montevideo, 1890

(C) sea: antes de publicada la carta de M. Polanco)

1ª referencia:

“*Gualiche*”, los había obligado a abandonar la vieja rancharía a causa de una fiebre epidémica; proveniente tal vez de las miasmas que exhalaban multitud de despojos acumulados poco a poco en las cercanías del aduar, y, aún de reses que los flecheros solían aprovechar únicamente por la parte de arriba, dejando intacta la otra, —costumbre del yaguareté— por no tomarse la pena de darlas vuelta” (Cap. XI, “Cuaro”, p. 165). (Subrayado nuestro).

2ª referencia:

“Habíase guarecido del sol ardiente bajo un árbol fatal, el ‘ahué’, o sea —el árbol malo, cuya sombra intoxica y mata, según la tradición indígena. Este árbol misterioso, de elevadas proporciones, madera blanca y espeso ramaje, —propio del clima del norte, aunque no muy común— ejercía influencia tan maléfica, en concepto de los charruas, sobre todas las plantas que brotaban en sus contornos que las aniquilaban al nacer, al igual del ‘yathay’. Tronco preferido de *Gualiche*, los que a su pie dormían no despertaban más en las horas pesadas de la siesta; y los que sobrevivían por acaso, arrancándose al peligro que en torno esparcía su sombra maldita, era para sufrir por largo tiempo los crueles efectos de su sutil veneno. El indígena creía que era en la corteza del ‘ahué’ donde las viboras afilaban sus garras” (Cap. XI, pp. 167-168 de la primera edición). (El segundo subrayado (de los dos) es nuestro).

Segunda edición. — Montevideo, 1894

(Es decir: Después de la impresión de dicha carta)

1ª referencia:

“SE HABIAN VISTO OBLIGADOS a abandonar la vieja rancharía, a causa de una fiebre epidémica, proveniente tal vez de las miasmas que exhalaban multitud de despojos y osamentas de animales vacunos y yeguares acumulados poco a poco en las cercanías del aduar, y, aún de reses que los flecheros solían aprovechar únicamente por la parte de arriba, dejando intacta la otra, —costumbre del yaguareté—, por no tomarse la pena de darlas vuelta” (Cap. XI, pp. 239-240). (Subrayado nuestro).

2ª referencia:

“Habíase guarecido del sol ardiente bajo un árbol fatal, el ‘ahué’, o sea el árbol malo, cuya sombra intoxica y mata, según la tradición indígena.

“Este árbol misterioso, de elevadas proporciones, madera blanca y nutrida y espeso ramaje, —propio del clima del norte, aunque no muy común—, ejercía influencia tan maléfica, en concepto de los charruas, sobre todas las plantas que brotaban en sus contornos que las aniquilaba al nacer al igual del ‘yathay’.

“TRONCO PREFERIDO DEL MAL ESPÍRITU, los que a su pie dormían no despertaban más en las horas pesadas de la siesta; y los que sobrevivían por acaso, arrancándose al peligro que en torno esparcía su sombra maldita, era para sufrir por largo tiempo los crueles efectos del sutil veneno.

“El indígena creía que era en la corteza del ‘ahué’ donde las viboras untaban sus dientes, y donde el yaguareté afilaba sus garras” (Cap. XI, pp. 243-244 de la segunda edición). (El último subrayado es nuestro).

3ª referencia:

"Cuáró se echó con indolencia sobre el cuello de su caballo, y dijo: —Indio muerto... Pasaron los caciques por acá y también «Gualiche» (Cap. XIII, «De la cuchilla al monte, p. 198»). (Subrayado igualmente nuestro).

Significado de la voz "Gualiche":

"Gualiche. — Nombre que los indios charúas daban a un espíritu adverso o demoníaco a quien atribuían todas las contrariedades y desgracias, y al que no se representaba bajo forma típica externa alguna; lo que induce a pensar que, a partir de esta creencia supersticiosa, era probable que profesasen un culto cualquiera, desde que no se concibe la idea del mal sin su relativa del bien. Ningún vestigio ha quedado sin embargo, de sus posibles idolatrías. De esa superstición participaban también los indios de las pampas argentinas" (p. 341 de la primera edición de *Natua*).

3ª referencia:

"Cuáró se echó con indolencia sobre el cuello de su caballo, y dijo:

"—INDIO MUERTO... PASARON LOS CACIQUES POR ACA! (Cap. XIII, p. 288). (Subrayado igualmente nuestro).

Significado de la voz "Gualiche":

(p. 409 de la segunda edición de *Natua*)

GARRAS

GUABIYÓ

—O—

GUAYNITA

GUAYCURÓ

CUAZO-BIRA

-CUADRO III-

Indubitables influencias de las críticas del Coronel don Modesto Polanco sobre la obra accevediana:

El ejemplo que nos ofrece «La Boca (o Cueva) del Tigre», a través de sus versiones claves de 1890, 1901 y 1911:

Versión original: de *La Epoca*, de Montevideo, Segunda versión de *La Alborada* de Montevideo, del día 5 de mayo del año de 1901: *poetas del Plata*. Buenos Aires, Barcelona, 1911 (La única reproducción completa que de ella conocemos hasta el momento, es la que aparece publicada en nuestro Apéndice N° 1).

1. GUALICHE:

a. "Los despojos se aglomeraban en el valle junto a las viviendas; y antes de blanquearse los huesos, del mismo terreno así abonado surgían las fiebres pútridas. De este mal se veían en el caso de alegrarse los ganaderos. Con los miasmas mefíticos se aparecía en tarde calurosa o en callada noche, *'Gualiche'* y matando invisible aquí y acullá ponía en fuga la horda" (p. 1, col. 4, parte del párrafo 3). (Subrayado nuestro).

b. "Este otro ganadero les sonreía, aunque en el fondo les deseaba cien *Gualiches*" (col. 4, parte del párrafo 5). (Subrayado también nuestro).

c. "Eran los señores del suelo, y fuera de *Gualiche* a nadie temían bajo la luz del sol" (p. 1, col. 4, final del párrafo 7). (Subrayado igualmente nuestro).

2. FLECHAS:

a. "En ningún idioma podía hablarse de razón y buen derecho a la Banda formidable, sin que sus guerreros contestasen con la moharra, la macana, la bola o la flecha certeras" (p. 1, col. 4, parte del párrafo 5). (Subrayado nuestro).

1. GUALICHE:

a. "Los despojos se aglomeraban en el valle junto a las viviendas, y antes de blanquearse los huesos, del mismo terreno así abonado surgían las fiebres pútridas. De este mal se veían en el caso de alegrarse los ganaderos. Con los miasmas mefíticos se aparecía en tarde calurosa o en callada noche, *EL GENIO MALO*, y matando invisible aquí y acullá ponía en fuga la horda" (p. 9, col. 1, parte del párrafo 4). (Subrayado nuestro).

b. "Este otro ganadero les sonreía, aunque en el fondo les deseaba cien *Gualiches*" (p. 9, col. 2, parte del párrafo 6). (Subrayado también nuestro).

c. "ERAN LOS SEÑORES DEL SUELO, Y A NADIE TEMIAN BAJO LA LUZ DEL SOL" (p. 10, col. 1, final del párrafo 9). (Subrayado igualmente nuestro).

2. FLECHAS:

a. "En ningún idioma podía hablarse de razón y buen derecho a la Banda formidable, sin que sus guerreros contestasen con la moharra, la macana, la bola o la flecha certeras" (p. 9, col. 2, parte del párrafo 6). (Subrayado nuestro).

1. GUALICHE:

a. "Los residuos se aglomeraban en el valle junto a las toscas viviendas, y antes de blanquearse los huesos, del mismo terreno así abonado surgían fiebres malignas. De este mal pasajero se veían en el caso de alegrarse los hacendados. Con los miasmas mefíticos se aparecía en tardes o en noches calurosas *EL 'GENIO MALO'*, y matando invisible aquí y acullá ponía en fuga la horda" (p. 409, párrafo 8 y comienzos del 9). (Subrayado nuestro).

b. "Este otro ganadero les sonreía, aunque en el fondo les deseaba cien *ESPIRITUS MALOS*" (p. 410, parte del párrafo 13). (Subrayado también nuestro).

c. "ERAN LOS AMOS DEL SUELO Y A NADIE TEMIAN BAJO LA LUZ DEL SOL" (p. 412, final del párrafo 24). (Subrayado igualmente nuestro).

2. FLECHAS:

a. "En ningún idioma podía hablarse de razón y buen derecho a la banda formidable, sin que sus guerreros contestasen CON LA MOHARRA, LA MACANA O LA BOLA CERTERAS" (p. 410, parte del párrafo 13). (Subrayado nuestro).

b. " [...] la horda bravía aderezó sus caballos de guerra, hizo cantar a sus mujeres un himno tradicional mezcla de quejas planíderas y silbidos de tormenta—, estuvose atenta a la arenga de sus caciques que les recordaba las viejas luchas y glorias; y, listas lanzas y flechas, —se marchó" (p. 1, col. 4, final del párrafo 10). (Subrayado también nuestro).

c. "El escuadrón de [el mayor José María?] Luna se lanzó veloz sobre las armas de los indios, lanzas, flechas y algunas tercerolas, apoderándose de su mayor parte y arrojando por el suelo, bajo el tropel, varios hombres [...] (p. 1, col. 5, comienzo del párrafo 31). (Subrayado igualmente nuestro).

3. TATUAJE:

"Sus rostros rayados con pedernal, hierro o espina de mangrullo, humedecidos en alguna savia o pringue especial, *dábales un aspecto imponente*. A su sola presencia había que ceder" (p. 1, col. 4, parte del párrafo 5). (Subrayados *idem*.)

b. " [...] la horda bravía aderezó sus caballos de guerra, hizo cantar a sus mujeres un himno tradicional —mezcla de quejas, de planíderas y silbidos de tormenta—, estuvose atenta a la arenga de sus caciques que les recordaba las viejas luchas y glorias; y listas lanzas y flechas, se marchó" (p. 10, col. 1, final del párrafo 12). (Subrayado también nuestro).

c. "El escuadrón de [el mayor José María?] Luna se lanzó veloz sobre las armas de los indios, LANZAS Y ALCUNAS TERCE-ROLAS, apoderándose de su mayor parte y arrojando por el suelo bajo el tropel, varios hombres [...] (p. 10, col. 2, comienzo del párrafo 37). (Subrayado igualmente nues- tro).

3. TATUAJE:

"Sus rostros rayados con pedernal, hierro o espina de mangrullo, humedecidos en alguna savia o pringue especial, *dábales un aspecto imponente*. A su sola presencia había que ceder" (p. 9, col. 2, parte del párrafo 7). (Subrayado *idem*.)

b. "[...] la horda aderezó sus caballos de guerra; hizo cantar a sus mujeres un himno tradicional, mezcla de quejas y silbos de tormenta; se estuvo atenta a la arenga de sus caciques que les recordaba los viejos combates, Y LISTAS LAS ARMAS, se puso en marcha" (pp. 413-414, final del párrafo 30). (Subrayado también nuestro).

c. "El escuadrón desarmado de [el mayor José María?] Luna, se lanzó veloz SOBRER LAS LANZAS Y ALCUNAS TERCEROLAS DE LOS INDIOS, apoderándose de su mayor parte y arrojando al suelo bajo el tropel varios hombres" (p. 416, párrafo 57). (Subrayado igualmente nuestro).

3. TATUAJE:

"ALGUNOS SE TATUABAN EN EL PE- RIODO A QUE NOS REFERIMOS. Rayabanse el rostro con un pedernal, hierro o espina de "mangrullo" humedecidos en alguna savia o pringue especial, lo que les daba un aspecto imponente, PERO, NO HAY CONSTANCIA/ DE QUE EN SU ULTIMA EPOCA CONSERVARAN ESTOS USOS" (pp. 411, párrafo 15). (Subrayados *idem*.)

(*) En 1935 "gualichos" (p. 167, párrafo 4, línea 2); y, también "gualichos", en 1968 (p. 93, párrafo 4, renglón 47).

- CUADRO IV -

Otras influencias de las críticas del Coronel don Modesto Polanco sobre la obra de Eduardo Acevedo Díaz:

El artículo «Gualiche» (de «Nativa») de 1890 y la nota (colofón o llamada) sobre la misma voz (de la «Etmología indígena») en 1891

NATIVA. — Edición en el folletín del diario *La Opinión Pública*, de Montevideo, en 1889-1890; y primera edición en libro de dicha novela histórica; la segunda de las que integran la llamada «trilogía épica, histórica o patria (o nacional)». Montevideo, 1890.

“**GUALICHE.** — Nombre que los indios charrúas daban a un espíritu adverso o demoníaco a quien atribuían todas las contrariedades y desgracias; y al que no se representaba bajo forma típica externa alguna; lo que induce a pensar que, a partir de esta creencia supersticiosa, era probable que profesasen un culto cualquiera, desde que no se concibe la idea del mal sin su correlativa del bien. Ningún vestigio ha quedado; sin embargo, de sus posibles idolatrías. De esa superstición participaban también los indios de las pampas argentinas” (p. 341 de la “Aclaración de algunas voces locales usadas en esta obra, para [una] mejor inteligencia de los lectores extraños al país”, de la primera edición, en libro, de *Nativa*; aclaración ésta que fue poco antes también publicada, asimismo en el diario *La Opinión Pública*, de Montevideo, en el Folletín N° 83, Año II, Número 359, p. 4, col. 3. — Montevideo, domingo 2-de febrero de 1890).

“**ETNOLOGIA INDIGENA;** la raza charrúa a principios de este siglo”, en sus tres ediciones: de la *Revista Nacional* y el periódico *Tribuna*, de Buenos Aires (en el mes de junio de 1891); y según el diario *La Epoca*, de Montevideo (en agosto de *idem.*).

“**GUALICHE.** — Sin poner en duda el hecho de la creencia en los charrúas de un genio del mal, pues lo abonan diversos testimonios, la abrigamos, sin embargo, respecto al nombre que ellos le daban, y que el autor de los apuntes consigna.

“En la publicación de esos apuntes inéditos, hemos creído de nuestro deber no suprimir nada, en obsequio a la fidelidad.

“*Gualicho*, es el vocablo que usaban los indios pampas para designar su genio maléfico, y que bien puede haber recorrido una vasta zona, difundiéndose entre distintas tribus. Lo prueba el hecho de que el vocablo no es pampa, sino araucano. *Huecucun*, decían los araucanos. De ahí *huecufu* o *gualichú* entre los pampas, por corrupción.

“Los guaraníes, hablando del diablo, decían *andoyara*; y éste era el término que emplearon los tapes que se confundieron con las poblaciones orientales”. (*Revista Nacional*, Año I, N° 62, p. 34, líneas 7 a 17; *Tribuna*, Año I, N° 18, p. 2, col. 4, renglones 181 a 198 (nota correspondiente al párrafo 5, de la sección I) o de “Introducción”); y en *La Epoca*, Año V, N° 1.258, p. 1, col. 4 (llamada que en cambio, esta vez, pertenece al párrafo 20, que está dentro de la sección III del primer artículo (de los tres) en que el escrito original se encuentra allí muy arbitrariamente dividido). — Buenos Aires, 1° de junio y 5 de junio de 1891; y Montevideo, 7 de agosto del mismo año, respectivamente).

- CUADRO V -

Acerca del curioso topónimo de «La Cueva (o de La Boca) del Tigre».

Su evolución histórico - geográfica en el tiempo.

Una posible influencia de las críticas del Coronel don Modesto Polanco sobre «Ismael», «Nativa», etc.

AUTOR:	FUENTE:	DENOMINACION
1º a. <i>D. Diogo de Souza</i>	Carta al "Sr. Joaquim de Oliveira Alvares", fechada en el "Cuartel General na Barra do Arroyo de S. Francisco, 6 de Julho de 1812" y carta a <i>Idem.</i> , fechada en el "Cuartel General, 11 de Julho de 1812".	<i>Cova do Tigre</i>
1º b. <i>Joaquim de Oliveira Alvares</i>	Carta al "Sr. Diogo de Souza", datada en el Campo do Arroyo de S.to Anto, 9 de Julho de 1812". (Cf. Eduardo F. Acosta y Lara, <i>La guerra de los charruas en la Banda Oriental</i> . - Montevideo, 1969-1970 (pp. 48, 50 y 51).).	
2º <i>Antonio Diaz (padre)</i>	Hoja D (Recto) ¿1861 - 1869? Hoja F (") " Hoja G (") "	<i>Cueva del Tigre</i> <i>Boca del Tigre</i> <i>Boca del Tigre</i>
	("Apuntes varios sobre los charruas", en <i>Adquisición Antonio Diaz</i> (Tomo IV, <i>Archivo General de la Nación</i> . Montevideo)).	
3º <i>Antonio Diaz (hijo)</i>	<i>Historia politica y militar de las repúblicas del Plata</i> , vol. II, p. 85. - Montevideo, 1877.	<i>Cueva del Tigre</i>

4º	Eduardo Acevedo Díaz		Ismael. — Primera edición, p. 189. — Buenos Aires, 1888.	Cueva del Tigre
5º	"	"	Náutica. — Primera edición en libro, p. 335 (artículo "Bohanes"). — Montevideo, 1890. (Véase también <i>La Opinión Pública</i> , folle- tín Nº 81 (Año III, Nº 358), P. 1, col. 1. — Montevideo, fe- brero 1º de 1890).	Boca del Tigre
6º	"	"	"La Boca del Tigre", en <i>La Epoca</i> , de Montevideo, 19 de agosto de 1890 (p. 1, col. 4, párrafo 11).	Boca del Tigre
7º	Modesto Polanco		"Los indios charrúas", en <i>La Epoca</i> , de Montevideo, 16 de se- tiembre de 1890 (p. 1, col. 6, párrafo 76).	Cueva del Tigre
8º	Eduardo Acevedo Díaz		"Etnología indígena; la raza charúa a principios de este siglo", en <i>Revista Nacional y Tribuna</i> , de Buenos Aires, y en <i>La Epoca</i> , de Montevideo, 1891. Año VI (Tomo IV), Nº 62, p. 16 (nota 1) y p. 29. — Buenos Aires, 1º de junio de 1891; Año I, Nº 18, p. 2, col. 4 (nota 1) y Nº 19, p. 2, col. 4. — Buenos Aires, 1) y Nº 1.260, p. 1, col. 1. — Montevideo, 7 y 9 de agosto de 5 y 6 de junio de 1891; y Año V, Nº 1.258, p. 1, col. 1 (nota 1891).	Cueva del Tigre y Boca del Tigre
9º	"	"	Ismael. — Segunda edición, p. 237. — Montevideo, 1894.	Boca del Tigre
10º	"	"	Náutica. — Segunda edición, p. 491 (artículo "Bohanes"). — Montevideo, 1894.	Boca del Tigre
11º	"	"	"La Cueva del Tigre", en <i>La Alborada</i> , de Montevideo, 5 de mayo de 1901 (p. 10, col. 1).	Cueva del Tigre
12º	"	"	<i>Épocas militares en los países del Plata</i> . — Segunda edición. — Buenos Aires - Barcelona, 1911 (p. 10- (índice), pp. [405-406] (títulos y epígrafes al Cap. VIII y sumario), p. 414 (párrafo 31) y p. 419 (párrafo 60)).	Boca del Tigre

ADDENDA

-**Sepé** Sabio o Labio. [*Sargento Mayor Benito*] Silva. [Sixto] Perea [y A'onso] leyó *sabio*, "porque en 1691, había en Yapeyú un jesuita alemán [nacido el 12 de noviembre de 1655, en Kaltern, valle de Etsch (Tirol)], llavado [Antonio] Sepp". [Benigno] Ferrario acota: "Pretender que unos pobres charrúas analfabetos, llevando una vida más que primitiva, se preocuparan por "sabios" y sobre todo hubiesen conservado el recuerdo de una persona que vivió en Yapeyú unos 150 años antes, es algo inconcebible que deja atónito a cualquiera". Y él lee *labio*. Quizás pudiérase dar a esa interpretación de [Teodoro Miguel] Vilardebó, el sentido de conocedor, de hombre de experiencia; baqueano, no sabio en el sentido estricto del término. Ver *Sekér*, en chaná. Estudiar la posible relación con el famoso guerrero Sepé, citado por Vilardebó. Se trata evidentemente del indio Sepé Tiarajú (grafía portuguesa), muerto en la batalla de Caaiaté o más bien en combate previo, cuando la guerra guaraníca. Dicho indio fue muy conocido entonces y posteriormente, ya por la historia o por el folklore. Cabe añadir que el nombre Sepé fue común posteriormente, como los de Lecor, Braun (Brown), Barbacena y Rondeau, entre indígenas. Así, según algunos, Bernabé Rivera fue martirizado por un charrúa llamado Sepé, que, al decir de otros, sería el mismo indio asesinado en Tacuarembó hacia 1863. (J[osé]. J[oaquín]. F[igueira].)

[.....]

-*Sekér*. Saber, conocer. Ejemplo: *m sekér*, tú sabes. Ver: Sepé, charrúa. (J[osé]. J[oaquín]. F[igueira]).

(De "Las lenguas indígenas del Uruguay" por Juan Carlos Sábat Pebet y José Joaquín Figueira. Montevideo, 1959 v 1961).

Concluido nuestro trabajo, y antes de que fuesen impresos los últimos pliegos, hemos juzgado conveniente insertar en él esta **addenda**, que, principalmente, trata y se refiere a los tres temas que siguen, en general: 1º) Comentarios acerca del pretenso descubrimiento de una "tumba griega" en las cercanías del pueblo de Dolores (descubrimiento supuesto efectuado en el mes de diciembre del año de 1827, en el "Estado Oriental del Uruguay"); 2º) "Los últimos charrúas" de Tacuarembó, según un artículo que el señor Pablo Lavalleja Valdez publicara en Montevideo, en 1937, y fuera luego reimpresso, más tarde, en Tacuarembó, en 1941; y 3º) Observaciones muy necesarias cuanto complementarias en torno al grupo de dichos indios charrúas y a todo ese interesante tema en particular, que debemos al erudito tradicionalista señor Alcides Caorsi (1971).

Séanos permitido enumerar aquí, algo más en detalle, esos tres temas:

1º) Los comentarios que ahora nos interesan acerca del pretenso descubrimiento de una tumba griega en el pueblo de Dolores, se deben al Brigadier General don Antonio Díaz (1835) y también al destacado médico y filántropo uruguayo Dr. don Teodoro Miguel Vilardebó (¿1832? y 1835); y cabe señalar que ellos guardan estrechísima relación y paralelismo elocuente con una parte de los "Apuntes" de aquel sobre los indios charrúas del Uruguay (¿1861 - 1869?) y aún con los comentarios y editoriales del mismo autor, dados a conocer en **El Universal**, de Montevideo, en 1833. Es más: opinamos que en estos últimos, Antonio Díaz (padre) se estaba refiriendo ya, aunque tácitamente, al tema de la supradicha "tumba griega", pues, aunque el prestigioso periodista e historiador de la referencia desarrolló sus ideas sobre el particular recién en el año de 1835, no es menos cierto que, con anterioridad, tuvo en sus manos y comentó en distintas ocasiones periódicos europeos y franceses como el **Messenger des Chambres y Le Temps**, que, entre muchos otros, fueron, por ejemplo, los que en 1832 dieron a la pública luz la "novedad" (considerada, por otra parte, un tanto "vetusta" entonces) de ese "descubrimiento".

Sobre dicho tema de la tumba "griega" de Dolores —cuya noticia, entre otros, apareció en la **Gazette de France** (1831) y en numerosas y variadas publicaciones europeas y americanas de la época—, aún no se ha dicho la última palabra y, sí, muchas inexactitudes, como las publicadas en 1950 por el doctor José María Fernández Saldaña y, sobre todo, las dadas a la estampa en 1963 en la **Revista Histórica de Soriano**.

Por ahora digamos tan sólo que, después de Teodoro Miguel Vilardebó (1803 - 1857), se preocupó por esta cuestión el Brigadier Raymundo José da Cunha Mattos (1776 - 1839), quien de propósito

cita y menciona al geógrafo Adrien Balbi y observa también, a un mismo tiempo, que el número de la Olimpiada respectivo que se adjudicó a dicha "inscripción", mencionado a lo largo del texto de la misma, estaba errado. Cunha Mattos solicitó y obtuvo que el Sr. José Joaquín Bazilio indagase en torno a dicho particular, así en Montevideo como en Buenos Aires, en ocasión de su viaje al Río de la Plata; y fruto de las pesquisas de éste, fueron dos instrumentos autógrafos y originales, que se pronuncian negativamente acerca del pretense descubrimiento en cuestión. Uno de esos instrumentos fue el firmado el día 28 de enero de 1834 por Fray Francisco Ciurana, cura y vicario del pueblo de Dolores; documento que se encuentra refrendado por el Sr. Mariano Cañarte, Notario Eclesiástico del mismo pueblo. El otro instrumento autógrafo y original, datado el 17 de febrero de aquel mismo año de 1834, fue el firmado por el Reverendo Padre Luis de la Peña, cura y vicario de la Parroquia de Santo Domingo Soriano. (Lo curioso y positivo de todo esto radica, por otra parte, en que uno de esos instrumentos afirma rotundamente haber existido en la población de Mercedes, un cura llamado Silverio Antonio Martínez, el cual falleció en Buenos Aires, en los comienzos mismos del supradicho año de 1834). (Aprovechamos la ocasión para hacer público nuestro agradecimiento al Prof. Fabián Melogno Vélez, quien nos proporcionó datos complementarios acerca de Ciurana y Cañarte).

Por lo demás, condensando a continuación cuanto sabemos en torno a este curioso particular, hemos de decir, igualmente, lo que sigue:

1. **Localidad del "hallazgo":** El supuesto descubrimiento fue hecho en Dolores (Soriano) o en sus inmediaciones, "población situada aproximadamente a dos [sic] leguas de Montevideo".

2. **El "descubridor":** Fue un labrador o granjero, agricultor, colono, hortelano o "fazendeiro"; "planteur", "fermier", etc., etc. (según las diversas fuentes de la época, que hemos consultado con especialidad), quien realizó dicho descubrimiento en un predio de que era dueño.

3. **Fecha del hallazgo:** En el mes de diciembre de 1827 (a juzgar por el *Giornale del Regno delle Due Sicilie*). En el año de 1833 (según Cândido Vieira da Costa, seguido, entre otros, por el Coronel Alejandro Pavlovitch Braghine). Otros se limitan a señalarnos el año de 1831.

4. **Descripción de la piedra descubierta:** Tratábase de una lápida sepulcral o de una laja tumular; otros hablan de túmulo, tumba griega o sepulcro griego. Se añadía que la piedra de la referencia, hundida en la tierra y en la cual aparecían grabadas algunas letras desconocidas, era "antigua".

5. **Lo que se encontró debajo de ella:** Levantada la loza o lápida, pudo apreciarse una fosa abovedada o pequeño edificio con figura de arcada, construido con ladrillos; pequeña cámara de material, sepultura de "tijolos", etc., etc.

6. **Contenido de la misma:** Dentro de la fosa o cámara había muchas piezas de armaduras, a saber: dos antiquísimas espadas, un casco o yelmo y un escudo, muy deteriorados por el orín u óxido; y una enorme ánfora de tierra.

7. **La inscripción:** Trasladadas todas esas piezas a Montevideo, incluso la lápida, el Padre Martínez (¿?) la interpretó según sus conocimientos. Tratábase de una inscripción "griega" incompleta, cuya grafía deja mucho que desear, según las distintas fuentes consultadas, las que, debido a las frecuentes erratas de imprenta, varían entre una y otra publicación; por ello, precisamente, podemos afirmar que Teodoro Miguel Vilardebó, en el primer fragmento que reproduce, traduce la noticia del diario **Messenger des Chambres**, de marzo 22 de 1832; noticia que, cabe señalarlo, resulta semejante, por más de que ofrece sensibles diferencias, con las que vieron la luz en **Nouvelles Annales des Voyages** (del primer trimestre de dicho año), **Le Temps** (del 11 de abril de 1832) y aún las que en su oportunidad fueron publicadas en **Antología**, de Firenze, y también en el **Giornale del Regno delle Due Sicilie** (1829). No hay total certeza —como lo quieren Antonio Zinny y José M. Fernández Saldaña— que el escrito de **Le Temps**, del 15 de abril de 1832, pertenezca realmente a Vilardebó, aunque ello es bastante probable.

8. **La Olimpiada citada en la inscripción:** Era la 63, según todas las fuentes consultadas. Empero, A. Braghine, a pesar de fundarse en Cándido Costa, señala maliciosamente la Olimpiada 113. La **Revista Histórica de Soriano** (1963) —que ha tomado como base a Braghine y, sobre todo, a J. M. Fernández Saldaña (aunque sin mencionar ni nombrar a este último)—, sugiere dicho cambio. Hay publicaciones —como las dos italianas citadas, del año 1829— que no proporcionan número alguno de olimpiada. Y lo propio hace Laila Neffa, según versión que recogiera de labios del Prof. Ludovico Schunhaken, de la Universidad de Viena, en conferencia que éste pronunciara en la ciudad de San Pablo, Brasil, antes del año 1943. Es de destacar que la misma autora señala con probidad que "la noticia no deja de poseer gran interés, aunque no he podido ratificarla". "La última palabra —agrega— debe ser, desde luego, de los investigadores".

9. **Las espadas:** Estaban destruídas casi totalmente, y una de ellas tenía esculpida en su empuñadura una esfígie o cabeza de hombre, que se supuso fuese Alejandro.

10. **El casco o yelmo:** A pesar del deterioro, descubrí una delicada cinceladura o labor de orfebrería, representativa de una escena de los tiempos heroicos, probablemente Aquiles arrastrando el cadáver de Héctor hacia el campo griego (según una versión) o alrededor de los muros de Troya (según otra versión).

11. **El ánfora o crátera:** No se daban pormenores de especie alguna acerca de ella —lo mismo que del escudo—, salvo de que era

una urna de barro, de grande dimensión. Después, y muy posteriormente, se añadió que ella contenía "vestigios de cenizas".

12. **Identificación del Padre Martínez y otros datos:** A pesar de las fuentes de primera agua consultadas —*Journal des Voyages et Archives Géographiques* (de 1829), *Giornale de Venezia* (también de 1829), *Gazette de France* (de 1831), etc., etc. (en otro lado damos la bibliografía más accesible)—, no se logró individualizar al Padre Martínez, presunto descifrador de la inscripción griega. Con todo, el mariscal Raimundo José da Cunha Mattos nos habla de un Padre D. Silverio Antonio Martínez, de Mercedes, que falleciera en Buenos Aires, a principios de 1834. Bien pudiera ser que fuera el mismo personaje a que se refiere Vilardebó, hacia la parte final de su correspondencia, enviada a *El Universal*, de Montevideo, y reproducida a poco en *La Gaceta Mercantil*, de Buenos Aires. (Se trata sin duda, por otra parte, del mismo sacerdote de que nos habla el Prof. Augusto I. Schuerkin en su atilísimo **Diccionario biográfico**, como cura de Paysandú hacia el año 1805. (Tomo II, pp. 345-348. — Buenos Aires, 1958), aunque, según sus datos —a nuestro juicio equivocadamente—, aquél falleció en Buenos Aires en el año de 1832).

Concluyamos ahora estos ligeros apuntes con dos observaciones personales, que reputamos de interés: a) Algunas ediciones de A. Balbi nos hablan de que: "O que se tem publicado respeito do tumulo de Ptolomeo, nos arredores de Montevideo, he inteiramente destituído de / fundamento, **como ultimamente tem demostrado os sabios mais distintos, entre elles M. Coste**". (Subrayado nuestro). Evitemos confusiones: El verdadero texto de A. Balbi, el original, muy resumido en determinadas ocasiones, reza en realidad así, de este modo: "Hace algunos años varios sabios célebres, y entre ellos, últimamente, uno de nuestros colaboradores del **Tiempo** [por *Le Temps*], **periódico sabiamente redactado bajo la dirección de M. Coste**, hicieron justicia de este supuesto descubrimiento, y a las absurdas explicaciones que se habían apresurado a publicar unos jueces nada competentes. (El subrayado es también nuestro). Y b) Sigamos ahora evitando nuevas confusiones: según nuestros datos y observaciones personales, el químico Mario Isola (1877) vinculaba además, no sabemos muy bien por qué, dicho descubrimiento supuesto con el llamado **Palacio de los indios**. En efecto, dice así dicho autor en la parte que especialmente nos interesa: "este monumento [se refiere siempre a *El Palacio de Maríncho*], **obscuramente conocido** desde el fin del siglo pasado [sic (?) por "desde principios de este o del presente siglo (XIX)" (?)] por la prensa de Río de Janeiro, y desde las primeras publicaciones del geógrafo Balbi, aunque misteriosamente para nosotros [...]", etc. (Los subrayados son igualmente nuestros). (Cf. **Diccionario geográfico del Uruguay**, por Orestes Araújo, 1ª edición, Montevideo, 1900, p. 545, col. 1).

He aquí, por último, la bibliografía pertinente que sobre este mismo tema venimos reuniendo desde el año de 1950:

—**ANONIMO**. — "Notizie straniere". — En *Giornale del Regno delle Due Sicilie*, N° 134, p. 1, col. 1-2. — Giovedì 11 giugno 1829.

—**J. G. H.** — [“Raccolta di viaggi e di memorie pubblicata dalla Società de Geografia a Parigi”]. — En **Antología**, Tomo Trigesimoquinto Nº 104, pp. 1-38. — Firenze, al Gabinetto Scientifico e Letterario di G. P. Vieusseux. Direttore e editore. Tipografia di Luigi Pezzatio, Agosto, MDCCCXXIX. (Cf. las pp. 32-33).

—**ANONIMO.** — “Découverte d’un tombeau grec”. — En **Nouvelles Annales des Voyages et des Sciences Géographiques**, contenant des relations originales inédites; des voyages nouveaux dans toutes les langues, traduits, extraits ou analysés; des mémoires sur l’origine, la langue, les moeurs, les arts et le commerce des peuples, et l’annonce de toutes les découvertes, recherches et entreprises qui tendent a accélérer les progrès des sciences géographiques; avec des cartes et des planches; publiées par MM. Eyriés, de Larenaudière et Klaproth, Quatorzième année, tome premier de l’année 1832, 53 de la Collection et 32 de la 2me Série, pp. 392 - 393. — Paris, Librairie de Gide (Janvier, février, mars), 1832.

—**ANONIMO.** — “Extrait d’une Gazette colombienne”. — En **Messenger des Chambres**, N. 82, p. 4, col. 2. — Paris, jeudi 22 mars. Année 1832.

—**ANONIMO.** — “Mélanges: Archéologie”. — En **Le Temps**. Journal des Progrés, Nº 906, cols. 13.557 - 13.558. — Paris, Mercredi, 11 Avril 1832 [P. 3, cols. 1-2].

—[**VILARDEBO, Teodoro Miguel?**]. — “Au rédacteur du Temps: Observations sur le prétendue tombeau de Ptolomée”. — En **Le Temps**. Journal des Progrés, Nº 910, Feuilleton, 15 avril 1832, cols. 15.620 - 15.623. — Paris, dimanche 15 avril 1832.

—**BALBI, Adrien.** — Abrégé de géographie, rédigé sur un nouveau plan d’après les derniers traités de paix et les découvertes les plus récentes. — Paris, 1833 (Cf. pp. 1116 - 1117).

—**MATTOS, Raimundo José da Cunha.** — “Rio de Janeiro: Correspondencias”. — En **Journal do Commercio**, Anno VIII, Nº 279, p. 1, col. 3. — Rio de Janeiro, sábado 13 de Dezembro de 1834.

—**ANONIMO.** — [“Elucidación de una noticia acerca de un monumento de Ptolomeo en las playas del Nuevo Mundo, refutado por el Brigadier Raimundo José da Cunha Mattos”]. — En **La Gaceta Mercantil**. Diario comercial, político y literario, Nº 3474. — Buenos Aires, viernes 2 de enero de 1835.

—[**DIAZ, Antonio Felipe**]. — “El Universal: Montevideo, lunes 5 de enero de 1835”. — En **El Universal**. Diario comercial, político y literario, Nº 1.599; p. 3, cols. 1-2. — Montevideo, lunes 5 de enero de 1835.

—[**VILARDEBO, Teodoro. M[iguel]**]. — “Correspondencia”. — En **El Universal**. Diario comercial, político y literario, Nº 1.603, p. 2, cols. 2-4 y p. 3, col. 1. — Montevideo, sábado 10 de enero de 1835.

—**V[ILARDEBO], Teodoro. M[iguel].** (Artículo comunicado, transcrita de **El Universal**, de Montevideo, sobre el supuesto hallazgo de un sepulcro griego en el pueblo de Dolores, en el Estado Oriental del Uruguay). — En **La Gaceta Mercantil** N° 3487. — Buenos Aires, lunes 19 de enero de 1835.

—**MATTOS, Raymundo José da Cunha.** — Itinerario de Rio de Janeiro ao Pará e Maranhão, pelas provincias de Minas Geraes e Goyaz, seguido de una descripcao chorographica de Goyaz e dos roteiros desta provincia de Matto Grosso a S. Paulo. — 2 vols. — Rio de Janeiro, Typografia Imperial e Constitucional, 1836.

—**BALBI, Adrian.** — Compendio de Geografía Universal, redactado bajo un nuevo plan, con presencia de los últimos tratados de paz y los descubrimientos más recientes. Obra adoptada en la Universidad de París. Tradúcela del francés con varias notas y considerablemente aumentada y corregida en la parte de España, Don Sebastián Fábregas, profesor de Geografía universal en los reales colegios de Humanidades de Madrid. — 3 vols. — Madrid, imprenta de don Emilio Fernández de Angulo, 1836-1837. (Cf. T. III, 1837, p. 378).

—**BALBI, Adrien.** — Abrégé de géographie. Rédigé sur un nouveau plan d'après les derniers traités de paix et les découvertes les plus récentes. — Troisième édition, revue et considérablement augmentée par l'auteur et accompagnée de 24 cartes et plans. — 2 vols. — Paris, 1836. (Cf. vol. II, p. 1074).

—**BALBI, Adr[iano].** — Tractado de Geographia Universal. Physica, Historica e Politica. Redigido segundo hum novo plano e conforme aos ultimos tractados de Paz. Precedido dos principios generaes de Geographia Astronomica, Physica e Politica; colligido principalmente do Tractado de Geographia... Sendo inteiramente originaes os Artigos de Portugal e Seus Dominios: e Imperio de Brazil, por uma Sociedade de Litteratos Portugueses. — 2 vols. — Paris, 1838. (Cf. T. II, pp. 521-522).

—**BALBI, Adrien.** — Abrégé de géographie. Rédigé sur un nouveau plan, d'après les derniers traités de paix et les découvertes les plus récentes. Troisième édition, revue et considérablement augmentée par l'auteur. — Bruxelles, Société Belge de Librairie, Haman et Comp.e, 1840. (Otra de Meline, Cans et Compagnie, Librairie, imprimerie et fonderie, 1846). (Cf. vol. II, p. 233, en uno y otro caso).

—**BALBI, Adriano.** — Allgemeine Erdbeschreibung 3 Auflage. — 2 vols. — 8° Pesth, 1842. (Cf. T. II, pp. 440-441).

—**MATTOS, Raymundo José Da Cunha.** — "Chorographia historica da Provincia de Goyaz (1842)". — En **Revista trimestral do Instituto Histórico, Geographico e Ethnographico do Brasil**, tomo XXXVII, Parte primeira, pp. 213-298 y tomo XXXVIII, Parte primeira, pp. 5-150. — Rio de Janeiro, 2º trimestre de 1874 y 1er. trimestre de 1875.

—**COSTA, Candido [Vieira da]**. — O descobrimento da America e do Brazil. Trabalho histórico, de accordo con as observações modernas, em que tambem se demonstra a origen dos povos americanos. Primeira edição. — Para, Brazil, Typ. da Papeleria Americana, 1896. (Cf. pp. 25-26).

—**COSTA, Candido [Vieira da]**. — As duas Americas. Segunda edição ampliada da obra O descobrimento da America e do Brazil, que o auctor publicou em 1896 no Pará, em homenagem ao quarto centenario do descobrimento do Brasil. Illustrações de Antonio Ramalho. Quarto milhar. — Lisboa, antiga casa Bertrand, 1900. (Otro tiraje: "Decimo milhar", también publicado en Lisboa, por José Bastos, 1900). (Cf. la p. 48, en uno y otro caso).

—**BARBOZA, Dr. Antonio da Cunha**. — "Raymundo José da Cunha Mattos. Marechal de Campo. Noticia bibliographica". — En **Revista Trimensal do Instituto Historico e Geographico brasileiro**. Fundado no Rio de Janeiro, Tomo LXVI, Parte II (3º e 4º Trimestre), pp. 81-120 y en tirada aparte. — Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1905.

—**ZINNY, Antonio**. — La Gaceta Mercantil de Buenos Aires 1823-1852. Resumen de su contenido con relación a la parte americana y con especialidad a la historia de la República Argentina, Tomo II. — Buenos Aires, Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1912 (Cf. la p. 221).

—**SOARES, Gerusa**. — [Raymundo José da] Cunha Mattos. 1776-1839. Fundador do Instituto Historico e Geographico Brasileiro. — Empresa Graphica Editora. Paulo, Pengetti & C., Rio de Janeiro, 1931.

—**SOLER VILARDEBO; Jorge M.** — Don Miguel A. Vilardebó y su época (1773-1844). Cointribución al estudio sobre el progreso y la vida civil de Montevideo durante el coloniaje y la independencia. — Montevideo, Imp. "Rosgal", 1936.

—**BRAGHINE, Colonel A[lexander]. [Pavlovitch]**. — L'énigme de l'Atlantide. — Avec 9 gravures hors texte. — Payot, Paris, 1939. (Otra edición de 1952). (Cf. las pp. 172-174, en uno y otro caso).

—**SCHIAFFINO, Rafael**. — "Vida y obra de Teodoro M[iguel]. Vilardebó 1803-1857). Médico y naturalista, higienista e hystriador". — En **Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay**, Tomo XV, pp. 179-410. Montevideo; 1939. (Y en tirada aparte de Montevideo, Imprenta "El Siglo Ilustrado", 1940). (Cf. pp. 52 y 235 del apartado).

—**BRAGHINE, [Col.] A[lexander]. [Pavlovitch]**. — The Shadow of Atlantis. — with 25 illustrations. — New York; E. P. Butttton & Co. Inc; 1940. (Cf. las pp. 152-154).

—**NEFFA; Laila**. — Líbano. Hilvanes de una reseña. — Montevideo; Peña y Cía. Imp., 1943. (Cf. pp. 15-16).

—**BRAGHINE, Col. Alexandre [Pavlovitch]**. — “Latitud Sur 34° 54’, Longitud 58° Oeste de Greenwich: ¿Una expedición de Alejandro Magno al Plata?”. — En **Clinamen**. Revista bimestral, Año I, Número 1, pp. 46-47. — Montevideo, marzo - abril de 1947.

—**IMBELLONI, J[osé]**. — Las realidades de la Atlántida. — Colección Buen Aire. Imágenes y espíritu de América, Tomo N° 26. — Buenos Aires, Emecé editores S.A., 1947. (Cf. la p. 93).

—**FERNANDEZ SALDAÑA, J[osé]. M[aría]**. — “La tumba griega descubierta en Dolores, Soriano”. — En **El Día** [Suplemento Semanal Ilustrado], Año XIX, N° 911, p. 6, con una ilustración. — Montevideo, domingo 2 de julio de 1950.

—**L[OCKHART], W[ashington]**. — “Un enigma histórico. Ptolomeo fue enterrado en Dolores. La noticia que conmovió a muchos sabios historiadores”. — En **Revista Histórica de Soriano**. Auspiciada por el Instituto José M[aría]. Campos y por el Centro de Investigaciones Históricas de Soriano, N° 9, pp. 8-9. — Mayo 31 de 1960.

29) Del artículo de Pablo Lavalleja Valdez acerca del ocaso de los últimos charrúas en las tierras tacuarembenses de la cuchilla de los Once Cerros y de las sierras de Gauna y de La Quebrada, sólo diremos, por ahora, que el mismo se encuentra en estrechísima relación con la carta abierta del Coronel don Modesto Polanco sobre dichos indios del Uruguay (1890) y aún con la misiva de Carlos María Martínez a José Paz Nadal, que oportunamente exhumáramos y publicáramos por primera y única vez, con todos sus datos, y que fuera fechada en Tacuarembó, el 22 de enero de 1854.

Y ya que de esta carta estamos hablando, séanos permitido añadir que —según nuestras investigaciones personales— uno de los personajes que allí se mencionan, era Silverio Gregorio Las Heras, de nacionalidad argentino, hijo de Antonio Gregorio de Las Heras y de María de los Dolores Molina (naturales de España). Carlos María Martínez, por su lado, amigo o administrador de José Paz Nadal, falleció al parecer en Tacuarembó, en el año de 1880; y su tía Angela (que allí también se menciona, y que, en realidad, se llamaba Angela Martínez, pues era su tía paterna), falleció, igualmente en dicha ciudad, en 1867. Finalmente, la “Doña Petrona” a que también se alude en dicha carta; posiblemente sea Petrona Muñoz, que, hacia esa época, poseía carretas, según más adelante así se verá.

José de la Paz Nadal, que había nacido “en el Salto”, era hijo de don Miguel Nadal y de doña Clara Paz. El 5 de noviembre de 1843, a la edad de “23 años” (?), casó en Tacuarembó con Cecilia Gauna, que era hija de Salvador (?) Gauna y de Manuela Irigaray. J. P. Nadal falleció el 7 de octubre de 1877 “a la edad de 60 (?) años”.

Tristán de Azambuya o Asambuya, en cambio, oriundo del Brasil, era —según nuestros datos— hijo adoptivo de Tristán Javier de Azambuya y de Joaquina María de Jesús, naturales ambos de Río Grande. El 25 de diciembre de 1848, dicho personaje casó en Tacuarembó con Ana Joaquina de Azambuya, que, igualmente, había nacido en Río Grande, siendo a su vez hija, también adoptiva, de Gerónimo Javier de Azambuya.

Pablo Lavalleja Valdez Cavalcanti, el autor del artículo sobre **Los últimos charrúas**, nació en Tacuarembó hacia los últimos años del siglo anterior, siendo hijo de Calixto Valdez y de Aurelia Cavalcanti; primo hermano, por otra parte, del escritor Ildefonso Pereda Valdés.

Su artículo sobre los indios charrúas vio la pública luz en las columnas de la revista agrícola ganadera, ya desaparecida, intitulada **Campo y arados**, en el número del mes de setiembre del año de 1937 (Año I, Nº 7, pp. 24-25 y 45 (col. 4)), y fue reproducido casi textualmente dicho escrito en la edición extraordinaria dedicada al trabajo agropecuario regional, del diario vespertino **El Pueblo**, de Tacuarembó, en un número que corresponde al mes de marzo del año 1941 (pp. 90 y 91 (cols. 1-2)), con las siguientes breves líneas de presentación a fuer de acápites o introito:

"Nuestro inteligente coterráneo Pablo Lavalleja Valdez, conecedor como pocos de todas las bellezas de nuestras pintorescas "Sierras de Gauna" y "La Quebrada", en la 9.ª sección de este Departamento, ha escrito la brillante página que va a leerse, en la que hace una magistral narración de la muerte del último cacique charrúa".

Ignoramos quién era el pariente de la madre de Pablo Lavalleja Valdez que éste cita en su artículo como amigo personal del Brigadier General don Manuel Oribe. De tratarse de un pariente de su padre, que a la vez fuera amigo personal de Oribe, éste podría haber sido, muy probablemente y hasta sin duda, el Coronel Juan Venancio Valdez, hermano de Pablo Valdez. Este último, abuelo materno del escritor Ildefonso Pereda Valdés, que había nacido el 28 de julio de 1816, en Maldonado, debió fallecer por el año 1906. Casó en Tacuarembó, hacia 1845, con Adelina Muñoz Calzadilla, con quien tuvo nueve hijos: Julio, Benigna, Calixto, Pablo, Etelvina, Virginia, Adelina, Lizardo y Benjamina; esta última, casada en segundas nupcias con Ildefonso Pereda López, con quien tuvo cinco hijos, 3 de ellos fallecidos: Pelayo, Ildefonso (I) y Cisneros Alberto (que fue médico); y los otros dos, que aún viven: Estela e Ildefonso (II). (Cabe aclarar ahora que quien firma el billete de diligencia que hemos reproducido en páginas anteriores —[Ildefonso] Pereda— era, en realidad, padre de Ildefonso Pereda Valdés, siendo las "Mensajerías Orientales" de propiedad de su abuelo materno: Pablo Valdez).

39) Finalmente, las dos cartas que el Sr. Alcides Caorsi tuviera a bien enviarnos en el transcurso del primer semestre del año 1971, completan aún más la información suministrada oportunamente por el Coronel don Modesto Polanco (1890) y aún por Pablo Lavalleja Valdez Cavalcanti (1937 y 1941).

Dado el enorme e indiscutible interés que dichas cartas evidentemente tienen para los estudios históricos regionales en general, no hemos titubeado un solo instante en reproducirlas aquí en todas sus partes.

Aprovechamos, de paso, la ocasión para agradecer públicamente y como corresponde, el envío que en manera tan generosa y gentil nos realizara en 1971 dicho ilustre compatriota.

Acerca de este notable filatelista, coleccionista y tradicionalista ejemplar, culto y minucioso, vencedor laureado en numerosas y variadas exposiciones filatélicas, así nacionales como extranjeras, y erudito cultor de nuestra historia, son muchos los comentarios que tenemos que realizar.

Entre otros:

1) Que conocimos y apreciamos la importante documentación de la referencia con motivo de la brillante muestra filatélica que tuvo lugar en el Subte Municipal de Montevideo, en el mes de abril de 1971;

2) Que en seguida nos pusimos en contacto con dicho señor, por indicación especial, que mucho agradecemos, de nuestro malogrado amigo y colaborador científico, el Prof. Juan Carlos Sébat Pebet;

3) Que el primer documento que compulsamos entre cuantos contiene esa destacada colección, fue, precisamente, la citada carta de Carlos María Martínez, fechada en Tacuarembó, en enero 22 de 1854, de la que obtuvimos de inmediato, varias fotocopias;

4) Que el Sr. Alcides Caorsi entonces tuvo a bien suministrarnos importantes detalles acerca del particular, tales como la pertinente información complementaria respecto del matasellos ovalado que luce el sobre respectivo y que dice: "ADM.ON DE CORREOS / TACUAREMBO / REP. O. DEL URUG."; matasellos que se comenzó a usar en nuestro medio en el año de 1852; y

5) Que dichas cartas del señor Alcides Caorsi responden generosa y particularmente a un cuestionario que de propósito entonces preparamos.

Dicho cuestionario, en muy apretada síntesis, abrazaba y contenía las siguientes doce preguntas en general:

a) Fecha de la venta del archivo de José Paz Nadal. ¿Cuántas cartas había en total y cuántas de ellas tiene Ud.?

b) ¿De quiénes eran esas cartas para José Paz Nadal? Sus fechas.

c) ¿Para quiénes eran esas cartas? Sus datas.

d) ¿En qué fecha una misión científica brasileña se llevó el cráneo de Sepé? ¿Fue esto por 1875 o por 1930?

e) Breves datos biográficos sobre las siguientes personas (en especial si existe —como lo sospecho— alguna conexión entre ellas, el

Departamento de Tacuarembó y los indios charrúas): Domingo Lamas, José Paz Nadal, Leopoldo Bonavita, Tristán Azambuya, Coronel don Modesto Polanco, Coronel don Juan Carballo, Coronel Golfarini, Manuel Oribe, Sepé, Santana y Avelino (hijos de Sepé).

f) Me consta que existen descendientes de Avelino Sepé. ¿Podría indicarme Ud. dónde, y quiénes y cuántos son?

g) Datos generales y particulares acerca de José Paz Nadal.

h) Idem, id., sobre la pulpería de los señores Dutilh y Cristi; acerca de la estancia de Higinio Gauna y también sobre la muerte del cacique Sepé.

i) Límites del gran establecimiento de campo de José Paz Nadal, situado a unas 8 leguas al Sur de la ciudad de Tacuarembó.

j) Datos sobre la toponimia de la región: Arroyo Malo, "La Quebrada", Cerro de los Charrúas, Cerro Sepé, Bajada del Charrúa, etc., etc.

k) Noticias acerca de Pablo Lavalleja Valdez y de un pariente de su madre, amigo personal de Manuel Oribe, etc.; y,

l) Datos sobre los indios charrúas del campo de José Paz Nadal en general (alimentos, bebidas, armas, vestidos, supersticiones, enfermedades, etc.).

Otras muchas personas nos han auxiliado suministrándonos noticias de importancia, incluso durante tres viajes recientes que realizáramos por dichas comarcas: Estancia de José Paz Nadal, Cerro Charrúa, Chorro de Agua Fría, Pulpería de los señores Dutilh y Cristi; etc. (en el Departamento de Tacuarembó) y aún el emplazamiento exacto del lugar de la emboscada del Salsipuedes, la llamada "Boca (o Cueva) del Tigre", la elevación conocida con la denominación de Cerro de la Negra, la Estancia del Viejo Bonifacio, etc., etc.; todo ello situado hacia las puntas o cabeceras del río Queguay Grande (en el Dpto. de Paysandú). (El último de esos viajes lo efectuamos a la Estancia de J. P. Nadal y al Cerro Sepé en unión del Mayor Angel Corrales Elhordoy). Entre quienes también nos han favorecido con su concurso, debemos citar al Dr. Huáscar Parallada, al Prof. Augusto I. Schulkin Van Roosen, al Sr. Carlos F. Berrutti Pellegrino, y, sobre todo -y muy principalmente- al Dr. Hldefonso Pereda Valdés, nuestro antiguo compañero en la Sociedad de Antropología del Uruguay, quien, entre muchos otros datos de valor, nos hizo conocer una carta de Juan Venancio Valdez a José Paz Nadal, datada en Montevideo, el 12 de julio de 1852, que, aparte de contener otras noticias de positivo y singularísimo interés, viene a llenar un importante claro o vacío que se percibía en medio de toda la documentación que al respecto hemos logrado consultar, compulsar y reunir, durante muchos años, en todo momento y hasta la fecha.

Era don Juan Venancio Valdez un destacado Coronel, casado con Virginia Muñoz y abuelo materno del eximio escritor nativista Fernán Silva Valdés. Había nacido el 1º de abril de 1807, en Maldonado, siendo hijo de Francisco Fernández Valdez, natural del Obispado de Ovideo, y de Eustaquia Antonia Martínez, oriunda también de Maldonado. Dicho Coronel don Juan Venancio Valdez falleció en Montevideo, el 26 de setiembre del año de 1878.

La tumba "griega" descubierta en el Estdo Oriental del Uruguay.

Los Periódicos del Río Janeiro recibidos por el bergantín goleta **Providencia**, alcanzan al 13 del ppdo. [diciembre de 1834].

[...]

En el **Journal do Commercio** del 9 de Diciembre [de dicho año de 1834] se lee lo siguiente:

[...]

En el mismo Diario [no se sigue de esto que forzosamente tenga que ser el escrito que luego se comenta de la misma fecha de diciembre 9 de 1834, como así, lamentablemente, lo han supuesto erróneamente varios] se lee un ar-tículo por el que aparece que la **Gaceta de Francia** ha dado la noticia de haberse encontrado en el Estado Oriental del Uruguay junto al pueblo de Dolores, en 1831, un sepulcro Griego y cuyos caracteres traducidos por un tal Padre Martínez, arrojarán grande luz sobre la historia de Alejandro y de un Almirante suyo llamado Ptolomeo. Con este motivo el Brigadier Brasileiro [sic] Raimundo José da Cunha [sic, por **da Cunha**] Mattos, historiador corográfico de la Provincia de Minas generales, para cerciorarse del raro descubrimiento anunciado por el escritor francés, comisionó en el año pdo. a un individuo que hiciese en esta República una indagación escrupulosa de todas las noticias conducentes a un hecho tan interesante a la historia; de esta averiguación resultó lo que debía resultar: que en el Estado Oriental del Uruguay no se ha encontrado semejante monumento de Ptolomeo y que algún tuno ha querido burlarse del Diarista francés, haciéndole publicar semejante patraña.

El mismo historiador brasileiro [sic], brigadier Mattos, hace en su historia mención de varios monumentos hallados en la Provincia de Minas [Geraes], que dejan conocer que el Brasil ha sido habitado en época remotísima por un pueblo más industrial que el que poseía el país en el tiempo en que lo descubrió Cabral.

[Antonio Felipe Díaz]

— II —

La tumba "griega" hallada en Dolores (Soriano). Suma y sigue.

Sr. Editor del Universal.

He visto en su número del 5 [de enero de 1835] lo que U. hace con respecto al hallazgo de un sepulcro griego en nuestro país, anunciado por la **Gazeta** [sic] **de Francia** en 1831, y las indagaciones hechas con este motivo por orden del Brigadier brasileiro [sic] (**Raimundo José**) da Cunha [**Cunha**] Mattos. No debemos extrañar la credulidad de este señor cuando en Europa muchos Diaristas, a pesar de la singularidad de esta noticia, la han publicado como cierta; él, sin duda, creyó

que un Diario como la **Gazeta [sic] de Francia** no podía contener sino cosas ciertas. Cuando empezó a hablarse de este hecho, me hallaba en París, y algunos individuos, sabiendo cuál era mi pa-/tria, se dirigieron a mí para saber la verdad del pretendido descubrimiento, y posteriormente, en mi tránsito por Austria e Italia [hacia fines del año de 1831 y los comienzos mismos del de 1832], muchas personas me hicieron preguntas relativas al mismo objeto. Los periodistas Europeos hablaban de un pueblo de Dolores muy inmediato a Montevideo, y yo, a pesar de los pocos años que tenía cuando me embarqué para Europa [contaba con, tan sólo, once años de edad], estaba seguro de que no existía tal pueblo en las inmediaciones de esta ciudad. Por otra parte, ¿cómo creer que en medio de la activa correspondencia que siempre mantuve con este país, nada se me dijese de un hecho que tanto hubiera excitado la atención pública, sobre todo habiéndome manifestado siempre tan interesado en cuanto tenía relación con él? Así es que, a pesar del lustre que un descubrimiento de esta clase hubiera difundido en la Historia del Pueblo Oriental, jamás dí crédito a semejante superchería. Ella parece haber tenido origen en Colombia, pues en un periódico de esa República se lee el siguiente párrafo, que es el que han copiado los periódicos de Europa:

"Pruebas numerosas, no dejan la menor duda de que el Nuevo Mundo ha sido visitado por el antiguo algunos siglos antes de la expedición de Cristóbal Colón. Sin ocuparnos de esos templos de Méjico; contruidos según el mismo plan que los de Delfos y Pausanias, con la denominación de la verdad significativa de **Teocalli**, citaremos lo que se lee en la **Gazeta [sic] Universal de Bogotá**:

"En el pueblo de los Dolores [sic], a dos leguas de Montevideo [sic], un hortelano acaba de descubrir una piedra con caracteres desconocidos. Al levantar la lápida, descubrió una fosa hecha de ladrillos que contenía dos sables antiguos, un casco y un escudo muy deteriorados por el orín, y una urna de barro de gran dimensión. Presentadas todas estas piezas al sabio Padre Martínez, ha logrado leer en la piedra estas palabras griegas: **Uiou tou Philippeu... Alexan... to... Macedo... basi... epites execou... K... tri... Olymp... en to... top... Ptolem...**; lo que, completando las palabras quiere decir: "Siendo Rey de Macedonia Alejandro, hijo de Filipo, en la Olimpiada 63a., en estos lugares Ptolemeo..."; lo demás está borrado En el puño de las espadas está grabado un retrato que parece ser el de Alejandro, y en el casco se observa una cinceladura que representa a Aquiles arrastrando el cadáver de Héctor alrededor de los muros de Troya. ¿Concluiremos de este descubrimiento que un contemporáneo de Aristóteles ha pisado el suelo

del Brasil? ¿Será probable que Ptolomeo, ese jefe tan conocido de la flota de Alejandro, echado por una tempestad en medio de lo que los antiguos llamaban **maremagnum**, fuese arrojado a las costas del Brasil y señalase su permanencia en aquella región por este monumento. Hecho es éste, en todo caso, muy curioso para los arqueólogos”.

Creo que interesará a algunos de sus lectores [de **El Universal**, de Montevideo] el siguiente artículo comunicado inserto en el **Temps**, de París, del 15 de abril de 1832, en el que su autor, convencido de que el monumento de Ptolomeo no era otra cosa que un chasco que algún tuno americano quiso pegar a los anticuarios de Europa, hace ver, aunque en tono jocos, lo inverosímil de semejante noticia.

“Sr. Redactor del Temps.

“No sin alguna sorpresa he leído en su número del 11 del corriente [mes de abril del año de 1832], en el artículo **Miscelánea**, un artículo que se insertó ya en el **Messenger des Chambres** del 22 de marzo [próximo anterior], anunciando un admirable descubrimiento hecho cerca de Montevideo. No se trata menos de un sepulcro **griego**, decorado con una inscripción **griega** y conteniendo muchas piezas de armadura de un precioso trabajo, entre otras, un casco en el cual se ve a Héctor arrastrado por Aquiles alrededor de los muros de Troya anuncio, debemos confesarlo, muy propio para convertir en agua la boca del más indiferente de los arqueólogos. Esta maravillosa noticia viene acompañada de observaciones **científicas**, que no son menos extraordinarias. El merecido crédito de que goza el diario de Ud., en el que trabajan tantas personas instruidas, podrá dar importancia a errores manifiestos, que pasan de mano en mano, sin que [se] remonte a su origen. Ud. me permitirá el precaver de ellos a sus lectores, por medio de algunas cortas observaciones.

“En primer lugar, esta **novedad**, acogida con tanto celo, es ya un poco **antigua**; hace tres o cuatro años que ha circulado por los periódicos y, por ejemplo, el Redactor de la **Antología**, de Florencia, la citó ya, en el número de agosto de 1829, página 32 y no valía la pena de exhumarlo de nuevo, porque, evidentemente, eso no es más que una **mistificación** que se ha querido hacerva los anticuarios de esta parte del Atlántico, que, como Ud. vé, ha tenido muy buen éxito. Esto les hace tanto menos honor, cuanto que la superchería salta a los ojos. Yo no alegraría más prueba que el texto mismo de la inscripción. Un cierto padre Martínez (a quien Dios favorezca) ha leído las palabras **“Uiou tou Philippon... Alexan... to... Macedo... basi... epites... execou... tri... Olymp... en to top... Ptolem...”**. Llenando esos vacíos

ha traducido: —“**Siendo Alejandro, hijo de Filipo, Rey de Macedonia en la Olimpiada 63ª, en este lugar Ptolomeo...**”; lo demás está borrado. Según se vé, Ptolomeo moriría en Montevideo y sería enterrado por sus compañeros. ¿Se ha visto alguna vez cosa más maravillosa? Desgraciadamente para el completo suceso de la **mistificación**, el **sabio** padre Martínez conoce muy mal el idioma griego, en términos que en ese pretendido texto no hay una palabra que esté donde debe estar; en lugar de: —“**Uiou tou Philippou Aleandrou tou Makedonos basileos**”, un griego hubiera dicho de precisión: —“**Basileos Alexandrou tou Makedonos, Philippou uiou**”. A más de eso, en tiempo de Alejandro las inscripciones no [se] databan por la era de las Olimpiadas; y, por último, la 63ª Olimpiada corresponde a los años 528-524 antes de J.C., lo que hace a Alejandro contemporáneo del Gran Cyro, o de su hijo Cambyses. Ahora bien: ¿dígame Ud. qué debemos pensar del **sabio** padre Martínez?

“El autor de la nota, cuya fe es muy robusta, nos favorece con reflexiones que se pierden de vista sobre estos **hechos tan notables**; yo aseguro a Ud. que en nada cede al sabio padre Martínez. **El Ptolomeo de que tratamos** (dice él, con la mayor seriedad) **es quizá el jefe de la flota de Alejandro arrojado a América por las tempestades**. ¡Perfectamente! ¿Pero quién ha hablado de un Ptolomeo jefe de la armada de Alejandro? [**sic**] ¿y cómo una nave de esta armada ha podido ser arrojada hasta la América en el trayecto de la embocadura del Indo [a] la del Eufrates? [**sic**]. Convenga Ud. en que todo eso es absurdo.

“Según el Redactor de la nota, este precioso descubrimiento confirma **las pruebas numerosas** que atestiguan que los Europeos visitaron la América algunos siglos antes de Colón; y cuenta entre estas pruebas los templos de México construídos según el mismo plan **de los de Delfos y Pausanias**. ¿No diría cual-/quiera que él toma a **Delfos** por un **hombre**, o a **Pausanias** por una **Ciudad**? Mas sobre todo cuenta entre ellas el nombre **significativo “Teocalli”**, probablemente a causa de la palabra mejicana **teo**, que trae a la memoria la griega **theos**, por una coincidencia puramente fortuita, puesto que es única y, por ende, nada común. Si algo me sorprende; que no nos citen los pretendidos **geroglíficos** egipcios de los Aztecas y la cruz de Palenque, cosas tan propias para hacer desatinar a los **papa moscas** de las sociedades de geografía. Todas estas pretendidas **pruebas** no forman **indicio** para cualquier hombre que tenga algún conocimiento de historia, de geografía o de navegación, y que se haya tomado el trabajo de examinar los monumentos de los Aztecas y de los Peruanos con ojos ejercitados en la comparación de las obras del arte en todos los pueblos, sin dejarse prevenir por las

hipótesis aventuradas, analogías arbitrarias o ideas extravagantes de los Clavigeros, Cabrerías, del Río, Kingsboroughs y otros anticuarios que se han propuesto hacer revivir los orígenes egipcios, griegos, fenicios, cananeos o judíos, soñados en una época de credulidad e ignorancia.

"En todo caso, dice el sabio autor de la nota, este hecho merece toda la atención de los arqueólogos. Sin duda, si fuese cierto; más evitemos la ridiculez de la credulidad excesiva. Por lo que a mí toca, declaro sin titubear, hasta que tenga pruebas positivas de lo contrario, que el sepulcro griego, la inscripción griega y las preciosas armaduras descubiertas en Montevideo, no tienen realidad alguna. Invito, pues, a nuestros anticuarios a no ocuparse de ellas y a dejar reposar la inscripción de Ptolomeo junto a la famosa inscripción **Atlántica** latina y fenicia (supuesta) con la cual un falsario de Malta **ha mistificado** a un sabio Marqués que cree tanto como en las obras del célebre bribón Antonio de Viterbo. Hay, sin embargo, en este caso, la diferencia de que cualquiera puede ver en París, en la casa del noble profesor, la inscripción atlántica, mientras que la de Montevideo, no ha sido probablemente vista sino por el sabio padre Martínez, que escribe el griego tan correctamente; si es que existe en el mundo semejante padre Martínez, cosa que, a decir verdad, poco me importa averiguar.

"Reciba U. &.

"Uno de sus abonados".

Lo que hay de singular es que me ha asegurado un vecino fidedigno haber conocido aquí y visto en el Janeiro, en el año 1815, a un padre Martínez, hombre instruido y natural de Montevideo, cuyo paradero se ignora. Saque cada uno las consecuencias que guste de tan extraña coincidencia.

Si U., Sr. Editor, juzga digno de la luz pública este remitido, agradecerá a U. mucho le dé un lugar, en las columnas de su apreciable periódico, su muy atento S[ervidor].

T[edoro]. M[iguel]. V[ilardebó].

— III —

Los últimos charrúas.

En la margen izquierda del Arroyo Malo, se extienden los campos de La Quebrada, heredad transferida a principios del siglo XVIII por los Reyes de España, a los antepasados de sus pobladores actuales.

Allí solía pasar mis vacaciones teniendo oportunidad de escudriñar rincones de belleza incomparable.

Comencé mis correrías sacrificando, a hondazos, los carpinteros y cotorras comadronas que alborotaban en la quinta de la estancia. Después fue el tajamar mi sitio favorito, donde teros y patos margullos se burlaban de la ineficacia de mi Montecristo, hasta que excursionando por los alrededores, fui dueño del piquete.

Allí estaba tapizada de gramíneas olorosas, la manguera de troncos de palmeras corpulentas, Stadium de torneos en yerras que duraban un mes, donde los gauchos floridos, alardeando la destreza de su brazo, ceñían sus rollos largueros a las astas de orejanos que, mugiendo de impotencia, se revolvían entre espumarajos de rabia. Al lado, mostraba su mole, como un monumento en ruinas, el enorme corral de piedras pulidas por la caricia del tiempo, donde las noches tormentosas aseguraban el ganado de pastoreo para que los troperos amigos, libres de la ronda, pudieran dormir a destajo.

Detrás del galpón de paja, cerrado con tablones de ceibo labrados a mano, se extiende el bosque tupido de anacahuitas, pitangas y turimanes, pugnando el paso al arroyo saltarín y bullanguero, que corre por su lecho serrano, formando abrigadas donde abundan los higuerones y palmeras, que asoman sus plumeros gallardos entre los brazos de la envira y del sipó, que asfixia y mata.

El chorro del agua fría, con vestigios de un sanatorio gaucho, donde los enfermos soportaban la prueba heroica de/ una y más duchas diarias con agua extraída del caudal de una catarata que se despedaza en copos de espuma rumurosa, sobre la roca viva de una gruta escondida entre ceibos, helechos y calagualas. La Quebrada Honda, con sus salas de losa piedra, refugio de indios y guarida de fieras; los ñandubay agrupados en cuadro y al fondo, cerrando el panorama, los Once Cerros en línea, guardianes milenarios de las Sierras de Gauna, salpicadas de peñascales, talas y coronillas que, abriendo su seno lujuriente al aliento cálido de naturaleza en germinación, enerva los corazones mozos de añoranzas de sueños insatisfechos y dilata los ollares de corceles ávidos de lejanía, que escapan al galope marcando la huella renegrida de sus cascos afilados, manchando los pastos olorosos de las colinas abiertas a horizontes infinitos.

Era campo abierto y ambulaba al albedrío de mi flete reservado que, tascando el freno, husmeaba la querencia...

Otras veces, hundido en la maraña, desgajando ramas, de blanquillos y laureles, seguía el sendero de las bestias, hasta encontrar el vado, y, detenido en la barranca, ante la humildad de una cruz escondida en la resaca, echaba pie a tierra en homenaje a un descendiente de aquellos gauchos que, chambergo en la nuca y lanza en ristre, hicieron la patria. Esos palos en cruz, evocaban un/ duelo criollo o la historia común

del campesino bueno que, defendiendo sus derechos de varón contra policías prepotentes, conquistó fama de valiente y sus proezas de matrero a la fuerza, narradas por abuelos gauchos, eran lección de rebeldía que en las tardes lluviosas escuchaban los gurises de la estancia, pensando que, llegado el caso, ellos también sabrían portarse como orientales.

En el corazón de esta comarca propicia para cobijar el sueño eterno de una raza, se esconde el cementerio de los últimos charrúas, que habitaron el suelo patrio; probablemente ellos fueron los que el año 1832 [sic] escaparon a la masacre del Queguay. El cacique así lo aseguraba.

La tribu, que reunía una veintena de individuos, levantaba sus toldos de pieles de yegua sobre la falda del Cerro de los Charrúas, alrededor del cual gambeteaban las tormentas. Tenían el color de nuestras antiguas monedas de cobre; bajos, musculosos, casi cuadrados; parados, parecían una estatua de granito; pero en movimiento eran elásticos, su agilidad asombraba. El cacique, casi centenario, al retirarse borracho de la pulpería, por alarde, sin esfuerzo, saltaba en pelo, rozando apenas el lomo de su cabalgadura.

Amigos de la holganza, sólo se movían para adquirir yerba, // caña y tabaco, que comerciaban por caballos, cueros, plumas y juegos de bolas-retobadas con piel de lagarto.

Comían a dedo y se limpiaban las manos en su cabellera lacia y renegrida; jamás se higienizaban. Para protegerse del frío y de la sabandija, untaban su piel con grasa de carpincho, cuyo hedor nauseabundo, desde varios metros delataba la proximidad del indio.

Les molestaban las bombachas, y no hubo medio de conseguir que las usaran; un "chepi" o cuero de guazú (*) ceñido a la cintura, les era suficiente para no avergonzarse de su sexo; el "quiapi" de yaguareté o de ciervo era lujo para jefes.

Don Manuel Oribe se interesó por la tribu y obtuvo de un pariente de mi madre, varios objetos fabricados por los indios, seguramente destinados al Museo Nacional. En casa conservo algunas piezas de guerra, de la misma procedencia.

Las mujeres, enseñadas por las indias misioneras —algunas de las que vinieron con [Fructuoso] Rivera de las Misiones Orientales, se mezclaron con los habitantes del Norte (Año 1828)— tejían fibras de caraguatá, cocían el barro, fabricaban burdos útiles domésticos y adornaban las flechas con plumas de ñacurutú, que sugetaban con cera y fibras vegetales al extremo ranurado de cañas tacuaras.

Las madres adiestraban a los pequeños en la caza de perdices y mulitas. Con retoños de jacarandá o de guayabo, cuyas puntas endu-

(*) [Esta nota falta en la publicación, de P. L. Valdez. Para suplir la omisión, puede consultarse la voz *quiapi* en la "Aclaración" de *Nativa*, por Eduardo Acevedo Díaz].

recían a fuego, solían ha-/cer arpones flexibles para atravesar la tararira dormida en el remanso o flechar la pava, disimulada sobre la horqueta de troncos corpulentos.

Volvían a esas excursiones costeando arroyos donde recogían cuarzos, pedernales y huesos para confeccionar los útiles del hogar y las armas de sus hombres, que dedicados a la caza mayor, de un certero golpe de bola en la cabeza tumbaban al carpincho o inmovilizaban al bagual. Alcanzar un ñandú en campo abierto, era juego de niños para ellos.

Ginetes excelentes, todo su apero consistía en un tiento de potro a cuyos extremos sugetaban dos huesos de canilla de aguará o de guazú, que usaban para estribar, entre los dedos índice y pulgar, dando así completa estabilidad al cuerpo.

Cuando salían al pillaje, apenas descabalgaban para dar resuello y agua a la tropiila, y si pernoctaban, maneaban solamente al favorito, valiéndose de la estribera, porque no usaban bozal ni cabresto. Capaces de sostenerse días enteros sobre el caballo, su resistencia era superior a la del bruto. Considerábanse dueños de la hacienda baguala que pastaba en campos que les pertenecieron, las trataban como suyas arreando cuanto podían; ésto no consistía en delito para ellos porque desconocían el derecho de propiedad. Exceptuando las armas, el caballo y la mujer, todo lo compartían en común.

Eran rastreadores por instinto y tenían el olfato muy desarrollado; siempre daban con el bicho que buscaban.

En la toltería se entretenían golpeando una contra otra dos piedras moras hasta redondearlas; cuando reunían muchas, las enterraban en hoyos de toros para tenerlas de reserva en caso de pelea. Preferían a todas, la carne de equino, que apenas calentaban para comer, en fogones cuya lumbre conservaban las ancianas.

Cuando en la estancia necesitaban velas y jabón, los indios se prestaban gustosos para hacer la matanza de yeguas de las que sólo se aprovechaba el cebo, cerda y piel. Para esa faena, elegían a ojo el animal más gordo, le daban alcance y lo derribaban de un bolazo detrás de las orejas y el animal caído era desangrado y desollado en el acto.

Enardecidos por los gritos del paisanaje festejando su destreza, el indio desde su potro saltaba/ sobre el animal elegido y de arriba lo ultimaba; a veces aplicaba sus labios al tajo de la degolladura y bebía el líquido que se escapaba hirviente de la herida, hasta que harto de sangre, caía a tierra con el animal sacrificado.

Personaje principal en estas fiestas de barbarie, apenas hablaba y nunca reía; sólo lanzaba estridentes gritos guturales que tanto podían interpretarse como manifestación de cólera o de alegría y las reses, al oírlo, se paraban en seco, espantadas y ariscas, como si presintieran un peligro próximo.

Indistintamente utilizaban ambas manos; tampoco tenían predilección por un lado determinado para montar. Su moral era rudimentaria; contra la traición, exigían la venganza; por eso, al Coronel [Bernabé] Rivera le dieron muerte de traidor y narraban los pormenores de ese hecho espeluznante, terminando siempre igual: "Frutos, traición", "Bernabé matando hermanos", como si aún no hubieran salido del asombro que amigos los hubieran atacado indefensos y a mansalva.

Desprovistos de toda herramienta de trabajo, sus sepulturas eran hoyos irregulares; a veces utilizaban las hendiduras del terreno, que cubrían con ramas y tierra que arrastraban las primeras lluvias dejando asomar las extremidades del/ muerto. A esto no sería extraña la versión de los que encontraron el cadáver de Bernabé Rivera, al asegurar que había sido profanado.

Por otra parte, en aquellas almas habían destellos de sentimientos altruistas; el cacique más de una vez se asoció espontáneamente a los duelos de la familia de su protector, y, para demostrarlo, se lanzaba hundiendo repetidas veces la punta de su puñal, en el biceps de sus brazos rojizos como el cerno del urunday.

A veces me pregunto si esta raza heroica, exterminada en tres siglos de luchas estériles, tratada con dulzura no hubiera sido asimilable al progreso. El amor, que hace milagros, los hubiera conquistado y hoy contaríamos a sus descendientes como fuerzas ponderables del país que, con su esfuerzo, ayudaron a ser libre, desmintiendo así el agravio de creerlos reacios a toda obra civilizadora.

Parias en su terruño, acorralados por la civilización, que para ellos fue odio y exterminio, la tribu sólo vivió en paz guarecida en un rincón de la sierra hasta 1862, en que fueron diezmados [sus individuos] por la viruela; y aquellos últimos representantes de la raza más bravía de América, después de salvar tantas violencias, estaban predestinados a desaparecer en silencio y sin historia, como olvidados de sus dioses.

La opinión unánime fue que la epidemia se propagó/ por haber recogido los indios en el camino real una maleta con ropas infectadas, caídas de un carro que conducía un virulento para asistirse en Taquarembó (a).

El cacique Sepée (b) y sus hijos Santana y Avelino, escaparon a la peste, quizás por tener sus toldos separados del resto de la tribu y haber huído temerosos de Añang, al comenzar los estragos del "grano negro".

a) Los indios estaban acampados en el Cerro de los Charrúas, distante cinco kilómetros del Paso Batoví.

b) Hubo otro cacique del mismo nombre, que se había hecho célebre en las Misiones Orientales (año 1767).

Pocos años después, los dos muchachones indios fueron apresados por una "leva" de las que periódicamente recorrían la campaña, reclutando "voluntarios" para el ejército de línea.

Sepée no pudo ser reducido; peleando, con la ayuda de sus perros, —Pamplona y El Cabo—, se escurrió por entre los "milicos", perdiéndose en el bosque. Cuando se apaciguó el pago, apareció más arisco y taciturno que nunca. Lo apaciguaron tratando de averiguar el paradero de sus hijos; pero sólo se supo que la comisión que los llevó pertenecía a un regimiento destacado en la ciudad de Paysandú.

El paisanaje, que veía en el matrero al paladín de sus derechos hollados por el caudilo prepotente, lo ayudó como a un hermano en desgracia, y él que había perdido su tribu, halló la simpatía de amigos blancos, payadores de las hazañas del indio que, por ser libre, tantas veces se jugó entero, y su aureola, que era grande, creció.

¿No decían que habían visto a la crucera dormir inofensiva al calor de su cuerpo, por donde resbalaba la chuza y no penetraba la metralla del trabuco naranjero? ¿No era cierto que sus gritos de guerra hacían temblar la sierra y huir al puma? ¿Acaso no lo respetó la peste? Sólo el arsénico pudo tumbar al indómito coloso; y así fue.

Una tarde cruda de 1866, en la reja de la pulpería de los señores Dutilh y Cristy, dos aparceros inconscientes consumaron la apuesta macabra; mezclaron caña con "veneno de los cueros" y alargaron la "limeta" tentadora; el indio, ávido de alcohol, aceptó el convite... Aquello duró segundos; tambaleando, dio unos pasos y se desplomó a los pies de "Vigúá", el [caballo] oscuro que, al verlo llegar, reculó, paró las orejas y olfateó la muer-//te.

Al amanecer, los pulperos abrieron el negocio; distinguieron un bulto debajo del ombú (c); lo reconocieron y, como no había heridas, sentenciaron: muerte natural.

Como se trataba de un infiel, no necesitaron requisitos, resolviendo darle sepultura "cerquita no más y a la buena de Dios".

Vinieron los peones; espantaron al/ Pamplona y al Cabo, que estaban como pegados a su amo; atravesaron el cadáver sobre el lomo de Vigúá y lo llevaron de tiro mientras comentaban que no era menester ni cruz, ni cavar hondo; total: "pa qué tanto trabajo, si no hubo ni velorio".

Y el cacique centenario, escoltado por sus perros, fue enterrado en una ladera cercana a las casas, que desde entonces se llamó la Bajada del Charrúa.

c) Este árbol aún se yergue frondoso a pocas cuadras de la vieja estancia de don Higinio Gauna, como testigo mudo de aquella fechofa.

A la vuelta, alguien caviló: "Le juro que de puro mamau estiró la pata el finau...".

— — —

Ya estaba olvidado el episodio, cuando un paisano vino con la nueva de que sobre la tierra removida de la tumba, había una osamenta; era lo que quedaba de Pamplona, quien, al sentirse morir, buscó la compañía de su dueño.

La noticia de este hecho extraordinario cundió por el pago y tal vez el remordimiento impulsó a que uno de los envenenadores, calculando la inmensidad de su crimen, en secreto// contara la jugada y... por las dudas, atravesó la línea (d), de donde a los muchos años llegó la noticia de que había sido asesinado.

Terminada la guerra de las tres divisas (e), una caravana científica exhumó los restos del cacique y se llevó su cráneo a Río de Janeiro.

Los otros indios repósan en paz bajo un grupo de talas, arrayanes y espinillos que crecieron al abrigo de un rústico cerco de piedra, construido por manos piadosas para que los animales no hoyaran aquel camposanto.

Esta es una de las tantas historias que, en la penumbra del fogón, sentado sobre los talones, en plena tertulia gaucha, oí de labios que jamás había manchado la mentira.

Pablo Lavalleja Valdez.

— • IV —

José Paz Nadal, el cacique Sepé y los últimos charrúas.

Tacuarembó, 30 de abril de 1971.

Señor:

José J. Figueira.

Montevideo.

De mi mayor consideración:

La presente responde en parte su amable cuestionario, que me entregó en Montevideo el 20 p.pdo., quedando para la próxima otras preguntas de que estoy consiguiendo más información al respecto.

d) Emigró al Brasil.

e) Tricolor.

1) La venta del archivo Nadal se efectuó en 1932; y la cantidad de cartas era de 1.000. Yo poseo en mi colección 30 cartas con las siguientes características y fechas:

22 ene. 1854: de Tbó. a Mdeo., de Carlos Ma. Martínez a José P. Nadal. (De esta carta Ud. tiene ya la fotocopia; es la que menciona a Sepé).

21 set. 1854: de Mdeo. a Tbó., de Manuel Acosta y Lara a José P. Nadal. (Menciona a Juan Valdez, amigo de Maldonado y a "mi hermano" Francisco María, que va con el presidente).

20 oct. 1854: de Mdeo. a Tbó., de Benito Lombardini a José P. Nadal. (Contesta a una del 28 p.pdo. y cita a Fco. Vargas, Fco. Torres y Manuel Daporta).

20 ene. 1857: Cubierta de carta, de Mdeo. a Tbó.

10 may. 1858: de Mdeo. a Tbó. (Sauce), de Félix Castellanos a José P. Nadal. (Cita a los señores Salvañac).

31 ago. 1858: de Mdeo. a Tbó. (Sauce), del hijo José P. L. Nadal a José Paz Nadal, que le acusa recibo de una del 9 del corriente. (En adelante llamaré al hijo PEPE).

20 nov. 1858: de Mdeo. a Tbó. (Sauce), de Jaime Illa y Viamonte a J. P. Nadal. (El papel de esta carta tiene impreso el Escudo Nacional; o sea: que era el papel que se usó en aquella época para las cartas oficiales).

31 dic. 1858: de Mdeo. a Tbó., de Diego Esteves a J. P. Nadal. (Menciona a Leopoldo Bonavita y está escrita en papel oficial). Diego Esteves fue nombrado Capitán por Manuel Oribe en una de las revoluciones y fue el padre de una de las personas entrevistadas por mí esta semana, que cuenta con 92 años de edad.

31 ene. 1859: de Mdeo. a Tbó. (Sauce), de Benito Lombardini a J. P. Nadal. ("Estimado compadre"; y menciona a Olarte y a Bonavita).

11 feb. 1859: de Rosario a Tbó., de Bartolo Esteban Bergara a J. P. Nadal.

31 may. 1859: de Mdeo. a Sauce, de Bto. Lombardini a J. P. Nadal. (Contesta sus attas. del 7 y 9, y menciona al Sr. Obes u Oses, y a Jaime Illa).

9 jul. 1859: de Mdeo. a Tbó., de Pepe a J. P. Nadal. (Contesta a una del 9 p.pdo.).

30 ago. 1859: de Mdeo. a Sauce, de Jaime Illa y Viamonte. (Carta con sellos).

31 ago. 1859: de Mdeo. a Tbó., de Pepe a J. P. Nadal. (Hace más de un mes que no recibe carta de él. Menciona a las carretas de Borda, Dutilh y Doña Petrona Muñoz; envía un pedido del padre por las carretas de Borda, a los de Bonavita).

14 feb. 1860: de Mdeo. a Tbó., de Pepe a J. P. Nadal. (Carta con sellos).

14 mar. 1860: de Mdeo. a Tbó., de J. Illa y Viamonte a J. P. Nadal. (Carta con sellos).

6 feb. 1861: de Mdeo. a Sauce, de Benito Lombardini a Leopoldo Bonavita, para entregar a J. P. Nadal. (En **La República**, se refiere al diario, encontrará la polémica entre los amigos de Asambuya y los contrarios). (Hace referencia a una Pila [Bautismal] que Nadal donó a la Iglesia de Paysandú. Respecto a la renuncia como representante electo por el Depto., para ello tiene Ud. que hacerla en un papel de dos reales con dirección al presidente de la Cámara de Representantes, con los motivos para no ocupar el cargo); esto es textual.

16 jun. 1861: de Mdeo. a Tbó., de Pepe a J. P. Nadal. (Dice que los saladeros están cerrados y vende la tropa a 11 patacones por cabeza).

31 jul. 1861: de Mdeo. a Tbó., de Pepe a J. P. Nadal. (Dice pagar a Don Santiago los gastos del entierro del tío Máximo). (Creo que se trate de Don Máximo Gauna).

22 oct. 1861: de Mdeo. a Tbó., de Pepe a J. P. Nadal. (Acusa recibo de la del 25 pasado; menciona a la librería de Real y Prado; y que le manda por todos los correos los diarios).

27 dic. 1861: de Mdeo. a Tbó., de Pepe a J. P. Nadal.

17 ene. 1864: de Mdeo. al Durazno, de Pepe a J. P. Nadal. (Acusa recibo de su attá, del 15 del presente).

18 abr. 1864: de Mdeo. al Durazno, de Pepe a J. P. Nadal. (Es sólo la cubierta).

23 may. 1865: de Mdeo. al Durazno, de Benito Lombardini a J. P. Nadal. (Cita al señor Urreli).

10 jun. 1870: de Mdeo. a La Quebrada, de J. P. Nadal a Pepe, por atención del Sr. Diego Esteves. (Es sobre). PRIMERA CARTA DE PADRE A HIJO./

18 jul. 1870: de Mdeo. a La Quebrada, de J. P. Nadal a Diego Esteves, para PEPE. (Menciona al capataz para la estancia del Sauce, a Segundo Martínez y al escribano de Tbó. Juan Puente).

18 ene. 1871: de Mdeo. a Buenos Aires. Recomendada, del Sr. Bto. Lombardini a J. P. Nadal. Hotel EL GLOBO, calle 25 de Mayo, B. A. (Es sobre).

1871: de Mdeo. a Tbó. Sra. Cecilia G. de Nadal. (Es sobre). La señora de J. P. Nadal era Doña Cecilia Gauna de Nadal, hija de Don Higinio [sic?] Gauna.

2 mar. 1874: de Mdeo. a Mdeo. (ciudad); es sobre para José Paz Nadal. (Debe ser Pepe).

1878: de San José a Tbó. (Es sobre). A Sra. Cecilia G. de Nadal; esta sobre, no tiene fecha, pero el matasellos se empezó a usar en San José, en 1878. Por lo tanto, puede ser posterior a ese año, pero nunca anterior al mismo.

COMENTARIO: Creo que con los datos arriba mencionados, contesto las **preguntas 2 y 3**; porque, podrá Ud. sacar valiosas conclusiones de los mismos, por fechas, personas que le escribían, y, además, las citadas en las cartas (que desde este momento están en mi colección a su entera disposición, para cualquier consulta).

Pregunta 4): Estoy haciendo averiguaciones y comprobaciones para

contestarle próximamente. Por el momento dudo de 1930. (Creo que se trate de una expedición que se realizó en esa fecha para buscar un presunto tesoro que había en la estancia; y fue realizada por el doctor Carlos Alfredo Beltrán y el agrimensor Carlos Mac'Coll, con resultados negativos).

Pregunta 5) de Domingo Lamas: (No tengo referencia alguna).

De **Leopoldo Bonavita:** (Hay mención de que era vecino del lugar y que la marca que usaba para el ganado, fue usada por uno de los hermanos mayores de Ernesto Esteves, por ser muy buena: **L. B.**).

De **José P. Nadal** (PADRE): Fue el propietario de la estancia **EL DURAZNAL**, con una superficie de 32.883 Hás. 6.668 mts. cuadrados, que, reducida a cuadras o unidades usuales de campo, son 44.563 cuadras, con los siguientes límites: por el Norte, arroyo Batoví, con los campos de la Suc. Ricardo Sierra. Al Este: arroyo Sauce de Batoví, arroyo Sauce (es otro, más chico), arroyo La Tuna, arroyo La Quebrada y camino vecinal a Cuchilla del Aguará, con los campos de la Suc. Venancia Díaz de Velloso, Servando Ferreira, Luis Piquillén Divit, Suc. María Jacinta Díaz y Tomás Peña. (Por error, donde dice al Este, debe decir al Sur (me refiero a los arroyos; pues los vecinos están bien)). Al Este, arroyo Sauce, cuchilla Santo Domingo y arroyo Clara. Al Sur los vecinos son: Suc. Salvador Gauna, Suc. Higinio Gauna y Gabino Suanes; y al Oeste: camino de la cuchilla del Aguará y cuchilla del Aguará, con campos de Felipe Texeira. La ruta Nacional N° 5 cruza dentro de este campo, como también la cuchilla de los Once Cerros, que, prácticamente, queda dentro de él. La topografía del lugar es quebrada, por las sierras de Gauna y la cuchilla de los Once Cerros; también hay una cantidad de cerros pedregosos, similares en un todo al Batoví, que Ud. conoce, aún por fotos. Hay, además, en tan grande extensión de campo, terrenos arenosos pertenecientes a las areniscas de Tbó. y Rivera; tierras negras en los valles y tierras pedregosas en las estribaciones de las sierras mencionadas. En parte, el campo está arbolado por especies silvestres, sobre todo en las orillas de los arroyos mencionados, que son pedregosos, y en parte de las sierras. (**Nota:** le voy a mandar próximamente un plano con la ubicación de la ruta 5 y los lugares que le menciono en la presente).

Asambuya: Fue vecino del lugar y el puente que está sobre el arroyo Batoví, sobre la ruta 5, existe en el mismo lugar del "Paso Asambuya". Ud. verá que en una de las cartas se menciona a Asambuya, y por el diario **La República** de la fecha, podrá sacar más datos del mismo.

Coroneles Modesto Polanco, Juan Carballo y Golfarini: (No tengo ningún dato; pero con un nieto del Coronel Crysti, que fue amigo personal de los Nadal y Jefe Político y de Policía de Tbó., por el año 1900, creo que voy a saber algo y se lo trasmito).

COMENTARIO: Los Nadal, Gauna, Esteves, fueron "BLANCOS" y en aquella época Ud. bien sabe que había una revolución por día, entre los dos partidos nacionales y tradicionales a que me refiero. En cambio, el Coronel Crysti era "COLORADO", pero íntimo amigo de PEPE, a quien en una oportunidad escondió contra una persecución de Goyo Geta o Gregorio Suárez. (Acá me refiero a los colores de los partidos tradicionales, a pesar de que por norma no me gusta mencionarlos; pero en esta parte de nuestra Historia no los podemos omitir).

Manuel Oribe: Ud. debe conocer mejor que yo sobre datos biográficos; pero la vinculación que veo en este caso, es la amistad con Diego Esteves, a quien había nombrado Capitán en una de las revoluciones de esa época.

La **pregunta 6**, sobre los descendientes de Avelino Sepé. Por deducción creo que podrían existir en Paysandú o en alguna población cercana a esta ciudad, porque, según Pablo Lavalleja Valdez, fue llevado joven, en una requisita, a Paysandú./

José de la Paz L. Nadal (hijo): Don Pepe. Datos biográficos: A través de las cartas y de los testimonios de personas que lo conocieron, es evidente que se trataba de una persona muy culta; pues durante varios años estudió en Montevideo; recibía los diarios de la época como el padre, revistas y abundante correspondencia. En el trato personal con los amigos, era respetuoso, hasta "jaranero"; pero con los extraños, más respetuoso y protocolar. En su casa de la ciudad tenía una gran sala de recibo, para atender a las visitas. Salía muy poco y se pasaba gran parte del tiempo enfrascado en la lectura de libros, diarios, etc., que recibía diariamente. Tenía dos habitaciones de su casa colmadas con diarios, desde la época del **Comercio del Plata**, ordenados. (Este archivo, cuando entró en la familia Beltrán, fue dispensado, en parte; dado a vecinos; que utilizaron los diarios para envolver mercaderías de almacén, etc.).

UNA ANECDOTA: En 1932 aproximadamente, a un comerciante de Tbó. de origen español se le dieron gran cantidad de esos diarios para el uso en su comercio; y el Sr. Evelio, por testimonio verbal, me contó que un día, estando en el comedor de dicho comercio, le forraron la mesa con un diario de 1854; y él le preguntó de dónde lo habían sacado. El comerciante le respondió que se los daban en la casa de Nadal; y como él era coleccionista de sellos, le preguntó si no tenía cartas o no había visto algunas. El comerciante le respondió: que entre los diarios venían cartas; pero, como no le servían para envolver, él las había quemado. Sorprendido, el Sr. Evelio le preguntó si las cartas tenían sellos; y la respuesta fue que; sí, que la mayoría tenían sellos, "azulcitos, verdecitos y rojos, con una carita del sol sonriente". Es de imaginarse la sorpresa del Sr. Evelio, porque, fíjese Ud. que acababa de enterarse de un crimen filatélico cometido sin mala intención. Después de comentarle lo que había hecho, el comerciante le dijo que recién se daba cuenta de que lo que él había quemado tenía mucho valor.

COMENTARIO: Yo pregunto, ¿cuánto valdrían esas cartas hoy y cuántas cosas, que se mantienen hoy oscuras, podrían ser aclaradas con esa correspondencia destruída?

Siguiendo con PEPE: Fue muy bondadoso con los vecinos del lugar, a quienes prestaba dinero, daba carne del establecimiento y se prestaba para cualquier caso de necesidad de los mismos. Tengo en estos momentos un libro manuscrito por PEPE, que me fue prestado por el señor Ildefonso P. Esteves, actual Director del Liceo Departamental de Tbó.; que dice en su primera página: "Borrador correspondiente al mes de octubre de 1858. "Octubre: 1º Recibido de Don Ignacio Hurtado la cantidad de 12.000 \$ en efectivo para empezar más negocios como lo hago hoy".

Siguen compras y ventas de diversas mercaderías de almacén. Más adelante cita en Octubre 5: "Invertido 3 onzas de oro en la compra de 24 billetes de lotería, que compré: N\$ 57"; "Octubre 11: Cobrada la primera suerte con que fue premiado mi número, tomado el día 5 del corriente: \$ 20.000". "Octubre 12: Devuelto a Don I. Hurtado la cantidad que me prestó el 1º del corriente para empezar mis negocios: \$ 12.000". "Octubre 12: Comprado al contado a Tomás Bocha la goleta nacional "Estrella", lista para seguir viaje, en \$ 3.000". (Nota: lo que está entre comillas, es copia textual). Más adelante sigue con las compras y ventas (ya que se trata de un libro de contabilidad); y, al final, hay un "Balance de Verificación, de números pertenecientes a todo el mes de Octubre". (1858).

COMENTARIO: La letra, sin ser de un calígrafo, es buena, legible, coincidente con la de las cartas escritas al padre. Se deduce, además, que había estudiado contabilidad o, mejor dicho, cuando escribió el libro estudiaba contabilidad, porque en esa época estaba en Mdeo. No tengo la fecha de su nacimiento; pero se deduce que falleció de avanzada edad, porque en 1858 estudiaba en Montevideo, le escribía al padre y comenzaba sus negocios; y debe de haber fallecido aproximadamente en 1920, cuando debería tener la edad de unos 80 años.

Pregunta 8): Sobre la pulpería de Dutilh y Crysti; las referencias que tengo por el momento, son: que nadie la recuerda; pero, hubo un vecino de los campos de Nadal, de apellido Dutilh; y la familia de Crysti se afincó en Tbó. en 1852, aproximadamente. Como le comento más arriba, un nieto del Coronel Crysti, que actualmente vive en Mdeo., ya fue consultado por un sobrino amigo y una vez que sepa algo sobre esto, también se lo comunico. (Esto es, se sobreentiende, sin considerar la mención que hace P. L. Valdez, que Ud. tan bien conoce). Yo pienso en unos días poder ir al lugar para ver una tapera del Ombú, que queda próxima a la tapera de Don Higinio Gauna; que irá bien localizada en el plano de la estancia que le prometí remitir.

Pregunta 9): Esta, en parte, ya está contestada en las biografías anteriores; como área; límites, etc. El primitivo casco de la Estancia de los Nadal fue, como todas las de esa época, un simple rancho de palo a pique, con techo de paja; pero después de varias reformas, se le fueron agregando poblaciones de material y galpones, como también el cerco de material, que encierra el patio con un gran portón al frente, como se hacían las "Casas" en campaña, para evitar asaltos tan comunes en aquella época; mantiene actualmente la misma fisonomía, algo descuidada./

Pregunta 10): En parte ya contestada: el arroyo Malo queda cerca del campo de Nadal, pero no llega a sus costas; y en lugar de decir: quedan a su izquierda, más bien quedan al Norte. La Quebrada, sí, queda en parte dentro del campo de Nadal y, actualmente, sobre la ruta 5, hay un puente en el paso Esteves. En cuanto a la distancia del paso del Batoví, cuando le mande el mapa la digo justo; lo mismo que el Cerro de los Charrúas, etc.

Pregunta 11): De **Pablo Lavalleya Valdez**: tengo que hablar con un sobrino de él, que es amigo.

Pregunta 12): **Datos sobre los Charrúas:** El 26-IV-71 entrevisté al señor Ernesto Esteves, nacido en el Paso Esteves, sobre el arroyo La Quebrada; y me respondió: Que él es hijo de Don Diego Esteves; que se afincó en el paso que lleva su nombre, sobre el arroyo La Quebrada, hacia 1855, demorando la familia para llegar a esos lugares unos 6 días de Mdeo., en carros. Allí se estableció su padre con cuatro hijos, que ya tenía, y nacieron diez hijos más en el lugar, siendo Don Ernesto el N° 13, habiendo nacido en 1879. Quedó huérfano de padre a los 7 años de edad; y de madre a los 9. Fue primero peon-cito de estancia, y en 1895 vino a Tbó., trabajando de dependiente en la casa de comercio de Puchi y Cía.; comercio en el ramo de tienda, de esta ciudad. Unos años después se estableció por su cuenta con un hermano, con comercio, en La Quebrada, arroyo del Agua Fría, muy cerca de la Estancia de Don Higinio Gauna, que quedaba sobre la cuchilla de los Once Cerros, a unas 10 cuadras.

Del comercio o pulpería de Dutilh y Crysti, nunca oyó hablar en la zona; tampoco de la muerte, por envenenamiento, del cacique Sepé, como dice P. L. Valdez.

Por tradición oral de sus hermanos mayores y de algunos vecinos de más edad que él, algunos de hasta 50 años mayores que él, dice que cree que Sepé murió más o menos en los años en que él nació; y le decían que estos charrúas se habían refugiado de la famosa matanza, ordenada por Fructuoso Rivera, viviendo en la zona hasta su desaparición. Dice que Sepé nunca durmió en los galpones de los vecinos; sino que se protegía de las inclemencias del tiempo en el cerro que hoy lleva su nombre; que los vecinos y Nadal lo protegían

y le alimentaban, y aunque el indio hablaba muy poco y era uraño, pero bueno, se dejaba ver por los vecinos. Don Ernesto Esteves fue íntimo amigo de Nadal y le vendió la cal con la cual se hicieron las nuevas construcciones en la Estancia El Duraznal; que éste era muy culto, que leía mucho, que sabía mucho de la historia de Francia y que llegaba a aburrirlo con esas charlas históricas. De carácter amable con los amigos y muy reservado y respetuoso con los extraños. Me contó el incidente de Nadal con Goyo Geta o Gregorio Suárez, que lo había tomado a Nadal prisionero porque era blanco, para degollarlo, y que fue salvado por Don Higinio Gauna, mediante el pago de 1.000 libras esterlinas. Conoció a los Azambuya, vecinos de la zona; y de Leopoldo Bonavita recuerda que lo mencionaban sus hermanos mayores. No recuerda, empero, a ninguno de los Coroneles que Ud. me pregunta, ni los oyó nombrar por la zona. Trabajó unos 50 años por esos campos y recuerda un incidente habido entre Nadal y el Coronel Netto, que poseía una gran extensión de campo sobre la hoy Tambores, por problemas de ganados, ya que ambos campos eran casi linderos y se pasaban las reses.

El ganado de 5 o más años, lo vendían al saladero Liebig; los novillos, a 11 o 12 pesos cada uno; en tropas reunían varios, hasta de 5.000 cabezas.

El personal de las estancias no percibía sueldo por los trabajos; pero, en cambio, vivían con su familia y se les permitía criar ganado y cultivar la tierra; además, se les daba yerba, porotos, fariña y, en los casos de necesidad, dinero.

Este señor que, como Ud. ve, cuenta con 92 años de edad, está completamente lúcido y le agrada mucho recordar cosas de antes. Está dispuesto siempre a charlar de estas cosas. Por lo tanto, descuenta si Ud. quiere tener un diálogo con él: me lo comunica y yo le arreglo la fecha, etc. Nuevamente, hablando de Sepé, dice que tenía el torso desnudo y usaba una **tanga - delantal - culero**, todos términos usados acá para llamar al tapa - rabos de cuero, y que en las mañanas frías de invierno, veían salir humo del cuerpo del indio. (Siempre por lo que le contaban los mayores).

Bueno, Sr. Figueira, creo que con la presente he cumplido en parte con su pedido, que pienso ampliar, dentro de unos días, con el mapa que le prometo; y con la esperanza que pueda aportar algo que le pueda ser útil; demás está decirle que cualquier duda de la presente, Ud. me reclame se la aclare y, siempre a sus órdenes, aprovecho la oportunidad para saludar a Ud. y Sra. con la mayor consideración.

Nota. Yo le dejé al amigo Elías Casal Gari unas fotocopias que Ud. quería y otras para el profesor Juan C. Sábat Pebet; a quien le agradecería mucho haga llegar mis cordiales saludos.

Alcides Caorsi

José Paz Nadal, Sepé y los Charrúas. Suma y sigus.

Tacuarembó, 11 de junio de 1971.

Señor:

José J. Figueira.

Montevideo.

De mi mayor consideración:

Complementando algunos datos que he logrado después de mi anterior del 30 de abril p.pdo. y adjuntándole el plano, que le prometí, debo decir que éste está sacado de una copia de la mensura efectuada en el campo de "El Duraznal", que fue propiedad de José Paz Nadal, que me prestó el agrimensor Ildefonso P. Esteves, actual Director del Liceo Departamental de Tacuarembó, que, además, fue criado con las hijas de José Paz L. Nadal (Pepe).

Datos tomados del archivo de la Cámara de Diputados, en el Palacio Legislativo:

José Paz Nadal: Fue representante por el Departamento de Tacuarembó en la novena legislatura, tres años (15.II.1861 a 14.II.1864), ocupando la banca.

Benito Lombardini: Igual que el anterior, en la séptima legislatura, desde el 15.II.1855 hasta el 14.II.1858, también un solo período. Además fue integrante de la comisión central compuesta por la Municipalidad de Montevideo, llamada "COMISION DE BENEFICENCIA Y CARIDAD", para la lucha contra la epidemia de fiebre amarilla, que azotó Montevideo desde el 22 de febrero de 1857, integrándola con los siguientes Sres.: Lindoro Forteza, Juan Ramón Gómez, firmantes de las resoluciones y, además: Juan D. Jackson, Cornelio Guerra, Luis Lamas, Manuel José Errasquin, Dr. Manuel Herrera y Obes, Julio Mendeville, Juan Charri, Coronel Santiago Labandera y Carlos Crocker.

Juan M. Puente: Fue escribano público y actuó en el Juzgado de Tacuarembó en los años 1866-1869 y 1874-1878, según el protocolo del mismo, que se encuentra en el juzgado. También se le conocía por Coronel Puente, pues era caudillo blanco y, en las revoluciones de la época, actuó.

En cuanto a los otros nombres de que Ud. me pide datos; acá no he podido conseguir ninguna referencia a ellos por el momento; pero tenga la seguridad que si encuentro algo, se lo trasmito inmediatamente.

A la espera de haber cumplido con sus preguntas y de haberle aportado algo a sus grandes conocimientos sobre el tema, siempre a sus órdenes, aprovecho la oportunidad para saludar a Ud. y Sra. con la mayor consideración.

Alcides Caorsi.

Bibliografía

P r i n c i p a l

NOTES AND NEWS: I. WESTERN HEMISPHERE:
URUGUAY: JOSE J[OAQUIN]. FIGUEIRA EN EL
INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO. Este distinguido escritor uruguayo fue incorporado, el 17 de noviembre de 1975, como miembro de número al Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. El discurso que pronunció en el acto versó sobre Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay.

José J[oaquín]. Figueira ha colaborado en la **Revista Interamericana de Bibliografía**, en la que publicó un artículo sobre el mismo tema titulado «Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay» (volumen 21, Nº 2, abril - junio, 1971, pp. 125 - 160).

Armando Correia Pacheco, **Editor.**

(Cf. **Revista Interamericana de Bibliografía.** Organo de Estudios Humanísticos, Vol. XXVI, Nº 2, General Secretariat of the Organization of American States, Washington, D. C., U.S.A., Abril - Junio de 1976, p. 230).

- 1887 **El Tribunal del Consulado en Montevideo y una deuda del Brasil, en REVISTA NACIONAL.** Historia Americana, Literatura, Jurisprudencia. Director: Adolfo P[edro]. Carranza. Buenos Aires, 1º de marzo. (Año I, tomo II, n° 11, pp. 275-94).
- 1890a **La Boca del Tigre, en LA ÉPOCA.** Diario de la mañana. Montevideo, martes 19 de agosto. (Año IV, n° 973, p. 1, cols. 3-5).
- 1890b **La novela histórica, en LA ÉPOCA.** Diario de la mañana. Montevideo, miércoles 27 de agosto. (Año IV, n° 979, p. 1, cols. 3-5).
- 1890c **La fórmula literaria, en LA ÉPOCA.** Diario de la mañana. Montevideo, viernes 29 de agosto. (Año IV, n° 981, p. 1, cols. 6-7; y p. 2, col. 1).
- 1891c **Etnología indígena; la raza charrúa a principios de este si-**
en REVISTA NACIONAL. Historia Americana, Literatura,
 Jurisprudencia. Director: Adolfo P[edro]. Carranza. Imp.:
La Tribuna Nacional. Buenos Aires, 1º de junio. (Año VI,
 tomo XIV, n° 62, pp. 16-34).
- 1891b **Etnología indígena; la raza charrúa a principios de este si-**
glo, en TRIBUNA. Segunda Edición. Buenos Aires, viernes
 5 y sábado 6 de junio. (Año I: n° 18, p. 2, cols. 3-6; y n° 19,
 p. 2, cols. 4-5).
- 1891c **Etnología Indígena; la raza charrúa a principios de este si-**
glo, en LA ÉPOCA. Diario de la mañana. Montevideo, vier-
 nes 7, sábado 8 y domingo 9 de agosto. (Año V: n° 1.258,
 p. 1, cols. 3-5; n° 1.259, p. 1, cols. 2-3; y n° 1.260, p. 1,
 cols. 1-2).
- 1900 - **Exterminio de los charrúas, en DICCIONARIO GEOGRA-**
FICO DEL URUGUAY por Orestes Araújo, con la colabo-
 ración de numerosas personas ilustradas y prácticamente co-
 nocedoras del territorio Oriental. Imprenta Artística de Dor-
 naleche y Reyes. Montevideo. (Letra Ch, pp. 230-32).
- 1901 **La Cueva del Tigre, en LA ALBORADA.** Semanario de letras
 y actualidades. Montevideo. 5 de mayo. (Año V. n° 164 pp.
 9-11, con un dibujo en el texto de la p. 9 de [José María]
 Fernández Saldaña, de 1901).

- 1911 **EPOCAS MILITARES EN LOS PAÍSES DEL PLATA.** Segunda edición. Martín García, Librero - Editor. Buenos Aires - Barcelona.
- 1935 **CRÓNICAS, DISCURSOS Y CONFERENCIAS; PÁGINAS OLVIDADAS.** Claudio García y Cía. Editores, Montevideo. (Biblioteca Rodó de literatura e historia, Director: Ovidio Fernández Ríos, vol. 6).
- 1953 **ISMAEL.** Prólogo de Roberto Ibáñez. En: Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 4 [Impresora Uruguay S.A.]. Montevideo.
- 1954 **SOLEDAD Y EL COMBATE DE LA TAPERA.** Prólogo de Francisco Espínola. En: Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 15. [Impresora Uruguay S.A.] Montevideo.
- 1964a **NATIVA.** Prólogo de Emir Rodríguez Monegal. En: Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 53 [Barreiro y Ramos S.A.]. Montevideo.
- 1964b **GRITO DE GLORIA.** Prólogo de Emir Rodríguez Monegal. En: Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 54. [Barreiro y Ramos S.A.]. Montevideo.
- 1965 **LANZA Y SABLE.** Prólogo de Emir Rodríguez Monegal. En: Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 63 [A. Barreiro y Ramos]. Montevideo.
- 1968 **La Cueva del Tigre, en LOS INDIOS DEL PLATA:** Pedro Lozano, Félix de Azara, Dámaso Larrañaga, Juan Zorrilla de San Martín, Eduardo Acevedo Díaz. Montevideo, Editorial Arca (Enciclopedia Uruguay 1). (pp. 93-6).

ACEVEDO DIAZ (hijo), Eduardo:

- 1941 **LA VIDA DE BATALLA DE EDUARDO ACEVEDO DÍAZ.** El Ateneo. Buenos Aires.

ANÓNIMO:

- 1848 **O AMERICANO** ao **IRIS**, en **O AMERICANO.** Rio de Janeiro, 7 de outubro. (Vol. II, nº 110, pp. [1] -5).
- 1888a **Ecos del Día: Novedad literaria**, en **LA RAZON.** Diario de la Mañana. Montevideo, martes 3 de enero. (Año XI, nº 2.736, p. 2, col. 1).

- 1888b **Noticias: Cuadros nacionales**, en **LA EPOCA**. Diario independiente, sábado 21 de abril. (Año II, N° 288, p. 1, col. 8).
- 1890a **Noticias: La Boca del Tigre**, en **LA EPOCA**. Diario de la mañana. Montevideo, martes 19 de agosto. (Año IV, número 973, p. 2, col. 4).
- 1890b **La carta del señor [coronel don Modesto] Polanco**, en **LA EPOCA**. Diario de la mañana. Montevideo, martes 16 de setiembre. (Año IV, N° 996, p. 2, col. 5).

ARAUJO, Orestes:

- 1911 **ETNOLOGÍA SALVAJE; HISTORIA DE LOS CHARRUAS Y DEMÁS TRIBUS INDÍGENAS DEL URUGUAY.** Primera [y única] Parte. Librería Cervantes. José María Serrano, Editor. Montevideo.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN:

- ¿1861-9? **Memorias del Brigadier General don Antonio Díaz. Apuntes varios sobre los charrúas**, en **ADQUISICIÓN ANTONIO DÍAZ**. Tomo 4. Montevideo.

ARREDONDO, Horacio:

- 1927 **Informe preliminar sobre la arqueología de la boca del río Negro**, en **REVISTA DE LA SOCIEDAD - AMIGOS DE LA ARQUEOLOGÍA**. Montevideo. (Tomo I, pp. 7-45, con ilustraciones distribuidas en diez láminas). Hay tirada aparte.
- 1951 **CIVILIZACIÓN DEL URUGUAY. Tomo I: ASPECTOS ARQUEOLÓGICOS Y SOCIOLÓGICOS. Tomo II. BIBLIOGRAFÍA DE VIAJEROS. CONTRIBUCIÓN GRÁFICA.** Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Publicaciones conmemorativas del centenario de la muerte de Artigas. Montevideo.

CASTELLANOS, Alfredo R[aúl]:

- 1969 **Cartas de Eduardo Acevedo Díaz al Dr. Alberto Palomeque (1880-1894)**, en **REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL**. Montevideo, mayo (N° 2), pp. 3-83, con una ilustración).

DEMOFILO:

- 1845 **Correspondencia**, en **EL DEFENSOR DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA**. Miguelete, abril 26, mayo 15 y julio 1º (Nº 28, p. 4, cols. 2-3; Nº 29, p. 6 cols. 2-3; y Nº 31, pp. 5-6).

[DÍAZ, Antonio [Felipe]]:

- 1833a **Exterior: Geografía; Estados Unidos del Río de la Plata. Artículo de la Enciclopedia Francesa por M[onsieur]. Courlin y una sociedad de literatos**, en **EL UNIVERSAL**. Diario comercial, político y literario. Montevideo, miércoles 21 y jueves 22 de agosto. (Nº 1.119, p. 2, cols. 1-3; y No nº 1.200, p. 2, cols. 1-3).
- 1833b **[Editorial:] Historia de la Misión Apostólica en el Estado de Chile, con la descripción del viaje hecho por el autor, José Sallusti**, en **EL UNIVERSAL**. Diario comercial, político y literario. Montevideo, martes 15 de octubre. (Nº 1.245, p. 2, col. 4; y p. 3, col. 1).
- 1833c **El Universal** [Editorial sobre los cuatro indios charrúas conducidos a Francia entre febrero 25 y mayo 7 de 1833, por M. François de Curel], en **EL UNIVERSAL**. Diario comercial, político y literario. Montevideo, miércoles 16 de octubre. (Nº 1.246, P. 2, cols. 2-4).
- 1833d **El Universal** [Editorial acerca de la obra en 4 tomos de José Sallusti, impresa en Roma y en 1827. Suma y sigue], en **EL UNIVERSAL**. Diario comercial, político y literario. Montevideo, martes 22 de octubre. (Nº 1.251, p. 3, cols. 1-2).

[¿DÍAZ, Antonio [Felipe]]?:

- 1848a **El Defensor**. [Editorial sobre el **IRIS** de Río de Janeiro], en **EL DEFENSOR DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA**. Miguelete, diciembre 22 (Nº 361, p. 2, col. 3).
- 1848b **El Defensor**. [Editorial acerca del exterminio de los indios charrúas, que se publica en respuesta y a propósito de algunas apreciaciones del General don Fructuoso Rivera, a su vez estampadas en el **IRIS**, de Río de Janeiro], en **EL DEFENSOR DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA**. Miguelete, diciembre 30. (No. 363, pp. 3-4).

[DÍAZ, Antonio [Felipe]??]:

- 1850-1 **Correspondencia: A la Nueva Troya** escrita por Alejandro Dumas; **refutación**, en **EL DEFENSOR DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA**. Miguelete, octubre 24 y 28; noviembre 1º, 5, 9, 13, 25 y 29; diciembre 3, 7, 11, 15, 19, 23, 27 y 31 (1850); y enero 4, 12, 20 y 24 (1851). (Nos. 529-34, 537-47, 549 y 551-2).

DÍAZ (Hijo), Antonio:

- 1877-9 **HISTORIA POLÍTICA Y MILITAR DE LAS REPÚBLICAS DEL PLATA**. Desde el año de 1828, hasta el de 1865. 13 tomos. Montevideo.

DUPREY, Jacques:

- 1942 **ALEJANDRO DUMAS, ROSAS Y MONTEVIDEO**. Traducción de Isabel Gilbert de Pereda del original en francés inédito. Prólogo de Raúl Montero Bustamante. [Talleres Gráficos Rodríguez Giles]. Ilustrado con cuarenta grabados. Buenos Aires.

FERNANDEZ SALDAÑA, José M[aría]:

- 1945 **DICCIONARIO URUGUAYO DE BIOGRAFÍAS 1810-1940**. Editorial Amerindia. Montevideo

FIGUEIRA, José H[enriques]:

- 1892 **Los primitivos habitantes del Uruguay**, en **EL URUGUAY, EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO—AMERICANA DE MADRID**. Memoria de los trabajos realizados por la Comisión Nacional encargada de organizar los elementos de concurrencia. **Imprenta Artística**, de Dornaleche y Reyes. Montevideo. (pp. 121-220, con un Mapa Etnográfico, un cuadro sinóptico y 215 ilustraciones).
- 1894 **LOS PRIMITIVOS HABITANTES DEL URUGUAY**. Ensayo Paleoetnológico. Parte Histórica. **Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes**. Montevideo.
- 1898 **Enciclopedia: Observaciones y noticias interesantes o curiosas sobre la República O. del Uruguay: Los cairnes del Uruguay**, en **BOLETÍN DE ENSEÑANZA PRIMARIA**. Órgano oficial de la Dirección General de Instrucción Pública de la República Oriental del Uruguay y dirigido por José H. Figueira. Montevideo, mayo y junio. (Año X, tomo XVIII, Nos. 107 y 108, pp. 309-14, con una ilustración).

1900 Cairnes. *Arqueología uruguaya*, en **DICCIONARIO GEOGRAFICO DEL URUGUAY** por Orestes Araújo. Con la colaboración de numerosas personas ilustradas y prácticamente conocedoras del territorio Oriental. Imprenta Artística, de Dornaleche y Reyes. Montevideo (Cuadernos 4 y 5 (entregas 16 y 17), pp. 128-30, con una ilustración en el texto).

1902 Cairnes. *Arqueología uruguaya*, en **DICCIONARIO POPULAR DE HISTORIA DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY**, por Orestes Araújo. Imprenta Artística, de Dornaleche y Reyes. Montevideo (Tomo II, pp. 35-8).

FIGUEIRA, José Joaquín:

1958 Eduardo Inés Acevedo Díaz (1851-1921), en **DICCIONARIO DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA**. Organización de los Estados Americanos (O.E.A.), Unión Panamericana, Washington D.C., E.U.A.

GONZÁLEZ, Aristo D.:

1919 *Etnografía del Plata: el origen de las boleadoras y el lazo*, Alejandro Dumas, pp. 9-34. Los libros del mirasol. Buenos Aires.

LASPLACES, Alberto:

1939 **NUEVAS OPINIONES LITERARIAS**. Claudio García y Cía., Editores. Montevideo. (Biblioteca Rodó de literatura e historia. Director: Ovidio Fernández Ríos, vol. 33).

LEGUIZAMÓN, Martiniano:

1919 *Etnografía del Plata: el origen de las boleadoras y el lazo*, en **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**. Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación. Buenos Aires. (Tomo XLI, pp. 206-56, con ilustraciones). Hay separata.

MINISTERIO DE GOBIERNO:

1831 *Interior: Aviso oficial* en **EL UNIVERSAL**. Diario político, literario y mercantil. Montevideo, sábado 30 de abril. (Nº 543, p. 2. col. 2).

MITRE, Bartolomé:

- 1888 **ISMAEL** de Eduardo Acevedo Díaz; un juicio del General Mitre , en **LA ÉPOCA**. Diario independiente. Montevideo, viernes 8 de junio. (Año II, nº 325, p. 1, col. 3).

NAVAJAS, José María:

- 1832 **Interior: Documentos oficiales**, en **EL UNIVERSAL**. Diario comercial, político y literario. Montevideo, 30 de junio. (No. 874, p. 2, col. 1). r

PETIT MUÑOZ, Eugenio:

- 1950 **La vivienda Charrúa**, en **FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS. REVISTA**. Montevideo, junio. (Año IV, nº 5, pp. 37-80, con 10 figuras y VII láminas). Hay tirada aparte.

P. V.:

- 1888 **ISMAEL**; la novela de E. Acevedo Díaz. (De **LA TRIBUNA NACIONAL bonaerense**), en **LA ÉPOCA**. Diario independiente. Montevideo, viernes 18 de mayo. (Año II, nº 309, p. 1, cols. 3-4).

PIVEL DEVOTO, Juan E[rnesto].:

- 1858 **El destino de los escritos históricos del Gral. Antonio Díaz**, en **MARCHA**. Toda la semana en un día. Montevideo, viernes 26 de diciembre. (Año XX, nº 943, Segunda Sección, Suplemento Especial, pp. 33-4 y 61, con un fotograbado).

POLANCO, Modesto:

- 1890 **Los indios Charrúas**, en **LA ÉPOCA**. Diario de la mañana. Montevideo, martes 16 de setiembre. (Año IV, nº 996, p. 1, cols. 4-7).

RIVAROLA, E[nrique]. E. :

- 1890 **Crítica literaria: NATIVA** (nóvela por Eduardo Acevedo Díaz), en **LA ÉPOCA**. Diario de la mañana. Montevideo, martes 19 de agosto. (Año IV, nº 973, p. 1, col. 7; y p. 2, cols. 1-2).

RIVERA, Fructuoso:

- 1831 **Interior: Documentos oficiales**, en **EL UNIVERSAL**. Diario político, literario y mercantil. Montevideo, 18 de abril. (Nº
- 1848 **Correspondencia**, en **IRIS**. Periódico de religiao, bellas-arts, sciencia, letras, historia, poesía, romance, noticias e variedades. Collaborado por muitos homens de letras, e redigido por José Feliciano de Castillo Barreto e Noronha. Rio de Janeiro, 1 de novembro. (Tomo 2, segundo semestre nº. 18, pp. 567-9).

UNOS QUE TIENEN CHINAS CUYOS HIJOS LES FUERON INHUMANAMENTE QUITADOS:

- 1831 **Correspondencia**, en **EL UNIVERSAL**. Diario político, literario y mercantil. Montevideo, sábado 7 de mayo. (Nº. 549, p. 2, cols. 1-2).

ZUM FELDE, Alberto:

- 1941 **PROCESO INTELECTUAL DEL URUGUAY Y CRÍTICA DE SU LITERATURA**. Editorial Claridad. Montevideo.

Este trabajo se terminó de imprimir en la
División Imprenta del Dpto. Est. Hist.
del C.G.E. / E.M.E., a los 4 días
del mes de Noviembre de 1977.
Tiraje 1500 ejemplares
Montevideo - Uruguay



